R.L. STEVENSON

Las nuevas noches árabes
El dinamitero



avatares

Lectulandia

En 1877, Stevenson viaja a la localidad francesa de Grèz con el fin de aliviar su enfermedad pulmonar. Por entonces estaba escribiendo una serie de pequeños ensayos que aparecerían en 1881 con el título de *Virginibus Puerisque*. Allí conoció a Fanny van der Grift, una norteamericana casada y con un hijo, con la que se casaría después de que ella obtuviera el divorcio. Stevenson se embarcó hacia California para celebrar la boda, y los recién casados recorrieron en viaje de luna de miel aquellas tierras entonces vírgenes (viaje que recogió en *Los colonos de Silverado,* en esta misma colección). Hasta su viaje a Francia, Stevenson sólo había escrito artículos, a los que siguieron otros dos libros de viajes: *An Inland Voyage* y *The Amateur Emigrant*. Fue a partir de este giro copernicano en su vida cuando comienza a escribir, entre 1877 y 1880, sus primeros relatos, que envía al London Magazine, al Cornhill Magazine y al Temple Bar, donde aparecen sucesivamente.

En 1882 Stevenson reúne estos primeros cuentos en un volumen titulado *Las nuevas noches árabes*. Su carácter fragmentario no impide que la obra pueda leerse como una novela, pues las historias se entrelazan, al estilo de *Las mil y una noches*, bajo un denominador común: la aventura de la supervivencia en un medio hostil. Entre estos relatos se encuentran *El club de los suicidas*, *El diamante del Rajá*, y *El pabellón de los Links* —cima del genio narrativo de Stevenson, según Conan Doyle, quien lo consideraba «el mejor cuento del mundo». La presente edición incorpora la novela *El dinamitero* (1885), sobre los atentados cometidos en 1884 en Londres por militantes independentistas irlandeses, por cuanto enlaza con los demás relatos a través del personaje común del príncipe Florizel.

Robert Louis Stevenson

Las nuevas noches árabes. El dinamitero

Valdemar: Avatares - 64

ePub r1.0
Titivillus 21.08.2024

Título original: *New Arabian Nights. The Dynamiter*
Robert Louis Stevenson, 2002
Traducción: José Luis Moreno Ruiz
Diseño de cubierta: Jan van Kessel: *Asia* (1664-1666)

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Las nuevas noches árabes. El dinamitero

Las nuevas noches árabes
El club de los suicidas
Historia del joven de los pasteles de crema
Historia del médico y el baúl de Saratoga
La aventura de los coches de punto
El diamante del rajá
Historia de la sombrerera
Historia del joven clérigo
Historia de la casa de las persianas verdes
La aventura del príncipe Florizel y el detective
El pabellón de los links
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Hospedaje para una noche
La puerta del señor de Malétroit
La providencia y la guitarra
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI

El dinamitero
Dedicatoria
Prólogo en el salón de fumar

La aventura de Challoner: Escudero de damas
La historia del ángel de la destrucción
El escudero de damas (Conclusión)
La aventura de Somerset: La mansión superflua
Narración de la vieja dama entusiasta
La mansión superflua (Continuación)
La historia de la bomba de Cero
La mansión superflua (Continaución)
La aventura de Desborough: El baúl marrón
Historia de la encantadora cubana
El baúl marrón (Conclusión)
La mansión superflua (Conclusión)
Epílogo: Em el salón de fumar

Sobre el autor

Notas

LAS NUEVAS NOCHES ÁRABES

NOTA AL TEXTO:

La presente traducción se ha hecho sobre la edición norteamericana de 1910, debida a la casa editorial New York: Current Literature Publishing Co., estrictamente fiel a la edición de Chatto & Windus (Londres, 1882) en la que Stevenson ofreció sus cuentos, ya retocados estilísticamente, y hasta reescritos en algún caso, para conformar el libro según sus intenciones.

El *Club de los suicidas* y *El diamante del Rajá* habían aparecido en los números que van de junio a octubre de 1878 en el mensual *The London Magazine*, bajo el título genérico de *Latter-Day Arabian Nights*. *El pabellón en los Links*, por otra parte, apareció publicado en los números de septiembre y octubre de 1880 del también mensual *Cornhill Magazine*; *Asilo por una noche* salió en 1877, en *Temple Bar*, la misma publicación que vio en enero de 1878 La puerta del señor de Malétroit. Por último, *La Providencia y la guitarra* se publicó por primera vez en noviembre de 1878 en The London Magazine.

Stevenson, posteriormente, retocaría en profundidad tales textos para hacer con ellos el libro *New Arabian Nights* (1882) tal y como aquí se ofrece.

EL CLUB DE LOS SUICIDAS

Historia del joven de los pasteles de crema

Mientras vivió en Londres, el eminente príncipe Florizel de Bohemia[1] supo granjearse el aprecio de los más por la seducción de sus maneras y por su concepción de la generosidad. Se le tenía por un hombre notable, aunque poco más se sabía de él; apacible de carácter, con una visión del mundo propia de un campesino, el príncipe de Bohemia mostraba cierto gusto por la vida aventurera y acaso un tanto excéntrica, más que por las maneras de vivir propias de su cuna y condición. De vez en cuando, si estaba aburrido o no representaban en los teatros de Londres una buena comedia, o si la estación del año no auspiciaba la práctica de esos deportes en los que siempre superaba a sus contrincantes, hacía llamar al coronel Geraldine, su confidente y caballerizo mayor, y le ordenaba acompañarlo en un paseo nocturno. El caballerizo mayor, un oficial joven, más temerario que valiente, se mostraba encantado de cumplir la orden recibida y de inmediato estaba presto para acompañarle; tenía además una enorme facilidad para disfrazarse y pasar inadvertido, debido a ciertas y muy intensas experiencias de la vida, por lo que podía hacerse pasar tranquilamente por cualquier persona, fuera de la naturaleza que fuese, fuera natural del país que fuese, adoptando su cara, su figura, su voz y hasta sus pensamientos. Evitaba así que la atención de las gentes se centrara en el príncipe y con relativa frecuencia lograba que se les admitiera en los grupos más extraños. No hay ni que decir que las autoridades jamás tuvieron noticias de sus aventuras. Tan grande e impávido era el valor de uno, y tan vivaz e ingenioso el celo caballeresco del otro, que habían logrado salir sin mayores compromisos de una buena cantidad de lances arriesgados, cosa que con el paso del tiempo les hizo ganar una mayor confianza a la hora de llevar a cabo sus actividades.

Cierta tarde de marzo en la que caía una lluvia helada, hubieron de buscar amparo en una taberna próxima a Leicester Square en la que servían ostras; el coronel Geraldine vestía aquel día como un periodista pobre; el príncipe, siguiendo su costumbre, llevaba mostacho y cejas postizos, lo que le hacía aparentar rudeza y abandono; un magnífico disfraz, por impenetrable, para alguien de modales tan exquisitos como los suyos. Así, pues, disfrazados de

tal manera, el caballero y su escudero tomaron asiento para beberse con la mayor tranquilidad un *brandy* con soda.

La taberna rebosaba de parroquianos, hombres y mujeres, muchos de los cuales trataron de entablar conversación con nuestros aventureros, aunque era poco probable que después de hacerlo resultaran personas de mayor interés; eran gentes de los arrabales de Londres o de la Bohemia más vulgar. Ya había bostezado el príncipe un par de veces, ya comenzaba a hartarse de su excursión, cuando de golpe se abrió violentamente la puerta de la taberna y entró un joven caballero con dos criados que llevaban sendas bandejas repletas de pasteles de crema, como se vio tan pronto levantaron las tapas que los cubrían. El joven caballero, seguido de sus criados, comenzó a recorrer solemnemente la taberna, ofreciendo pasteles a quienes allí se encontraban con una cortesía un tanto ampulosa. Algunos se los aceptaban entre risas y otros se los rechazaban, no ya con descortesía, sino con abierta rudeza; cuando ocurría esto último, el propio caballero tomaba el pastel rechazado y se lo comía mientras comentaba alguna cosa con humor.

Llegó al fin hasta donde estaba sentado el príncipe Florizel de Bohemia.

—Caballero —le dijo ofreciéndole uno de los pasteles, tomado entre el pulgar y el índice de su mano, al tiempo que le dedicaba una muy cumplida reverencia—, ¿me hace usted el honor, aunque sea yo un perfecto desconocido? Respondo plenamente de la calidad de estos pasteles, puesto que llevo comidos veintisiete desde las cinco de la tarde…

—Por lo general me fijo —respondió el príncipe—, no tanto en el obsequio que se me hace como en la intención de quien me lo hace.

—Mi intención, señor —dijo el joven caballero haciéndole otra reverencia teatral—, es de broma…

—¿De broma? —dijo el príncipe—. ¿Y a quién quiere usted hacer objeto de su broma?

—No he venido para exponer mi filosofía sino para repartir mis pasteles —dijo el joven—. Le aseguro que asumo por completo la ridiculez de mi acto, así que le ruego, por ello, que con su honor intacto acepte esta invitación. Mire que si no lo hace me veré obligado a comerme el vigésimo octavo pastel, y le aseguro que ya empieza a empalagarme todo esto…

—De acuerdo —dijo el príncipe—, me ha convencido… Con mi mejor voluntad voy a evitarle ese engorro, pero con una condición… Si mi amigo y yo nos comemos uno de sus pasteles, aunque la verdad sea que no nos apetece lo más mínimo hacerlo, cenará usted con nosotros.

El joven se quedó pensativo unos instantes.

—Bueno, aún me quedan unas docenas de pasteles, por lo que no tengo más remedio que recorrer varias tabernas hasta concluir mi gran empeño… Lo digo porque en eso tendré que emplear bastante tiempo y acaso ya tengan ustedes hambre…

El príncipe lo interrumpió con un gesto de gran elegancia.

—Mi amigo y yo le acompañaremos gustosos, pues la verdad es que nos llama poderosamente la atención su manera tan divertida de pasar la tarde… Bien, ahora que hemos acabado con los prolegómenos de la paz, permita que firme yo el acuerdo, en nombre de los dos.

El príncipe se comió entonces de golpe su pastel con mucha gracia.

—Está delicioso —dijo.

—Ya veo que usted sabe apreciar lo que es bueno —apuntó el joven caballero.

Por su parte, el coronel Geraldine también hizo los honores debidos al pastel; de inmediato, como todos los demás parroquianos habían aceptado o rechazado ya la invitación, el joven salió para dirigirse a otra taberna; sus dos criados, que en nada parecían extrañarse de semejante trabajo, lo siguieron tranquilamente; el príncipe y el coronel, tomándose del brazo y con una amplia y divertida sonrisa, cerraban la marcha. En el mismo e inalterable orden entraron en dos tabernas, donde se reprodujeron las escenas ya vistas en la anterior: unos aceptaron la invitación y otros rechazaron tan extraña como errabunda muestra de cordialidad, por lo que el joven caballero hubo de comerse los pasteles rechazados.

Cuando salieron de la tercera taberna visitada el joven hizo recuento; aún le quedaban nueve pasteles, tres en una bandeja y seis en la otra.

—Caballeros —dijo a sus nuevos acompañantes—, no quiero que demoren por más tiempo su cena; me da la impresión de que están hambrientos y creo que, por su cortesía, les debo una atención especial. Hoy es un gran día para mí; un día, por cierto, en el que pongo punto final a mi carrera de locura con esta empresa, la más declaradamente absurda de cuantas he llevado a cabo, por lo que quiero proceder ya de la manera más correcta y respetuosa con quienes me han ayudado a culminarla. Caballeros, no les haré esperar más; aunque acuse mi cuerpo los excesos cometidos en el desempeño de mi tarea, estoy dispuesto a jugarme la vida en aras del cumplimiento de nuestro acuerdo.

Y tras decir así, uno a uno fue metiéndose en la boca los nueve pasteles restantes, tragándoselos de un bocado. Cuando acabó, se volvió siempre solemnemente hacia sus criados y les dio un soberano a cada uno.

—Os agradezco vuestra paciencia conmigo —les dijo, despidiéndoles con una educada inclinación de cabeza.

Después, miró en silencio durante unos instantes el monedero del que había sacado los soberanos con que gratificó a sus asistentes, y soltando de inmediato una carcajada lo arrojó en mitad de la calle, anunciando a sus acompañantes que ya estaba preparado para la cena. Entraron en un pequeño restaurante francés del Soho que en tiempos gozó de una fama tan inmerecida como exagerada, pero que ya comienza a ceder; subieron los tres a un salón reservado, donde se regalaron con una cena más que buena y bebieron tres o cuatro botellas de champán, mientras hablaban de cosas tan variadas como gratas e intrascendentes. El joven caballero de los pasteles se mostraba encantado; era un buen conversador, pero tenía una risa más alta y estridente de lo que es de recibo en una persona bien educada; cuando se reía, le temblaban las manos, incluso se le crispaban con violencia, y si intentaba hablar su voz se veía sometida a inflexiones extrañas, ajenas a su voluntad. Una vez hubieron dado cuenta de los postres, encendieron unos buenos cigarros; el príncipe se dirigió a él entonces, en los siguientes términos:

—Espero que sepa perdonar mi curiosidad; pero, como le tengo simpatía, me intriga usted aún más… No me gustaría que me tomase por indiscreto, pero debo decirle que mi amigo y yo somos hombres a los que puede confiar usted un secreto, quizás porque tenemos muchos secretos que no nos importaría revelar a quien tenga oídos tan curiosos como los nuestros… Imagino que su historia es realmente absurda, pero no nos andemos con cuentos; nosotros quizás seamos los tipos más absurdos de toda Inglaterra… Me llamo Godall, Theophilus Godall, y mi amigo es el mayor Alfred Hammersmith, o digamos, más bien, que tal es el nombre por el que desea ser conocido. Nos pasamos la vida en busca de aventuras extravagantes; de hecho, no creo que haya extravagancia por la que no podamos experimentar simpatía…

—Usted me cae muy bien, Mr. Godall —dijo entonces el joven—; me inspira confianza, por lo que acepto de buen grado la presencia del mayor, su amigo, a quien supongo un noble disfrazado, claro… Apuesto lo que sea a que no es realmente un militar…

El coronel Geraldine sonrió encantado, por lo que en aquellas palabras había, sin saberlo quien las decía, de elogio hacia su capacidad para disfrazarse, y el joven, entusiasmado, siguió hablando:

—Tengo más que sobradas razones para no contar a nadie mi historia, pero quizás seguramente por eso mismo se la voy a referir a ustedes; por nada

del mundo quisiera decepcionarles, ya que parecen suicidas tan bien dispuestos a escuchar una historia verdaderamente absurda.

Disculpen en cualquier caso si no les doy mi nombre, a pesar de que hayan tenido ustedes la gentileza de ofrecerme el suyo. Mi edad tampoco tiene importancia. De mis antepasados, no puedo sino contar que eran personas de lo más común, y que, eso sí, he recibido en herencia la residencia en la que vivo, más que aceptable, además de una asignación anual de trescientas libras. Estoy convencido de que mi carácter, el propio de una persona más bien indolente, también se lo debo a ellos, pero no me importa, cedo con gusto a esa incuria… He recibido una buena educación, toco el violín tan bien como para ganarme la vida con ello, si quisiera, en la orquestina de cualquier teatrucho de *varietés*, y lo mismo la flauta y la trompa. En cuanto a mi destreza en el *whist*, admito que mis conocimientos sobre ese científico juego me hacen perder alrededor de cien libras al año… Gracias al dominio que tengo de la lengua francesa puedo derrochar el dinero en París como si estuviera en Londres, de manera que, en definitiva, me parece que respondo al prototipo varonil de la persona adornada con las más excelsas cualidades. Además he vivido incontables aventuras, entre las que destaco un duelo estúpido y gratuito, sin sentido; apenas hace dos meses, por otra parte, conocí a una señorita de la que puedo decir que tanto en cuerpo como en alma colmaba todas mis aspiraciones, dama que cautivó mi corazón; supe que al fin había encontrado a mi ideal femenino y estuve a punto de caer rendidamente enamorado; mas hice una estimación de mi capital presente, vi que apenas me quedaban cuatrocientas libras en ahorro, y díganme, por favor se lo pido, ¿cómo va a enamorarse un hombre que se considere tal con sólo cuatrocientas libras? No podía hacerlo y me aparté decididamente de tan encantadora dama; en ese corto espacio de tiempo ha ido menguando de tal manera mi capital, que he llegado al día de hoy con un activo de ochenta libras, así que hice una división en dos partes iguales, destinando cuarenta de fondo para cierto asunto y dispuesto a gastarme las otras cuarenta en el transcurso del día de hoy. Puedo jurar que he pasado un día divertidísimo, haciendo muchas bromas y pantomimas, como la de los pasteles de crema que me ha dado la oportunidad de trabar amistad con ustedes. Como ya les he dicho, estaba dispuesto a concluir hoy día mi carrera de despropósitos, de ahí mi gesto de tirar mi cartera cuando con el último gasto comprobé que se me habían ido ya esas cuarenta libras… Bueno, ya me conocen ustedes, supongo, también como yo mismo; creo que estoy loco, sí, pero también que soy un

loco coherente y fiel a su locura; y además, ni me quejo ante el infortunio ni soy un cobarde.

Parecía evidente, sin embargo, por el tono en que hizo el joven caballero aquella su exposición, que sentía hacia sí mismo un amargo desprecio. Sus acompañantes supusieron que aquel frustrado enamoramiento al que hiciera alusión le había afectado mucho más de lo que deseaba hacer ver, por lo que temieron quisiera suicidarse; aquella pantomima de los pasteles de crema comenzaba a cobrar ante sus ojos todo el aire de una tragedia griega.

—¿No resulta extraño —dijo el coronel Geraldine mirando al príncipe Florizel— que en esta especie de enorme desierto que es Londres se encuentren casualmente tres personas que viven situaciones casi idénticas?

—¡Vaya! —exclamó el joven caballero—. ¿También ustedes se han arruinado? ¿Quizás esta cena es una especie de broma loca como la de mis pasteles de crema? ¿Acaso el demonio ha decidido juntar a tres de sus más queridas criaturas para que levanten sus copas en un último brindis?

—El diablo a veces actúa como todo un caballero, puede estar seguro de ello —dijo el príncipe Florizel—. Me siento tan conmovido por esta feliz coincidencia, que, ya que no se puede decir que estemos en condiciones de igualdad, decido desde ahora mismo poner fin a la distancia que hay entre nosotros, tomando como ejemplo su actitud heroica con los últimos pasteles de crema que le quedaban.

Apenas acabó de decir estas palabras el príncipe, sacó su cartera y puso a un lado el dinero que tenía.

—Ya ha visto que estaba una semana más atrasado que usted en gastos —dijo el príncipe—, pero quiero ponerme a su altura para que lleguemos a la par a la meta… Con esto basta para pagar la cena —y puso un billete en la mesa—, pero el resto…

Tomó entonces los billetes que había apartado y los arrojó a la chimenea para que ardieran de inmediato.

El joven caballero había tratado de impedírselo, intentando agarrarle el brazo, pero la distancia que ponía entre ambos la mesa evitó que lo hiciera.

—¡Mentecato! —gritó el joven—. ¡Ha quemado todo el dinero! ¡Tenía que haberse guardado cuarenta libras!

—¡Cuarenta libras! —dijo el príncipe—. ¿Y por qué cuarenta libras? ¡Por todos los santos del cielo!

—Sí, ¿por qué no ochenta libras? —preguntó entonces el coronel Geraldine—. Ahí había, por lo menos, cien libras…

—Sólo necesitaba cuarenta libras —dijo con gesto sombrío el joven caballero—. Sin esa cantidad no me admitirán, tienen reglas muy estrictas… Dicen bien a las claras que cada persona tiene que depositar cuarenta libras… ¡Ah, qué asco de vida! ¡Hasta para morirse hay que tener dinero!

El príncipe y el coronel se miraron, cómplices.

—Explíquese, por favor —dijo el coronel—; tengo en mi cartera unos cuantos billetes, y ni que decir tiene que los compartiré con Mr. Godall en lo que haga falta… Pero necesito saber sus razones, necesito que me cuente a qué se refiere.

El joven pareció recobrarse, miró con cierta ansiedad a los dos caballeros y se ruborizó.

—¿De verdad que no me engañan? —dijo—. ¿De verdad que están en la ruina, como yo?

—Así es, en lo que a mí respecta —dijo el coronel Geraldine.

—Yo le he dado pruebas concretas —aseguró el príncipe—. ¿Quién, si no está en la ruina, echa el dinero al fuego? Mis actos hablan por mí…

—Sí, eso lo haría un hombre arruinado…, o un hombre rico —dijo el joven con aire suspicaz.

—Ya está bien, caballero —cortó el príncipe—; no admito que se dude de mi palabra…

—¿De verdad que están arruinados, completamente arruinados? —insistió el joven—. ¿Tan arruinados como yo? ¿De veras han cometido tantos excesos que sólo se pueden permitir un lujo? ¿De veras quieren huir de la consecuencia de su locura tomando ese camino tan directo como infalible? ¿Huirán del tribunal que les forma su propia conciencia por la única puerta que ven franca?

Interrumpió su discurso e intentó esbozar una sonrisa.

Las nuevas noches árabes

—¡Brindo por ustedes! —exclamó levantando su copa—. ¡Buenas noches, mis queridos y arruinados amigos!

El coronel Geraldine impidió que se levantara para irse, tomándole de un brazo.

—Hace mal en no confiar en nosotros —le dijo—. Tenga por cierto que respondo afirmativamente a todas las preguntas que nos hace. No soy un hombre tímido y por eso puedo expresarme francamente; también nosotros, al igual que usted, estamos cansados de vivir y deseamos la muerte… Tarde o temprano, juntos o por separado, iremos al encuentro con la muerte; pero ya que le hemos conocido, y como da la impresión de que su caso es de mayor

urgencia, mejor que ocurra todo esta misma noche, ahora mismo, incluso, y que nos ocurra a los tres a un tiempo… Vayamos los tres, sin un penique en los bolsillos, a prosternarnos ante Plutón… ¡Prestémonos apoyo los tres para caminar entre las sombras!

El coronel Geraldine había acertado de pleno con el tono y los gestos del papel que representaba; incluso el príncipe Florizel llegó a inquietarse ante lo que oía y miró a su amigo sorprendido, dudando.

El joven caballero volvió a ruborizarse, le ardían de brillo los ojos.

—¡Ustedes son los hombres que buscaba! —dijo con alegría indescriptible—. Estrechemos nuestras manos —dijo alargando la suya, fría y sudorosa—. Harán ustedes el camino en la mejor compañía, se lo garantizo; no pueden hacerse idea de cuán feliz fue ese momento en el que comieron mis pasteles de crema. No soy más que un soldado raso, pero formo parte de un auténtico ejército; conozco bien las puertas de la muerte; soy uno de sus más dilectos hijos y puedo llevarles a ustedes a la eternidad sin ceremonias superfluas ni escándalos poco elegantes.

Una vez más le pidieron que se explicase con mayor amplitud.

—¿Podrían reunir ustedes ochenta libras? —les preguntó.

El coronel Geraldine, luego de mirar ostentosamente cuanto llevaba en su cartera, respondió afirmativamente.

—Gran suerte la suya, caballeros —dijo el joven—. El ingreso en el Club de los suicidas cuesta cuarenta libras.

—¿El Club de los suicidas? —dijo el príncipe, no sin sorpresa—. Pero ¿de qué barbaridad se trata eso?

—Miren —comenzó a decir el joven—; vivimos una época pródiga en servicios de todo tipo y les voy a mostrar el más perfecto de todos… Como los intereses son distantes y diversos, se inventaron los trenes; los trenes nos separan, lógicamente, de nuestros amigos, por lo que se inventó el teléfono para poder comunicarnos con ellos rápidamente y desde notables distancias; en los hoteles, por ejemplo, hay ascensores para que no tengamos que subir algunos cientos de escalones… Por lo demás, sabemos bien que la vida no es más que un teatro en el que hacemos a menudo de bufones en tanto nos entretiene ese papel… Pero faltaba el servicio más adecuado a las necesidades de la vida moderna, esto es, faltaba un servicio que posibilitase la manera de salir fácil y decentemente de la escena, una especie de escalera de incendios que condujera a la libertad; una puerta secreta hacia la muerte, como ya he dicho… Eso es lo que ofrece el Club de los suicidas, mis queridos y rebeldes amigos… Pero no crean que somos los únicos, ni siquiera los hombres más

excepcionales, que albergamos tan razonable deseo; son muchos los que al sentirse realmente hartos de la vida diaria capaces serían de huir en el acto si no les distrajeran esta u otra consideración; unos tienen familiares: quedarían sumidos en el dolor y el estupor; muchos, de saber las circunstancias reales de la muerte, hasta serían capaces de acusarles; otros que desean irse de este mundo no poseen el valor necesario para hacerlo, vacilan ante la posibilidad de morir, dudan y se arrepienten. Eso es en parte lo que me ha ocurrido a mí; no soy capaz de dispararme con una pistola en la cabeza, pues hay algo más fuerte que yo que me lo impide; odio la vida pero me falta el coraje necesario para abrazar la muerte y acabar con todo de una vez. El Club de los suicidas se ha creado para quienes, como yo, aspiran a romper las amarras que les unen a este mundo, sin provocar un escándalo póstumo. No sé ni su historia ni cómo se fundó; no sé, tampoco, si tiene sucursales en otros países; y no tengo la libertad de decirles cuáles son los estatutos que rigen el Club. Sin embargo, caballeros, puedo ponerme a su entera disposición; si de verdad están hartos de la vida, esta misma noche puedo presentarles ante una de las sesiones del Club; si no esta misma noche, les aseguro que antes de una semana se verán libres de sus vidas… Veamos, son… —sacó entonces su reloj para consultar la hora— las once en punto; a las once y media, como muy tarde, tendremos que salir de aquí, así que les queda media hora para considerar mi propuesta; esto, caballeros, es mucho más serio que el asunto de los pasteles de crema y me parece también que mucho más apetecible —concluyó esforzándose en mostrar una sonrisa.

—Desde luego, es algo mucho más serio —dijo el coronel Geraldine—; precisamente porque se trata de un asunto en verdad muy serio, me gustaría consultarlo en todos sus extremos con Mr. Godall.

—Me parece justo que lo haga —dijo el joven caballero—. Me retiro, con su permiso…

—Es usted muy amable…

—¿A qué viene esta especie de confabulación, Mr. Geraldine? —le preguntó el príncipe nada más quedarse a solas—. Lo veo a usted muy excitado; yo, sin embargo, creo haber tomado una decisión de manera muy meditada; quiero ver en qué acaba este asunto.

—Su Alteza —dijo el coronel Geraldine, pálido—, permita que le recuerde la exigencia de preservar su vida ante todo, algo necesario no sólo para nosotros, sus amigos, sino para el bien público… «Esta misma noche», ha dicho ese loco, pero imagine que esta misma noche Su Alteza fuera víctima de una desgracia irreparable… Imagine Su Alteza la situación tan

desesperada en que me vería; e imagine igualmente el dolor y el daño que infligiría a su gran país.

—Sólo quiero ver en qué para todo esto —repitió con firmeza el príncipe —. Coronel Geraldine, le ruego recuerde que me ha dado su palabra de caballero; recuerde también que bajo ninguna circunstancia, por ello, y mucho menos sin una autorización especial mía, podrá desvelar mi personalidad auténtica ni traicionar la que he adoptado. Esas son mis órdenes —añadió—, que ahora le reitero… Pida la cuenta, por favor.

El coronel hizo una sumisa reverencia al príncipe; mostraba una gran palidez cuando llamó al joven caballero de los pasteles de crema y pidió la cuenta al camarero. El príncipe Florizel mostraba una apariencia inalterable; así, refirió al joven una farsa que había presenciado poco antes en el Palais Royal, mientras eludía las miradas suplicantes del coronel Geraldine y se entretenía especialmente en la elección de otro cigarro. Era el único de los tres que guardaba la calma.

Sorprendió el príncipe al camarero que les había atendido dejándole todo el cambio; partieron después en un coche de punto y El club como el trayecto no era largo pronto se apearon a la entrada de una callejuela estrecha y oscura. Pagó el coronel Geraldine al cochero y el joven caballero se volvió hacia el príncipe Florizel.

—Todavía está a tiempo, Mr. Godall —le dijo—, para salir corriendo y volver a la esclavitud de la vida diaria… Usted también, mayor Hammersmith… Les ruego que reflexionen antes de dar el paso definitivo; si su corazón les dice que deben dar marcha atrás, háganlo.

—Muéstrenos el camino, por favor —se limitó a decirle el príncipe—. Siempre cumplo mi palabra.

—Su entereza me sirve de ayuda —dijo el joven—, nunca había visto a un hombre tan sereno en un trance semejante, y le aseguro que no es usted el primero al que he guiado hasta aquí… Más de un amigo me ha precedido en este camino por el que no tardaré en seguirles, pero eso ahora no importa… Aguarden un momento, se lo ruego; regresaré con ustedes en cuanto haya pactado todo cuanto se refiere a su presentación ante el Club.

Hizo el joven un gesto de adiós con su mano y se perdió en un portal que había más abajo.

—Me parece que esta es la locura más peligrosa y absurda de todas cuantas hemos cometido —dijo el coronel Geraldine, apenas con un hilo de voz.

—Estoy perfectamente seguro de que es así —le respondió sin más el príncipe.

—Aún estamos a tiempo —siguió el coronel Geraldine—; permita Su Alteza que le sugiera aprovechar la ocasión para irse… Las consecuencias de este paso que vamos a dar pueden ser tan tenebrosas y lamentables, que creo puedo hacer uso de la libertad que Su Alteza tiene a bien permitirme en privado, para aconsejarle que se vaya.

—¿Debo deducir de esas palabras que el coronel Geraldine tiene miedo? —le preguntó el príncipe retirando lentamente el cigarro de sus labios y mirándole fijamente a los ojos.

—No temo por mí, señor —dijo el coronel con orgullo—; de eso puede estar seguro Su Alteza.

—Ya lo sé —dijo el príncipe con su buen humor de siempre—, pero no creo necesario recordarle la diferencia de condición que hay entre nosotros… Así que, ni una palabra más, se lo ordeno —añadió al darse cuenta de que el coronel Geraldine iba a excusarse—. De antemano le digo que está usted disculpado. Siguió fumando con deleite y mucha tranquilidad el príncipe, apoyada su espalda contra la reja de una ventana baja. Un rato después regresó el joven caballero de los pasteles de crema.

—Y bien —dijo el príncipe—, ¿ya está todo dispuesto para darnos la bienvenida?

—Síganme —se limitó a decir el joven—. El presidente del Club en persona los recibirá en su despacho. Les sugiero que sean sinceros en sus respuestas a las preguntas que les haga; por mi parte, les garantizo mi apoyo, pero el Club tiene por costumbre hacer una investigación en profundidad sobre quienes desean ingresar como miembros, antes de darles el plácet; tengan en cuenta que bastaría la indiscreción de una sola persona para que nuestra sociedad desapareciera para siempre.

El príncipe Florizel y el coronel Geraldine se consultaron en voz baja unos instantes. «Confirme esto que voy a decir», señalaba uno; y el otro, «confirme usted este aspecto». No tardaron mucho en ponerse de acuerdo, dado que sabían representar con infinita audacia los papeles que escogían para sus representaciones, y marcharon tras el joven, que les servía de guía, a entrevistarse con el presidente del Club.

No les resultó difícil el acceso. La puerta de entrada estaba abierta y la del antedespacho del presidente entreabierta. Entraron en un salón pequeño pero de techos altos y el joven caballero de nuevo los dejó solos.

—Ahora los recibirá —les dijo con una inclinación de cabeza antes de salir.

A través de las puertas plegables del despacho del presidente les llegaba el rumor de voces en conversación animada y que de vez en vez e interrumpían para dejar que se sintiera el sonido de una botella de champán al descorcharse, al que seguían grandes risotadas.

En aquel pequeño salón de techos altos había una ventana única que daba al río por la zona de los muelles; creyeron, por las luces de la ciudad que alcanzaban a distinguir, hallarse cerca de Charing Cross. Apenas había mobiliario en aquel salón y las butacas tenían la tapicería muy sobada; tampoco había objetos decorativos, salvo una campanilla de plata puesta en el mismo centro de la mesa redonda y baja frente a las butacas. Los percheros de las paredes estaban llenos de abrigos.

—¿En qué guarida nos habremos metido? —se extrañó el coronel Geraldine.

—Precisamente para saberlo estamos aquí —dijo el príncipe—. Ya verá cómo nos topamos con unos cuantos demonios de carne y hueso y nos divertimos un rato…

Se abrieron entonces las puertas plegables para dar paso a un hombre y a las voces que salían del despacho; aquel hombre era el presidente del Club de los suicidas, un tipo de más de cincuenta años, alto, bastante calvo pero con largas patillas, de ojos de un gris velado que sin embargo emitían destellos. Fumaba un gran cigarro que no se quitaba de los labios, lo cual no le impedía torcer la boca de comisura a comisura mientras examinaba con su mirada fría y sagaz a los recién llegados. Lucía el presidente del Club de los suicidas un traje de *tweed* claro bajo cuya chaqueta asomaba una camisa a rayas de cuello abierto y sin corbata; bajo el brazo llevaba un grueso libro de actas.

—Buenas noches —dijo mientras cerraba tras de sí la puerta plegable—. Me han dicho que quieren hablar conmigo…

—Caballero, deseamos ingresar como miembros en el Club de los suicidas —dijo con decisión el coronel Geraldine.

El presidente del Club se pasó de lado a lado de la boca su gran cigarro.

—¿Y eso qué es? —preguntó molesto.

—Perdone —dijo el coronel—, pero creo que es usted quien mejor puede explicarlo…

—¿Yo? —se extrañó el presidente—. ¿Un club de suicidas? ¡No fastidie, caballero! Esto, la verdad, me parece una broma de muy mal gusto…

Comprendo que de vez en cuando un caballero beba más de la cuenta y le dé por hacer chanzas, pero creo que usted se ha excedido…

—Puede usted llamar a su Club como le venga en gana —replicó el coronel Geraldine—, pero le reitero que deseamos formar parte de esa partida que hay ahí, en su despacho…

—Está usted muy confundido, caballero —le dijo el presidente con gran acritud—. Como han entrado ustedes en una residencia particular, no tengo más remedio que pedirles que se larguen ahora mismo.

El príncipe Florizel había permanecido hasta entonces en su butaca, sin abrir la boca; cuando el coronel volvió a él los ojos como diciéndole «ya lo ve, larguémonos de aquí cuanto antes, por Dios se lo suplico», se quitó de los labios el cigarro.

—He venido aquí —comenzó a decir el príncipe Florizel— invitado por alguien a quien usted conoce; supongo que esa persona le habrá informado ya del objeto de mi visita… Pero, en cualquier caso, permítame recordarle que un hombre en mis circunstancias tiene pocas razones para contenerse cuando se siente ofendido, lo que equivale a decir que no estoy dispuesto a consentirle a usted tamaña descortesía… Por lo general soy un hombre apacible, pero, mi querido amigo, o me complace usted en ese asunto del que ya ha tenido noticia, o se arrepentirá profundamente de haberme permitido llegar a su despacho para dispensarme este trato.

El presidente se echó a reír a carcajadas.

—¡Así se habla! —exclamó—. Es usted un hombre de verdad y se acaba de ganar mi favor, hará usted lo que le venga en gana conmigo… Por favor —se dirigió ahora al coronel Geraldine—, tenga la bondad de salir unos minutos; hablaré primero con su amigo, ya que algunos trámites del Club deben hacerse en privado.

Abrió entonces la puerta de un cuarto aún más pequeño e invitó a pasar al coronel.

—Usted me inspira confianza —dijo después al príncipe—, pero su amigo… ¿Responde usted de él?

—Claro que no tanto como de mí mismo, aunque admito que mi amigo tiene razones de mucho más peso que las mías para estar aquí —dijo el príncipe—. Respondo de él, sí, pierda cuidado… Le aseguro que lo que ha tenido que pasar llenaría de desesperación al hombre más inconmovible… Ya no podrá jugar más, pues le descubrieron haciendo trampas…

—Sí, es una buena razón para venir aquí —admitió el presidente—. Tenemos un miembro del Club en la misma situación, y sé que es un hombre

de fiar… ¿Me permite que le pregunte si también usted ha sido militar?

—Sí, lo fui, pero no tenía carácter para ello, era muy perezoso y abandoné pronto el ejército…

—¿Y por qué razones se encuentra harto de la vida?

—Pues quizás por la que acabo de exponerle, la pereza…

El presidente pareció de veras sorprendido por la respuesta.

—¡Caramba! Pues me parece que tendrá usted que buscarse una razón mejor —le dijo.

—Bueno, no tengo ni un penique —dijo entonces el príncipe Florizel—; eso, se lo aseguro, resulta en verdad engorroso y agudiza en mí esa mi natural pereza…

El presidente del Club estuvo unos segundos pasándose de lado a lado de la boca su cigarro mientras miraba fijamente a los ojos del aspirante, que le soportó perfectamente la mirada, con su habitual tranquilidad.

—Si no fuera por mi larga experiencia en estas lides, no le aceptaría en nuestro Club —le dijo al fin el presidente—. Pero sé cómo va el mundo y he aprendido que las excusas en apariencia más nimias son a menudo las que con mayor firmeza acrecientan en una persona el deseo de suicidarse… Además, cuando una persona sabe ganarme, como usted lo ha hecho, caballero, cedo ante nuestras estrictas normas de admisión, así que no le rechazo.

El príncipe y el coronel tuvieron que someterse luego a un interrogatorio en profundidad; primero, el príncipe Florizel; luego, un careo entre este y el coronel Geraldine, al objeto de que el presidente del Club observara las reacciones del rostro de uno mientras interrogaba al otro. El resultado fue el apetecido por ambos, y tras apuntar en el registro abierto para los nuevos miembros algunos datos sobre cada uno, les ofreció por escrito el juramento que debían suscribir; todo, como cabe suponerlo, se refería a la aceptación plena de obediencia incondicional, a la absoluta sumisión a los términos que allí se exponían. Si un hombre faltaba a ese tan horrible juramento perdía al instante su honor y el consuelo último de la religión. El príncipe Florizel firmó aquello, no sin repugnancia; el coronel hizo lo mismo, profundamente triste. Recibió entonces el presidente el dinero de la cuota de inscripción y acto seguido los hizo pasar al salón de fumar de los miembros del Club de los suicidas.

El salón, que se comunicaba con el despacho del presidente, tenía también los techos altos, y era amplio, con las paredes cubiertas por un empapelado que semejaba láminas de roble. Había un buen fuego en la chimenea y las lámparas de gas daban buena luz. Según las cuentas del príncipe y del coronel

había allí un total de dieciocho personas, que fumaban y bebían champán; se escuchaban risas desesperadas, excesivas y afiebradas; de vez en cuando se hacía entre aquellas gentes un silencio tan repentino como fúnebre.

—¿Han venido muchos miembros del Club a esta reunión? —preguntó el príncipe.

—Más o menos —le respondió el presidente—. Por cierto, es costumbre que los recién ingresados inviten a champán; supongo que llevarán dinero para hacerlo… Es una manera de mantener el buen ánimo, y también, por qué no decirlo, una forma de financiarme…

—Mr. Hammersmith —dijo el príncipe—, dejaré que corra usted con el gasto en champán…

Se distanció unos pasos el príncipe Florizel para recorrer los corrillos que allí se formaban; como hombre acostumbrado a salones de mejor tono, no tardó en llamar la atención de quienes allí se habían reunido, seduciéndoles con sus exquisitos modales en los que se daban a la par la autoridad y la condescendencia, la simpatía y la seriedad; su proverbial templanza de carácter, su sangre fría hasta en las situaciones de mayor compromiso, le aportaban una mayor distinción entre aquel grupo de desesperados.

Iba de un corrillo a otro con los ojos y los oídos expectantes, por lo que tardó mucho en hacerse una idea cabal del tipo de personas entre las que se encontraba. Predominaba, como en casi todos los salones de reunión, por lo demás, un tipo de hombre joven, inteligente y sensible, pero apenas capacitado para el éxito; un tipo de hombre escaso de vigor y de la voluntad que se requiere para alcanzar los triunfos apetecidos. Los menos de entre ellos superaban los treinta años y había unos cuantos que aún no habían llegado a los veinte. Allí estaban, los que sentados, con los brazos sobre la mesa, moviendo nerviosamente los pies; unos, fumando con avidez ansiosa; otros, indolentemente, dejando que se les consumieran los cigarros entre los dedos. Los segundos, por lo general, eran capaces de mantener convenientemente una conversación, y los primeros, sin embargo, se expresaban tensos, hablaban sin gracia ni sentido.

Cada vez que se descorchaba una nueva botella de champán se renovaba la algarabía; sólo dos de los miembros del club permanecían invariablemente sentados: uno, junto a una ventana, con la barbilla hundida en el pecho y las manos en los bolsillos de su pantalón; estaba empapado en sudor, pálido, silencioso y meditabundo, un auténtico desecho tanto en cuerpo como en alma; el otro, en un diván, cerca de la chimenea; era un tipo que llamaba la atención sin remedio por ser muy distinto de los demás; andaría por los

cuarenta años pero aparentaba diez más; el príncipe Florizel no recordaba haber visto jamás a un sujeto en cuyo rostro se reflejaran, como en aquel, enfermedades y vicios incontables; era un hombre flaco, todo pellejo y hueso, que parecía aquejado por una parálisis al menos parcial y que usaba lentes de cristal tan grueso que a su través los ojos se le veían enormes y disparatados. Sin embargo, junto con el príncipe y el presidente del Club, era el único de los allí reunidos que mostraba una calma común a la de las personas normales en la vida diaria.

No se puede decir que la decencia reluciera entre aquellos hombres. Unos se jactaban de haber cometido las acciones más deshonestas que puedan imaginarse, acciones que les habían empujado, en muchos casos, a buscar el amparo de la muerte, y otros escuchaban a los que así hablaban sin mostrar en su gesto la menor reprobación de sus actitudes, todos lo contrario… Había entre ellos un acuerdo tácito, el de no hacer juicios de contenido moral sobre lo que allí se decía; en suma, quien lograba acceder como miembro de pleno derecho al Club de los suicidas, gozaba de antemano de esa inmunidad que sólo otorga la muerte.

Allí se brindaba en honor de los presentes y a la memoria de famosos suicidas de otro tiempo; confrontaban sus distintas opiniones y suposiciones acerca de la muerte, que era para unos todo oscuridad y vacío, y para otros, pura esperanza: creían que aquella noche se elevarían más allá de las estrellas para conversar con los más ilustres personajes, ya muertos.

—¡A la memoria eterna del barón de Trenk[2], ejemplo para todos los suicidas! —brindó uno—. Alcemos nuestras copas en honor de un hombre que fue de una estrecha celda a otra aún más angosta para alcanzar al fin su libertad.

—Yo sólo pido que me pongan una venda en los ojos y algodón en los oídos —dijo otro—. Pero no creo que haya en el mundo algodón suficientemente grueso…

Habló un tercero, que aspiraba a descubrir los misterios de la vida futura, y otro más que no habría entrado en el Club de los suicidas, decía, de no ser porque le indujeron a creer en Mr. Darwin.

—No soporto la idea de venir del mono —afirmaba tan interesante suicida.

La verdad es que el tono y las maneras en que se producían aquellas conversaciones de los miembros del Club decepcionaron al príncipe. «No creo que haya motivos para tanta estupidez», se decía; «si alguien quiere

matarse, pues que se mate como es digno de un caballero, ¡por Dios santo! No tienen sentido tanta cháchara y excitación».

El coronel Geraldine, a todo esto, seguía atenazado por las más negras inquietudes. Tanto el Club en sí, como sus normas, constituían un misterio para él, por lo que ansiaba encontrar a quien pudiera informarle tranquilizadoramente sobre este extremo. Vio al paralítico de los gruesos lentes, y como le pareció un hombre tranquilo, se dirigió al presidente, que iba de aquí para allá, atendiendo a sus obligaciones de tal, y le pidió que lo presentara ante aquel caballero del diván.

El presidente le dijo, sin embargo, que en el Club no tenían cabida tales formalidades, aunque aceptó hacerlo. Así, pues, le presentó a Mr. Malthus[3], quien, tras mirar al coronel con mucha curiosidad, le pidió por favor que tomara asiento a su derecha.

—Es usted un neófito y desea información, ¿eh? —le dijo—. Pues bien, ha acudido usted a quien puede dársela; hace ya dos años que frecuento este simpático Club…

Al oír aquello respiró más sosegado el coronel Geraldine; se decía que, si Mr. Malthus llevaba dos años dejándose caer por allí, el príncipe no tenía por qué correr serio peligro en una sola noche… Pero Mr. Geraldine aún no había despejado todas las incógnitas que se le presentaban y temió de golpe ser víctima de una mentira.

—¿Dos años? —dijo—. Yo creía que… Bien, da igual, ya veo que me han gastado una broma…

—No, de ninguna manera —le dijo aquel hombre con una voz muy suave —; mire usted, mi caso es especial; yo no soy un suicida, en el estricto sentido del término; soy lo que podríamos llamar un miembro honorario del Club. Vengo por aquí un par de veces cada dos meses, una condescendencia que me hace el presidente, en atención a la enfermedad que padezco, aunque no debo ocultar que pago una cuota más alta que los otros… Pero me considero un hombre afortunado.

—Disculpe si le pido que sea más explícito —dijo el coronel Geraldine—; tenga en cuenta que apenas sé algo acerca de la normativa del Club…

—Los miembros más comunes —respondió el paralítico—, los que como usted vienen en busca de la muerte, acuden una noche y otra hasta que la fortuna les resulta favorable y colma sus deseos; más aún, a cambio de un penique reciben del presidente alojamiento y comida, nada de lujo, claro, pero sí limpio y confortable; compréndalo, el lujo no tendría sentido, y menos con

tan menguado pago, si puedo decirlo así; además, la sola compañía del presidente es un regalo…

—¿De verdad? No he tenido tan favorable impresión —dijo el coronel.

—Bueno, es que aún no le conoce usted bien… Es el hombre más divertido y jovial que pueda imaginarse… ¡Qué historias cuenta! ¡Qué cinismo el suyo! Sabe de la vida en profundidad tal, que causa admiración; aquí, entre nosotros, le digo que para mí es el más corrompido sinvergüenza de toda la cristiandad…

—¿Acaso es, como usted, socio vitalicio, si puedo decirlo así y sin querer ofenderle? —preguntó el coronel.

—Claro que es socio vitalicio, pero de manera distinta a la mía —respondió Mr. Malthus—. Aunque me dejan de lado, por una especie de gracia especial, al final también me llegará la hora… Pero nuestro presidente nunca juega; él baraja, corta y reparte los naipes, además de prepararlo todo; es un auténtico prodigio, un hombre muy ingenioso, créame, Mr. Hammersmith. Lleva tres años haciendo tan productivo trabajo en Londres, o tan artístico trabajo, podríamos decir, sin levantar la menor sospecha; por eso me permito añadir que se trata de un hombre de inspiración genial… ¿Se acuerda usted de aquel caso, hará unos seis meses, del caballero que murió en una farmacia por envenenamiento aparentemente accidental? Pues mire, esa fue una de sus ideas menos complejas, menos osadas… ¡No me diga que no es sencilla! ¡Y qué eficaz!

—No puedo negarle que me sorprende —dijo el coronel—. Pero, aquel pobre hombre… —iba a decir «fue una de las víctimas del Club», pero rectificó a tiempo—: ¿pertenecía al Club? —sin embargo cayó el coronel en la cuenta de que Mr. Malthus no era un enamorado de la muerte y no le dejó responder, añadiendo—: Sigo sin comprender; habla usted de barajar y repartir… ¿Por qué? Por lo demás, me da la impresión de que no tiene usted la menor gana de morirse, así que no sé a qué se debe su presencia en estas reuniones.

—Dice usted que no se entera de nada y dice bien —contestó Mr. Malthus, con sorna—. Amigo mío, este Club es un auténtico templo de la embriaguez; si mi quebrantada salud me permitiera estas excitaciones más a menudo, no dude que vendría aquí con mayor frecuencia… Pero, por ese sentido del deber y de la mesura que me inspiran tantos años de enfermedad como llevo, en virtud de lo cual observo cierta morigeración en los hábitos, evito los excesos; podría decir que el Club es ya el único divertimento disipado que me concedo… Le aseguro, querido amigo, que he cometido

todos los excesos posibles —dijo tocando afablemente el brazo al coronel Geraldine—, todos los excesos sin dejarme uno sólo… Por eso puede decirle que no hay una depravación que no sea por lo general sobrevalorada, a veces grotescamente. Mire, se habla tanto del amor… Yo niego, sin embargo, que el amor sea una pasión subyugante. La única pasión subyugante es el miedo en sí; pruebe usted a sentirlo si de verdad aspira a sentir la emoción más fuerte de cuantas nos brinda la existencia… Puede envidiarme, sí señor, envídieme… ¡Yo soy un cobarde! —exclamó soltando una risita.

Aguantó a duras penas el coronel Geraldine la repugnancia que le provocaba aquel tipo al que creía despreciable, y no sin hacer un gran esfuerzo siguió con sus preguntas.

—¿Cómo es posible mantener durante mucho tiempo una excitación como esa de la que habla, si no hay de verdad elementos de incertidumbre que la mantengan?

—Bien, pasaré a explicarle cómo ha de elegirse la víctima propiciatoria de cada noche —dijo Mr. Malthus—. Y conste que no hablo sólo de la víctima en sí misma, sino del otro miembro del Club que se convierte, por una vez siquiera, en el oficiante sumo de la muerte.

—¡Por Dios! —gritó el coronel—. ¿Quiere decir que se matan los unos a los otros?

—Bueno —respondió Mr. Malthus—, así se evita al suicida el trance de suicidarse…

—¡Por todos los cielos! —volvió a exclamar Mr. Geraldine—. ¿Quiere decir que yo…, o ese de allí…, o que usted…, que cualquiera, en fin, puede ser elegido esta misma noche para acabar con el cuerpo y el espíritu de otro hombre? ¿Es posible que alguien nacido de mujer sea capaz de hacerlo? ¡Es la mayor infamia entre todas las infamias!

Iba ya a levantarse e irse del lado de aquel hombre, lleno de indignación, cuando observó que desde un extremo del salón el príncipe Florizel le miraba con el ceño fruncido y expresión de enojo, lo que hizo que el coronel Geraldine recobrase al momento la compostura.

—Bueno, al fin y al cabo —dijo como si hablara para sí—, ¿y por qué no? Como bien dice usted, se trata de un divertimento interesante… ¡Rompamos las amarras y despleguemos las velas! Estoy de acuerdo con el Club.

Mr. Malthus parecía divertido ante la indignada sorpresa anterior del coronel, pues además de perverso era un hombre muy pagado de sí mismo; le gustaba ver cómo un hombre se dejaba arrebatar por los generosos impulsos

de su corazón, mientras él, un perfecto corrupto, se creía por encima de esas nobles emociones.

—Ya que se le ha pasado a usted el primer asombro —dijo—, podrá admirar ahora las auténticas delicias que ofrece nuestra sociedad; vea cómo se dan aquí, a un tiempo, la excitación propia de las mesas de juego, la del duelo y la del anfiteatro romano… Aquellos paganos sabían hacer bien las cosas… No puedo por menos que admirar el refinamiento de su inteligencia, aunque sólo en un país cristiano se podía obtener esta experiencia de los límites, este patetismo quintaesenciado… Ya comprenderá usted cuán insípidos resultan los otros divertimentos de la vida para quien se acostumbra al que desde aquí se observa… Hacemos un juego muy simple; una baraja completa…, pero, bueno, veo que pasamos a la acción… ¿Quiere darme su brazo, por favor? Lamentablemente, estoy impedido…

Justo cuando Mr. Malthus se disponía a explicarse, se abrieron otras puertas plegables para dar pasar al salón adyacente a los miembros del Club, lo que hicieron casi en tropel. Era un salón idéntico al anterior pero con distinto mobiliario; había en el medio una gran mesa, larga y cubierta por un tapete verde, en la cual tomó asiento de inmediato el presidente y comenzó a barajar con mucha calma un mazo de naipes. Ayudándose de su bastón, y con el apoyo que le prestaba el brazo del coronel Geraldine, Mr. Malthus, sin embargo, avanzaba con tanta dificultad que ya estaban todos sentados cuando ellos dos, junto al príncipe, que los había esperado, hicieron su entrada a un tiempo en aquel salón, por lo que tomaron asiento juntos, en un extremo de la gran mesa.

—Son cincuenta y dos cartas —dijo en voz baja Mr. Malthus—. El as de espadas es la carta de la muerte y el as de bastos señala al oficiante del sacrificio de cada noche. ¡Qué suerte la de esos jóvenes que gozan de buena vista y pueden seguir el juego sin perderse una baza! Yo, la verdad, no distingo un as de una dama que me muestren del otro lado de la mesa…

Entonces se cambió de lentes.

—Así por lo menos les veo las caras —dijo.

El coronel contó sucintamente al príncipe cuanto le había informado al respecto el socio honorario del Club y la terrible situación que se les planteaba… Al príncipe Florizel le dio un vuelco el corazón y sintió un escalofrío estremecedor; tragó saliva, no sin dificultad, y miró desconcertado a uno y otro lado.

—Si queremos escapar, tendremos que jugárnosla por completo —susurró el coronel al príncipe.

Aquello consiguió que el príncipe Florizel se rehiciera.

—Calle —le dijo—; demuestre usted que es capaz de jugar como todo un caballero, por muy alta que resulte la apuesta.

Miró de nuevo en derredor suyo, en calma ahora aunque el corazón seguía dándole brincos en el pecho mientras una desagradable sensación de desasosiego y calor le dificultaba la respiración.

Los miembros del Club de los suicidas permanecían en silencio, expectantes, pálidos; Mr. Malthus, el que más… Casi se le salían los ojos de sus cuencas, pues en su afán de ver inclinaba ahora la cabeza para levantarla después bruscamente mientras con un gesto automático se pasaba los dedos por los labios amoratados, que le temblaban. Así de curiosamente disfrutaba de las reuniones del Club el socio honorífico.

—¡Atentos, caballeros! —dijo el presidente.

Comenzó a repartir cartas entonces, despacioso, en sentido contrario a las agujas del reloj, deteniéndose hasta que cada uno comprobaba qué carta le había correspondido. Todos titubeaban al hacerlo; a más de uno se le enredaban los dedos y tardaba más de lo que es normal en darle la vuelta al naipe. El príncipe, a medida que el reparto se acercaba al lugar donde estaba, había ido cobrando conciencia de su propia excitación nerviosa, pero aunque la respiración le resultaba dificultosa, como buen jugador que era, no pudo por menos que reconocer para sí que aquello, a la par, le resultaba grato, una sensación que no por sorprendente para él mismo dejaba de placerle.

Tocó al príncipe Florizel el nueve de bastos y al coronel Geraldine el tres de espadas; a Mr. Malthus, que no pudo reprimir un gritito de alivio, que pareció sollozo, le cayó en suerte la reina de corazones; al momento el joven caballero de los pasteles de crema, por llegarle el turno, volvió su naipe para encontrarse con el as de bastos… Quedó mudo por el pánico, helada su sangre en las venas, con el naipe entre los dedos… No había acudido a matar, sino a que lo mataran; entonces el príncipe Florizel, con esa generosidad suya tan proverbial, y por la simpatía que le inspiraba el atribulado joven, pareció olvidarse del peligro que se cernía sobre su cabeza y sobre la cabeza del coronel.

De nuevo se les acercaba el reparto de la segunda ronda y aún no había salido la carta que significaba la muerte… Era perceptible que los jugadores aguantaban la respiración, los unos, y jadeaban con extrema ansiedad los otros. Al príncipe le cayeron más bastos y al coronel oros… Mas, cuando Mr. Malthus dio la vuelta su naipe, se dejó sentir de sus labios una exclamación espantosa, como de algo que se le hubiera roto en lo más hondo. Se puso de

pie de golpe, sin denotar impedimento alguno, para dejarse caer al momento, pesadamente, en su silla; le había tocado el as de espadas… El socio honorífico había jugado durante mucho tiempo con sus propios temores. Casi al momento cesó el reparto y volvieron las conversaciones; abandonaron los jugadores su envaramiento anterior y lentamente, aliviados, fueron levantándose de sus asientos para regresar en grupos de no más de dos o de tres personas al salón de fumar. Estiró los brazos el príncipe y bostezó, como quien se dispone a salir de su trabajo tras concluir la jornada; Mr. Malthus, por el contrario, seguía inmóvil en su silla, los codos en la mesa y la cara perdida entre sus manos; parecía desmembrado en su propia ebriedad, inmóvil como un objeto inútil.

El príncipe y el coronel aprovecharon para marcharse de allí a toda prisa; cuando salieron, el frío intenso de la noche renovaba en ellos el espanto que habían vivido allí adentro.

—¡Unirse en un juramento para algo como esto! —dijo el príncipe—. ¡Es una infamia que se produzca esta especie de comercio del asesinato al por mayor, con lucro e impunidad, encima! Si fuera capaz de romper mi promesa…

—Su Alteza no puede hacer eso, pues su honor es el de Bohemia —le dijo el coronel Geraldine—. Pero yo sí puedo hacerlo, yo sí puedo olvidarme de mi palabra…

—Mr. Geraldine —dijo entonces el príncipe—, por nada del mundo querría que su honor se viera menoscabado por estas aventuras en las que me acompaña; no podría perdonárselo, y no podría perdonarme jamás que eso ocurriera.

—Siempre a las órdenes de Su Alteza —se cuadró el coronel—. ¿Y si nos alejamos de este maldito lugar?

—Sí, llame por favor a un coche, y por Dios le juro que trataré de dormir profundamente para borrar de mi memoria esta noche tan infausta.

Antes de subir al coche de punto, sin embargo, el príncipe Florizel miró el rótulo con el nombre de la calle para que no se le olvidase.

Al día siguiente, apenas despertó, ya estaba ante él el coronel Geraldine con un periódico en el que podía leerse lo que sigue:

«Lamentable accidente. *Sobre las dos de la madrugada pasada, Mr. Bartholomew Malthus, con domicilio en el 16 de Chepstow Place, Westbourne Grove, cuando regresaba a su casa después de pasar una velada en la residencia de unas amistades, cayó de uno de los muros de Trafalgar*

Square, fracturándose el cráneo, una pierna y un brazo. Su muerte fue instantánea. El suceso se produjo cuando Mr. Malthus, que caminaba acompañado de un amigo, buscaba un coche de punto para volver a su domicilio; como Mr. Malthus estaba impedido, se cree que pudo sufrir un síncope, como consecuencia del cual cayó del muro. El infortunado caballero era hombre muy conocido en los círculos más respetables de Londres y su muerte está siendo causa de gran pesar en la ciudad».

—Si alguna vez —dijo solemne Mr. Geraldine— hubo un alma que fuera más derecha al infierno, no será otra que la de ese pobre inválido.

El príncipe Florizel, sin decir palabra, se tapó la cara con las manos.

—La verdad es que casi me alegro de su muerte —prosiguió el coronel—; lo que más pena me causa es pensar en ese pobre joven, el de los pasteles de crema…

—Mr. Geraldine —dijo el príncipe—, anoche ese pobre muchacho era tan inocente como usted y como yo; pero ya ve, hoy lleva en su alma el sangriento estigma de la culpa… Me enferma pensar en el presidente de ese siniestro Club; no sé cómo ni cuándo, pero le juro por Dios que daré su merecido a ese canalla… ¡Qué experiencia tan terrible, qué lección tan memorable la de ese maldito juego de cartas!

—No debería repetirse jamás —dijo el coronel.

Estuvo tanto rato sin hablar el príncipe, que Mr. Geraldine comenzó a alarmarse.

—No piense en volver allí Su Alteza —siguió diciendo el coronel—; ya ha visto demasiados horrores y ya ha sufrido bastante entre esa gente… Sus obligaciones y su posición, además, le impiden exponerse vanamente a un peligro semejante.

—Tiene usted razón, Mr. Geraldine; yo mismo me reprocho lo de anoche; bajo mis ropas de potentado no hay otra cosa que un hombre, y jamás como hasta el presente había tenido conciencia de mi propia debilidad… Pero, caballero, esto es más fuerte que yo mismo… ¿Cómo podría olvidarme de la desgracia de ese pobre infeliz con el que cenamos hace apenas unas horas? ¿Cómo permitir al presidente del Club que siga lucrándose de manera tan vil? ¿Cómo iniciar una aventura fascinante y no culminarla? No, Mr. Geraldine, lo siento… Solicita usted del príncipe lo que no puede concederle el hombre; esta noche, por ello, volveremos a tomar asiento en la mesa de juegos del Club de los suicidas.

No pudo evitar el coronel Geraldine hincarse de rodillas.

—¡Quíteme la vida, Alteza, pero no me pida que le ayude en una empresa tan peligrosa! —suplicó.

—Coronel Geraldine —dijo el príncipe, altivo—, usted es el dueño único de su vida; sólo solicito obediencia, pero si no me la quiere demostrar, no se la pediré más… Le diré, para concluir de una vez por todas con este asunto, que ya se ha excedido usted más de la cuenta importunándome.

Rápidamente se puso en pie, de nuevo, el caballerizo mayor del príncipe.

—¿Me dispensa del servicio Su Alteza, por esta tarde? —preguntó—. Soy hombre de honor y no puedo regresar a ese maldito Club sin haber puesto en orden mis cosas… Prometo a Su Alteza que no encontrará oposición alguna de mi parte, en lo sucesivo, y que puede seguir teniéndome por el más fiel, agradecido y devoto de sus asistentes.

—Mi muy querido Mr. Geraldine —respondió el príncipe—, mire que lamento tener que recordarle mi condición… Disponga usted del día como mejor le plazca, pero pase a recogerme antes de las once de la noche… Y lleve el mismo disfraz que ayer.

Aquella noche no estaba tan concurrido como la anterior el Club de los suicidas. Cuando hicieron su entrada el príncipe y el coronel no había más de media docena de miembros en el salón de fumar; Su Alteza tomó del brazo al presidente, lo llevó a un extremo del salón y allí le felicitó vivamente por la forma en que se había producido la muerte de Mr. Malthus.

—Me alegro de hablar con alguien tan competente como usted —le dijo —; su profesión es muy delicada, pero ya veo que sabe ejercerla con el acierto y la discreción requeridos.

Casi se mostraba humilde el presidente del Club, en su alegría, por recibir tales elogios de alguien tan distinguido como el príncipe.

—¡Pobre Mr. Malthy! —exclamó el presidente—. El Club ya no será el mismo sin su presencia… Tenga en cuenta que la mayoría de mis clientes son jóvenes, caballero; sí, jóvenes enfermos de poesía, pero que no constituyen para mí la mejor de las compañías, precisamente… No es que no hubiera poesía en Mr. Malthy, que la había, pero de la que yo puedo entender…

—Comprendo perfectamente que tuviera tanto aprecio por Mr. Malthus —dijo el príncipe—. Me pareció un hombre verdaderamente original.

El joven de los pasteles de crema permanecía cabizbajo y en silencio. Se le acercaron el príncipe y el coronel, pero apenas pudieron cambiar con él unas palabras.

—¡No se imaginan —les dijo— cuánta amargura siento por haberles traído a este espantoso lugar! Váyanse de aquí cuanto antes, váyanse ahora

que aún tienen las manos limpias de sangre… ¡Si hubieran oído gritar a ese pobre viejo cuando caía del muro…! ¡Si hubieran oído el ruido de sus huesos al troncharse contra el suelo! Compadézcanse de mí, soy un hombre perdido. Recen para que me salga esta noche el as de espadas.

Llegaron algunos miembros más del Club, pero cuando se inició la sesión sólo eran una docena. El príncipe Florizel advirtió de nuevo esa cierta alegría expectante y alarmada de la noche anterior, y se sorprendió, sobre todo, de ver que el coronel Geraldine demostraba una mayor presencia de ánimo. «Resulta extraordinario —se dijo el príncipe— que hacer o no un testamento influya de tal manera en el ánimo de un hombre joven».

—¡Atentos, caballeros! —dijo al fin el presidente y comenzó a repartir las cartas.

Se produjeron tres rondas de naipes, alrededor de la mesa, sin que salieran las cartas malditas. Cuando inició el presidente la cuarta ronda la excitación de los asistentes era máxima; no había naipes más que para una última ronda; el príncipe, sentado en segundo lugar a la izquierda del presidente, recibiría la penúltima carta, dada la manera en que se repartían los naipes en el Club… El tercer jugador descubrió una de las cartas siniestras, el as de bastos. Al siguiente le cayó una carta de oros, al otro una de corazones… Aún no había aparecido el as de espadas. Entonces el coronel Geraldine, que estaba sentado a la izquierda del príncipe, descubrió su carta: un as, pero de corazones.

Casi se le para el corazón al príncipe Florizel cuando vio su carta, no obstante ser un hombre de probado valor. Se le cubrió el rostro de un sudor frío. Entre cincuenta sobre cien probabilidades de verse condenado, le tocó el as de espadas. Sintió que la mesa flotaba ante sus ojos, sus pensamientos se enredaron en la más negra confusión… Oyó la carcajada nerviosa que soltaba el jugador que había a su derecha, una carcajada que denotaba por igual alegría y decepción. Vio el príncipe que el grupo se levantaba al instante de la mesa y se dispersaba por el salón, pero su mente, ocupada en no sabía qué, le impedía ponerse en pie. Sólo acertaba a reconocer lo absurdo y mortal de su empecinamiento; gozando de buena salud, aún joven, heredero de un trono, había perdido su futuro y arruinado el de una nación noble y leal en tan infame juego de naipes.

—¡Que Dios me perdone! —acertó a exclamar.

Dicho lo cual, la confusión en la que había caído al descubrir su carta dio paso al dominio de sí mismo.

Miró en derredor suyo y se sorprendió de no ver allí al coronel Geraldine. Ya no había un solo miembro del Club en el salón, salvo aquel a quien los

naipes habían deparado el destino de convertirse en su matarife; un hombre que conversaba entonces con el presidente y con el joven de los pasteles de crema, y que unos segundos después se acercó a él para decirle al oído:

—Daría un millón de libras, si lo tuviera, para comprarle la suerte que ha tenido esta noche.

Su Alteza, por su parte, vio alejarse al joven, sin poder evitar el pensamiento de que vendería su trágico destino a otro, si pudiera, a cambio de una suma mucho menor…

Cambió unas palabras más aquel hombre con el presidente y salió del salón, lanzando una mirada cómplice al príncipe. El presidente del Club, entonces, se acercó al infortunado tendiéndole la mano.

—Ha sido un placer conocerle, caballero —le dijo—, y no sabe cuánto me alegra poder prestarle este pequeño servicio… Al menos no tendrá quejas, dada la celeridad… ¡A la segunda noche! ¡Qué suerte tan increíble la suya!

Intentó decir algo el príncipe, pero tenía la garganta terriblemente seca y la lengua como de piedra.

—¿Se encuentra mal? —le pregunto amablemente el presidente—. No se preocupe, eso les ocurre a la mayoría de nuestros miembros… ¿Un poco de *brandy*?

Asintió el príncipe con la cabeza y el presidente le sirvió al momento una copa.

—¡Pobre Malthy! —evocó el presidente mientras el príncipe apuraba el trago—. Antes de salir de aquí se bebió un litro entero de licor, pero no pareció hacerle efecto…

—Yo no soy tan resistente a ese tratamiento —habló al fin el príncipe, recuperado—. Bien, ya me he sosegado, como puede comprobar… Tendrá algunas instrucciones que darme…

—Sí, bien… Mire, camine por la acera de Strand, en dirección a la City, hasta que vea al caballero que acaba de salir… Él le dará nuevas instrucciones, que deberá obedecer usted; esta noche él es la máxima autoridad del Club… Ahora —concluyó—, sólo me resta desearle un agradable paseo…

El príncipe Florizel respondió secamente a sus deseos y se despidió. Atravesó el salón de fumar, donde bebían champán casi todos los miembros del Club que habían participado en la ceremonia anterior, un champán pagado aquella noche por el propio príncipe, y no pudo evitar maldecirles para sus adentros mientras los contemplaba. En el antedespacho se puso abrigo y sombrero y tomó su paraguas del rincón donde lo había dejado. Aquella

familiaridad de los actos diarios, y el pensamiento de que los hacía por última vez, le hizo soltar una carcajada que sonó lamentable a sus propios oídos. Algo le impedía salir de allí, sin embargo, y se asomó la ventana. Las lámparas del salón y la oscuridad de la calle le hicieron recordar su compromiso. «Bien, ahora —se dijo—, debo comportarme como un hombre de palabra y salir a la calle».

Al llegar a la esquina de Box Court cayeron sobre él tres hombres que rápidamente lo metieron en un coche. Conocía bien el príncipe a la persona que aguardaba en el interior de aquel coche, que partió de inmediato y a toda prisa.

—¿Podrá perdonarme Su Alteza esta muestra de celo? —le preguntó una voz más que conocida.

El príncipe, por toda respuesta, se abrazó lleno de alegría al coronel Geraldine.

—No sé cómo agradecerle lo que ha hecho por mí —dijo—. Pero ¿y todo esto?

Aunque había afrontado su destino con resolución, el príncipe estaba encantado de aquella amistosa violencia con que había sido asaltado por esos hombres para devolverle a la vida.

—No tiene que agradecerme nada —respondió Mr. Geraldine—, me conformo con que no vuelva a exponerse a peligros semejantes en lo sucesivo. En lo que a su pregunta se refiere, le diré que ha sido de lo más sencillo; esta misma tarde llegué a un acuerdo con cierto detective, muy reputado, al que he pagado para que guarde bien el secreto de todo este asunto; esos tres hombres trabajan para él; la casa de la esquina de Box Court estaba así sometida a vigilancia desde primeras horas de la tarde, y este coche, que pertenece al detective, esperaba por Su Alteza desde hace una hora…

—¿Y ese miserable que iba a matarme? —preguntó el príncipe.

—Lo cogimos nada más salir del Club; está a buen recaudo, espera en su palacio, Alteza; no tardarán en unírsele los otros…

—Mr. Geraldine —dijo el príncipe Florizel—, ha hecho bien en no prestar atención a mis órdenes, pues gracias a eso me ha salvado la vida, que le debo además de la gran lección recibida. No sería digno de mi condición de príncipe si no me mostrase agradecido con usted, teniéndole por mi mejor maestro… Decida usted, pues, lo que ha de hacerse.

Quedaron ambos en silencio mientras el coche seguía recorriendo distintas calles de la ciudad. El primero en hablar fue el coronel Geraldine:

—Su Alteza —dijo— tiene a su merced ahora mismo a un buen número de presos; hay entre ellos uno, por lo menos, con el que debe ser ejemplar la justicia, por sus muchos crímenes. Es cierto que nuestro juramento nos impide acudir a la ley, y aunque no hubiéramos jurado, la prudencia lo desaconsejaría… Pero, ¿puedo saber cuáles son las intenciones de Su Alteza?

—Ya lo he decidido —respondió el príncipe—. El presidente del Club debe morir en un duelo… Sólo falta elegir a su adversario.

—Su Alteza me ha pedido que sea yo quien elija mi gratificación —dijo el coronel—. ¿Puedo designar a mi hermano para ese duelo? Es una misión muy honrosa y puedo garantizar a Su Alteza que mi joven hermano sabrá responder perfectamente.

—Me pide usted algo ciertamente ingrato —dijo el príncipe—, pero no puedo negárselo.

Le besó la mano el coronel Geraldine con gran devoción y agradecimiento; el coche cruzaba entonces los arcos que daban entrada a la suntuosa residencia del príncipe. Apenas una hora más tarde el príncipe Florizel, vestido de gala y adornado por todas las órdenes y condecoraciones de Bohemia, recibía en sus salones a los miembros del Club de los suicidas.

—Hombres necios y malvados —comenzó a decirles—, quienes de entre ustedes hayan llegado a estos extremos de depravación por causa de su fortuna escasa, recibirán de mis asistentes trabajo y justo pago; pero aquellos a quienes hayan hecho sufrir sus culpas deberán dirigirse a un más alto dignatario que yo… Me inspiran ustedes, caballeros, una lástima más profunda de la que puedan imaginarse; mañana cada uno me referirá su historia; cuanto mayor sea su sinceridad, mayores serán los remedios que intente poner yo a sus padecimientos… En lo que a usted se refiere —dijo entonces mirando al presidente—, no creo verme en la necesidad de ofrecerle mi ayuda, pues supongo que eso sería un baldón para usted, habida cuenta de sus muchos méritos… Pero tengo algo, un modesto entretenimiento que proponerle… He aquí —dijo poniendo una mano en el hombro del hermano menor del coronel Geraldine— a uno de mis oficiales; desea hacer un viaje por Europa, por lo que le ruego a usted, como un gran favor, que lo acompañe… Supongo que sabrá utilizar usted una pistola —siguió el príncipe, en un tono ahora más grave—. Bien, mejor, pues eso puede resultarle muy útil… Más vale que dos hombres que viajan estén bien preparados para hacer frente a cualquier imprevisto… Mas, permítame añadir que, si acaso perdiera al joven oficial Geraldine durante el viaje, siempre

podré poner a su disposición a otro miembro de mi corte… Si por algo soy bien conocido, señor presidente, es por mi largo brazo y por mi buena vista.

Así de severa y amenazadoramente concluyó su discurso el príncipe Florizel de Bohemia. A la mañana siguiente los miembros del Club de los suicidas pudieron comprobar cuán grande era la generosidad del príncipe y el presidente partió de viaje, en compañía del joven oficial Geraldine y de dos ayudas de cámara debidamente adiestrados en el palacio. Además, varios agentes al servicio del príncipe se instalaron en la casa de Box Court, para revisar la correspondencia que llegaba al Club de los suicidas, que posteriormente entregaban al príncipe Florizel, e interrogar a los hombres que allí se dirigían.

En este punto —dice mi autor árabe—, concluye la Historia del joven de los pasteles de crema, *caballero que en el presente vive feliz y cómodamente instalado en Wigmore Street, Cavendish Square, aunque por razones fáciles de comprender no se ofrezca aquí su nombre. Quien desee saber más de las aventuras del príncipe Florizel de Bohemia y del presidente del Club de los suicidas, deberá leer la* Historia del médico y el baúl de Saratoga.

Historia del médico y el baúl de Saratoga

El norteamericano Mr. Silas Q. Scuddamore era un joven sencillo e inofensivo, cosa digna de mención si se tiene en cuenta que había venido al mundo en Nueva Inglaterra, provincia del Nuevo Mundo, lugar que no destaca precisamente por estas cualidades que el joven atesoraba. Era hombre de fortuna, a pesar de lo cual llevaba minuciosamente apuntados todos sus gastos en una libreta, y para mejor estudiar los encantos y atractivos que ofrece París se estableció en un séptimo piso amueblado del Quartier Latin. Era su costumbre más acendrada la de la frugalidad, y su virtud más excepcional, sobre todo si se la comparaba con las de las gentes con quienes mayor trato tenía, era la de esa timidez debida a sus pocos años.

Tenía por vecina a una dama atractiva y elegante a quien tomó en principio por una condesa, si bien no tardó mucho en saber que era conocida como Madame Zéphyrine, que no poseía título nobiliario alguno y que resultaba difícil establecer cuál era su condición y a qué se dedicaba en la vida. Madame Zéphyrine, lo más seguro que para llamar la atención del joven norteamericano, le dedicaba una graciosa genuflexión cuando se cruzaba con él en la escalera del edificio, le dedicaba también una palabra lisonjera o lo miraba profundamente con sus arrasadores ojos negros, antes de esfumarse entre un rumor de sedas, después de mostrarle su pie y su tobillo admirables. Tales coqueteos de la dama, sin embargo, no sólo no conseguían encandilar al joven caballero sino que lo sumían más hondamente en los abismos de la melancolía y de la timidez. La dama había llamado a su puerta en varias ocasiones y con pretextos diversos, tales como pedirle fuego o para excusarse por las trastadas supuestamente causadas por su perrito, pero los labios del joven parecían siempre sellados ante aquella presencia de la dama, a la que tenía por alguien superior a él, a tal punto que parecía olvidarse de hablar en francés y quedaba mirándola fijamente, apenas emitiendo un balbuceo, hasta que ella decidía poner fin a su visita. Aquello, sin embargo, no le impedía hacer jactanciosas insinuaciones sobre ella cuando, amparado por el alcohol y rodeado de varios amigos, se notaba más seguro.

Su otro vecino era un médico inglés —había tres casas en cada planta del edificio—, un hombre de reputación más que dudosa. El doctor Noel, que tal era su nombre, se había visto obligado a marchar apresuradamente de Londres, ciudad en la que tenía entre sus pacientes a personas de importancia reseñable, al parecer por razones relacionadas con la policía… Aquel médico, hombre de buena posición en otro tiempo, vivía en París, empero, solo y más bien modestamente, dedicado la mayor parte del tiempo a la lectura y el estudio. Mr. Scuddamore sí había hecho cierta amistad con él, por lo que algunas veces cenaban juntos, siempre con mucha morigeración, en un pequeño restaurante que había frente al edificio donde vivían. Mr. Silas Q. Scuddamore era una persona en verdad respetable, lo que no impedía que albergara en sí algunos vicios, si bien no es menos verdad que su delicadeza y convicciones le impedían consentir en ellos. Era, por otra parte, un hombre algo cotilla, más que curioso, y especialmente en asuntos acerca de los cuales no poseía la menor experiencia, lo que es como decir que era chismoso sobre cosas de las que nada sabía pero le provocaban un interés más que apasionado… A veces, por ello, preguntaba con bastante impertinencia, más que con indiscreción, y con mucha contumacia. Era fácil verle sopesando una carta, antes de echarla al correo, dándole mil y una vueltas al sobre mientras parecía estudiar con detenimiento las señas allí escritas… Nada debe extrañar, por ello, que cuando vio una vez una pequeña grieta en la pared que separaba su habitación de la de Madame Zéphyrine, en vez de cubrirla la agrandara para mejor espiar a su vecina.

Un día de finales de marzo, en tanto su afán de cotilla aumentaba en la misma manera que no podía ponerle freno, hizo aún más grande aquella grieta para obtener una visión completa de la habitación de la dama. Aquella tarde, cuando se disponía a espiar todos y cada uno de los movimientos de Madame Zéphyrine, como muchas otras tardes, descubrió sin embargo que la grieta había sido tapada por el otro lado de la pared y creyó morir de vergüenza al saberse descubierto; pero alguien quitó poco después el obstáculo que tapaba aquello y sintió entonces una risita tan franca e irreprimible como burlona… Su vecina le devolvía la moneda. Sintió el joven Mr. Scuddamore un gran incomodo y condenó de inmediato, como malvada, a Madame Zéphyrine, no sin dejar de reprocharse su propia conducta anterior… Al día siguiente, no obstante, y tras comprobar que no había puesto ella impedimento alguno para que pudiera seguir dedicándose a su pasatiempo favorito, aprovechó tan aparente indiferencia, si no consentimiento, de la dama, para seguir dando satisfacción a su curiosidad tan vana como viciosa.

Fue al día siguiente de aquello cuando Madame Zéhpyrine recibió la visita de un caballero alto y algo desgarbado, un hombre que aparentaba más de cincuenta años y al que el joven Mr. Silas no había visto antes. Vestía traje de *tweed* con camisa de color; sus largas y pobladas patillas denotaban que era inglés; sus ojos grises, opacos y de expresión vacía, hicieron experimentar en el americano una incómoda sensación de frío. Hablaron todo el rato como en un susurro, aquel hombre y Madame Zéphyrine, muy gesticulante él, torciendo además la boca cuando decía algo… Creía el joven caballero de Nueva Inglaterra que al torcer así la boca, como hacia un lado, quería aquel hombre señalar su propia pieza, como advirtiendo del peligro de que podía escuchar alguien lo que decían, pero no pudo enterarse, a pesar de sus intentos por no perder ripio, más que de una cosa, cuando el visitante de la dama dijo en voz un poco más alta que se resistía u oponía a algo…

—He estudiado en profundidad sus gustos —dijo el inglés— y por ello puedo decirle que es usted la única persona de su clase en la que puedo confiar.

Madame Zéphyrine suspiró entonces, como resignada, abandonada… Pareció rendirse a la indiscutible autoridad de aquel hombre.

Pero aquella misma tarde, el puesto de observación del joven caballero quedó definitivamente cegado por un mueble que corrió la dama. Aún se lamentaba Mr. Silas de tanta desgracia, que creyó debida a una sugerencia hecha por el inglés de las patillas, cuando la portera del edificio le subió una carta en cuyo sobre se distinguía perfectamente la caligrafía femenina. La misiva no iba firmada, estaba escrita en un francés de ortografía más que deficiente y contenía un ruego dirigido al caballero norteamericano, en términos tales como que se presentara en el salón de baile Bullier a las once de la noche de aquel mismo día, lo que le pareció muy alentador y promisorio… Durante toda la tarde libraron en el corazón del joven Mr. Silas Q. Scuddamore una dura batalla su proverbial curiosidad y su no menos proverbial timidez; unas veces era todo virtud, y otras, por el contrario, osadía y ardor; finalmente, cuando aún faltaba un buen rato para que dieran las diez, ya estaba vestido elegantemente y de pie ante la entrada del salón de baile Bullier. Sacó su entrada con una especie de temeraria desenvoltura, en la que había, no obstante, una encantadora inconsciencia. Corrían los días del Carnaval por lo que el salón de baile estaba lleno y bullicioso. El joven aventurero, al principio, pareció incómodo por las luces y la gran cantidad de gente que allí se apretujaba, pero no tardó mucho en sentirse poseído por una especie de embriagadora felicidad que le llevó a sentirse tan a sus anchas

como nunca antes; allí y en aquel preciso instante hubiera tenido los redaños suficientes hasta para enfrentarse al mismísimo diablo que se le presentara, por lo que dio en comenzar a pavonearse de salón en salón como un hombre mundano y seguro de sí mismo. Vio entonces a Madame Zéphyrine y al inglés de las patillas, que conversaban animadamente apoyados en una columna; aquel su tan felino espíritu de la curiosidad, o del cotilleo, se manifestó en él de golpe, una vez más, y no pudo reprimir, si bien lo hizo con gran disimulo, acercarse poco a poco pero cada vez más hasta la pareja, al punto de que llegó justo a ese lugar en donde podía oír perfectamente lo que se decían.

—Allí está —decía el inglés—, mírelo, es el rubio de largos cabellos, ese que habla con la muchacha del vestido verde…

Mr. Silas miró entonces y vio, en efecto, a la persona a la que se refería el inglés: un joven caballero muy distinguido, aunque un tanto bajo de estatura.

—De acuerdo —dijo Madame Zéphyrine—, haré todo lo que esté en mi mano, pero tenga en cuenta que a veces hasta las más avezadas fallamos…

—Bueno, no se preocupe —dijo el inglés—, que yo respondo por su éxito… ¿Acaso no la he elegido a usted entre más de treinta mujeres? Vaya, pero tenga cuidado con el príncipe… No acierto a imaginar siquiera qué le ha hecho venir a este baile esta misma noche… ¡Quién diría que no hay en todo París una docena larga de lugares más dignos para él, que este salón de baile para tenderos y estudiantes! Mírelo, ahí lo tiene sentado tranquilamente, como un emperador en su trono y no como lo que es, un príncipe disfrutando de asueto…

Mr. Silas siguió la dirección de las miradas de la pareja y vio entonces a un hombre fuerte, de buena presencia y de maneras corteses y hasta majestuosas, sentado a una mesa con un caballero algo menor que él y muy bien parecido, que cuando le hablaba lo hacía con gran respeto y hasta reverencia… La palabra príncipe sonó graciosamente a los oídos republicanos de Mr. Silas, y la apariencia del hombre que ostentaba el título le sugirió un gran encantamiento. Dejó entonces a lo suyo a Madame Zéphyrine y al inglés, siguió caminando entre la gente y se acercó hasta la mesa que ocupaban el príncipe y su acompañante.

—Mr. Geraldine, no puedo por menos que repetirle que esto me parece una completa locura —decía el príncipe—. Usted mismo, y me agrada recordarlo, eligió a su hermano para esa misión tan peligrosa, por lo que su deber es el de velar por él… Permanecer más días de los precisos en París es una imprudencia, sobre todo si tenemos en cuenta el jaez del sujeto al que se

enfrenta… Ahora, cuando apenas estamos a cuarenta y ocho horas de la partida, a dos o tres días, como mucho, del lance definitivo, dígame si de verdad le parece este salón el lugar más adecuado… Tendría que estar en una galería, practicando el tiro con pistola… O durmiendo las necesarias ocho horas después de haber hecho un poco de gimnasia… Y sometido a una dieta conveniente, sin probar ni un sorbo de cualquier vino blanco, ni un poco de *brandy*… ¿Acaso cree ese mozalbete que vamos a representar una comedia? De verdad que todo esto me parece muy peligroso, Mr. Geraldine.

—Puede estar tranquilo, Su Alteza —dijo el coronel Geraldine—. Conozco bien a mi hermano y sé que no hay motivos para alarmarse… Es un joven mucho más prudente de lo que usted cree y su valor está a prueba de todo… No diría lo mismo si hubiera por medio una mujer, se lo confieso, pero sé que podemos dejar a ese maldito presidente del Club en sus manos y en las de sus compañeros, con absoluta tranquilidad…

—Me tranquiliza eso que dice —dijo el príncipe—, pero no por completo… Tengo espías muy diestros y así y todo ese malvado ha conse guido darles esquinazo en dos ocasiones, seguro que para dedicarse a cualquiera de sus pérfidos asuntos… Admito que un detective aficionado pierda por dos veces su rastro, sería lo normal, pero si a Rudolph y a Jerome les ha pasado es porque ese canalla es hombre de extraordinaria habilidad, eso lo sabemos bien…

—Ahora el asunto se circunscribe a mi hermano y a mí mismo —replicó el coronel Geraldine, algo molesto.

—Y así consiento que sea —dijo el príncipe Florizel—, pero por esa razón debería usted aceptar de buen grado mis consejos, coronel Geraldine… Mas, en fin, ahora dejemos eso a un lado… Mire, esa joven vestida de amarillo baila maravillosamente…

Como estaban en París y se celebraba el Carnaval, la conversación entre ambos versó en adelante sobre asuntos más banales, los propios en un salón de baile.

Mr. Silas reparó de golpe en que estaba a punto de llegar la hora de su cita. Cuanto más pensó en ello, entonces, más se arrepintió de haber acudido a la misma, por lo que se dejó empujar por la muchedumbre hacia la puerta de salida del local. Tan fuerte era la ola de la corriente humana, y tan poco se resistía él, que casi sin darse cuenta se vio en un rincón, bajo la galería del salón, desde donde reconoció al punto la voz de Madame Zéphyrine, que hablaba entonces en francés con el joven rubio que le había señalado aquel inglés tan raro apenas media hora antes.

—Si no cuidara de mi buen nombre —decía ella—, no le pondría más condiciones de las que me dicta el corazón… Basta con que le diga eso al portero para que le deje subir sin necesidad de más justificaciones…

—¿Y por qué hablar de deudas? —preguntó el joven caballero rubio.

—¡Por todos los santos! —protestó ella—. ¿No cree usted que sé bien en qué lugar vivo?

Salieron de allí, ella melosa y colgada del brazo de su acompañante.

«Dentro de diez minutos —se dijo Mr. Silas— puede que me encuentre en la compañía de una mujer tanto o más hermosa que esta, y mejor vestida también, una dama de verdad, quizás una noble…» Recordó, sin embargo, la penosa ortografía de la carta y se sintió algo decepcionado, pero trató de sobreponerse: «Quizás escribiera esa carta su criada».

Faltaban pocos minutos para la hora de la cita, lo que hizo que su corazón le palpitara con una urgencia tan desconocida como desagradable… En busca de alivio se dijo entonces que no tenía la menor obligación de acudir a esa cita; la virtud y la cobardía volvían a atenazarlo a un tiempo, y de nuevo Mr. Silas enfiló la puerta de salida del salón, ahora por voluntad propia, pugnando para ello con la gente que caminaba en sentido contrario al suyo. Tanta pugna, empero, acabó por agotarle o rendirlo; se sintió en ese estado de ánimo en el que basta que un titubeo dure unos segundos para que se dé una reacción de signo contrario y se afronte un empeño diferente al de poco antes… Se dio la vuelta por tercera vez y ya no dejó de caminar hasta situarse a pocos pasos del lugar señalado para la cita en aquel salón del baile. Allí sufrió una angustia enorme, que le hizo pedir a Dios su protección; Mr. Silas era un hombre devoto… Nada le apetecía la cita, pero no escapaba por temor a quedar como un cobarde, lo que bastaba como freno a las muchas razones que tenía para huir a la carrera… Por fin reparó en que ya habían transcurrido diez minutos desde la hora en que fuera citado, lo que le hizo recuperar el aliento; miró en derredor suyo, con mucho cuidado, pero no vio que dama alguna lo esperase en el lugar en el que había sido citado, a poca distancia de donde estaba; quizás su anónima corresponsal se hubiera marchado, harta de esperar… Y de súbito Mr. Silas se tornó tan osado como antes fuera cobarde… Se dijo que, aunque tarde, nadie le podría acusar de cobardía, pues allí estaba; dio en sospechar entonces que había sido víctima de una broma, por lo que se felicitó por su astucia anterior, por haber desconfiado y estado a punto de irse… Así de vacuo e inconstante es el espíritu de un joven caballero… Por eso, pues, dio unos pasos valientes, salió de su rincón, y apenas había recorrido unos metros cuando sintió una mano en su brazo… Al girarse vio a

una dama muy alta, de aspecto más que distinguido, que lo miraba con gran condescendencia…

—Ya veo que está usted muy seguro de sus dotes de seductor —le dijo—, puesto que le gusta hacerse esperar… Pero ya ve que deseaba verle… Cuando una mujer es tan imprudente como yo, y se atreve a dar el primer paso, deja a un lado su orgullo, cualquier nimia consideración.

Mr. Silas se sintió abrumado por el porte y los encantos de quien lo había citado, así como por la forma tan franca en que la dama se había dirigido a él… Ella supo tranquilizarle pronto, con sus maneras tan afables como dignas y encantadoras; así, lo incitaba a hacer comentarios divertidos, que después aplaudía con vivo entusiasmo; entre eso y unas cuantas copas, más que generosas, de *brandy* caliente, no sólo supo hacerle creer en poco tiempo que estaba enamorado de ella, sino que oyó de labios del joven caballero una fervorosa declaración de amor apasionado y vehemente.

—¡Oh! —exclamó la dama—, no sé si lamentaré este momento, por mucho que sea el placer que me procuran sus palabras… Hasta hoy he sufrido sola mi amor; ahora, mi pobre y querido muchacho, seremos dos… Pero no soy dueña de mi vida; no puedo, por ello, invitarle a mi casa, donde me acechan de continuo unos ojos celosos… Veamos —prosiguió—; es evidente que soy mayor que usted, aunque también es evidente que soy más frágil; si por una parte confío en su valor y en su carácter osado, por otra deberé acudir a mi experiencia y conocimiento de la vida y el mundo en beneficio de ambos… ¿Dónde vive usted?

Mr. Silas le dijo que en un piso amueblado, dándole a continuación la dirección y el número de la calle. Ella pareció someterse a un gran esfuerzo mental durante unos instantes.

—Bien —dijo al fin—; ¿sabrá serme usted fiel y obediente?

Mr. Silas juró con la misma vehemencia excitada de antes que sólo le daría felicidad.

—Entonces, mañana por la noche permanecerá usted en su casa —le dijo la dama con una sonrisa promisoria—; si acude a visitarle algún amigo, lo despedirá con lo primero que se le venga a la cabeza… ¿A qué hora cierran el portal de su casa? ¿A las diez?

—A las once —dijo él.

—De acuerdo; entonces —siguió la dama—, saldrá usted de su casa a las once y cuarto; llame para que le abran la puerta, pero no se entretenga charlando con el portero o lo echará todo a perder… Vaya después hasta la esquina del parque Luxemburgo con el bulevar, que allí estaré esperándole…

Supongo que hará lo que le digo… Tenga en cuenta, eso sí, que si se olvida del menor detalle causará la desgracia de esta mujer, cuyo único delito es haberse enamorado de usted en cuanto le vio… —La verdad es que no acierto a comprender el porqué de esas instrucciones —se extrañó Mr. Silas.

—No sé por qué tengo la impresión de que me trata ahora como el dueño y señor de mi vida —dijo la dama en broma, dándole un golpecito en el brazo con su abanico—. Sea usted paciente, que ya lo comprenderá… Tenga en cuenta que a las mujeres nos gusta ser obedecidas al principio, aunque después disfrutamos siendo nosotras las que obedecemos… Haga lo que le he dicho, amor mío, o no respondo de lo que pueda ocurrir; ahora que lo pienso —dijo como si hallara la solución a un gran problema—, tengo una idea mejor para que no corra el peligro de recibir cualquier visita inoportuna… Diga a sus porteros que no permitan la entrada a nadie que pregunte por usted, salvo si viene esta noche a su casa para cobrar una deuda; dígaselo con tono de mucha convicción, y hasta de miedo a esa visita… Así se lo tomarán en serio.

—Al menos me gustaría que me creyera capaz de cuidarme de los intrusos —dijo Mr. Silas, un poco dolido.

—Es que quiero que se hagan las cosas como digo —respondió ella, fríamente—. Conozco bien a los hombres; ya sé que les trae a ustedes sin cuidado la reputación de una dama…

Mr. Silas no pudo evitar ruborizarse hasta la turbación, ya que si algo le gustaba de aquella aventura era la posibilidad de contársela después a sus amigos…

—Pero —insistió ella—, sobre todo, no hable con su portero.

—¿Por qué? De todo lo que me ha dicho eso es precisamente lo que me parece menos importante.

—Ya, también le parecieron antes poco importantes mis otras instrucciones y al final ha comprendido las razones que tengo para dárselas —le replicó ella—. Créame que esto también tiene su razón de ser, lo comprenderá a su debido tiempo… ¿Qué podría pensar yo de sus afectos, si no quisiera consentir en algo tan simple como lo que le pido, para poder vernos en nuestra primera cita?

Mr. Silas se aturullaba explicándose y excusándose a un tiempo, cuando, de golpe, bruscamente, ella miró el reloj del salón, dio un grito ahogado y juntó sus manos con una palmada nerviosa.

—¡Dios mío, qué tarde se me ha hecho! —exclamó—. No puedo entretenerme ni un segundo más… ¡Ah, qué esclavitud la nuestra, pobres

mujeres! No puede hacerse una idea del riesgo que he corrido hoy para poder verle…

Repitió una tras otra las instrucciones a Mr. Silas, en tono harto meloso y lanzándole miradas coquetas, y le dijo después adiós para perderse de inmediato entre la gente.

Mr. Silas se estuvo creyendo un hombre la mar de importante durante todo el día siguiente. Había logrado convencerse al fin de que aquella dama era una condesa, como poco, y al caer la noche siguió una por una sus instrucciones, presentándose a la hora señalada en la esquina del bulevar con el parque Luxemburgo. A nadie vio, sin embargo. Esperó durante media hora, escrutando en detalle la cara de todo aquel que pasaba por allí o se paraba en la misma esquina. Llegó hasta las esquinas próximas e incluso dio una vuelta completa al parque, rodeándolo por la verja exterior, mas no hubo bella condesa alguna que le saliera al paso y se arrojara en sus brazos. Decepcionado, volvió despacio hasta donde vivía mientras iba pensando entonces en las palabras que oyera decir a Madame Zéphyrine y al joven rubio, lo que le hizo inquietarse. «Parece que todos tenemos que mentir al portero esta noche», se dijo. Ya en su portal, hizo sonar la campanilla y apareció el portero en camisón con una palmatoria en la mano.

—¿Ya se ha marchado? —le preguntó.

—¿Quién? ¿A qué se refiere? —inquirió Mr. Silas molesto, irritado por la decepción sufrida.

—No le he visto salir, pero supongo que ya le habrá pagado usted —siguió el portero—. Aquí no vemos con buenos ojos que nuestros inquilinos tengan deudas pendientes…

—¿Pero qué diablos me está diciendo? —protestó Mr. Silas—. No le entiendo…

—Ese joven rubio que vino a cobrar lo que le debía usted, una deuda… A eso me refiero… ¿Quién iba a ser, si no? Usted mismo me dijo que no debería permitirle el paso a nadie más…

—¡Santo cielo! —exclamó el joven—. ¡Pero si no ha venido nadie!

—Yo sé lo que he visto —le replicó el portero con expresión picara, burlona.

—Me parece usted un insolente —le gritó Mr. Silas entonces, pero al instante se dio cuenta de que había quedado en evidencia, ridículo en su rudeza, y echó a correr escaleras arriba.

—¿No necesita una luz? —oyó la voz del portero a sus espaldas.

Mr. Silas no sólo no respondió sino que subió aún más aprisa; sólo se detuvo ante su propia puerta, en el séptimo piso; aguardó unos segundos para recuperar el aliento, profundamente inquieto, temeroso en realidad de no sabía qué, y al fin entró en su pieza con bastante aprensión. Comprobó aliviado que las luces estaban apagadas y que no había nadie. Suspiró con fuerza; estaba de nuevo en la seguridad de su casa y se dijo que aquella locura que acababa de cometer, la primera, sería también la última. Guardó la caja de cerillas en el cajón de una mesita que había junto a su cama, y al dar un paso volvió a estremecerse al tropezar con algo, a oscuras, pero comprobó que sólo se trataba de una silla. Se orientó por la ventana, velada de oscuridad, y supo que estaba a un paso de la cama y que podía caminar perfectamente hasta la mesa, a pesar de la oscuridad. Para cerciorarse, no obstante, tocó la cama, pero sintió que lo hacía no sobre la colcha sino en algo que parecía una pierna humana. Mr. Silas retiró el brazo y quedó petrificado unos segundos. «¿Qué demonios está pasando?», se dijo aterrorizado. Todo estaba en perfecto silencio, no escuchaba ni la más tenue respiración. Haciendo otra vez un gran esfuerzo para superar su aprensión alargó de nuevo su mano para tocar con la punta de los dedos lo que ya había tocado, pero al hacerlo ahora no pudo reprimir un salto de más de medio metro y hacia atrás, que hubo de dar para apartarse… Había algo en su cama, era evidente; no sabía qué, pero algo había.

Tuvieron que pasar varios segundos antes de que pudiera moverse y guiado por su intuición se dirigió con bastante celeridad hasta el cajón de la mesita donde había guardado la caja de cerillas; de espaldas a la cama, encendió una vela; apenas hubo prendido, se dio la vuelta, muy despacio, temeroso de encontrarse con lo que tanto miedo le causaba, y no fueron defraudadas sus funestas aprensiones; la colcha estaba perfectamente estirada sobre la cama, pero debajo se percibía claramente una silueta humana inmóvil. Mr. Silas se armó de valor, dio un paso adelante, tiró de la colcha con violencia y pudo reconocer al instante al joven rubio al que había visto en el salón de baile Bullier la noche anterior. Tenía abiertos los ojos pero estaba claro que nada veía; mostraba el rostro negro e hinchado; un hilo de sangre le brotaba de la nariz… No pudo evitar el joven lanzar un grito de horror, dejó caer la vela que tenía en la mano y se desplomó de rodillas junto a la cama.

Unos golpes no muy fuertes pero repetidos lo sacaron del estupor en que le había sumido aquel descubrimiento macabro. Tardó unos instantes en recuperarse, sin embargo, pero cuando trató de impedirle la entrada a quien había llamado a su puerta fue incapaz de hacerlo. Allí estaba el doctor Noel,

tocado con su gorro de dormir; llevaba una vela en la mano, que le iluminaba sus facciones siempre pálidas; iba mirando a un lado y otro, avanzando a pasos cortos, precavidos, hasta plantarse en el medio de la pieza; al hacerlo inclinaba la cabeza como un pájaro.

—Me pareció oírle gritar —dijo—; perdone mi intrusión, pero he pensado que quizás se siente usted mal…

Mr. Silas, con el corazón que parecía ir a salírsele por la boca, estaba ahora de espaldas a la cama y frente al médico, pero no podía decir una palabra.

—Está usted a oscuras —dijo el médico— pero no ha empezado a desvestirse siquiera. No creo que me pueda negar lo que su rostro dice bien a las claras: necesita usted un médico o un amigo con quien conversar… Sí, ¿qué le será más útil? A ver, deje que le tome el pulso; eso nos dirá cómo anda el corazón…

Avanzó unos pasos hacia Mr. Silas, que retrocedió; trató el médico de tomarle la muñeca, pero no pudo el joven norteamericano aguantar más; con un movimiento felino eludió al médico y se tiró de bruces al suelo para prorrumpir en un llanto desesperado. Apenas vio el doctor Noel el cadáver sobre la cama, cambió su semblante pero anduvo presto; fue hacia la puerta de la pieza, que había quedado entreabierta, y la cerró echando dos vueltas a la llave.

—Vamos, levántese —ordenó a Mr. Silas, enérgico—, que no es momento para lloros… ¿Qué demonios ha hecho usted? Pero ¿y ese cadáver? Háble me con sinceridad, que puedo ayudarle; tenga por seguro que no estoy en su contra; ese muerto no altera la simpatía que siento por usted… Le digo que la manera tan espantosa en que una ley ciega e injusta tantas veces contempla ciertos actos no afecta a quien siente un afecto como el que yo le tengo; aun si fuera un amigo muy querido quien chorreara ríos de sangre, seguiría pensando lo mismo… Vamos, hombre, levántese —insistió el médico —; el bien y el mal no son sino quimeras; no tenemos en la vida más que nuestro destino, y le reitero mi promesa de ayuda, sean las que sean las circunstancias por las que atraviese…

Aquellas palabras tuvieron la virtud de levantar el ánimo de Mr. Silas y sosegarlo; con la voz quebrada, y con la ayuda de las preguntas que le hacía el médico, pudo contarle todo, al fin, tal y como había ocurrido. Nada dijo, sin embargo, de la conversación que escuchara en el salón de baile entre el príncipe Florizel y el coronel Geraldine, porque la verdad es que no alcanzaba

a comprenderla y en aquellos momentos, además, no podía suponer que tuviera la menor relación con su desgracia presente.

—¡Vaya! —exclamó el doctor Noel—. Tengo la impresión, y mire que me gustaría equivocarme, de que ha caído usted en las manos de la red más terrible de Europa. ¡Pobre muchacho! No sabe usted a qué insondables abismos acaba de arrojarle su ingenuidad… No puede hacerse la menor idea de a qué peligrosa senda lo han conducido sus propios y confiados pasos… Ese hombre, el inglés de quien me ha hablado, y a quien tengo por el cerebro y el alma de toda esta intriga, dígame, ¿era joven o viejo? ¿Alto o bajo? ¿Podría describírmelo?

El pobre Mr. Silas, sin embargo, a pesar de ser tan curioso, e incluso cotilla, era uno de esos hombres que tienen ojos en la cara, aunque no les sirven para ver, por así decirlo; tan vaga fue la descripción que hizo, que resultaba imposible reconocer por ella a alguien.

—¡Yo pondría un curso de descripción obligatorio en todas las escuelas! —gritó molesto el doctor Noel—. ¿De qué sirve tener ojos en la cara y poseer un lenguaje articulado, si no se tiene la capacidad de la observación y la memoria suficiente para recordar el rostro de un enemigo? Mire, yo conozco a todas las bandas de malhechores que campan por Europa, y si su descripción llega a ser buena podría haberle dicho de quién se trata, ofreciéndole así armas suficientes como para valerse en su propia defensa, amigo mío… Hágame caso, pobre muchacho; en un futuro, procure cultivar como es debido el arte de la observación de los demás; eso, ya lo ve, puede resultar una gran ayuda en momentos muy concretos.

—¡En un futuro, dice usted! —exclamó Mr. Silas, descorazonado—. ¿Qué otro futuro me espera, si no es la horca?

—La juventud es un periodo asaz cobarde de la vida, amigo mío —dijo el médico—; a su edad, los problemas parecen siempre mayores y más graves de lo que en realidad son… Fíjese en mí; soy viejo y seguro que por eso jamás caigo en la desesperación.

—¿Podría acudir a la policía para contarles una historia como esta? —preguntó Mr. Silas.

—¡Claro que no! —gritó el médico—. Por lo que me es dado colegir, a sabiendas de las maquinaciones de que es usted víctima, me parece que nada bueno podría esperar de la policía… Para las autoridades, que tienen una visión más bien reducida de las cosas, usted sería de inmediato el culpable… Tenga en cuenta, además, que sólo sabemos de una pequeña parte de la trama, por lo que es más que seguro que esos malditos conspiradores han previsto

más acciones, o han cometido otras, que las autoridades le cargarían a usted de inmediato, no importa si es inocente.

—Estoy perdido —se lamentó Mr. Silas.

—Yo no he dicho tal cosa —dijo el médico—; soy un hombre cauteloso, nada más…

—Ahí lo tiene —dijo Mr. Silas muy abatido, señalando al cadáver—. Ahí está ese hombre, en mi cama, y no puedo explicar por qué, ni hacer que se esfume, ni mirarlo sin espanto…

—¿Espanto, dice usted? —terció el doctor Noel—. No, nada de eso, amigo mío… Cuando ese mecanismo humano, tan parecido al de un reloj, deja de funcionar, se reduce a eso, a un simple mecanismo que puede estudiarse perfectamente con la ayuda del bisturí… La sangre humana coagulada, estancada, deja de ser sangre humana; la carne muerta de nuestras amantes deja de ser esa carne que tanto hemos deseado antes, o respetado si se trata de la carne de nuestros amigos; la gracia, el atractivo, el terror, se alejan de un cuerpo humano, por ello, igual que se le desprende el espíritu que lo animaba en vida; acostúmbrese usted a ese cadáver, obsérvelo con calma, no le tema… Si conseguimos desarrollar el plan que acaba de ocurrírseme, no le quedará más remedio que convivir con ese cuerpo muerto unos días, por mucho que ahora mismo le cause horror.

—¿Tiene un plan? —preguntó Mr. Silas—. ¿Qué plan? Dígamelo, doctor, que apenas me quedan ganas de seguir viviendo…

Sin decir una palabra el doctor Noel dio unos pasos y se dirigió a donde yacía el cadáver, para examinarlo de cerca.

—Está muerto, es evidente —masculló para sí—; y tiene los bolsillos vacíos, como esperaba… Le han arrancado el nombre que llevaba bordado en su camisa… Sí, es un buen trabajo, hay que admitirlo… Menos mal que no se trata de un cuerpo muy grande…

Mr. Silas lo escuchaba ansioso; el doctor Noel, cuando concluyó su examen, tomó asiento en una silla y dirigiéndose al joven caballero norteamericano le dijo sonriente:

—He tenido la lengua y los oídos bien ocupados desde que entré en esta pieza —dijo—, pero no por ello he descuidado mis ojos… Por eso he visto que tiene usted ahí, en aquel rincón, uno de esos monstruosos artefactos con los que ustedes los norteamericanos viajan a donde sea, uno de esos baúles de Saratoga… Nunca hasta hoy había sabido muy bien para qué sirve un baúl así, pero mire usted que me ha venido una idea… Esos baúles lo mismo han podido servir para traficar con esclavos que para evitar las pésimas

consecuencias que puede acarrearle a uno un uso exagerado del cuchillo… No sé… Pero me parece que el objeto último de ese baúl no es otro que el de guardar un cadáver, ya ve usted…

—No me parece que estemos para bromas —se lamentó Mr. Silas.

—Hombre, admito que siempre tengo buen humor —dijo el médico—, pero le aseguro que hablo en serio… Mi querido amigo, lo primero que hay que hacer es vaciar su baúl…

Acató Mr. Silas la autoridad de que hacía gala el doctor Noel, quedando a sus órdenes. Pronto vació el baúl, cuyo contenido quedó disperso por toda la habitación; después tomó de los talones el cuerpo del hombre asesinado, mientras el médico lo asía por los hombros; lo levantaron de la cama y no sin dificultad consiguieron doblarlo por la cintura y meterlo en el baúl. Fueron muchos los esfuerzos que hubieron de hacer para cerrar la tapa; el doctor Noel cerró después el baúl con llave y así y todo lo ató con varias vueltas de cuerda, mientras Mr. Silas se apresuraba a guardar en el armario y en los cajones de la cómoda lo que antes tenía allí metido.

—Acabamos de dar el primer paso en aras de su salvación —le dijo el médico—. Mañana, o acaso hoy mismo, deberá usted evitar las sospechas del portero, así que páguele cuanto le deba; no se preocupe, que haré cuanto esté a mi alcance para que todo salga bien; mientras, pase conmigo a mi habitación, que le daré un tranquilizante para que pueda dormir.

El día siguiente resultó especialmente largo para Mr. Silas, creyó que nunca acabaría. Ordenó a los porteros que dijeran que no estaba en casa, a quienes se acercaran a preguntar por él, y pasó el día entero en su pieza, sentado en un rincón, sin despegar la vista del baúl en su larga y fúnebre vigilia. Su añagaza anterior podía volverse contra él, pues reparó de repente en que la grieta en la pared, a través de la cual tanto había espiado a Madame Zéphyrine, podía servir ahora para espiarlo. No tardó mucho en poner remedio a aquello, clausurando lo que fuera su puesto de observación; después cayó en una especie de reblandecimiento y dio en rezar largamente entre lloriqueos contritos. Era ya tarde cuando llegó el doctor Noel, que llevaba en la mano dos sobres cerrados y sin nada escrito; uno contenía una misiva escrita en varios papeles y el otro parecía vacío.

—Mr. Silas —dijo el médico tomando asiento—, voy a exponerle mi plan en detalle; mañana temprano el príncipe Florizel de Bohemia parte de regreso a Londres tras haber pasado unos días gozando del Carnaval de París… Hace ya tiempo que la fortuna me deparó la posibilidad de prestar a su ayudante, el coronel Geraldine, uno de esos servicios propios de mi profesión, y a menudo

tan necesarios, que jamás olvida el que los recibe… No hará falta que le diga cuán obligado se siente el coronel conmigo… Bien, baste con señalar que se muestra dispuesto a prestarme su ayuda en todo lo que precise. Pero será preciso, para ello, que consiga usted arribar a Londres con el baúl bien cerrado, sin que nadie lo abra bajo ningún concepto. Ya sabemos que la aduana supone un fielato infranqueable, pero lo que sé bien es que, por razones de cortesía diplomática, al príncipe se le permitirá arribar a Londres sin necesidad de pasar por tan enojoso trámite aduanero… He obtenido una respuesta favorable del coronel Geraldine; preséntese usted mañana en el hotel donde se aloja el príncipe y hágale entrega de su baúl, para que pase a formar parte del equipaje del príncipe… Usted partirá también hacia Londres, como componente del séquito…

—Acabo de recordar que vi al príncipe y al coronel en el baile; hasta pude escuchar parte de lo que conversaban…

—No me extraña, dado que al príncipe Florizel le gusta frecuentar los ambientes más diversos —dijo el médico—. En Londres estará usted a salvo; mire, en este sobre hay una carta, pero prefiero no escribir dirección alguna; en este otro van las señas de esa casa a la que debe usted llevar la carta y el baúl, que dejará allí… No tendrá necesidad alguna de volver a esa dirección.

—¡No sabe cuánto me gustaría creerle! —exclamó Mr. Silas—. Pero, no estoy seguro… Me ofrece usted una posibilidad de salvación aparentemente incontestable, es cierto; pero ¿me cree hombre con el carácter suficiente como para afrontar este reto? Sea más generoso conmigo y ofrézcame todos los detalles que puedan ayudarme.

El doctor Noel pareció dolorosamente sorprendido.

—Joven —le dijo—, no sabe qué difícil es lo que me pide… Pero, de acuerdo… Estoy tan acostumbrado a las humillaciones, que una más no me importa, aunque, después de todo lo que ya he hecho por usted… No importa… Le hago saber que aquí donde me ve, con este mi aspecto tan apacible, el de un hombre de costumbres morigeradas, un solitario dedicado al estudio y a la lectura, fui en otro tiempo, de más joven, el grito de guerra, la invocación de los espíritus más rebeldes y peligrosos de Londres, y aunque en público aparentaba respetabilidad y moderación, tenía ese férreo poder que otorgan las relaciones secretas y criminales… Le recomiendo en esa carta a una de las personas que entonces estaban a mis órdenes, pidiéndole que lo libre a usted de su peligrosa carga… Aquellos hombres que formaban mi sociedad secreta de aquel tiempo habían llegado de distintas naciones y poseían las más exquisitas y diversas habilidades, aunque trabajaban todos

para un fin único, unidos sin excepción por un juramento tan secreto como firme. Aquella sociedad secreta se dedicaba a los asesinatos; yo era su jefe, aunque ahora le pueda parecer a usted un hombre de lo más inofensivo…

—¿Cómo? —se alteró Mr. Silas—. ¿Era usted un asesino? ¿Organizaba de verdad crímenes? ¿Y cómo voy a estrecharle la mano en adelante? ¿Cómo podría aceptar su ayuda? Es usted un viejo criminal y siniestro; sólo pretende hacerme cómplice de sus fechorías abusando de mi juventud y de mi desgracia…

—Ya veo que es muy difícil complacerle, Mr. Scuddamore —dijo el club médico riéndose amargamente—; me limito a ofrecerle que escoja de los suicidas entre la compañía de un asesino y la de un asesinado, eso es todo… Si tiene tantos escrúpulos, sí su delicada conciencia le impide aceptar mi ayuda, bien, dígamelo y me marcho al instante… Ocúpese usted de su baúl en lo sucesivo, y ocúpese sobre todo de lo que contiene su baúl… Haga, en fin, lo que le dicte su estrecha conciencia.

—Perdone, acepto mi error —dijo Mr. Silas, más tranquilo—. No he tenido en cuenta la generosidad con que me ha ayudado usted, incluso antes de que pudiera convencerle de mi inocencia… No dude de que seguiré prestando atención a sus buenos consejos, y no dude de mi agradecimiento.

—Eso está mejor —dijo el doctor Noel—; ya empieza usted a asimilar esas necesarias lecciones que ofrece la experiencia.

—Sin embargo —prosiguió el joven norteamericano—, ya que, como usted dice, hay que tratar con personas que fueron en tiempos sus camaradas, y ya que está usted acostumbrado a estos tétricos asuntos, ¿no podría encargarse usted mismo de entregar el baúl y librarme de este terrible asunto de una vez por todas?

—No puedo sino admirarle sinceramente —dijo el médico—, pero si a usted le parece que no me he involucrado ya sobremanera en este asunto, le aseguro que a mí me parece que me he excedido. Acepte o rechace mi ayuda, pues, tal y como se la ofrezco, y olvídese de sus palabras de gratitud, que me molestan tanto como su poca inteligencia… Le aseguro que llegará el día, si es que tiene la suerte de conservar su cabeza, en que contemplará todo esto de manera muy diferente; entonces se sonrojará al recordar su actitud de esta noche…

Se levantó el doctor Noel de la silla que ocupaba, con gran dignidad, repitió lenta, clara y sucintamente las instrucciones al joven caballero, y se marchó sin que Mr. Silas supiera reaccionar a tiempo.

Al día siguiente, a hora muy temprana, Mr. Silas se presentó en el hotel, donde fue muy cordial y atentamente recibido por el coronel Geraldine, quedando libre a partir de ese momento del baúl y de su macabro contenido. El trayecto fue relativamente plácido, aunque al joven norteamericano se le pusiera más de una vez la carne de gallina al oír hablar a los marinos y a los mozos de la estación del peso excesivo del equipaje; Mr. Silas hizo el viaje en un vagón, acompañado de la servidumbre, pues el príncipe Florizel y el coronel Geraldine querían ir solos en otro.

Ya a bordo del barco que los llevaría a Inglaterra, Mr. Silas llamó la atención del príncipe Florizel por su aire melancólico, por su manera de mirar el equipaje, ya que no podía, ni siquiera entonces, ahuyentar sus aprensiones.

—Ese joven parece realmente preocupado —observó el príncipe Florizel.

—Es el caballero norteamericano sobre el que le pedí permiso a Su Alteza para que pudiera viajar con nuestro séquito —dijo el coronel.

—¡Ah!, eso me recuerda que estoy en deuda con él —dijo el príncipe y se dirigió a él, acto seguido, con la más exquisita gracia—: Joven caballero —le dijo—, ha sido un placer para mí aceptar su presencia entre nosotros, solicitud que me fue presentada a través del coronel Geraldine. Sólo puedo ponerme a su entera disposición para que lo que necesite; sea lo que sea, le ruego que me lo diga…

Después pasó a preguntarle por diversos aspectos relacionados con la política en los Estados Unidos, preguntas a las que Mr. Silas trató de dar satisfacción con buen sentido y gran cortesía.

—Es usted muy joven aún —le dijo el príncipe—, pero también un hombre serio, a pesar de su edad… Me da la impresión de que dedica su tiempo a sesudos estudios; pero, bueno, quizás me muestre indiscreto al referirme a un asunto delicado…

—Puedo asegurarle que no me faltan motivos para sentirme desgraciado —dijo Mr. Silas—, pues jamás se trató con mayor injusticia a un inocente como yo…

—No le pido que me haga confidencias —le dijo el príncipe—, pero no olvide que la recomendación del coronel Geraldine es para mí el mejor pasaporte que pudiera presentarme; en lo que a mí respecta, no sólo estoy dispuesto a prestarle mi ayuda en lo que necesite, sino que estoy en disposición de hacerlo mejor de lo que pudiera cualquier persona.

Mr. Silas estaba encantado con la amabilidad que le demostraba tan gran personaje, pero así y todo, poco después de aquella conversación volvía a

sumirse en sus tristes cavilaciones; ni ese favor demostrado por un príncipe a un republicano confortaba su espíritu.

Tras la travesía en barco, el tren los llevó a Charing Cross; allí, como de costumbre, los aduaneros mostraron al príncipe su habitual respeto y lo dejaron pasar sin revisar su equipaje. Esperaba en la estación una fila de coches elegantes, en uno de los cuales se dirigiría Mr. Silas, en compañía de miembros del séquito, hasta la residencia del príncipe. Al llegar allí se felicitó el coronel Geraldine por haber podido prestar un servicio a su amigo el médico, por quien tanto afecto sentía.

—Espero que su porcelana haya llegado intacta —dijo—. Di instrucciones para que se tratase ese baúl con el mismo mimo que si se tratase del equipaje del príncipe…

Después hizo cargar con idéntico cuidado el baúl en un coche, que puso a disposición de Mr. Silas; el coronel estrechó la mano del joven norteamericano y le pidió excusas si no le acompañaba, pues tenía otras obligaciones que atender en la residencia del príncipe.

Mr. Silas, ya en el coche, abrió el sobre y dio orden al cochero de que se dirigiese a Box Court, la calle que nace en el Strand. Algo le dijo que aquel lugar no debía de tener muy buena fama, pues el hombre puso cara de sorpresa y pidió por favor que le repitiera aquella dirección, para cerciorarse… Aquello hizo que a Mr. Silas le diera el corazón un vuelco en su pecho, por si no había subido ya a aquel lujoso carruaje con suficiente inquietud. La entrada de Box Court era muy angosta para dejar pasar a un coche tan grande, apenas un camino entre las rejas de cada lado que tenían un murete al final; allí estaba sentado un hombre, que de inmediato se puso en pie para saludar cordialmente al cochero, mientras el criado que había hecho el trayecto con Mr. Silas bajaba de inmediato para abrirle la portezuela y preguntarle si era allí donde tenía que descargar el baúl, así como el número de la calle en el que debía depositarlo.

—Llévelo al número tres, por favor —le rogó el joven.

Ayudó él mismo al criado a descargar el baúl, ayuda en la que también echó una mano aquel hombre que estaba sentado en el murete, a pesar de lo cual les costó bastante… Antes de llegar a la casa a la que se dirigían, Mr. Silas no pudo sino darse cuenta con espanto de que un corrillo de curiosos se arracimaba alrededor de ellos, asombrados de lo muy grande que era el baúl y de los esfuerzo que hacían para transportarlo. Tratando de mantener la compostura, sin embargo, hizo sonar la campanilla que había en la puerta, y

en cuanto acudió a abrir uno de los sirvientes de la casa le hizo entrega del sobre con la carta escrita por el doctor Noel.

—El señor no está en la casa —dijo el criado—, pero si deja usted la carta y regresa mañana a primera hora seguro que le recibe, yo le daré aviso de que ha venido… ¿Desea dejar aquí su baúl?

—Sí, claro —dijo Mr. Silas, aunque arrepintiéndose al instante de su precipitación anunció, sin embargo, que prefería llevárselo al hotel.

Aquel corrillo de curiosos comenzó a burlarse de su titubeo, pero no pararon ahí; cuando regresó al coche que había puesto el príncipe a su disposición, fueron tras él haciendo en voz alta comentarios burlones y hasta insultantes. Mr. Silas, temblando de ira y de incomodo, rogó al cochero que lo llevara a un hotel tranquilo y cómodo que no estuviese muy lejos de allí.

Condujeron a Mr. Silas al Hotel Craven, en Craven Street, y partieron de inmediato, dejándole con los criados del establecimiento. Sólo quedaba libre una habitación pequeña, en la cuarta planta, que daba a la calle trasera. Dos fornidos mozos de cuerda subieron el baúl hasta aquella especie de buhardilla en la que iba a hospedarse, no sin esfuerzo y soltando bastantes maldiciones. Mr. Silas, cómo no, subió tras ellos, a muy corta distancia, sintiendo peldaño a peldaño que el corazón se le salía por la boca. Bastaría un paso en falso de uno de aquellos hombres, pensaba, para que el baúl se les cayera por la balaustrada, fuera a estrellarse en el *hall* del hotel y pudieran comprobar todos qué llevaba allí metido… Pero al llegar al fin a su habitación pudo relajarse de tanta angustia sentándose a descansar en el borde de la cama; no obstante, apenas lo había hecho, apenas había conseguido sosegarse, cuando el limpiabotas del hotel, que entraba dispuesto a servirle, tomó asiento encima del baúl y comenzó a intentar abrirlo, cosa que volvió a alarmar como no es posible imaginarlo al joven caballero norteamericano.

—¡Deje usted eso! —le gritó—. No creo que necesite nada de lo que hay en ese baúl mientras me hospede aquí…

—Pues entonces, ¿por qué no lo ha dejado en la recepción? —protestó el limpiabotas como si lanzase un gruñido—. Es grande y pesado como una catedral; sabrá Dios lo que lleva ahí metido… Desde luego que, si es dinero, no dudo que será usted mucho más rico que yo…

—¿Dinero? —dijo Mr. Silas, sobresaltándose de nuevo—. ¿A qué se refiere? No llevo dinero ahí, hombre, no diga usted tonterías…

—Vale, capitán —dijo el limpiabotas haciéndole un guiño burlón—; tranquilo, que nadie le robará el dinero a Su Excelencia… Confíe en mí, que

soy más seguro que un banco… Pero este baúl pesa horrores, de buena gana me bebía un buen trago a su salud, Excelencia…

Mr. Silas le soltó un par de napoleones, pidiéndole perdón por entregarle moneda extranjera, ya que acababa de arribar a Londres. El limpiabotas, sin dejar de gruñir, miró despectivamente las monedas, luego miró con idéntico desprecio hacia donde estaba el baúl de Saratoga, hizo lo mismo varias veces seguidas, y por fin decidió retirarse sin decir más.

Ya llevaba metido en su baúl dos días el cadáver; Mr. Silas, nada más quedarse a solas, comenzó a husmear las cerraduras y hasta las grietas, por ver si olía… Acaso porque el tiempo era más bien frío el baúl guardaba bien, aún, el pavoroso secreto que contenía, por lo que Mr. Silas, más tranquilo, se derrumbó en una silla, con la cara entre sus manos y dejándose llevar por muy profundas reflexiones. Estaba seguro de que, salvo si recibía ayuda prestamente, acabaría tarde o temprano por ser descubierto; estaba solo, en una ciudad extraña, sin cómplices ni amigos; si encima la carta del doctor Noel no daba los frutos apetecidos, estaría perdido, sin remedio posible. Pensó entonces en los ambiciosos planes de futuro que hasta entonces había hecho, pero aquello ahora le parecía lamentablemente patético; jamás sería el héroe más representativo de su ciudad natal, Bangor, Maine… Ni podría alcanzar, cosa que tantas veces había soñado, los mayores cargos y los más altos honores en su villa… Y ni que decir tiene que decidió de golpe olvidar por completo sus esperanzas de ser elegido algún día presidente de los Estados Unidos y que le erigiesen una estatua, en el peor y más propio estilo de las que decoran en Capitolio de Washington. Allí estaba, por el contrario, encadenado al cuerpo sin vida de un inglés metido en un baúl. O se deshacía de aquello cuanto antes, o renunciaba definitivamente a convertirse en una gloria de su nación.

Prefiero no hacer mención en esta crónica de las expresiones malsonantes que el joven dedicaba entonces al doctor Noel, al propio muerto, a Madame Zéphyrine, al limpiabotas del hotel, a los criados del príncipe, y en fin, a todos aquellos con los que se relacionase, de una u otra manera, su desgracia presente… Como a hurtadillas bajó a cenar cuando dieron las siete de la tarde, pero se arrepintió de hacerlo nada más pisar aquel comedor del hotel, decorado en tonos amarillos; le pareció que los comensales que allí había le miraban como si sospechasen de él; se dijo que hubiera sido mejor quedarse arriba, en su habitación, cerca de su baúl… Así y todo, cenó; pero cuando el camarero acudió a preguntarle si deseaba tomar queso de postre, dio tal brinco en la silla Mr. Silas, que derramó del susto lo que aún le quedaba de la media

pinta de cerveza que había pedido para beber. Se levantó al Fin sin más contratiempos, después de acabar el postre, y el camarero volvió a acercarse a él, para preguntarle ahora si deseaba pasar al salón de fumar. Hubiera preferido, sin embargo, subir rápidamente junto a su peligroso baúl, que no contenía precisamente un tesoro; pero, como de costumbre, le faltó el valor necesario para rechazar un ofrecimiento y siguió al camarero hasta un sótano oscuro, alumbrado apenas por lámparas de gas, donde se situaba entonces, y quizás aún ahora mismo, el salón de fumar del Hotel Craven.

Vio allí a dos muy serios y concentrados jugadores que disputaban una partida de billar, cerca de los cuales había un hombre de aspecto triste que apuntaba en una libreta los puntos que lograba cada uno. Mr. Silas tuvo la sensación primera de que eran los únicos huéspedes que había en el salón, pero apenas miró a su alrededor, y alcanzó con su vista el rincón más alejado, reparó en una persona de aspecto respetable y digno, mas modesto, que fumaba en silencio mirando al suelo. Le sonó de inmediato aquella cara; aunque lucía otras ropas, era el hombre que estaba sentado en el murete cuando llegó con el coche a Box Court, el mismo que les había ayudado a cargar con el baúl… Mr. Silas se dio media vuelta entonces, echó a correr y no paró hasta que hubo cerrado con llave la habitación. Pasó la noche entera imaginando las cosas más terribles y sin levantar la vista del baúl. Se retorcía de pánico, sobre todo, al recordar aquella insinuación del limpiabotas a propósito de si no estaría lleno de dinero su baúl y al recordar la presencia de aquel otro hombre en el salón de fumar… Si en algún momento comenzaban a cerrársele los ojos por el sueño, eso se los abría de nuevo para recordarle que no era sino el eje sobre el que giraba una conspiración terrible, cosa que acrecentaba su angustia.

Pasada la medianoche, e intranquilo, debatiéndose en mil aprensiones, Mr. Silas abrió la puerta de su habitación y echó un vistazo al pasillo; no había más que la escasa luz de una lámpara de gas; al fondo, un empleado del hotel, perfectamente uniformado, se había echado a dormir en el suelo. Mr. Silas decidió salir de su habitación y casi de puntillas se le acercó; aquel hombre, que dormía de costadillo, se tapaba la cara con un brazo, lo que impedía reconocerlo; el joven norteamericano se inclinó sobre él, y así estaba cuando el otro retiró el brazo de su cara y abrió los ojos de repente. Mr. Silas se vio cara a cara con el hombre de Box Court.

—Buenas noches, caballero —le dijo amablemente.

Mr. Silas dio un paso atrás, sin poder devolverle el saludo por el susto, y se metió de nuevo en su habitación. Ya era de madrugada cuando, agotado,

con los nervios deshechos, se quedó dormido en una silla con la cabeza apoyada en el baúl, que estaba de pie; no obstante esa incómoda postura y la almohada tan fúnebre, tuvo un sueño largo y profundo del que no salió hasta que llamaron a la puerta. Era el limpiabotas del hotel.

—¿Fue usted ayer a Box Court? —le preguntó.

Mr. Silas, aterrorizado, dudó antes de contestar, aunque al cabo decidió que sería peor negarlo.

—Pues entonces —siguió el limpiabotas haciéndole entrega de un sobre— esto es para usted.

Lo abrió Mr. Silas y vio un papel en el que se le citaba lacónicamente: «A las doce de la mañana».

Estuvo allí a las doce en punto; varios mozos le llevaron el baúl y lo metieron en aquella casa; después condujo el criado al joven hasta un salón en el que un hombre se calentaba ante la chimenea, de espaldas a la puerta. Parecía impertérrito a pesar del ruido de los mozos de cuerda cargando el baúl y poniéndolo sin excesivo cuidado sobre el suelo de madera. Mr. Silas, muy asustado, no se atrevía a decir una palabra, esperaba que el otro lo hiciera. Pasaron unos cinco minutos antes de que aquel hombre se dignara mirarle; cuando lo hizo descubrió que era el príncipe Florizel de Bohemia en persona.

—De manera, caballero —le dijo con severidad—, que es así como abusa usted de mi confianza; de manera que se aprovecha del rango de las personas que le dan cobijo y amparo con el único propósito de escapar al castigo por sus crímenes… Ahora comprendo que se mostrara ayer tan avergonzado…

—Señor —comenzó a excusarse Mr. Silas—, le aseguro que soy inocente; si de algo se me puede culpar es de mi mala suerte…

Acto continuo, atropellándose y con la voz temblorosa, pasó a relatar al príncipe todas y cada una de sus desgracias últimas, sin olvidarse del menor detalle.

—Bien, ya veo que me equivoqué al juzgarle quizás apresuradamente —dijo el príncipe Florizel cuando Mr. Silas acabó su relato—, pues no es usted sino una víctima, no un culpable… Por ello, no voy a castigarle, al contrario; le prestaré cuanta ayuda precise… Ahora —prosiguió—, vayamos a lo que más nos interesa… Abra el baúl y déjeme echar un vistazo…

Mr. Silas empalideció mortalmente.

—Me da miedo hacerlo —dijo.

—¿Es que no lo ha visto ya? —dijo el príncipe—. Evite usted ese sentimentalismo, caballero; ver a un hombre enfermo, al que aún se le puede prestar ayuda, es mucho más impresionante que contemplar un cadáver por el

que nada podemos hacer, que está más allá del amor o del odio… Sosiégúese, Mr. Scuddamore; no quisiera expresarle mi deseo de forma más brusca y acabar dándole una orden…

El joven norteamericano pareció despertar de un sueño; temblando de miedo y de repugnancia quitó las cuerdas que aseguraban la tapa del baúl de Saratoga y abrió después sus cerraduras. El príncipe Florizel seguía inalterable, con las manos en la espalda; el cadáver estaba rígido y Mr. Silas se vio sometido a un terrible esfuerzo, moral y físico, para cambiarlo de posición.

Cuando vio de quién se trataba, el príncipe dio un paso atrás y dejó escapar un grito de dolor y sorpresa.

—¡Dios mío! —dijo—, no puede hacerse una idea de cuán cruel me resulta este maldito regalo que me ha traído usted, Mr. Scuddamore… Este joven pertenecía a mi séquito, era hermano de un muy querido amigo; ha perdido la vida en el cumplimiento de una misión que yo mismo le encargué, asesinado por un hombre brutal, por un auténtico bellaco… ¡Pobre Geraldine! —volvió a exclamar, ahora como si hablara para sí—. ¿Cómo podré contárselo? ¿Cómo podré pedirle perdón, y pedir también perdón a Dios, por haber sido yo quien urdiera este plan que ha acabado con la muerte de su hermano? ¡Ah, Florizel! ¿Cuándo aprenderás que en esta vida debe primar…. ante todo la discreción? ¿Cuándo te darás cuenta de que el poder del que dispones es asaz engañoso y tantas veces vano? ¡El poder! ¿Quién atesora menos poder? —gritaba ahora el príncipe—. Miro a este joven sacrificado por cumplir lo que yo mismo le ordené y creo sinceramente, Mr. Scuddamore, que un príncipe no tiene poder alguno.

Mr. Silas se conmovió ante la emoción del príncipe Florizel; intentó consolarle con unas palabras, pero no hizo sino echarse a llorar. El príncipe, reconociendo sus buenos sentimientos, se acercó a él y le tomó una mano.

—Cálmese, por favor —le pidió—, que ambos tenemos mucho que aprender de esta lección… Seguro que a partir de ahora seremos hombres de mayor provecho…

Mr. Silas no pudo sino agradecerle aquellas palabras con una mirada de afecto y reconocimiento.

—Escriba la dirección del doctor Noel —dijo el príncipe llevándolo del brazo hasta la mesa—; y hágame caso… Cuando regrese a París evite en lo posible su trato, es un hombre muy peligroso… Es verdad que en lo que a usted se refiere ha procedido con gran generosidad, tratando de ayudarle a salir de este asunto, y no tengo la menor duda de que, de haber tenido alguna

relación con este crimen, no hubiera enviado el cadáver del joven Geraldine al propio asesino…

—¿El propio asesino? —repitió Mr. Silas, muy sorprendido.

—Exacto —dijo el príncipe—. Esta carta, que tan extrañamente ha puesto la Providencia en mis manos, va dirigida al asesino de este joven, que no es sino el presidente del Club de los suicidas… Pero, se lo ruego, no pretenda saber más de algo tan siniestro; alégrese ya que ha librado su vida en este trance y salga ahora mismo de esta casa, pues tengo cosas urgentes que resolver… Debo ocuparme, antes que nada, de ese cuerpo que fue en vida el de un hombre valiente y honesto.

El americano se despidió del príncipe Florizel demostrándole con gran fervor su agradecimiento; no obstante, anduvo merodeando por las cercanías de Box Court hasta que vio abandonar la casa al príncipe, que lo hizo en un carruaje suntuoso con el que puso rumbo hasta la oficina del coronel Henderson, de la policía. Aunque republicano, Mr. Silas se destocó ante el paso del coche, sentimental y devoto… Esa misma noche tomó el tren para salir de Londres y embarcar posteriormente hacia Francia, para regresar a París.

Aquí —según mi autor árabe— concluye la Historia del médico y el baúl de Saratoga. *Tras omitir unas cuantas reflexiones a propósito de la fuerza del Destino, acaso inadecuadas para nuestras entendederas occidentales, si bien pertinentes en el original, no me queda más que añadir que, en efecto, Mr. Scuddamore ha comenzado a subir los peldaños que llevan a la consagración política; según las últimas noticias que se tienen de él, ya es el sheriff de su ciudad natal.*

La aventura de los coches de punto

El teniente Brackenbury Rich había dado muestras de su muy grande valor en una de las muchas batallas libradas en las montañas de la India. Incluso capturó en una ocasión a un jefe enemigo, con sus propias manos; así, cuando regresó a Inglaterra, reconocido ya como un héroe, a consecuencia de una grave herida de sable que sufriera, y enfermo además de fiebres, la sociedad se aprestaba a reconocerle de acuerdo con su ya bien labrada fama de héroe.

El teniente, sin embargo, se distinguía sobre todo por su modestia, y aunque no pueda negarse que llevaba en la sangre el veneno de la aventura, despreciaba la adulación y a los aduladores… Así que, para que se pasara aquella euforia, decidió hacer una escala en Argel, en uno de cuyos balnearios se repuso durante un tiempo, y arribó al fin a Inglaterra cuando se agotaba ya el eco de sus hazañas. Se presentó en Londres de manera tan inadvertida como siempre lo había querido; no tenía padres, sus únicos parientes vivían lejos de la ciudad, así que, como si fuera un extranjero, se instaló en la capital del país por el que tan valientemente había derramado su sangre.

Al día siguiente de su llegada cenó sólo en un club militar, tras recibir el afecto de varios compañeros de armas que le felicitaron efusivamente; todos ellos tenían compromisos previos, y el teniente, por suerte para él, no tardó en verse libre de aquel leve asedio. Iba vestido de etiqueta, como para acudir a una representación teatral. Desconocía las costumbres de la gran ciudad; había pasado de una escuela provinciana a la Academia militar, y de ahí directamente al Oriente, para servir al Imperio; creía, sin embargo, que se abrían ante él mil y una aventuras de lo más placenteras, así que, después de cenar, adelantando marcialmente su bastón a cada paso, echó a caminar hacia el oeste de la ciudad. Ya había oscurecido, la temperatura aún era grata aunque amenazaba lluvia… Los muchos rostros club con los que se cruzaba, a la luz de las farolas, dispararon su imaginación; creyó, así, que podría caminar por doquier bajo una atmósfera tan fabulosamente destinada a mostrarle los tesoros más ocultos de la ciudad, ser uno más de los cuatro millones de almas privilegiadas que alberga Londres. Al pasar ante una casa, la contemplaba

maravillado pensando en lo que podría acontecer en su interior; al cruzarse con alguien, lo miraba a los ojos con un interés inusitado, el mismo que pondría en sus miradas un criminal o el hombre más generoso. «Se habla mucho de la guerra —se decía— y sin embargo es aquí donde está el auténtico campo de batalla de la humanidad». Un poco más adelante, sin embargo, se extrañó de que a pesar de llevar ya un buen rato paseando aún no le hubiera salido al paso una sombra, siquiera, de aventura… «Bueno, todo se andará, cada cosa a su debido tiempo —se dijo—; aún no soy más que un extraño en esta ciudad, pero no tardará mucho en arrastrarme su formidable corriente de almas».

Era ya muy de noche cuando, de repente, comenzó a caer un chaparrón de agua helada; se refugió el teniente bajo unos árboles y desde allí vio un coche de punto en el que el cochero, desde el pescante, le hacía señas para que se acercara y lo tomase porque estaba libre. Tanta y tan bendita coincidencia hizo que el teniente Brackenbury levantara su bastón, pidiéndole efectivamente el servicio al cochero, y poco después se acomodaba en lo que creyó era uno de los típicos simones londinenses de alquiler.

—El señor dirá…

—Lléveme a donde usted quiera —dijo Brackenbury.

Apenas un segundo después iba el coche bajo la lluvia, entre hileras de casas, todas semejantes, todas con su jardín a la entrada, hermosas bajo la lluvia y la luz de las farolas. Eran tan iguales las casas que había aquí y allá, en una calle o en otra, en esta plazuela o en aquella plaza, que no tardó mucho en despistarse el teniente Brackenbury.

Suspicaz, creyó por un momento que el cochero daba vueltas y más vueltas por una misma zona, pero al observar la velocidad a que iba el coche supo que no ocurría tal circunstancia. Aquel hombre conducía el coche a un lugar concreto, hacía trotar a su caballo con auténtica seguridad. El teniente no podía por menos que elogiar la destreza de aquel cochero al llevar su coche entre semejante laberinto de calles; no obstante, le era difícil imaginar siquiera el porqué de aquella prisa, lo que comenzó a preocuparle… No en vano había oído referir alguna historia acerca de las desgracias ocurridas en Londres a los forasteros… ¿Y si el cochero formaba parte de una banda de criminales? ¿Y si lo llevara a cualquier arrabal para ser asesinado?

El coche giró en una esquina, mientras pensaba aquello el teniente, y se detuvo un poco más allá, ante la entrada con jardín de una casa, en una calle amplia. Había mucha luz en la casa, de la que partía entonces otro coche de punto que acababa de dejar allí a un caballero, al que vio Brackenbury ser

recibido por varios criados en los peldaños de la entrada. Creyó que el cochero, por equivocación, se había detenido ante una casa en la que era evidente que se daba una recepción y siguió fumando su cigarro con calma, suponiendo que el cochero partiría de inmediato… Pero no; abrió por el contrario la portezuela.

—Ya hemos llegado, señor —dijo el cochero.

—¿Que ya hemos llegado? —se extrañó el teniente—. ¿Dónde estamos?

—Usted me dijo que lo llevara a donde quisiera —dijo el cochero soltando una risita—. Pues bien, aquí estamos…

La voz del cochero pareció al teniente, además de segura, excesivamente cortés en un hombre de su condición; reparó entonces en la prisa que parecía haberse dado, y en algo que hasta entonces no había tenido en cuenta: se trataba de un coche muy lujoso para ser de punto…

—Tenga la bondad de explicarse, se lo ruego —pidió el teniente al cochero—. ¿Le parece oportuno que me baje y me cale, con lo que está lloviendo? Mire, lo siento mucho, pero creo que soy yo quien decide qué hacer…

—Naturalmente, señor —dijo el cochero—. Pero permita que se lo explique todo, pues sé qué decidirá hacer usted en cuanto me haya escuchado… En esa casa, como ve, se está celebrando una reunión de varios caballeros; la verdad es que no sé bien si quien da esta recepción es un forastero en Londres o un hombre algo excéntrico, se lo aseguro… El caso es que yo cobro por traer aquí a hombres que tengan todo el aspecto de un caballero auténtico y que además vaguen por ahí solos y vestidos de etiqueta, como usted; me piden, sobre todo, que traiga caballeros con pinta de ser militares… Entre usted, preséntese y diga que viene de parte de Mr. Morris, nada más…

—¿Es usted Mr. Morris? —preguntó el teniente Brackenbury.

—No, señor —dijo el cochero—. Mr. Morris es el dueño de la casa.

—La verdad es que me parece una manera un tanto extraña de reunir a unos cuantos caballeros —dijo el teniente—, pero bueno, admitamos que un excéntrico tiene derecho a ciertos caprichos que a nadie ofenden… Pero ¿y si no acepto la invitación de ese tal Mr. Morris?

—Pues no tendré más remedio que llevarle al mismo lugar donde le recogí, esas son mis órdenes —respondió el cochero—. Después seguiré buscando otros caballeros que respondan a las características antes dichas, hasta la medianoche… Al parecer Mr. Morris no quiere más que caballeros con auténtico espíritu de aventura…

Aquello decidió al teniente a dar un paso adelante. «Al fin y al cabo —pensaba mientras bajaba del coche— no he tenido que esperar en exceso para encontrar una aventura en la que emplearme».

No había hecho sino pisar la acera y ya partía el coche por donde viniera… El teniente Brackenbury llamó al cochero con un grito, con la intención de darle al menos una propina, pero en vano; alguien, sin embargo, oyó desde la casa aquel grito y al momento se abrió la puerta dejando salir un chorro de luz que cayó sobre el jardín. Un criado acudió presto al encuentro con el teniente para protegerle de la lluvia con su paraguas.

—No se preocupe, que el servicio del coche ya está pagado —le dijo con mucha educación el criado, tapándole con el paraguas hasta la puerta.

Nada más entrar acudieron a él varios sirvientes más para hacerse cargo de su abrigo, de su sombrero y de su bastón, dándole una placa con un número; después lo invitaron a subir por la escalera que conducía a la planta superior, a cuyos lados había plantas tropicales; un mayordomo de aspecto imponente, arriba, le preguntó su nombre y luego lo anunció con gran solemnidad: «El teniente Mr. Brackenbury Rich».

Un joven caballero, alto y de porte distinguido, se acercó a darle la bienvenida en términos muy cordiales y respetuosos. Cientos de velas perfumadas daban luz al salón, en el que había también, al igual que en la escalera de subida, plantas tropicales bellísimas y raras; y a un lado, una mesa con viandas exquisitas y tentadoras; además, varios criados iban de un lado a otro con bandejas de frutas y otras repletas de copas de champán. En total había unos quince invitados a la recepción, hombres todos ellos, de aspecto distinguido y en la flor de la edad. Divididos en dos grupos, unos se afanaban alrededor de una ruleta y otros en torno a una mesa en la que se jugaba al bacarrá… «Bueno, bueno —se dijo el teniente—, ya comprendo; esto es una casa de juego y el cochero se encarga de buscar a los clientes».

Tomó buena nota de todo cuanto allí acontecía y el anfitrión le salió al paso para darle personalmente la bienvenida; le sorprendió la natural elegancia de las maneras de Mr. Morris, su aspecto noble; su amabilidad y la resolución de carácter de que hacía gala, su franca cordialidad, no le parecían al teniente lo propio en el dueño de un garito; al contrario, su tono y su conversación le parecieron de un hombre de rango superior. El teniente Brackenbury sintió una súbita simpatía por aquel caballero, y aunque se reprochaba su debilidad muy en su fuero interno, no pudo sino aceptar que se sentía gratamente acompañado por Mr. Morris.

—He oído hablar mucho de usted, teniente Rich —le dijo Mr. Morris en voz baja, en tono confidencial—; no sabe cuánto me alegra tenerle aquí… Su porte no desmerece en nada de su fama, caballero, que ya le precedía antes de que arribara usted desde la India… Le ruego se olvide de la forma acaso extraña en que ha llegado usted a mi casa y sepa que es para mí un auténtico honor tenerle como invitado… No sabe cómo le admiro por haber acabado con todos esos bárbaros —añadió soltando una carcajada—, y supongo que para un hombre como usted las ceremonias y las recepciones formales son poca cosa…

Mr. Morris llevó al teniente a la mesa, para que se sirviera algunas de las viandas que allí había. «Es uno de los caballeros de trato más agradable que he conocido jamás —se decía el teniente—; seguro que no hay otro lugar mejor que esta casa en todo Londres, para pasar una velada agradable».

Bebió una copa de un champán excelente, y como varios de los allí presentes fumaban magníficos cigarros, prendió uno de los suyos, de muy buena manufactura filipina, y se acercó a la ruleta para hacer alguna apuesta; pero no pudo por menos que ser testigo, y sonriente siempre, eso sí, de la fortuna de otros jugadores… Sin de los suicidas embargo, observó al poco que todos los allí presentes eran estudiados con detenimiento; Mr. Morris iba de un caballero a otro, muy en su papel de anfitrión, pero ni uno sólo de los hombres que allí había quedaba lejos del alcance de sus miradas escrutadoras; observaba de manera penetrante el comportamiento de los que perdían mucho dinero en el juego, parecía tomar nota del total de las apuestas, y todo eso sin dejar de conversar con uno u otro; daba la impresión de que no se le iba el menor detalle. Eso, empero, llegó a molestar a Mr. Brackenbury, que comenzó a preguntarse si no se trataría aquello de una casa ilegal de juegos. Procedió entonces a seguir con cierta discreción los movimientos de Mr. Morris, que no borraba de sus labios la sonrisa, y le pareció advertir en él, sin embargo, algo tenso y fingido en su gesto, como si llevara una máscara; era la suya, en suma, una sonrisa a través de la cual se veía mucha preocupación. El teniente perdió de inmediato todo interés en el juego y en las risas y conversaciones de los otros, y se concentró en el seguimiento de cuanto hacía Mr. Morris. «Vaya, vaya —se dijo—. Mr. Morris no malgasta su tiempo, no… Todo esto habrá de tener un objeto, claro, y a partir de ahora el mío no será otro sino descubrir de cuál se trata el suyo». Así, observó el teniente Brackenbury que de cuando en cuando el anfitrión apartaba a uno de los jugadores, se lo llevaba a una sala contigua, y al rato volvía a hacer acto de presencia en el salón, sin que del otro se volviera a tener noticia… Aquello,

por repetirse con alguna frecuencia, no pudo por menos que inquietar y asombrar a un tiempo al teniente, que decidió investigar aquel misterio… Así, salió disimuladamente a la antesala, se escondió tras unos gruesos cortinones verdes que cubrían el ventanal, y apenas llevaba allí agazapado unos pocos minutos cuando oyó pasos y una conversación que poco a poco se aproximaban desde el salón de juegos. Vio entre los cortinones a Mr. Morris, acompañado de un caballero grueso y muy rojo, como congestionado, con aspecto de viajante de comercio al que las cosas le iban bien; ya había reparado en él antes el teniente, por ser el más vulgar de todos los que allí se daban cita, por ser el que reía con carcajadas más destempladas; como ambos se pararon muy cerca de donde estaba escondido, pudo oírles hablar con claridad absoluta.

—Perdóneme si le parezco brusco —le decía Mr. Morris con muy buenos modales—, pero ha de tener usted en cuenta que en una ciudad tan grande como Londres suceden a menudo equivocaciones accidentales, que es nuestro deber prevenir en la medida de nuestras posibilidades… Mucho me temo que se ha equivocado usted al honrar mi casa con su visita, caballero; debo confesarle que no recuerdo su nombre, pero permita que le haga una pregunta, reiterándole de nuevo mis disculpas por ser tan franco. Se lo diré sin más rodeos: ¿En casa de quién cree usted que está?

—En la casa de Mr. Morris —dijo el otro cargado de razones, aunque demostrando confusión.

—Bien, pero ¿en casa de Mr. John Morris, o en casa de Mr. James Morris? —le preguntó el otro.

—Pues… ¡no lo sé! —exclamó el jugador, anonadado—. La verdad es que no conozco personalmente a ningún Mr. Morris, y a usted tampoco le conocía, hasta hoy…

—Comprendo —dijo secamente Mr. Morris—. Se lo digo porque en esta calle vive otro hombre que responde al mismo apellido, y supongo que cualquier policía podrá llevarle hasta su casa, si le pregunta dónde vive… En lo que a mí respecta, le confieso que me alegra su error, pues gracias a eso he podido gozar del placer de su compañía durante un buen rato… Ahora, permítame expresarle mi esperanza de volver a vernos en otra ocasión, pero no quiero retenerle por más tiempo en mi casa, mucho menos ahora que sé que le espera otro amigo… ¡John! —llamó Mr. Morris a uno de los criados—. Haga el favor de traer el abrigo de este caballero.

Siempre con gran educación, Mr. Morris acompañó hasta la antesala a aquel hombre y pidió al mayordomo que lo llevase a la puerta de salida.

Cuando volvía al salón, el teniente oyó cómo suspiraba al pasar frente a los cortinones tras los que se escondía; Mr. Brackenbury volvió a decirse que aquel hombre se veía abrumado por algo, que era preso de una gran ansiedad, que aquella reunión le alteraba los nervios.

Al menos durante una hora más siguieron llegando coches de punto a la casa, tan de seguido que Mr. Morris no hacía sino despedir a un huésped y le llegaba otro invitado, de manera que permanecía inalterable el número de caballeros reunidos. Después fueron espaciándose las llegadas y un poco más tarde se acabaron; el proceso de expulsión que seguía Mr. Morris, sin embargo, continuaba; cuando en el salón apenas quedaban unos pocos caballeros, se interrumpió la partida de bacarrá, lo que hizo que algún invitado decidiera irse por sí mismo. Mr. Morris seguía prodigando sus atenciones a los pocos que quedaban; atendía a cada cual con una simpatía evidente y siempre tenía en los labios la palabra oportuna, la risa más conveniente; más que un anfitrión parecía la dueña de una casa, pues había en sus maneras algo de coquetería femenina, algo de ese encanto propio de las mujeres, razón, sin duda, de que cautivara el corazón de todos los que trataban con él.

Casi no quedaban invitados cuando el teniente salió del salón, para tomar un poco de aire fresco aprovechando que había cesado la lluvia; mas, apenas había llegado a la antesala, cuando se detuvo en seco y observó que habían desaparecido las plantas que adornaban antes la escalera; bajó y vio entonces, frente a la casa, que tres grandes furgones de los que se dedican a hacer mudanzas recibían aquello que los criados se afanaban en sacar de la casa; algún criado que ya había concluido su tarea se ponía el abrigo y se largaba; aquello semejaba el final de un baile pueblerino, cuando se recogen las cosas alquiladas para la fiesta. El teniente Brackenbury no podía por menos, naturalmente, que sentirse intrigado, aun en mayor medida que antes… Primero había visto cómo Mr. Morris despedía a sus invitados, que en realidad no eran tales; después, que se iban los criados… Dio en pensar que en realidad no eran criados… «Todo esto parece una farsa —se dijo—; esto es como lo de esos hongos que brotan de noche y se esfuman con el sol». Aprovechó una ocasión propicia y subió rápidamente a la última planta de la casa; como lo imaginaba, estaba vacía, no había un solo mueble, ni un cuadro en las paredes de las habitaciones. Era más que claro que, aunque la casa tuviera las paredes perfectamente pintadas en unas habitaciones, y ricamente empapeladas en otras, allí no vivía un alma. Quizás nadie la hubiera ocupado antes… Al joven oficial le parecía imposible, ahora, que apenas un poco antes

hubiera allí tanta animación, lujo y diversión… Se dijo que aquella representación tenía que costar por fuerza una fortuna… Pero ¿quién demonios era Mr. Morris? ¿Por qué aquella su representación de una sola noche en la zona más occidental de Londres? ¿Por qué esa elección tan extraña de sus invitados, un poco al azar, o muy al azar, y en mitad de la noche? Advirtió que había pasado demasiado tiempo, y bajó Brackenbury al salón de juegos. Apenas quedaban ya cinco personas, contando a Mr. Morris y él mismo. Mr. Morris, que se había sentado, se levantó con una sonrisa cuando lo vio entrar.

—Señores —dijo entonces con su tono más solemne—, creo que ya es hora de que les cuente por qué les he apartado hoy de sus divertimentos habituales, confiando en que esta velada no les haya aburrido más de lo necesario. Mi intención, sin embargo, no era la de entretenerles a ustedes, sino recabar su ayuda en un momento de necesidad. Les tengo a todos por auténticos caballeros, su porte les hace justicia, señores, y su sola presencia supone para mí la mejor garantía. Lo digo ya sin ambages: solicito de ustedes la prestación de un servicio arriesgado, que me lleva a pedirles el máximo de discreción ante lo que puedan ver u oír. Comprendo que pueda parecerles cómico este asunto, pues se lo pide un completo desconocido, al que acaso tomen ustedes por un extravagante… Así pues, si alguno de ustedes cree haber escuchado ya bastante, o no tiene la mejor disposición de seguir, ni siente el menor atractivo por las propuestas arriesgadas ni los actos propios de un Quijote, aquí tiene mi mano para estrechar la suya deseándole buenas noches y un feliz regreso a su casa.

Respondió al punto un hombre alto, de cabello negro, algo cargado de espaldas:

—Caballero, agradezco su sinceridad —dijo—; yo, siguiendo su invitación, opto por marcharme; nada le reprocho, aunque no puedo negarle que su actitud y sus palabras me parecen, cuando menos, sospechosas… Bien, me marcho; quizás crea usted que no tengo derecho a decir lo que he dicho, en vez de irme sin más…

—No, por favor, nada de eso —respondió cordial Mr. Morris—; diga usted lo que le parezca que debe decir… Tampoco hay que exagerar la importancia de mis palabras…

—¿Y bien, caballeros? —siguió aquel hombre alto y cargado de hombros —. ¿Qué opinan ustedes? Es cierto que hemos pasado una velada muy agradable; ¿nos vamos todos, o se queda alguien? Si nos vamos, cosa que

sugiero, creo que en breve, cuando salga el sol y se sepan libres e inocentes, me agradecerán habérselo propuesto…

Dijo aquello con enorme convicción y gran energía; su rostro, pleno de seguridad y muy grave de expresión, parecía el de un iluminado. Otro hombre de los que allí estaban se puso de inmediato en pie, y no sin demostrar cierto miedo en sus ojos, se aprestó a irse cuanto antes. Sólo dos caballeros siguieron sin moverse de sus asientos: el teniente Brackenbury Rich y un viejo mayor de caballería que tenía la nariz muy colorada, de bebedor… Parecieron indiferentes al discurso del hombre alto y moreno; cambiaron una mirada cómplice mientras aquel hablaba, como diciéndose que lo que sugería nada tenía que ver con ellos. Mr. Morris acompañó a la puerta de salida a los desertores, cerró cuando se fueron y volvió, aparentemente aliviado, junto a los dos oficiales.

—Señores —les dijo—, he procedido a elegir a mis hombres como Josué lo hace en la Biblia; estoy seguro de que son ustedes los mejores que podría hallar en todo Londres; su porte llamó la atención de mis cocheros, y también la mía, se lo aseguro… He podido observar su desenvoltura y dignidad entre desconocidos; les he visto jugar y perder con enorme compostura y sin aspavientos… Y además de someterles a la prueba de mis palabras, que admito desconcertantes, ustedes han manifestado la misma corrección y tranquilidad que si les invitara a una cena… Creo, pues, haber elegido bien; no en vano he sido durante años el discípulo y a la vez hombre de confianza del caballero más prudente y al tiempo corajudo de entre todos los grandes potentados de Europa.

—En la batalla de Bunderchang pedí doce voluntarios —comenzó a decir el mayor— y se presentaron todos mis hombres… Pero también es verdad que los jugadores de ruleta no son soldados en el frente de batalla… Creo, pues, que se dará usted por satisfecho de contar con dos hombres, pues seguro que no defraudaremos sus expectativas; no somos de los que dan la espalda a la primera dificultad… Por lo demás, esos que salieron huyendo despavoridos, ¡bah!, no son sino pobres diablos; he visto a miles como ellos a lo largo de mi vida… De usted, teniente Rich —dijo dirigiéndose entonces a Mr. Brackenbury—, he oído hablar mucho y bien en los últimos meses… Seguro que también ha oído hablar de mí… Permita que me presente, soy el mayor O’Rooke.

El viejo militar tendió su mano temblorosa, y también roja, al joven teniente.

—¿Y quién no ha oído hablar de usted, mayor? —dijo Mr. Brackenbury.

—Bien, en cuanto acabemos este asunto que nos une —terció entonces Mr. Morris—, sin duda me agradecerán la oportunidad que les he dado de conocerse, una gran recompensa para ambos.

—Bueno, díganos ahora de qué se trata —le pidió el mayor O'Rooke—. ¿Quizás de un duelo?

—Podríamos llamarlo así —dijo Mr. Morris—. Un duelo, sí, con enemigos desconocidos, pero no por ello menos desleales y peligrosos… Un duelo, cabe añadir, a muerte… Pero, por favor, no sigan llamándome Mr. Morris, sino Mr. Hammersmith, y no me hagan preguntas ni quieran investigar acerca de mi verdadera identidad, ni sobre la de la persona a la que tendré el enorme placer de presentarles en breve… Hace tres días esa persona tuvo que desaparecer de su residencia, por atender a un asunto de justicia privada, digámoslo así; hasta hoy mismo, por la mañana, no he sabido lo que ocurría. Comprendan que, por estar bajo un juramento que aceptó acaso con excesiva ligereza, se ve obligado a borrar de la faz de la tierra a un villano cruel, pero sin acudir a la ley ni a sus servidores. Han muerto dos notables caballeros en ese empeño… Uno de ellos era mi propio hermano. O mucho me equivoco, o mi buen amigo corre un peligro semejante… Pero de momento, al menos, no ha perdido la vida en el empeño, como lo demuestra esta misiva.

Mr. Morris, o el coronel Geraldine, para ser más exactos, procedió a leer una carta que decía:

«Mayor Hammersmith, el miércoles a las tres de la madrugada, un hombre de mi absoluta confianza le hará pasar por la pequeña puerta de los jardines de la Casa de Rochester, en Regent's Park. Por favor, le pido que no se retrase ni un segundo. Traiga mis espadas y un par de caballeros nobles y prudentes, si da con ellos, que no me conozcan. No diga a nadie mi verdadero nombre.

T. Godall».

—Mi amigo es hombre de buen juicio —siguió el coronel Geraldine, una vez satisfecha en parte la curiosidad de los otros—, y aunque sólo fuera por eso, aunque no tuviera ni más méritos ni títulos, habría que seguir siempre sus instrucciones. No es necesario que les diga que yo tampoco sé de qué se trata este asunto en sus últimas consecuencias, pues aún no he acudido a la casa de Rochester para entrevistarme con mi buen amigo… Me limité a dirigirme a una empresa de alquiler y en pocas horas quedó dispuesta esta casa, según lo

requerido, siguiendo las órdenes recibidas para que la preparase convenientemente, tal y como ustedes la han conocido, para una recepción. Les confieso que estoy satisfecho del resultado, toda vez que esto me ha permitido, además, conocerles a ustedes, mayor O'Rooke y teniente Brackenbury Rich… Quizás los más sorprendidos sean los sirvientes, ya que mañana esta casa saldrá a la venta… Pero, bueno; convengamos en que hasta las aventuras más serias y arriesgadas tienen un lado cómico…

—Y esperemos que un final feliz —apostilló el teniente.

El coronel Geraldine consultó entonces su reloj.

—Van a ser las dos de la madrugada, así que disponemos de una hora, además de un buen coche a la puerta… Díganme si puedo contar con ustedes definitivamente…

—En mi ya larga vida —comenzó a decir el mayor O'Rooke— jamás he faltado a la palabra dada; ni siquiera me he puesto a salvo de una apuesta haciendo otra…

El teniente Brackenbury, por su parte, reiteró su buena disposición en términos caballerosos; después de beber un par de vasos de vino, el coronel Geraldine entregó a cada uno de los militares un revólver cargado y subieron los tres al coche.

La casa de Rochester era una residencia imponente, junto al canal, aislada del resto del vecindario por sus grandes y frondosos jardines. Era como el *parc aux cerfs* de un noble o de un hombre muy rico. Desde la calle se podía observar que todo allí estaba a oscuras, que la mansión parecía desierta, como si su dueño llevara muchos meses ausente. Una vez despedido el coche, se dirigieron los tres a una discreta puerta de entrada, al final de un callejón, entre dos muros del jardín; faltaban unos minutos para la hora señalada y llovía de nuevo con mucha fuerza, por lo que los aventureros buscaron refugio bajo una hiedra frondosa, mientras hablaban en voz muy baja de la prueba que habrían de afrontar. El coronel Geraldine, de pronto, alzó la mano para pedir silencio y quedarorva la escucha más atenta. Entre el fragor de la lluvia pudieron oír así unos pasos y voces de hombres al otro lado del muro; voces en las que, según se acercaban a su altura, el teniente Brackenbury pudo distinguir lo que decían, pues poseía un oído muy agudo.

—¿Ya está lista la tumba? —decía una de las voces.

—Sí, detrás de los laureles —decía otra voz—. Después pondremos encima leños y estacas.

El primero se echó a reír con unas carcajadas siniestras.

—Dentro de una hora —dijo.

Por el sonido de los pasos supieron que aquellos dos hombres se habían separado en dirección opuesta.

Se abrió entonces la pequeña puerta y asomó por ella una cara muy pálida que les hizo una seña para que entraran. Lo hicieron en perfecto silencio y la puerta volvió a cerrarse; los tres siguieron a aquel hombre por los senderos de los grandes jardines hasta llegar a otra puerta. Entraron, cruzaron una gran cocina, en la que sólo una vela daba luz y en la que no se veía mueble alguno, subieron después por una escalera de caracol, y un tropel de ratas asustadas hizo comprender a los dos militares que estaban en verdad en una mansión abandonada.

El hombre que les había franqueado la entrada iba delante de ellos con una vela en la mano. Era un hombre muy viejo y flaco, encorvado pero ágil de pasos, que a cada poco se volvía para pedirles que tuvieran cuidado, pero sin hablar. El coronel Geraldine iba justo detrás de él, con las espadas bajo un brazo y la pistola en la mano libre. Al teniente Brackenbury el corazón le palpitaba con fuerza y alarma; sabía que habían llegado justo a tiempo y que, por la prisa que se daba en caminar el viejo cargado de hombros, en breve comenzaría la acción; aquello era tan tenebroso, en el fondo, tal amenaza se palpaba en el ambiente, el lugar semejaba el idóneo para los más funestos lances, que se le hubiera perdonado la turbación incluso a un hombre de más edad y experiencia que el teniente Brackenbury, quien cerraba la marcha mientras subían por aquella escalera.

Nada más llegar al final, el viejo que les servía de guía abrió una puerta y les hizo entrar en una habitación pequeña, en la que una chimenea de fuego pobre y una lámpara humeante de carburo daban luz. Junto a la chimenea había un hombre en los primeros años de su madurez, distinguido de aspecto a pesar de estar algo grueso. Fumaba tranquilamente un cigarro y tenía en la mesa una copa de la que emanaba un aroma muy agradable.

—Bienvenido —dijo estrechando la mano del coronel Geraldine—, ya sabía que es usted un hombre puntual.

—Cuenta usted, además, con mi mayor devoción —le respondió el coronel con una reverencia.

—Por favor, preséntenme a los caballeros que lo acompañan —le dijo aquel hombre, y cuando el coronel atendió su petición, añadió—: Señores, me gustaría poder ofrecerles algo más grato y divertido, pues no me parece muy fino empezar una amistad con este asunto tan serio, pero la fuerza de los acontecimientos no obliga a otra cosa, por encima incluso de la cortesía más obvia… Espero que sepan perdonarme por esta ingrata noche, mas confío

también en que unos caballeros con su bien templado carácter comprenderán cuán agradecido les estoy por el gran servicio que me brindan.

—Su Alteza —dijo el mayor—, perdone mi franqueza, pero soy un hombre incapaz del menor disimulo… Desde hace un buen rato sospecho del mayor Hammersmith, pero con Mr. Godall no hay confusión posible… Sería imposible hallar en todo Londres a dos personas, no más, que no hayan oído hablar del príncipe Florizel de Bohemia.

—¡El príncipe Florizel de Bohemia! —exclamó el teniente, admirado, clavando sus ojos en aquella figura en penumbra que tenía ante sí.

—No lamento que mi personalidad haya dejado de ser una incógnita —dijo entonces el príncipe—, pues así puedo agradecerles lo que hacen más vivamente. Además, estoy seguro de que hubieran hecho lo mismo por Mr. Godall, pero quizás en mi condición de príncipe pueda hacer más por ustedes… En definitiva, yo soy quien sale ganando —dijo con gran deferencia hacia ambos.

Poco después el príncipe y los dos oficiales del ejército hablaban acerca de la situación militar en la India y de la instrucción de las tropas en general. Demostró el príncipe a sus interlocutores que también en cuestiones militares era un hombre perfectamente informado, por lo muy ponderadas que eran sus opiniones. Aquellas maneras del príncipe, su actitud de suma elegancia en un momento quizás de peligro mortal, despertaron la admiración más profunda y el respeto del joven teniente Brackenbury; tan sensible era, pues, a sus modales como al buen juicio de que hacía gala en la conversación, pues la sola presencia del príncipe ennoblecía a quienes tenía delante. Brackenbury, en su entusiasmo, llegó a proclamar entonces su felicidad por hallarse ante un soberano auténtico, ante un hombre por el que podría entregarse la vida gustosamente.

Habían pasado unos minutos, cuando aquel viejo encorvado que les condujera hasta el príncipe, y que hasta ese instante había permanecido sentado discretamente en un rincón, se puso en pie, reloj en mano, y se dirigió al príncipe para decirle algo al oído.

—De acuerdo, doctor Noel —dijo el príncipe, y siguió dirigiéndose a los demás—: Perdonen si les dejo en la oscuridad, pero ha llegado el momento…

El doctor Noel apagó la lámpara; una luz mortecina, que avisaba de la próxima irrupción del amanecer, empezaba a percibirse en los cristales de la ventana, tenuemente; cuando el príncipe se levantó del asiento que ocupaba no pudieron ni el teniente ni el mayor distinguir sus facciones ni la emoción

que se dibujaba en su rostro… El príncipe, en actitud de alerta, se acercó sigilosamente hasta la puerta.

—Les ruego encarecidamente que observen el más completo silencio —dijo— y que se oculten en lo más oscuro de esta habitación.

Los tres militares y el médico obedecieron al instante; en los siguientes diez minutos no se dejó sentir en la casa de Rochester más que las carreras de las ratas que la habitaban. Después, una puerta chirrió al abrirse, rompiendo el tremendo silencio; al instante oyeron pasos que subían por la escalera de la cocina; quien fuera, parecía detenerse a cada poco, como si se parase para escuchar, llenando con ello de inquietud y ansiedad a quienes esperaban arriba, en la habitación a oscuras. El doctor Noel, no obstante ser un hombre acostumbrado a las emociones fuertes, parecía tan afectado por la espera que inspiraba compasión; al respirar, sus pulmones emitían un leve silbido, le rechinaban los dientes, se oía el chasquido de sus articulaciones cada vez que cambiaba de postura… Una mano se posó al fin en la puerta y descorrió el cerrojo despacio, sin poder evitar el ruido; se hizo a continuación otra breve pausa; el teniente Brackenbury observó no sin dificultad que el príncipe se agazapaba, como presto a desarrollar un esfuerzo titánico. Se abrió la puerta, dejando pasar a la habitación un poco de la primera claridad del día; en la entrada apareció inmóvil un hombre de notable estatura que blandía en la mano un cuchillo. Tenía la boca abierta como un perro de presa a punto de lanzarse al ataque; en la dudosa luz de la madrugada se percibía, empero, el brillo de sus dientes. Todos pudieron observar que chorreaba agua en cantidad… Con pasos sigilosos atravesó el umbral. Se dejó sentir un salto, un grito ahogado, un breve forcejeo, jadeos… Antes de que el coronel Geraldine pudiera acudir en su ayuda, el príncipe Florizel tenía atrapado por los hombros a aquel hombre, al que había desarmado.

—Doctor Noel —dijo el príncipe—, haga el favor de encender la lámpara…

Puso el príncipe a aquel hombre a disposición del coronel Geraldine y del teniente Brackenbury y se situó de espaldas a la chimenea; en cuanto el médico encendió la lámpara de carburo los allí presentes pudieron observar cuán grande era la severidad que mostraba el rostro del príncipe; ya no era Florizel el magnánimo, el caballero despreocupado y jovial, sino el príncipe de Bohemia, colérico, animado por una intención mortal… Alzó imponente su cabeza para dirigirse al hombre al que había atrapado, que no era otro sino el presidente del Club de los suicidas.

—Presidente —comenzó a decir el príncipe—, acaba de caer usted en la trampa que me había tendido, y que será, se lo aseguro, la última que pueda idear… Veo también que ha atravesado el canal a nado, pues bien: habrá sido su último baño. Su viejo cómplice, el doctor Noel, no sólo no me ha traicionado, como esperaba usted, sino que es hora mi aliado fiel; él también aspira a que se haga justicia. Esa tumba que hizo cavar esta tarde para mí será su tumba; póngase de rodillas y rece, si es que sabe hacerlo, pues le queda poco tiempo de vida y Dios está cansado de sus maldades.

El presidente del Club de los suicidas no decía palabra, ni hacía gesto alguno; estaba cabizbajo, mirando al suelo con furia, como si la mirada del príncipe le impidiera alzar la suya.

—Caballeros —prosiguió el príncipe, ahora menos grave—, aquí tienen al hombre que durante tanto tiempo logró escaparse de mis manos; ahora, gracias al doctor Noel, lo tengo al fin en mi poder. Hacer una relación completa de sus crímenes llevaría mucho más tiempo del que disponemos, pero estoy convencido de que si por el canal corriese la sangre de sus víctimas este miserable estaría tan empapado o más que ahora… Sin embargo, incluso con un hombre como él, quiero guardar las formas propias de una aventura honrosa… Ustedes serán los jueces; es cierto que procederemos, más que a un duelo, a la ejecución de un villano, por lo que ceder a esta canalla la elección de las armas sería extremar las cosas más allá de lo que se merece, y no puedo permitirme la muerte en este lance —siguió diciendo el príncipe mientras sacaba las espadas de sus vainas—. Una bala que da en un blanco por azar… Un cobarde al que ese mismo azar torna certero… En fin, he decidido, y espero que estén de acuerdo con ello, zanjar este asunto chocando las espadas.

El mayor O’Rooke y el teniente Brackenbury, a quien se había dirigido especialmente el príncipe, mostraron su aprobación. El príncipe dijo entonces al presidente del Club de los suicidas:

—Elija su espada y no se demore; estoy impaciente por acabar con usted de una vez por todas.

El presidente, por primera vez desde que fuera capturado, pareció cobrar vida y expresión; alzó la cabeza y dijo:

—¿Me propone un duelo? —dijo—. ¿Batirnos en duelo usted y yo?

—Aunque no lo crea, pienso concederle ese honor —le respondió el príncipe.

—¡Vaya! —exclamó el presidente—. Un duelo en buen terreno, ¿quién sabe lo que puede ocurrir? Su Alteza me parece muy generoso conmigo; si

ocurriera lo peor para mí, bueno, al menos me habrá matado uno de los más notables caballeros de Europa…

Quedó libre el presidente del Club de los suicidas y al momento se dirigió a la mesa en la que estaban las espadas, para elegir una con mucha atención. Por su actitud parecía seguro de librar con bien la vida en el lance, cosa que alarmó a los militares, al punto de rogar estos al príncipe que no le concediera tal honor a un villano.

—Caballeros —les dijo el príncipe—, esto no es sino una farsa; pierdan cuidado, que acabaré con él en muy poco tiempo.

—No se confíe en exceso Su Alteza —terció el coronel Geraldine.

—Mr. Geraldine —dijo el príncipe—, ¿es que alguna vez no he satisfecho mis deudas de honor? Le debo a usted la muerte de este hombre y una vez más cumpliré mi palabra.

Al fin pareció hallar el presidente la espada con la mejor hoja; con un gesto en el que había una cierta nobleza demostró que estaba preparado para el combate; tan infame criminal parecía, sin embargo, viril y grácil ante la inminencia del peligro. El príncipe Florizel escogió su espada al azar.

—Coronel Geraldine, doctor Noel —dijo—, les ruego que esperen donde están el final del lance. No quiero que ninguno de mis amigos participe en esto. Usted, mayor O’Rooke, es hombre de edad y de prestigio reconocido, por lo que le pido me permita encomendar al presidente a sus buenos oficios. Usted, teniente Rich, encárguese de mí, por favor se lo pido; un joven oficial siempre tiene algo que aprender de estas situaciones…

—Será un honor para mí, Alteza —dijo el teniente Brackenbury.

—De acuerdo —dijo el príncipe—. Teniente, confío en poder demostrarle mi amistad y mi gratitud en circunstancias más gratas…

Abandonó el príncipe la habitación; tras él iban el presidente del Club de los suicidas y los dos padrinos. Arriba quedaron el coronel Geraldine y el doctor Noel, que se asomaron rápidamente a la ventana en su afán de no perderse detalle de lo que sucedía. Había cesado la lluvia; era ya casi de día y trinaban los pájaros en los frondosos jardines, que ocultaban al príncipe y a quienes con él iban, salvo cuando pasaron ante una zona en la que crecían las flores. Aquello fue cuanto pudieron ver, por mucho que se esforzaron, el coronel Geraldine y el doctor Noel; el jardín era tan boscoso, en realidad, y tan apartado de la casa estaba el claro escogido por el príncipe para librar el duelo, que ni el sonido de las hojas de las espadas al chocarse podía llegar hasta donde se encontraban.

—Lo lleva al lugar en el que han cavado la tumba —dijo el médico sin poder evitar un escalofrío.

—¡Ojalá esté Dios de parte de quien defiende el derecho!

Durante la espera no cesó de estremecerse el doctor Noel y el coronel Geraldine se empapó de sudor, de tan inquieto. Pasaron unos cuantos minutos, el día clareó mucho más, trinaban con mayores bríos los pájaros… Unos pasos hicieron que se volvieran hacia la puerta, abandonando la ventana… Entró en la habitación el príncipe, seguido por los dos oficiales del ejército de la India. Dios, en efecto, había estado de parte del derecho.

—La verdad es que me avergüenzo de la emocionada alegría que siento —dijo el príncipe Florizel—; eso me parece una jactancia impropia de mi rango, pero no puedo sino confesar que la mera existencia de ese maldito perro de los infiernos me dolía como una enfermedad… Su muerte me ayuda a descansar más que una noche de buen sueño. Mr. Geraldine —añadió el príncipe al tiempo que tiraba al suelo su espada—, ahí está, en la hoja de esa espada, la sangre del hombre que asesinó a su hermano… Supongo que no le desagrada contemplarla. Mas —siguió diciendo—, ¡cuán extraña es la materia de la que estamos hechos los hombres! Apenas hace cinco minutos que me he vengado de ese canalla y ya me pregunto si la venganza tiene sentido en esta precaria existencia nuestra… Pues ¿cómo remediar todo el mal que hizo ese hombre? Llegó a amasar una auténtica fortuna con sus crímenes, esta misma casa fue suya… Y esa su criminal carrera forma ya parte de la historia y a la vez del destino de la humanidad. Aunque siguiera yo dando estocadas con mi espada hasta el día del Juicio final, su hermano, Mr. Geraldine, seguiría muerto, al igual que otros mil inocentes, a los que deshonró y corrompió ese canalla… ¡Y qué poco es la vida de un hombre cuando se le pone fin! ¡Y qué grande es esa vida cuando sirve para algo de provecho! Pero me pregunto si no habrá en esta existencia nuestra algo tan decepcionante como colmar lo que tanto se anhela…

—Se ha hecho la justicia divina —dijo el doctor Noel—. Eso es lo que pienso. Su lección, Alteza, ha sido tan cruel como ejemplar; por mi parte, sólo aguardo con pavor mi hora…

—¿Qué dice usted? ¿Cómo que aguarda su hora? —se extrañó el príncipe —. Usted me ha ayudado a castigar a quien más lo merecía. Doctor Noel, muchos y muy honestos y nobles afanes nos aguardan a usted y a mí juntos; con eso pagará más que de sobra sus antiguas deudas…

—Bien, mientras eso acontece —dijo el médico—, permita, Alteza, que vaya a enterrar a mi viejo amigo.

Así —observa mi erudito árabe— termina felizmente este cuento. El príncipe, no habría necesidad de decirlo, no arrojó al olvido a quienes le prestaron ayuda en esta impar aventura, pues gozan hasta el presente, las carreras de esos hombres, del apoyo que les da la autoridad magnánima del príncipe, así como de su amistad, toda una delicia para sus vidas privadas. Agrupar tan extraños acontecimientos, en los que el príncipe fue mano de la Providencia —sigue diciendo mi autor árabe— supondría llenar de libros el mundo habitable.

EL DIAMANTE DEL RAJÁ

Historia de la sombrerera

Harry Hartley recibió la educación que es propia de un caballero hasta que cumplió dieciséis años. Acudió primero a un colegio privado y después a una de esas grandes instituciones educativas que han forjado la fama de Inglaterra. Manifestó por aquel tiempo, sin embargo, un desprecio evidente por los estudios, y como el único de sus progenitores que aún le vivía era persona débil de carácter, además de ignorante, le permitió dedicarse a actividades frívolas y mundanas.

Dos años más tarde Mr. Harry Hartley se vio definitivamente huérfano y en la ruina más completa. Tanto por su formación como por su actitud indolente, era incapaz de iniciar cualquier actividad emprendedora. Cantaba muy bien, eso sí, canciones románticas, para lo que se acompañaba al piano con cierta corrección, y a pesar de su timidez no se le daban mal las damas. Por lo demás, gustaba de jugar al ajedrez y la naturaleza le había regalado una apariencia notablemente atractiva. Era rubio y de tez sonrosada; sus ojos, saltones como los de una paloma, casaban perfectamente con la sonrisa simpática que lucía de continuo; había en sus maneras un aire de melancólica ternura y poseía una expresión suave, sabiendo decir oportunamente la palabra más halagadora. Hay que añadir, dicho todo lo anterior, que no era el tipo de hombre, sin embargo, que presida gobiernos o mande ejércitos.

Una ocasión propicia y alguna que otra influencia hicieron que Mr. Harry alcanzase, cuando mayor era su desesperada necesidad, el empleo como secretario privado del comandante general Sir Thomas Vandeleur, un hombre de sesenta años, explosivo, violento y dominante. Por diversas razones, entre las que no hay que despreciar el pago por ciertos servicios, de los que se hablaba en voz baja tan a menudo como se negaba por otra parte ese rumor, el rajá de Kashgar había regalado a Sir Thomas el que era tenido por el sexto diamante del mundo, un obsequio que hizo del general, sin fortuna hasta entonces, un hombre rico, con lo que dejó de ser aquel militar vulgar, huraño y con pocos amigos, para convertirse en una de las personas más célebres de Londres.

Dueño ya del diamante del rajá, era Sir Thomas siempre bien recibido en los círculos más exclusivos de la ciudad y hasta encontró a una dama de buena familia, más que dispuesta a tener por suyo el diamante y hasta a contraer matrimonio con Sir Thomas Vandeleur, quien consideró que nada más lógico que una joya atrajese a otra. Es cierto que Lady Vandeleur era una joya de muchos quilates, engastada en un lujo luminoso; quienes dictaban con autoridad sobre estos asuntos la consideraban por aquel entonces una de las tres o cuatro damas mejor vestidas de Inglaterra.

Los deberes de Mr. Harry como secretario no eran ni agotadores ni enojosos; mas era un hombre al que cualquier trabajo relativamente prolongado le inspiraba auténtica reluctancia; sentía espanto por mancharse los dedos de tinta… Y los encantos de Lady Vandeleur, siempre tan bien vestida, le hacían ir con más frecuencia de la normal de la biblioteca al gabinete de la dama. Tenía Mr. Harry, con las mujeres, las mejores y más pulcras maneras, gustaba de hablar con ellas de modas, muy delicadamente, y nada le hacía disfrutar más que poder explayarse en sus críticas acerca del color inapropiado de tal lazo… Eso le gustaba tanto como llevar cualquier encargo a la modista… En resumidas cuentas, cabe decir que si bien es cierto que la correspondencia de Sir Thomas sufría más retrasos de los deseables, su esposa había ganado una criada más.

Un buen día, el general, que era el prototipo de jefe militar impaciente y colérico, dejó su sillón violentamente para informar a su secretario de que en lo sucesivo ya no requeriría de sus servicios, haciéndole además un gesto que, por decirlo suavemente, no suelen hacer los caballeros bien educados. Para su mayor desgracia, la puerta estaba abierta y el pobre Mr. Hartley bajó rodando las escaleras.

Se levantó al llegar al final, maltrecho y muy resentido. Le gustaba la vida que llevaba en la casa del general; su condición más o menos ambigua, por así decirlo, le permitía tratar con la gente de rango que por allí iba, y además trabajaba más bien poco, comía bien… Cuando estaba ante Lady Vandeleur le invadía un encantamiento al que su corazón pretendía dar un nombre más rotundo… Así que, nada más recibir del militar aquel ultraje en forma de rotundo puntapié, corrió hasta el gabinete de la dama para informarle de lo sucedido.

—Usted sabe muy bien, Harry —le dijo Lady Vandeleur, que lo llamaba por su nombre, como a los niños y a los criados—, que jamás, ni por descuido, hace lo que le ordena el general… Yo tampoco, esa es la verdad, pero mi caso es muy distinto; una mujer sabe cómo hacerse perdonar un año

entero de desobediencia e incuria con un solo acto de sumisión, hábilmente expuesto… Además, ningún militar se acuesta con su secretario, Harry… Siento mucho perderle, créame, pero como un caballero no puede seguir más tiempo allí donde ha sido ultrajado, sólo puedo desearle que tenga buena suerte en lo sucesivo y prometerle que el general se arrepentirá de lo que ha hecho…

Mr. Harry comenzó a llorar mientras miraba a Lady Vandeleur con cierto aire de reproche.

—Madam —dijo—, ¿qué es recibir un insulto? Cualquier persona recibe miles de insultos y los perdona… Pero abandonar a su suerte a los amigos…, romper los lazos de afecto que les unen…

La emoción y las lágrimas le impidieron continuar; Lady Vandeleur lo miraba con mucha curiosidad. «Este joven idiota —se decía— a lo peor cree haberse enamorado de mí… Bien, ¿por qué no valerme de eso? Es servicial, conformista, sabe de modas… Así no se meterá en más líos, es muy bien parecido como para dejarlo suelto por ahí».

Aquella misma noche habló la esposa con el marido, que se mostraba ya un tanto arrepentido de lo que había hecho, y Mr. Harry fue readmitido en el servicio de la casa, pero destinado ahora al área femenina de la misma. Ni que decir tiene que su vida, allí, era en verdad paradisíaca. Iba siempre exquisitamente vestido, con flores en el ojal de la levita, atendiendo a los invitados con gran tacto, humor cordial y mucha elegancia. La servil relación que mantenía con la dueña de la casa lo llenaba de orgullo; para él, las órdenes que le daba Lady Vandeleur eran una demostración de confianza; más aún, le encantaba exhibirse ante los hombres, a pesar de lo mucho que estos se burlaban de él por su condición de criada y modistilla, no obstante su condición masculina. Sin embargo, pensaba de continuo en su existencia bajo una consideración moral. Creía, así, que la maldad era un atributo exclusivamente masculino, y que pasar sus días en la compañía de aquella mujer tan elegante y refinada, ocuparse de sus joyas y de sus vestidos, era algo parecido a vivir en una isla encantadora en medio del turbulento mar de la vida.

Un día entró en el salón y comenzó a ordenar las partituras que había sobre el piano. Allí, Lady Vandeleur, en un extremo, conversaba con su hermano, Mr. Charlie Pendragon, un joven que padecía una cojera muy acentuada y al que la vida disoluta que llevaba había envejecido sobremanera. El secretario privado del general, en quien no habían reparado los hermanos, escuchó así, sin pretenderlo, lo que decían.

—Ha de hacerse ahora o nunca —decía Lady Vandeleur—; hay que hacerlo hoy, de una vez por todas.

—Pues bien, que sea hoy —dijo su hermano suspirando hondamente—. Pero te repito, Clara, que es un error, nos pesará en el alma…

Lady Vandeleur se quedó mirando a su hermano con un gesto raro.

—Pareces olvidar —le dijo— que es preciso que ese hombre muera.

—Mi querida Clara —le respondió Mr. Pendragon—, estoy seguro de que no hay en Inglaterra una bribona tan grande y desalmada como tú…

—Es que vosotros, los hombres —dijo ella—, sois incapaces de apreciar los matices, a causa de vuestra grosería… Los hombres sois rapaces, bastos, incapaces de un mínimo de distinción, pero si una mujer decide mostrarse precavida y cautelosa, entonces clamáis al cielo… Me incomodan esas tonterías, no las soporto; los hombres despreciaríais en un banquero la estupidez que esperáis de nuestro comportamiento.

—A lo mejor tienes razón —le concedió su hermano—; siempre fuiste más inteligente que yo… Pero ya sabes cuál es mi lema: «*La familia, por encima de todo*».

—Lo sé, Charlie —le dijo ella entonces, conciliadora, tomándole una mano entre las suyas—. Sé muy bien que tu lema sigue diciendo: «*Y antes que la familia, Clara*». ¿A que sí? Eres el mejor de los hermanos, por eso te quiero tanto…

Mr. Pendragon se puso en pie, azorado por tantos mimos y zalamerías de su hermana.

—Será mejor que no me vean contigo —dijo—; pierde cuidado, sé muy bien cómo interpretar mi papel sin un tropezón, no se me despistará ese manso gatito…

—Eso, por encima de todo —dijo ella—; es tan miedoso que podría echarlo todo a perder…

Lanzó un beso a su hermano, que se retiró por el gabinete y la escalera de servicio.

—Harry —llamó Lady Vandeleur—, quiero que me haga un recado ahora mismo; tendrá que tomar un coche, no quiero que camine usted bajo este sol tan fuerte que podría dañarle la piel…

Puso especial énfasis en sus palabras y lanzó una mirada maternal a su secretario; naturalmente, Mr. Harry se mostró feliz de poder ayudarla en lo que precisara.

—Tengo que advertirle —continuó ella— de que se trata de un secreto, uno más de nuestros secretos… Nadie deberá saber una palabra de lo que nos

traemos entre manos; si llegara a enterarse Sir Thomas nos montaría un gran escándalo, ¿comprende? ¡Si supiera usted cuán molestas son las escenas que me hace…! ¡Ah!, Harry, Harry… ¿Podría decirme usted por qué los hombres son a menudo tan injustos y mandones? No, bueno, ya sé que usted precisamente no podría decírmelo… Es usted el único hombre que conozco que lo ignora todo a propósito de las pasiones masculinas más vergonzantes… Usted es un hombre bueno y muy gentil; sabe ganarse la amistad de una dama… La verdad es que si comparo a los demás hombres con usted, todos sin excepción me parecen la mar de desagradables…

—Es usted quien de verdad se porta amablemente conmigo —dijo Mr. Harry, haciendo una nueva demostración de su galantería—. Me trata usted como si fuera…

—Le trato como una madre —lo interrumpió ella—; sí, quiero ser una madre para usted; o por lo menos —corrigió—, como una auténtica madre… Aunque todavía soy muy joven para eso, ¿no? Bueno, dejémoslo en una buena amiga; sí, quiero ser para usted una amiga muy querida… Hizo una pausa, pero tan breve que el muy sentimental Mr. Harry no pudo decir palabra.

—Bueno, todo eso ahora no viene al caso —siguió Lady Vandeleur—; arriba, en el armario de roble, a la izquierda según lo abre, verá usted una sombrerera; está bajo el vestido rosa que me puse el miércoles pasado, junto a mis encajes de Malinas… Bien, tendrá que llevar cuanto antes esa sombrerera a esta dirección —y se la escribió en un papel—, pero no la entregue sin que le den el recibo escrito por mí misma, ¿comprende? Contésteme, por favor, vamos… Debo recabar su atención al máximo, pues se trata de un asunto urgente e importante.

Mr. Harry la tranquilizó repitiendo paso por paso las instrucciones recibidas; iba a decirle algo más la dama, pero el general Vandeleur entró de súbito y ruidosamente en donde se encontraban, rojo de ira, blandiendo en su mano lo que parecía ser una muy larga factura de la modista.

—¿Quiere echar un vistazo a esto, Madam? —gritaba a medias colérico y a medias sarcástico—. ¿Quiere usted, Madam, echar un vistazo con detenimiento a esta cuenta? Sí, ya sé que contrajo usted matrimonio conmigo por dinero, y estoy dispuesto a ser tan indulgente como cualquiera, pero, ¡por Dios!, esto es un dispendio intolerable…

—Mr. Hartley —dijo Lady Vandeleur a su secretario—, creo que ya sabe lo que tiene que hacer, por lo que le ruego que salga ahora mismo…

—¡Un momento! —gritó el general dirigiéndose a Mr. Harry—. Antes, un par de palabras —y se volvió hacia su esposa para preguntarle—: ¿Qué recado tiene que hacerle este caballerete? Permítame decirle, Madam, que no me fío de él más que de usted misma; si fuera un hombre con el mínimo de honradez que se requiere para serlo, ya no estaría en esta casa, se habría ido cuando lo eché… Además, su trabajo, eso por lo que se gana su sueldo, es un auténtico misterio para todo el mundo… Dígame, Madam, ¿qué recado le encarga?… ¿A qué viene tanta celeridad?

—Supuse que deseaba decirme usted algo en privado —dijo Lady Vandeleur a su esposo.

—Usted ha hecho un encargo a este joven —insistió el colérico general—; bien, dígame de qué se trata, y no intente engañarme, que mire en qué estado de ánimo me encuentro… Estoy seguro de que le ha hecho un encargo muy especial.

—Ya que se empeña usted en que los criados sean testigos de nuestras discusiones —dijo Lady Vandeleur—, será mejor que pida a Mr. Hartley que se siente, ¿no le parece? ¿Que no? Bien, pues váyase usted, Mr. Hartley, y por favor, le pido que recuerde cuanto acaba de presenciar, puede ser muy importante…

Mr. Harry salió corriendo del salón en dirección a la planta superior de la casa; mientras lo hacía, escuchaba a pesar de la distancia la voz tronante del general Vandeleur, que poco a poco adquiría además tonos declamatorios, apenas interrumpido en su discurso por la voz aguda de Lady Vandeleur, que se limitaba a responder seca y cortante de vez en cuando. ¡Cuánto admiraba entonces Mr. Harry a su señora! ¡Qué habilidad mostraba Lady Vandeleur para esquivar cualquier pregunta malintencionada de su esposo! ¡Con qué descaro y con cuánta seguridad le había enviado a cumplir su encargo ante el propio general, sin alterarse! Y qué gran desprecio demostraba en cada momento hacia su marido…

Nada nuevo, sin embargo, había acontecido aquella mañana, pues era lo más habitual que tuviera que salir para hacerle cualquier recado a su señora, sobre todo para ir a ver a su modista. Mr. Harry sabía bien el secreto que escondía aquella casa: las deudas de Lady Vandeleur, su afán de gastar sin mesura; todo, en fin, lo que hacía ya tiempo que había acabado con su fortuna y amenazaba la de su esposo. Un par de veces al año parecía que la ruina era inminente, con el consiguiente escándalo; era cuando a Mr. Harry no le quedaba más remedio que ir de tienda en tienda diciendo mentiras, cualesquiera pretextos, mientras daba pequeños anticipos a cuenta de la deuda

de su señora, hasta que todo quedaba más o menos solucionado por un tiempo y podía la dama respirar tan aliviada como su propio secretario. Mr. Harry, desde luego, se había comprometido con una de las dos facciones en conflicto, pues no sólo adoraba a Lady Vandeleur sino que detestaba al general; su temperamento y sus maneras, además, eran más propias de la elegancia de la señora; tanto es así que las únicas excentricidades que se concedía el joven eran las que ordenaba a su sastre.

La sombrerera estaba donde le había dicho Lady Vandeleur; tras arreglarse muy elegantemente, salió de la casa el secretario dispuesto a cumplir lo que le había ordenado su señora. Lucía un sol radiante aquel día y tenía que recorrer una distancia más que considerable; recordó entonces que la súbita y violenta irrupción del general había impedido que Lady Vandeleur le diera el dinero necesario para tomar un coche de punto; una caminata tan larga, bajo aquel sol, y con la alta temperatura que se dejaba sentir, podría hacerle mal; además, cruzar Londres de parte a parte, con una sombrerera bajo el brazo, podía suponerle burlas y humillaciones increíbles e insoportables para un joven de su finura… Así que se paró a meditar qué hacer… Los Vandeleur vivían en Eaton Place y él tenía que dirigirse a Nottingh Hill, nada menos: tenía, pues, que cruzar el parque, evitando hacerlo por los senderos más transitados, si no quería ser blanco de todas las miradas y las burlas, pero, animoso al fin, dio gracias a su buena estrella porque aún era temprano.

Alegre de salir de la casa de aquel demonio de general, echó a caminar algo más aprisa de lo que en él era costumbre; ya llevaba al cabo un buen rato caminando por el parque de Kensington cuando, en un claro apartado y rodeado de árboles, se topó cara a cara con el general Vandeleur, que lo había seguido sin ser visto.

—Perdone, Sir Thomas —dijo educadamente Mr. Harry, haciéndose a un lado para que el otro pudiera pasar, aunque no demostraba intención alguna de hacerlo.

—¿Adónde va usted, caballero? —le preguntó abruptamente el general.

—Doy un paseo por el parque —le contestó.

El general golpeó levemente, con su bastón, la sombrerera.

—¿A dar un paseo con eso? —dijo alzando un poco más la voz—. Miente usted, caballerete, y además a sabiendas de que lo hace…

—Sir Thomas —dijo Mr. Harry—, no estoy acostumbrado a que se me trate como usted lo hace…

—Me parece que no se da cuenta de su situación, joven —dijo el general —; recuerde que es usted un criado de mi casa, y que además de eso me inspira las más graves sospechas… A ver, dígame… ¿cómo puedo estar seguro de que no se lleva usted en esa sombrerera mis cucharitas de té?

—Llevo en esta caja el sombrero de copa de un amigo mío —dijo Mr. Harry.

—Pues muy bien —dijo el general—; enséñeme el sombrero de su amigo; los sombreros de copa, por cierto, me inspiran siempre una gran curiosidad —añadió con sarcasmo—; vamos, que ya me conoce y sabe por ello que no me gusta andar con cuentos…

—Perdóneme, Sir Thomas, se lo suplico —se disculpó Harry, nervioso—, pero se trata de un asunto particular…

Entonces el general Vandeleur lo agarró bruscamente de un brazo mientras levantaba su bastón en actitud amenazante. Se creía ya perdido el pobre Mr. Harry, pero el cielo pareció enviarle en ese duro trance un defensor inesperado en la persona de Mr. Charlie Pendragon, que apareció inopinadamente de entre los árboles.

—No haga eso, general —dijo Mr. Pendragon—, no sería valiente ni cortés por su parte…

—¡Vaya! —exclamó el general, volviéndose—. Pero si es Mr. Pendragon… ¿Acaso supone que por haber tenido la desgracia de casarme con su hermana debo aceptar que me siga y me interrumpa usted, un libertino arruinado y sin el menor prestigio? Caballero, le aseguro que mi matrimonio con Lady Vandeleur me ha quitado las pocas ganas que tenía de relacionarme con los miembros de su familia…

—¿Y cree usted, general Vandeleur, que porque mi hermana tuviera la desgracia de casarse con usted ha renunciado a todos sus derechos y a los privilegios comunes en una dama? —replicó Mr. Charlie Pendragon—. Estoy aquí para defender a mi hermana de un ultraje, y no me importa, por ello, si es usted diez veces su marido. Jamás permitiré que mi hermana vea menoscabada su libertad, ni que se detenga violentamente a su secretario.

—Y bien, Mr. Hartley —dijo el general entonces—, ¿qué le parece? Da la impresión de que Mr. Pendragon opina como yo… A él también le parece que Lady Vandeleur tiene algo que ver con el misterio de ese sombrero de copa…

Mr. Charlie comprendió al momento que había cometido un error imperdonable y se dispuso a enmendarlo.

—¿Qué sugiere, caballero? —dijo—. ¿Que yo sospecho algo? ¡Nada de eso! No he podido evitar intervenir ante la forma en que maltrataba usted a un

hombre de servicio en su casa.

Mr. Harry, bien por el susto, o acaso porque era lento de reacciones, no comprendía las señas que le hacía, mientras hablaba, Mr. Pendragon.

—Bien, dígame —preguntó el general al hermano de su esposa—, ¿cómo debo considerar su actitud?

—Como le venga en gana —respondió el otro sin más.

Alzó otra vez su bastón el general y soltó de inmediato un golpe dirigido a la cabeza de Mr. Charlie, quien, a pesar de su cojera, reaccionó a tiempo para defenderse con su paraguas y evitarlo, procediendo después a inmovilizar a su colérico agresor.

—¡Corra, Harry, váyase! —gritaba—. ¡Vamos, imbécil, corra!

Mr. Harry siguió como si fuera de piedra durante unos segundos, contemplando el feroz forcejeo de los otros dos; al fin se dio media vuelta y salió corriendo, no sin mirar atrás mientras lo hacía, para ver entonces a Sir Thomas rodar por el suelo, intentar reincorporarse, y a Mr. Charlie que trataba de evitarlo, para lo cual le ponía una rodilla en el pecho. Apareció entonces un montón de gente, atraída por la pelea, que trataba de separar a los contendientes; aquello hizo que el secretario de Lady Vandeleur imprimiera más velocidad a su carrera, como si le hubiesen brotado alas. Llegó al fin a Bayswater Road y se metió por una callejuela apenas concurrida. Aún se espantaba de aquella escena vista, en la que dos caballeros tan conocidos y de tan alto rango en su sociedad se golpeaban despiadadamente. Quería olvidarse cuanto antes de lo visto, cuyo recuerdo le horrorizaba, pero muy especialmente quería alejarse cuanto le fuera posible del general Vandeleur, así que en su prisa, y llevado de la angustiosa situación vivida, trató de no reparar más que en el cometido que le encargara su señora. Siguió aprisa, nervioso aún, sin embargo, incluso con temblores… A pesar de sus esfuerzos no podía sino pensar en la fina Lady Vandeleur, casada con uno de los gladiadores y hermana del otro, lo que despertaba su compasión por ella, a quien creía una mujer con muy mala suerte en la vida. Naturalmente, lo que hasta entonces le parecía su ventajosa situación en la casa del general, ahora le resultaba desagradable, en vista del suceso contemplado.

Llevaba ya recorrido un buen trecho, siempre sin dejar de pensar en cosas así de dolorosas, sumido en aquellas tristes meditaciones, cuando un tropezón contra un hombre que le venía de frente hizo que reparase en lo de la sombrerera y en la misión que le había encomendado su señora. «¡Por todos los cielos! —exclamó—. ¿Dónde tengo la cabeza? ¿Dónde estoy?» Miró entonces la dirección que le había apuntado Lady Vandeleur, pero no figuraba

allí nombre alguno. Las instrucciones recibidas de la dama no hablaban más que de «preguntar por el caballero que aguardaba la entrega de un paquete enviado por Lady Vandeleur», y si no estaba en aquel momento en esa dirección, esperar a que llegase. Aquel caballero, seguía diciendo la nota en la que iba escrita la dirección, debía hacerle entrega de un recibo escrito y firmado de puño y letra por la propia dama, lo que no dejaba de resultarle especialmente misterioso… Llamaba la atención a Mr. Harry, sobre todo, que no figurase un nombre y el asunto del recibo firmado por ella… Ya se lo había comunicado Lady Vandeleur, pero no le había dado mayor importancia entonces; ahora, sin embargo, al leer tales instrucciones, fríamente a pesar de los acontecimientos anteriores, y reparando además en una serie de detalles extraños, supuso que se hallaba metido en un asunto por lo menos torvo, si no decididamente peligroso… Llegó incluso a dudar de las intenciones de la propia Lady Vandeleur, pues una añagaza tan infame como la que comenzaba a suponer era impropia de una dama como ella; le molestaba especialmente que su señora no le hubiera confiado su secreto último, pero tan grande era la devoción que sentía por ella, por su benefactora, tanto era el influjo de la dama sobre su secretario, que dejó a un lado sus sospechas y su enfado, reprochándose haberlos tenido durante unos instantes. Había algo en lo que coincidían su deber y sus intereses, que no era más que la generosidad de su entrega y sus temores, lo que hizo que tratara de quitarse de encima, cuanto antes, la sombrerera.

Preguntó al primer policía con el que se cruzó dónde estaba la calle a la que tenía que dirigirse; no quedaba muy lejos de donde estaba, así que en pocos minutos se halló ante una casa pequeña y recién pintada, muy bien cuidada… Tenía relucientes el aldabón y la campanilla de la puerta y había en las ventanas macetas de flores; tras los cristales se veían hermosos visillos y muy ricas cortinas, que preservaban el interior de las miradas curiosas. Parecía una casa de reposo, o la residencia secreta de un noble, y Mr. Harry, sugestionado por aquel ambiente, llamó a la puerta con suma discreción mientras se quitaba cuidadosamente en el felpudo el polvo de los zapatos. No tardó mucho en abrirle una criada muy atractiva, que lo miró con gran simpatía no exenta de curiosidad.

—Traigo un paquete de parte de Lady Vandeleur —dijo Mr. Harry.

—Sí, ya lo sé —le respondió la sirvienta—, pero el señor no se encuentra en casa… Déjeme usted el paquete…

—No puedo —se excusó Mr. Harry—; tengo instrucciones muy concretas de entregárselo en mano y bajo cierta condición, así que permítame que lo

espere…

—De acuerdo —dijo la muchacha—, supongo que puedo permitírselo… La verdad es que estoy sola, pero no parece usted uno de esos hombres que van por ahí comiéndose a las jovencitas… Le advierto, sin embargo, que si me pregunta por el nombre del señor, no podré dárselo…

—¡Pues vaya! —exclamó Mr. Harry—. Desde luego, qué raro es todo esto… Aunque llevo ya toda la mañana de sorpresa en sorpresa, por lo que nada me extraña… ¿Puedo, sin embargo, preguntarle algo sin parecer indiscreto? ¿El señor por el que espero es el dueño de esta casa?

—No, la tiene alquilada —respondió la criada—; lleva aquí ocho días, pero permita usted ahora que sea yo la que pregunte… ¿Conoce usted a Lady Vandeleur?

—Soy su secretario particular —respondió Mr. Harry conteniendo a duras penas su orgullo a punto de brotarle como una llamarada.

—Es muy hermosa, ¿verdad? —dijo la chica.

—¡Oh, sí, bellísima! —dijo el secretario—. Es hermosa, bondadosa y generosa…

—Usted parece un hombre muy amable y gentil —le dijo entonces la muchacha—; seguro que vale usted más que una docena de ladies Vandeleur…

Aquello escandalizó de veras a Mr. Harry.

—¡Yo sólo soy su secretario, sólo eso! —dijo molesto.

—¿Lo dice usted por mí? —inquirió la joven—. ¿Acaso pretende sugerir que soy una criada y nada más? —y añadió ante la evidente turbación en que caía por momentos Mr. Harry—: Ya sé que lo ha dicho sin intención de herirme, es usted una buena persona, aunque su Lady Vandeleur me trae sin cuidado… ¡Ah, cómo son nuestros señores…! —siguió levantando la voz—. Mire que hacerle venir a usted, todo un caballero, con esa sombrerera bajo el brazo y a plena luz del día… Habían conversado hasta entonces, ella en el umbral, en la entrada él, descubierto Mr. Harry para refrescarse, el sombrero en su mano y la sombrerera de Lady Vandeleur bajo el brazo. Mr. Harry, sin embargo, de tan tímido como era no podía aguantar tantos elogios disparados por la muchacha como a quemarropa, ni mucho menos la provocativa manera de mirar de ella, y comenzó a mirar a un lado y otro, nervioso, y a balancearse hacia atrás y hacia adelante… Así estaba, cuando, al mirar una vez más a su derecha, se encontraron sus ojos, para su espanto, con los del general Vandeleur, quien en un rapto de indignación y furia había salido detrás de su cuñado, pero consiguió despistarlo este y ahora, inopinadamente, se topaba

con el secretario de su esposa, hacia quien parecía dirigir su rabia… Naturalmente, nada más verlo se dirigió a él apretando el paso y llenándolo de improperios harto soeces.

Mr. Harry, ante aquella avalancha, no pudo sino meterse en la casa de golpe, empujando incluso a la criada al hacerlo, para alcanzar a cerrar la puerta cuando las narices del otro estaban a punto de asomar.

—¿Tiene usted una tranca? ¿Podemos cerrar con llave esta puerta? —preguntó a la criada mientras resonaban en toda la casa los salvajes golpes que el general descargaba en la puerta con el aldabón.

—¿Pero qué ocurre? —le dijo la criada—. ¿Es que le asusta ese hombre?

—Si consigue ponerme las manos encima seré hombre muerto —respondió el pobre Mr. Harry con una voz que apenas le salía—. Lleva toda la mañana persiguiéndome; ese bastón que usa tiene escondido un estoque; es un oficial del ejército de la India…

—¡Pues vaya modales que tiene el buen señor! ¿Cómo se llama? —preguntó la sirvienta.

—Es el esposo de Lady Vandeleur… Quiere apoderarse de esta sombrerera…

—¿Lo ve? —dijo la muchacha cargada de razones—. Ya sabía yo que esa tal Lady Vandeleur, su señora, no vale nada; también se daría usted cuenta si tuviera ojos en la cara… Esa mujer es muy falsa, una sinvergüenza, recuerde lo que le digo…

Seguía el general pegando golpes en la puerta, cada vez más enfurecido porque nadie acudía a abrirle, por lo que pasó de los golpes con el aldabón a las patadas y a los puñetazos.

—Como por suerte estoy sola en la casa, nadie acudirá a abrir a su general —dijo la muchacha—; que siga tirando coces hasta que se canse… Venga conmigo…

Llevó a Mr. Harry a la cocina de la casa, lo invitó a tomar asiento y quedó ella junto a él, poniéndole con cariño una mano en el hombro. Los golpes en la puerta no sólo no cesaban, sino que cada vez eran más atronadores; cada patada del general hacía que Mr. Harry se estremeciera de pánico.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó entonces la criada.

—Harry Hartley —respondió el atribulado joven.

—Pues yo me llamo Prudence —dijo ella—. ¿Le gusta mi nombre?

—Me parece un nombre encantador —dijo Mr. Harry—, pero oiga los golpes que da ese hombre… Acabará por tirar la puerta abajo… Si lo hace, no dude usted que me matará…

—No se preocupe usted tanto —le recomendó Prudence—; dejémosle que golpee cuanto quiera, ya se cansará, o ya se hará daño… ¿Cree que lo tendría aquí si no estuviera segura de que nada podrá pasarle? Yo soy una persona de fiar, Harry; me gusta la gente… La puerta de servicio comunica directamente con la otra calle… No —dijo ella cuando Mr. Harry, al oír tan buena noticia, se puso de pie dispuesto a irse—; no le mostraré esa puerta si no me da un beso… ¿No le gustaría darme un besito, Harry?

—Claro que sí —dijo Mr. Harry, recuperando su proverbial galantería—. Y conste que no lo hago por lo de la puerta de servicio que me ha prometido, sino porque es usted una buena persona y una mujer muy bella…

Y le dio dos o tres besos que ella le devolvió con gran entusiasmo.

Prudence, en cumplimiento de su promesa, lo llevó acto seguido a la puerta de servicio, aunque antes de abrirla puso la mano en la cerradura para hacerle una pregunta.

—¿Vendrá usted a visitarme?

—¡Por supuesto! —exclamó Mr. Harry—. ¿Es que acaso no le debo la vida?

—Pues ahora —dijo la muchacha abriendo al fin la puerta—, corra cuanto le sea posible, que ya no me queda más remedio que abrirle la puerta al general…

No hacía falta darle tal consejo a Mr. Harry. El miedo le daba alas y huyó de la casa con gran presteza; un poco más, se decía, y prueba superada, podría volver al regazo y amparo de Lady Vandeleur… Pero no las tenía todas consigo; unos pocos metros más adelante oyó a sus espaldas una voz de hombre, que también le resultó más que conocida: vio al volverse a Mr. Charlie Pendragon, que agitaba los brazos haciéndole señas para que volviera… Fue tan grande su sorpresa, había llegado a tales extremos de tensión nerviosa Mr. Harry, que no tuvo otra reacción sino la de correr a mayor velocidad, en vez de atender a los gritos de Mr. Pendragon. No reparó al hacer aquello en la escena del parque de Kensington, ni en que, si el general era su enemigo y perseguidor, Mr. Charlie Pendragon, sin embargo, era su aliado… Así que, y por lo muy alterado y febril de su estado de ánimo, no hizo otra cosa que seguir corriendo sin atender a razones, calle adelante, como un poseso… Por el tono de voz y por las maldiciones que lanzaba, pareció claro que Mr. Pendragon estaba cada vez más enfurecido; corría también todo lo veloz que le era posible, pero su cojera le suponía una gran desventaja, por lo que pronto comenzó a ceder más terreno. Aquello hizo que Mr. Harry recuperase sus esperanzas; la calle era estrecha y en cuesta, a nadie

se veía por allí; se alzaban altos muros cubiertos de hiedra a cada lado, y precisamente no ver ni a una persona, ni puerta alguna de casa que se abriese, alentó al que huía… Era como si la Providencia, cansada de su persecución, le facilitase su fuga.

Mas cruzaba ante un jardín, cuando de pronto se abrió la puerta de una casa, cubierta por un gran castaño, y vio al pinche de una carnicería que salía de allí llevando una bandeja vacía… Mr. Harry apenas reparó en él, pero el chico, al verlo pasar, sí lo hizo; como le sorprendió ver corriendo de manera tan desaforada a quien tenía, por su aspecto, por todo un caballero, comenzó a lanzarle gritos de burla. Llegó a su altura Mr. Pendragon, mientras el muchacho seguía lanzando sus gritos de burla, y al verlo se le ocurrió una idea, que puso en práctica de inmediato.

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón! —comenzó a gritar Mr. Charlie.

El pinche del carnicero comenzó a gritar lo mismo y salió corriendo detrás del secretario… Fue un momento de veras ingrato para el pobre Mr. Harry… Tan empavorecido estaba que corrió aún con más fuerza, obteniendo cierta ventaja de sus perseguidores, aunque sabía que no podría seguir así mucho tiempo, pues sentía ya que estaba a punto de caer exhausto; si encima tenía la desgracia de que alguien le viniera de frente, al ver que lo perseguían, seguro que se uniría también al intento de capturarle que hacían los otros y no le quedaría ni la más mínima posibilidad de escaparse entonces, la calle era excesivamente estrecha en aquel tramo. «Tengo que meterme en algún sitio —se decía—; como no lo haga pronto me cogerán sin remedio, todo se habrá acabado para mí en esta vida».

Apenas le había cruzado por la cabeza la idea de esconderse cuando alcanzó una esquina y pudo despistar a sus perseguidores. Así son las cosas; hay momentos en que el más torpe de los hombres saca de no se sabe dónde energía y resolución suficientes; momentos en los que el más cauteloso olvida su prudencia y se arriesga… Eso le ocurrió a Mr. Harry Hartley; quienes mejor le conocían se hubieran asombrado de su capacidad de reacción… El caso es que se detuvo de golpe, tiró la sombrerera por encima de un muro, que saltó él mismo de inmediato con sorprendente agilidad, apoyándose en sus manos, y cayó casi de cabeza en el jardín.

Le sangraban las manos y las rodillas cuando recobró el conocimiento tras el trastazo que se dio, pues se había cortado con los cascos de botella que protegían el muro; sentía como si el cuerpo entero se le hubiera descoyuntado y una desagradable sensación de mareo… Vio que estaba frente a lo que era la trasera de una casa, al final de un jardín lleno de plantas muy cuidadas y de

flores que exhalaban un perfume delicioso; era una casa grande y desde luego habitada, pero bastante fea si se la comparaba con el jardín; podía parecer incluso siniestra y descuidada. Harry veía pero su cabeza aún no le daba una idea exacta de lo que tenía ante sus ojos, de tan aturdido como se sentía; era incapaz, pues, de hacerse una composición de lugar medianamente lógica. Oyó unos pasos no muy lejanos y miró hacia el lugar de donde venían, pero sin tener muy claro aún si esconderse, si dejarse ver o si salir corriendo para intentar saltar el muro de nuevo… Vio a un hombre, a un tipo fuerte y de aspecto rudo, que se le antojó mezquino; parecía el jardinero por las ropas que llevaba y por el hecho inequívoco de que tenía una regadera en la mano. Alguien en perfecto uso de su razón se habría sentido apabullado por la presencia de aquel hombre tan alto y robusto, por la furiosa mirada de sus ojos profundamente negros, pero Mr. Harry aún no podía siquiera sentir miedo, tal era el anonadamiento en que lo había sumido el trastazo que se dio en la caída. Se limitó a observar cómo se le acercaba el jardinero, se agachaba sobre él y le ponía una manaza en el hombro y un pie en el pecho, para evitar que se levantase. Estuvieron así, mirándose a los ojos, unos segundos. Mr. Harry parecía hechizado, y el otro, feroz, mostraba una expresión tan colérica como despectiva.

—¿Quién eres? —le preguntó al fin el jardinero—. ¿Cómo te atreves a saltar el muro de mi jardín y destrozarme mi *Glorie de Dijon*? ¿Cómo te llamas? —dijo sacudiéndole ahora por las solapas—. Dime, ¿a qué demonios has venido aquí?

Mr. Harry no podía ni articular una palabra de excusa. Se oyeron los pasos apresurados de Mr. Pendragon y del pinche de carnicería, que pasaban entonces frente al muro, por la calle, sin dejar de gritar con sus voces más enronquecidas. Al fin hallaron respuesta, así, las preguntas que el jardinero hacía al intruso, a quien miró entonces con una sonrisa vengativa.

—¡Un ladrón! —exclamó—. Seguro que te ganas muy bien la vida robando, porque vistes de maravilla, si hasta pareces un caballero… ¿No te da vergüenza ir por ahí así de limpito mientras mucha gente honrada no podría comprarse unas ropas como las tuyas ni siquiera en un ropavejero? ¡Venga, di algo, desgraciado! Supongo que hablarás inglés, ¿no? Muy bien, pues me parece que tendrás que contarme algunas cosas antes de que te lleve a la policía.

—Caballero —dijo al fin Mr. Harry—, le aseguro que todo esto es una equivocación. Venga conmigo, si quiere, a la residencia de Sir Thomas Vandeleur, en Eaton Place, que allí le podrán aclarar todo… Ahora

comprendo que hasta la persona más respetable, dependiendo de las circunstancias, puede ser tomada por sospechosa…

—Mira, petimetre —dijo el jardinero, sarcástico—, no pretendas burlarte de mí; yo no voy contigo más que a la comisaría de aquí al lado… Si quiere, que vaya el inspector a Eaton Place y que tome el té, si le da la gana, con tus grandes amistades… Aunque, ¿no preferirás que vayamos directamente a ver al ministro? ¡Sir Thomas Vandeleur, dice el muy bribón! ¿Es que no me crees capaz de reconocer a un caballero de verdad a simple vista? ¿Crees que yo soy de los que confunden a un caballero con un indeseable como tú? Mira, vístete como quieras, que a mí no me la das… ¡Hombre, qué camisa más bonita llevas! Seguro que vale más que mi sombrero y el traje de los domingos… Y esa chaqueta… Parece recién estrenada, ¿no? ¡Y mira qué botas…!

Había ido bajando la mirada el jardinero para mejor reconocer a quien tenía delante, al que ya había puesto en pie de un tirón, mas de repente cesó en sus hirientes y burlones comentarios con la vista clavada en el suelo. Cuando volvió a expresarse, su voz mostraba un tono muy distinto.

—¿Pero qué es esto, por el amor de Dios? —dijo.

Mr. Harry dirigió su mirada hacia lo que tanto parecía llamar la atención del jardinero y lo que vio le hizo enmudecer de sorpresa, si no de espanto y desaliento… En su caída había aplastado la sombrerera, que estaba partida en dos; quedaba así a la vista un auténtico tesoro de diamantes, medio hundidos en la tierra fresca o diseminados por aquí y allá, en una abundancia tan espléndida y luminosa como llamativa. Había, entre otros objetos, una magnífica diadema, esa que tantas veces pudo admirar Mr. Harry en la cabeza de Lady Vandeleur; y anillos, prendedores, pendientes, gargantillas, brazaletes, pulseras… Y diamantes sin engastar, tirados allí, entre los rosales, caídos como gotitas de rocío de la mañana. Un tesoro, pues, a los pies de ambos; un tesoro de fábula.

—¡Dios mío! —exclamó Mr. Harry—. Ahora sí que estoy perdido…

A toda velocidad su mente le ofreció imágenes de cosas ocurridas tiempo atrás y comenzó comprenderlo todo, sus penosas vicisitudes de aquel día, que iban encajando en este u otro momento, para hacerse una idea cabal de un todo en el que la única evidencia, sin embargo, era la del compromiso, de difícil resolución, en el que se hallaba. Miró alrededor, como si buscara una ayuda imposible, pero sólo veía los diamantes y al jardinero; no escuchaba más que los latidos alterados de su propio corazón y el rumor lento de las

hojas de los árboles. Así, el joven caballero, profundamente hundido, desalentado, no podía sino repetir:

—¡Estoy perdido, Dios mío!

El jardinero también miraba a un lado y al otro, como si fuera culpable, o al menos sospechoso, pero al ver que nadie había asomado a las ventanas de las casas vecinas, se tranquilizó.

—¡Sé valiente, idiota! —dijo a Mr. Harry—. Lo peor ya ha pasado, ¿no? ¿Por qué no me dijiste antes que tenías más que de sobra para repartir entre nosotros dos? ¡Bueno, para nosotros dos, y para doscientos, si hiciera falta…! Venga, entremos en la casa que aquí nos puede ver alguien… Y ponte el sombrero, hombre, y límpiate, caramba… No puedes ir por ahí con ese aspecto tan lamentable…

Mr. Harry, que por su aturdimiento cada vez mayor no podía ni pensar medianamente, hizo lo que el otro le recomendaba, sin más… El jardinero, ávido, se hincó de rodillas en la tierra, pero no para hacer otra cosa que coger las joyas, que metía rápidamente en lo que quedaba de la sombrerera. Aquel hombre tan rudo y desalmado parecía estremecerse de gozo al tocar con sus dedos los ricos cristalitos… Tenía la cara transfigurada de encantamiento y brillaban de codicia sus ojos; parecía recrearse en una actitud lujuriosa cuando acariciaba cada diamante… Metió al fin todo lo que había recuperado del suelo entre sus ropas y se dirigió a la casa, no sin antes apremiar a Mr. Harry para que lo siguiera.

En la parte frontal, frente a la puerta, vieron cuando iban a entrar a un joven moreno y de apariencia modesta pero distinguida; era sin duda un religioso, pues vestía pulcramente, como es de recibo entre los de su ministerio; un hombre en el que se podían percibir la debilidad y la fuerza de carácter a un tiempo… Aquello no podía por menos que contrariar al jardinero, pero haciendo un gran esfuerzo le puso buena cara, se acercó al religioso sonriente y educado, y le habló.

—Tenemos un hermoso mediodía, Mr. Rolles, ¿verdad? Sí, tan cierto como Dios es magnánimo… Este joven que me acompaña es un buen amigo que ha venido a ver mis rosas… No creo que se molesten los inquilinos por enseñarle mi jardín…

—No, a mí no me molesta —dijo Mr. Rolles—, y no creo que nadie lo haga por algo tan intrascendente… Además, el jardín es suyo, Mr. Raeburn, todos lo sabemos, y no porque gocemos los demás de diamante nuestros paseos entre sus rosas, abusando de su cortesía, vamos a molestarnos porque lo hagan también sus amigos… Pero, si mal no recuerdo, me parece que

conozco a este caballero… Sí, creo que es Mr. Hartley… Vaya, lamento que se haya caído usted —dijo tendiéndole la mano.

Su confuso sentido de la dignidad, y su afán por no dar explicaciones, hizo que Mr. Harry despreciara aquella oportunidad de recabar ayuda que se le ofrecía de repente… Negó ser quien había dicho el clérigo, con lo que aceptó de hecho el plan ofrecido por el avariento jardinero; al menos era un desconocido, cosa que prefería a las dudas y sospechas que pudiera despertar su presencia y su actitud en alguien que sí le conocía.

—Me temo que no soy quien usted cree —dijo Mr. Harry—. Me llamo Thomlimson y soy un amigo de Mr. Raeburn.

—¿De veras? —dijo Mr. Rolles—. Pues su parecido con quien yo digo es asombroso…

Mr. Raeburn, que seguía expectante aquella conversación, creyó llegado el momento de acabar.

—Que tenga usted un buen paseo, Mr. Rolles —le dijo.

Entraron Mr. Harry y él en la casa y llevó al joven a una habitación que daba directamente al jardín. Bajó las persianas, pues Mr. Rolles seguía donde lo habían dejado, como haciendo memoria, asombrado y sumido en sus meditaciones; el jardinero procedió de inmediato a vaciar la sombrerera rota sobre una mesa y tomó asiento, como en éxtasis, para contemplar aquel tesoro en toda su maravilla, mientras se frotaba los muslos con las manos. La cara de aquel hombre, que parecía un poseso codicioso, aquel hombre entregado a una pasión tan baja, fue un golpe tan duro para Mr. Harry como todos los que ya llevaba encima… Le parecía imposible que su vida, hasta entonces plácida, diera un cambio tan brusco para adentrarse en una senda evidentemente criminal y sórdida… No tenía nada de lo que arrepentirse, en conciencia, pero sufría una pena digna de quien sí tiene que hacerlo; una pena aguda y cruel como un clavo; el miedo al castigo, la desconfianza en las gentes honestas de la sociedad, su alianza con los seres más despreciables y brutales le parecían entonces su único destino. Con gusto hubiera entregado hasta la vida, con tal de salir de aquella habitación y quitarse de encima para siempre a Mr. Raeburn. —Bueno —dijo el jardinero, tras hacer dos montones más o menos iguales con las joyas, mientras se acercaba uno—, todo tiene un precio en esta vida, un precio, además, que no siempre ha de ser desagradable de pagar… Así que, Mr. Hartley, si tal es tu nombre, te hago saber que, pues soy hombre de buen carácter, me he visto condenado toda la vida a ser una nadería… Ya ves que ahora mismo podría quedarme con todo esto si me diera la gana, y mira que son bonitas estas piedrecillas; tendrías que callarte y dejarme

hacer… Pero me caes bien y no quiero que te vayas de vacío. Así que, considera la amabilidad que te demuestro al dividirnos este botín en dos partes… Eso de ahí —dijo señalando el montón que le había destinado— es para ti, creo que el reparto es el más justo, ¿no? ¿Tienes algo que objetar, Mr. Hartley? Bueno, no vamos a discutir por un prendedor de más o por un pendiente de menos…

—Caballero —respondió Mr. Harry—, me propone usted algo imposible. —Esas joyas no me pertenecen, por lo que no puedo dividirlas, sea cual sea la forma en que se haga el reparto.

—¿Cómo que no son tuyas? —dijo Mr. Raeburn—. ¿Cómo que no puedes dividirlas ni repartirlas? Vaya, pues eso sí que es una pena, porque entonces no me queda más remedio que entregarte a la policía… Piénsalo, la policía… Piensa también en tu deshonra, en la deshonra que caerá sobre tus infelices padres… Piensa —añadió agarrando con fuerza a Mr. Harry por una de sus muñecas— en esa cárcel de cualquier colonia de ultramar a la que te enviarán… ¡Peor que el Juicio final!

—Es que no puedo hacerlo —repitió Mr. Harry con la voz entrecortada—. Créame, de verdad, no es que no quiera, es que no puedo… ¿Por qué no me acompaña a Eaton Place y así se dará cuenta de que no le miento?

—Nada de eso —respondió el jardinero—. Ahora mismo nos repartimos estas piedrecitas, y en paz…

El jardinero retorció violentamente la muñeca del joven caballero. El pobre Mr. Harry lanzó un grito de dolor y empezó a sudar profusamente… Seguro que fueron el dolor y el pánico, a un tiempo, lo que aguzaron su inteligencia; vio todo, en un segundo, bajo un aspecto diferente y comprendió que lo mejor sería, dadas sus circunstancias, aceptar el trato que le proponía aquel canalla; confiaba en que más adelante, libre de toda sospecha, en circunstancias más favorables para sus propios intereses, podría dirigirse de nuevo a aquella casa y obligarle a devolver el botín…

—Bien, de acuerdo —dijo.

—¡Eso está mejor! —dijo con burla el jardinero—. Estaba seguro de que sabrías cuidar de ti mismo… Quemaré esa sombrerera con las basuras y los rastrojos, para que no husmee por ahí cualquier curioso… Y tú, guárdate las piedrecitas que te corresponden…

Obedeció rápidamente Mr. Harry; el otro le miraba guardarse aquello y de vez en cuando, sin poder reprimir un destello de codicia en sus ojos, alargaba la mano para quitarle algo de su montón al joven. Cuando Mr. Harry se guardó al fin lo que le había correspondido en el reparto, lo acompañó a la

puerta de la calle. Abrió cautelosamente Mr. Raeburn, miró para cerciorarse de que no había nadie en los aledaños de la casa, y viendo que la calle estaba desierta hizo bajar la cabeza al joven, de un manotazo, para que al salir no viera más que los escalones de entrada a las casas; así lo llevó por una calle, luego por otra, quizás durante un minuto y medio, de modo que Mr. Harry pudo contar tres esquinas antes de que el avariento jardinero le soltara con un «¡vete de aquí!», no sin darle al tiempo que lo decía un buen puntapié que lo tiró de bruces al suelo.

Aturdido y sangrando por la nariz, pudo levantarse un poco después Mr. Harry; el jardinero había desaparecido entonces y por vez primera el dolor y la rabia vencieron al desventurado joven, que se echó a llorar con mucho sentimiento y desesperación en plena calle. Logró calmarse al fin, miró en derredor suyo, y leyó los rótulos con los nombres de las calles que confluían allá donde le había tirado de una patada Mr. Raeburn. Se supo en un vecindario de Londres poco frecuentado, al oeste de la ciudad; un barrio que se alzaba entre grandes jardines y villas magníficas en cuyas ventanas vio gente asomada, mudos testigos de sus desgracias… Una criada se le acercó a la carrera, poco después, para socorrerlo con la ofrenda de un vaso de agua… También se le acercó un vagabundo hosco que merodeaba por aquellas calles dejadas de la mano de Dios para el pobre Mr. Harry.

—¡Pobre hombre! —se compadeció la criada—. ¡Cómo le han puesto! Tiene sangre en las rodillas, las ropas hechas una pena… ¿Conoce usted al canalla que le ha hecho esto?

—Sí, claro que le conozco —respondió Mr. Harry, algo recuperado tras beberse el vaso de agua ofrecido por ella—. Pero ya daré con él, por mucho que se esconda… Esto que me ha hecho lo pagará con creces, téngalo por seguro…

—Venga conmigo a la casa, para que pueda asearse un poco —le ofreció la muchacha—; no se preocupe, que mi señora no se lo tomará a mal… Vamos, yo le llevo el sombrero… ¡Dios santo! —exclamó de golpe—. ¡Pero si va usted regando la calle de diamantes!

Era verdad. La mitad de las joyas que le quedaban, tras la rapiña de Mr. Raeburn, se le habían desparramado por el suelo y brillaban ahora en mitad de la calle. Agradeció a la criada su aviso, se dijo que aún podían irle peor las cosas, y se puso a recoger aquello, pensando que mejor eso que nada, que así podría devolver al menos una parte de las joyas. Pero, no bien se puso a recoger las piedrecitas, el mendigo que andaba merodeando por allí se abalanzó contra Mr. Harry y contra la criada, los tiró al suelo de un empellón,

cogió apresuradamente algunos diamantes y se largó calle abajo a toda velocidad. Harry salió corriendo tras él, apenas se puso en pie, pero el ladrón era sorprendentemente veloz y además parecía conocer muy bien la zona, porque cuando su perseguidor llegó a la primera esquina ya se había esfumado. Mr. Harry volvió sobre sus pasos muy hundido; la joven criada, que lo esperaba, le devolvió muy amable su sombrero y las piedrecitas que había logrado recoger del suelo, lo que el joven agradeció sinceramente; mas, como ya no le quedaba humor para seguir mirando por sus gastos, se dirigió al punto más próximo y tomó un coche que lo condujera a Eaton Place.

Cuando llegó a la casa de sus señores todo estaba en una gran confusión, como si hubiera sucedido una catástrofe. La servidumbre al completo estaba reunida en el salón y ninguno de sus miembros pudo aguantarse la risa, aunque tampoco se preocuparon mucho de contenerse, cuando vieron aparecer a Mr. Harry con aquellas pintas tan desastradas. El secretario se esforzó en mantener un aire de gran diamante dignidad al pasar ante la servidumbre mientras se dirigía al gabinete de la dama… Al abrir la puerta, sin embargo, vio algo tan sorprendente como temible; el general, Lady Vandeleur y Mr. Pendragon estaban reunidos y cuchicheaban entre sí, como confabulados en algo sin duda importante, tal era el interés que demostraban… Supo de inmediato el pobre Mr. Harry que cualquier cosa que intentara explicar sería en vano; estaba claro que los hermanos habían confesado al general lo que pretendían con su fortuna, y reconciliados ahora trataban de salvarla uniéndose contra el peligro que para los tres suponía la pérdida del tesoro…

—¡Por fin, gracias a Dios! —exclamó Lady Vandeleur al ver a su secretario particular—. La sombrerera, Harry, rápido, la sombrerera…

Mr. Harry, sin embargo, quedó como un pasmarote ante ellos, sin decir palabra, cabizbajo…

—¡Vamos, diga algo! —le gritó Lady Vandeleur—. ¿Dónde está la sombrerera?

El general y el otro le repitieron la misma pregunta, añadiendo a sus voces gestos de grave amenaza.

Mr. Harry, muy pálido y tembloroso, sacó un puñado con las joyas que había guardado en su bolsillo.

—Esto es todo lo que tengo —dijo el secretario—. Juro por Dios que no fue culpa mía… Pero, si tienen la necesaria paciencia, me parece que podrán recuperarse más joyas; otras, sin embargo, se han perdido para siempre, eso me temo…

—¡Oh, no! —se lamentó Lady Vandeleur—. Nos hemos quedado sin los diamantes y yo debo noventa mil libras en ropa…

—Madam —dijo el general a su esposa—, podía haber empedrado las calles con sus baratijas, podía haberse endeudado por una suma cincuenta veces mayor y haberme robado la diadema y el anillo de mi difunta madre, y hubiera podido yo, acaso forzado por la naturaleza y mi condición de esposo, habérselo perdonado… Pero lo que no le puedo perdonar es que me haya robado el diamante del rajá, ese Ojo de la Luz, como tan poéticamente lo llaman los orientales, el orgullo de Kashgar… ¡Sí, me ha robado usted el diamante del rajá! —gritó desesperado, levantando al cielo los brazos—. ¡Todo se ha acabado entre nosotros, Madam! ¡Hemos terminado!

—Créame, general Vandeleur —se excusó la dama—, que lo último que acaba de decirme es lo mejor que he oído en mucho tiempo… Ya que estamos en la ruina, la verdad es que no puedo por menos que felicitarme del cambio que experimenta ahora mi vida al librarme de su presencia… Nunca he dejado de decirme que me casé con usted sólo por su fortuna, ¿lo sabe? Mas permítame añadir ahora que me arrepiento amargamente de haberlo hecho… Si fuera usted soltero y tuviera un diamante más grande aún que su cabezota, tenga por seguro que no le aconsejaría a la última de mis criadas que se casara con usted… Nuestro matrimonio ha sido triste, lamentable… En cuanto a usted, Mr. Harry —dijo entonces volviéndose hacia el secretario, apeándole el tratamiento familiar de antes—, acaba de hacer la última demostración en esta casa de sus pésimas cualidades; todos le conocemos bien, y sabemos por ello que le faltan el valor, la sensatez y el amor propio necesarios para ser un hombre merecedor de respeto, así que lárguese de una vez por todas y no vuelva a aparecer por aquí… Si pretende cobrar lo que le corresponde, póngase a la cola de los acreedores de mi esposo…

Trataba aún Mr. Harry de comprender hasta sus últimas consecuencias tan duro discurso de la dama, cuando el general ya le atacaba con otro.

—Mientras —dijo Sir Thomas—, venga usted conmigo a ver al inspector de policía de la estación más próxima… Quizás engañe usted a un soldado inexperto, pero no a mí; el ojo de la ley sabrá escudriñar sus más ocultos secretos… Acaso me vea obligado a pasar la vejez en la ruina más absoluta, por culpa de sus vergonzosas intrigas con mi esposa, pero al menos me daré la satisfacción de ver que paga usted por ello… Sí, seguro que Dios no me niega el placer de saber que va a picar usted piedras en un presidio…

El general se llevó a Mr. Harry casi a rastras, escaleras abajo, sacándole así a la calle. Lo entregó en la estación de policía más próxima.

Aquí —dice mi autor árabe— concluye la triste historia de la sombrerera. Para el infortunado secretario, el caso, sin embargo, le supuso el inicio de una vida nueva, más propia de su condición varonil… No le resultó difícil convencer de su total inocencia a la policía y prestó toda la ayuda que le era posible a las investigaciones, obteniendo al final de las mismas las felicitaciones de uno de los detectives, que encareció su honestidad, la sencillez de su conducta. Al cabo, fueron varias las personas que se interesaron por la suerte de un joven con tan mala suerte, y poco después heredó Mr. Harry algún dinero de una tía solterona que tenía en Worcestershire. Pudo así contraer matrimonio con Prudence, embarcando posteriormente hacia Bendigo[4]*, aunque según otras fuentes lo hizo en dirección a Trincomalee*[5]*, feliz en cualquier caso ante el prometedor futuro que se le ofrecía.*

Historia del joven clérigo

El reverendo Mr. Simón Rolles había destacado siempre en las ciencias de la moral y había cursado estudios superiores de Teología. Su ensayo *La doctrina de los deberes morales* le valió cierta popularidad en la Universidad de Oxford, así como en los círculos religiosos más eruditos, en los que se rumoreaba que preparaba a la sazón una obra de capital importancia, un infolio, decían no pocos, sobre la autoridad de los Padres de la Iglesia. A pesar de todo eso, no había podido Mr. Rolles hacerse aún con un puesto, hallándose a la espera de obtener un nombramiento de importancia. En esas andaba el ambicioso y joven clérigo, cuando una tarde, mientras paseaba al azar por ese barrio de Londres, el aspecto apacible y la hermosura del jardín, así como su deseo de hallar una residencia sin ruidos en la que entregarse solazadamente a sus estudios y meditaciones, y por supuesto, el bajo coste del alquiler, lo llevaron a hospedarse en la casa de Mr. Raeburn, el jardinero de Stockdove Lañe.

Mr. Rolles, cada tarde, después de haber dedicado siete u ocho horas de estudio a San Ambrosio o a San Crisóstomo, gustaba de pasear un buen rato entre los rosales del jardín. Aquellos le resultaban, además, los momentos más gratos y productivos de su jornada de estudios, pero acontece a menudo que unas ganas sinceras de reflexión y el interés por los más elevados problemas intelectuales no siempre resultan suficientes para proteger a un filósofo de los pequeños roces y hasta de los abiertos contactos con la vida mundana. Así, cuando Mr. Rolles se cruzó de buenas a primeras y tan casualmente con el secretario del general Vandeleur, que iba ensangrentado y con el traje hecho jirones, y que además estaba en la compañía de su casero, y más aún, cuando percibió el clérigo que ambos empalidecían y hacían lo imposible por esquivar sus miradas y sus preguntas, pero muy especialmente, cuando Mr. Harry negó su identidad con tal énfasis nervioso, la curiosidad se impuso al interés del religioso por los Santos y los Padres de la Iglesia… «No, no; seguro que no me he confundido —se dijo Mr. Rolles—; ese joven es Mr. Harry Hartley… Pero ¿a qué se debe su situación tan lamentable? ¿Y por qué me ha negado su identidad? ¿Qué se traerá entre manos con este canalla de mi

casero?» Todas esas preguntas se hacía cuando aconteció otro hecho, por lo menos curioso, que llamó su atención… Vio asomar brevemente la jeta de Mr. Raeburn por una de las ventanas bajas de la casa y sus ojos se cruzaron brevemente. Aquello pareció poner nervioso al jardinero, que bajó rápidamente las persianas. «A lo mejor no hay nada malo en todo esto —seguía diciéndose el religioso—, pero me parece que sí lo hay… Ese aire de sospecha y alarma en este sujeto… Esas mentiras… Ese miedo a que los vea… Sí, esos dos preparan algo no precisamente virtuoso, seguro…»

Se despertó en Mr. Rolles, pues, ese detective que todos llevamos dentro; con paso firme y rápido, el clérigo, que por el contrario siempre andaba lentamente, comenzó a recorrer el jardín de un extremo a otro, de atrás hacia adelante… Llegó al lugar por donde había caído Mr. Harry, se detuvo el religioso ante aquel rosal que había destrozado el joven en su caída, vio las huellas de sus botas en la tierra, y al alzar la vista observó un trozo de sus pantalones, que se había quedado en los cascos de botella que coronaban el muro… Sí, no había la menor duda: por allí había caído al jardín el secretario del general Vandeleur. De aquella manera tan extraña había ido a admirarse de la belleza de las rosas de Mr. Raeburn… Disimulando, silbando como quien no quiere la cosa, el joven religioso se agachó para echar un vistazo con más detenimiento… Reconoció también la huella de las botas de Mr. Raeburn cerca de donde había caído Mr. Harry Hartley, una huella profunda, debida al esfuerzo que hubo de hacer cuando levantó en vilo al intruso… Y vio también otras huellas, ahora las que unos dedos habían dejado en la tierra húmeda al recoger algo… «De verdad que esto se empieza a poner interesante», se dijo el religioso. Fue entonces cuando vio algo que, casi por completo hundido en la tierra, resultó ser un precioso estuche de tafilete, decorado con adornos entre los que resaltaba un broche de oro. Sin duda Mr. Reaburn había pisado aquello sin pretenderlo, hundiéndolo así… Abrió el precioso estuche Mr. Rolles y lo que vio no pudo evitarle exhalar un suspiro, provocado a medias por la admiración y el miedo; era un diamante muy grande y de primerísima agua lo que había en el interior del estuche forrado en terciopelo verde; una gema tan grande como un huevo de pato, de hermosa forma y sin defecto ni mella; una joya que al recibir un rayo de sol brilló con un resplandor eléctrico, como si ardieran sus mil fuegos internos en la mano del clérigo.

Apenas sabía algo Mr. Rolles, en lo que a las piedras preciosas se refiere, pero el diamante del rajá era tan maravilloso que no hacía falta conocer nada sobre las gemas para saber que tenía en las manos una joya única. Si lo hubiera encontrado un niño de cualquier aldea perdida, por ejemplo, podemos

estar seguros de que habría corrido por todas las casas dando gritos; si lo hubiese encontrado un salvaje, habría caído de rodillas en acto de sumisión ante lo que habría tenido por un fetiche digno del mayor de los respetos y devociones. La gema despertaba las miradas encantadas del joven religioso y un mero cálculo de su posible valor superaba los alcances de su inteligencia. Era evidente que aquello que tenía en su mano superaba con mucho las rentas, incluso, del arzobispo; era evidente que con una piedra de ese tamaño se podrían levantar catedrales aún más impresionantes y majestuosas que las de Ely o Colonia… Supo de inmediato el clérigo que quien fuera poseedor de esa gema estaría libre de por vida de la maldición bíblica primigenia, la de ganarse el pan con el sudor de la frente, pudiendo dedicarse sin prisas ni sobresaltos a gozar de las cosas de esta vida por las que más inclinación sintiera. Alzó el diamante, lo giró entre sus dedos y otra vez brotaron de la piedra mil ramalazos iridiscentes que le atravesaron sin remedio el corazón, cautivándoselo. Como ocurre que a veces las decisiones más graves y determinantes se toman en un segundo, sin que para ello intervengan los atributos racionales del hombre, el reverendo Mr. Rolles miró ansioso a su alrededor, como lo hiciera antes Mr. Reaburn, pero no vio más que el jardín, las rosas, el sol que caía pródigo sobre todas las plantas y los árboles de copas frondosas… Y la casa, que tenía las ventanas cerradas. Cerró de golpe el estuche, se lo guardó en el bolsillo y se dirigió a la habitación que tenía alquilada en la casa con esa rapidez que la consciencia de la culpa pone en los pasos… Así robó el reverendo Mr. Simón Rolles el diamante del rajá.

La policía se presentó en la casa a primera hora de la tarde. Guiaba a los investigadores Mr. Harry Hartley en persona, y el jardinero avariento, preso del pánico, devolvió el botín de inmediato… En presencia del secretario particular de Lady Vandeleur la policía hizo allí mismo inventario de las joyas, mientras Mr. Rolles, sonriente y servicial, declaró con aparente sinceridad lo que sabía de todo aquello, excusándose por no poder hacer más por ayudar a los inspectores que cumplían con su necesaria obligación.

—Supongo que con esto queda cerrado el caso —les dijo el reverendo.

—No, de ninguna manera —le respondió el inspector de Scotland Yard encargado de las investigaciones, refiriéndole entonces el segundo robo del que había sido objeto, en la calle, Mr. Harry Hartley.

Hizo a continuación un somero recuento de las joyas recuperadas, otro de las que faltaban, según lo denunciado por sus propietarios, y ofreció al joven clérigo algunos detalles acerca de la pieza más exquisita de todas, el diamante del rajá.

—Seguro que vale una fortuna —dijo Mr. Rolles.

—Diez, veinte fortunas… —terció el inspector.

—Cuanto mayor sea su precio, sin embargo, más difícil le resultará al ladrón encontrar un comprador —observó, agudo, Mr. Simón—. Tratar de vender una piedra así sería como intentar vender la Catedral de San Pablo…

—Así es —señaló el inspector—, pero si el ladrón es un hombre inteligente, partirá la piedra en tres o cuatro trozos y podrá colocarlos tranquilamente por ahí enriqueciéndose sin peligro…

—No sabe usted cuán interesante me ha parecido su conversación —dijo el joven religioso—, se lo agradezco de veras…

Le dijo aquel inspector, antes de despedirse cortésmente, que lo mejor de su oficio eran las muchas y muy variadas cosas que se aprendían en el curso de las investigaciones. Volvió a su cuarto Mr. Rolles, apenas se fue la policía, y aquellas dependencias en las que hasta entonces se había encontrado muy a gusto le parecieron frías e inhóspitas; echó un vistazo a sus apuntes, a cuanto había reunido para elaborar su obra magna, y nada le pareció de menor interés que aquello; echó otro vistazo a la pequeña biblioteca allí reunida y nada le pareció tan despreciable… Como al azar tomó uno de aquellos volúmenes, y hasta varios, que hablaban de los Padres de la Iglesia, se puso a buscar algo en ellos, pero no encontró nada que pudiera resultarle interesante… «Todos estos caballeros —pensaba— son escritores de gran talento, no me cabe la menor duda, pero tengo la impresión de que saben muy poco de la vida y sus urgencias… Aquí estoy yo, con méritos y sapiencia más que suficientes como para ser ya obispo, y sin embargo no tengo la menor idea de cómo colocar bien, sin levantar sospechas, un diamante riquísimo; un policía me da sin quererlo una idea, pero yo, con todos mis libros e infolios a cuestas, soy incapaz de hacerlo… Todo esto no hace sino poner en evidencia lo pobre que resulta la enseñanza universitaria».

Tiró de un puntapié las baldas en las que tenía sus libros y salió para dirigirse al club del que era miembro. Quizás en aquel lugar mundano encontrara a quien tuviese buen criterio y mejor experiencia de la vida común… Una vez allí se dirigió en principio a la biblioteca, donde vio a unos clérigos provincianos y a un archidiácono; después saludó a tres periodistas y a un autor de muy altas especulaciones metafísicas que echaban una partida de billar; luego, próxima la hora de la cena, no vio ya más que las caras vulgares de la gente ordinaria que se arracima en los clubes, caras que le resultaban borrosas. Ninguno de aquellos, pensaba Mr. Rolles, sabía algo más que él de asuntos tan complejos, además de peligrosos, como esos en los que

se debatía; ninguno, pues, podría prestarle la menor ayuda. Luego, cuando subió al salón de fumar, sin resuello a causa de la muy larga escalera, dio con un hombre algo grueso, que vestía, sin embargo, con elegante sencillez y que leía la *Fortnightly Review*; no mostraba su cara ni fatiga ni prisa, ni mucho menos preocupación, al contrario; algo en él invitaba a la confianza y a la vez exigía respeto; cuanto más miraba a aquel caballero, más confianza cobraba el joven clérigo; podía tratarse del consejero que andaba buscando.

—Caballero —le dijo—, perdone si le molesto, pero me parece que, por su aspecto, es usted todo un hombre de mundo…

—La verdad —le contestó el caballero, dejando a un lado la revista que leía, sorprendido por la irrupción del joven— es que tengo algunos títulos para aspirar a tan alta distinción, sí…

—Yo, señor —siguió el eclesiástico—, soy un hombre habitualmente solitario, entregado al estudio; vivo encerrado con mis tinteros y mis infolios a propósito de los Padres de la Iglesia, pero algo que me ha sucedido recientemente no ha hecho sino mostrarme con gran crudeza mi locura, lo vano de mis afanes; eso ha despertado en mí un interés rotundo por conocer la vida de verdad… Y al decir la vida no hablo, claro, de las novelas de Thackeray[6] sino de los actos criminales y de las posibilidades más ocultas y secretas que ofrece la sociedad en que vivimos… Pero, sobre todo, me refiero a cómo proceder cual es debido tratándose de hechos excepcionales los que se nos presentan, cuando se nos presentan, claro… Yo, caballero, soy un lector resignado… Pero me pregunto si eso a lo que me refiero podrá aprenderse en algún libro…

—Su pregunta tiene una respuesta difícil, caballero —le dijo aquel hombre—; he de confesarle que no tengo mayor afición por los libros, salvo si de distraerme un rato se trata, cuando viajo en tren… Tengo entendido, no obstante, que, por ejemplo, se dispone de tratados muy buenos sobre astronomía, sobre el uso de los globos aerostáticos, sobre la agricultura, sobre el arte de hacer flores de papel… Pero mucho me temo que nada hay escrito acerca de esos aspectos más ocultos de la vida, al menos, nada digno de mención, aunque… Espere, ¿ha leído usted a Gaboriau?[7]

Tuvo que reconocer Mr. Rolles que jamás había oído tal nombre…

—Pues en Gaboriau encontrará usted —siguió el caballero— unas cuantas ideas valiosas… Es un autor muy interesante; el príncipe Bismarck lo lee mucho… Además, en el peor de los casos, sólo perderá usted el tiempo en buena compañía…

—Muchas gracias, señor, muy amable —dijo el joven clérigo.

—Me doy por bien pagado…

—¿Cómo dice? —se extrañó Mr. Rolles.

—Sí, me ha pagado usted con la novedad de sus preguntas —dijo el caballero amablemente, con un gesto en el que le pedía perdón por dedicarse de nuevo a la lectura de la *Fortnightly Review*.

Antes de regresar a su casa compró Mr. Rolles un libro sobre piedras preciosas y varias novelas de Gaboriau. Hasta una hora muy avanzada estuvo leyendo las novelas; no obstante, si bien es verdad que encontró ideas novedosas en ellas, no lo es menos que en ninguna se decía qué debe hacerse con un gran diamante robado… Además le molestaba tanta trama romántica aquí y allá, tanta información perdida entre las historietas, cuando lo que buscaba era información concreta, como la que se ofrece en los manuales, expuesta con sobriedad… Llegó a la conclusión de que, si era verdad que el autor parecía haber pensado mucho sus historias antes de escribirlas, carecía por completo de una intención didáctica. Así y todo, admiró mucho tanto el carácter como los métodos de Lecoq. «Es todo un hombre —se decía Mr. Rolles—. Conoce el mundo tan bien como conozco yo las *Evidencias* de Paley[8]… Es capaz de cualquier cosa, no obstante las mil dificultades que se le presenten… ¡Dios mío! —exclamó—. ¿Acaso no es precisamente esa la lección que buscaba? ¿Y si tuviera que aprender yo mismo, como primera medida, a cortar diamantes?»

Sintió de golpe que se le iban las dudas. Recordó entonces que conocía a un joyero en Edimburgo, un hombre llamado B. MacCulloch, que a buen seguro le daría gustoso cuanta información al respecto le pidiera; de ahí en adelante, unos cuantos meses de estudio y trabajo, a lo peor incluso años, pero al cabo tendría bien desarrollada la habilidad necesaria para trocear el diamante del rajá, y con ello la astucia adquirida en ese tiempo para sacarle provecho con su venta… Y después, nada, volvería tranquilamente a sus estudios, a sus teológicas investigaciones; se convertiría al fin en un erudito, sí, pero rico y elegante; un hombre admirado y respetado por todos. Cuando al fin se durmió Mr. Rolles tuvo sueños en los que predominaban las visiones teñidas por el resplandor del oro. Despertó a la mañana siguiente, que fue muy soleada, descansado y de muy buen humor.

Aquel mismo día procedió la policía, como medida cautelar, a la clausura de la casa de Mr. Raeburn, lo que dio a Mr. Rolles una buena excusa para buscar otro lugar donde alojarse. Recogió muy contento sus cosas, partió con ellas a la estación de King’s Cross, donde dejó el equipaje en la consigna, y regresó a su club para pasar allí la tarde y cenar después.

—Si cena hoy aquí, Mr. Rolles —le avisó un conocido—, tendrá la ocasión de ver a dos de los caballeros más notables de Inglaterra: el príncipe Florizel de Bohemia y el viejo Mr. Jack Vandeleur.

—Sí, he oído hablar de ese príncipe —dijo Mr. Rolles—, pero nunca me han presentado al general Vandeleur.

—Es un auténtico burro —dijo el otro—, pero no me refiero a él, sino a su hermano, Mr. John, un gran aventurero, la mayor autoridad que hay en piedras preciosas, uno de los más ingeniosos y cultos diplomáticos de Europa… ¿No ha oído hablar de su famoso duelo con el duque de Val d'Orge? ¿No le han contado nada de sus actos heroicos, y también de sus barbaridades, cuando fue dictador en el Paraguay? ¿No sabe usted nada de la habilidad con que recuperó las joyas de Sir Samuel Levi? ¿Y de sus servicios en la India, cuando la rebelión, unos servicios de los que se aprovechó muy bien nuestro Gobierno, aunque no quiera reconocerlo públicamente? Su ignorancia, amigo mío, me obliga a preguntarme, sin embargo, qué es en realidad la fama, o qué es en realidad la infamia, pues los títulos y méritos de Mr. Jack Vandeleur son tantos y tan notables, que valdrían para ilustrar ambos supuestos… Vaya usted al comedor —insistió—, pida una buena mesa, cerca de la que ocupen ellos, y escuche atentamente lo que hablen… Seguro que tendrá la oportunidad de escuchar una conversación provechosa.

—Pero ¿cómo podré reconocerles? —preguntó Mr. Rolles.

—¿Cómo que reconocerles? —se extrañó el otro—. El príncipe es el caballero más elegante y educado de Europa, la única persona en el mundo que parece de verdad un rey… Mr. Jack Vandeleur, por su parte, es… Imagínese usted a Ulises con unos setenta años de edad… Y con la cara cruzada por un golpe de sable… Así es Mr. Vandeleur… ¡Y habla usted de cómo reconocerlos…! ¡Pero si podría hacerlo entre toda la multitud reunida para presenciar el Derby!

Mr. Rolles salió atropelladamente hacia el comedor… Aquel hombre tenía razón, era imposible no reconocer al momento a los dos caballeros. El viejo Mr. John Vandeleur era un hombre de gran presencia física, parecía acostumbrado a los más duros y peligrosos esfuerzos; no tenía ni el aspecto de un espadachín, ni el aspecto de un lobo de mar, ni el de un jinete redomado, pero algo de todo eso había en su porte, denotando su destreza infinita, la dureza de sus hábitos. Tenía rasgos fuertes y nariz aquilina; era arrogante en su actitud, como un ave de cetrería; un hombre de acción, en suma, en el que se percibían también la violencia y la falta de escrúpulos, si era preciso… Su abundante y blanca cabellera, la cicatriz profunda que lucía en el rostro a

consecuencia de un golpe de sable, una cicatriz que le iba de la nariz a la sien, ponían un toque de ferocidad a sus expresiones, y a su de por sí notable y amenazadora cabeza.

El príncipe Florizel de Bohemia era, para su sorpresa, el caballero con el que había conversado el día anterior Mr. Rolles, aquel que le recomendó la lectura de las novelas de Gaboriau. Puede que la tarde anterior, cuando hablaron, el príncipe Florizel, miembro honorífico del club, que sin embargo no frecuentaba asiduamente, hubiera estado esperando a Mr. John Vandeleur. El resto de los comensales se había situado, con discreción y hasta humildad, en las mesas que había en las esquinas del comedor, para propiciar una cierta intimidad a los dos hombres. Pero el joven eclesiástico, un hombre que no se detenía en esos miramientos, se dirigió resueltamente a una mesa próxima a la de ellos y tomó asiento.

La conversación de los dos caballeros, como le había dicho aquel conocido que le avisara de su presencia, resultó increíblemente novedosa para sus oídos de hombre dedicado al estudio. El antiguo dictador del Paraguay había vivido notables experiencias a lo largo y ancho del mundo; el príncipe, por su parte, hablaba de cosas que, para un hombre dedicado al pensamiento, resultaban de mayor provecho e interés que los hechos en sí mismos. No sabía a quién admirar más Mr. Rolles, ante aquellas maneras tan diferentes de referir sus experiencias; no sabía si admirar más al actor protagonista de tantos hechos temerarios o al conocedor profundo de la vida; si al hombre que hablaba con tamaña jactancia de sus aventuras, o al que, como si de un dios se tratase, parecía saber de todo y haber salido indemne de infinitos y peligrosos avatares… Las maneras con que cada uno de ellos se expresaba se correspondían perfectamente con la importancia de los acontecimientos referidos. El viejo dictador se permitía incluso las expresiones más soeces y los gestos más procaces; a menudo cerraba la mano, para recalcar la importancia de lo dicho, y descargaba un puñetazo sobre la mesa, al tiempo que profería cualquier cosa con una voz escandalosamente alta. El príncipe Florizel, por el contrario, era todo suavidad y buena educación; el menor de sus movimientos, la más leve inflexión de su voz, pesaba más, al cabo, que todas las palabras y pantomimas del otro; cuando narraba alguna experiencia propia, lo hacía con tanta prudencia y concisión que parecía una cosa más de las muchas sobre las que opinaba… No tardaron mucho en hablar del robo del diamante del rajá…

—Mejor sería que ese diamante estuviese en el fondo del mar —dijo el príncipe.

—Bueno, siendo yo un Vandeleur —dijo el viejo dictador—, comprenderá Su Alteza que no esté de acuerdo…

—Yo hablo por motivos de simple interés público —replicó el príncipe Florizel—. Un joya tan valiosa debería pertenecer a la colección de un príncipe o quedar depositada en el tesoro de una nación… Dejar esas joyas en manos de hombres vulgares es como poner precio a la cabeza de la virtud; si el rajá de Kashgar, a quien tengo por un príncipe muy culto, hubiera querido vengarse de los europeos, a buen seguro que no habría encontrado un medio más eficaz de hacerlo que enviarnos esa manzana podrida en forma de diamante… No hay honradez capaz de superar una prueba semejante… Yo mismo, que poseo grandes privilegios, yo mismo, se lo aseguro, Mr. Vandeleur, apenas podría tocar ese cristal tan turbador sin sentirme inseguro de mis deberes y de mi honestidad… En cuanto a usted, un auténtico cazador de diamantes, no creo que haya en el mundo crimen que no estuviera dispuesto a cometer, ni amigo al que no estuviese dispuesto a traicionar, ni hijos a los que no pudiera sacrificar, si es que lo tiene, con tal de hacerse con una gema como esa… ¿Para qué? Desde luego que no para ser más rico o respetado, no… Sólo para poder decir que el diamante es suyo, aunque sólo fuera en el último año, o en los dos años que le quedaran de vida… Sólo para abrir de vez en cuando la caja fuerte y contemplar la piedra, como quien contemplara un cuadro…

—Es verdad —admitió Mr. Vandeleur—. He cazado muchas cosas, y también hombres y mujeres, como si fueran mosquitos; he buceado en busca de coral y he perseguido ballenas y tigres hasta abatirlos… Pero ese diamante es la primera y más ansiada de todas esas presas. Es una piedra hermosa y valiosísima, la mejor recompensa para los ardorosos esfuerzos que requiere la caza… Como ya se hará cargo Su Alteza, estoy sobre una pista; tengo gran instinto y mucha perseverancia para estas cosas, conozco al dedillo cada una de las más cotizadas piezas de la colección de mi hermano igual que cada oveja del rebaño le es conocida a su pastor, y por eso puedo decir que me caiga muerto ahora mismo si no soy capaz de recuperar hasta la última de esas piedras…

—Sir Thomas Vandeleur tendrá muchas razones para mostrarse agradecido a usted, si lo consigue —dijo el príncipe.

—No, yo no lo creo, la verdad —dijo el viejo dictador, echándose a reír —. Uno de los Vandeleur, en todo caso… Thomas o John, Pedro o Pablo… ¡Bah!, todos somos apóstoles…

—No le entiendo —dijo el príncipe un tanto seco.

Justo en ese preciso instante se llegó hasta su mesa un camarero, para decirle a Mr. Vandeleur que ya tenía a la puerta el coche de punto que había pedido.

Miró su reloj Mr. Rolles y comprendió que era hora de irse; su conciencia le hacía sentirse a la par molesto y excitado… La simple visión del cazador de diamantes le daba miedo y hubiera preferido no conocerle. Tanto estudio sobre el terreno había agotado los nervios del joven clérigo, hombre acostumbrado a viajar cómodamente, incluso con lujo. Ya tenía hecha su reserva en coche cama.

—Estará usted bien cómodo —le dijo el revisor cuando subió al tren—; viaja sólo en este compartimento, únicamente le acompaña un caballero de edad, en el extremo del vagón.

Estaba a punto de partir el tren, mostraba al revisor su billete el joven clérigo, cuando vio al fondo del vagón que otro pasajero subía al compartimento, acompañado por varios mozos de la estación que le llevaban el equipaje. Era justo la peor compañía posible, la del viejo ex dictador Mr. John Vandeleur.

Los coches cama de la línea norte se dividen en tres compartimentos; uno a cada extremo, destinado a los pasajeros, y otro en el centro del vagón, que alberga los lavabos y otros servicios. Una puerta corredera separa los lavabos de los compartimentos, pero como se trata de una puerta que carece de cerradura, todo el vagón es, de hecho, un lugar de uso común. Mr. Rolles estudió en detalle aquello y se sintió desprotegido. Si el viejo ex dictador decidía cursarle visita en mitad de la noche no le quedaría más remedio que aceptarla; era, pues, vulnerable, no podía ocultarse, estaba como a campo abierto. Recordar las palabras jactanciosas de aquel compañero de viaje, dichas por él en el comedor del club, no hacía sino aumentar su angustia, que se acrecentaba aún más cuando recordaba igualmente los gestos obscenos con que trataba de imprimir más rotundidad a lo que decía, sin importarle entonces la presencia digna del príncipe, a quien repugnaba su conducta. Para colmo, le vino a la memoria algo leído tiempo atrás en alguna publicación, algo que aludía a un tipo de personas con una capacidad increíble para detectar metales y piedras preciosas; allí se decía que esas personas así dotadas son capaces de sentir la llamada del oro a través de las paredes e incluso a mucha distancia de donde se encuentren… Mr. Rolles comenzó a preguntarse, cada vez con mayor angustia, si no se produciría el mismo fenómeno en el viejo ex dictador, pues ¿quién más en un tren, salvo él, podía hallarse en posesión de esa sensibilidad extrema?

Había que tener en cuenta, además, que aquel hombre ostentaba con orgullo el título de cazador de diamantes… En definitiva, sabía bien Mr. Rolles que si de alguien tenía que cuidarse era del viejo e hizo votos por la pronta llegada del día siguiente. Adoptó, claro está, todas las precauciones posibles; escondió rápidamente el diamante del rajá en el bolsillo más secreto de su levita, y se puso en manos, oraciones por medio, de la Providencia.

El tren marchaba con su traqueteo habitual; casi había llegado a la mitad del recorrido cuando el sueño empezó a vencer a Mr. Rolles, imponiéndose por encima de sus aprensiones. Trató de resistirse al sueño, sin embargo, pero no lo pudo evitar más que durante unos breves asaltos primeros; antes de que el tren dejara atrás York se echó en la cama de su compartimento y cerró los ojos para quedar profundamente dormido al poco. Su último pensamiento en estado de vigilia fue para su temible compañero de viaje.

Despertó un rato más tarde en la penumbra levemente atenuada por la lamparita de noche del compartimento; el traqueteo del tren le hizo sentir que todo seguía normal, pero se puso en pie rápidamente, aprensivo; había padecido varias pesadillas mientras dormía y le costó sosegarse, ya despierto… No hacía sino mantener clavados los ojos en la puerta que daba a los lavabos; sus pensamientos, confusos, no ayudaban a que se tranquilizara como pretendía hacerlo.

Como a despecho de las pesadillas padecidas se sentía peor despierto que dormido, trató de conciliar el sueño otra vez; así, se cubrió la cara con el sombrero, para protegerse de la pobre luz, y recurrió a los procedimientos habituales, tales como contar hasta mil o intentar dejar la mente en blanco, esas maneras de conciliar el sueño que tienen los enfermos con muchos años de postración encima. Todo, sin embargo, le resultó en vano; por lo menos media docena de distintas aprensiones parecían haberse confabulado contra él; el hombre que viajaba en el extremo del vagón adquiría cada vez formas más alarmantes, en la imaginación del joven religioso, y cualquiera fuese la postura que adoptara en la cama aquel diamante que ocultaba le molestaba, le quemaba, se hacía inmenso, se le clavaba en las costillas… En más de un momento, y durante una centésima de segundo, estuvo a punto de tirarlo por la ventanilla… En tal estado de ansiedad se hallaba cuando aconteció un incidente notable…

Ocurrió que la puerta corredera que comunicaba su compartimento con los lavabos se movió un poco, como si fuera a abrirse; quedó ahí la cosa, pero al instante volvió a correrse un poco más, hasta abrirse casi un palmo… La lámpara del lavabo estaba encendida, por lo que no tuvo Mr. Rolles la menor

dificultad en ver cómo asomaba la gran cabeza de Mr. Vandeleur, cuyo rostro parecía mostrar un gran interés en el otro viajero… Mr. Rolles comprobó que el viejo ex dictador lo miraba con suma curiosidad, por lo que, llevado de su instinto de conservación, aguantó la respiración y mantuvo los ojos semicerrados, como si durmiera, pero sin perder de vista al intruso… Unos segundos más y la cabezota del viejo Vendeleur se retiró, cerrándose de nuevo la puerta que daba al lavabo.

Se dijo que, por suerte, el ex dictador del Paraguay no había ido hasta su compartimento para atacarle, sino para curiosear un rato; su actitud, desde luego, no había sido la propia de un hombre que pretende amenazar a otro, sino, acaso, la de alguien que se siente amenazado; era verdad que Mr. Rolles temía por su presencia en el tren, pero no era menos cierto, a la luz de la actitud del otro, que también albergaba temores y las naturales precauciones. Estaba claro que Mr. Vandeleur, informado de que otro caballero viajaba en el vagón, había querido cerciorarse de que su presencia no le ofrecía mayor peligro, por lo que una vez reconocido el terreno volvió sin más a su propio compartimento.

En cuanto se cerró la puerta el joven clérigo se puso de pie. Una audacia extraordinaria sustituyó su pánico anterior. Creyéndose amparado por el traqueteo del tren, que esperaba amortiguara los ruidos que hiciese, decidió entonces devolver la visita al viejo; dejó a un lado la manta que aún asía, se acercó a la puerta que daba al lavabo, abrió, fue al otro extremo y escuchó… Nada podía oír, más allá, en efecto, del traqueteo del tren; lentamente, pues, corrió un poco la puerta del lavabo que daba al compartimento de Mr. Vandeleur, apenas tres dedos de apertura… Lo que vio, sin embargo, hizo que no pudiera evitar una exclamación de sorpresa… El viejo Vandeleur tenía puesta una gorra de viaje con orejeras; eso, sin duda, al taparle los oídos había evitado que pudiera oír su aproximación, por lo que siguió tranquilamente con aquello que le ocupaba: tenía a los pies una caja de cartón; tenía en la mano izquierda la manga del abrigo de piel de foca que llevaba, y en la mano derecha el cuchillo de monte con que se disponía a cortar ahora el forro de la manga; Mr. Rolles sabía que algunas personas se guardan el dinero y otras pertenencias en el cinturón, pero nada había oído decir, y nada había leído, sobre lo que ahora contemplaba. El viejo Mr. John Vandeleur llevaba el forro de la manga de su abrigo lleno de piedras preciosas; desde la puerta de los lavabos el joven eclesiástico vio caer a la caja de cartón, una tras otra, un montón de brillantes piedras preciosas. Se quedó allí un rato, sin poder apartar los ojos de lo que para él resultaba una escena insólita. Se trataba de

diamantes pequeños, al parecer idénticos de tamaño y brillo, pero en un momento dado pareció que el viejo ex dictador se encontraba en dificultades; tuvo que emplearse a fondo con ambas manos, muy reconcentrado en su tarea; al fin, tras una laboriosa maniobra, logró sacar del forro de la manga una diadema engastada en diamantes, que depositó cuidadosamente en la caja de cartón, con el resto de las piedras. Mr. Rolles supo de inmediato que aquella diadema, tan vivamente descrita por los detectives que investigaron el robo de las joyas, era una de las piezas que el vagabundo le había robado en la calle a Mr. Harry Hartley, la muy exquisita diadema de Lady Vandeleur, con sus dos piedras preciosas en forma de pera a cada lado.

Aquello, comprobar que el viejo ex dictador era tan ladrón como él mismo, hizo que Mr. Rolles experimentase una gran sensación de alivio; vistas así las cosas, ninguno de los dos podría denunciar al otro, y la alegría hizo que se le escapara un suspiro… Pero como el miedo pasado poco antes le había alterado el pecho y secado la garganta, al suspirar profundamente le vinieron las ganas de toser, y tosió…

Naturalmente, Mr. Vandeleur alzó la vista al oírle; su rostro mostró de inmediato no sólo contrariedad, sino rabia, violencia, una pasión mortal; con los ojos desmesuradamente abiertos y la mandíbula caída como la de un perro de presa, rojo de ira, tapó al momento la caja con su abrigo; estuvieron mirándose sin decir palabra medio minuto largo, lo justo como para que Mr. Rolles reaccionara, pues era de esos hombres capaces de reaccionar rápidamente en una situación extrema. Tomó en una fracción de segundo la decisión más atrevida que podía ocurrírsele. Y adquirió la ventaja que le daba haber sido el primero de los dos en reaccionar.

—Perdone, caballero —le dijo.

Al dictador le salió una voz muy ronca cuando quiso decir algo.

—¿Qué hace usted ahí? —preguntó.

—Me interesan mucho los diamantes —dijo Mr. Rolles con absoluta convicción, sin alterarse—. Creo, por ello, que quienes tienen la misma pasión por las piedras preciosas deben conocerse, tratarse… Mire, tengo una pequeña joya que quizás le interese…

Sacó entonces con gran calma el estuche del bolsillo más oculto de su levita, mostró al otro el diamante del rajá y volvió a guardárselo…

—Esto creo que perteneció en tiempos a su hermano —dijo el joven clérigo.

Mr. John Vandeleur seguía contemplándole atónito, como si le doliera e inmovilizase su propio asombro.

—Me ha sido dado observar, no sin alegría —siguió diciendo Mr. Rolles —, que usted y yo poseemos piedras de la misma colección…

—Perdone usted —dijo el ex dictador, cada vez más sorprendido—, pero creo que empiezo a hacerme viejo, ahora me doy cuenta… La verdad es que he perdido la capacidad de reaccionar ante un leve contratiempo como el que ahora se me presenta… Dígame, sin embargo, una cosa… ¿Es usted clérigo?

—Sí, señor, en efecto… Soy un eclesiástico —contestó Mr. Rolles.

—¡Bien! —exclamó Mr. Vandeleur—. Pues de aquí en adelante, jamás volveré a decir una palabra contra los eclesiásticos en lo que me reste de vida…

—Me agrada oír eso, caballero —dijo Mr. Rolles.

—Lo siento, joven, lo siento mucho, de verdad —siguió Mr. Vandeleur —; no es usted un cobarde, eso parece evidente, pero está por ver si es o no el último de los imbéciles… Empiece por aclararme algún extremo, por favor, pues supongo que ha de haber alguna razón para que se muestre tan imprudente como lo hace… ¿A qué se debe su proceder? Responda, por favor, que ardo en deseos de conocer sus razones…

—Es muy sencillo —respondió Mr. Rolles—. Tengo muy poca experiencia de la vida…

—No sé si debo creerle —dudó Mr. Vandeleur.

Mr. Rolles pasó a contarle entonces, en detalle, la historia del diamante del rajá, en lo que a él se refería, desde el preciso instante en que se lo encontró tirado entre las rosas de Mr. Raeburn hasta el momento en que tomó el tren en Londres para dirigirse a Escocia, añadiendo además lo de sus temores durante el viaje y los sufrimientos que le causaba, en definitiva, la posesión de aquella gema preciosa.

—En cuanto vi la diadema de Lady Vandeleur —siguió diciendo Mr. Rolles—, comprendí que nuestras actitudes ante la sociedad en que vivimos son idénticas… Eso, debo confesárselo, me dio esperanzas. Espero no me defraude usted, pero creo que podríamos asociarnos; estoy seguro de que su experiencia me ayudará en gran medida a superar algunas dificultades… Por supuesto, también espero que nos asociemos en lo que de obtener beneficios de esta situación se trata… A usted no le resultará difícil sacar provecho de este diamante… Yo, se lo aseguro, me siento totalmente incapaz de hacerlo… Y si troceo el diamante, única cosa que se me ha ocurrido hacer, a buen seguro que pierdo una suma que podría pagarle a usted tranquilamente por su ayuda… No sé; quizás me ha faltado el tacto necesario para tratar de algo como lo que nos ocupa, que requiere de gran delicadeza… Recuerde usted, se

lo ruego, que todo esto es nuevo para mí, y que en consecuencia no sé cómo conducirme… Lo mío, compréndalo, son las bodas y los bautizos; cada uno tiene sus aptitudes y yo no sé negociar…

—No es que quiera regalarle los oídos —dijo Mr. Vandeleur—, pero no sé por qué me parece que está usted perfectamente dotado para la vida criminal… Le aseguro que demuestra usted más aptitudes de las que supone; aunque me he topado a lo largo de mi vida con malhechores de toda condición y a lo largo y ancho del mundo, jamás había conocido a un hombre que planteara las cosas con la claridad que usted lo hace en un asunto tan turbio como este… Quiero decir que nunca había conocido a un hombre con tan pocos escrúpulos como usted, un auténtico sinvergüenza… Enhorabuena, pues, Mr. Rolles; al fin ha encontrado la profesión que más le conviene… En lo que dice de recabar mi ayuda, no tengo más remedio que ponerme a su entera disposición. Precisamente me dirijo a Edimburgo para tratar de un asunto que tiene que ver con mi hermano. En cuanto acabe, partiré hacia París, donde residuo habitualmente. Puede venir conmigo, si así le parece; creo que antes de que acabe el presente mes podré haberle prestado la ayuda más satisfactoria para solventar el pequeño asunto que me plantea.

En este punto, y acaso en contra de todos los cánones, nuestro autor árabe decide dar conclusión a la Historia del joven clérigo. Lo lamento de veras, pero no debo sino seguir lo que dice el original, remitiendo al lector a la siguiente parte del cuento, la titulada Historia de la casa de las persianas verdes, donde encontrará la conclusión de las aventuras de Mr. Rolles.

Historia de la casa de las persianas verdes

Mr. Francis Scrymgeour, empleado del Banco de Escocia en Edimburgo, tenía veinticinco años y una vida tranquila, de provecho, valiosa y respetable. Su madre había muerto siendo él muy niño, pero su padre, un hombre honesto y sensato, le hizo estudiar en un colegio magnífico y supo a la vez inculcarle una conducta morigerada y sobria. Mr. Francis, que era de buen carácter, de temperamento apacible y muy cariñoso, supo aprovechar bien cuanto le enseñó y procuró su padre, y al cabo obtuvo de ello un buen trabajo, al que se entregaba con la mayor honradez. Como entretenimientos tenía dar un paseo los sábados por la tarde, cenar alguna vez en compañía de la familia, y hacer un viaje anual, de quince días, por las montañas de Escocia, unas veces, o por el continente otras… Ganaba alrededor de doscientas libras al año, gozaba del aprecio de sus superiores, y tenía, en fin, claras expectativas de acabar su carrera con un sueldo que doblase el que percibía por su trabajo. Era difícil encontrar, por ello, un joven caballero tan satisfecho de su vida y de su trabajo como Mr. Francis Scrymgeour. Solía tocar la flauta por las noches, para complacer a su padre, en cuanto terminaba la lectura del periódico. Ni que decir tiene que respetaba profundamente a su padre, precisamente por sus cualidades, las mismas que le había inculcado.

Un buen día recibió el joven Mr. Francis una carta de un prestigioso bufete de abogados, en la que se le pedía les cursara una visita a la mayor brevedad posible para tratar de un asunto importante. En el sobre se leía «privado y confidencial»; la carta le había llegado al banco y no a su domicilio, cosa poco habitual, lo que hizo que se aprestara a cursar cuanto antes aquella visita que se le pedía. Lo recibió con bastante frialdad el más viejo del bufete, un hombre adusto, de hábitos espartanos, que le hizo tomar asiento para comenzar a referirle cosas propias de un hombre, como él, con gran experiencia en su trabajo, habituado a los problemas más graves. Al fin le dijo que una persona, cuyo nombre aún no estaba autorizado a desvelar, pero de cuya honestidad no tenía la menor duda, una persona relevante, en definitiva, deseaba pagarle una renta anual de quinientas libras, dinero que pasaría a los fondos del bufete y de dos administradores cuyos nombres

tampoco podían ser revelados. Tenía que cumplir Mr. Francis, para hacerse acreedor de dicha renta, dos condiciones, que sin duda no tendría el menor problema en satisfacer el joven empleado pues no se trataba de cosas deshonrosas ni difíciles. Puso especial énfasis en esto último el abogado, como si no quisiera desvelarle ningún otro secreto. Naturalmente, Mr. Francis quiso saber en detalle de qué se trataba.

—Como ya le he reiterado —contestó el viejo abogado—, esas condiciones no son ni difíciles de cumplir ni deshonrosas. No puedo, sin embargo, ocultarle que resultan quizás un tanto insólitas, quizás extravagantes… La verdad es que se trata de un caso ajeno por completo a los que de común tratamos, y puede que en otras circunstancias hubiera rechazado mi bufete el encargo, pero el buen nombre y la rectitud del caballero que ha requerido nuestros servicios, y el mismo interés que los favorables informes que de usted tenemos ha despertado en nosotros, Mr. Scrymgeour, todo eso, nos ha decidido a aceptar este caso.

—No se imagina usted cuánto me inquietan esas posibles condiciones —dijo Mr. Francis, rogándole que fuera más explícito.

—Son dos condiciones, como ya le he dicho —respondió el abogado—, sólo dos… Y recuerde usted que la suma asignada no es precisamente una cantidad a despreciar… Quinientas libras anuales, caballero… Quinientas libras anuales y libres de impuestos, además, que no se me olvide decírselo —añadió el abogado alzando las cejas en señal de asombro y admiración—. La primera de esas condiciones —prosiguió— es muy sencilla de satisfacer. Deberá usted encontrarse en París la tarde del próximo día 15, domingo… En la taquilla de la Comedie Française habrá una entrada a su nombre. Bien, pues sólo deberá usted acudir a la representación que allí se ofrezca y ocupar el asiento que señale la entrada que ya tiene en reserva.

—Bueno —dijo Mr. Francis—, hubiera preferido que fuese en un día laborable, pero sea…

—Es en París, mi querido caballero —dijo el abogado—, en París… Creo que, tratándose de París, cualquier día es bueno, y mire que yo también soy exigente; yo, en su lugar, ni me lo pensaría…

Los dos rieron algo más relajados.

—La otra condición —prosiguió el abogado— es acaso la más peliaguda… Se trata de su boda… Mi cliente, que es un caballero que se interesa mucho por su bienestar, Mr. Scrymgeour, tiene la intención de aconsejarle a usted en lo que a su próximo matrimonio se refiere; desea que

siga usted su consejo sin reservas… Entiéndalo bien, sin reservas —repitió el hombre de leyes.

—Sea más explícito, por favor —rogó de nuevo Mr. Francis—. ¿Acaso debo contraer matrimonio con cualquier mujer, viuda o soltera, negra o blanca, que me proponga su misterioso cliente?

—Le puedo asegurar, pues así me lo ha consentido mi cliente, que la mujer con la que usted se despose será de edad y condición adecuadas a las suyas, caballero —dijo el abogado—. En cuanto a la raza, la verdad es que no había pensado en ello, por lo que no pregunté a ese respecto… Pero, si así lo desea, tomaré nota y le contestaré en cuanto lo sepa…

—Caballero —dijo Mr. Francis—, la verdad es que no tengo datos suficientes que me permitan no pensar que todo esto parece realmente escabroso, que puede tratarse de una trampa… Los detalles son bastante inexplicables; increíbles, podría decir… Así que, en tanto no posea información más detallada y clara, en tanto no se me comuniquen las intenciones concretas de su cliente, se me hace muy difícil aceptar el trato que se me ofrece. Así que, a causa de estas dudas razonables, y por tratarse usted de un abogado, le pido consejo y mayor información… Debo conocer a fondo el caso, antes de decidirme, compréndalo… Si usted no tiene más información que la que me ha ofrecido, o si no puede obtenerla, o si carece del consentimiento de su cliente para dármela, no me queda más remedio que tomar de nuevo mi sombrero, ponérmelo y dirigirme otra vez al banco…

—La verdad es que no sé qué más decirle —confesó el abogado—. Puedo, en todo caso, aventurar algo, y quizás asegurarle que tengo fundamentos para hacerlo… En mi opinión, quien está detrás de El diamante todo este asunto es su propio padre, caballero…

—¡Mi padre! —exclamó Mr. Francis como si aquella posibilidad no le mereciera la menor consideración—. Mi padre es un hombre responsable, sé qué cosas se le pasan por la cabeza y sé también cuál es el último penique de su pequeña fortuna…

—Me parece que no me ha entendido —dijo el abogado—. No hablo de Mr. Scrymgeour, que en realidad no es su padre, caballero… Permítame decirle que cuando él y su esposa arribaron a Edimburgo usted estaba ya a punto de cumplir un año de edad… Lo suyo, caballero, ha sido un secreto muy bien guardado… Pero cuanto le he dicho es la verdad. Su padre es una persona tan relevante como desconocida para usted, y le repito que, en lo que a mí respecta, no albergo dudas de que sea él quien le ofrece esa bonita suma…

Sería imposible dar cuenta de la sorpresa que causó en Mr. Francis Scrymgeour aquella revelación inesperada. Sólo pudo hablar de la confusión en que se hallaba sumido.

—Caballero —dijo—, tras recibir una noticia tan inesperada como desconcertante, no puedo sino pedirle al menos unas horas para pensar en todo este embrollo… Esta misma noche le comunicaré mi decisión final…

El abogado no pudo por menos que considerar que su ruego era sensato, y Mr. Francis, excusándose en la necesidad de regresar al banco, fue, sin embargo, a dar un largo paseo por las afueras para meditar bien el caso y contemplar todos los aspectos de aquello que se le proponía… Si por un lado todo aquello no dejaba de parecerle grato, se dijo que no obstante tenía que obrar con prudencia… Así y todo, su respuesta sería clara, no tuvo dudas con respecto a lo que diría… La parte de su personalidad más proclive a la consideración de los aspectos materiales lo llevaba irresistiblemente a aceptar las quinientas libras anuales y cumplir con las exigencias algo extravagantes que se le ponían para ello… Y, al tiempo, descubrió que su corazón albergaba una repugnancia irreprimible hacia el apellido Scrymgeour, tan querido por él hasta entonces… Así que pronto comenzó a despreciar su hasta entonces plácida existencia anterior, su buen nombre de siempre, y una vez adoptada su decisión sin ambages se sintió más fuerte y más libre que nunca antes, con el pecho henchido de alegres expectativas.

Bastó una palabra, dicha al abogado, para que recibiera de inmediato un cheque en concepto de pago por los dos últimos trimestres, ya que la pensión empezaba a ser efectiva desde el último enero… Volvió a casa dando un paseo, ya con el cheque en su bolsillo. La zona de Scotland Street le pareció mediocre; por primera vez en toda su vida su olfato se rebeló contra el olor a cocina que salía de las casas; luego, en la que siempre fue su casa, no pudo sino comenzar a ver en su padre adoptivo cosas desagradables en las que jamás había reparado, modales no precisamente exquisitos… Al día siguiente partió hacia París sin más dilaciones. Llegó, pues, antes de la fecha señalada, se hospedó en un hotel modesto, frecuentado por ingleses e italianos, y se dedicó a perfeccionar su francés, para lo que se hizo rápidamente con los servicios de un maestro con el que tomaría dos clases a la semana. Además, no perdía la ocasión de conversar con cualquier persona de buena presencia, con la que se cruzara por los Champs Elysées, y acudía al teatro todas las noches. Se hizo con un vestuario elegante, a la última moda, e iba a peinarse y afeitarse cada mañana a la barbería de una calle próxima a su hotel. Aquello

no hizo sino aumentar su aire de extranjero, lo que le ayudaba a superar la angustia que ahora le causaba su vida anterior.

Llegó la tarde del sábado anterior al domingo de la fecha concertada y se dirigió al teatro, en la rué de Richelieu. No tuvo más que decir su nombre y el taquillero le entregó un sobre en el que aún estaba fresca la tinta con la que había sido escrito.

—Hace muy poco que sacaron esta entrada —le dijo el taquillero.

—¡Vaya! ¿Y podría decirme quién la sacó? —preguntó Mr. Francis.

—Por supuesto… Es fácil recordarlo; era un hombre algo mayor, fuerte y con una planta excelente, canoso y con una cicatriz en la cara que le dejó un golpe de sable… Imposible no recordar a una persona así…

—Claro, claro —dijo Mr. Francis—. Gracias, muy amable…

No perdió tiempo. Se alejó de la puerta del teatro y se plantó en la calle, mirando en todas las direcciones posibles. Vio, naturalmente, a más de un caballero canoso, pero al acercarse comprobó que ninguno de ellos tenía la cicatriz de un sablazo en la cara. Así fue durante algo más de media hora por unas calles y otras, siempre en la manzana del teatro, hasta que se convenció de que era una tontería seguir en su empeño de buscar a aquel hombre… Tratando de relajarse, El diamante decidió dar un paseo; la posibilidad de encontrarse con aquel hombre, seguramente su padre, le había alterado bastante los nervios. Casualmente, llegó a la rué Drouot y después cruzó por la rué des Martyrs; el azar hizo más que toda la sensatez con la que hasta entonces se había conducido. En el bulevar de la calle vio a dos hombres que discutían acaloradamente, sentados en un banco. Uno de ellos era joven y apuesto, pero con un aire de clérigo que no conseguían ocultar sus ropas de calle; el otro se correspondía perfectamente con la descripción hecha por el taquillero del teatro. Sintió entonces Mr. Francis que el corazón comenzaba a latirle con violencia; aquella que estaba a punto de escuchar era la voz de su verdadero padre, la que jamás hasta entonces había oído… Dio un rodeo considerable, para colocarse tras los dos hombres sin que lo vieran, aunque de tan abstraídos como estaban en su conversación tampoco le hubieran visto llegar de frente… Tal y como lo suponía, hablaban en inglés.

—Sus reticencias y sospechas comienzan a resultarme desagradables, Mr. Rolles —decía el caballero canoso—. Le repito que hago cuanto está en mi mano; nadie dispone de esos millones así por las buenas… ¿Es que no le he ayudado, y por simple y buena voluntad, aunque no sea usted nadie de importancia para mí? ¿Es que no está usted viviendo a mis expensas?

—No a sus expensas, Mr. Vandeleur —le cortó el joven—; vivo con lo que usted me adelanta, a cuenta de lo que es mío…

—Bien, pues con lo que le adelanto, si así lo prefiere —dijo Mr. Vandeleur, con bastante irritación—. Tampoco estamos aquí para escoger las palabras con cuidado… Los negocios son como son, amigo mío, y los suyos, debo recordárselo, resultan bastante turbios, así que no me venga con esos aires de dignidad que se da… Si no se fía de mí, déjeme en paz de una vez y búsquese otra ayuda… Pero déjese ya de una vez por todas de tonterías, se lo pido por el amor de Dios…

—Empiezo a saber cómo es el mundo real —dijo Mr. Rolles— y la verdad es que debo concederle a usted la razón… Hace bien en engañarme, hace bien en no ser honesto conmigo… Yo tampoco creo necesario andar buscando las palabras exactas, pero seamos claros; usted quiere el diamante, no lo niegue… ¿No es cierto que se ha valido de mi nombre, para ello, y que hasta se ha metido a escondidas en mi habitación para ver si podía robármelo? Así que nada me extraña que siga dándome largas… Usted siempre está alerta, como un cazador, en espera de capturar la pieza; temo que antes o después me lo quite, pero se lo digo con toda seriedad… Acabe usted con esas tretas. Si continúa haciéndome trampas, perderé los nervios y le aseguro que acaso se lleve usted una sorpresa de lo más desagradable…

—No se le dan bien las amenazas —replicó Mr. Vandeleur—. Y recuerde que no es usted el único que puede amenazar con algo grave… Mi hermano se encuentra ahora mismo aquí, en París, y la policía ya está al corriente del caso… Si continúa con sus tonterías, Mr. Rolles, seré yo quien le dé una sorpresa, se lo aseguro… Una sorpresa definitiva, ¿lo comprende o quiere que se lo diga en hebreo? Todo tiene un límite y usted ya ha agotado más que suficientemente mi paciencia, caballero… El próximo martes, a las siete; ni un día ni una hora antes; ni medio segundo… Téngalo en cuenta. Y si no quiere esperar más, váyase al infierno ahora mismo…

Se levantó del banco bruscamente el viejo ex dictador del Paraguay y salió en dirección a Montmartre, moviendo la cabeza en sentido negativo y agitando con brío su bastón a cada paso, con algo más que furia, mientras Mr. Rolles quedaba en donde estaba, profundamente desolado. Aquella escena no pudo resultarle a Mr. Francis otra cosa que sorprendente y horrorosa. Se sintió incluso herido en lo más profundo; la esperanza con que había tomado asiento cerca de aquellos dos hombres para escucharles no duró mucho, tornándose en desánimo y desprecio hacia ellos. El viejo Mr. Scrymgeour, aquel a quien siempre tuvo por su padre, se dijo el joven, era un hombre infinitamente más

digno y amable que el peligroso intrigante al que había observado en todos sus groseros modales. No obstante, y mientras le cruzaban estas ideas por la mente, se dijo que tenía que saber más de aquel sujeto que al parecer era su padre, por lo que, rehaciéndose pronto de la impresión sufrida, dio en seguirlo. El viejo ex dictador, en efecto, se alejaba de allí rojo de ira, con un paso veloz; tan concentrado iba en sus turbios asuntos, que no miró hacia atrás ni una sola vez mientras se dirigía a su casa.

Vivía en la parte alta de la rué Lepic, en una zona desde la que se dominaba París; habitaba allí una casa de dos plantas en la que resaltaban los postigos y las persianas de color verde. Tenía la casa cerradas todas las ventanas; sobre los muros, coronados por una breve verja de lanzas puntiagudas, asomaban las copas de los árboles del jardín. El viejo ex dictador se detuvo un instante en la puerta de entrada, mientras buscaba sus llaves. Abrió al fin y se metió raudo en la casa.

Mr. Francis miró en derredor suyo; todo estaba desierto. La casa, en mitad del jardín, parecía aislada y sin habitar. Creyó en principio que allí concluía su seguimiento, pero algo le dijo que debería mirar más atentamente, lo que hizo; vio entonces que la casa de al lado tenía un tejado de aguas que daba al jardín de la habitada por el viejo, y que en aquel tejado había una pequeña ventana de una mansarda. Se dirigió a esa casa vecina y vio que lucía un letrero en el que se anunciaba el alquiler de habitaciones por meses; preguntó, ni corto ni perezoso, y aconteció que una de las habitaciones que se alquilaba era aquella amansardada cuya ventana daba al tejado que caía sobre el jardín de la casa de quien le habían dicho que era su padre y benefactor… No lo dudó; pagó por adelantado el alquiler, regresó al hotel para recoger sus cosas y se instaló allí… El viejo caballero de la cara cruzada por una cicatriz podía ser o no ser su padre, se decía Mr. Francis, la pista podía ser o no ser la correcta, pero de lo que no le cabía la menor duda era de que tenía ante sí un misterio extraordinario, un caso curiosísimo por resolver y en cuya pesquisa no cejaría un momento hasta dar con la clave de cuanto le atañía.

En efecto, desde la ventana de la habitación amansardada que había alquilado se veía todo el jardín de la casa de las persianas verdes. Bajo su ventana se alzaba un hermoso castaño de frondosas ramas que daban sombra a dos mesas campestres, ideales para almorzar en el verano. Una hierba alta cubría casi por completo el suelo, pero así y todo podía observar Mr. Francis que, entre las mesas del jardín y la casa, había un sendero de grava que llevaba desde la puerta de la calle a la galería. Así y todo, amparado por la persiana de su ventana, que no se atrevía a levantar para no ser visto, poco

pudo saber de las maneras de vivir de aquel hombre, lo que le hizo pensar que gustaba, sobre todo, de la soledad y de la discreción… La verdad es que una observación más detenida le llevó a pensar que el jardín parecía en verdad el propio de un convento y que la casa que se alzaba en el medio parecía una pequeña prisión, siempre cerrada. Todas las persianas y la puerta, también la puerta de aquella galería a la que llevaba el sendero de grava, estaban de continuo cerradas; en el jardín no había nadie, a pesar de que era una tarde de sol espléndido. Sólo el humo leve de la chimenea denotaba la presencia humana en la casa.

Con la idea de hacer algo de provecho mientras estuviera en París, aparte de pasear, Mr. Francis se había comprado una edición francesa de la *Geometría* de Euclides, que comenzó a traducir en sus ratos de vigilancia. Así, apoyando el libro en la maleta y con la espalda reposada contra la pared, se sentó en el suelo, pues carecía de silla y de mesa en la habitación alquilada. De vez en cuando se levantaba, echaba un vistazo a la casa de las persianas verdes, que seguían bajadas, echaba otro vistazo al jardín, y volvía a su tarea. Tuvo que pasar un rato largo hasta que aconteció algo llamativo que le recompensó de su vigilancia.

Estaba dormitando, eran entre las nueve y las diez de la noche, cuando lo espabiló del todo el tintineo de una campanilla. Corrió hasta la ventana y pudo oír así el ruido inequívoco que hacía un cerrojo y el de las trancas que eran retiradas de la puerta; vio entonces a Mr. Vandeleur con una lámpara en la mano, vestido con una bata de terciopelo negro y tocado con un gorro idéntico, que salía de la galería y avanzaba despacioso hasta la puerta que daba a la calle. Luego se dejó sentir de nuevo el ruido de las trancas, ahora para cerrar la puerta, y el del cerrojo al ser corrido; vio entonces Mr. Francis al viejo ex dictador, bajo la luz de su propia lámpara, que entraba en la casa acompañado por un hombre con aspecto de cualquier cosa menos de caballero digno y honrado.

Apenas transcurrió media hora y ya estaba otra vez Mr. Vandeleur haciendo el mismo recorrido de antes, pero para acompañar hasta la puerta de la calle a su visitante; después, el viejo de la cicatriz en la cara dejó la lámpara sobre una de las mesas del jardín y se puso a fumar plácidamente su cigarro bajo el castaño. Mr. Francis, que lo veía entre las ramas del árbol, contemplaba también con cuánto deleite aspiraba el humo, lo soltaba, sacudía la ceniza… Por su tranquilidad y despreocupación, por su manera de fruncir los labios para expeler el humo, parecía dedicado a las más profundas cavilaciones, a la resolución de algún problema difícil pero grato… Casi

había acabado ya de fumar su cigarro, cuando se dejó sentir entonces la voz de una mujer joven que desde el interior de la casa le decía qué hora era.

—Ya voy —respondió Mr. Vandeleur.

Tiró entonces lo que le quedaba del cigarro, tomó la lámpara de la mesa, se dirigió a la galería y se metió en la casa. Nada más cerrar la puerta quedó la casa en una oscuridad total. No podía ver un mínimo destello Mr. Francis a través de las persianas, y se dijo, con bastante lógica, que seguramente los dormitorios de la casa daban al otro lado, a la otra calle.

Al día siguiente, a hora muy temprana —se levantó pronto Mr. Francis pues al carecer de muebles la habitación alquilada tuvo que dormir en el suelo —, se dijo que tenía que progresar más en sus investigaciones, que lo observado hasta ahora no era suficiente. Vio, sin embargo, que de repente las persianas verdes de aquella casa se levantaban al tiempo y de golpe, como activadas por un mecanismo, y que entonces se veía algo del interior de la casa: unos postigos de acero en las ventanas, por la parte interior, como los de las tiendas, poco más. Estuvo la casa aireándose cerca de media hora, al cabo de la cual el propio Mr. Vandeleur procedió a bajar a mano las persianas verdes. Aún se admiraba Mr. Francis de lo que parecía excesiva cautela, cuando se abrió la puerta de la casa y salió al jardín una joven que echó un vistazo a un lado y al otro; no estuvo allí más de dos minutos y volvió a meterse en la casa… Fue suficiente para que Mr. Francis quedara deslumbrado por la encantadora belleza de la joven. Aquella visión no sólo despertó aún más su interés por lo que acontecía en la casa, sino que se sintió infinitamente más animado que antes. Ya no le preocuparon las maneras groseras de su verdadero padre ni las historias en las que pudiera andar envuelto; aun sin conocerla, abrazó con decidido entusiasmo a su nueva familia. Fuera aquella hermosa muchacha su hermana, o acabara convirtiéndose en su esposa, de lo que no había duda era de que se trataba de un verísimo ángel que había adoptado las maneras y las formas humanas. Pero le brotó una ansiedad indescriptible, al tiempo, al recordar que aún nada sabía… Y que acaso se hubiera equivocado de hombre al seguir a aquel viejo hasta su casa…

El portero de la casa en que vivía ahora, al que pidió información, apenas pudo sacarle de dudas; le dijo que se trataba de un caballero inglés muy rico y algo excéntrico, con unas costumbres un tanto raras; le dijo también el portero que aquel inglés tan raro guardaba en su casa grandes colecciones, y que para protegerlas de posibles robos había instalado postigos de acero, cerrojos de lo más complicado y aquellas lanzas afiladas que coronaban el muro del jardín.

Añadió el portero que apenas recibía visitas, aunque a veces se le veía con algunos extraños, seguramente hombres de negocios… Y que vivían con él la *mademoiselle* a la que había visto en el jardín y una vieja criada.

—¿La *mademoiselle* es su hija? —preguntó Mr. Francis.

—Sí, señor —respondió el portero—; ese hombre la hace trabajar mucho, a la pobrecilla… A pesar de lo rico que es, la obliga a ir al mercado para hacer la compra… Ya la verá usted regresar con la cesta llena todos los días…

—¿Y qué colecciones guarda ahí? —siguió preguntando Mr. Francis.

—¡Ah, eso no lo sé! —respondió el portero—; sólo he oído decir que tienen un gran valor… Desde que vive aquí Mr. Vandeleur ninguna persona de este barrio ha atravesado la puerta de la calle.

—Seguro que usted sabe algo más —insistió Mr. Francis, cómplice—. Ande, dígame, ¿de qué colecciones se trata? ¿Cuadros, sedas, estatuas, acaso joyas…?

—¡Oh!, señor, yo qué sé si son zanahorias o qué —dijo el portero encogiéndose de hombros—. Desde luego, yo no lo sé… ¿Cómo iba a saberlo si la casa está más protegida que un cuartel? Ya lo ve usted…

Ya se disponía Mr. Francis a dar por concluidas sus pesquisas y regresar a su habitación, desalentado, cuando el portero lo llamó para decirle algo más.

—Ahora recuerdo —le dijo— que Mr. Vandeleur ha viajado por todo el mundo; una vez le oí contar a la vieja criada que tiene que había traído muchos diamantes… Si eso es verdad, seguro que esconde cosas dignas de contemplarse detrás de esas persianas verdes…

Llegó el domingo y Mr. Francis ocupó muy pronto el asiento que tenía reservado en el teatro, ante uno de los palcos bajos, el segundo o el tercero de la fila de la izquierda… Pensó, naturalmente, que sin duda sería el suyo un asiento de los mejores, por haberle sido escogido especialmente, y supuso que en un palco del lado contrario podría situarse alguien que tuviese algo que ver con todo aquello… Desde allí podrían contemplar quienes lo ocuparan, de estar relacionados con aquel asunto, cómo hacía su papel en el drama que alguien le había escrito… Más aún, si se sentaban en la segunda fila del palco, él no podría verles más que en la oscuridad, pero ellos sí a él con absoluta nitidez… Decidido, pues, a no perderse detalle, disimulaba mirando las localidades del teatro, a quienes las iban ocupando, al techo, al telón, pero aprovechando siempre para echar una mirada furtiva al palco, aún vacío… Así estuvo durante buena parte de la representación, incluso… Ya concluía el segundo acto, sin embargo, cuando se abrió la puerta de aquel palco y

entraron dos personas; sólo de eso pudo darse cuenta Mr. Francis, pues tomaron asiento, en efecto, en la segunda fila, más oscura y a la que no alcanzaba su vista. A duras penas contuvo su emoción, sin embargo, pues por lo poco que pudo contemplar se trataba de Mr. Vandeleur y de su preciosa hija. La sangre ardió en sus venas entonces, le zumbaron los oídos, creyó que hasta se iba a marear… Como no quería levantar sospechas ahora no se atrevía a mirar hacia allí; el programa de mano, blanco, le pareció rojo; el escenario y lo que allí hacían los actores, una mera tontería, molesta además… Se armó de valor y volvió a echar miradas furtivas al palco; en una de ellas tuvo la seguridad de que sus ojos se habían cruzado con los de la muchacha; entonces se turbó entero, se estremeció y lo vio todo con los colores del arco iris. Hubiera dado cualquier cosa por escuchar la conversación de los Vandeleur. Hubiera dado cualquier cosa por tener el valor necesario para ponerse los pequeños gemelos en los ojos y mirar al palco, examinar las expresiones de quienes lo ocupaban. Tuvo la sensación de que en aquel palco se decidía su destino y sintió el desagrado de no poder tomar parte en tan importantes deliberaciones, condenado a la impotencia, a esperar allí el veredicto final. Cuando cayó el telón tras el final de aquel segundo acto y se levantaron quienes le rodeaban, para esperar al comienzo del tercer acto, aprovechó para imitarles y salir pasando ante el palco. Lo hizo con la mirada baja y gran lentitud, pues caminaba detrás de un anciano de paso torpe y respiración agitada. ¿Qué tenía que hacer? ¿Dirigirse a los Vandeleur por su nombre al pasar ante el palco? ¿Alzar los ojos con decisión y arrojar a la muchacha la flor que llevaba en el ojal? ¿Mirar con galantería a quien lo mismo podía ser su hermana que su prometida? Así estaba, sometido a tales dudas, cuando recordó fugazmente su plácida existencia anterior, de empleado de banca sin angustias ni problemas… Tuvo una gran nostalgia de aquel tiempo. Ya estaba ante el palco, sin embargo, y aunque aún no había resuelto qué hacer, ni siquiera si era propio que hiciese cualquier cosa, alzó la cabeza y clavó los ojos en la segunda fila… Mas, no bien lo hizo, la decepción sufrida le obligó a lanzar un leve lamento: Mr. Vandeleur y la que podía ser su hermana o su prometida habían abandonado ya sus localidades.

Un hombre que iba detrás le hizo saber, con buenos modales, que entorpecía el paso de los demás, por lo que de manera un tanto mecánica siguió andando Mr. Francis, dejándose llevar por la multitud incluso más allá del vestíbulo… Cuando se vio en la calle, sin el agobio de los demás espectadores, respiró hondamente el aire fresco de la noche y al punto recuperó de nuevo su sentir… No obstante, experimentaba un fuerte dolor de

cabeza ahora y apenas era capaz de recordar algo de lo visto en los dos actos que se habían sucedido. Con el dolor de cabeza comenzó a sentir mucho sueño, por lo que hizo parar un coche de punto y pidió que lo llevara a la casa en la que estaba hospedado, cada vez más cansado… O más harto de todo aquello, y hasta de su existencia.

A la mañana siguiente, no bien se hubo despertado, salió a la calle con la idea de interceptar a la joven Vandeleur cuando regresara de hacer la compra en el mercado, y a las ocho en punto la vio volver… Vestía sencillamente, incluso con modestia, sin el menor lujo, pero algo había en su porte que hacía pensar no sólo en su hermosura sino en una nobleza exquisita. Hasta el cesto de la compra, que llevaba graciosamente al brazo, adquiría en ella una elegancia suprema. Mr. Francis, escondido bajo la arcada de unos portales próximos, tuvo la sensación de que hasta las sombras se hacían a un lado para cederle el paso bajo el sol radiante de la mañana; apenas reparaba en los hermosos trinos de un pajarillo que cantaba en su jaula a pocos pasos de donde estaba… Dejó que la muchacha avanzara un poco y salió tras ella, llamándola.

—Miss Vandeleur —dijo.

Se puso mortalmente pálida al volverse y comprobar quién la llamaba.

—Perdone, por favor —dijo Mr. Francis—, bien sabe Dios que no quería asustarla… Pero le aseguro que siento tanta simpatía hacia El diamante usted, que no tiene de qué temer… Créame si le digo que me dirijo a usted más por necesidad que por voluntad de hacerlo… Me parece que compartimos muchas cosas, y desde que he colegido más o menos de qué se trata, le aseguro que vivo en un auténtico caos; no puedo hacer cosa alguna, pues me veo atado de manos y pies… Ya no sé quiénes son mis amigos y quiénes mis enemigos, ni si debo sentir una cosa u otra…

—Perdone, pero no hemos sido presentados —dijo la joven, haciendo un gran esfuerzo.

—¡Oh, sí, Miss Vandeleur, sí que sabe usted quién soy! —replicó Mr. Francis, algo exaltado—. Lo sabe incluso mejor que yo mismo, y eso es precisamente lo que quiero que me diga: quién soy, quién es realmente usted, cómo es que se cruzan nuestros destinos… No le pido más que un par de palabras que me sirvan para hacerme una composición de lugar; ayúdeme, por favor, y no dude de que le estaré eternamente agradecido, Miss Vandeleur.

—Bien, no quiero mentirle —le respondió la muchacha—. Sé bien quién es usted, es cierto, pero no se lo puedo decir…

—Pues dígame al menos que disculpa mi atrevimiento —le rogó Mr. Francis—, y seré capaz de aguantarme la impaciencia y esperar lo que sea… Por nada del mundo querría haberla ofendido, no lo soportaría…

—No se preocupe, que lo que ha hecho usted es perfectamente comprensible —dijo ella—. No tengo nada que perdonarle, quédese tranquilo… Adiós…

—¿Tiene que decirme adiós, precisamente ahora? —dijo Mr. Francis—. ¿Adiós para siempre?

—No lo sé —respondió la joven—. Adiós, al menos de momento… —dijo y siguió andando.

Mr. Francis regresó a su habitación mucho más que conmocionado. Avanzó muy poco en sus estudios y traducción de Euclides aquella mañana, pues pasó más tiempo en la ventana que ante su improvisado e incómodo escritorio. Aparte de ser testigo de que Miss Vandeleur y su padre conversaban en el jardín, mientras el viejo fumaba un cigarro de Trichinopoli, nada vio que pudiera llamarle la atención ni que arrojara luz sobre sus preguntas. Todo parecía perfectamente normal en la casa de las persianas verdes en aquellas horas previas a las del almuerzo. Cuando llegó la hora, salió hasta un restaurante próximo para aplacar su hambre; pronto, sin embargo, estuvo de vuelta en la casa de la rué Leplic, con esa prisa que da la curiosidad insatisfecha; el portero de la casa fumaba plácidamente su pipa a la puerta y un mozo de librea paseaba un caballo junto al muro. El portero parecía absorto en la contemplación de aquel caballo.

—Mírelo —dijo a Mr. Francis—; es un animal bellísimo… Y qué bien vestido va ese mozo… Pertenecen ambos al hermano de Mr. Vandeleur, que está de visita; creo que es un hombre muy importante en su país, un general o algo así… Seguro que ha oído hablar de él…

—La verdad es que nunca he oído hablar de ningún general Vanndeleur —confesó Mr. Francis—, pero es que hay tantos generales en nuestro ejército… Además, mis actividades siempre han sido exclusivamente civiles.

—Es el hombre que perdió el gran diamante de la India, de eso sí habrá oído hablar, porque ha salido en los periódicos —le dijo el portero.

Dio Mr. Francis las buenas tardes al portero y se dirigió a su habitación amansardada para asomarse de inmediato a la ventana. Entre las ramas del castaño vio a los dos caballeros, que hablaban cómodamente sentados mientras fumaban. El general, un hombre de rostro congestionado y de indudable porte militar, se parecía ciertamente a su hermano; tenía casi idénticas las facciones y un poco de su aire desenvuelto e imperativo, aunque

era algo más viejo, más bajo y quizás menos agresivo; era, en suma, como una caricatura benévola del viejo ex dictador del Paraguay; visto al lado de este parecía enfermo y escuálido.

Conversaban en voz más bien baja, inclinándose el uno hacia el otro sobre la mesa, con cara de mucho interés, ambos, en lo que se decían; Mr. Francis, por ello, apenas cogía al vuelo una palabra de cuanto decían, de vez en cuando… Mas lo poco que lograba oír le hizo saber que hablaban de él y de su futuro; varias veces pudo escuchar con bastante claridad que pronunciaban el apellido Scrymgeour, muy fácil de distinguir, por cierto, y también su nombre de pila, Francis.

Una de las veces, el general, con súbita cólera, exclamó violentamente:

—¡Mr. Francis Vandeleur! —decía insistiendo en este apellido—. ¡Te digo que se llama Mr. Francis Vandeleur!

El viejo ex dictador se inclinó entonces sobre su hermano, con un movimiento que era a medias de afirmación y a medias de desprecio, pero no pudo Mr. Francis oír desde su ventana lo que decía.

¿Era él mismo ese Mr. Francis Vandeleur al que se referían? ¿O quizás hablaban del nombre que debía utilizar en lo sucesivo y antes de su matrimonio? Pero ¿y si aquello que le parecía haber oído no era más que producto de sus imaginaciones, de su tonta petulancia? Siguió un largo rato en el que nada pudo escuchar. Más tarde le pareció que se iniciaba una agria discusión entre los hermanos; el general alzaba su voz, colérico.

—¿Mi esposa? —gritaba—. ¡Pero si he acabado con ella para siempre! No quiero ni oírla mentar… La sola mención de su nombre me pone enfermo —añadió, y dijo una palabrota descargando un fuerte puñetazo en la mesa.

Tuvo Mr. Francis la impresión, por los gestos que hacía, de que el ex dictador trataba de calmar al general, ahora con una solicitud cariñosa; después lo acompañó hasta la puerta de la calle, donde se despidieron estrechándose la mano y aparentemente diciéndose palabras amables, pero tan pronto cerró la puerta Mr. John Vandeleur comenzó a reírse a carcajadas… Parecía una risa burlona, despiadada; incluso diabólica, se dijo Mr. Francis Scrymgeour.

Pasó así un día más sin que pudiera sacar algo en claro. Recordaba Mr. Francis, empero, que al día siguiente ya sería martes y se dijo que habría de hacer algunas averiguaciones más para no perder el tiempo. Las cosas le podían salir bien o mal, pero sin duda alguna interesante habría de descubrir siempre y cuando no permaneciera de brazos cruzados. Si además le sonreía un poco la suerte, acaso llegara de una vez por todas a saber algo, al menos,

del misterio último en que parecía sumirse cuanto se refería a su auténtica familia. Vio, no obstante, que a medida que se acercaba la hora de la cena había una cierta actividad, bastante inusual, en la casa de las persianas verdes, como si se llevaran a cabo preparativos especiales. La mesa que mejor veía Mr. Francis, bajo el castaño, comenzó a utilizarse para la preparación de una gran ensalada, lo que hacía suponer que la otra mesa se destinaba a los invitados, la que quedaba más oculta a su vista. Mr. Francis apenas podía ver entre las hojas del castaño la blancura refulgente del mantel, el brillo de la cubertería de plata que ya se había dispuesto. Mr. Rolles no tardó mucho en hacer acto de presencia. Tenía un aire de absoluta desconfianza; hablaba poco y además en voz muy baja. El viejo ex dictador, por el contrario, se mostraba de excelente humor; su risa parecía juvenil de tan cristalina y franca como resonaba en el jardín. Por el tono y las modulaciones de su voz parecía contar alguna historia divertida, o chistes; imitaba los acentos de muchos países… Antes de que acabaran los entremeses pareció esfumarse en el joven clérigo toda suspicacia y ahora charlaban animadamente, como si fueran viejos compañeros de colegio reunidos tras largos años sin verse… Al fin hizo su aparición Miss Vandeleur, que llevaba una gran sopera; Mr. Rolles corrió presto a ayudarla, pero ella, entre risas, le dijo que no hacía falta. Dijeron algo, en broma, a propósito de aquella manera tan rústica de cenar.

—Aquí estaremos más tranquilos y frescos —dijo Mr. Vandeleur.

Cuando tomaron asiento a la mesa, acto seguido, Mr. Francis apenas pudo oír ya nada desde su ventana. Tenía la impresión, sin embargo, de que los allí reunidos se divertían bastante, pues el rumor que de sus voces le llegaba, y el tintineo de los cubiertos, era incesante bajo el castaño. Mr. Francis, por el contrario, tenía que conformarse con mordisquear a solas un mendrugo de pan; le pareció envidiable deleitarse con una cena como la que hacían ellos en el jardín, saboreando distintos platillos. Llegado el momento de servir un postre sin duda harto exquisito y refinado, el viejo ex dictador del Paraguay descorchó una botella de vino con gran solera. Como empezaba a oscurecer, prendieron unas velas y una lámpara en la mesa. La noche era despejada, sin viento, bajo un cielo preñado de estrellas. Salía hasta el jardín, además, la luz encendida en la casa, de manera que estaba iluminado aquella noche de manera extraordinaria. En la penumbra, las plantas y la hierba relucían.

Entró una vez más, acaso la décima, Miss Vandeleur en la casa, y volvió a salir al jardín al poco con una bandeja en la que llevaba un servicio de café, que puso en la mesa. Mr. Vandeleur se levantó presto para servirlos.

—Del café me encargo yo —le oyó decir Mr. Francis.

Vio a quien al parecer era su padre verdadero, al instante, de pie junto a la mesa de servicio.

Sin dejar de hablar, volviéndose por encima de su hombro para dirigirse al invitado, sirvió los cafés Mr. Vandeleur. Y con una destreza digna de un ilusionista vertió en una de ellas el contenido de un frasquito… Mr. Francis, que le miraba a la cara, apenas pudo darse cuenta de aquella maniobra, hasta que no la realizó tan veloz como diestramente el viejo… Volvió de inmediato Mr. Vandeleur, riéndose, junto a su invitado… Llevaba una taza en cada mano.

—Bueno —dijo—; pues antes de que acabemos nuestros cafés habrá hecho acto de presencia nuestro famoso judío…

La congoja de Mr. Francis Scrymgeour fue absoluta. Era testigo de que una terrible maldad se cocía allá abajo y nada podía hacer para evitarlo… ¿Y si fuera una broma?, trataba de tranquilizarse. ¿En qué situación tan desairada quedaría si osaba intervenir de manera tan tonta? Por otra parte, si aquello iba en serio, tenía que reparar en que el criminal bien podría ser su padre verdadero… ¿Es que sería capaz de denunciarlo a la policía sin que le remordiera la conciencia?

Cobró conciencia, acaso por vez primera desde que se había dedicado a vigilar la casa de las persianas verdes desde su ventana, de su condición de espía… Era testigo de algo que aún no sabía expresarse convenientemente, y a la vez una buena cantidad de sentimientos conflictivos le producían una fuerte opresión en el pecho. Desalentado, sudoroso y con el corazón palpitándole violentamente, se agarró a los postigos de la ventana preguntándose qué debía hacer… Así estuvo unos cuantos minutos, al cabo de los cuales le pareció que la conversación que se producía bajo el castaño iba decreciendo por momentos, se debilitaba, disminuía hasta casi hacerse el silencio… No le pareció, sin embargo, que ocurriera nada digno de mención, hasta que de repente oyó el ruido inequívoco de una copa que caía al suelo y se rompía en mil pedazos; luego, otro ruido ahogado, amortiguado, como de una cabeza que cae hacia adelante y golpea la mesa, pero sin violencia, intentando resistirse… Y un grito agudo, desgarrador, al que siguió una pregunta angustiada:

—¿Qué le has hecho? —dijo Miss Vandeleur—. ¡Está muerto!

El ex dictador dio a la joven una respuesta tan aguda y sibilante, que a pesar de decirla en voz baja pudo oírla Mr. Francis perfectamente desde su ventana.

—¡Cállate! —le ordenó—. No le pasa nada, está igual de sano que yo… Anda, agárralo de los talones, que yo le cojo por los hombros… Oyó Mr. Francis cómo lloraba Miss Vandeleur mientras hacía lo que el viejo le ordenaba.

—¡Cálmate, anda! —le dijo Mr. Vandeleur—. ¿O es que quieres discutir conmigo? Vamos, elige tú misma…

Tras una pausa volvió a tomar la palabra el ex dictador del Paraguay.

—Venga, cógele de los talones, que hay que llevarlo a la casa… Si fuera más joven, podría enfrentarme al mundo entero, si hiciera falta, sin necesidad de ayuda… Pero los años y los padecimientos me han debilitado los brazos y las manos… Por eso te pido ayuda.

—Esto es un crimen —se quejó la muchacha.

—Soy tu padre, así que obedece —respondió Mr. Vandeleur.

Aquello pareció acabar con las reticencias de la joven. Mr. Francis escuchó entonces el ruido que hacía el cuerpo al ser arrastrado por el camino de grava que conducía a la galería; vio al poco al padre y a la hija avanzar con dificultad, mientras arrastraban así el cuerpo por los talones y los hombros. El joven clérigo estaba muy pálido y desmadejado, la cabeza se le movía de un lado a otro, a cada paso de quienes lo arrastraban.

Mr. Francis no podía decir si estaba vivo o muerto; a pesar de lo dicho a su hija por el ex dictador, se inclinaba a pensar que estaba muerto. Había sido testigo de un crimen horrible, sin poder evitarlo; la calamidad caería de inmediato, por ello, sobre los habitantes de la casa de las persianas verdes, su familia… Sin embargo, descubrió Mr. Francis casi al tiempo que su compasión por la víctima se esfumaba poco a poco para preocuparse sólo de la muchacha y del viejo, a los que suponía en grave peligro a partir de entonces… Se le llenó el corazón, pues, de generosos sentimientos hacia su familia; si era preciso, ayudaría como fuese a su padre en contra de la humanidad entera y enfrentándose a la justicia y hasta al mismísimo destino… Así que levantó la persiana, cerró los ojos y se dejó caer con los brazos abiertos sobre las ramas espesas del castaño.

Naturalmente, cuando intentaba asirse a ellas, las ramas, o se quebraban bajo su peso, o se le iban de las manos; al fin una más gruesa lo atrapó bajo un brazo y quedó colgando durante unos diamante segundos; cuando consiguió soltarse cayó con estrépito sobre una de las mesas de madera. Un grito que se dejó sentir en la casa le hizo saber que su llegada no había pasado inadvertida. Más o menos repuesto, cruzó el jardín en varias zancadas y se plantó Mr. Francis ante la puerta de la casa.

Cuando entró vio que en un pequeño cuarto cubierto de esterillas y con vitrinas en las que había objetos realmente curiosos y extraños, Mr. Vandeleur se inclinaba sobre el cuerpo de Mr. Rolles para comprobar su respiración… Se puso alerta nada más ver allí a Mr. Francis, que apenas observó cómo en un abrir y cerrar de ojos el viejo quitaba algo del pecho al joven clérigo, algo que sostuvo un segundo en sus manos, algo que miró rápidamente, algo que entregó de inmediato a su hija para que lo guardara; todo, mientras Mr. Francis aún tenía un pie en el umbral de la puerta y el otro en el aire, justo antes de que el intruso se dejara caer de rodillas ante el viejo para gritarle:

—¡Padre! —dijo—. ¡Deja que te ayude! Haré cuanto me pidas sin preguntarte nada… Te obedeceré aun a costa de mi vida, si es preciso… Trátame como a un hijo y yo te demostraré la devoción propia de un hijo…

Por toda respuesta, el ex dictador le soltó una retahíla de denuestos e insultos.

—¿Cómo que padre e hijo? —le gritó después—. ¿Cómo que hijo y padre? ¿Qué comedia es esta? ¿Quién le ha dado permiso para meterse en mi casa? ¿Qué demonios quiere? ¿Quién demonios es usted, por el amor de Dios?

Mr. Francis, avergonzado y sin reacción, se puso de pie lentamente, rojo, en silencio… Entonces Mr. Vandeleur cayó en la cuenta de quién era y se echó a reír a carcajadas.

—¡Ah!, bueno, ya comprendo —dijo—. Es Mr. Scrymgeour… Pues muy bien, Mr. Scrymgeour… Permita que le explique, muy sucintamente, cuál es su situación… Ha entrado usted sin permiso en mi jardín y en mi casa, y además lo ha hecho en el momento menos propicio, cuando se me acaba de desmayar un invitado a la mesa… Y encima viene usted a importunarme con no sé qué ruegos de que sea su padre… Pues bien, entérese de una vez: yo no soy su padre, amigo mío; es usted el hijo bastardo de mi hermano y de una ramera… Como comprenderá, no me inspira usted más que indiferencia, por no decir desprecio… Y ahora que he tenido la ocasión de comprobar sus maneras, me parece que es usted lo que aparenta, todo un bastardo… Así que le ruego que me deje en paz y se largue, aconsejándole de paso que reflexione bien acerca de cuanto le he dicho. Y si no estuviera tan ocupado —añadió el ex dictador tras soltar una horrible blasfemia— le daría tal paliza que no le iba a quedar un hueso sano…

Mr. Francis no podía por menos que sentirse profundamente humillado. Se hubiera esfumado, de haber sabido cómo hacerlo. Tampoco sabía cómo

salir ahora de la casa a la que había llegado en tan mal momento, por lo que seguía clavado donde estaba, como un pasmarote.

Menos mal, para el pobre Mr. Francis, que Miss Vandeleur intervino.

—Padre —dijo—, no tienes por qué mostrarte tan enojado; Mr. Scrymgeour se ha equivocado, nada más, pero sin mala intención, no quería molestarte…

—Te agradezco —dijo el ex dictador— que me recuerdes que debo hacerle a Mr. Scrymgeour unas cuantas observaciones, sin violencia, eso sí… Mi hermano —dijo más apaciguado, dirigiéndose ahora al joven— ha sido tan imbécil que ha decidido concederle a usted una pensión anual… Y ha sido además tan idiota y petulante que no se le ha ocurrido otra cosa que proponer a esta joven, mi hija, como su prometida, caballero… Hace dos noches tuvo noticia de todo esto, y no puedo por menos que alegrarme de poderle decir ahora, Mr. Scrymgeour, que ha rechazado esa posibilidad, cosa que además le repugna… Añado también que tengo mucha influencia sobre su padre, y que nada me extrañaría que se quedase usted sin un penique y tuviera que volver en breve a su trabajo…

Aún era más humillante el tono de las palabras del viejo que lo que le decía. Mr. Francis se sintió cruelmente despreciado; la cabeza comenzó a darle vueltas y se echó a llorar cubriéndose la cara con las manos; era el suyo un llanto incontrolable y angustiado. Pero, de nuevo, Miss Vandeleur intervino para hacerle las cosas menos deshonrosas.

—Mr. Scrymgeour —le dijo con firmeza y claridad—, no tenga en cuenta las expresiones tan duras y desagradables de mi padre. Yo no siento repugnancia por usted; al contrario, pedí una oportunidad para conocerle mejor, ante la propuesta de mi tío, y en cuanto a lo sucedido esta noche, créame que tengo por usted tanta compasión como aprecio…

Mr. Rolles, en ese preciso momento, comenzó a mover compulsivamente uno de sus brazos, lo que tranquilizó a Mr. Francis por saberlo simplemente narcotizado y a punto de recobrarse. Mr. Vandeleur se inclinó sobre el joven clérigo y examinó con atención su rostro.

—Vamos, venga —dijo secamente, alzando después la cabeza—; ya es hora de poner fin a todo este drama… Ya que lo aprecia usted tanto, Miss Vandeleur, coja una vela y acompañe a este bastardo hasta la puerta…

La muchacha se dispuso a obedecer a su padre.

—Muchas gracias —le dijo Mr. Francis cuando salieron al jardín—. No sabe usted cuánto se lo agradezco… He pasado la noche más terrible y

amarga de mi vida, se lo aseguro; sólo su compañía me hará recordar con agrado este mal rato…

—Le aseguro que he dicho lo que sentía —terció la muchacha—; simplemente, trato de ser justa con usted… Lamento de veras lo que le han hecho.

Estaban ya en la puerta del jardín y Miss Vandeleur, dejando la vela en el suelo, descorrió el cerrojo.

—Sólo una palabra más —dijo Mr. Francis—. Me gustaría que no fuese esta la última vez… Quiero decir que si puedo volver a verla…

—¡Oh!, ya ha escuchado usted a mi padre —respondió ella—. ¿Qué otra cosa puedo hacer, aparte de obedecerle?

—Dígame, por lo menos, que si no me ve no es porque usted no quiera; dígame —insistió el joven— que si fuera por usted volveríamos a encontrarnos…

—Es verdad… Me gustaría verle otra vez —admitió la muchacha—. Creo que es usted un hombre honrado y valiente.

—Déjeme algo en prenda —le pidió Mr. Francis.

La muchacha se detuvo con la llave en alto. Ya había descorrido el cerrojo y quitado la tranca, por lo que no le quedaba más que abrir definitivamente la puerta.

—Si le doy algo en prenda —le dijo—, ¿prometerá hacer lo que le pida?

—No tiene ni que preguntármelo —respondió el joven. Abrió al fin la puerta.

—De acuerdo —dijo Miss Vandeleur—. No sabe usted lo que me pide, pero sea… Oiga lo que oiga, pase lo que pase, no se le ocurra regresar a esta casa. Váyase tan pronto como le sea posible a zonas por las que ande más gente. Pero no deje de mantenerse alerta, pues corre un peligro mucho más grave de lo que se imagina… Y prométame que no echará siquiera un vistazo a lo que voy a darle en prenda, hasta no hallarse en un lugar seguro…

—Se lo prometo —dijo Mr. Francis.

Puso Miss Vandeleur en la mano del joven algo envuelto en un pañuelo. De inmediato, con una fuerza inusitada, lo empujó a la calle para que se marchase.

—¡Vamos, salga corriendo de una vez! —le gritó.

Mr. Francis oyó que la puerta del jardín se cerraba con violencia. «Bueno, pues no me queda más remedio que cumplir lo prometido», se dijo y echó a correr en dirección a la rué Ravignan. Apenas se había distanciado cincuenta pasos de la casa de las persianas verdes cuando le llegó desde allí un griterío

infernal que alteraba el plácido silencio de la noche. Se paró de golpe, a pesar de lo que Miss Vandeleur le había pedido; otro hombre que por allí pasaba hizo lo mismo, para escuchar aquella bronca; en las casas del vecindario las gentes comenzaban a asomarse a los balcones y a las ventanas para enterarse de lo que sucedía; una explosión no hubiera alertado de tal manera al vecindario, de común tranquilo y poco transitado. Aquel escándalo, sin embargo, era cosa de un solo hombre, que aullaba preso del dolor y la rabia, como una leona a la que le hubieran quitado sus cachorros. No tardó mucho en escuchar Mr. Francis, entre aquellos rugidos, su propio nombre, seguido de mil insultos gritados en inglés.

Un primer impulso estuvo a punto de hacerle volver hasta la casa de las persianas verdes. Recordó entonces aquello que le dijera tan vivamente Miss Vandeleur e hizo lo que debía, que no fue sino alejarse de allí a la carrera… Se disponía a hacerlo cuando pasó junto a él, corriendo desaforadamente calle abajo, el ex dictador del Paraguay, con su blanca cabellera despeinada; iba tan furioso, lanzado como un proyectil de artillería, que ni reparó en su presencia. «De buena me he librado —se dijo Mr. Francis—; no sé qué le ocurre, no tengo idea de por qué está así de rabioso, pero parece evidente que será mejor que me mantenga lo más lejos que me sea posible de él… Sí, seguiré el consejo de Miss Vandeleur». Giró entonces y volvió a la calle Lepic, en dirección opuesta a la que seguía su perseguidor.

El plan no era, sin embargo, bueno; lo mejor hubiera sido sentarse en el café más próximo para esperar a que se calmaran las cosas, pero el joven Mr. Francis carecía por completo de la experiencia necesaria en esas pequeñas guerras que ofrece a menudo la vida, y además sus escasas actitudes personales para el enfrentamiento le hacían tratar de convencerse de que de nada malo era culpable, de manera, acabó diciéndose, que nada tenía que temer, salvo aguantar unos cuantos insultos más… Tampoco creía que Miss Vandeleur tuviera algo más que recomendarle… Se sentía agotado en cuerpo y alma; tenía el cuerpo cansado, golpeado, y el alma herida; se dijo que Mr. Vandeleur era dueño de una lengua verdaderamente sucia; reparó entonces en que iba por la calle, además de sin sombrero, con las ropas hechas jirones tras la caída sobre el castaño. Vio una tienda aún abierta y se compró un sombrero baratucho, de ala ancha; mejoró algo así su aspecto, pero no mucho, y se guardó lo que le había dado en prenda Miss Vandeleur en un bolsillo del pantalón. Pero no muy lejos de la tienda tuvo un encontronazo inesperado. Unas manos se le agarraron al cuello de pronto, vio una cara furiosa junto a la suya, una boca abierta que parecía dispuesta a morderle, sintió unas palabras

apenas inteligibles en el oído… El viejo dictador, al no dar en su carrera con la presa que seguía, tomó otro camino y se lo encontró de súbito… Mr. Francis era un hombre joven y fuerte, pero no era capaz de demostrarlo ante la violencia de su atacante, por lo que tras un breve forcejeo se entregó sin resistirse.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó al viejo.

—Ya hablaremos de eso en mi casa —le dijo con mucha violencia el ex dictador.

Se llevó a Mr. Francis casi a rastras, calle arriba, en dirección a la casa de las persianas verdes.

Mr. Francis, sin embargo, y aunque no se resistía, no dejaba de observar a su oponente, a la espera de un descuido; quería dar un golpe de audacia y liberarse, lo que consiguió cuando lo creyó oportuno… Dio un salto hacia adelante, dejando el cuello de su levita en las manos del viejo ex dictador y salió corriendo a toda velocidad en dirección a los bulevares… Ahora podía cobrar ventaja sobre su perseguidor; si bien es cierto que Mr. Vandeleur era fuerte y agresivo, y estaba acostumbrado a la lucha cuerpo a cuerpo, no lo es menos que el joven Mr. Francis era mucho más veloz y resistente a la carrera que él, pues estaba en la flor de su juventud, por lo que no le costó mucho despistarle ahora y perderse entre la multitud que llenaba los bulevares… Lejos ya de su perseguidor, el joven se sintió aliviado, no obstante seguir preguntándose el porqué de todo aquello. Así, pues, y aun desconcertado por cuanto le ocurría, se dirigió hacia la Plaza de la Opera, en la que lucía espléndidamente la iluminación eléctrica. «Seguro que ver esto encantaría a Miss Vandeleur», se dijo. Giró a la derecha, para seguir por los bulevares muy concurridos entonces, entrar en el Café Américain y tomarse una cerveza para recuperar el resuello… No podía decir si era demasiado tarde o demasiado temprano, pues no había más que tres mesas ocupadas en el local, todas por hombres, y él estaba en exceso ocupado con sus asuntos como para prestarles atención… Sacó entonces aquello que llevaba en el bolsillo, envuelto en un pañuelo. Resultó ser un estuche de tafilete con broche y adornos dorados; apretó un pequeño resorte y se abrió; vio el joven, no sin tanto espanto como asombro, un enorme diamante… Aquello era tan inexplicable, y el valor de la piedra tan enorme, lo supo nada más verlo, que Mr. Francis se quedó sin reacción, inmóvil, contemplando aquello que había en el estuche… La verdad es que parecía un idiota… Sintió entonces que una mano amable se le posaba en el hombro y que una voz amable, pero imperativa, le hablaba al oído:

—Cierre ese estuche y tranquilícese.

Levantó la vista y vio a un hombre aún joven, elegante y sobrio, de modales educados, que se le había acercado con un vaso en la mano.

—Cierre ese estuche —volvió a recomendarle el desconocido—. Métalo de nuevo en su bolsillo, donde, estoy seguro, no tenía que haber ido a parar nunca… Vamos, hágame el favor de eliminar de su rostro ese gesto de sorpresa, hombre, compórtese como si nos conociéramos de toda la vida y nos hubiésemos encontrado aquí por casualidad… Así, muy bien, eso es… Levante su jarra, como si brindáramos… Perfecto… No sé por qué, caballero, me da la impresión de que es usted un simple aficionado…

Sonrió aquel hombre al decirle lo último, pues daba a tales palabras un sentido muy especial… Luego se acomodó mejor en la silla de la mesa que ocupaban y dio una larga bocanada al veguero que fumaba.

—¿Quién es usted? Dígamelo, por Dios se lo pido —dijo Mr. Francis—. ¿Qué significa todo esto? La verdad, no sé por qué tengo que hacer caso de lo que me diga… Pero me han ocurrido tantas cosas insólitas en el día de hoy, he vivido unas aventuras tan desconcertantes, me encuentro una y otra vez con personas tan raras, que no sé si me he vuelto loco por completo o he ido a parar a otro planeta… Su rostro y sus maneras, caballero, me inspiran confianza, se lo confieso… Parece usted un hombre honesto y prudente, un caballero con experiencia de la vida, pero dígame, por Dios se lo pido, ¿por qué se ha dirigido a mí como lo ha hecho?

—Vayamos por partes —le dijo aquel desconocido—, primero haré yo las preguntas… Explíqueme cómo es que tiene en su poder el diamante del rajá…

—¡El diamante del rajá! —exclamó el joven.

—Yo, en su lugar, no hablaría tan alto —le dijo aquel hombre—. No hay duda de que eso que tiene en el bolsillo es el diamante del rajá… Lo conozco muy bien, pues lo he visto y examinado muchas veces en la colección de Sir Thomas Vandeleur…

—¡Sir Thomas Vandeleur! —repitió Mr. Francis—. ¡El general Vandeleur! ¡Mi padre!

—¿Su padre? —se extrañó el desconocido—. No tenía la menor idea de que el general tuviera hijos…

—Soy hijo natural, señor —dijo Mr. Francis, ruborizándose.

Aquel hombre, entonces, le hizo una grave y respetuosa inclinación de cabeza, como quien pide disculpas con enorme cortesía a un igual… Mr. Francis, sin saber muy bien por qué, se sintió aliviado y feliz por haber dado

al fin con un hombre educado que le hacía sentir más tranquilo. Se quitó entonces aquel sombrero barato que lleva, en señal de respeto.

—Me da la impresión de que esas aventuras vividas en el día de hoy, y a las que antes aludía, no han sido del todo apacibles —le dijo el desconocido —. Va usted hecho una pena, tiene arañazos en la cara, un corte en la sien… Perdone mi curiosidad, pero me gustaría preguntarle a qué se debe todo eso… Y, sobre todo, me gustaría preguntarle cómo ha ido a parar a su bolsillo un objeto robado y tan valioso…

—No, caballero —dijo Mr. Francis con vehemencia—, no puedo estar de acuerdo con usted… Yo no he robado nada… Si se refiere al diamante, le diré que me lo ha dado Miss Vandeleur, en la rué Lepic… Hace menos de una hora…

—¡Miss Vandeleur, en la rué Lepic! —repitió el desconocido—. No sabe usted cuánto me interesa lo que me cuenta… Pero, continúe, por favor…

—¡Cielos! —gritó Mr. Francis.

Recordó de pronto que había visto a Mr. Vandeleur tomar algo del pecho de su visitante narcotizado… Ahora estaba seguro: lo que había visto era un estuche de tafilete.

—¿Le ha venido a la cabeza alguna idea? —preguntó el desconocido.

—Mire —dijo Mr. Francis—; no sé quién es usted, pero me parece que puedo confiar, siempre y cuando se muestre dispuesto a ayudarme… Me encuentro en una situación realmente extraña, en un auténtico brete… Necesito consejo y apoyo; ya que me anima a ello, voy a contárselo todo…

Brevemente, pero sin dejarse nada, informó al desconocido de sus avatares últimos, a partir del día en que recibió en el banco la carta del bufete de abogados de Edimburgo.

—De verdad que es una historia notable —dijo el desconocido cuando Mr. Francis concluyó su relato—. La verdad es que está usted en dificultades, amigo mío… Y en peligro, para qué negarlo… Puede que alguien le aconsejaría acudir a su padre y hacerle entrega de ese diamante, pero yo no… ¡Camarero! —llamó.

El camarero se llegó hasta la mesa que ocupaban.

—Por favor, ¿puede decir al dueño de este café que venga? —dijo el desconocido y Mr. Francis volvió a notar en sus modales y en su tono que era un hombre de mando y respeto.

Poco después se acercaba a la mesa el dueño del café acompañado del camarero que había ido a buscarle. Aquel hombre hizo una muy respetuosa reverencia al desconocido.

—¿En qué puedo servirle, señor?

—Hágame el favor de presentarme ante este caballero, se lo ruego —dijo señalando a Mr. Francis.

—Caballero —dijo el dueño del café—, tiene usted el honor de compartir mesa con Su Alteza el príncipe Florizel de Bohemia.

Mr. Francis no pudo evitar ponerse en pie de golpe, haciendo una muy respetuosa reverencia al príncipe, quien le pidió que volviera a tomar asiento a su lado.

—Muy agradecido —dijo el príncipe Florizel al dueño del café, despidiéndole con un gesto—. Siento haberle molestado con algo sin la menor importancia… Y ahora —continuó dirigiéndose a Mr. Francis—, deme usted ese diamante, por favor…

Cambió de manos el estuche sin que se oyera una sola palabra.

—Bien hecho —dijo el príncipe Florizel—. Se ha guiado usted por sus buenos sentimientos, lo que al cabo hará que agradezca usted sus desventuras de esta noche, se lo aseguro… Un hombre, Mr. Scrymgeour, puede verse metido en mil problemas, pero si tiene un corazón noble y una inteligencia clara, sabrá salir siempre de ellos sin desdoro… Quede usted tranquilo y deje en mis manos sus asuntos, que con la ayuda de Dios podremos resolverlos… Sígame a mi coche, por favor…

El príncipe se levantó y dio un luis de oro al camarero; salió después del café, acompañado del joven, y lo llevó bulevar abajo, hasta donde aguardaba un coche discreto y dos criados sin librea.

—Pongo este coche a su disposición —dijo a Mr. Francis—. Recoja sus cosas cuanto antes, que mis criados lo llevarán a una villa a las afueras de París, donde podrá aguardar tranquilamente a que yo me haya encargado del caso, resolviéndolo, eso espero… Tendrá en esa villa un hermoso jardín, una buena biblioteca, un cocinero estupendo, una excelente bodega y unos cuantos cigarros, magníficos, por cierto, que le recomiendo se fume plácidamente… Jéróme —dijo entonces el príncipe a uno de los criados—, ya ha oído lo que he dicho, así que dejo a Mr. Scrymgeour en sus manos.

Mr. Francis apenas pudo decir unas palabras entrecortadas de agradecimiento.

—No se preocupe, ya me dará las gracias —le dijo el príncipe— cuando su padre lo haya reconocido cual merece y pueda desposar usted a Miss Vandeleur…

Sin decir más, el príncipe Florizel se marchó andando en dirección a Montmartre. Ya a cierta distancia, alzó la mano para llamar a un coche de

punto, subió, dio cierta dirección al cochero, y apenas un cuarto de hora después, tras apearse un poco más abajo de donde estaba la casa, llamaba a la puerta del jardín de Mr. Vandeleur.

Acudió el propio ex dictador en persona, con ciertas precauciones y bastante enfado.

—¿Quién es? —preguntó.

—Perdone lo intempestivo de la hora, que no es propia de cursar visitas, Mr. Vandeleur —dijo el príncipe.

—Su Alteza siempre será bien recibido en mi casa —dijo Mr. Vandeleur al ver quién era, abriéndole y haciéndose a un lado.

Entró el príncipe Florizel y fue directamente a la casa; abrió él mismo la puerta. Vio a dos personas, a Miss Vandeleur, con los ojos enrojecidos, de haber llorado mucho, y al joven que le había consultado en el salón de fumar del club de Londres sobre asuntos más que nada relacionados con la literatura.

—Buenas noches, Miss Vandeleur —dijo el príncipe—. Parece usted cansada… Y usted es ¿Mr. Rolles, quizás? Espero que haya estudiado convenientemente las obras de Gaboriau, caballero…

El joven clérigo, sin embargo, estaba demasiado postrado como para responderle algo; hizo una simple reverencia y continuó como ido, mordiéndose los labios.

—¿Y a qué debo el honor de su visita, Alteza? —preguntó Mr. Vandeleur, aún soprendido por la decisión con que el príncipe entró en su casa.

—Pues me traen por aquí los negocios —respondió el príncipe—. Tengo que tratar con usted de un asunto, y después me veré obligado a pedir a Mr. Rolles que me acompañe a dar un paseo… Mr. Rolles —dijo con cierta dureza—, permítame decirle que aún no he tomado asiento…

El religioso se puso de pie de un salto, tratando de musitar una excusa; tomó entonces asiento el príncipe en un sillón, junto a la mesa, dio su sombrero a Mr. Vandeleur y su bastón a Mr. Rolles, y no les invitó a que se sentaran, como si fueran sus criados… Empezó a hablar el príncipe:

—Caballeros —dijo—, he venido hasta aquí, como ya he dicho, por un negocio; si lo hubiera hecho por gusto, les aseguro que no hubiese podido sentirme más molesto con el recibimiento que me han dado ni más incómodo con su compañía… Usted, caballero —dijo mirando a Mr. Rolles—, ha demostrado ser bastante desconsiderado con una persona de rango superior… Usted, Mr. Vandeleur, no deja de sonreír, pero sabe muy bien que su proceder no es el digno de un señor, pues no se puede decir que tenga las manos precisamente limpias… No, no me interrumpa —dijo enérgico—, que he

venido a hablarle y no a escucharle; sólo le pido que me escuche con atención y respeto, y que siga después mis instrucciones… Su hija contraerá matrimonio cuanto antes, en nuestra Embajada, con mi buen amigo, Mr. Francis Scrymgeour, el hijo reconocido de su hermano… Y me hará usted el favor de darle una dote a su hija, no menor de la suma de diez mil libras… En lo que a usted respecta, le encomendaré por escrito cierta misión de importancia en Siam, así que dígame, con no más de dos palabras, a ser posible, que está de acuerdo con mis condiciones.

—Su Alteza sabrá perdonarme, pero le ruego, con el mayor de los respetos, que me permita hacer un par de observaciones —dijo Mr. Vandeleur.

—Adelante.

—Su Alteza ha dicho que Mr. Scrymgeour es su amigo —dijo el ex dictador—, y créame que de haberlo sabido le habría tratado con el debido respeto, dado el honor que usted le hace al concederle su reconocimiento.

—Se defiende usted con mucha habilidad, amigo mío —dijo el príncipe —, pero de nada le sirve hacerlo. Mis órdenes ya están dadas; y le aseguro que, aunque jamás hubiese visto a ese caballero, antes de esta noche, por nada del mundo cambiaría esas órdenes.

—Su Alteza demuestra, ante mis palabras, su habitual sutileza —dijo Mr. Vandeleur—; pero, lamentablemente, he denunciado a Mr. Scrymgeour a la policía, por robo… Dígame, ¿retiro esa denuncia, o qué hago?

—Haga lo que le dé la gana —respondió él príncipe Florizel—. Es cosa de su conciencia, caballero, y de las leyes francesas… Deme mi sombrero, por favor, y usted, Mr. Rolles, alcánceme el bastón y venga conmigo… Miss Vandeleur, le deseo muy buenas noches. Supongo —añadió dirigiéndose ahora al ex dictador— que su silencio quiere decir que acepta sin reservas cuanto he ordenado…

—Si no hay más remedio que someterse, lo haré —dijo Mr. Vandeleur—, pero tenga por seguro Su Alteza que no será sin resistirme…

—Es usted un anciano, caballero —dijo el príncipe—, y quizás por eso la maldad sea en usted aún más deshonrosa; su vejez es mucho más infame que la más pérfida juventud… Se lo advierto, no me tiente ni provoque, o comprenderá usted que puedo ser increíblemente violento, mucho más de lo que podría imaginar… Es la primera vez que se cruza en mi camino y no sabe cuánta cólera despierta en mí… Así que procure no volver a hacerlo…

Sin más, el príncipe Florizel hizo al joven clérigo una seña para que lo siguiera, salió de la casa y se dirigió rápido hacia la puerta del jardín. El viejo

ex dictador del Paraguay los seguía alumbrándoles con una vela; después se apresuró a descorrer el cerrojo y a abrirles la puerta.

—Ahora que no está presente su hija —le dijo el príncipe—, quiero decirle que la trate con el debido cariño y respeto; levántele usted la mano, y le aseguro que al instante sufrirá una desgracia tan inmediata como irreparable.

Agachó la cabeza sin decir palabra el viejo, pero nada más volverle la espalda el príncipe le hizo un gesto furioso de amenaza. Un poco más tarde se dirigió a la parada de coches de punto más próxima.

Aquí —dice mi árabe— concluye el cuento de La casa de las persianas verdes. Una aventura más —añade —y habremos concluido El diamante del rajá. *Los habitantes de Bagdad conocen el último eslabón de esta cadena como* La aventura del príncipe Florizel y el detective.

La aventura del príncipe Florizel y el detective

El príncipe Florizel acompañó a su hotel a Mr. Rolles. Mucho hablaron de camino, y mucho se conmovió el clérigo por la severidad y la ternura que se daban a un tiempo cuando el príncipe le afeaba su conducta.

—He arruinado mi vida —dijo Mr. Rolles—. Sólo usted me puede ayudar, dígame qué debo hacer… Confieso no poseer las virtudes de un sacerdote ni la sabiduría de un pícaro…

—Ahora que ha reconocido usted con tanta sinceridad sus errores, yo no tengo qué decirle —respondió el príncipe—; quien muestra arrepentimiento sólo debe responder ante Dios, pero jamás ante un príncipe… Así y todo, y si de verdad le interesa conocer mi opinión, le recomiendo que ponga rumbo hacia Australia… Búsquese allí una ocupación manual, trabaje al aire libre y olvídese de que en un tiempo fue religioso… Y olvide también que tuvo la desgracia de poner los ojos y sus manos en esa maldita piedra preciosa…

—¡Y tan maldita, sí! —dijo Mr. Rolles—. Por cierto, ¿quién la tiene? ¿Qué maldad reserva esa piedra a sus nuevos dueños?

—No, descuide; ya no causará más daño a nadie —dijo el príncipe—. Mire, aquí la tengo, en mi bolsillo… Ya ve usted que, a pesar de su juventud, confío en su bondad y en su arrepentimiento…

—Permita que le estreche la mano —le pidió Mr. Rolles.

—Aún no —dijo el príncipe.

Aquellas palabras parecieron harto elocuentes al joven clérigo; cuando el príncipe se dio la vuelta para marcharse, dejándolo ante la puerta del hotel, se quedó embebecido mirándole mientras invocaba a los cielos para que bendijeran a aquel hombre por los buenos consejos que daba.

Varias horas estuvo el príncipe paseando a solas por calles poco concurridas. Absorto en sus pensamientos, la verdad es que no sabía qué hacer con el diamante del rajá, si devolverlo a su propietario, a quien juzgaba, sin embargo, indigno de guardar tal joya, o si adoptar una medida tan valiente como la que suponía tirarlo lejos, donde ningún hombre pudiera hallarlo jamás. Cosa tan seria, sin embargo, no podía resolverla de un plumazo. La piedra había llegado a sus manos de manera poco menos que providencial;

así, cuando la sacaba de su bolsillo y la miraba bajo la luz de las farolas, su tamaño y su brillo extraordinario le hacían tenerla, cada vez con mayor convicción, por un objeto maligno, y más que eso: peligroso para el mundo. «Que Dios me ayude —se decía—; si la sigo contemplando yo también me rendiré a su brillo».

Indeciso aún, se dirigió entonces a la pequeña pero elegante mansión próxima al río que desde mucho tiempo atrás perteneció a su estirpe. Las armas de la Casa de Bohemia lucían en la puerta principal y en las altas chimeneas; la gente que pasaba por la calle podía contemplar un patio ajardinado ornado de hermosas plantas y flores deliciosas. Una cigüeña, la única de París, había tomado por su morada el tejado de la mansión, atendida por diligentes y muy sobrios criados. De tarde en tarde se abrían los portones y un carruaje cruzaba las arcadas para salir a la calle. Era una residencia que placía mucho al príncipe, por varias razones, por ejemplo, porque cuando iba allí tenía esa sensación que tanto alegra los corazones, de sentir que se llega al hogar, cosa que a menudo los grandes hombres no pueden permitirse. Aquella noche, al acercarse a su casa, vio con alivio que las ventanas de la planta superior estaban iluminadas.

Iba a entrar por una pequeña puerta que daba a una calle lateral, como solía hacerlo, y un hombre, que hasta entonces había permanecido oculto, se cruzó en su camino y le hizo una reverencia.

—¿Tengo el honor de hablar con el príncipe Florizel de Bohemia?

—Tal es mi título —dijo el príncipe—. ¿Qué se le ofrece?

—Soy detective y tengo el encargo de hacer entrega a Su Alteza de esta nota del prefecto de la policía.

Tomó el príncipe Florizel aquella nota y la leyó bajo la luz de la farola más próxima. Se le pedía, entre disculpas respetuosas, que siguiera al detective hasta la prefectura de policía sin demora.

—Parece que estoy detenido —dijo el príncipe.

—Su Alteza —dijo el detective—, le aseguro que nada más ajeno a las intenciones del prefecto… Como puede observar, no se trata de una orden de detención sino de una simple formalidad. Si lo prefiere usted, de un favor que Su Alteza puede hacer a nuestras autoridades…

—¿Y si me negara a acompañarle?

—No puedo ocultar a Su Alteza que se me ha dado una amplia capacidad de acción para hacer frente a cualquier eventualidad —dijo el detective, inclinándose respetuosamente.

—Debo confesarle que tanta insolencia me deja atónito —dijo el príncipe —. Claro que usted no es sino un policía que cumple órdenes, y debo excusarle por ello… Mas, sus superiores… Le aseguro que pagarán cara su osadía. ¿Puede decirme a qué se debe un acto tan imprudente y tan ilegal? Y observe que aún no he aceptado ni rechazado acompañarle; dependerá que haga una cosa u otra de lo que me conteste, así que le ruego lo haga con celeridad y sin mentiras, ya que me plantea usted una situación incómoda y de cierta gravedad.

—Su Alteza —dijo el detective con mucho respeto—, el general Vandeleur y su hermano han tenido la increíble osadía de acusarle de un robo… Dicen que el famoso diamante del rajá obra en su poder, Alteza… Pero una palabra suya que niegue estas acusaciones bastará para que el prefecto se quede tranquilo; es más, si Su Alteza se dignara honrar a un simple detective como yo con esa palabra, no tendré otra cosa que hacer sino pedirle excusas en el acto y marcharme, dejándole tranquilo.

El príncipe Florizel, que hasta entonces no había considerado aquello más que como una aventura que acaso pudiera tener ciertas repercusiones internacionales, comprendió al oír de labios del detective el apellido Vandeleur que el asunto podía ser más grave. Así, pues, se hallaba en entredicho su honor. ¿Qué hacer? ¿Qué decir? El diamante del rajá era, ciertamente, una piedra maldita. Y él parecía a punto de convertirse en la última de sus víctimas. Claro está, no podía hacer lo que el detective le pedía, sino ganar tiempo. Apenas dudó.

—De acuerdo —dijo—, vayamos a la prefectura.

El detective le hizo otra respetuosa inclinación de cabeza y echó a caminar dos pasos por detrás del príncipe.

—Acérquese —le dijo el príncipe—, que prefiero ir conversando… Me parece que no es la primera vez que nos vemos, ¿me equivoco?

—Es un honor que Su Alteza se acuerde de mí —dijo el detective—. Tuve el placer de hablar con usted hace ocho años…

—Recordar los rostros forma parte de mi trabajo, tanto como del suyo —dijo el príncipe Florizel—. Bien pensado, un príncipe y un detective pertenecen a un mismo ejército… Luchamos contra el crimen, aunque debo reconocer que mi cargo es mucho más lucrativo, mientras que el suyo ofrece mayores riesgos. Bueno, tanto usted como yo podemos resultar honorables a cualquier persona, y eso es lo que importa… Aunque le pueda parecer extraño, le aseguro que preferiría ser un detective honesto antes que un rey débil e innoble.

—Su Alteza hace el bien para devolver una maldad —observó el detective, que parecía abrumado—. Responde a un acto de sospecha con la más grande condescendencia…

—¿Y cómo está seguro usted de que no intento corromperle? —le preguntó el príncipe.

—¡Que el cielo me ampare ante esa posibilidad! —exclamó el detective.

—Me satisface oírle decir eso —reconoció el príncipe—, pues demuestra con ello que es usted tan honrado como sagaz. El mundo es muy grande y está lleno de cosas hermosas y caras, no hay límite para las recompensas que uno puede ofrecer, si se tercia hacerlo… Hay quien rechaza un millón, pero sólo porque puede hacerse con un imperio o una mujer a cambio de su honor… Yo mismo he tenido ofrecimientos tan tentadores e irresistibles, tentaciones que tanto hacen que se tambalee la virtud más convencida, que al final me he alegrado de hacer como usted, pedir la protección del cielo para librarme… Quizás sea por eso por lo que tanto usted como yo podemos caminar tranquilamente de noche por esta gran ciudad, con la tranquilidad que nos da saber que tenemos el corazón limpio.

—He oído decir a todo el mundo que es usted un hombre valiente —dijo el detective—, pero compruebo ahora que además es sabio y piadoso… Dice usted cosas muy ciertas, y lo hace además con un tono conmovedor… El mundo es la mejor piedra de toque que se ofrece a la virtud…

—Bien, estamos en mitad del puente —dijo entonces el príncipe—; mire hacia abajo… Así como corre el agua bajo el puente corren las pasiones de la vida arrastrando con ellas a menudo la honestidad de los hombres… Permítame, por favor, que le refiera una historia…

Imitando al príncipe, el detective se apoyó en la barandilla, dispuesto a escuchar. La ciudad dormía; de no ser por las luces infinitas que se veían por doquier, y por los edificios que parecían alzarse hacia el cielo, era como si se hallaran en pleno campo, a la vera de un río.

—Un general —comenzó a decir el príncipe Florizel—, un hombre de valor y conducta intachables, que por sus muchos merecimientos había alcanzado un grado reseñable y un rango social elevado, un hombre admirado y de gran respeto, dio en visitar en mala hora para su espíritu a un rajá de la India que le mostró sus exquisitas colecciones de joyas… Vio así un diamante extraordinario, grande, refulgente… Ya partir de ese momento no tuvo más que un deseo, hacerse con la preciosa pieza. Para ello, incluso aceptó el riesgo de sacrificar su honor, su buen nombre, el aprecio generalizado que tenía de todos, el amor hacia su país. Así, haciendo dejación de sus obligaciones,

estuvo tres años sirviendo al bárbaro dueño del diamante, como Jacob sirvió a Labán… Consintió, por ello, asesinatos, faltó el respeto debido a las lindes fronterizas, llegó a condenar y a ejecutar a un compañero de armas que exigió al rajá honestas pretensiones de libertad. Y llegada una situación de extremo peligro para su país, traicionó a los hombres de los que era máximo jefe militar, que fueron derrotados y muertos a miles… Pero hizo una gran fortuna y regresó a su país con el preciado diamante… Transcurrieron los años y digamos que, a causa de cierto accidente, se quedó sin su piedra —prosiguió el príncipe tras una breve pausa—, que fue a parar a las manos de un joven tan simple como inocente, un erudito de la palabra de Dios, un clérigo que estaba en los inicios de su provechosa carrera… Dicho joven tampoco resultó ajeno al influjo poderoso y maligno de la piedra brillante; dejó todo aquello en lo que se afanaba y empleaba para escapar con el diamante a un país extranjero… El jefe militar, por su parte, tenía un hermano, hombre avezado en mil duelos, violento, avaro, sin escrúpulos; por una serie de circunstancias llegó a conocer el secreto del joven clérigo… ¿Qué cree usted que hizo? ¿Cree que se lo contó todo a su hermano, que denunció al religioso ante la policía? No, caballero, nada de eso… Aun a riesgo de cometer un crimen espantoso, narcotizó al joven clérigo para apoderarse de la ansiada piedra… Mas, por obra y gracia del azar, por una serie de circunstancias que no son importantes para ilustrar la fábula moral que pretendo exponerle, el diamante pasó a manos de otro joven igualmente ajeno a toda maldad, quien, muerto de miedo ante lo que había caído en sus manos de manera tan extraña, entregó la joya a una persona del mayor rango y distinción, alguien por encima de toda sospecha… Permítame decirle que ese jefe militar al que he aludido se llama Sir Thomas Vandeleur —siguió diciendo el príncipe Florizel tras otra breve pausa—, y que la piedra en cuestión no es otra que el famoso diamante del rajá… Bien, pues aquí la tiene usted —y se la mostró el príncipe abriendo su mano.

El detective no pudo evitar un grito de sorpresa mientras daba un paso atrás.

—Usted y yo hemos hablado largo y tendido de la corrupción —dijo el príncipe—; bien, pues para mí, esta piedra, este cristal tan brillante, es un objeto tan abominable como si hubiera brotado entre los gusanos de un cadáver, o como si estuviera bañada en sangre de inocentes… Veo este diamante brillar en mis manos y creo que brilla con el fulgor del fuego del infierno… Cuanto le he contado antes no es más que una centésima parte de su historia real; no puedo ir más allá en mis suposiciones, pero imagino las

maldades que desencadenó esta piedra en otros tiempos más remotos, los crímenes y las traiciones a que abocó a otros hombres… Pero creo que ha llegado el momento de gritar ¡basta! Sí, ¡basta de sangre, basta de deshonor, basta de tantas vidas destrozadas y de tantas amistades rotas por su culpa! Todo tiene un fin, amigo mío; tanto el mal como el bien siempre llegan a su final; como la peste y como la más deliciosa de las músicas acaban… Que Dios me perdone si acaso obro mal, pero creo que en esta noche ha de acabarse el maligno influjo de este diamante.

Hizo entonces el príncipe un brusco movimiento con su mano y la maravillosa gema, describiendo una luminosa parábola en el aire, fue a caer al fondo del río.

—Amén —dijo el príncipe Florizel después, gravemente, como si concluyera el rezo de un responso—. Acabo de dar muerte a un auténtico basilisco…

—¡Dios mío, qué ha hecho usted! —se espantó el detective—. ¡Acaba de arruinar mi carrera!

—Me parece —dijo el príncipe, sonriente— que muchas personas de gran fortuna que viven en esta ciudad envidiarían su ruina, caballero…

—¡Oh!, ¿acaso Su Alteza pretende corromperme, así y todo? —se extrañó el detective.

—Puede que no haya otra solución —dijo el príncipe Florizel—. Pero, dirijámonos ahora a la prefectura…

No pasó mucho tiempo antes de que se celebrara el matrimonio entre Mr. Francis Scrymgeour y Miss Vandeleur… El príncipe Florizel apadrinó el casamiento, en representación del novio… Los hermanos Vandeleur oyeron algún rumor de lo que en verdad había acontecido con el diamante, algún rumor poco concreto, sin embargo, lo que les llevó a financiar unas cuantas prospecciones en el Sena, que no sirvieron más que para llamar la atención y entretener durante un rato a los ociosos que por allí paseaban… Claro que, a causa de un error de cálculo, buscaron justo en un tramo en el que era imposible que hubiera ido a parar el diamante…

En lo que al príncipe Florizel se refiere, una persona de elegancia sublime, cabe decir que su papel en esta historia concluye tal y como se ha expresado un poco antes, y que, junto con el *autor árabe*, podría esfumarse en el espacio, entre vueltas y revueltas… Mas, si acaso ocurre que el lector insiste en su afán de recibir informaciones más exactas al respecto, le diré que me es muy grato comunicarle que no hace mucho tiempo una revolución lo despojó definitivamente del trono de Bohemia, en parte por sus constantes ausencias

de su país, y en parte también por su dejadez de los asuntos relacionados con la cosa pública, por lo que Su Alteza se ha visto obligado a abrir un salón de fumar y tabaquería en la Rupert Street de Londres, un lugar muy frecuentado por exiliados extranjeros varios y otras personas interesantes… Yo mismo voy por allí con alguna frecuencia para fumarme tranquilamente un buen cigarro, por lo que puedo dar fe de que el príncipe Florizel es una persona de tanto interés como el que pudo tener en sus días de esplendor máximo. Hay que ver su porte mayestático tras el mostrador… Y si bien no es menos cierto que la vida sedentaria y el cese de las aventuras han obligado a que utilice en el presente chalecos de mayor talla, no cabe duda de que se trata del tabaquero más apuesto de Londres.

EL PABELLÓN EN LOS *LINKS*

CAPÍTULO I
Aquí se cuenta mi acampada en el Bosque de Graden y mi observación de una luz en el pabellón

Fui un joven solitario que disfrutaba de algo que me hacía sentir muy orgulloso, ser distante y autosuficiente. Puede decirse que no tuve amigos, que apenas tuve tratos con la gente, hasta que conocí a quien después se convirtió en mi esposa y en la madre de mis hijos. Hasta entonces, sólo había tratado a un hombre, Mr. Northmour, de Graden Easter, Escocia, al que conocí en la Universidad, no obstante no nos sintiéramos atraídos el uno por el otro, y a pesar de que tampoco gozábamos de un mínimo grado de intimidad; pero nos resultaba fácil relacionarnos. Nos creíamos misántropos, eso es… Ahora, sin embargo, me parece que sólo éramos dos bichos raros que siempre estaban de mal humor…

No teníamos la relación que es propia entre compañeros, sino que llevábamos una especie de coexistencia que no alteraba nuestra carencia de un ánimo sociable. Mr. Northmour, que era un hombre de carácter violento, sólo mantenía la calma conmigo; respetaba mi silencio, me permitía ir y venir cuando y como me placiera, y yo, naturalmente, respetaba y toleraba su presencia sin mayor problema, pues sabía que nada tenía de qué preocuparme… En el fondo, me parece que nos teníamos por amigos.

Mr. Northmour consiguió concluir al fin sus estudios, mas yo hube de abandonar la universidad sin hacerlo. Me invitó entonces a El pabellón Graden Easter, donde empecé a familiarizarme con lo que sería el lugar de mis próximas aventuras. La gran mansión de Graden estaba en plena campiña, en un lugar umbrío que distaba unas tres millas de las costas del Mar del Norte. La mansión, tan enorme como un castillo, había sido levantada en piedra blanca; batida por los furiosos vendavales que llegaban del mar, era

húmeda y fría; aunque consistente, en su interior parecía en ruinas, lo que hacía difícil que dos hombres jóvenes vivieran con las comodidades mínimas. Pero allí estábamos, en el norte del país, en una región que parecía abandonada, entre verdes extensiones de tierra llana alterada apenas por lomas, colinas y bancales de arena. La mansión tenía anejo un pequeño pabellón con mirador, de construcción más moderna, ideal para que allí conversaran dos jóvenes. Mr. Northmour y yo pasamos allí cuatro meses de un duro invierno pródigo en tempestades. Hablamos muy poco, sin embargo, pero leímos mucho; la verdad es que rara vez nos relacionábamos fuera de la hora en que hacíamos nuestras comidas.

Pude quedarme más tiempo allí, pero una noche de marzo hubo una pequeña discusión entre nosotros y decidí marcharme. Mr. Northmour habló acaloradamente de algo que apenas recuerdo y creo que salté, dándole una respuesta no menos virulenta; dejó él la silla en la que estaba y se abalanzó sobre mí para agarrarme con violencia; digamos, sin miedo a la exageración, que me vi obligado a luchar denodadamente para salvar mi vida, y que no sin esfuerzo conseguí al fin neutralizar su ataque; aunque éramos más o menos iguales en fuerza y talla, su cuerpo parecía esconder al mismísimo diablo… Llegada la mañana del día siguiente, sin embargo, nos saludamos como si nada hubiese ocurrido, pero consideré conveniente marcharme y él no intentó que me quedara.

Hasta que pasaron nueve años de aquello no volví a visitar aquella región; viajé entonces en un carromato cubierto en el que disponía de un hornillo para cocinar; de día hacía el trayecto a pie, junto al carro, y de noche acampaba, unas veces al pie de alguna colina, otras bajo un árbol suficientemente frondoso. Así fui por una gran parte de las regiones limítrofes entre Inglaterra y Escocia. Como carecía casi por completo de amigos, o de simples conocidos, no tenía la necesidad de alterar mi rumbo para cursar una visita, ni me veía en la necesidad de acudir a cualquier oficina de servicios, salvo a la de mis abogados, ocasionalmente, no más de un par de veces al año, para hacer cualquier trámite. Me gustaba mucho llevar aquella vida y creía sinceramente que los caminos, recorridos en solitario, me ayudaban a madurar día a día, aunque también albergaba el temor de morirme cualquier día en un talud, tirado en cualquier parte. Mi única ocupación consistía, pues, en hallar cada día un lugar escondido en donde acampar, llegada la noche, sin que nadie pudiera molestarme. Y recordé el viejo pabellón de las verdes marismas, que se alzaba en el mismo condado por el que iba. No había letrero alguno que prohibiera transitar aquellas tres millas, y el pueblo más próximo

estaba a seis o siete millas… A lo largo de diez millas, y con una extensión a lo ancho de entre media milla y tres millas, según los tramos, se expandía aquel cinturón inculto hacia el mar; en la playa, que ofrecía un paso natural, era difícil caminar, sin embargo, porque sus arenas parecían semejantes a las movedizas, de tan peligrosas. La verdad es que no hay en todo el Reino mejor sitio para esconderse y pasar inadvertido, así que decidí de golpe quedarme una semana entera en el bosque de Graden Easter; para llegar tuve que hacer, empero, una larga jornada de viaje; arribé cuando se ponía el sol, en un día tormentoso de septiembre.

Como ya he dicho, la región, más que de campiñas, en realidad, lo era de llanuras y lomas y colinas arenosas; hay una palabra escocesa, *links*, que sirve para dar nombre a las arenas que se amontonan, solidificándose, hasta cubrir la hierba. El pabellón se alzaba en un terreno perfectamente llano. Un poco más allá se cerraba el bosque donde crecían agrupados los sauces batidos por el viento; entre los árboles y el mar se veían algunas colinas breves; una gran roca había hecho a su alrededor una especie de parapeto de arena, y en la línea de la costa se veía un promontorio alto entre dos bahías poco profundas. Detrás de la corriente, la roca ofrecía un corte filoso para formar una pequeña isleta de forma llamativa. Con la bajamar alcanzaban las arenas movedizas una extensión enorme; tenían una fama terrorífica, aquellas arenas, en todo el país; las gentes aseguraban que en las proximidades de la costa un hombre podría desaparecer en ellas apenas en cuatro minutos y medio… Mas puede que tanta precisión carezca de base comprobada…

Poblaban la región conejos y gaviotas en gran cantidad; esa especie de lamento que emiten las gaviotas llenaba de continuo el aire en los alrededores del pabellón en los *links*… En el verano, sin embargo, los días eran luminosos y el paisaje alegre; mas en cuanto caía septiembre, y con la anochecida, un viento terrible y un oleaje espantoso que parecía amenazar incluso tierra llana, no hacía sino evocar naufragios y marinos muertos… Recuerdo estas impresiones de un día en que vi a lo lejos un barco, bogando entre las olas, y en la playa un madero, un resto de un naufragio, clavado tétricamente en la arena de la playa.

El pabellón en los *links*, levantado por un tío de Northmour, su primer propietario, que era un artista manirroto y bastante estúpido, no parecía acusar ni el paso ni las inclemencias del tiempo. De dos plantas y estilo italiano, en el jardín que lo rodeaba, sin embargo, no crecían más que flores silvestres; cuando las contraventanas estaban cerradas no daba la impresión desde el exterior de que estuviese abandonado, al contrario, parecía que jamás lo

hubieran habitado. Northmour, como de costumbre, no estaba allí, sino en su barco, contrito como siempre; o acaso haciendo una de sus tan raras como extravagantes apariciones en sociedad. Pero yo, como es lógico, no tenía forma de averiguarlo; aquel lugar tenía un aire de absoluta desolación que llenaba de congoja incluso a un hombre como yo, habituado a la soledad y a los parajes inhóspitos; aullaba el viento entre las chimeneas y parecía un lamento profundamente angustiado, una queja extraña. Así y todo, tirando yo del caballo, me adentré más allá de las lindes del bosque, con la vaga sensación de hacer algo propio de un furtivo, como si me dirigiera a un lugar prohibido.

El bosque de Graden, aquel paraje costero y frío, había sido creado por la mano del hombre para guardar sus cultivos y atemperar la violencia de los vientos que arrastraban arena. Según se adentraba uno en él, yendo desde la costa, se veían primero los sauces, después una suerte de valladar de matas y matojos altos unos y cortos los otros, pero que ofrecían una sensación de consistencia. Aquello parecía una escena en la que se produjera un silencioso drama de fuerzas en conflicto; si los árboles se balanceaban sin cesar en las noches de tempestad fuerte del invierno, después, en la primavera, las hojas de los árboles volaban por doquier, siempre batidas por el viento, y en el otoño el bosque parecía al fin incapaz de ofrecer resistencia a los vientos por haber quedado desfoliado. Un poco más allá, se producía una pequeña elevación en el terreno que culminaba en una colina leve, lo que junto a la isleta servía de punto de orientación a los barcos, obligándolos a poner rumbo al Este para no estrellarse contra las pendientes de Ness y Bullers. A los pies de la colina corría un arroyo entre los árboles, que arrastraba hojas, ramas tronchadas, barro, piedras, y dejaba auténticas lagunas de légamo aquí y allá. Según decía Northmour, un par de casitas en ruinas que había desperdigadas, no más, por el bosque, eran viejas ermitas en las que en tiempos se guarecieron piadosos monjes que allí quisieron apartarse del mundo.

Así andando, me topé con una caverna pequeña, a cuya entrada brotaba un manantial de agua purísima; allí mismo, tras limpiar el suelo de zarzas y de piedras, monté mi tienda de campaña y encendí una hoguera para darme calor y preparar algo de comer. Até mi caballo un poco más allá, al comienzo del bosque, en una zona en la que el animal tenía buenos pastos. La entrada de la caverna ocultaba la lumbre y me protegía del viento racheado, frío y violento.

Estaba ya acostumbrado a la vida espartana, a la frugalidad; rara vez bebía otra cosa que no fuese agua y pocas veces comía algo más que simples gachas… No precisaba de muchas horas de sueño; por lo general me

despertaba antes de que amaneciese y seguía tumbado, contemplando las estrellas que aún había en el cielo, hasta que clareaba. Allí, en mi guarida, quedé dormido sobre las ocho de la tarde, de modo que cuando eran las once de la noche ya estaba despierto, recuperado y fresco, sin sueño ni cansancio. Fui a sentarme junto al fuego para contemplar cómo se agrupaban las nubes para desaparecer al poco en lo más alto, tapadas por las copas de los árboles frondosos. Presté toda mi atenta escucha al ulular del viento y al clamor de las olas rompiéndose en la costa, durante un buen rato; me cansé de la postura en la que estaba, al cabo, y abandoné aquella mi inactividad, abandoné la guarida que me prestaba la bien protegida entrada de la caverna y me puse a deambular por el bosque, aunque sin alejarme en exceso de mi base. La luna nueva, aún oculta por la neblina, me ofrecía una luz débil pero suficiente para guiarme, aunque se hacía más intensa cuando comencé a bajar por la pendiente que llevaba a la zona de llanos. El viento cargado de salitre y yodo marino, también de arena, sacudió mi cara con tanta fuerza que tuve que protegérmela.

Cuando alcé de nuevo la cabeza y abrí los ojos vi que había una luz encendida en el pabellón; era una luz que se veía de ventana en ventana, lo que indicaba que alguien paseaba de habitación en habitación con una vela o con una lámpara en la mano. No pudo por menos que sorprenderme aquello, y quedé unos segundos como en éxtasis. Había creído, cuando llegué por la tarde, que nadie había en el pabellón, me pareció que la casa estaba sin habitar por aquellos días, así que lo primero que se me pasó por la cabeza fue que hubiera ladrones que se dedicaban a saquear los armarios de Northmour y a tratar de llevarse cuantas más cosas pudieran… Me dije también que podía ser cosa no de una persona, sino de varias… Aunque, ¿qué podría llevar a unos ladrones hasta un lugar como Graden Easter? Observé además que las contraventanas estaban abiertas, cuando unos ladrones hubieran cuidado de cerrarlas, para no ser vistos desde el exterior. Por lo tanto, deseché la idea de los ladrones y me dije que seguramente Northmour acababa de llegar y estaba echando un vistazo al pabellón en los *links* al tiempo que lo ventilaba.

Ya he dicho que entre este hombre y yo no había una amistad auténtica; mas aunque le hubiera querido como a un hermano, amaba yo tanto la libertad, mi soledad, por aquellos días, que hubiese evitado su compañía en cualquier caso. Me fui de allí rápidamente; de vuelta en mi refugio, ante la lumbre, me sentí bien, muy contento, pues había evitado toparme con él… Por lo menos tenía una noche más para disfrutarla a solas… Y llegada la mañana podría largarme de allí antes de que Northmour decidiera salir a dar

un paseo por los alrededores del pabellón. O quizás cursarle una breve visita… Ya veríamos…

Sin embargo, la irrupción de la mañana me procuró una situación tan cómica que no me quedó más remedio que dejar de lado mi misantropía… Tenía a Northmour a tiro… Pensé gastarle una broma, aunque sabía bien que no era precisamente un hombre con el que uno pudiera andarse con chanzas… No obstante, riéndome para mis adentros, disfrutando ya del susto que le iba a dar, me moví un poco para situarme en el lugar más adecuado, entre un grupo de sauces que había en las lindes del bosque, desde donde dominaba por completo con la vista el pabellón en los *links*, con la puerta de entrada justo al frente. Me resultó extraño ver de nuevo cerradas las contraventanas. Bajo la luz del día, aquella casa, pintada de blanco y con sus verdes enrejados, parecía realmente hermosa… Estuve aguardando creo que durante horas, sin que se viera rastro de Northmour; yo sabía bien que por las mañanas era hombre un tanto perezoso, que se tomaba las cosas con calma, pero cuando llegó la hora del mediodía me cansé… La verdad es que me había hecho a la idea de tomar un buen desayuno en el pabellón y a aquellas alturas de la mañana comenzaba a sentir hambre de veras; además me daba rabia no poderle dar el susto pretendido… Pero como ya no soportaba seguir más tiempo en ayunas, abandoné mi escondite y salí del bosque. Según me acercaba al pabellón, comencé a experimentar una vaga sensación de incertidumbre, si no de inquietud. No es que hubiera cambiado algo desde la noche anterior, salvo la luz del día, evidentemente, pero me desasosegaba no ver por allí señales de vida. Las ventanas estaban cerradas, de las chimeneas no salía humo, la puerta principal tenía echado el cerrojo… Claro que, me dije, acaso Northmour utilizara la puerta trasera; tal fue la conclusión que saqué de aquello, pero, imagínense mi sorpresa cuando tras dar un rodeo a la casa comprobé que la puerta de atrás estaba igualmente cerrada.

Aquello me hizo volver a mi primera intuición, a la que me dijo que acaso hubiera ladrones en el pabellón; no puedo ocultar que me sentí culpable de no haber hecho algo entonces… Pero eché un vistazo detenido a las ventanas de la primera planta, por el exterior, y comprobé que estaban intactas, que no habían sido forzadas. Igual los cerrojos de las dos puertas, la principal y la de atrás… No podía sino preguntarme cómo habrían hecho los ladrones, si es que en efecto eran ladrones, para meterse en la casa; quizás hubieran subido al tejado del ala norte del pabellón, para meterse por la ventana del cuarto donde tenía Northmour sus útiles de fotografía, o para haberse deslizado por la habitación contigua, la que utilizaba yo cuando viví aquí. Seguí lo que me

pareció tenían que haber sido forzosamente sus pasos más lógicos, y subí al tejado. Pero comprobé que las ventanas de esas dos habitaciones de las que he hablado estaban perfectamente cerradas. Forcé un poco una de ellas, sin embargo, y se abrió de golpe, causándome un corte en la mano. Durante un minuto estuve tratando de restañar la sangre con mi saliva, como un perro, aunque no por ello me desinteresé del paisaje que contemplaba desde allí arriba, por encima de las llanuras y la costa. Vi una goleta grande, varias millas al Nordeste. Al fin abrí del todo la ventana y me metí en la casa.

Hice una inspección detenida de todas sus dependencias. No podría explicar lo muy desconcertado que me sentí. Todo estaba en un perfecto orden, lo que no dejaba de resultar extraño. Las habitaciones estaban muy limpias y bien ordenadas, la sensación que daba verlas era muy grata; los fuegos del hogar, prestos para ser encendidos; vi hasta tres habitaciones amuebladas con un lujo impropio de Northmour, con las jarras de los aguamaniles llenas de agua y las camas perfectamente hechas. En el comedor, una mesa dispuesta para tres personas y un magnífico surtido de viandas frías en una cómoda aneja, carne de aves y verduras… Parecía evidente que el morador de la casa aguardaba la llegada de dos invitados, al menos… Pero ¿a santo de qué, si Northmour odiaba tener compañía? ¿Y por qué había dispuesto todo aquello de noche y a escondidas? Más aún: ¿Por qué estaban corridos los cerrojos de las puertas y cerradas las contraventanas?

No me entretuve mucho más. Borré las huellas de mi subrepticia visita y salí de allí por la ventana, por donde me había metido, no sin cierta aprensión… La goleta que antes había visto parecía fondeada en el mismo lugar; se me ocurrió pensar que podría tratarse del *Conde Rojo* y que allí venían los invitados de Northmour… Pero la proa de la embarcación apuntaba en sentido contrario.

CAPÍTULO II
Donde se refiere el desembarco nocturno de la goleta

Volví a mi caverna para preparar algo de comer, pues ya necesitaba alimento, así como para atender a mi caballo, del que me había despreocupado durante toda la mañana. De vez en vez me asomaba un poco a las lindes del bosque, pero no observé cambio medianamente significativo en el pabellón en los *links*. Ni vi a persona alguna por las proximidades en lo que transcurrió del día. Fuera del paisaje habitual, la goleta era el único elemento extraño que se ofrecía a mi vista; daba la impresión de bogar a barlovento, pero sin dirección concreta; la verdad es que no se movía. Pero cuando comenzó a caer la noche la vi más próxima, lo que me hizo pensar con más convicción en mi intuición primera de que acaso llegaran allí los invitados de Northmour. Estuve seguro de que alcanzarían la costa cuando ya hubiera oscurecido por completo, y no sólo porque tal manera de proceder se correspondía perfectamente con el carácter de Northmour, sino porque hasta las once de la noche la pleamar no cubriría la Colina Helada y las marismas que parecían poner a salvo de invasores la costa.

El viento había ido cediendo en intensidad a medida que transcurría el día, y lo mismo había pasado, en consecuencia, con el oleaje. Se hizo al fin una noche muy cerrada. Ahora soplaba de nuevo un viento racheado, como los disparos de un cañón. A veces caía un chaparrón durante unos minutos, y entonces sí, se avivaba el oleaje y la marea parecía ir a dominarlo todo. Yo, apostado desde el observatorio que me ofrecía la amplia entrada de la caverna, vi a través de los sauces que se prendía una luz en el mástil de la goleta; ahora estaba el barco muy cerca de la costa, mucho más que la última vez en que lo avistara, ya de atardecida. Supuse que se trataba de un aviso para Northmour, o acaso para gentes relacionadas con él, que estuvieran en la costa aguardando la llegada de sus invitados. Salí, pues, de mi escondite, para bajar hasta la zona más llana y tratar así de enterarme al fin de lo que acontecía.

Había una senda estrecha que cruzaba el bosque justo por sus lindes; una senda que se extendía después desde el pabellón a la mansión. Vi entonces una luz a menos de un cuarto de milla de donde me hallaba, una luz que se acercaba velozmente; como la luz tremolaba, me dije que seguramente lo era de un candil y que la persona que la portaba iba por una zona accidentada, de recodo en recodo y de piedra en piedra, pues parecía trastabillar e incluso retroceder en ocasiones, dependiendo de cuán fuerte resultara una ráfaga de viento… Me oculté en la zona más arbolada para seguir mejor con la vista el discurrir de aquel extraño, que resultó ser una mujer. Lo supe porque pasó a muy poca distancia de donde me hallaba escondido y pude comprobar su figura y sus rasgos; era la anciana que había cuidado de Northmour cuando niño, una mujer tan silenciosa en sus maneras como sorda… Estaba claro: fuese el que fuese aquel asunto, ella le prestaba su ayuda. Oculto en la oscuridad, aprovechándome de los recodos del camino y de las alteraciones del terreno, la seguí a corta distancia; lógicamente, la sordera de la pobre mujer hacía el resto, así como el ulular del viento y el rugido de la mar… Entró al fin en el pabellón, subió a la segunda planta y encendió una lámpara, que puso en el poyete de una de las ventanas que daban al mar; fue hacerlo y apagarse a un tiempo la luz en el mástil del barco. Era su manera de avisar a los del barco que se les esperaba en el pabellón en los *links*. La anciana, en efecto, seguía trajinando en la casa; aunque las contraventanas estaban ahora semicerradas, se veía ir y venir la luz de un lado a otro; después, un centelleo de chispas y un chisporrotear de troncos, a los que siguieron unos resplandores inequívocos, me avisaron de que ya estaban prestos los fuegos del hogar.

No tuve la menor duda de que Northmour y sus invitados desembarcarían tan pronto la marea cubriera la parte a la que apuntaba la goleta. La verdad es que el oleaje y el viento que se habían levantado ya de noche hacían casi imposible arriar un bote, y sentí gran curiosidad, no sin temor, por saber cómo procederían al desembarco… Ya he dicho que mi viejo conocido era un tipo bastante excéntrico, por no decir que muy raro; pero me parecía entonces que cuanto rodeaba todo aquello, las circunstancias así de curiosas que se iban sucediendo, iban más allá de la rareza o de la excentricidad; cosas, en fin, que sugerían una cierta prevención, si no por el desconcierto que inspiraban, sí por lo lúgubres que parecían. Animado por sentimientos que reconocía como contradictorios, bajé hasta la pequeña playa y me tumbé de bruces, oculto tras una hondonada, a unos tres metros del camino que conducía al pabellón. Un punto de observación idóneo para ver quiénes desembarcaban… Me dije que,

si eran conocidos, podría salir de mi escondite para saludarles, tan pronto hubieran pisado tierra… No pasó mucho tiempo. Poco antes de las once de la noche, cuando aún la pleamar no era completa y resultaba peligroso desembarcar, vi la luz de un barco cerca de la costa, lo que me alertó; y otra luz de un nuevo barco, aún más lejana; una luz que se agitaba con violencia, desapareciendo una vez y otra entre las olas. La tempestad comenzaba a ser fuerte y amenazaba con empeorar a medida que lo hacía la noche, y la situación de la goleta, ahora a sotavento, obligaba a un desembarco inmediato.

Pasaron en breve cuatro tripulantes, a muy poca distancia de donde me hallaba, guiados por un quinto hombre provisto de un candil; llevaban un pesado arcón. Los recibió la anciana criada a la entrada del pabellón y volvieron de inmediato hasta la playa, portando ahora otro arcón aún más grande que el que habían bajado del barco, si bien parecía pesar menos por la diligencia con que lo portaban… Hasta tres veces hicieron lo mismo; en la última, uno de los hombres cargaba una gran maleta de cuero y los otros dos un baúl de mujer y una bolsa de viajero. Claro está, mi curiosidad ante aquello aumentaba por momentos; la presencia de una mujer entre los invitados de Northmour significaba un cambio considerable de actitud por su parte, una renuncia formal a sus teorías sobre la existencia. Mi curiosidad, ya digo, era muy grande… Mientras Northmour y yo compartimos el pabellón en los *links* aquel recinto fue un auténtico templo de la misoginia; ahora, empero, un ser perteneciente al género femenino, tan despreciado entonces, parecía instalarse bajo el techo de mi antiguo conocido… Recordé, sin embargo, algunos detalles que me parecieron significativos ahora: el primor con que estaban decoradas las habitaciones, la limpieza de la casa. Me reproché haber sido tan estúpido como para no sospechar siquiera las razones de todo aquello, que ahora se me hacían más que evidentes. Entretenido estaba con esas reflexiones cuando una lámpara que venía de la costa arrojó luz cerca del lugar en donde me hallaba, portada por un hombre al que sin embargo no veía bien, y que guiaba hacia el pabellón a dos personas más; eran, tenían que serlo, los invitados para los que se había dispuesto la mesa con las viandas. Naturalmente, traté de ver de quiénes se trataba; uno era un hombre de gran estatura, tocado con un sombrero grande, de viaje, que casi le tapaba la cara, y embozado con una larga capa. Nada más podía decirse de él, salvo lo anterior, que era desmesuradamente alto y que caminaba con un andar pesado, como exhausto. A su lado iba, no sé bien si apoyándose en él o dándole apoyo, una mujer joven y de muy buen porte, incluso de mucha finura y delicadeza…

Una mujer muy pálida, aunque, entre la penumbra apenas dilucidada por la lámpara, era difícil discernir bien sus rasgos; más aún, entre las sombras podía haber sido terriblemente fea, como una maldición, o tan hermosa como más tarde la descubrí. Justo cuando pasaban a mi lado oí algún comentario que hizo, aunque no pude entenderlo pues se lo llevaba el viento fuerte que soplaba.

—¡Silencio! —ordenó sin embargo su acompañante.

Algo en el tono imperativo que usó me llenó de desazón, provocándome un escalofrío. Pareció que se expresaba desde un terror absoluto y recóndito, a punto de aflorar. Nunca una palabra tan breve me pareció tan expresiva; aún resuena en mi cabeza aquella voz, y aquella palabra, cuando me hallo postrado por un estado febril, o cuando de noche, en la vigilia, me asaltan antiguos terrores.

Aquel hombre, al ordenar a la mujer que guardara silencio, se volvió colérico hacia ella y apenas pude verle una barba pelirroja y una nariz rota de muchos años, como si se la hubieran partido cuando era joven. Le brillaban además los ojos muy claros con una conmoción realmente impresionante, de una forma muy poco tranquilizadora… Siguieron en silencio el camino que conducía al pabellón en los *links*.

En pequeños grupos, uno tras otro, fueron regresando los marinos de la tripulación a la breve playa por la que habían tocado tierra. El viento me llevó la voz ronca y aguardentosa de uno de ellos, que gritaba: «¡Apartaos!» Entonces, tras un breve lapso, vi otra luz de una lámpara, y al que la portaba, Northmour, que iba solo.

Mi esposa y yo, un hombre y una mujer, habíamos coincidido muchas veces al preguntarnos cómo era posible que en una misma persona, en Northmour, en concreto, se dieran a la vez tanta apostura y tamaña repulsión. Es cierto que tenía toda la planta y los modales de un auténtico caballero, y que en su cara se leían perfectamente la inteligencia y el valor; sin embargo, una mirada atenta y más en profundidad, aun cuando se mostraba realmente amable y amistoso, te hacía albergar la impresión de hallarte ante un auténtico capataz de esclavos… Nunca he conocido a un hombre con un carácter tan vesánico y explosivo como el suyo, además de vengativo… En Northmour se daban a un tiempo la vivacidad del sur y la adusta indolencia del norte, y ambos rasgos, además, se reflejaban perfectamente en su rostro, lo que denotaba peligro; para colmo, era alto, fuerte y muy activo; de pelo negro y tez morena, era, como ya he señalado, un hombre apuesto y arrogante, aunque de expresión poco fiable.

Ahora mostraba una palidez inusitada en él. Parecía además enojado, no hacía más que torcer la boca de un lado a otro y miraba a todas partes con recelo según iba andando, como un hombre que se viera acosado por mil aprensiones o que temiese un asalto inminente. No obstante todo esto, me dio la impresión de que se sentía exultante, como si fuera todo un triunfador o como si le faltara muy poco para alcanzar el éxito apetecido. En parte por consideración hacia él, una consideración que, empero, le demostré muy tarde, y en parte por darme el gusto, tan apetecido, de sorprenderlo con mi aparición imprevista, quise hacerle saber de mi presencia justo en aquel preciso momento, así que salí de mi escondite y di un par de pasos al frente.

—¡Northmour! —le grité.

Jamás en todo lo que he vivido me he llevado una sorpresa tan grande, pues saltó contra mí sin decir una palabra; vi que algo brillaba en su mano y pronto noté que me apuntaba directamente al corazón con un puñal. Pero pude rehacerme a tiempo, esquivarlo y derribarle; acaso por mis reflejos, o por su indecisión última, el caso es que el puñal sólo me rozó levemente el hombro, mientras con la empuñadura me golpeaba violentamente en la boca.

Salí huyendo a toda prisa, pero no fui muy lejos. Ya sabía de las posibilidades que para esconderse bien ofrecían aquellos *links* de arena, que lo mismo valían para agazaparse clandestinamente o para tender una celada, por lo que, a no mucha distancia de donde había tenido aquel encontronazo con él, me arrojé al suelo, sobre la hierba crecida; vi que su lámpara se alejaba por la pendiente… Aún estaba atónito cuando le vi entrar en el pabellón y cuando escuché desde donde me encontraba con qué violencia corría el cerrojo y ponía la tranca a la puerta.

Pero no me había perseguido. En realidad, había escapado de mí tanto como lo hice yo de él… El bueno de Mr. Northmour, al que consideraba el más osado e intrépido de los hombres, ¡había escapado de mí! No podía dar crédito a lo que decían mis pensamientos; la verdad es que no lograba encajar una sola pieza de aquel rompecabezas que se ofrecía a mis entendederas. Me preguntaba el porqué de aquel secreto adecentamiento del pabellón, el porqué de ese desembarco nocturno de sus invitados, en el peor de los momentos, cuando más rugía el viento, con la pleamar aún sin hacerse… Y sobre todo, ¿por qué había querido matarme? ¿Acaso no había reconocido mi voz? Un puñal como el que llevaba, ni siquiera un cuchillo convencional, parecían armas impropias de los tiempos que corren… Un caballero que toma tierra desde su barco, muy cerca de su posesión, aun en circunstancias como aquellas, en las que se pudiera sentir amenazado, en plena noche y bajo el

fragor de la tempestad, no anda preparado para un ataque por sorpresa tan cerca de su propia casa, en la que es normal que se sienta seguro…

Cuanto más pensaba en todas estas circunstancias más extraña se me hacía su reacción y más grande era mi perplejidad. Me puse a contar con los dedos de la mano, para hacer la más conveniente relación de hechos, las cosas extrañas que me habían ocurrido en tan poco tiempo, o las que había presenciado. El pabellón en los *links* había sido acondicionado en secreto para recibir a unos invitados; estos desembarcaban aun a riesgo de sus vidas y aun a costa del peligro evidente que corría el barco; los invitados, o al menos uno de ellos, parecían aterrorizados por algo, aunque no era posible ver por allí cosa alguna que pudiera hacerles sentir así… El propio Northmour había tratado de acuchillarme, a mí que fui la única persona con la que aceptó convivir un tiempo relativamente largo, y sin que mediara excusa para ello en mi actitud, pues no hice más que llamarlo por su nombre… Por último, y esto es lo más sorprendente, Northmour huyó rápidamente del hombre al que había querido acuchillar, para encerrarse en su pabellón como si en vez de haber escapado yo también lo persiguiera hasta su casa… Eran unas cuantas circunstancias, al menos seis, dignas de sorpresa y por las que hacerse muchas preguntas.

Confuso, avergonzándome incluso por no ser capaz de dar respuesta a todas aquellas cosas, ni siquiera a una sola, comencé a notar el dolor de la leve herida que había recibido en el hombro. Caminé escondido entre los *links* hasta meterme en el bosque por un corte del camino; por allí, a varios metros de distancia, me crucé con la vieja criada de Northmour, que se dirigía a la mansión de Graden alumbrándose con una lámpara. Digamos que aquello constituyó la séptima sospecha del caso, pues daba la impresión de que la criada vivía en la vieja y gran mansión mientras Northmour y sus invitados se aprestaban a hospedarse en el pabellón, sin requerir su ayuda. Allí se ocultaba algún secreto, me pareció evidente, pues precisamente esto último no casaba con lo más lógico; era raro, por lo menos, que Northmour y sus invitados tuvieran que arreglárselas para limpiar, recoger las cosas, todo eso…

Seguía pensando en todo aquello mientras me dirigía a mi guarida. Una vez allí, y para no dejar la menor pista, pisoteé los rescoldos de la hoguera y prendí un candil para verme la herida de hombro. No me dolía en exceso, pero sangraba mucho; así que me lavé con el agua Iría del arroyo y me vendé el hombro con un trozo de tela lo mejor que pude hacerlo, pues la postura era incómoda. No había acabado de hacerlo y ya declaraba en mis pensamientos la guerra a Northmour y a sus malditos misterios. La verdad es que no soy un

tipo especialmente agresivo y me atrevo a decir que me animaba más la curiosidad que el resentimiento… Así y todo, la guerra había sido declarada; para afrontarla, saqué el revólver que llevaba conmigo, le quité las balas, lo limpié bien y lo cargué de nuevo poniendo mucho cuidado en cada una de estas operaciones. Luego me acordé de mi caballo: si se soltaba y corría por ahí, o si relinchaba, delataría con ello mi presencia en la zona, así que lo saqué de donde lo había atado; cuando ya había amanecido lo llevé por la parte más llana hasta el cercano pueblecito de pescadores.

CAPÍTULO III
Aquí se cuenta cómo conocí a mi esposa

Anduve dos días merodeando por las cercanías del pabellón en los *links*, aprovechándome de lo irregular de aquella tierra para ocultarme convenientemente. Acabé con ello convirtiéndome en todo un experto en las técnicas del rastreo y el ocultamiento. Las bajas lomas y los barrancos pequeños eran para mí como cortinas, bien que oscuras, que me preservaban de la vista de los otros y que mantenían fuera de toda sospecha mi actividad, acaso poco honesta… A pesar de esas evidentes ventajas que me ofrecía el terreno, sin embargo, nada enlos *links* de interés descubrí ni de Northmour ni de sus invitados.

Todos los días, la vieja criada llevaba desde la mansión al pabellón provisiones en una cesta cubierta cuidadosamente. Northmour y la joven, algunas veces juntos, aunque por lo general por separado, paseaban un par de horas por la playa, cuidando de no acercarse a las arenas movedizas. Era un paseo secreto, claro, pues no podía observárseles más que desde el mar; aunque yo lo dominaba perfectamente desde donde me apostaba, desde un alto *link* de arena, casi una colina, y desde allí veía bien a Northmour, o bien a la joven… Aquel hombre desmesuradamente alto de la primera noche había desaparecido… No lo vi atravesar una sola vez el umbral de la puerta, ni asomarse a una ventana, aunque la verdad es que no me acerqué en exceso a la casa pues desde el pabellón se dominaba perfectamente la zona de llanos y podía haber sido descubierto. De noche sí me acercaba, amparado en la oscuridad, pero las ventanas de la planta baja parecían fortificadas como para resistir un largo asedio. En algún momento llegué a pensar que aquel hombre alto estaba enfermo y guardaba cama, pues recordaba la dificultad con que caminaba, pero acabé diciéndome que a buen seguro había abandonado el lugar en un momento en que no lo vigilara yo, quedando Northmour y la joven dama solos en el pabellón. Debo confesar que la sola idea de que así fuera, me disgustaba ya entonces…

No creía, sin embargo, que se diera algún tipo de relación entre ambos, ni mucho menos que estuvieran casados, lo dudaba firmemente. Aunque no podía oírles cuando paseaban juntos, y aunque no estaba lo suficientemente cerca de ellos como para poder escrutar sus expresiones, era evidente que mantenían cierta distancia, incluso una más que clara rigidez en sus maneras; de aquello podía colegirse que no se conocían mucho o que no se tenían excesivo aprecio… La joven dama andaba más aprisa cuando la acompañaba Northmour y se entretenía, sin embargo, cuando paseaba sola. Naturalmente, creía que una mínima atracción entre un hombre y una mujer hubiera hecho el paso de ambos más demorado; más aún, ella siempre procuraba mantenerse por lo menos a dos metros de él y parecía usar la sombrilla para guardar esa distancia, si Northmour se le acercaba un poco más, lo que intentaba a menudo. La joven dama, además, andaba por la playa en diagonal, entonces, como para dificultarle al máximo el acercamiento; una manera de caminar, la suya, que los hubiera llevado sin remedio al agua, pero justo cuando se acercaba a la orilla la mujer variaba el rumbo, dejando a Northmour en una situación difícil, entre ella y el mar. A mí me divertían aquellas maniobras de la dama, que me sacaban una sonrisa.

En la mañana del tercer día la joven dama salió a pasear sola; pude comprobar entonces, no sin sorpresa y hasta con preocupación por ella, que lloraba.

No creo necesario decir que para aquel entonces ya sentía algo especial hacia ella en mi corazón. Andaba con firmeza, sin embargo, no exenta de una suave elegancia; llevaba siempre alta la cabeza, lo que le confería una gracia indecible; era digna de admiración, de contemplación, en cada paso que daba; para mis ojos no era otra cosa que un dechado de distinción y dulzura. Fue aquel un día luminoso, tranquilo y soleado; la mar estaba bella, aunque el viento soplaba incesante, con cierta violencia.

Se fue al fin ella, mas volvió a pasear más tarde, acompañada entonces por Northmour… Y aún no habían hecho más que andar unos pasos cuando vi cómo él se llegaba a su altura y le tomaba una mano, con bastante inelegancia; se resistió ella, exhalando una queja, profiriendo un lamento, casi un grito de angustia. Me levanté sin considerar la situación en que me hallaba; iba ya a bajar a la playa cuando vi a Northmour que hacía una profunda y respetuosa inclinación con la cabeza, dedicada a la dama, como si le pidiera disculpas, por lo que me oculté de nuevo. Observé que hablaban; Northmour, dedicándole otra galante inclinación de cabeza, destocado ahora, la dejó sola en la playa y se dirigió al pabellón, pasando muy cerca de donde me ocultaba.

Lo vi arrebolado, casi rojo, con un aire terrible de amenaza, golpeando fuertemente en el suelo con su bastón a cada paso. Me satisfizo especialmente comprobar en él las señales que le había dejado nuestra pelea: tenía un gran corte bajo el ojo derecho y un fuerte moratón en el arco superciliar.

La joven dama permaneció inmóvil un largo rato en el mismo sitio en que él se había despedido de ella, como si contemplase embelesada el mar por encima de los picos de la isleta. Mas al poco, como quien decide quitarse de encima todas las preocupaciones que lo atormentan, como quien supera una duda, con paso vivo y resuelto, comenzó a caminar hacia donde se iniciaba la zona de arenas movedizas.

Me dio toda la impresión de que se había despistado, de que no sabía dónde pisaba. Un par de pasos más y su vida correría gran peligro; no pude evitarlo; me deslicé por la ladera del *link* que me ocultaba, casi un precipicio en ese punto, y corrí hacia ella pidiéndole a voces que no diese ni un paso más… Claro está, nada más oírme se detuvo y se giró para mirarme. No parecía asustada, al contrario; mostraba una gran serenidad y comenzó a caminar hacia donde me encontraba, con el porte de una auténtica reina… Yo vestía como un simple pescador, estaba descalzo… Salvo por el fajín egipcio que llevaba en la cintura para ocultar el revólver, parecía un tipo absolutamente vulgar. Seguramente me tomó en un principio por alguien del pueblo próximo, por un pescador que anduviese por la playa en busca de cebo… Pero cuando nos miramos a la cara sus ojos quedaron fijos en los míos, como pidiéndome una amable explicación del porqué de mi presencia y alarma.

Su belleza me deslumbró; era mucho más hermosa de lo que ya me había parecido desde arriba. Me impresionaba de ella su aire de gran seguridad, su pudorosa elegancia; algo, en fin, frío y a la vez atrayente, que había en sus maneras… Debo señalar que así era mi mujer; con una dignidad un poco a la antigua añadía a su hermosura un valor exquisito, la naturalidad que le era propia, lo que siempre se agradece en una dama por suponer el más correcto de los comportamientos.

—¿Qué ocurre? —se limitó a preguntarme entonces.

—Se dirigía usted —le dije— hacia la Colina helada…

—Usted no es de aquí, ¿verdad? —me preguntó—. Habla como un hombre cultivado…

—Creo que me puede tomar por tal —le respondí—, a pesar de las pintas que luzco…

Su agudeza femenina ya se había percatado de la calidad de mi fajín egipcio.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Qué hermoso fajín! Eso lo delata a usted…

—Habla usted de delatar —señalé—, y en ese mismo orden de cosas, ¿podría pedirle que no delatara mi presencia? Salí de mi escondite sólo con la intención de avisarla de un peligro, pero si Mr. Northmour supiera de mi presencia en este lugar, le aseguro que me irían mal las cosas…

—¿No sabe usted con quién está hablando? —me preguntó entonces.

—Supongo que no con la esposa de Mr. Northmour, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza sin dejar de mirarme a los ojos, como si me estudiara, con cierto incomodo tímido por mi parte.

—Tiene usted la expresión de un hombre honrado —dijo—, así que, haga usted honor a su rostro, y dígame cuáles son sus temores… ¿De verdad cree que yo podría perjudicarle? No, por favor, no… Es usted quien podría hacerme daño, aunque la verdad es que no parece una mala persona, al contrario… Pero, dígame, ¿qué hace un caballero como usted espiando en un lugar tan desolado como este? ¿A quién vigila o persigue?

—No persigo a nadie —le respondí—, y la verdad es que tampoco tengo miedo de enfrentarme con nadie… Me llamo Cassilis, Frank Cassilis, y llevo una vida errante por simple gusto, por decisión propia y bien meditada… En tiempos fui amigo de Mr. Northmour, aunque hace tres noches, cuando en este mismo lugar quise saludarlo, me apuñaló en el hombro…

—¡Era usted! —exclamó ella.

—No sé por qué lo hizo —continué sin prestar atención a su sorpresa—; es algo que no puedo explicarme, y la verdad es que ya no me preocupa… No soy hombre de muchas amistades, pero tampoco soy de los que se rinden y se marchan por una amenaza o ante una actitud como la suya… Llevo acampado en el bosque de Graden desde antes de que él regresara al pabellón, y juzgue usted misma si mi actitud es amenazante, dígame si le parezco dispuesto a hacerle daño a usted, o a cualquier otra persona… Si me cree peligroso, actúe en consecuencia y dígale dónde estoy; dígale que acampo en el Hemlock Den, y que si le apetece podrá apuñalarme tranquilamente esta noche, mientras duermo.

Me quité la gorra con que me tocaba, en señal de respeto, y despidiéndome de ella volví a subir a mi escondite. Una extraña sensación hacía que me sintiese tratado injustamente. Me sentía a un tiempo héroe y mártir; no podía declarar cosa alguna en mi defensa ni explicar convenientemente mi presencia insistente en aquel lugar, pues El pabellón

seguía en Graden por simple curiosidad, lo que acaso siendo legítimo poco bueno decía de mí, desde luego… Claro que había ahora otro motivo, que aun no podía confesar a la que ya se había convertido en la mujer de mis sueños, la que me había robado el corazón.

Aquella noche apenas pude conciliar el sueño, de tanto como pensé en ella. Su presencia en el pabellón, incluso su actitud, podían resultar sospechosas, y así y todo mi corazón no albergaba la menor duda con respecto a su honestidad. Era capaz de apostar hasta mi vida en defensa de su integridad, por saberla libre de cualquier culpa, y aunque la situación era realmente confusa, estaba seguro de que en cuanto consiguiera desvelar el misterio de su presencia en el pabellón resplandecería su conducta intachable. Me torturaba, igualmente, dando vueltas y más vueltas en mi cabeza al porqué de su relación con Northmour, pero sin llegar a ninguna conclusión lógica. Pero no dudaba de ella; al contrario, a medida que avanzaba la noche me parecía más digna de respeto y de confianza… Cuando al fin conseguí echar una leve cabezada tenía su imagen clavada en mi almohada.

Sobre la misma hora, al día siguiente volvió a pasear sola por la playa. En cuanto se alejó lo suficiente como para no ser vista desde el pabellón, se situó bajo el *link* y comenzó a llamarme por mi nombre, en un tono tan familiar como leve… Me sorprendió aquella mañana su palidez, como debida a una conmoción severa.

—¡Mr. Cassilis! —me llamaba—. Mr. Cassilis…

Salí rápidamente de mi puesto de observación y bajé a la playa. Nada más verme pareció aliviada.

—Doy gracias a Dios de que esté usted a salvo —me dijo con la voz enronquecida por la angustia, vehemente como si su pecho se liberase de un gran peso mientras hablaba—. Sabía bien que si seguía vivo podría encontrarme con usted aquí…

¿No era la suya una actitud extraña? La naturaleza, sin embargo, predispone tan diestra y sabiamente nuestros corazones para la intimidad más dulce, esa que puede durar toda una vida entre un hombre y una mujer, que tanto mi esposa como yo supimos, en aquella mañana, la segunda vez que nos veíamos, que seríamos marido y mujer. Yo sabía, cuando amaneció, que ella acudiría a reunirse conmigo. Y ella estaba segura de que me encontraría donde el día anterior.

—No se quede aquí más tiempo —me dijo de inmediato—. Prométame que no dormirá una noche más en el bosque… No se puede hacer una idea de

lo que sufro por usted… Anoche no pude pegar ojo pensando en el peligro que corre ahí…

—¿Peligro? —dije—. ¿Por qué? ¿Por culpa de Mr. Northmour?

—No, en realidad no es por él —dijo—; ¿acaso cree que le diría algo después de lo que me contó?

—Pues, si no es por Mr. Northmour, ¿por quién? —pregunté—. ¿Y por qué? No veo razones para temer a nadie…

—No me haga más preguntas, por favor —me rogó—, pues no podré respondérselas. Pero, créame y váyase, márchese pronto, por favor, no pierda más tiempo aquí, hágalo si aprecia su vida…

La alarma y el miedo, por parte de una dama, no es lo mejor para hacer que un joven pleno de fuerza y entusiasmo se aparte de ella… Mi entusiasmo hacia la dama de mi corazón creció con sus palabras y su miedo, por lo que hice una cuestión de honor seguir allí, no retirarme. Además, si tanto se preocupaba por mí, sería por algo… Algo que me alentaba, que me entusiasmaba.

—No quiero pecar de indiscreto —le dije—, pero si el bosque de Graden resulta tan peligroso, usted misma corre igualmente un grave riesgo quedándose en este lugar…

Se limitó a mirarme con tristeza no exenta de reproches…

—Usted y su padre… —continué.

Me interrumpió con la respiración entrecortada al hablar, como presa de una gran congoja.

—¡Mi padre! ¿Y usted cómo sabe que es mi padre?

—Les vi cuando desembarcaban —le dije, y no sé por qué razón, pero sentí que aquello la tranquilizaba—. No tema por mí —añadí—. Supongo que tendrá sus razones para guardar algún secreto, pero tenga por seguro que ese secreto, si me lo confía, estará tan seguro conmigo como si cayera en la Colina helada para permanecer oculto y hundido para el resto del mundo… Le aseguro que llevo años casi sin hablar con alguien; mi caballo es mi único compañero y amigo desde hace tiempo, pero ni siquiera él, pobre bruto, está ahora conmigo… O sea, comprenderá entonces que puede contar con mi silencio, así que dígame de qué se trata, mi querida señorita… ¿Acaso está usted en peligro?

—Mr. Northmour dice que es usted un hombre de honor —dijo— y yo también lo sé, pues he podido comprobarlo… Tiene usted razón; corremos un gran peligro, pero es mucho mayor el suyo, en tanto continúe aquí…

—¡Vaya! —exclamé—. De manera que ha oído hablar de mí a Mr. Northmour… ¿Y lo hace en términos elogiosos?

—Ayer por la noche le pregunté por usted —me dijo—. Hice —y dudó unos instantes— como si nos hubiéramos conocido hace tiempo y le hubiese hablado a usted de él… Era una treta, claro, pero me servía para no delatar su presencia, ya que usted me había pedido encarecidamente que tuviese cuidado… Sí puedo decirle, sin embargo, que Mr. Northmour le aprecia mucho.

—Pero, permítame la pregunta… ¿Es acaso de Mr. Northmour de quien debo cuidarme?

—¿De Mr. Northmour? —se extrañó—. ¡Oh, no!; él en realidad ha decidido quedarse aquí para compartir también ese peligro…

—¿Y me pide que me marche? —dije—. No parece tenerme usted en mucha consideración…

—¿Por qué habría de quedarse? —me preguntó—. Usted no es amigo de la familia…

Nunca me había sentido así de débil, de incapaz de decir algo coherente, desde que era niño. Aquella respuesta de la dueña de mi corazón me dolió tanto que sentí al momento cómo se me llenaban los ojos de lágrimas.

—¡Oh, no, por favor, no! —dijo ella dulcificando su tono de voz—. No quería ser grosera con usted…

—No, perdone, he sido yo quien la ha ofendido con tantas preguntas —le dije extendiéndole una mano, que ella se apresuró a tomar entre las suyas, conmovida.

Así estuvimos un rato, tomados de las manos y mirándonos a los ojos. Apartó ella sus manos al fin, y sin reiterarme la súplica para que me fuera, salió corriendo hasta que la perdí de vista. Supe en ese momento que la amaba con todas mis fuerzas. Con el corazón desbocado me alegré de haber comprobado que yo tampoco le resultaba indiferente.

En adelante lo negó muchas veces, aunque siempre con una sonrisa pilla en los labios que no hacía creíble su movimiento de cabeza. Por mi parte, siempre he creído que nuestras manos no se hubieran unido como lo hicieron aquel día si ella no hubiera sentido ya algo profundo y serio hacia mí… En cualquier caso, nada hay ya que discutir; ella misma admitía que comenzó a quererme la segunda mañana en que nos vimos.

Pero a la siguiente mañana no ocurrieron cosas dignas de mención. Ella acudió al mismo lugar y me llamó para que bajara. Volvió a reñirme, si bien cordialmente, por no haberme ido de Graden, pero como me mostré obstinado

en no hacerlo, cambió el tono y comenzó a preguntarme cosas acerca de mi arribada a aquel triste lugar. Le referí entonces el modo en que observé el desembarco y por qué había decidido quedarme, confesándole, claro, que lo hice en parte por el interés que despertaron en mí los invitados de Northmour, y en parte, igualmente, por la violencia de su ataque, que tomé por decididamente asesino. En el primer caso me temo que no fui muy original, pues pareció evidente, por mi explicación, que era ella y nada más que ella quien me había llamado la atención, extrañándome su hermosura en aquellos parajes inhóspitos… No puedo por menos que reconfortarme al afirmar esto, ahora que mi esposa ha ido ya a reunirse con Dios… Lo supo todo en su momento y sigue sabiendo, donde mora, de la rectitud y sinceridad de las intenciones que siempre albergué hacia ella. Mientras vivió, aunque es verdad que me remordía la conciencia alguna vez, jamás la defraudé en cosas importantes. Mas un secreto venial en una vida de matrimonio como la nuestra sería cual pétalo de rosa que con su roce impide dormir a una princesa.

De aquella conversación que mantuvimos aquel día surgieron encadenadas otras. Así, le conté prácticamente todo acerca de mi vida de vagabundo, y ella lo escuchaba en silencio y muy atentamente. Hablábamos con gran confianza, e incluso cuando lo hacíamos de cosas banales nos sentíamos tiernamente conmovidos por nuestra proximidad. Tuvo que marcharse, sin embargo, muy pronto; nos separamos aquella vez sin tomarnos de las manos, ni siquiera dándonos el apretón observado como de común educación, pero ya sabíamos que entre nosotros no eran precisas esas ceremonias.

Al día siguiente, el cuarto desde que nos conocimos, volvimos a vernos en el mismo lugar, pero a hora aún más temprana. Puedo en los *links* decir que hubo entre los dos tanta confianza como timidez. Volvió a expresarse acerca de su temor por el peligro al que me exponía de continuo, lo que me hizo comprender que era el argumento que ella utilizaba como pretexto para reunirse conmigo, y yo, que durante toda la noche había pensado mil cosas que decirle, quedé mudo y sólo supe agradecerle el interés que mostraba por mí, alertándome… Ella, de súbito, me interrumpió vehementemente cuando le decía yo cualquier cosa sin importancia:

—Si supiera usted quién soy, seguro que no volvería a dirigirme la palabra —me dijo.

Respondí que aquello era una completa tontería, pues a pesar del poco tiempo que llevábamos de trato la tenía por una amiga muy querida… Pero

mis palabras no hicieron más que acrecentar el tono grave de las suyas.

—Mi padre huye, se oculta —me confesó.

—Querida —le dije olvidando por primera vez añadir señorita—, ¿y eso qué más da? ¿En qué cambia eso lo que pueda sentir por usted?

—Es que el motivo por el que se esconde… —titubeó—. Se oculta por… —hizo una larga pausa—. ¡Es una deshonra para nuestra familia!

CAPÍTULO IV
Aquí se cuenta de qué alarmante manera supe que tenía compañía en el bosque de Graden

Tal es la historia que quien posteriormente sería mi esposa me refirió entrecortadamente, sin poder reprimir las lágrimas:

Se llamaba Miss Clara Huddlestone, nombre que me sonaba en los oídos como música celestial, aunque no tanto como el otro nombre, Clara Cassilis, que llevó durante la más larga, loado sea Dios, y feliz parte de su vida.

Su padre, Mr. Bernard Huddlestone, había sido un banquero prominente, mas durante unos años, y por temor a la pérdida de sus negocios, debido a una inestabilidad cierta a la que se vieron sometidos, se vio obligado a consentir en unas tentativas peligrosas, si no claramente fraudulentas, en su afán por salvarse de la ruina que lo amenazaba. Pero todo resultó en vano. Al final se vio envuelto en duros avatares y perdió la fortuna y el honor. Fue por aquellos días cuando Northmour dio en cortejar a Clara, pero sin éxito.

Mr. Bernard Huddlestone, viendo que Northmour se mostraba dispuesto a prestarle ayuda, se puso en sus manos; no lo amenazaba la ruina únicamente, o la deshonra y hasta la cárcel; encima estaba gravemente enfermo del corazón y por lo que más miedo sentía, aquello que le mantenía en desvelo por las noches, aquello que más le angustiaba, era que alguien atentara contra su vida. Ese miedo le había llevado a un estado próximo a la locura. Por eso acariciaba la intención de poner rumbo a una de las islas del sur del Pacífico, un lugar en el que enterrar su existencia a espaldas del mundo, en el barco propiedad de Northmour.

El barco les había recogido clandestinamente en las costas de Gales para trasladarlos a Graden, donde la embarcación, luego de ser convenientemente revisada, y después de que se hicieran con las provisiones necesarias para tan larga travesía, pondría rumbo hacia el destino ansiado. Clara sabía perfectamente que la concesión de su mano a Northmour era el precio a pagar por la salvación de su padre; pero aunque Northmour jamás había mostrado hacia ella un comportamiento descortés, no le gustaba; es más, despreciaba

sus maneras a menudo petulantes y su forma altiva y desconsiderada de expresarse.

No creo necesario decir que escuché cuanto me contaba con la mayor atención y que le pregunté después muchas más cosas acerca de tan misterioso asunto. Pero fue en vano que lo hiciera, pues no sabía ella los pormenores últimos de la desgracia que le había caído encima a su pobre padre, ni la que aguardaba acechándola a ella misma, ni cuándo habría de acontecer lo que en el fondo temía que sucediera… El miedo de su padre era lógico, dadas las circunstancias en las que se había visto envuelto, a tal punto que, aun hallándose postrado por la enfermedad, incluso pensaba a menudo en entregarse a la justicia sin condiciones. Al final, sin embargo, prevaleció el convencimiento de que ni siquiera en nuestras cárceles inglesas podría hallarse completamente a salvo de quienes lo perseguían.

En los últimos tiempos había mantenido Mr. Huddlestone algunos negocios en Italia y otros en Londres, en asociación con italianos aquí residentes. Precisamente estas últimas asociaciones eran las que más quebraderos de cabeza le causaban, aquellas por las que más temía… Incluso llegó a mostrar auténtico pavor cuando supo de la presencia de un marino de origen italiano en el barco de Northmour, quien tuvo que explicarle que Beppo, tal era su nombre, era un muchacho excelente en el que se podía confiar incluso bajo grave riesgo de la vida… No obstante, Mr. Huddlestone repetía de continuo que todo estaba perdido, que sólo era cosa de días que acabaran de una vez por todas sus males y que la presencia de Beppo en el barco anticipaba su desgracia última.

A mí, aquello me pareció lo normal en una mente alucinada por culpa de la calamidad; era, desde luego, un hombre atormentado por lo mucho que había perdido, sobre todo a causa de sus negocios italianos, lo que no debe extrañar que se sintiera tan incómodo ante la presencia de un italiano, que le resultaba odiosa. Para él no podía ser sino un italiano quien representara el papel de villano en el drama que vivía.

—Lo que necesita su padre —le dije— es que lo vea un buen médico, él sabrá qué medicina recetarle…

—Pero ¿y Northmour? —me respondió—. Él no ha sufrido las pérdidas que ha tenido mi padre, ni todas sus desgracias, y también tiene miedo…

—Querida —le dije sin poder evitar la risa ante su ingenuidad—, usted misma me ha dicho cuál es la recompensa que espera Northmour… Recuerde usted que en el amor todo vale… Si Northmour incluso agranda el pavor de

su padre, intencionadamente, no es por otra cosa que por el amor que siente hacia usted, una encantadora inglesa, no por culpa de un italiano cualquiera…

Ella me hizo recordar entonces la violencia del ataque que sufrí de Northmour el día en que desembarcaron, algo que aún no podía explicarme yo convenientemente.

Decidimos al fin que debía dirigirme yo cuanto antes hasta el pueblo de Wester Hill, comprar todos los periódicos con que pudiera hacerme y comprobar si había motivos reales para tanta alarma… A la mañana siguiente a la de mi partida volvería a reunirme con ella en el mismo lugar y a hora idéntica; nada me dijo ahora de que me marchase de una vez, pues sabía que mi presencia, además de resultarle grata, podría serle de mucha ayuda. Yo, por cierto, tampoco hubiera podido apartarme ya de ella. Ni aunque me lo hubiese pedido de rodillas.

Llegué a Wester Hill cuando aún no eran las diez de la mañana del día siguiente. Por aquel tiempo estaba fuerte y era un buen caminante; la distancia, me parece haberlo dicho ya, era de algo más de siete millas a través de una campiña plena de hierba y de manantiales. Aquel pueblo era uno de los más solitarios y sucios de toda la costa; en un valle próximo se alzaba una iglesia; entre unas rocas habían hecho malamente un puerto, que en vez de dar abrigo a los barcos que volvían de pescar a veces los estrellaba contra sus rocas; no había más que unas cuarenta casas de piedra, en dos hileras a modo de calles, una que partía precisamente del puerto y otra que se distanciaba de la primera haciendo un ángulo recto. En la confluencia de ambas calles había una taberna inmunda y triste que servía además como hostería.

Yo iba vestido con ropas apropiadas, así que primero me dirigí a la residencia del clérigo, junto al pequeño cementerio de la localidad. Me reconoció al momento, aunque hacía algo así como nueve años que no nos veíamos; cuando le dije que llevaba casi todos esos años vagando por ahí y que por ello tenía pocas noticias de lo que sucedía en el mundo, me dio unos cuantos periódicos para que me pusiera al día; eran periódicos de un mes atrás hasta justo aquel día en que nos encontráramos. Me los llevé a la taberna, pedí un buen desayuno y me senté a leer cuanto se publicaba en ellos de lo que llamaban *la caída de Huddlestone*.

El caso, era evidente por todo lo que allí se contaba, había sido muy sonado. Con la quiebra del padre de Clara miles de personas habían perdido sus ahorros; una de ellas, incluso, se voló la cabeza de un disparo tan pronto supo de la quiebra del banco. Debo reconocer que, después de leer tales cosas, se me hacía extraño simpatizar más con Mr. Huddlestone que con sus

víctimas, digámoslo así… A tales extremos llegaba el amor que sentía por la que después sería mi esposa. Como es fácil suponer, la cabeza del banquero arruinado tenía ya precio. Ofrecían por ella la increíble cantidad de setecientas cincuenta libras de recompensa, habida cuenta la expectación que había levantado el asunto y los muchos perjudicados por la quiebra. Por lo demás, las noticias eran a veces confusas, cuando no decididamente estrafalarias… Un día se aseguraba haberlo visto en España, al siguiente se decía que andaba escondido entre Manchester y Liverpool, al otro que en la costa de Gales, al de más allá se aseguraba que un telegrama recibido en Londres daba cuenta de su presencia en Cuba, otro que en el Yucatán… Nada se decía en aquellas informaciones, sin embargo, de un italiano cualquiera, ni se aludía a otros asuntos así de misteriosos.

Mas, justo en el último diario que consulté venía algo que me llamó poderosamente la atención, pues se decía que los contables encargados de hacer el seguimiento de la quiebra y dictaminar la ruina habían detectado una suma cuantiosa procedente de las transacciones que frecuentemente hacía la banca de Mr. Huddlestone; unas transacciones, en fin, que aparecían anotadas tan misteriosamente como luego se esfumaban de los libros… No figuraba nombre alguno, sino las iniciales X. X., lo que hacía suponer que podía tratarse de un muy distinguido personaje de la realeza. Se especulaba también con que el *cobarde malhechor*, que así se refería al padre de Clara el editorial del periódico, hubiera escapado con parte de aquellos misteriosos depósitos, lo que le hacía ser aún un hombre muy rico.

Me dediqué, pues, a estudiar los hechos allí referidos y a intentar obtener una conclusión, siquiera aproximada; quería saber cuáles eran los peligros reales que acechaban a Mr. Huddlestone, cuando de repente entró en la taberna un hombre que pidió con un marcado acento extranjero que le sirvieran pan y queso.

—*Siete italiano?* —le pregunté.

—*Si, signor* —me respondió.

Le dije que había ido demasiado al norte como para poder encontrarse con sus compatriotas, pero se limitó a encogerse de hombros y a decirme que la obligación de un hombre es la de trabajar, y que con tal de encontrar un trabajo iría a cualquier parte… Yo no podía ni imaginarme qué clase de trabajo podría encontrar en un lugar como aquel, pero lo cierto es que su presencia me causó cierta desazón; a tal extremo, que pregunté al dueño de la taberna si había visto por allí más italianos. Me dijo que alguna vez había visto a algunos noruegos, pues anduvieron por estas tierras un tiempo después

de naufragar al otro lado de la colina de Ness, cuando los rescató el guardacostas *Cauldhaven*.

—No, hombre, no —le dije—, me refiero a italianos, como ese que come pan y queso…

—¿Cómo? —se extrañó—. ¿Ese tipo de cara oscura, el de los dientes grandes? ¿Era italiano? Pues no sé… Es la primera vez que lo veo y seguro que será también la última…

Alcé los ojos mientras me contestaba así y miré por casualidad a la calle. Tres hombres parecían discutir acaloradamente a poca distancia de la puerta; uno era el que había entrado poco antes en la taberna y los otros dos, a juzgar por su tez morena y los sombreros blandos que llevaban, eran de la misma raza… Un grupo de niños, cerca de ellos, les hacían burla, imitándoles los gestos y diciendo palabras que carecían de sentido, aunque pretendían ser como las suyas… Allí, de pie, en aquella sucia calle, bajo un cielo plomizo, resultaba más que evidente su condición de extranjeros. Mi incredulidad anterior, debo confesarlo, recibió en aquel preciso momento un golpe muy duro; podía decirme lo que me viniera en gana sobre aquello, para tratar de calmarme, pero no era capaz de justificar racionalmente su presencia en estas latitudes… Yo también comencé a sentir auténtico terror de los italianos.

Ya anochecía cuando volví a la casa del clérigo para devolverle los periódicos que me había prestado. Después partí aprisa en dirección a los llanos, para refugiarme a la entrada de mi caverna… Jamás podré olvidar aquella caminata… Amenazaba la tormenta, hacía cada vez más frío, rugía el viento y hacía silbar la hierba que pisaba yo, comenzaba a caer una lluvia racheada, una inmensa formación de nubes negras se alineó sobre la superficie del mar… Es difícil imaginarse una tarde peor, incluso más funesta… El caso fue que, quizás por el influjo que sobre mí ejercía todo aquello, o por las aprensiones que me causaba todo lo que había visto aquel día, mis pensamientos no resultaban menos sombríos, incluso lóbregos, que cuanto me rodeaba.

Desde las ventanas de la planta superior del pabellón en los *links* podía dominarse buena parte del camino hacia Wester Hill, así que, a fin de que no me vieran desde allí, fui pegado a la costa, pisando incluso la playa para buscar el amparo de las grandes formaciones arenosas y de las rocas. Así llegué hasta el bosque cuando el sol comenzaba a ponerse, en plena bajamar, con las arenas movedizas descubiertas… Caminaba sin poder apartar de mí los pensamientos desagradables, cuando algo contribuyó a hacerme aún más amarga la tarde: descubrí las huellas de unas pisadas en la arena, en paralelo

al camino que seguía, sin perderse en la hierba. Las examiné detenidamente y vi que no eran recientes, las pisadas de alguno de los moradores del pabellón que hubiese salido a dar un paseo poco antes; eran, además, mucho más grandes y profundas que las mías. No seguían un camino rectilíneo, lo que indicaba que quien las hubiera dejado era ajeno a la zona, pues en ocasiones parecían dirigirse a las arenas movedizas, otras al mar, otras más al interior; las huellas, en fin, de quien duda, de quien nada había oído decir de los peligros de la playa de Graden.

Fui durante un cuarto de milla, aproximadamente, siguiendo con cuidado las huellas, que se esfumaban al sureste de la Colina helada; allí, el que las hubiera dejado, había muerto, pobre hombre… Dos gaviotas, que acaso lo hubieran visto desaparecer, daban vueltas a lo que fue la tumba de aquel hombre emitiendo su melancólico lamento; el sol, a la sazón, como si hiciera un último y brutal esfuerzo, pugnaba por abrirse paso entre las nubes, mientras se ponía, tiñendo de púrpura una amplia zona de las arenas movedizas… Estuve mirando largo rato aquel punto, triste y aterido, espantado además por lo que me decían mis pensamientos, cobrando una consciencia plena y terrible de la muerte. Pensaba, lo recuerdo ahora, en las angustias que habría padecido aquel hombre, en lo muy largo de su agonía, en que seguramente habría pedido ayuda en vano mientras se hundía… Me preguntaba si lo habrían oído o no desde el pabellón en los *links*…

Ya me disponía a irme, cuando una ráfaga violentísima de viento barrió esa temible parte de la playa y observé en lo alto, dando vueltas en el aire, y rozando la superficie de la playa por momentos, un blando sombrero negro, de fieltro, cónico… Uno de aquellos sombreros que había visto en las cabezas de los italianos. No sé si se me escapó un grito de angustia. El viento llevaba aquel sombrero hacia la costa y corrí a la orilla para cogerlo cuando lo llevara hasta allí. Cesó por unos instantes el viento y el sombrero cayó, sin embargo, en las arenas movedizas; pero de nuevo una racha aún más violenta lo volteó en el aire para dejarlo al fin a poca distancia de donde me encontraba. Naturalmente, corrí a hacerme con él antes de que se lo volviera a llevar el viento. Desde luego, y por el mucho uso que denotaba, había sido un sombrero que dio buen servicio durante años a alguien… Era aún más viejo que los que había visto en las cabezas de los italianos; forrado en rojo, se veía perfectamente aún, en su interior, la etiqueta del fabricante, aunque ahora no recuerdo el nombre, y el lugar en donde había sido hecho: *Venedig*. El nombre, no se olvide, que los austríacos dieron a la hermosa ciudad de Venecia, que durante tanto tiempo estuvo bajo su influjo y dominación.

Me sentí aún más sobresaltado. Ya estaba a punto de ver italianos en cada recodo, acechantes… Por vez primera en mi vida, y también por última vez en toda mi existencia, experimenté esa sobrecogedora sensación, tan angustiosa, que ofrece el pánico. Sin embargo, no temía a nada en concreto, pues nada había visto que me hiciera temer, a pesar del miedo que me estremecía. Incluso me angustió, en aquellas circunstancias, regresar a mi solitario lugar de acampada.

Tomé unas gachas frías, de las que me habían sobrado de la noche anterior, pues no quería prender una hoguera. Nada más sentir que me volvían las fuerzas, logré desterrar aquellos lúgubres pensamientos que llevaban tanto tiempo amargándome con sus fantásticos terrores y me eché a dormir, al fin tranquilo.

No sé el tiempo que llevaba dormido, pero desperté de golpe con la luz cegadora de un candil en los ojos. Fue como si recibiera un golpe, que hizo que me incorporase al momento, para caer de rodillas en mi intento de apartarme… Pero la luz desapareció al instante; de nuevo me rodeaba la más absoluta oscuridad; soplaban ahora fuertes ráfagas de viento racheado, que venían del mar, y llovía con mucha violencia, así que cualquier ruido quedaba anulado por el de la tormenta. No creo que tardara más de medio minuto en recuperarme de la impresión sufrida y ponerme en guardia. Observé dos cosas que me hicieron pensar en que mis pesadillas diurnas comenzaban a cobrar una tétrica verosimilitud. Primero, que yo había cerrado cuidadosamente mi tienda, como hacía siempre que me metía a dormir en ella, y ahora estaba abierta; segundo, aún olía el aire a metal candente y al aceite hirviendo con que se prenden los candiles… Así que no podía evitar una conclusión estremecedora: alguien, efectivamente, me había puesto aquella luz a un palmo de mis narices. Sólo durante unos pocos segundos, acaso, pero alguien me vio la cara, comprobó quién era y yo y se marchó cuando me desperté… No podía por menos que preguntarme acerca de aquel proceder tan extraño, así como por las razones del mismo… Y hallé muy pronto una respuesta convincente: fuese quien fuese aquel hombre, supo que yo no era el que buscaba… Pero aún me quedaba un enigma por resolver, aunque me aterrorizaba dar con la respuesta… Y si hubiera sido yo el que buscaba, ¿qué me habría hecho?

Me tranquilicé, sin embargo, al pensar en que todo había sido un error. No obstante, comprendí que, en efecto, un grave peligro se cernía sobre el pabellón en los *links*. Era difícil caminar hacia allí en plena oscuridad, difícil y peligroso, pero resolví hacerlo a pesar de todo; fui casi a tientas hasta la

zona de los llanos, calado hasta los huesos por la lluvia, tratando de protegerme de mala manera de las rachas de viento cortante, y temiendo, sobre todo, toparme en cualquier momento con un adversario indeseable… Eran tan negra la oscuridad que podía haber sido acechado por un ejército entero sin darme cuenta… Y tan terrible el fragor de la tormenta que mi sentido del oído me servía entonces de tan escasa ayuda como el de la vista.

Me pasé el resto de la noche, que se me hizo eterna, vigilando el pabellón. Ni vi a nadie que lo amenazara ni escuché otro ruido que el levantado por el viento, el mar y la lluvia. Una luz encendida en el piso superior se filtraba levemente por la rendija de una de las contraventanas. Fue todo cuanto pude ver hasta la llegada del amanecer.

CAPÍTULO V
Donde se refiere la conversación mantenida entre Clara, Northmour y yo mismo

Tan pronto amaneció, y para que las primeras luces del día no me dejaran al descubierto, me dirigí a mi puesto de vigilancia en los *links* para aguardar a que llegase mi amada. Era una fría mañana, gris, severa y triste; el vendaval, sin embargo, había menguado ya antes de que amaneciera y ahora llegaban débiles rachas de viento desde el mar; se hizo la bajamar cuando aún la lluvia, sin embargo, no cesaba, al contrario… En los llanos no se veía un ser vivo, como si fuera aquella una tierra devastada; así y todo, cada vez con más fuerza albergaba la convicción de que aquello estaba poblado de enemigos ocultos. El candil que me alumbró tan desagradablemente mientras dormía, el sombrero de fieltro con el que jugueteaba el viento, eran, en fin, signos inequívocos del peligro que acechaba a Clara y a quienes con ella se refugiaban en el pabellón.

Quizás eran ya las ocho de la mañana cuando observé cómo se abría la puerta y vi bajo la lluvia incesante la tan ansiada figura que salía del pabellón para dirigirse a mi encuentro. Antes de que pudiera ella dejar atrás los *links* ya la aguardaba yo en la playa.

—Me ha resultado muy difícil acudir a nuestra cita —me dijo—. No querían que saliera a pasear con esta lluvia…

—¡Clara! —exclamé—. ¿De veras no tiene miedo?

—No —me dijo con absoluta inocencia, llenándome de confianza.

Debo decir aquí que la que después sería mi esposa era una mujer valiente, y no sólo eso: era la mejor de las mujeres; a lo largo de mi vida no he vuelto a encontrar en otra tantas cualidades como adornaban a Clara… En ella se daban una fortaleza inusitada y las virtudes más encantadoras.

Le conté lo sucedido; aunque perdieron sus mejillas el color rosado que tenían, supo mantener, no obstante, el más digno dominio de sí misma.

—Bueno, a pesar de todo sigo vivo —le dije—. Está claro que, quienes sean, no pretendían hacerme daño; de lo contrario habría perdido la vida esta

noche…

—¡Y yo no tuve el más mínimo presentimiento! —se lamentó poniendo su mano en mi brazo.

La candidez con que dijo aquello me llenó de emoción. La rodeé con el brazo y la estreché contra mi pecho. Apenas nos dimos cuenta y ya nos abrazábamos, deliciosamente juntos nuestros labios… Hasta ese instante no nos habíamos dicho una sola palabra de amor.

Aún rememoro el contacto de su mejilla, fría y mojada por la lluvia, con la mía; muchas veces, después, volvería a besarla en sus mejillas mojadas, cuando se lavaba la cara, en recuerdo de aquella mañana en la playa. Ahora que me ha sido arrebatada y he de concluir sólo mi peregrinar por el mundo, recuerdo con ternura aquel nuestro amor, la profunda honestidad y el cariño indestructible que nos unía… Cualquier pérdida me parece una nimiedad comparada con la suya.

Creo que estuvimos abrazados y besándonos varios segundos, aunque es verdad que el tiempo vuela para los enamorados ansiosos de estar juntos, hasta que nos sorprendió una sonora carcajada que se dejó sentir a nuestras espaldas. No era una risa natural ni feliz, sino forzada, sarcástica; una risa de las que pretenden ocultar un fuerte sentimiento de rabia. Nos volvimos, aunque yo mantuve mi brazo alrededor de la cintura de Clara; tampoco ella trató de separarse de mí… Allí, a unos pocos pasos de donde estábamos, apareció Northmour, con la cabeza gacha, las manos a la espalda y una expresión de ira a duras penas contenida.

—¡Vaya, Mr. Cassilis! —dijo al fin.

—El mismo —le respondí, tratando de recuperarme de la impresión primera.

—De manera, Miss Huddlestone —siguió, dirigiéndose ahora a Clara, en tono seco y actitud burlona—, que es así como observa la necesaria fidelidad hacia su padre y para conmigo mismo… ¿Tan poco le importa la vida de su padre? ¿O acaso está tan estúpidamente enamorada de este caballerete, que arriesga incluso su honestidad y su decencia sin precaución alguna, exponiéndose a la más lamentable ruina?

—Miss Huddlestone… —empecé a decir, pero él me interrumpió bruscamente.

—¡Cállate! —me gritó—. Estoy hablando con esta muchacha…

—Esta muchacha, como la llamas, será mi mujer —le repliqué, y ella, mi mujer, en efecto, se apretó más contra mí, dándome a entender que aceptaba en aquel preciso momento mi proposición de matrimonio.

—¿Tu mujer? —se extrañó Northmour—. ¡Mientes!

—Mr. Northmour —comencé a decirle armándome de paciencia—, todos conocemos tu mal carácter, por lo que no pienso darte pábulo, prefiero prestar oídos sordos a tus palabras… Así que, por favor, modera tus expresiones y habla más bajo… Estoy convencido de que no estamos solos y podrían oírnos…

Miró, asustado, en derredor suyo. Parecía evidente que mi observación lo había atemperado.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó.

Sólo dije una palabra:

—Italianos…

Soltó una blasfemia y nos miró, primero a mí, luego a Clara.

—Mr. Cassilis sabe todo lo que yo sé —le dijo mi mujer.

—Pues yo, por mi parte —terció Northmour abruptamente—, lo que quiero saber es de dónde demonios sale Mr. Cassilis y qué hace aquí… Bien, me dicen que son marido y mujer… Si así fuera, la Colina helada pronto les divorciará, no hay problema… Mr. Cassilis, te doy cuatro minutos y medio, no más… Esas arenas movedizas son el cementerio privado que destino a algunas de mis amistades…

—Ese italiano seguro que necesitó más tiempo para morirse —le dije.

Me miró, ahora con el miedo reflejado en su rostro; al momento, más tranquilo, sugirió que acaso fuera bueno que le contase mi historia.

—Tienes una ventaja sobre mí, Mr. Cassilis —añadió.

Le dije que sí, naturalmente; me escuchó atentamente, aunque no sin proferir exclamaciones de sorpresa a medida que le iba contando cosas tales como mi llegada a Graden, que fue él mismo quien me atacó, causándome aquella leve herida en el hombro, así como lo que en los *links* vi y escuché después acerca de los italianos.

—Muy bien —dijo cuando concluí mi relato—; ahora todo parece más claro, así que… ¿Puedo preguntarte qué te propones?

—Quiero quedarme aquí, con vosotros, y prestar mi ayuda —me limité a contestarle.

—Sí, la verdad es que eres valiente —me dijo en un tono extraño, como si se burlara de mí y como si en verdad pensara sinceramente lo que decía.

—No me da miedo quedarme —apostillé.

—Bueno —continuó Northmour—. Así que debo considerar que estáis casados… Y usted, Miss Huddlestone, ¿se atreve a decirme lo mismo que él?

—Aún no nos hemos casado —admitió Clara—, pero lo haremos tan pronto como podamos…

—¡Estupendo! —gritó Northmour con sorna—. ¿Y nuestro compromiso? Usted no es una mujer precisamente estúpida, Miss Huddlestone, y sabe como yo que lo que está en juego no es otra cosa que la vida de su padre, permita que se lo recuerde… Así que, no tengo más que meterme las manos en los bolsillos y marcharme por donde he venido… Antes de que caiga la noche le habrán cortado el cuello…

—Sí, Mr. Northmour —dijo entonces Clara con gran severidad—, pero eso es algo que usted no será capaz de hacer… Usted ha signado un pacto de caballeros, y como sabe que sería indigno de tal hacer lo que dice, lo cumplirá… No le creo capaz de abandonar a un hombre al que ya ha comenzado a prestar auxilio decididamente…

—Bueno… —titubeó él—. ¿Cree de verdad que les prestaría mi barco a cambio de nada? ¿Cree usted, Miss Huddlestone, que arriesgaría mi vida y mi libertad por amor a ese anciano? Claro, luego querrá que sea el padrino de su boda con este sujeto, para que todo se haga de acuerdo con sus deseos —añadió con una sonrisa pérfida—… No sé si me equivoco, pero le sugiero que pregunte a Mr. Cassilis cómo soy yo de verdad, ya que me conoce… Pregúntele si soy un tipo digno de confianza… ¿Soy un hombre recatado y escrupuloso? ¿Soy de veras lo que se tiene por un hombre honesto?

—Yo lo único que sé es que habla usted demasiado —le soltó Clara con firmeza—, y a veces me parece que sin ningún fundamento. Bueno, pues a pesar de eso, sé bien que es usted un caballero y no me dan miedo, por ello, sus bravatas. No tuvo Northmour más remedio que hacer un gesto de asentimiento con la cabeza, mirando al suelo. Luego alzó los ojos y la contempló con la admiración reflejada en su mirada. Después se dirigió a mí:

—¿De veras crees, Frank, que voy a dejar que te la lleves sin ofrecerte resistencia? —me dijo—. Te lo aviso: ándate con cuidado; en cuanto se me presente la menor oportunidad…

—Sería la tercera oportunidad —le dije con una sonrisa sarcástica.

—¡Oh, es verdad! —dijo—. Me había olvidado… Bueno, pues que sea a la tercera…

—Eso quiere decir que la tercera oportunidad se te presentará con la ayuda de tu tripulación, claro… —le dije.

—¿Lo oye? —dijo volviéndose entonces hacia mi mujer.

—No oigo más que a dos hombres diciendo necedades, hablando como cobardes y no como caballeros —dijo ella, molesta—. Yo sentiría un

profundo desprecio por mí misma si sólo se me pasara por la cabeza una idea semejante, pero sé bien que ninguno de los dos cree una sola palabra de lo que dice, lo que aún hace mayor la estúpida ridiculez de este momento.

—¡Esta mujer es un auténtico tesoro! —exclamó entonces Northmour—. Pero aún no es la señora Cassilis… No tengo más que decir… El destino no es cosa que esté en mis manos…

Mi mujer, entonces, tomó una decisión que me dejó sorprendido.

—Bien, les dejo a solas —dijo—, pues mi padre lleva mucho tiempo sin nadie que lo asista. En cualquier caso, me parece que ambos deben recordar una cosa: tienen que seguir siendo amigos, ya que por ambos siento un gran aprecio.

Me explicaría más adelante el porqué de aquellas palabras. Me dijo que, de haber seguido allí, en la playa, junto a nosotros, hubiéramos persistido, tercos, en nuestra disputa… Creo ahora que hizo bien, porque la verdad es que en cuanto se fue nos comenzamos a sentir más próximos, con mayor confianza del uno hacia el otro.

Nothmour la siguió con la mirada mientras se perdía entre los *links*.

—Es una mujer única —dijo y soltó una blasfemia más—. Mira cómo se ha comportado, qué lección de dignidad nos ha dado… Yo aproveché el momento para hacer algunas averiguaciones más sobre todo lo que sucedía.

—Bien, Mr. Northmour, me parece que estamos en una situación difícil, ¿cierto?

—Creo que tú sí, especialmente —me dijo sin quitarme la vista de los ojos—. Pero, la verdad sea dicha, me parece que tenemos el infierno bajo nuestros pies… Temo por mi vida, créeme…

—Dime una cosa —tercié—; ¿qué quieren esos italianos? ¿Por qué persiguen a Mr. Huddlestone?

—¿No te lo imaginas? —me dijo con gran sorpresa—. Ese viejo canalla tenía en depósito fondos de los *carbonari*[9] por valor de doscientas ochenta mil libras, fondos que se jugó, y perdió, en acciones… Hubo una revolución en Tridentino y ahora a Mr. Huddlestone lo persigue un auténtico nido de avispas… Necesitaremos de toda la suerte del mundo para librarnos con bien de este trance y salvar el pellejo.

—¡Los *carbonari*! —exclamé—. Sí, la verdad es que va a necesitar de toda la ayuda de Dios…

—¡Amén! —dijo Northmour, aprensivo—. Escucha, he dicho que estamos en una situación difícil, y admito que tu ayuda me da mayor tranquilidad… Mira, si no podemos salvar a Mr. Huddlestone, salvemos al

menos a su hija… Ven a vivir al pabellón con nosotros; te doy mi palabra de honor de que sabré comportarme como un amigo hasta que ese hombre esté a salvo, o hasta que muera, en el peor de los casos. Ahora bien —añadió—, una vez haya ocurrido cualquiera de esas dos cosas, ten por seguro que de nuevo te convertirás en mi rival, y te lo advierto de nuevo: ándate con cuidado.

—¡De acuerdo! —le dije y nos estrechamos al fin la mano.

—Vayamos, pues, a nuestro fuerte —dijo Northmour y echó a andar delante de mí.

CAPÍTULO VI
En el que se refiere mi presentación ante el hombre alto

Clara en persona nos abrió la puerta del pabellón. Me sorprendí ante lo bien preparados que estaban para defenderse de un posible asalto; no obstante la barricada puesta detrás de la puerta, podían abrirla tranquilamente cuando lo necesitaran sin posibilitar, con ello, la indefensión ante cualquier acometida llegada del exterior. Habían fortificado igualmente las contraventanas por el interior, de manera aún más elaborada. Me llevaron de inmediato hasta allí, para que lo viese todo, alumbrado con la débil luz de un candil.

Detrás de los cristales de las ventanas habían cruzado barras de hierro y travesaños de madera ligados entre sí; un entramado, en fin, que en alguna de las ventanas llegaba hasta el suelo y hasta el techo, como una verja; otros habían sido dispuestos en línea contra la pared del lado contrario, en apuntalamiento, toda una obra de carpintería sólida y bien pensada. Me maravillé muy sinceramente ante semejantes ingenios.

—Yo he sido el ingeniero de todo esto —me dijo Northmour—. ¿Recuerdas aquellos tablones que había tirados en el jardín? Pues bien, ahí los tienes ahora, perfectamente útiles.

—Nunca imaginé que fueras tan habilidoso —le dije.

—¿Vas armado? —me preguntó mientras me señalaba un armero repleto de pistolas, revólveres y rifles en perfecto orden.

—Sí, voy armado —le dije— desde nuestro último y desagradable encuentro… Pero, hablando de otra cosa, llevo sin comer desde ayer por la tarde…

Northmour en persona me sirvió algo de carne fría, que devoré con gusto, y descorchó una botella de un excelente borgoña, del que bebí, claro, para entrar en calor, pues estaba empapado por la lluvia. De común he sido un hombre morigerado, cosa que he tenido siempre por un principio necesario, pero esta vez no observé moderación alguna y bebí yo sólo más de la mitad de la botella. Mientras comía y bebía seguía observando, con auténtica admiración, la defensa de la casa, antes descrita.

—Creo de verdad que podremos resistir un asedio —dije.

—Sí —aceptó Northmour, aunque como si dudase—. Pero un asedio breve —añadió—. No dudo tanto de que el pabellón en sí mismo resista, pues su estructura es bien sólida, sino del doble peligro en que estamos. Eso es lo que más miedo me da… Si comenzamos a disparar, al ser este un lugar tan solitario, no haríamos sino atraer la atención, al tiempo, de los servidores de la ley y de los propios *carbonari*, así estamos… De una u otra manera, será imposible pasar inadvertidos; y en lo que a mí respecta, creo mejor estar de parte de la ley… Ese anciano que se esconde en la parte superior piensa lo mismo que yo, pero…

—Ya que hablamos de él, ¿qué clase de persona es? —le pregunté.

—Bueno… Podríamos decir que es un hombre algo desagradable, más bien rancio —dijo Northmour—. Por una parte, no me importaría que le retorcieran el pescuezo todos los diablos de Italia de uno en uno… La verdad es que no estoy en esto por él… Como ya sabes, acepté ayudarle a cambio de la mano de Miss Huddlestone, y no cejo en mi empeño…

—Eso está por ver —le dije—. Pero ¿qué crees que opinará Mr. Huddlestone de mi presencia?

—Clara se encargará de eso —respondió Northmour.

Sentí la tentación de soltarle una bofetada por la familiaridad con que dijo el nombre de mi amada, pero me contuve, respeté la tregua que habíamos establecido. También él lo haría en lo sucesivo, debo reconocerlo, pues es de justicia que lo haga. No hubo ningún encontronazo entre nosotros mientras se mantuvo el peligro que nos hacía aliados. Y ahora que recuerdo aquellos días me enorgullezco de haber sabido mantener la compostura en todo momento. Creo que pocos hombres en nuestras circunstancias, disputándose a una mujer, hubieran mostrado tal grado de corrección, a pesar de lo muy desagradable que a los dos nos resultaba la presencia del otro.

En cuanto acabé de comer hicimos un repaso detenido de nuestras defensas y fortificaciones. Comprobamos la seguridad de las ventanas, una por una, y más aún, añadimos refuerzos, no muy significativos, en cualquier caso. Los martillazos que dábamos para asegurar todo aquello retumbaban en todo el pabellón; recuerdo que propuse hacer algunas aberturas, para observar desde allí mejor el exterior, e incluso para poder abrir fuego desde ellas, si era preciso, pero me dijo Northmour que ya habían sido practicadas en las ventanas de la planta superior, desde las que se dominaba mejor el panorama… Sin embargo, la inspección de la planta superior me produjo cierto desánimo; había que dar protección a dos puertas y cinco ventanas, y

contando a Clara no éramos más que cuatro en total para defendernos contra un número desconocido de posibles atacantes. Le hablé del temor que me inspiraba esa circunstancia, y Northmour me confesó, aunque sin alterarse, que compartía mi inquietud.

—Antes de que amanezca el próximo día —me dijo—, mucho me temo que todos los que aquí estamos habremos muerto asesinados… Iremos a parar a la Colina helada, de eso estoy seguro…

No pude evitar el pánico al oírle aludir de aquella manera a las arenas movedizas, pero recordé a Northmour que nuestros enemigos, sin embargo, me habían dejado con vida cuando pudieron acabar conmigo aquella noche en el bosque, mientras dormía…

—No te vanaglories de eso —me dijo—; entonces no te habías pasado aún al bando del viejo… Ahora, para ellos eres uno más de sus enemigos, no lo olvides.

Sentí mucho miedo por Clara. En ese momento se oyó su voz cálida pidiéndonos que subiéramos al altillo que había sobre la planta superior. Northmour me precedía; al llegar a un rellano llamó a la puerta desde la que se había dejado sentir la voz de Clara. Era lo que llamaban *la habitación del tío*, el cuarto que el fundador del pabellón se había reservado en tiempos para estar a solas.

—Adelante, Mr. Northmour; adelante, Mr. Cassilis —se oyó la voz del viejo en el interior.

Northmour empujó suavemente la puerta y me hizo pasar primero; nada más entrar vi que Clara se metía en una habitación contigua, en un pequeño estudio en el que tenía su aposento. Al fondo, contra la pared, sentado en la cama y con aspecto enfermo, estaba Mr. Bernard Huddlestone, el banquero infame… No tuve la menor dificultad en reconocerlo, a pesar de que sólo había comprobado su gran talla aquella noche del desembarco. Tenía un rostro alargado y muy pálido, orlado por una larga barba pelirroja. Lucía además grandes mostachos; su nariz rota y los pronunciados pómulos le daban todo el aire de un calmuco**[10]**; como consecuencia del estado febril que padecía los ojos le ardían como centellas. Se tocaba con un gorro negro, de dormir, y tenía una Biblia sobre la mesilla de noche, junto a la cama, además de un par de lentes con montura de oro. Sobre la mesilla había una estantería pequeña, con un montón de libros apilados; las cortinas de la ventana del altillo, de color verde, aumentaban aún más la ya de por sí cetrina palidez de su rostro; al estar sentado, reposando la espalda sobre unos grandes almohadones, su corpulencia parecía vencida, de tan encorvada, y la cabeza

parecía ir a desprendérsele sobre las rodillas. Me dio la impresión de que, aunque estuviera vivo, la existencia se le había consumido ya en el corto transcurrir de las últimas semanas.

Me extendió una mano grande y larga, muy delgada y desagradablemente velluda.

—Pase, Mr. Cassilis, por favor; adelante —me dijo—. Así que usted también nos defenderá, ¿eh? Bien, pues como amigo dilecto que es de mi hija, sea usted bienvenido, Mr. Cassilis. ¡Que el Dios de los cielos los proteja y recompense como es debido a los dos, amigos que son de mi hija, por brindarme su ayuda!

Le estreché la mano, claro está, pues no podía eludir el saludo, a pesar de lo mucho que me repugnaba hacerlo. Sin embargo, la simpatía que me esforzaba en sentir por aquel hombre, por ser el padre de Clara, se me fue de inmediato ante el tono teatral y las maneras ampulosas de que hacía gala al expresarse.

—Mr. Cassalis es un buen hombre —dijo Northmour—, además de muy valiente… Vale por diez…

—Sí, eso tengo entendido —dijo Mr. Huddlestone, con aire satisfecho—. Eso dice mi hija… ¡Ah, Mr. Cassilis! Ya ve usted cómo pago, al final de mis días, por los pecados cometidos… Debo admitir que he caído bajo, muy bajo, pero espero redimir mis culpas haciendo la necesaria penitencia… Al fin y al cabo, todos habremos de presentarnos algún día ante el trono del Señor para implorar su gracia… Mr. Cassilis, le aseguro que, en lo que a mí respecta, y aunque sea acaso tarde, aún tengo esperanzas de redención…

—¡Bah, tonterías! —dijo entonces Northmour, secamente.

—No, no son tonterías, mi querido Mr. Northmour —replicó el banquero —. No diga eso, por favor se lo pido… ¿Acaso olvida que esta misma noche puedo ser llamado a rendir cuentas ante el Creador?

Mis emociones eran contradictorias. Ahora me enojé profundamente con Northmour, pues por conocerle bien supe que se burlaba malamente de aquel pobre pecador que así se arrepentía.

—Mi querido y pobre Mr. Huddlestone —añadió Northmour—, no se hace usted justicia… Es usted todo un hombre de mundo, acostumbrado además a las desgracias; creo, incluso, que ya había sufrido unos cuantos sinsabores antes de que yo viniera al mundo… Así que tiene usted la conciencia más curtida que el cuero de Sudamérica, no lo niegue… Quizás únicamente se olvidó de curtirse el hígado[11], y de ahí acaso le vengan sus desgracias presentes…

—¡Qué malvado es usted! —exclamó Mr. Huddlestone levantando su dedo índice como para reprenderlo—. Bien, admito que no soy un hombre de rigor; si lo que quiere es hablar de eso, lo admito… Es más, siempre odió ser riguroso, pues aspiré a algo mejor… Reconozco que no me he portado correctamente, Mr. Cassilis —dijo dirigiéndose ahora a mí—, no lo niego… Fue tras la muerte de mi esposa cuando comencé a perderme… Pero creo que, tratándose de un viudo, de un hombre al que le falta su guía, se debe ser más condescendiente que con cualquier otro pecador, no se nos puede juzgar a todos por igual… ¡Oigan! —dijo de repente, alzando la mano, con los dedos extendidos, casi yertos, y la cara en un rictus de profunda aflicción—, pero… No, es sólo la lluvia, gracias a Dios —añadió tras una pausa, dando muestras de un alivio infinito.

Se recostó entonces en sus almohadones, como si estuviera presto a sufrir un desvanecimiento. Recuperado unos minutos después, siguió hablando, ahora con la voz más temblorosa. De nuevo agrade ció mi presencia en el pabellón, aun a riesgo del peligro que corría por defenderle.

—Quisiera preguntarle una cosa, señor —le dije—. ¿Es cierto que guarda usted aquí una suma importante de dinero?

Supe al instante que le había molestado sobremanera mi pregunta, mas, no sin bastante reluctancia, admitió que tenía un poco de dinero…

—Bien —seguí diciendo—, pues lo que busca esa gente no es más que su dinero… ¿Por qué no se lo devuelve y en paz?

—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! —negó ahora con vehemencia—. Ya lo intenté en su día, Mr. Cassilis, pero no les basta con eso, no, señor… ¡Quieren sangre!

—Eso no es del todo cierto, Mr. Huddlestone —intervino Northmour—. Debería decir usted que lo que les ofreció no superaba las dos mil libras, cuando tendría que haberles dado muchísimo más… Así que, como parece evidente, esos tipos se lo toman muy a la italiana. Intentan recuperar el dinero perdido y buscan a la vez venganza por la ofensa sufrida, un placer añadido.

—¿Tiene el dinero aquí, en el pabellón? —pregunté a Northmour.

—Sí, claro sí… Aunque yo preferiría —me dijo— que estuviera en el fondo del océano.

Entonces, volviéndose con coraje hacia Mr. Huddlestone, le gritó:

—¿Por qué no dice la verdad? ¿De qué se extraña? ¿Acaso cree que Mr. Cassilis sería capaz de traicionarle?

Protestó Mr. Huddlestone, diciendo que tal idea no se le había pasado por la cabeza.

—No, si al final se saldrá con la suya este viejo bribón —dijo Northmour, un tanto groseramente—. ¿Qué ibas a decir? —añadió dirigiéndose a mí.

—Quería proponer —dije— que saquemos esta tarde el dinero de aquí, moneda a moneda, si es preciso, y que lo pongamos todo frente al pabellón… Al fin y al cabo, ese dinero pertenece a los *carbonari*…

—¡No, no! —protestó Mr. Huddlestone—. Todo ese dinero no les pertenece… Tengo otros acreedores a los que también habría que dar la parte que les corresponde…

—¡Bueno, Mr. Huddlestone, déjese de historias! —le cortó Northmour.

—Pero, mi pobre hija… —se lamentó el viejo, muy abatido.

—No tiene de qué preocuparse por ella —le dijo Northmour—. Tiene dos pretendientes entre los que elegir, Mr. Cassilis y yo mismo… Y le aseguro que no somos pobres… Usted, por su parte, no tiene derecho a guardarse un penique, caballero… Y, o mucho me equivoco, o morirá pronto, así que…

Es verdad que Northmour se expresó de manera tan cruel, pero no es menos cierto que Mr. Huddlestone era un hombre que no despertaba simpatías, ni siquiera piedad… A mí tampoco me conmovió, aunque lo vi temblar y entristecerse. En el fondo me parecía bien lo que le había soltado Northmour, así que preferí guardar un prudente silencio.

—Mr. Northmour y yo —le dije al cabo de un rato— estamos dispuestos a ponerle a salvo, haciendo lo que sea preciso para ello… Pero no admitiremos que se escape usted con un dinero que no le pertenece…

Pareció luchar consigo mismo durante unos minutos, como a punto de sufrir un ataque de rabia… Era un hombre con cierta capacidad de contención, sin embargo, y supo obrar en consecuencia.

—Mis queridos amigos —dijo al fin—, hagan con mi dinero y con mi persona lo que mejor les parezca… Lo dejo todo a su albedrío. Y ahora, déjenme ustedes en paz a mí…

Lo dejamos solo. Estábamos bastante satisfechos con el acuerdo alcanzado. Me volví para mirarlo cuando salíamos y vi que había tomado la Biblia entre sus manos, mientras se ajustaba tembloroso los lentes, dispuesto a enfrascarse en la lectura.

CAPÍTULO VII
Donde se cuenta lo que se oyó decir a través de una ventana

Jamás podré olvidar lo que aconteció aquella tarde. Northmour y yo teníamos la seguridad de que seríamos atacados en cualquier momento. Si hubiéramos dispuesto de la posibilidad de cambiar el orden de los sucesos, habríamos adelantado el momento fatal para afrontarlo cuanto antes, en vez de postergarlo, pues aunque las perspectivas no eran precisamente halagüeñas, estábamos muy lejos de imaginar una situación de extrema peligrosidad, aún más incómoda que la tensión que padecíamos. La verdad es que nunca he sido un gran lector aunque me agrade la lectura, y nunca hasta ese momento había tenido en mis manos libros tan insustanciales como los que cayeron en mis manos aquella tarde en el pabellón. Tal era, además, la angustia que se mascaba en el ambiente, que resultó imposible que mantuviéramos una conversación medianamente interesante a medida que fueron pasando las horas; estábamos, por el contrario, acechantes, pendientes de cuanto ocurría tras nuestras ventanas, atentos al menor ruido… Pero no había la menor señal de nuestros enemigos.

Sí hablamos, por el contrario, de mi propuesta acerca de lo que hacer con el dinero que tenía escondido Mr. Huddlestone. De haber estado en una situación más lógica, y de habernos hallado en disposición de atender a otros asuntos distintos a los que nos mantenían tan preocupados, lo más seguro es que al final la hubiésemos desechado por ser una propuesta no muy inteligente. Sin embargo, confundidos y angustiados por aquella situación de alarma máxima en que nos hallábamos, nos agarramos a la primera tontería que se me ocurrió como si fuera una tabla de salvación y decidimos poner en práctica mi propuesta, a pesar de que, al hacerlo, delatábamos definitivamente la presencia de Mr. Huddlestone en el pabellón en los *links*.

Aquel dinero estaba, en una parte, en efectivo, en otra en cheques y en otra en pagarés a nombre de un tal James Gregory. Bien, pues sacamos aquella suma, la contamos convenientemente, la metimos en una saca de

correo que tenía Mr. Huddlestone, y atamos a una de sus asas la carta en italiano que él mismo se encargó de redactar. Figuraba allí, igualmente, la firma bajo juramento de Northmour y la mía, juramento merced al cual se declaraba solemnemente que allí tenían todo el dinero del que disponía Mr. Huddlestone después de la quiebra del banco.

Seguramente, tal fue la mayor idiotez de todas, la tontería más grande cometida jamás por dos personas que se tenían por cuerdas. Si la saca de correo iba a parar a manos de otras personas sería más que evidente que hacíamos la confesión de un acto delictivo, por mucho que pareciéramos arrepentimos del mismo. Ninguno de los dos, ya lo he dicho, ni Northmour ni yo, estábamos en condiciones de considerar las cosas con la tranquilidad necesaria; teníamos tal necesidad de hacer algo para salir de aquella desesperante situación, que pusimos manos a la obra con lo primero que se le ocurrió a uno; ambos, por lo demás, estábamos convencidos de que en el terreno inseguro y abrupto de los llanos había un montón de enemigos agazapados, pendientes de todos y cada uno de nuestros movimientos, así que suponíamos que, al vernos aparecer con la saca, se verían forzados al menos a salir de sus escondites para dialogar con nosotros… Aún albergábamos la esperanza de llegar a un acuerdo beneficioso para todos.

Iban a ser las tres de la tarde cuando salimos del pabellón. La tarde era agradable y soleada, hacía ya un buen rato que había dejado de llover. Nunca, desde que andaba por allí, había visto a las gaviotas sobrevolar la casa a tan corta distancia, ni acercarse a los seres humanos con la confianza que nos demostraban entonces. Una de ellas me pasó a un palmo de la oreja, y pude oír perfectamente el grito salvaje que lanzaba mientras volaba.

—Esto es un mal presagio —me dijo Northmour, quien, como casi todos los que se las dan de librepensadores, era muy sugestionable—. Las gaviotas ya nos dan por muertos…

No sé qué le respondí, algo banal, supongo, pero lo cierto es que aquello me impresionó bastante.

Dejamos la saca a unos cinco metros de distancia de la puerta de hierro que daba entrada al jardín del pabellón, tirada pero bien visible en la hierba. Northmour sacudió entonces un pañuelo blanco sobre su cabeza, para llamar la atención de nuestros enemigos, pero no hubo la menor respuesta, a pesar de lo mucho y vehementemente que insistió… Entonces, una vez él, otra vez yo, nos pusimos a gritar en italiano que éramos los embajadores designados para evitar una guerra fatal… Nada, sin embargo, rompió la tranquilidad de aquella soleada tarde; sólo se dejaba sentir el vaivén ahora rítmico y tranquilo de la

marea y el grito de las gaviotas. Cuando nos dimos por vencidos supe que mi corazón estaba lleno de amargura; vi también que Northmour estaba muy pálido, más de lo que en él era normal; observé entonces que miraba a uno y otro lado por encima de su hombro, como si temiera que alguien, no muy lejos, fuese reptando hasta la puerta del pabellón para que no lo viéramos.

—Esto es demasiado para mí, ¡por todos los cielos! —dijo con mucha desazón.

—Imagínate si después de todo no hay nadie al acecho —le dije en un tono no muy distinto.

—Mira hacia allí —me dijo entonces señalando con la barbilla, como si temiera hacerlo con la mano.

Miré hacia donde me indicaba y al norte del bosque vi cómo una fina columna de humo subía lentamente hacia el cielo azul.

—Northmour —le dije en voz muy baja, pues así seguíamos hablándonos —, esta tensión a la que estamos sometidos es insoportable; prefiero la muerte… Quédate aquí vigilando el pabellón, que yo avanzaré un poco para ver si están acampados, y si es así, para intentar meterme a escondidas en su campamento.

Volvió a mirar en derredor suyo, con los ojos casi fuera de sus órbitas… Luego dijo que sí a mi propuesta.

A mí me latía el corazón sin freno según avanzaba tan rápido como oculto en dirección a la columna de humo; de repente dejé de sentir el frío y la humedad de antes para experimentar una fuerte sensación de calor en todo mi cuerpo. El terreno por el que iba era muy irregular, tanto, que podía haber escondidos a cada lado de la senda hasta cien hombres, sin que pudiera advertir su presencia; así y todo, creí que era la mejor manera de llegar cuanto antes hasta el humo… No pasó mucho tiempo antes de que mis intuiciones tuvieran recompensa; en una loma un poco más alta que las otras que había a cada lado del sendero, vi a un hombre que corría cuanto le era posible, agachado, a unos cincuenta metros de donde me encontraba. Supuse que había obligado, con mi presencia, y más aún, con el atajo que tomé, sacar de su puesto de vigilancia a uno de los que me espiaban. De inmediato le grité, primero en inglés y después en italiano, y aquel hombre, que no podía seguir ocultándose pues era evidente que le había descubierto, corrió aún más veloz a perderse en el bosque.

No intenté seguirle, claro está… Ya había logrado lo que pretendía, que no era sino tener la confirmación del asedio a que se veía sometido el pabellón en los *links*. Regresé de inmediato, tratando de seguir las huellas que

mis pies habían dejado en el camino de ida. Northmour me aguardaba junto a la saca de correo. Estaba aún más pálido que antes, le temblaba la voz.

—¿Pudiste verle la cara? —me preguntó.

—Sólo la espalda, se cuidó de no mostrarme su cara —le respondí.

—Volvamos adentro, Frank —me pidió—. Ya sabes que no soy un cobarde, pero cada vez se me hace más difícil soportar esto…

Todo lo que nos rodeaba, sin embargo, parecía cada vez en más calma. Las gaviotas revoloteaban como en los días más hermosos del verano sobre la playa y sobre los *links*. Pero aquella sensación de plácida soledad me daba más miedo que un regimiento armado y dispuesto al asalto. Hasta que entramos y aseguramos de nuevo la barricada que había tras la puerta, no respiré tranquilo otra vez. Northmour y yo nos miramos sin saber qué hacer ni qué decirnos, pero estoy seguro de que cada uno se sintió angustiado ante la palidez que mostraba el otro.

—Tenías razón, amigo mío, creo que esto se acabó —le dije—. Démonos la mano por última vez.

—Sí —me dijo—, estrechemos nuestras manos, y quiero que sepas que no te guardo rencor, eso, tan seguro como que estoy aquí ahora mismo… No puedo negarte, sin embargo, que si por casualidad nos sonriera la fortuna y lográramos salir con bien del asedio a que nos somete esa gente, tendré que vérmelas contigo por lo que ya sabes…

—¡Vaya, pretendes asustarme de nuevo! —le dije.

Pareció sentirse herido. Se fue en silencio hasta la escalera de subida a la planta superior y allí se detuvo.

—Parece que no lo entiendes —me dijo—. Yo no soy un estafador, me limito a cuidar de mí mismo, nada más… Puedes asustarte o no, Mr. Cassilis, eso me da igual; pero hablo para expresar lo que siento, no para darte satisfacción ni para hacerte pasar el rato… En cualquier caso, sube si quieres a cortejar a Miss Huddlestone, que yo me quedo aquí abajo…

—Me quedo contigo —le dije—. ¿Me crees capaz de aprovecharme de esta situación? ¡Ni con tu consentimiento!

—Frank —me dijo entonces con una sonrisa burlona—, es una lástima que seas un cerdo, aunque con el cuerpo y las maneras de todo un hombre… Pero, me parece que estoy ya moribundo, porque no logras irritarme… ¿Sabes una cosa? —siguió ahora en un tono más suave—; creo que somos los hombres más miserables de toda Inglaterra; hemos llegado a los treinta años y no tenemos ni mujer ni hijos, ni siquiera un negocio del que ocuparnos… ¡No somos más que dos pobres diablos! Y encima nos peleamos por una dama,

como si fuera la única en todo el Reino… ¡Ah!, Frank, mi querido amigo Frank; te aseguro que, seas tú o sea yo el que pierda esta batalla, sentiré una gran lástima… Mejor… ¿cómo dice la Biblia? Sí, mejor que le aten una rueda de molino al cuello y lo arrojen al fondo del mar… Aunque… Bueno, bebamos un trago —concluyó sin que se le alterase la voz.

Me sentí conmovido por sus palabras y le acepté la invitación. Ya sentados a la mesa del comedor, levantó lentamente su copa de sherry hasta ponerla a la altura de sus ojos.

—Creo, Frank, que si me vences acabaré dándome a la bebida —me dijo —. ¿Qué harás tú si gano?

—¡Sabe Dios! —exclamé.

—Bien, pues, mientras ocurre una cosa u otra, hagamos un brindis: ¡Por la *Italia irredenta*![12]

Pasamos el resto de la tarde en idéntico tedio y angustia. Mientras Northmour y Clara preparaban algo de comer en la cocina, puse la mesa. Le oía hablar según iba y venía a por los platos, los cubiertos y las copas, y no pudo por menos que sorprenderme que su conversación se refiriese a mí en exclusiva. Northmour, por ejemplo, se ponía en un plano idéntico al mío e instaba a Clara a que se decidiera por uno u otro como esposo. La verdad es que, en cualquier caso, hablaba de mí con gran respeto, sin expresar una sola palabra contra mí; cuando lo hacía, levemente, era para condenarse él mismo, de paso… No puedo negar que sentía entonces mucha gratitud hacia él; una gratitud que, habida cuenta del peligro que corríamos ambos, hizo que se me llenaran de lágrimas los ojos. Quizás fueran ridículos mis pensamientos, a causa de la emoción que me embargaba, pero me dije que allí estábamos tres seres humanos irrepetibles, de la más pura nobleza de corazón, arriesgando la vida para salvar la de un banquero deshonesto, la vida de un ladrón sin escrúpulos.

Antes de sentarnos a la mesa subí para echar un vistazo desde una de las ventanas de la planta superior. Comenzaba a declinar el día; los llanos seguían solitarios y la saca de correo continuaba donde la habíamos dejado hacía ya varias horas.

Para la cena, Mr. Huddlestone tomó asiento en un extremo de la mesa, como si la presidiera, abrigándose con una larga bata amarilla; Clara tomó asiento en el extremo contrario, y Northmour y yo, sentados el uno frente al otro, a cada lado. La lámpara que había sobre la mesa arrojaba una luz perfecta; el vino era magnífico, y las viandas, aunque frías, excelentes.

Cualquiera hubiera asegurado que se había establecido un acuerdo tácito para no hablar del peligro que nos amenazaba, así que la cena fue muy distendida, incluso grata, dadas las circunstancias. Bien es verdad que de cuando en cuando, o Northmour o yo, nos levantábamos para echar un vistazo a través de las ventanas, tanto en la planta superior como en la baja; entonces Mr. Huddlestone aludía al peligro en que estaba, alzando la cabeza con gesto lúgubre y voz aterrorizada. Pero justo después vaciaba su vaso de un trago, secaba con un pañuelo el sudor que le corría por la frente y seguía hablando de lo que se tratase entonces, como si tal cosa.

Me sorprendían las cosas que contaba, todo un caudal de información, y a veces también de ingenio… Mr. Huddlestone era un hombre fuera de lo común, eso es verdad. Había leído mucho y parecía acostumbrado a observar hasta las más mínimas reacciones de la El pabellón gente; eso, desde luego, era una cualidad más de las varias que le descubrí, aunque yo jamás hubiese podido sentir cariño por alguien como él. No me extrañó que, antes de su ruina, fuera un hombre respetado y de opiniones a tener siempre en cuenta.

Poseía eso que se dice don de gentes; y bien puedo decir ahora que, a pesar de haberle conocido en circunstancias tan desfavorables, era uno de los mejores conversadores con que me he encontrado a lo largo de mi vida. Sin ambages refirió una por una, aquella noche, las maniobras de defraudación mercantil que había hecho, otras muchas de las que había sabido, sin impedirlas, y como ya siendo muy joven se había especializado, precisamente, en el estudio de la mejor manera de estafar… Así estábamos, escuchándole embebecidos por lo muy interesante de la información que nos daba, cuando nuestra grata reunión quedó interrumpida de la forma más inesperada.

Fue un ruido semejante al de un dedo mojado que repasa el cristal de una ventana. Aquello hizo que Mr. Huddlestone cesara en su narración y que todos calláramos, más blancos que un papel, inmóviles en nuestros asientos a la mesa.

—No es más que una babosa —dije al cabo de un rato, recordando que esos bichos hacen, al deslizarse, un ruido sordo muy parecido.

—¡Ojalá tengas razón! —dijo Northmour, y añadió—: ¡Chiss!

Volvió a dejarse sentir dos veces más aquel ruido, de manera espaciada… Luego, una voz potente gritó tras la ventana una inequívoca palabra italiana:

—*Traditore!*

Mr. Huddlestone levantó la cabeza bruscamente, con los ojos llenos de espanto. Un segundo después, apenas, caía desmayado sobre la mesa.

Northmour y yo corrimos hacia el armero y tomamos un arma cada uno. Clara, de pie, inmóvil, se llevó una mano al pecho.

Creímos llegada la hora del asediado final a la casa, el momento del ataque definitivo, pero fueron pasando los segundos sin que ocurriese nada más. Salvo el viento, que comenzaba a soplar con fuerza entonces, nada se oía en los alrededores del pabellón en los *links*.

—¡Vamos! —dijo Northmour—. Subámoslo antes de que vuelvan.

CAPÍTULO VIII
Donde se refiere la muerte del hombre alto

No sin dificultad, conseguimos subir por la escalera, entre los tres, a Mr. Bernard Huddlestone, y tumbarlo en su cama de *la habitación del tío*. Tardamos en hacerlo, iba por completo inconsciente; una vez lo acostamos, no dio señales de vida, ni un dedo movía. Clara le abrió la camisa, para descongestionarlo, y le mojó con agua la cara, el pecho y el cabello, mientras Northmour y yo mirábamos por la ventana para hacernos una idea de la situación. La luna en cuarto creciente comenzaba a derramar su luz clara en aquella noche despejada; así y todo, por más que nos esforzamos, nada pudimos ver, ni un silueta, ni una sombra que se moviera. Sólo en los llanos, lejos, parecían verse unos bultos negros, pero imposible identificarlos con algo, pues además permanecían inmóviles. Lo mismo podíamos haberlos tomados por hombres agazapados que por las sombras de cualesquiera peñas.

—Menos mal —dijo Northmour— que Mrs. Aggie no tiene que venir esta noche.

Mrs. Aggie era la vieja criada; nada había dicho de ella hasta ese preciso momento, lo que me sorprendió. No teníamos otra cosa que hacer, pues, salvo esperar acontecimientos. Northmour, nervioso, se acercó a la chimenea y alargó sus manos para calentárselas; seguí sus movimientos con la mirada, casi sin darme cuenta, y quedé de espaldas a la ventana. Un segundo después se dejó sentir una leve detonación y de inmediato un perdigón destrozó los cristales de la ventana, clavándose en la contraventana, a menos de un palmo de mi cabeza. Clara gritó; no recuerdo más que hice un rápido movimiento para apartarme de la línea de fuego mientras ella me preguntaba si estaba sano. Me dije, en medio de aquella confusión, que no me importaría El pabellón que me dispararan todos los días, aunque con idénticos resultados, con tal de concitar su atención de aquella manera. Al momento estuve junto a ella, tratando de espantarle el miedo con mis caricias, prodigándole atenciones; casi me olvidé, con ello, de la situación en la que estábamos, hasta que Northmour me sacó de aquella dulce abstracción.

—Han disparado con una escopeta de aire comprimido, no quieren hacer ruido, parece claro —dijo Northmour.

Aparté a Clara a un lado, hasta un lugar donde no pudiera ser alcanzada, y me dirigí a Northmour, que seguía de pie ante la chimenea, con las manos a la espalda; sin duda las cariñosas atenciones que Clara y yo nos habíamos prodigado poco antes eran la causa de que tuviera aquel gesto de contrariedad, como si lo consumiera una pasión indomeñable.

Conocía bien esa manera de mirar tan suya; se la había visto ya incluso antes de que nos peleáramos aquella lejana noche de marzo, cuando compartimos durante un tiempo el pabellón. Comprendía las razones de su enojo y temía, en consecuencia, su reacción; aunque parecía atender sólo al fuego, era evidente que nos miraba por el rabillo del ojo tan bien como si tuviera uno en la nuca; noté que su enfado crecía como una ráfaga de viento en la tormenta. Me preocupó un próximo encontronazo entre los dos, allá adentro… Bastante teníamos con lo que nos amenazaba fuera de la casa… Sin embargo, cuando ya me aprestaba para hacer frente a lo peor, percibí un cambio en su expresión; el rostro pareció iluminársele de pronto, apaciguado, amable. Tomó una lámpara de la mesa cercana y se dirigió a nosotros en un tono que me pareció poco menos que entusiástico.

—Creo que debemos tener en cuenta un extremo —dijo—. Deberíamos considerar si en el fondo quieren hacer una carnicería y abatirnos a todo, o sólo vengarse de Mr. Huddlestone… Así que, Frank, hay que preguntarse si te confundieron con él o te dispararon sólo por tus *beaux yeux*…

—Seguro que me confundieron con él —dije—; también soy rubio y casi de su estatura…

—Asegurémonos —dijo Northmour, dando unos pasos hacia la ventana con la lámpara en alto, para que se le viera bien la cara; así estuvo, desafiando a la muerte, en total silencio durante medio minuto.

Clara intentó asirlo por un brazo para apartarle del peligro, pero yo lo impedí, quizás movido por un interés en todo caso creo que justificado.

—Sí —dijo Northmour al cabo, fríamente—; en realidad sólo quieren la cabeza de Mr. Huddlestone.

—¡Oh, Mr. Northmour! —exclamó Clara, pero no supo qué más decir; la temeridad del acto que acababa de presenciar no podía elogiarse con palabras.

Northmour me miró orgulloso, presumido, con un brillo triunfal en los ojos. Supe entonces que había arriesgado su vida de aquella manera sólo para llamar la atención de Clara, para convertirse en el héroe de aquel momento y dejarme reducido a la nada, a la simple anécdota.

—La cosa no ha hecho más que empezar —dijo dando una palmada—. Una vez que comience el tiroteo en serio, no creo que se paren a mirar quién es quién.

Entonces se escuchó una voz abajo, llamándonos. Vimos, al asomarnos con cautela a la ventana, a un hombre bañado por la luz de la luna. Allí estaba, con la cabeza levantada, mirando a la ventana desde la que le observábamos, con un paño blanco en la mano derecha. Me admiró, al girar él la cabeza un instante, el brillo de la luna en sus ojos encendidos.

Habló entonces en un tono suficientemente alto como para que se le oyera en todo el pabellón y acaso hasta en el último extremo del bosque… Reconocí su voz como la que había gritado *Traditore*! Se le entendía perfectamente; dijo que, si el traidor *Oddlestone*[13] se rendía, ninguna represalia tomarían contra los demás, que podríamos irnos en libertad. De lo contrario, seguía amenazando, ninguno viviría para contarlo.

—¿Y bien, Mr. Huddlestone? —dijo Northmour mirando al viejo que yacía en la cama—. ¿Qué tiene usted que decir?

El banquero no había dado señales de vida hasta ese momento y yo suponía que seguía inconsciente. Pero pareció recuperarse de golpe, y en un tono propio del enfermo que delira nos pidió que le jurásemos que no le abandonaríamos a su suerte. Su actitud me pareció cobarde, odiosa y la propia de un miserable.

—Bien, es suficiente —dijo Northmour, y abriendo la ventana comenzó a proferir insultos y amenazas, tanto en inglés como en italiano, sin reparar en la presencia de Clara, una dama, y diciendo al mensajero que se largara por donde había llegado.

Tuve la desagradable sensación de que nada complacía más a Northmour, en aquellos momentos, que la posibilidad de que todos muriésemos en el ataque en cuanto la noche se cerrara.

El italiano recogió el trapo blanco que blandía a modo de bandera de paz, se lo guardó y se fue tranquilamente, caminando entre los *links*.

—Hay que reconocerles —dijo Northmour después— que hacen la guerra con honor, son auténticos soldados y caballeros… Admito que me gustaría estar en otro lugar esta noche; tú y yo, Frank, y usted, mi querida Miss Huddlestone, y dejar a ese hombre en la cama, a merced de los que le buscan… ¡Pero bueno, no pongan esa cara! Al fin y al cabo, creo que a no mucho tardar saldremos de aquí para irnos a eso que llaman la eternidad, así que la idea que acabo de expresar, creo, al menos, que es comprensible… Y no duden de que me gustaría estrangular con mis propias manos a Mr.

Huddlestone, primero, y estrechar entre mis brazos a Miss Clara, después, para así morir con un poco de orgullo y satisfacción por el deber cumplido… ¡Y juro por Dios que obtendré de usted un beso esta noche, Miss Huddlestone!

Antes de que pudiera reaccionar para impedírselo, Northmour abrazó a Clara furiosamente y la besó varias veces, aunque ella se resistía con toda su alma. Al fin lo aparté arrebatado y lo lancé de un empellón contra la pared… Comenzó Northmour, entonces, a reírse a carcajadas, como un loco… Creí que, ciertamente, había perdido la razón, ya que desde siempre, incluso en los momentos más felices, su risa era moderada, casi silenciosa.

—Ahora, Frank —dijo cuando se calmó—, me toca despedirme de ti, dame la mano, te lo ruego… Adiós, que tengas suerte, amigo mío…

Mas, al ver que no me movía, que no le alargaba mi mano para estrechar la suya; al ver, en fin, que seguía abrazado a Clara, se mostró dolido con mi actitud.

—Pero bueno —dijo—, ¿estás enfadado conmigo, o qué? ¿Qué te creías? ¿Que íbamos a morir entre grandes gestos de honorabilidad y no menores muestras de cortesía? Mira, yo he obtenido un beso de Miss Huddlestone, que era cuanto más ansiaba, y me alegro de habérselo robado… Róbale tú otro y ya está, hombre, así quedaremos en paz…

No le hice caso. Lo miré con todo el desprecio de que era capaz.

—De acuerdo, Frank, como quieras —me dijo—. Toda tu vida has sido un cursi ridículo y así morirás…

Tomó asiento en una silla, sin decir nada más, se puso un rifle sobre las piernas, y como abstraído de todo comenzó a juguetear con el seguro del arma… Aquello me pareció el preámbulo de un ataque de ira, aunque parecía haberse esforzado en todo lo contrario, en demostrar buen humor, aunque descortés y no muy elegante.

Nuestros enemigos podían haber tomado tranquilamente el pabellón, mientras todo esto sucedía, sin que nos hubiéramos percatado. Tan enfrascados estábamos en nuestra disputa que hasta habíamos olvidado el asedio al que éramos sometidos con grave riesgo de nuestras vidas.

Mr. Huddlestone dio un grito de repente y se tiró de la cama. Sorprendido y asustado por su reacción, le pregunté qué le sucedía.

—¡Fuego! —gritó—. ¡Fuego! ¡Han prendido fuego a la casa!

Northmour y yo nos dirigimos rápidamente hacia la puerta de la pequeña habitación contigua, donde tenía Clara sus aposentos. Una llamarada furiosamente roja lo iluminaba todo mientras una especie de torre de llamas

subía desde el exterior a la ventana; no tardó mucho en caer en mil pedazos sobre la alfombra el cristal de la ventana. También ardía aquel cuarto en el que Northmour revelaba sus trabajos de fotografía.

—¡No se puede pasar! —me alertó Northmour—. Vamos a la otra habitación.

Salimos sin respirar para no tragarnos el humo. Arrancamos la contraventana para asomarnos al exterior; vimos, así, que habían apilado abajo, ahora en la parte trasera del pabellón, cosas que ardían bien a pesar de la humedad, pues probablemente las habían empapado en aceite para que se quemaran mejor. La puerta trasera del pabellón impedía que saliéramos ya que justo ante ella había una gran pira. Hasta los aleros del tejado, que vimos al levantar los ojos, ardían ahora; nubes de humo sofocante y abrasador comenzaron a llenar poco a poco todas las dependencias de la casa. En el exterior, sin embargo, no se veía a nadie.

—Bueno —dijo Northmour con mucha resignación—, me parece que ha llegado nuestra hora, ¡bendito sea Dios!

Regresamos aprisa a *la habitación del tío* mientras Mr. Huddlestone trataba apresuradamente de calzarse sus botas. A pesar de que lo hacía entre espasmos y temblores terribles poseía entonces un inaudito aire de resolución, una fuerza de carácter que hasta entonces no le había conocido. Clara estaba de pie, a su lado, con la capa de su padre presta para echársela sobre los hombros en cuanto se pusiera en pie. Vi en sus ojos una luz rara, a medias entre la esperanza y la preocupación, sin duda, por su padre.

—Bien, mis queridos amigos —dijo Northmour, siempre resignado, tranquilo—; ¿qué tal si nos largamos de aquí? Me parece que estamos metidos en un horno un poco caliente, y creo que si no nos damos prisa acabaremos achicharrados… Por mi parte, además, estoy deseando enfrentarme a esos tipos, para al menos morir de una vez por todas dignamente…

—Sí, no hay otra solución —acepté yo.

—Ninguna solución —dijeron Clara y Mr. Huddlestone, dispuestos también a luchar.

Aumentaba terriblemente el calor en la planta inferior, lo que percibimos apenas comenzamos a bajar por la escalera. No habíamos dado unos pasos cuando se derrumbó la ventana que había en la propia escalera, y una llamarada iluminó de manera aún más terrible el pabellón. Sentimos justo en ese momento un gran golpe en el piso de la planta superior, como si algo muy pesado se derrumbase; ya no teníamos dudas de que todo el pabellón se

derrumbaría también en breve, como acababa de hacerlo el techo de la planta de arriba. Northmour y yo amartillamos nuestros revólveres, prestos así para el disparo. Mr. Huddlestone, que había renunciado a tomar un arma, se puso con ademán imperioso ante nosotros, sin embargo, como para servirnos de escudo.

—Que abra Clara la puerta —dijo—, y así estará protegida si abren fuego; ustedes, quédense tras de mí… Yo tengo la culpa de todo esto; son mis pecados los que me obligan.

Oí que en un susurro musitaba unas oraciones; casi no podía ni respirar, mientras alzaba mi arma aún sin tener a quién dirigir el tiro.

Aunque lo que digo pueda parecer infamante, confieso que en aquel preciso momento odié con todas mis fuerzas al banquero por ponerse a rezar en aquel momento grave y definitivo en vez de aprestarse a rendir cara su vida. Clara, con una palidez mortal, si bien con pleno dominio de sus movimientos, que eran rápidos, apartó como pudo la barricada puesta contra la puerta y la abrió, guareciéndose tras ella al momento. La luz de la luna, unida a la luz de las llamas, daba a los *links* próximos y a los llanos lejanos una claridad confusa y cambiante. Largas columnas de humo se elevaban al cielo.

Mr. Huddlestone, haciendo entonces un esfuerzo impensable en él, nos apartó a Northmour y a mí de un empellón, dijo que no teníamos por qué jugárnosla en aquella hora, y alzando los brazos como quien se va a tirar al agua salió corriendo del pabellón.

—¡Aquí me tenéis! —gritaba—. ¡Aquí tenéis al buscado Huddlestone! ¡Matadme a mí y dejad en paz a los demás!

Su aparición, tan inesperada, supongo que sumió en la confusión a sus enemigos, pues no abrieron fuego. Northmour y yo, por ello, tuvimos tiempo de recuperarnos, sujetar a Clara por los brazos para evitar que saliera tras su padre, y salir de inmediato nosotros para protegerle… Pero, apenas habíamos atravesado el umbral de la puerta, no menos de doce tiros se dejaron sentir, procedentes de los *links* próximos. Mr. Huddlestone se tambaleó, soltó un lamento tétrico que nos heló la sangre, alzó los brazos por encima de su cabeza, como si implorase al cielo, y cayó de espaldas sobre la hierba.

—*Traditore! Iraditore!* —se oyó gritar a lo lejos, detrás de los *links*.

De inmediato se derrumbó lo que aún quedaba del tejado; el fuego prácticamente lo había devorado todo. El estruendo de pocos segundos después fue aún más fuerte; la casa, el pabellón entero, se acababa de venir abajo mientras una llamarada inmensa parecía a punto de llegar al cielo; creo

que pudo verse al menos desde veinte millas, mar adentro, en Wester Hill, y hacia el interior, desde el monte Graystiel, el más alto al este de los picos de Caulder.

Sabe Dios cómo fueron los funerales que se hicieron en honor de Mr. Bernard Huddlestone, pero de lo que no cabe duda es de que tuvo una gran pira funeraria.

CAPÍTULO IX
En el que se cuenta que Northmour cumplió su amenaza

Me resulta extremadamente difícil referir los acontecimientos que tuvieron lugar una vez ocurridos los hechos narrados. Me resulta tan difícil, complicado y arduo como narrar en su totalidad una pesadilla. Recuerdo que Clara exhaló un suspiro entrecortado y habría caído al suelo desmayada si Northmour y yo no hubiéramos acudido a sostener su cuerpo insensible. No fuimos atacados. Tampoco vi a ninguno de los italianos. Me parece que dimos la espalda al cuerpo de Mr. Huddlestone sin mirarlo.

Lo único que recuerdo bien es haber salido corriendo, preso del pánico, intentando llevarme de allí a Clara en mis brazos, o acaso repartiendo su peso en los de Northmour… Y que ambos luchábamos por quedarnos con la amada carga. Nunca podré decir por qué fuimos al lugar donde yo había acampado, en Hemloch Den, ni cómo conseguimos llegar hasta allí. Sí recuerdo con claridad, sin embargo, haber visto a Clara que desfallecía, ya en el exterior de mi tienda de campaña, y a Northmour atacándome, y tengo también el recuerdo de que nos revolcábamos por el suelo, luchando con denuedo. Northmour, rabioso, intentaba golpearme otra vez más en la cabeza con la culata de su revólver, ya lo había hecho dos veces y corría mi sangre por mi cara; quizás eso hizo que recuperase, en medio de nuestra pelea, la lucidez. En un movimiento defensivo conseguí asirle de las muñecas.

—Northmour —recuerdo haberle dicho—, si quieres puedes intentar matarme después, pero ahora debemos socorrer a Clara.

Él, entonces, me tenía bastante a su merced pues había conseguido dominarme, poniéndose sobre mi plexo. Apenas habían dicho mis labios aquellas palabras, se levantó de un salto y salió corriendo hacia mi pequeña tienda. Lo vi estrechar a Clara contra su pecho, cubriéndole la cara de caricias mientras ella permanecía inconsciente.

—¡Debería darte vergüenza, Northmour! —le grité.

Ofuscado, me dirigí hacia él y lo golpeé repetidamente en la cara, en la cabeza y en los hombros.

Reaccionó olvidándose de Clara, que parecía su presa, para enfrentarse conmigo a la luz de la luna.

—Estabas dominado, te solté para atenderla y ahora me golpeas a traición —me reprochó—. ¡Eres un cobarde!

—¡Tú eres el cobarde! —le respondí—. ¿Es que crees que ella, inconsciente, quería que la besaras? ¡No! Y ahora que su vida corre peligro vas y pierdes un tiempo precioso para ayudarla… ¡Echate a un lado, que voy a socorrerla!

Pareció que se me enfrentaba, pálido de cólera, pero se hizo a un lado para dejarme pasar.

—Sí, ve a ayudarla —me dijo.

Me arrodillé junto a Clara; le desabroché, hasta donde pude, dada mi poca destreza en esos menesteres, el corsé para que respirase mejor, y en esas estaba cuando sentí como si una garra bestial me golpeara en el hombro.

—¡Quítale las manos de encima! —me gritó Northmour violentamente—. ¿Es que te crees que no tengo sangre en las venas?

—Northmour —le rogué—, si tú no la ayudas ni dejas que yo lo haga, tendré que matarte, ¿no te das cuenta?

—¡Déjala morir, qué más da! —dijo él—. Apártate de ella, sé valiente y lucha conmigo…

—Habrás notado —le dije mientras me levantaba lentamente— que aún no la he besado.

—Atrévete y verás —me respondió.

No puedo decir qué me sucedió, pues sin duda fue una de las cosas más vergonzantes que me han ocurrido en la vida, aunque, como decía mi mujer, mis besos siempre le eran gratos. El caso fue que me arrodillé junto a ella de nuevo, le aparté el cabello de la cara, y con tanta unción como respeto le puse un beso en la frente, sobre sus frías cejas. Fue un beso más propio de un padre que de un enamorado; al fin y al cabo, no era yo más que un hombre que podía perder la vida un momento después. El pabellón

—Ahora —dije a Northmour—, aquí me tienes, a tu entera disposición.

Vi con sorpresa, sin embargo, que me daba la espalda.

—¿Me has oído? —le grité.

—Sí —dijo—; si quieres luchar, estoy preparado; si no, lárgate y salva a Clara, que a mí me da lo mismo.

No esperé a que lo volviera a decir. Me fui hasta Clara de nuevo, seguí reanimándola; estaba yerta, pálida y como sin vida; empecé a temer que su dulce alma se hubiera ido al cielo de forma irreparable; aquel sólo pensamiento me llenó de espanto y tristeza, amargándome el corazón. Dije su nombre en los tonos más dulces que a mi voz le salían. Tomé sus manos entre las mías, frotándoselas para que le entrasen en calor; la incorporé entre mis brazos y le hice agachar la cabeza… Todo parecía en vano; pesados, sus párpados continuaban cubriéndole los ojos.

—Northmour —le dije—, trae un poco de agua en mi sombrero, por favor.

No tardó mucho en estar a mi lado con el agua tomada del arroyo.

—Northmour… —comencé a decirle mientras salpicaba agua en el rostro y el pecho de Clara.

—¡Cállate! —me dijo—. Mejor harás si no dices nada…

La verdad es que no tenía ganas de hablar; lo único que me preocupaba era el estado de mi mujer, así que seguí en silencio intentando que se reanimara cuanto antes. Cuando se acabó el agua del sombrero, se lo alargué de nuevo a Northmour diciéndole una sola palabra: «Más». Tuvo que ir hasta el arroyo varias veces antes de que Clara, al fin, abriera los ojos.

—Ahora que parece recuperada —dijo Northmour—, puedo retirarme… Te deseo buenas noches, Mr. Cassilis.

Y sin decir más se perdió entre la espesura del bosque. Después hice una hoguera, ya sin temor de los italianos, que habían respetado, además, las pobres pertenencias que dejé en donde acampaba. Aunque Clara estaba triste y rota por la conmoción que le habían provocado los últimos acontecimientos, intenté animarla, le di calor, apoyo, con los únicos remedios que tenía a mi alcance, para que recobrase las fuerzas físicas y mentales.

Ya había amanecido cuando a cierta distancia de mi tienda oí que me chistaban. Me levanté y vi a Northmour, que me dijo con mucha tranquilidad:

—Ven, Cassilis, que quiero que veas algo; ven tú sólo…

Pregunté a Clara sin decir palabra, sólo con los ojos, y me hizo un gesto de aprobación. Salí de nuestro refugio, dejándola sola. Northmour estaba apoyado en un sauce; nada más verme llegar a su altura echó a caminar en dirección al mar. Lo alcancé cuando ya entrábamos en el bosque.

—Mira —me dijo con mucha calma, señalando hacia adelante con su mano.

Di unos pasos y salí a un claro. La luz de la mañana fría y clara comenzaba a despejar las nieblas. Del pabellón no quedaban más que las

ruinas ennegrecidas, igual que varios arbustos próximos. Aún se elevaba hacia el cielo una débil columna de humo, no obstante negro y denso; una pila de brasas ardía todavía entre lo que fueron las paredes de la casa. A no mucha distancia, cerca de la isleta, se veía una goleta… Y un bote que a buen ritmo se dirigía a la costa.

—Es el *Conde Rojo* —dije—. Llega con doce horas de retraso…

—Pálpate el bolsillo, Frank —me dijo Northmour—. ¿Vas armado?

Hice lo que me decía, pero no sin sorpresa comprobé que no tenía conmigo mi revólver. Alguien me lo había quitado.

—Tranquilo, que lo tengo yo —me dijo—. Te desarmé sin que te dieras cuenta, mientras atendías a Clara. Toma tu arma, y no hace falta que me des las gracias —dijo alzando la mano como para darme el alto—. Eso es lo único que ahora podría ponerme de mal humor.

Echó a andar por los llanos, en dirección al lugar al que arribaría el bote. Yo iba tras él, a corta distancia, a un par de pasos. Frente al pabellón me detuve ante el lugar donde había caído abatido Mr. Huddlestone… Pero no había ni rastro de él, ni siquiera restos de sangre.

—Está en la Colina helada —me dijo Northmour mientras seguía caminando hacia la playa.

—No sigas, por favor, no des ni un paso más —añadió—. Dime, ¿quieres llevarla a la casa de la Colina?

—Gracias —le dije—; trataré de llevarla a la casa del clérigo de Wester.

Tocó tierra la proa del bote y saltó un marino con un cabo en las manos, para amarrarlo.

—¡Un momento, muchachos! —gritó Northmour, y más bajo, al oído, me dijo—: Prefiero que no le cuentes nada de esto…

—No, ella tiene que saberlo todo —le dije.

—No lo comprendes —me contestó Northmour, con aires de mucha dignidad—. Para ella esto no significará nada, pues lo esperaba de mí… ¡Adiós, amigo mío! —me dijo inclinando reverencialmente su cabeza y yo le tendí la mano—. Perdona —dijo—, es una tontería, ya lo sé, pero no puedo forzar las cosas hasta ese extremo; además, no quiero verme envuelto en ninguna historia de corte sentimental, sentarme ante la chimenea, a su lado, ya sabes, viejo y con el pelo blanco, todo eso tan bonito… Confío, por el contrario, en que Dios me ayude y no tenga que volver a cruzarme con vosotros mientras viva…

—Que Dios te bendiga, Northmour —le dije muy sinceramente.

—Seguro que lo hace —me respondió.

Bajó hasta la playa; el marino que sujetaba un cabo del bote le tendió la mano para ayudarlo a embarcar, se subió él mismo al bote, después, y partieron mar adentro. Vi a Northmour ponerse al timón; el bote remontaba con brío las olas; el golpeteo de los remos en el agua llenaba el aire de la mañana.

Aún les quedaba más de la mitad del recorrido para alcanzar la goleta y seguía viéndolo alejarse de la costa. Justo cuando comenzó a brillar el sol por encima de la línea del horizonte.

Sólo una cosa más, antes de concluir mi narración. Años después, Mr. Northmour murió en la batalla por la liberación del Tirol, bajo la enseña de Garibaldi.

HOSPEDAJE PARA UNA NOCHE

Eran los últimos días de septiembre de 1456 y nevaba sobre París con infinita persistencia. De cuando en cuando un viento racheado amontonaba la nieve aquí y allá, irregularmente, o la elevaba en el aire formando remolinos; las más de las veces, caía copo a poco, lentamente, pesadamente, como si arrojara su manto blanco sobre la ciudad. Las pobres gentes, que nada sabían de los fenómenos de la naturaleza, se preguntaban sorprendidas el porqué de aquello. Entonces François Villon preguntó lo que sigue: ¿Acaso Júpiter se había puesto a pelar los gansos del Olimpo, o quizás los ángeles del cielo estaban cambiando de plumas? Él, añadió, que no era más que un modesto maestro en Artes, y puesto que al parecer aquello tenía más que ver con la divinidad que con otra cosa, ninguna solución se atrevía a dar al enigma. Un viejo sacerdote que venía de Montargris, un hombre simplemente bobo, invitó al joven pícaro a una botella de vino, para celebrar su broma y los gestos con que la dijo, jurando por sus blancas barbas que también él había sido un joven irreverente a la edad de Villon.

El viento era fuerte, frío, desagradable; los copos que caían eran muy espesos y grandes. Todo un ejército hubiera podido hollar las calles de la ciudad sin que se dejaran sentir sus pasos. La nieve tapaba ya las bellas tracerías de la Catedral; aquellas cabezas santificadas aparecían ahora grotescamente cubiertas con blancos gorros; los nichos semejaban estar rellenos de algodón; las gárgolas parecían falsas narizotas aquilinas que le hubieran salido a la piedra; los ornamentos en forma de hoja que colgaban de los pináculos eran como grandes almohadas en vertical, algo hundidas por un lado; cuando se paraba el viento se escuchaba un débil mas continuo goteo en todo el recinto catedralicio.

También había caído la nieve abundantemente en el cementerio de Saint Jean; todas las tumbas estaban cubiertas; los tejados de las casas próximas daban la impresión de vencerse reverencialmente sobre el camposanto, altos y blancos, soberbios y solemnes. Los respetables burgueses de la ciudad

llevaban ya largo rato en sus camas, tocados con sus gorros de dormir como sus casas lo estaban por la nieve.

En todo el vecindario no había otra luz que aquella, tan débil, que daba una lámpara colgada y pendulante en el coro de la iglesia, una luz que llevaba las sombras de la noche de un lado a otro, oscilantes como su propia luz temblorosa. Dio las diez el reloj cuando pasó la ronda de vigilancia con sus luces, pero nada extraño vio en el cementerio de Saint Jean. Había una casa, sin embargo, en la que todo estaba despierto aún a aquella hora; una casa, en aquel lugar donde todo parecía dormir, en la que se urdían malos propósitos. Era difícil suponer algo, siquiera verla, desde fuera; sólo en el tejado, junto a la chimenea, se elevaba un vapor caliente, de la nieve que allí se derretía; sólo unas huellas de pisadas, ya a punto de cubrirse por completo de nieve, había ante la puerta. Dentro de la casa, empero, tras las contraventanas cerradas, maese François Villon, el poeta, y algunos de sus amigos ladrones, daban vida a la noche pasándose de mano en mano la botella.

Los troncos del fuego del hogar chisporroteaban haciendo saltar rescoldos de un rojo intenso. Sentado a horcajadas en una silla, ante el fuego, estaba Dom Nicolás, el fraile de Picardie**[14]**, con los hábitos recogidos y las piernas al aire, muy cerca del calor; su sombra gorda parecía dividir en dos aquel cuarto, pues la luz que arrojaba la chimenea chocaba contra él, tan grueso, pasando luego bajo sus piernas abiertas y extendidas hacia las llamas. Su rostro de bebedor más que habitual revelaba los efectos de la cerveza; tenía la cara cubierta por una tupida red de venillas rojas unas veces, púrpura otras, y ahora de un violeta leve, pues aunque tenía su ancha espalda cerca del fuego, no lo estaba tanto como para que aún no le mordiera el frío. Aquel cuerpo tan grande y grueso, ahora echado hacia atrás en la silla, parecía una rara excrecencia que le saliera en dos a partir del cuello también enorme. A horcajadas en la silla, mascullando maldiciones, parecía dividir en dos la habitación, él en el medio, arrojando sombras a cada lado.

A la derecha del fraile, maese Villon y Guy Tabary, muy próximos el uno al otro, se inclinaban sobre un pergamino; Villon escribía entonces un canto que pensaba titular como «La balada del pescado frito» y Tabary, sobre su hombro, no podía sino admirarse a cada poco de lo que iba leyendo. El poeta Villon era un hombre más que descuidado, en realidad andrajoso, cetrino, flaco y de baja estatura, con las mejillas hundidas y finos y grasientos rizos negros en la cabeza. No tenía más de veinticuatro años y demostraba en todo momento una actividad febril; avariento, de tanto mirar en busca de cualquier cosa tenía profundos surcos alrededor de los ojos; una sonrisa malévola le

fruncía de continuo los labios finos; era como si un lobo y un cerdo pugnaran por reflejarse en su rostro. Maese Villon, el poeta, era un hombre astuto, de gran elocuencia, incluso verborreico; mundano pero muy feo… Sus manos eran pequeñas, con los dedos como anudados por una cuerda; se movían de continuo, mientras hablaba, frente a su cara; diestras en su reforzamiento de las pantomimas de quien las movía, pantomimas hoy amables y divertidas, mañana violentas, pero siempre expresivas. Tabary, por su parte, era un tipo con cara absolutamente imbécil: aplastada la nariz y los labios babeantes; era impresionante en su estupidez, pero dócil y maleable; se había dedicado a robar como hubiera podido ser el más honesto de los burgueses; era pues, un hombre llevado por esa suerte imperiosa que lo mismo se ocupa de la vida de los gansos que de la vida de los semovientes humanos…

Al otro lado de la habitación, o lo que equivale a decir que a la izquierda del fraile de Picardie, Montigny y Thevenin Pensete parecían entretenidos en un juego de azar. Montigny, a pesar de todo, conservaba aún cierta elegancia, un aire de buena cuna; era como un ángel caído, de buen porte, alto, la nariz elegantemente aquilina, de tez trigueña. A Thevenin, por lo que parecía, todo le iba de maravilla; había dado un buen golpe en el Faubourg Saint Jacques aquella misma tarde y llevaba la noche entera ganando apuestas a Montigny, por lo que no era extraño que tuviera aquella sonrisa alelada y feliz en el rostro; por lo demás, le brillaba la calva a la luz escasa, en medio de una suerte de corona de rizos pobres y rojizos; su abdomen, pequeño pero prominente, se agitaba hacia arriba y hacia abajo con su risa satisfecha, con su contento de sí mismo.

—¿Pares o nones? —dijo Thevenin.

Montigny, harto de perder, lo miró sombríamente.

—Algunos prefieren comer con ceremonia —leyó en alto el poeta Villon lo que escribía— aunque no tengan más que pan y queso… ¡Ayudadme a salir de esta!

Tabary se puso a hacer ruidos que nada decían.

—Dadme perejil en un plato de oro… —prosiguió con su lectura el poeta Villon.

El viento, en la calle, soplaba cada vez más helador y hacía remolinos con la nieve. En el interior, la chimenea emitía algo parecido a un lamento, como si también estuviera a punto de congelarse; a medida que corría la noche mayor era el frío también allí, en la casucha del cementerio.

Maese Villon imitaba el soplo del viento frunciendo sus labios; era aquella una de las gracias habituales del poeta, que por cierto molestaba

sobremanera a Dom Nicolás.

—¿Acaso no oís cómo silba en la chimenea? —preguntó el poeta Villon —. Parece albergar a todos los demonios; es como si bailaran la danza del diablo llevados por el viento… ¡Bailad, bailad, queridos amigos, bailad como si os hubieran colgado en un patíbulo, que no por eso conseguiréis entrar en calor! ¡Oh, qué viento tan terrible! Acabará arrancando los árboles de la calle; sí, seguro que alguno se queda sin nísperos… ¡Eh, Dom Nicolás! ¿Crees que hará tanto frío en el camino que lleva a Saint Denis?

El fraile cerró los ojos en un amago de sonrisa forzada y le temblequeó la papada como si estuviera a punto a atragantarse con la nuez de Adán. Montfaucon, el terrible patíbulo público de París, estaba en el camino a Saint Denis, pero el fraile, abotargado, tardó en coger el chiste.

Tabary, sin embargo, comenzó a reírse como un tonto, aguantándose las costillas como si se le fueran a tronchar. El poeta Villon le dio un golpe en la nariz y el tonto dejó de reírse y se puso a toser.

—¡Cállate de una vez! —le dijo Villon—. Piensa, a ver si se te ocurre algo que rime con pescado.

—Pares o nones —se escuchó decir de nuevo al empecinado Montigny.

—Lo que quieras, me da igual —respondió Thevenin.

—¿Queda algo en la botella? —preguntó el fraile.

—Abramos otra —dijo Villon—. Pero ¿acaso crees que puedes llenar ese gran tonel que eres con algo tan pequeño como las botellas? ¿Y cómo harás para llegar al cielo? ¿Cuántos ángeles crees que harán falta para subirte, fraile de Picardie? Mas ¿y si fueras otro Elias? ¡Enviarán una carroza para que te recoja!

El fraile volvió a llenarse el vaso.

—*Homnibus impossibile*[15] —dijo.

Tabary parecía en trance extático mientras reía como un loco. Villon le sacudió de nuevo en la nariz.

—¡Vaya, hay que ver qué gracia te hacen mis chanzas! —le dijo.

—Es buenísimo —aseguró Tabary.

Villon lo miró haciéndole una mueca de imbécil.

—Vamos, idiota, piensa en algo que rime con pescado —le dijo de nuevo Villon y añadió—: ¿Qué sabes tú de latín? Bueno, preferirás no saber ni una palabra cuando te llegue la hora del Juicio Final y el demonio llame a Guido Tabary, *clericus*; será un demonio con chepa y las uñas ardientes… Pero, ya que al diablo nos referimos, ¡mirad a Montigny!

Miraron los tres al jugador, que no parecía gozar de buena suerte y ladeaba la boca en un gesto agrio al tiempo que le temblaban las aletas de la nariz como si hiciera un gran esfuerzo para respirar. Estaba gafado, como dice la gente, y parecía acusar la carga de su mala suerte.

—De un momento a otro le entrará a cuchilladas —dijo Tabary con ojos de loco.

Dom Nicolás se asustó, pero como seguía sintiendo mucho frío apartó la vista de la escena para extender las manos hacia el fuego del hogar; su escalofrío no fue consecuencia de una especial sensibilidad moral que lo adornara.

—Venid —dijo el poeta Villon—; veamos cómo suena a vuestros oídos esta balada.

Empezó a leer en voz alta, como si se dirigiera a Tabary, pero apenas llevaba los primeros versos cuando lo interrumpió un grito ahogado que brotó de la mesa en donde estaban los jugadores. No pasaba más que había llegado la partida a su final; pero en el instante en que Thevenin iba a cantar victoria de nuevo, Montigny se abalanzó contra él y acertó a partirle en dos el corazón de una certeza cuchillada. Thevenin no pudo exhalar sino aquel su ahogado grito y su cuerpo se estremeció convulso en dos o tres sacudidas violentas, al tiempo que abría y cerraba las manos. Después cayó al suelo de espaldas con los ojos desmesuradamente abiertos. Así salió el alma del cuerpo de Thevenin, para irse hasta el reino de aquel que la había creado.

Todos se pusieron en pie. Pero nada había que hacer. Los cuatro que aún quedaban con vida se miraron sin saber qué decirse.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó al fin Tabary, poniéndose a rezar.

Maese Villon comenzó a reírse entonces como un orate; dio unos pasos al frente y dedicó a Thevenin una reverencia ridícula; agotado después por su propia risa buscó asiento, pero no para sosegarse sino para continuar soltando furiosas carcajadas que parecían descoyuntarlo.

Montigny, sin embargo, fue el primero que aparentó calma y una tranquilidad enorme.

—Vamos a ver qué tenía consigo —dijo acercándose al muerto.

Con la destreza propia de los de su oficio le sacó rápidamente la bolsa, hizo cuatro montones con lo que había en ella, se guardó uno y muy digno se dirigió a los demás:

—Os lo podéis repartir —dijo.

—También nosotros habremos de pasar por trance semejante —dijo el poeta Villon, cesando brevemente en su loca risa—. Sí, todos acabaremos

como este que aquí tenéis, todos menos esos que… —hizo entonces una mueca mientras se apretaba el cuello con las manos, como si representara a un ahorcado, y sacando su lengua larguísima.

Se guardó después lo que le correspondía en el reparto de los bienes del muerto y se puso a dar patadas en el suelo pues sentía entumecidas las piernas.

Tabary fue el último en recoger su parte; la guardó en un pañuelo, que anudó convenientemente, y luego se fue a un rincón para desanudarlo y contar ávido lo que le había tocado.

Montigny incorporó al muerto, lo sentó en la silla en la que había jugado y le sacó el puñal que aun tenía clavado en el pecho, del que brotó entonces un chorro de sangre.

—Será mejor, amigos míos, que os larguéis —dijo a los otros, mientras limpiaba su puñal en las ropas del muerto.

—Sí, será mejor hacer lo que dices —admitió el poeta Villon echándose un trago—. ¡Maldito imbécil! —añadió con furia—. Os aseguro que su sola visión me da náuseas… ¿Cómo puede un hombre tener roja la cabellera cuando ya está muerto? Decidme, ¿con qué derecho? —preguntó para sentarse de inmediato y agachar la cabeza cubriéndose el rostro con las manos.

Montigny y Dom Nicolás estallaron al unísono en una larga carcajada; Tabary se limitó a sonreír levemente.

—Llora, pequeñín —dijo el fraile.

—Siempre dije que era una nena —dijo Montigny, despectivo, señalando al muerto—. Vamos, hombre, ¿quieres sentarte bien de una vez? —añadió mientras soltaba un golpe al cadáver—. Venga, Nick, apaga el fuego con tus pies…

Pero Dom Nicolás estaba entretenido en un asunto más provechoso, pues trataba de robar entonces la bolsa del poeta Villon, que seguía sentado en donde poco antes había escrito su balada, triste, tembloroso.

Montigny y Tabary le hicieron señas para decirle silenciosamente que también ellos querían una parte de aquel botín con el que trataba de hacerse el fraile, que les dijo que sí con un movimiento de su cabeza. Se hizo al fin con la bolsa del poeta, que se guardó en las faltriqueras de sus hábitos. De nuevo se demostraba que si bien es verdad que la Naturaleza dota artísticamente a algunos hombres, no lo hace en igual medida con esas habilidades prácticas que son necesarias para valerse en la vida.

Apenas le había sido robada la bolsa, cuando François Villon se puso en pie de un salto, se sacudió la ropa y comenzó la tarea de apagar el fuego. Montigny, a su vez, abría cuidadosamente la puerta de la calle para echar un vistazo al exterior; nada había que temer, no se avistaba la ronda de vigilancia; no obstante, decidieron salir de uno en uno, para llamar menos la atención.

Maese Villon, que estaba deseoso de escapar de la presencia del muerto cuanto antes, y como los otros estaban deseosos de escaparse de él antes de que descubriera que le habían robado la bolsa, salió el primero. En la calle imperaba aquel viento que había barrido las nubes del cielo. Sólo algún hilo de gasa, leve y transparente, se veía entre las estrellas. El frío que hacía era crudo, brutal; merced a un efecto óptico causado por el frío y por la nieve que flotaba en el aire mecida por las rachas de viento, las cosas que había a cierta distancia no mostraban su forma habitual. La ciudad estaba sumida en un silencio absoluto. Ahora que había dejado de nevar Villon maldijo su suerte. ¿Por qué no seguía nevando?, se dijo, pues entonces, por cualquier parte que pisara, dejaba sus huellas en la nieve antes caída, señalando sus pasos desde la lóbrega casa del cementerio de Saint Jean; allí estaban, sus huellas, atadas por la misma cuerda que le unía al crimen cometido; la misma cuerda, acaso, que lo condujera al patíbulo. Aceleró el paso como si su miedo fuese el propio muerto que lo perseguía, sacudió sus dedos y se frotó las manos, a medias para darse calor y a medias para insuflarse ánimos, y se metió inopinadamente por una calle cualquiera, pisando por donde más espesa y cuajada era la nieve.

Iba en su veloz caminar, sin embargo, acompañado por dos imágenes igualmente aterradoras, la del patíbulo de Montfaucon y la del muerto de la calva brillante y los rizos rojos; dos cosas que al recordarlas le oprimían el corazón. Apretó el paso como si quisiera alejarse de sus propios pensamientos. A veces, temiendo que alguien lo seguía, giraba la cabeza; era el único ser, empero, que había en aquel lugar. En algunas calles la nieve se iba trocando en duro y consistente hielo.

De repente vio ante sí, aún a distancia considerable, una especie de bulto negro y dos luces. El bulto se movía a la par que las luces, temblorosas como si las portaran dos hombres de andar despacioso. No le cupieron dudas de que se trataba de una ronda; maese Villon se aprestó de inmediato a apartarse de aquella dirección; ni cruzarse de lejos con la ronda quería… Naturalmente, no le quedaban ganas de bronca y volvía a asaltarlo el temor de ir dejando sus huellas por doquier… Justo a su izquierda vio entonces una gran casa coronada por dos pequeñas torres, que lucía un gran pórtico a la entrada. La

casa estaba casi en ruinas; como la conocía, sabía que llevaba ya algún tiempo sin que nadie la habitara, por lo que rápidamente se dirigió al pórtico para ocultarse aprovechando aquella oscuridad que contrastaba con el blanco refulgente de la nevada. Allí, avanzó a tientas con los brazos extendidos y toparon sus pies con algo que ofrecía a su paso gran resistencia; era algo a la vez duro y maleable, firme y blando. El corazón le dio un vuelco en el pecho y comenzó a palpitarle desbocado. Retrocedió unos pasos, superada la sorpresa inicial, para tratar de ver de qué se trataba y soltó una risa de alivio; no había tropezado más que con una mujer muerta. Se agachó para cerciorarse de que estaba muerta, y lo estaba: fría como el hielo, rígida como una tabla; llevaba en el pelo unos adornos baratos, lazos que el viento movía, y en las mejillas un colorete puesto no mucho antes y tan abundante como espeso; tenía además los bolsillos vacíos, pero en las medias, bajo las ligas, encontró dos *whites*[16]. Menos es nada, se dijo el poeta Villon, aun sintiendo un profundo patetismo que hizo estremecer a su sensibilidad; le pareció terrible, sobre todo, que hubiera muerto antes de poder gastarse aquel dinero, lo que le llevó a preguntarse por qué. Sin duda, se decía, algún misterio había en ello. Algo tan penoso como difícil de descubrir. Quitó los ojos de las monedas con las que se había hecho, para mirar detenidamente a la mujer. Quitó ahora los ojos de la mujer para mirar de nuevo las monedas. Negó con la cabeza y se dijo el poeta Villon cuán incierto es el destino del hombre en esta vida. Pensó entonces en la muerte del rey Enrique V de Inglaterra, acaecida en Vincennes después de conquistar Francia, y se dijo que aquella pobre furcia había perdido la vida, quizás por una mala corriente de aire, a la entrada de la que fue la casa de un hombre importante, sin poder gastarse lo que antes se había ganado.

Era de aquella manera tan cruel, sin embargo, como sucedían las cosas en el mundo, con lo poco que se tarda en gastar dos whites… Aquella pobre mujerzuela no pudo darse el gusto de relamerse los labios con lo que más le placiera antes de que el diablo le arrebatase la vida, abandonando su cuerpo en un pórtico para que se lo comieran los pájaros y los gusanos.

El poeta François Villon se dijo que era preferible agostar el sebo antes de que se rompiera la lámpara.

En todas esas cosas pensaba cuando en un gesto reflejo se llevó la mano al lugar donde guardaba su bolsa. El corazón se le paró de golpe al comprobar que no la tenía consigo. Un escalofrío le recorrió el espinazo y le asestó un golpe tremendo en la nuca, como un mazazo. Quedó inmóvil durante unos instantes, sin saber ni qué pensar ni qué hacer, pero reaccionó de inmediato

con movimientos violentos, palpándose aquí y allá… Tan turbado estaba, tanto se había agitado en la búsqueda vana, que cuando se dio por vencido y aceptó la pérdida le corría el sudor por la frente.

El dinero es, para los avarientos, lo que da acceso a los placeres, sin otro límite que el que supone la cantidad de la que se disponga; para los viciosos avarientos, pues, perder el dinero es privarse de lo único que tiene un interés cierto en esta vida; un vicioso con dinero, además, se siente más feliz y poderoso que un emperador de Roma… Mientras lo posee, claro… Para estos hombres, perder el dinero es como pasar del cielo al infierno, es perderlo todo. Jamás piensa que acaso el día de mañana pueda perder hasta el cuello, precisamente a causa de su dinero.

Maese Villon se maldijo y gritó contra todo lo que hay en el cielo y en la tierra; en su furia, tiró a la nieve las dos *whites* y comenzó a soltar patadas sobre el cadáver de aquella pobre mujer, sin reparar en lo que hacía, sin el menor remordimiento. Salió rápidamente de donde se había escondido para regresar a la casa del cementerio; ya no le importaba la posibilidad de que la ronda nocturna le diera el alto; no tenía otra preocupación que la de recuperar su bolsa. Según caminaba, desparramaba la vista a derecha e izquierda, buscando su preciada bolsa, aunque estaba seguro de que no se le había caído en la nieve. ¿Y si la hubiera dejado en aquella casucha pestilente? Ansiaba llegar y comprobarlo, aunque la posibilidad de encontrarse de nuevo con el muerto le ofrecía algún reparo… Ya a cierta distancia, sin embargo, comprobó que su afán por apagar el fuego del hogar había sido en vano, pues la luz se reflejaba en las ventanas y por la chimenea del tejado seguía saliendo una lenta columna de humo… De nuevo se estremeció al pensar en un prendimiento y en la horca, así que decidió atemperarse y volver otra vez sobre sus pasos, ahora para dirigirse a la casa del pórtico en donde se topó con la pobre furcia muerta. Ya frente a la casa, casi se arrodilló en la nieve para buscar las dos *whites* que en su tonta furia había tirado, pero no dio más que con una de las monedas; poca cosa, no podía darse con eso el gusto que pretendía en alguna taberna que permaneciese abierta; estaba claro, pensó el poeta Villon, que no era sólo la posibilidad de placer lo que se alejaba de él, sino que le aguardaba una terrible noche de frío a la intemperie en aquel tétrico pórtico, el único lugar del que ahora disponía para guarecerse.

Ya se le había secado el sudor de antes; ya había cesado el viento inclemente; mas el frío, empero, era más crudo; una cierta rigidez, un envaramiento debido a ese frío, comenzaba a invadir al poeta François Villon.

En esas circunstancias y con la amargura que sentía en lo más hondo de su pecho, ¿qué podía hacer?

Dada la hora tardía, y aunque poco podía esperar del capellán de Saint Benoít, su padre putativo, se dirigiría a su casa. Lo hizo a toda prisa, corriendo para llegar cuanto antes; nada más verse ante la puerta, la golpeó con los nudillos, sin encontrar respuesta. Lo intentó de nuevo, ahora golpeando con más fuerza, y animándose según lo hacía, hasta que al fin oyó unos pasos en el interior, cada vez más cercanos a la puerta. Se abrió a fin el postigo con barrotes de hierro que había en la puerta dejando ver el resplandor de una vela.

—Acerque la cara para que lo vea —dijo el capellán.

—Soy yo —casi lloró el poeta Villon.

—¡Ah, vaya, eres tú! —dijo el capellán.

Acto seguido comenzó a soltar mil y una maldiciones por la boca, cosa impropia de un sacerdote, diciéndole de paso que cómo se le ocurría despertarlo a tales horas, y añadiendo que debería irse al infierno, de donde provenía.

—Tengo mucho frío, las manos se me han amoratado hasta las muñecas —se lamentó François Villon—. Ya no me circula la sangre en los pies y siento pinchazos heladores en las piernas; tengo la nariz y hasta el corazón helados… Te juro, padre mío, que nunca volveré a pedirte nada, pero dame asilo esta noche o moriré antes de que amanezca…

—Tenías que haber venido antes —dijo con indiferencia el sacerdote—. Sea; los jóvenes necesitan recibir una buena lección de vez en cuando…

Cerró entonces el postigo con barrotes y se oyeron en el interior sus pasos alejándose de la puerta.

Maese Villon pareció enloquecer; comenzó a golpear la puerta con las manos y con los pies mientras llamaba a voces al capellán. No obtuvo lo que pretendía.

—¡Viejo avaro! ¡Maldito seas! —le gritó—. Si algún día te cruzas en mi camino, juro que te enviaré al infierno para que te sientas como en tu propia casa…

Se escuchó un portazo en el interior de la casa y al cabo todo quedó en silencio. El poeta Villon lanzó al aire de la noche una blasfemia y se pasó la mano por la boca para reafirmarla.

Poco después, sin embargo, comenzó a encontrarle el aspecto cómico a aquel su avatar; se echó a reír mirando las estrellas que refulgían en el cielo, unas estrellas que parecían hacerle guiños promisorios de dicha. Pero el

recuerdo de la mujer muerta en el pórtico le heló de nuevo el corazón; otra vez sus más negros pensamientos: morirse de frío en mitad de la noche, sin un techo bajo el que cobijarse; lo que le había ocurrido a ella bien podía pasarle a él en cualquier momento, antes del amanecer, a él que estaba en la flor de la vida, a él que sabía gozar de la vida y reírse y cantar y beber como nadie.

Dio entonces en sentir pena de sí mismo, como si lo hiciera de otra persona; hasta se le pasó por la cabeza hacer un dibujo al día siguiente, si llegaba a verlo, representando el momento, tétrico y a la vez cómico, en que se tropezó con el cuerpo de la pobre furcia muerta.

Trató de serenarse, sin embargo, y de ver qué podía hacer para no quedarse a la intemperie, mientras daba vueltas entre los dedos a la única moneda que había recuperado de la nieve. Lamentablemente para él, había roto su amistad con otros hombres que antes se la brindaron, por lo que no podía acudir a ellos en solicitud de ayuda; a varios, los había ridiculizado en verso; a otros, les había agredido a golpes; a los más, los había engañado de mala manera para sacarles los cuartos… Había uno, empero, que quizás se dejara ablandar el corazón… ¿Por qué no lo intentaba, tal y como estaban las cosas?

Echó a correr de inmediato hacia su casa.

Pero dos cosas que le acontecieron al poco cambiaron su rumbo. La primera, que casi se da de bruces con una ronda nocturna, a la que pudo esquivar en el último momento; la otra, que al doblar una esquina se vio justo en el mismo lugar en el que años atrás una mujer y sus hijos fueron devorados por los lobos en una noche como aquella. Dadas las circunstancias, pensó Villon, bien podía ocurrir que de nuevo los lobos, hambrientos, se acercaran y adentraran incluso en París otra vez, en busca de algo que llevarse a los colmillos… No le debía extrañar, por ello, la posibilidad de toparse en cualquier calle con una manada de lobos, un peligro aún mayor que el que corría si se encontraba con una ronda, aunque ya hubiera descubierto el cadáver en la casucha del cementerio… Asustado, pues, se detuvo y comenzó a mirar hacia uno y otro lado; estaba justo en un punto en el que se cruzaban varias calles, que procedió a escrutar atentamente una a una, empavorecido por la posibilidad de escuchar un aullido en cualquier momento, de ver el negro pelaje de los lobos corriendo para comérselo.

Aquella trágica anécdota se la había contado su madre cuando fue niño y siempre se la recordaba cuando pasaban por aquel lugar… ¡Su madre! Si al menos supiera dónde vivía, seguro que encontraba asilo esa noche… No obstante, y en previsión de que le ocurriera algo parecido cualquier otra

noche, decidió averiguar dónde vivía la pobre vieja, al día siguiente, y visitarla… Al fin, sin embargo, y tras dar un gran rodeo por miedo a los lobos, enfrascado en tantos y tan dispares pensamientos, llegó al lugar en donde pretendía encontrar ayuda. Era su última esperanza aquella noche.

La casa, como las otras del vecindario, estaba completamente a oscuras. Llamó con unos golpecitos suaves en la puerta, sin embargo, y al poco escuchó pasos, una puerta que se abría en el interior de la casa, una voz recelosa que preguntaba quién era. Dijo el poeta Villon su nombre claramente, aunque sin alzar mucho la voz, temeroso de ser rechazado, a la espera de respuesta… No pasó mucho tiempo antes de que se abriera de golpe una ventana por encima de su cabeza y cayese un cubo de agua sucia; no le cogió por sorpresa aquello; suponía que algo así podría ocurrirle, por lo que tuvo tiempo de guarecerse en la entrada de la casa cuanto le fue posible, aunque sin evitar que el agua lo empapase de cintura para abajo, congelándosele al instante las medias. Temió una muerte próxima, a consecuencia de la congelación, por causa de la prolongada intemperie sin ropa de abrigo suficiente. Se tuvo entonces el poeta por proclive a la tisis, y cual si ensayara, comenzó a toser.

La gravedad del trance por el que vivía fue lo que le dio los ánimos que precisaba. No muy lejos de la puerta en la que le había caído el cubo de agua, se detuvo cuando ya había iniciado la fuga, y mientras se metía un dedo en la nariz, para hurgarse convenientemente, comenzó a cavilar… Acaso, se dijo, la única manera de obtener asilo por esa noche fuera tomándolo al asalto… Había visto, no muy lejos de allí, una casa que parecía no ofrecer mayores dificultades para introducirse en ella. Echó a caminar de nuevo, repentinamente feliz con la idea de meterse en alguna habitación tibia, de encontrar una mesa de la que no hubieran retirado las sobras de la cena y pasar allí las horas que restaban hasta el amanecer, para salir a la calle con el nuevo día y las manos llevándose una vajilla de oro o de plata… Hasta se puso a pensar en qué viandas y en cuáles serían los vinos que encontraría en la casa a la que iba… En esas estaba cuando consideró la posibilidad de encontrarse también algún pescado frito, lo que le produjo una extraña mezcla de contento y espanto… «No seré capaz de acabar jamás esa balada…», se dijo el poeta François Villon, y no pudo evitar, acto continuo, que le llegara el recuerdo del muerto: «¡Ah, maldito sea ese idiota!»

La casa, ante la que ya estaba, permanecía a oscuras, o eso le pareció, pues cuando se acercó más buscando el mejor lugar para asaltarla, vio, sin embargo, un leve resplandor detrás de las cortinas de una de las ventanas.

«Maldita sea, hay aún alguien despierto ahí adentro; o es un estudiante, o un santo varón; un imbécil, en cualquier caso, por estar despierto a estas horas… Si no conseguía dormir, ¿por qué no se emborrachó hasta caer roncando en su cama como cualquiera? ¿De qué sirve, así las cosas, el toque de queda, de qué sirve el esfuerzo de quienes tocan las campanas para dar la hora, colgándose los pobres de la cuerda? ¿De qué sirve el día si hay gente que permanece despierta por la noche? ¡Que los buitres los despedacen a todos!», se decía Villon, no sin una sonrisa ante el encadenamiento de cosas que le procuraban sus pensamientos. «Bueno, cada cual a lo que más le interesa; si hay alguien despierto ahí adentro, por Dios juro que conseguiré cenar decentemente y engañar así al diablo que me corroe las tripas», siguió diciéndose.

Decidido, se fue hasta la puerta y llamó con golpes firmes, no como en las dos casas anteriores, donde lo hizo con timidez, cauteloso. Ahora, a fin de cuentas, había descartado la primera idea de meterse furtivamente en la casa, y llamar a la puerta, como cualquier hijo de vecino, era cosa de lo más común, incluso inocente.

Resonaron en la casa sus golpes en la puerta fantasmagóricamente, como si sus estancias estuviesen vacías, pero antes de que se apagara el eco de sus llamadas escuchó desde el exterior un paso vivo acercándose a la puerta; sin más, de inmediato, oyó también cómo se descorrían dos cerrojos y la puerta se le abrió de par en par, como si quienes habitaban aquella casa fueran gente confiada o muy valiente, sin preguntar nada. Apareció en el umbral un hombre alto, fuerte, algo encorvado, de cabeza grande pero bien conformada, altiva; su nariz, chata en la punta, se afinaba sin embargo hacia las cejas muy pobladas; leves arrugas circundaban la boca y los ojos de aquel hombre; todo su rostro, en fin, parecía recogido por una barba blanca y abundante, muy digna y bien recortada. Aquel hombre, a la luz del candil que llevaba en su mano, parecía de una nobleza absoluta; acaso, según lo que pensó Villon, de una nobleza inmerecida; le tranquilizó observar que, más que inteligencia, su rostro denotaba rectitud y sencillez.

—No son estas horas de llamar a una puerta, muchacho —le dijo aquel hombre, con voz fuerte pero a la vez cortés.

Maese Villon hizo una leve reverencia pidiéndole disculpas; en tales circunstancias, prevalecía en él lo que es propio en un mendigo por encima de la soberbia del hombre de talento.

—¿Tienes frío y hambre? —le preguntó el anciano—. Bien, pues pasa —añadió franqueándole el paso con un gesto tan elocuente como educado.

«Es todo un *Seigneur*», se dijo Villon mientras el anciano, después de poner el candil en el suelo de losetas de la entrada, corría de nuevo los cerrojos de la puerta.

—Permite que te muestre el camino —dijo después, dirigiéndose al interior.

Precedió el anfitrión al poeta hasta llegar a una gran sala en el piso superior, en la que el ambiente era grato merced a un gran brasero de cisco y a la luz de la lámpara que pendía del techo. No estaba amueblada, sin embargo, más que con lo justo; pero destacaba especialmente una vajilla de oro que había a la vista en un aparador; se veían igualmente, sobre una mesa, varios infolios; y una vieja armadura montada en un podio, frente a la ventana. En las paredes, dos o tres tapices de mucho mérito y valor; uno de ellos representaba la crucifixión de Cristo y otro una escena bucólica presidida por un arroyo. Sobre la chimenea, el escudo de armas de la familia.

—¿Quieres tomar asiento? —dijo a Villon aquel hombre—. Si me disculpas, iré a buscarte algo de comer; estoy sólo en casa esta noche…

Apenas hubo salido de allí su anfitrión, el poeta Villon saltó de la butaca en la que había tomado asiento para echar un vistazo a cuanto había en la sala; parecía un gato que se deleitara husmeándolo todo. Sopesó entre sus manos la vajilla de oro pieza a pieza, abrió los infolios, estudió las armas del escudo y hasta calibró el coste del tapizado de las butacas. Corrió además las cortinas y comprobó así que las ventanas no tenían cristales comunes sino vitrales de colores con figuras que representaban aspectos de la vida militar… Volvió al centro de la sala, echó desde allí un nuevo vistazo a cuanto había, respiró profundamente, tanto que acabó por retener el aire en sus carrillos hinchados, y girando sobre sus talones, mientras volvía a mirarlo todo, lo fue soltando poco a poco a la vez que intentaba que todo aquello se le quedara impreso en la memoria… «Sólo siete piezas de la vajilla; si hubieran sido diez me habría arriesgado… Pero estoy en una buena casa y me atiende un hombre excelente… ¡Que todos los santos del cielo me ayuden a salir con bien de aquí!», se dijo.

Escuchó entonces los pasos del anciano, que regresaba a la sala, y volvió Villon a tomar asiento en la butaca, calentándose las piernas ante el brasero. Parecía en verdad un pobre hombre honesto.

El anciano le llevó un plato de carne y una jarra de vino; puso aquello sobre la mesa e invitó con una seña a Villon para que se acercara; después tomó dos copas del aparador y sirvió vino.

—Brindo por que cambie tu suerte —dijo alzando su copa y tocándola levemente con la de Villon.

—Y yo brindo por que nos conozcamos mejor —dijo el poeta Villon, seguro ahora de sí mismo.

La cortesía de aquel hombre, su gran educación y su amabilidad, hubieran bastado para impresionar a cualquiera, pero el poeta Villon no era nada sensible a tales valores. Ya antes había gozado de la hospitalidad de grandes señores, que sin embargo le parecieron auténticos sinvergüenzas, tanto o más que él mismo… Se dedicó a saciar el hambre voraz que tenía, y el anciano no podía por menos que mirarle con gran curiosidad.

—Tienes sangre en el hombro —observó.

Debió de teñirlo Montigny con la sangre del muerto, al apoyarse en él, cuando salía de la casucha del cementerio. Maldijo Villon a Montigny.

—No es sangre que haya derramado —respondió.

—No pensé que lo fuera —le respondió su anfitrión—. ¿Una pelea, quizás?

—Algo parecido —respondió Villon, muy turbado.

—¿Un crimen? —siguió preguntando el anciano.

—¡Oh, no, nada de eso! —dijo el poeta, muy confuso—. En realidad no fue un asesinato, fue una lamentable casualidad, una desgracia, en la que yo nada he tenido que ver… ¡Que me quite Dios ahora mismo la vida, si miento!

—Bueno, da igual; un ladrón menos —dijo el dueño de la casa.

—Así es —admitió Villon, más tranquilo—. Bien decís, pues era el ladrón más grande qué pueda encontrarse por los caminos que llevan de París a Jerusalén… Digamos que cayó al suelo como un cordero degollado, aunque confieso que me resultó muy desagradable verlo… Aunque, supongo yo, señor, que habréis visto morir a mucha gente en tiempos —dijo señalando con un dedo la armadura.

—He visto morir a muchos —respondió el anciano—. Ya te has dado cuenta de que he combatido en el campo de batalla…

Villon dio descanso a los cubiertos y preguntó:

—¿Ha visto morir a algún calvo?

—Unos sí, otros con el cabello blanco como el mío…

—No, eso no me importaría… Pero el de aquel hombre era pelirrojo —dijo el poeta Villon y a punto estuvo de echarse a reír bestialmente, como en otras ocasiones, pero lo evitó bebiendo un largo trago de vino—. Me molesta pensar en esto —prosiguió—, porque le conocía… El frío, además, le hace a

uno imaginar cosas, ver cosas raras… O a lo peor, eso, imaginar cosas, ver cosas extrañas, es lo que hace que uno se muera de frío…

—¿Tienes algo de dinero? —le preguntó el anciano.

—Una moneda —dijo el poeta riéndose comedidamente—. La encontré en las medias de una pobre mujerzuela muerta en un pórtico… Sí, estaba más muerta que César y más fría que una iglesia… El viento le movía los lazos que llevaba en el cabello… El invierno es muy duro para los lobos, las rameras y los mendigos como yo, os lo aseguro…

—Permíteme que me presente… Soy —dijo el anciano—. Enguerrand de la Feuillée, señor de Brisetout y administrador de Patatrac… ¿Quién eres tú y a qué te dedicas?

—Me llamo François Villon —dijo el poeta poniéndose de pie y dedicando una reverencia al anciano—, un pobre hombre de letras de la Universidad de París… Os diré, señor, que sé un poco de latín y bastante de los vicios todos… Compongo cantos, baladas, romances, poemas cortos, rondós… Y además gozo con el vino… Vine al mundo en un desván y es más que posible que muera en el patíbulo. Puedo añadir, caballero, que a partir de esta noche podréis contar conmigo para lo que os sea preciso, que me mostraré como el más humilde de vuestros servidores, y que será para mí un honor atenderos en lo que os sea más necesario.

—No serás mi sirviente, sólo mi huésped por una noche —le dijo el caballero.

—Vuestro más agradecido huésped, entonces —dijo el poeta Villon alzando su copa en honor de su anfitrión.

—Eres listo —dijo el anciano tocándose la frente—, sí, muy listo… Además tienes estudios… ¿Cómo es que le has quitado una moneda al cadáver de una mujer? ¿No lo consideras un hurto?

—Sí, lo admito —dijo el poeta—; un hurto que se da mucho en las guerras, como bien lo sabéis, caballero.

—No, muchacho, no; las guerras son los campos del honor —dijo el anciano, altivo—; en la guerra un hombre arriesga su vida por una causa y lucha en nombre de Dios, de su Rey, de su dama…

—Yo tengo que admitir, sin embargo, que soy un ladrón, señor —dijo el poeta Villon—, aunque os aseguro que también me he jugado la vida más de una vez contra enemigos poderosos.

—Pero lo habrás hecho por afán de ganancia, no por la llamada del honor —objetó el anciano.

—¡Por afán de ganancia! —exclamó Villon con un deje de amargo sarcasmo—. Señor, os aseguro que el pobre que tiene hambre toma donde puede aquello que le ayuda a aliviarse; sólo digo que el soldado, en la guerra, hace lo mismo… ¿Y qué son esas requisas que sufre de continuo el menesteroso? Os aseguro que, cuando menos, son una pérdida para el que se ve sometido a ellas… Los hombres de armas, los hombres de honor, beben plácidamente su vino ante un buen fuego. El pobre burgués, mientras tanto, tiene que roerse las uñas para darles leña y vino… Señor, os aseguro que he visto a muchos ahorcados; una vez vi treinta en un solo día… Cuando pregunté qué habían hecho, me respondieron que su delito no había sido otro que el de no tener dinero suficiente para satisfacer lo que les pidieron los soldados.

—Son las necesidades de la guerra, que los villanos deben sufrir pacientemente —dijo el caballero, de nuevo altivo—. Admito que algunos capitanes se exceden en el ejercicio de sus funciones, pero en todas las clases hay almas insensibles al amor que es debido hacia el prójimo… Y admito igualmente que no pocos villanos siguen la carrera de las armas por afán de lucro.

—Pues ahí tenéis, señor, el mejor ejemplo de lo que os digo: no se puede separar al soldado del malhechor —dijo Villon—. ¿Qué es un ladrón, sino un soldado con un campo de batalla más reducido? Si yo robo un cordero sin alterar con ello el sueño de su pastor, aunque me maldiga al descubrir que se lo he robado, no dejará de comer ese día, no le habré causado un grave perjuicio… Pero si llegáis vos con vuestros clarines y tambores, arrasáis los pastos, os lleváis el ganado, matáis al pastor, ¿qué? Yo no tengo clarines ni tambores, sólo soy un miserable, peor que un perro, carne de horca… Pero preguntad al pastor a quién detesta y teme más cuando llega la noche y no puede conciliar el sueño, si a mí o al soldado…

—Si nos comparamos tú y yo —dijo el anciano levantándose lentamente, demostrando su imponente estatura—, creo que salgo ganando; soy viejo, pero fuerte y honesto; si me viese obligado a dejar mi casa por cualquier razón o fuerza del destino, muchas, acaso cientos de personas, me acogerían gustosa y orgullosamente. Son innumerables las familias de campesinos que dejarían sus modestas casas para que pudiera alojarme en ellas, incluso en mitad de la noche, si yo les pidiera asilo y manifestase mis ganas de estar sólo… Tú, sin embargo, vagas por ahí, obligado a hacerte con las monedas miserables de una pobre mujer muerta. Yo no temo a nada ni a nadie; a ti te he visto cambiar varias veces de color a lo largo de la noche a causa de una u

otra palabra que yo dijera… Yo espero tranquilamente a que Dios quiera llevarme a su lado, en mi propia casa; y si el rey volviera a reclamar mi presencia, allí acudiría dispuesto a enfrentarme a la muerte, con honor, en el campo de batalla… Tú, sin embargo, esperas tu hora temblando de miedo a que te llegue en la horca; será la tuya, con toda seguridad, una muerte deshonrosa, y vivirás hasta que te llegue sin esperanza, de manera infame y deshonesta… ¿Y dices que no hay diferencias entre tú y yo?

—Sí las hay, señor; tanta como entre esta luz de vuestra lámpara y la de la luna —admitió Villon—. Mas si yo hubiera nacido en la casa del señor de Brisetout, e hijo de él, y si vos fuerais el pobre estudiante François, ¿la diferencia no sería la misma? ¿Acaso no habría sido yo, entonces, quien se calentara las piernas en ese magnífico fuego de vuestro hogar, y vos quien robara las monedas de un cadáver y quien tiritase de frío en mitad de la nevisca? ¿Quién sería entonces, señor, el caballeroso soldado, y quién el ladrón?

—¡Yo, un ladrón! —exclamó el viejo caballero sin dar crédito a lo que oía —. Si al menos alcanzaras a comprender la imbecilidad de tus palabras, es posible que te arrepintieras de ellas ahora mismo…

—Si Su Excelencia me hubiera hecho el honor de escuchar atentamente lo que le decía… —replicó Villon frotándose las manos con dignidad cínica.

—Me parece que ya te he hecho bastante más honor del que mereces sólo con tolerar tu presencia en mi casa —le dijo el anciano bastante molesto, harto ya de él—. Deberías aprender a moderar tus expresiones y a cuidar tus palabras, al menos cuando estés ante un hombre de edad y honor… De lo contrario, cualquier día, estoy seguro, te encontrarás con un hombre que no sea tan condescendiente como yo y te trate como mereces —añadió el caballero y comenzó a recorrer la sala con pasos inquietos, tratando de dominar la cólera que lo ganaba por momentos.

Maese Villon, sin prestarle mucha atención, volvió a llenar de vino su vaso; estiró las piernas y se puso aún más cómodo en la butaca que ocupaba. Se sentía bien; había comido, había bebido y estaba al fin caliente; además, había logrado saber al fin cuál era el carácter de su anfitrión, lo que le hacía sentir tranquilo, ya que era por completo diferente al suyo. Iba pasando muy bien la noche y se decía que nada podría impedirle salir de allí, aún mejor, a la mañana siguiente.

—Dime una cosa —le dijo de pronto el caballero, deteniéndose ante él—. ¿De verdad eres un ladrón?

—Me acojo a los sagrados deberes y derechos de la hospitalidad, señor, y os contesto con absoluta sinceridad: sí, lo soy —dijo François Villon.

—¡Eres tan joven! —exclamó aquel hombre, compasivo.

—Pues de no haber procedido con astucia, ni a mi edad de hoy habría llegado —dijo Villon mostrando los dedos de sus manos—. Estos son los diez talentos que me han guiado hasta ahora, los que me han apadrinado, los que me han dado de comer, los que me han cuidado, educado, vestido…

—Todavía estás a tiempo de arrepentirte y cambiar de vida…

—Pero, señor, si yo me arrepiento todos los días de lo que hago —dijo el poeta Villon con fingida modestia—; os aseguro que pocos hombres indignos habrá tan bien dispuestos al arrepentimiento como yo mismo… En cuanto a lo de cambiar de vida, entendido como cambiar de oficio, señor, habrán de cambiar antes, necesariamente, mis circunstancias; un hombre no puede dejar de comer, aunque sólo sea para poder seguir arrepintiéndose…

—Para cambiar de vida primero tendrá que experimentar un cambio sincero tu corazón —le dijo el caballero con gran solemnidad.

—Pero, mi querido y admirado milord —replicó Villón—, ¿de verdad creéis que yo robo por el simple placer de hacerlo? Odio el robo tanto como el trabajo y los peligros; me rechinan los dientes de pánico sólo con pensar en imaginarme el patíbulo esperándome; mas, si robo, al menos tengo algo para comer y beber, y para concederme también algunos placeres, ¡vive Dios!, que el hombre, como animal social que es, gusta de la compañía… Si me hicierais mayordomo real o Abad de Saint Denis… Dadme la administración de Patatrac y veréis qué cambio tan inmediato se obra en mí… Ahora bien, en tanto no sea más que el pobre estudiante François, no me quedará otro remedio que seguir como estoy.

—La gracia de Dios es todopoderosa —observó el caballero.

—No lo pongo en duda, pues no soy un hereje —dijo Villon—; es la gracia de Dios, sin duda, lo que os ha convertido en administrador de Patatrac y en señor de Brisetout; es la misma gracia de Dios, sin embargo, la que me ha dado a mí, no títulos ni dineros, sino cierto talento y un poco de ingenio que me guardo bajo la gorra y estas diez herramientas para mi trabajo que albergan mis manos… ¿Puedo servirme más vino? ¡Gracias, señor! La verdad es que vuestros viñedos son magníficos…

Seguía el señor de Brisetout caminando por la sala, ahora con las manos a la espalda, meditabundo, atormentado acaso, pues hacía mucho tiempo que sus pensamientos no se veían sometidos a tantas y tales réplicas como las que recibía del poeta.

Aquel paralelismo que trazara François Villon entre soldados y ladrones había cautivado su interés y su atención; más aún, había iluminado en él una suerte de simpatía a su pesar en favor de su huésped… Aunque acaso no fuese más que la fatiga causada por un trabajo mental, por una necesidad de pensar a la que no estaba acostumbrado… Era como si intentase buscar una justificación para seguir teniendo como huésped a un joven tan insolente como Villon, pues le molestaba la sola idea, que de vez en cuando se le pasaba por la cabeza, de echarlo de su casa en mitad de la fría noche.

—La verdad es que hablas de cosas muy difíciles de entender por mi ruda inteligencia de soldado —le dijo—. De tu boca salen sin desmayo sutilezas diabólicas, que me parecen propias de las desviaciones a que lleva el diablo a los hombres… Pero también te digo que el demonio, en el fondo, es muy débil cuando se manifiesta con todo su poder la voluntad de Dios; cualquier pretensión del demonio se desarma ante una palabra honrosa igual que se desvanece la oscuridad cuando llega la mañana… Escúchame… Hace mucho tiempo que comprendí que la vida de un caballero en nada debe separarse de sus principios de servir a Dios, a su rey y a su dama… He visto cosas deshonrosas, extrañas aun en no pocos caballeros; mas siempre mantuve mis principios bajo cualesquiera circunstancias, incluso en las más desfavorables, para que relucieran como es debido. Tú hablas de comer y de beber; yo sé bien, porque lo he visto en muchos hombres, que el hambre es una dura prueba; sin embargo, nada dices de otras exigencias morales, como el honor, la fe en Dios y la dignidad de los demás hombres… Tampoco te he oído hablar de la necesaria indulgencia, ni del amor… Acaso me equivoque, pero creo que no, mas tengo por seguro que eres un buen hombre que se ha perdido en un mal camino cuando buscaba el más recto… Eso te ha llevado a un error fundamental en tu vida, un error de partida… Después, las necesidades han hecho que repares nada más que en minucias, olvidándote de los grandes valores, de las verdades eternas… Eres como un hombre que se preocupara por un simple dolor de muelas cuando le llega el día del Juicio Final. Te aseguro que el honor, la fe, la búsqueda de la verdad, son cosas más honorables y dignas de ser vividas que el ansia de comer y de beber, por mucha necesidad que haya… ¿Quizás, por decirlo claramente, no has descuidado esos principios de tanto preocuparte por la satisfacción de tus apetitos más inmediatos? ¿Y tu corazón? ¿Por qué no lo atiendes en la misma medida que atiendes a las exigencias de tu barriga?

—Según Vuecencia —dijo Villon, muy irritado con el discurso y la actitud del viejo soldado—, yo soy un hombre sin honor… ¡Bien sabe Dios,

sin embargo, lo pobre que soy, caballero! No sabe Su Excelencia lo duro que es ver a los ricos con sus guantes cuando uno lleva las manos ateridas; no sabe lo que es sentir el vacío en la barriga, por eso habla tan fácilmente de otras cosas que no la llenan; si alguna vez hubiera pasado hambre, seguro que no decía semejantes tonterías… Sí, caballero, soy un ladrón, no tengo el menor reparo en admitirlo y piense Vuecencia lo que le venga en gana… Pero puedo jurar que no soy un diablo escapado del mismísimo infierno… ¡Que Dios me quite la vida ahora mismo si lo soy! Tengo honor, mi propio honor, que no ha de ser menos valioso que el suyo, señor… Claro que yo no hablo todo el día de mi honorabilidad, como si fuera un milagro, una gracia de Dios… ¡Como si eso fuera algo que no puede tener cualquiera, al contrario que el dinero! Como me parece que el honor es consustancial a los hombres, me limito a guardarlo en su cajita, que sólo abro cuando las circunstancias así lo mandan… Repare en una cosa… ¿Cuánto tiempo llevamos juntos en esta gran sala de su casa? ¿Recuerda que me dijo que estaba sólo en ella? ¡Pues mire su vajilla de oro! ¿Le falta algo? Su Excelencia es un hombre fuerte, pero viejo; no está armado, y yo, sin embargo, oculto un puñal… No hubiera tenido que hacer más esfuerzo que el de darle un golpe y meterle el frío hierro de mi puñal en las tripas, para echar a correr por las calles con las manos llenas de oro… ¿O acaso creyó que era tan tonto que no me había fijado en sus valiosas piezas de oro? Sin embargo, decidí no robarle… Así que ahí tiene intactos sus platos, sus grandes copas, que están igual de a salvo que las de las iglesias… Y ahí estáis vos, con el corazón palpitándole tranquilamente, con todas vuestras posesiones intactas, mientras yo saldré de aquí cual llegué, tan pobre como las ratas, con esa única moneda que tanto me reprocha usted porque la tomé del cuerpo sin vida de una pobre furcia… ¡Y encima me dice que no tengo honor…! ¡Pues que Dios me quite la vida ahora mismo si soy deshonesto!

—Te diré lo que eres —le dijo el anciano señalándole admonitoriamente —. Eres un canalla, muchacho, un vagabundo insolente, artero y malvado… Llevo una hora hablando contigo y no puedo más que decirte que ahora me siento profundamente avergonzado de mí mismo por haberte hecho semejante favor… Ahora me arrepiento de haberte dado de comer y de beber, ya me he hartado de verte la jeta, maldito… Así que, como en breve se hará el nuevo día, y cual búho que vuelve a su rama, ve preparándote para largarte…

—Como lo mande Vuecencia —respondió el poeta Villon poniéndose en pie con mucha dignidad—. Me parecéis un hombre tan estricto como honorable —y vació su copa de un trago, apurándola—. Me gustaría decir que

Su Excelencia es un hombre inteligente, pero —y se golpeó cómicamente la cabeza con los nudillos—, acusáis la edad, señor… Sí, tenéis ya muchos años encima… Y el cerebro reblandecido, caballero… O reumático…

El anciano, muy digno y severo, echó a andar hacia la puerta; François Villon lo seguía silbando, con los pulgares de sus manos metidos en el grueso cinturón de cuero con que se sujetaba los calzones.

—Que Dios te guarde y proteja —le dijo el caballero, ya en la puerta.

—Adiós, señor —dijo Villon mientras bostezaba—. Muchas gracias por la carne, aunque estuviera fría…

Oyó cómo se cerraba la puerta a sus espaldas.

La mañana comenzaba a levantarse sobre los tejados blancos de nieve de París. Era fría, cruda, desapacible. Maese Villon se detuvo tras unos pasos para desperezarse a gusto… «No era más que un viejo aburrido… Tengo que saber cuánto me darán por sus copones de oro», se dijo.

LA PUERTA DEL SEÑOR DE MALÉTROIT

Aún no había cumplido los veintidós años Denis de Beaulieu y ya se consideraba todo un señor, un hombre de probada dignidad y respeto, un maduro caballero.

Era un tiempo, ya lejano y duro, de gentes adustas, en el que los muchachos crecían rápidamente. El que había combatido en alguna guerra, el que montaba bien a caballo, el que había dado muerte a un hombre de acuerdo con las reglas del combate, podía permitirse ciertos placeres para los cuales no a todo el mundo se concedía la preceptiva licencia.

Nuestro joven, después de cuidar convenientemente de su montura, y de satisfacerse con una buena cena cuando atardecía, se dispuso a cursar cierta visita, no sin imprudencia por su parte. Hubiera hecho mejor quedándose ante el fuego del hogar, o retirándose a descansar a la hora en que es más honesto hacerlo, porque por aquellos días la ciudad estaba tomada por las tropas borgoñesas e inglesas, aliadas contra Francia, y aunque el joven Denis tenía el necesario salvoconducto para moverse por sus calles, de nada le valdría aquel documento en caso de un encuentro tan inesperado como indeseable. Corrían los días del mes de septiembre de 1429 y hacía un tiempo de perros; el viento, helador, acompañado de continuo por chaparrones inclementes, flagelaba las casas de la ciudad amontonando las hojas secas y caídas de los árboles contra los muros. Empezaban a verse luces en las ventanas de las casas, cuando aún no cesaba el ruido escandaloso de la soldadesca al disponerse a la cena mientras comenzaba a oscurecer. La bandera de Inglaterra, ondeando en las torres de la ciudad, se hacía así menos visible al tiempo que aquellas nubes que parecían errabundas, en el cielo, semejaban ir a cubrirlo todo amparándose en las sombras de la noche. Según oscurecía se hacía mayor la fuerza del viento; rugía ahora en los portalones de la plaza y sacudía con fiereza los vetustos y grandes árboles del valle que se iniciaba a las puertas de la ciudad.

El joven Denis de Beaulieu caminaba con dificultad, de cara al viento cortante, pero no tardó mucho más de lo habitual en llegar hasta la casa del

amigo en cuya búsqueda iba. Sin embargo, aunque albergaba el firme propósito de entretenerse lo justo y de regresar a hora prudencial a su casa, fue recibido tan calurosa y hospitalariamente, y halló tantos motivos para retrasar la vuelta, que cuando salió de allí era ya bien avanzada la medianoche.

Cuando pisó de nuevo las calles el viento había cesado en su rugir, pero la noche era ya negra como las tumbas; ni un leve resplandor de la luna lograba traspasar la dura urdimbre de las nubes. Denis no conocía bien, empero, el trazado sinuoso de las calles de Chateau-London, por lo que incluso a plena luz del día tenía a veces dificultades para orientarse en ellas. Ahora, sumido en la más negra oscuridad de la noche, no tardó en perderse; cuanto recordaba del camino que debía seguir eran las muchas cuestas, ya que la casa de su amigo estaba, por el contrario, en la parte más llana de la ciudad, y la posada en donde tenía alojamiento en la más alta, muy cerca de la torre de la iglesia. Así que, guiado por tan leve orientación, anduvo por sitios que le resultaban totalmente ajenos, aliviado cuando llegaba a alguna plaza espaciosa y desde la que podía ver algún trozo de cielo despejado, o guiándose con las manos por las paredes y los muros cuando caminaba por una calle estrecha y agobiante. A veces lo ganaba la sensación angustiosa de haberse perdido, la no menos terrible sensación, como si tocara un cuerpo sin vida, de intentar orientarse con las manos en la fría reja de una ventana. Otras veces, lo irregular del terreno que pisaba estaba a punto de dar con sus huesos en tierra; y alguna sombra, más profunda y densa que las demás, le sobrecogía de espanto al no saber por dónde se adentraría unos pasos más allá. Quería llegar inadvertidamente a su posada pero los peligros que se le ofrecían en el camino era tan ciertos como su miedo. Por eso se detenía al llegar a una esquina cualquiera, largo rato, y miraba aquí y allá antes de armarse del valor suficiente como para seguir.

Llevaba ya largos minutos caminando por una calle tan estrecha que, con sólo extender los brazos, tocaba con sus manos los muros de cada lado, cuando tomó una esquina de la misma y varió por completo el rumbo que seguía. Supo de inmediato que aquel no era el camino que conducía a su posada, pero lo siguió, en la esperanza de poder orientarse nuevamente en breve. La callejuela, sin embargo, se cerraba en una terraza con balaustrada de piedra, que se asomaba al valle a una considerable altura. Al asomarse, apenas pudo imaginar Denis las copas de los altos árboles, que el viento batía ahora levemente, y un único punto de luz, el ofrecido por el reflejo de las aguas límpidas del río que atravesaba la campiña. El cielo, más despejado, había

levantado la oscuridad de la noche, y desde su atalaya podía contemplar ahora el joven el contorno de las montañas próximas. Y un edificio algo más a su izquierda, que por su monumentalidad parecía ser importante; tenía torres y miradores; de su mismo centro destacaba, sobre todo, la cúpula redonda e inequívoca de una capilla y daba abrigo a la puerta principal un rico pórtico con figuras esculpidas en la piedra. Las ventanas de la capilla albergaban ricos vitrales de colores, y los tejadillos de las torres, de pizarra, arrojaban una sombra aún más negra que las mismas nubes que empezaban a levantarse… Era, no le cupo duda, la mansión residencial de alguna familia de mucha importancia y respeto; al recordar el joven su propio palacio de Brujas, aumentó su curiosidad por aquel edificio, que contempló admirado mientras se hacía maravillas de la ciencia de la arquitectura.

Tuvo la completa seguridad de que para llegar a esa terraza 110 había otro acceso que la callejuela por la que había venido, así que, para salir de allí, sólo debía seguir el mismo camino, en sentido contrario; además, creyó haberse hecho ya la necesaria composición de lugar y se dijo que ya sabía cómo llegar hasta su posada. No imaginaba, sin embargo, la cantidad de accidentes y de situaciones insólitas que habría de vivir aquella noche, la más memorable, por ello, de entre todas las de su existencia anterior y posterior.

No llevaba recorridos más de cien metros, en su camino de vuelta, cuando observó una luz que parecía flotar frente a él; una luz rodeada de voces cuyos ecos resonaban casi con estrépito en la estrechez de la callejuela. Era una partida de hombres, que recorría la ciudad bajo la luz de una antorcha. Se dijo entonces Denis, un tanto aprensivo, que quizás hubiera bebido más de lo recomendable, y que no estaría, por ello, en disposición de atender con bien a la petición de su salvoconducto y asuntos semejantes, o a cualesquiera requerimientos de los que se suelen observar en tiempos de guerra. Corría el peligro, se dijo, de que lo mataran si les venía en gana, dejando tirado por ahí su cadáver, y se supuso en una situación tan comprometida como inminente. No obstante, la propia luz de la antorcha bajo la que se guiaban aquellos hombres, y sus voces destempladas, servirían para ocultarle y silenciar sus pasos. No tardó mucho en darse a la fuga, a toda prisa.

Lamentablemente, sin embargo, justo cuando echaba a correr, tropezó con una piedra, perdió el equilibrio y cayó contra una de las paredes de la calle, lanzando una blasfemia que a causa del dolor no pudieron reprimir sus labios; además, golpeó su espada contra el suelo de piedra, ruidosamente. De inmediato escuchó varias voces, unas en inglés, otras en francés, que gritaban el ritual «¡quién vive!» Nada contestó el joven Denis; se puso en pie y siguió

corriendo… Ya en la terraza, miró atrás; seguía escuchando las voces de la partida, que ahora le perseguía, mientras aquellos hombres doblaban ya la última esquina antes de acceder a la terraza y acercaban la antorcha a cualquier rincón de la callejuela, para ver si aquel al que perseguían se había escondido por allí.

Miró Denis en derredor suyo, y no viendo otro abrigo, corrió hasta el pórtico de la gran casa, en busca de la fortuna de no ser visto, pues de resultar descubierto tendría aún más dificultades, dado su intento de fuga, para afrontar el interrogatorio al que quisieran someterle aquellos hombres. Empero, y por si así era preciso hacerlo, sacó su espada y apuntó con ella al frente, apoyando la espalda en la puerta, dispuesto a vender cara su vida. Mas, apenas reculó un poco, cedió la puerta hasta abrirse del todo, aunque él, de inmediato, se apartara. Se sorprendió el joven, tanto como agradeció aquella ayuda inesperada, al ver que de una vez por todas parecía asistirle la fortuna; era como si un fenómeno, debido al influjo de la luna, se manifestase para ayudarle en un momento en que poco podían hacerlo sus propias palabras, sus justificaciones y hasta sus excusas. Ni lo pensó el joven Denis; de inmediato se metió en la casa y entornó la puerta para no ser visto; no quería cerrar del todo la puerta, pues deseaba observar a sus perseguidores, pero acaso por su propio peso, o quizás por un mecanismo que le era propio, se escurrió de sus dedos, cerrándose con un gran golpe que dio paso a un ruido muy parecido al de una traviesa de acero que cayera sobre ella.

Pronto llegaron los hombres de la partida hasta la terraza; golpearon, entre insultos y maldiciones, aquí y allá, con los regatones de sus lanzas; uno, incluso, llegó a golpear la puerta tras la que se escondía el joven Denis… Pero, animados por la posibilidad de hacer una captura, pronto siguieron su camino aquellos hombres cada vez más soliviantados, por un pasadizo que no había acertado a descubrir el perseguido, perdiéndose sus voces y sus pasos muy pronto en dirección a otras zonas de la ciudad.

Respiró aliviado y seguro en su escondite. Dejó pasar unos pocos minutos, para dar tiempo a que se alejaran suficientemente, para cerciorarse de que, por cualquier causa, no volvían sobre sus pasos, e intentó abrir de nuevo la puerta para irse…

La puerta, en su parte interior, era completamente lisa; no tenía, además, ni cerrojos, ni cerradura… Nada… Metió las uñas en la intersección con la jamba, pero en vano, la pesada puerta no cedió; trató de golpearla con fuerza, pero lo mismo, era firme como una piedra… El joven Denis de Beaulieu comenzó a asustarse, a sentir que su entrecejo se fruncía… ¿Cómo abrir

aquella maldita puerta? ¿Cómo era que se abría y se cerraba sola? Tenía que haber por fuerza, se dijo, algo oscuro y misterioso, lo que aún le asustó más… Tuvo la sensación, entonces, de haberse metido en una ratonera, pero cómo iba a sospechar él algo parecido de una mansión más que digna y hermosa, que se alzaba al final de una estrecha callejuela, muy tranquila, por lo demás… Pero allí estaba, encerrado y sin poder salir, fuera o no una ratonera, fuese o no una casa del mayor respeto… Encima, la oscuridad imperante cada vez le hacía sentir más miedo.

Trató de prestar mayor atención a lo que le rodeaba; así, mientras del exterior no llegaba ruido alguno, notó otros, leves, sin embargo, en el interior; algo así como si hubiera allí alguien que se aguantara la respiración para no delatar su presencia ante el intruso… La sola idea de que alguien lo acechara le hizo reaccionar; de nuevo se puso de espaldas contra la puerta, girando bruscamente para ello, y apuntó hacia el frente con su espada, dispuesto a luchar. Entonces vio al fin algo de luz; en efecto, a no mucha distancia de donde estaba, vio un leve rayo de luz semejante al que pasa por la rendija que deja una puerta entreabierta. Aquello le supuso un consuelo, más que un alivio; ver algo, al menos, le resultó como hacer pie al que se hunde en un pantano… Trató entonces de orientarse, tomando como centro j precisamente aquella leve luz. Como ya se le habían acostumbrado j los ojos a la oscuridad, pudo ver un tramo de escalera que subía desde aquella entrada de la casa a la puerta de la planta superior, de la que escapaba aquel rayo de luz. El corazón le latía violentamente desde que tuvo la primera sensación de que alguien le observaba, y se apoderaba de él, cada vez con mayor virulencia, el deseo de pelear, de enfrentarse a lo que fuera con tal de salir de aquella incertidumbre de una vez por todas. De poder hacerlo, de verse obligado a luchar, al menos se enfrentaría a algo visible, a algo tangible y ajeno a la oscuridad, al mundo de las sombras… Se dirigió pues, lentamente, escalera arriba, hasta aquella puerta de la que salía un rayo de luz, con la espada en una mano y la otra extendida al frente… Una vez salvado el primer escalón, había subido aprisa. Mas, al llegar arriba, se detuvo en busca de la compostura necesaria, tomó aire, empujó la puerta y entró.

Era una galería de piedra labrada y había allí tres puertas iguales, una a cada lado; en el otro extremo, dos grandes ventanales, y entre ambos, una chimenea no menos grande sobre la que se veía el escudo de armas de los Malétroit, que el joven Denis reconoció al instante, alegrándose muy sinceramente de haber entrado en una casa tan noble… La estancia, perfectamente iluminada, tenía no obstante j pocos muebles; sólo una pesada

mesa larga y varias sillas. No había j fuego en la chimenea, aunque en el suelo, a su lado, se veían dos j haces de paja no muy fresca.

Frente a la puerta a través de la cual accedió Denis a la estancia, junto a la chimenea, sentado en un sillón gótico estaba un viejecillo abrigado con un batín de piel. Con las piernas cruzadas en actitud tranquila, con las manos descansadas en el reposabrazos del sillón, tenía próxima una copa de vino. De rasgos fuertemente masculinos, su rostro poseía esa fortaleza del toro o del oso que contienen un tanto de fiereza y a la vez de brutalidad equívoca, noble pero peligrosa. Al sonreír se le juntaban las cejas espesas y se le empequeñecían aún más j los ojos, que no obstante aparecer con una expresión cómica poseían cierta incómoda dureza un algo siniestra… Hasta el cuello de la bata le caían los largos y aún hermosos cabellos blancos; su barba y sus mostachos parecían un campo nevado; el paso de los años no parecía haber hecho mella en su apostura, sin duda porque era un hombre que sabía cuidarse bien, lo que denotaban sus manos… Sí, las manos del señor de Malétroit eran famosas; era imposible encontrar en un hombre de su edad unas manos como las suyas, fuertes, carnosas, de líneas puras, de afilados dedos; unas manos, en fin, sensuales como las de las mujeres pintadas por Leonardo; unas manos de uñas en perfecto dibujo y bien pulimentadas, de una blancura inmaculada, que contribuían a hacer aún más impresionante y fiero su aspecto cuando cruzaba tranquilamente las manos sobre el regazo de su batín, con la misma morigeración, sin embargo, con que hubiera podido hacerlo cualquier virgen cristiana. Todo en él ofrecía una sensación intensa de terror, una brutalidad en su expresión, aun cuando apareciera sentado como un dios, en aquella su paradójica inmovilidad. Así era el señor Alain de Malétroit.

Denis y él se miraron sin decirse palabra durante unos segundos.

—Adelante —dijo al fin el señor de Malétroit—. Llevo toda la noche esperándole…

Sin levantarse de su asiento, acompañó la invitación que le hacía a pasar con una cortés indicación de su mano y con una no menos cortés inclinación de su cabeza; sin embargo, aunque su tono de voz era cristalino, incluso dulce y muy educado, a Denis no se le pudo pasar por alto la dureza, la orden, más allá de la invitación, que había en sus palabras. Un escalofrío recorrió la espina dorsal del joven, y así de impresionado, además de hondamente sorprendido, por no decir que aturdido, apenas acertó a pronunciar una respuesta.

—Me temo que se trata —dijo— de una casualidad por duplicado… Sin duda no soy la persona a la que esperáis, y os aseguro que nada más ajeno a mis intenciones, ni a mis deseos, que entrar en vuestra casa como un intruso…

—¡Bah, bah! —dijo, indulgente, el caballero—. Lo que importa es que está usted aquí… Siéntese, querido amigo, y tranquilícese; después arreglaremos de una vez por todas nuestros negocios…

Comprendió Denis que la cosa comenzaba a embrollarse más de lo debido, y protestó, si bien educadamente:

—No, no… Es que la puerta de vuestra casa…

—¿La puerta de mi casa? —le interrumpió el anciano señor de Malétroit alzando sus pobladas cejas—. Es un ingenio magnífico, ¿no le parece? Y una puerta la mar de hospitalaria, reconózcalo… Pero, me parece que pretende insinuar que, de haber sido por usted, no habría entrado a saludarme siquiera… Bueno, comprenda que los ancianos nos veamos obligados a utilizar determinadas añagazas para conseguir compañía… Sea usted muy bien venido a mi casa, aunque lo haya hecho en contra de su voluntad, caballero.

—Perdonad que insista, pero creo que se trata de un error —siguió protestando Denis—. Entre nosotros, señor, no hay relación de ningún tipo, ni de negocios ni sobre cualesquiera otros asuntos… Soy extranjero en este país; me llamo Denis de Beaulieu; si estoy en su casa, señor, es porque…

—Joven —lo interrumpió el anciano—, permita usted que me haga la composición de lugar que más me plazca; es posible que mis impresiones difieran notablemente de las suyas, pero ya se encargará el paso del tiempo de señalar quién de los dos, si usted o yo, estaba en posesión de la verdad —añadió con una de sus muy enigmáticas sonrisas.

Denis se dijo que aquel hombre había perdido el juicio, y tomó asiento con bastante aprensión, temiendo tener que presenciar de un momento a otro un ataque de locura del viejo. Hubo un silencio en el que creyó escuchar, además, una especie de rumor de plegarias, que salía de los cortinones que tenía frente a los ojos; una vez le pareció que era la plegaria de una voz sola; otra, de dos voces al menos… En cualquier caso, se dijo con bastante miedo, la vehemencia con la que se producía aquella plegaria, si bien musitada, denotaba o mucha prisa por concluirla o un estado de ánimo desde luego excitado… Para tranquilizarse se dijo que acaso tras aquellos cortinones no hubiera otra cosa que la entrada a la capilla de la casa, con lo cual era lógico pensar que alguien rezara.

El señor de Malétroit, mientras, observaba con curiosa atención al joven caballero, sin dejar de sonreírle; a veces emitía algún sonido de satisfacción, que en nada ayudaba a que el joven se tranquilizase. Al cabo, las cosas le resultaron tan insoportables a Denis, que, por decir algo, por hablar, simplemente, observó que el viento al fin se había calmado…

Aquello, sin embargo, causó en el anciano señor de Malétroit un ataque de risa tan irreprimible como sorda; era la suya, a pesar de silenciosa, una risa violenta, larga; una risa que le congestionó el rostro, tornándoselo púrpura…

Denis, no ya asustado, sino además molesto, se puso entonces en pie, se caló su birrete con plumas y anunció:

—Señor, me estáis insultando groseramente, salvo que no os halléis en pleno uso de vuestro buen juicio, en cuyo caso puedo emplear mejor mi tiempo que haciendo compañía a un lunático… Me parece que os estáis burlando de mí desde el principio; habéis rehusado escuchar mis explicaciones, pero si Dios no manda otra cosa, no tengo por qué seguir más tiempo en esta casa… Y si vuestra maldita puerta me lo impide, usaré mi espada para hacerle un agujero…

El señor de Malétroit reprimió su risa y levantó la mano derecha para sugerirle calma.

—Mi querido sobrino —le dijo entonces—, siéntese…

—¿Su sobrino? —se extrañó Denis—. ¡Mentís!

Pareció, por sus movimientos rabiosos, que iba a abofetear al anciano, pero se contuvo.

—¡Siéntese, idiota! —le dijo el señor de Malétroit, con un tono de voz tan diferente al que había usado hasta entonces, que parecía imposible en la misma persona, pues semejaba el ladrido furioso de un perro dispuesto a morder—. ¿Cree acaso —prosiguió— que si me propongo algo lo abandono? Si lo prefiere, haré que le aten de manos y pies hasta que se le tronchen los huesos, a menos que abandone su intención de marcharse… Así que compórtese como un buen doncel y oiga lo que tiene que decirle este anciano, y haya paz entre nosotros.

—¿Significa eso que soy vuestro prisionero? —preguntó Denis.

—Yo me limito a actuar; saque usted las conclusiones que prefiera —le respondió el anciano.

Denis volvió a tomar asiento; trató de mostrar sosiego, aunque en su interior se consumía de rabia, aprensivo y temeroso, además… Ya no le parecía un simple loco el anciano… Mas, aunque lo fuera, ¿qué demonios

pretendía, por el amor de Dios? ¿En qué aventura, trágica, siniestra, ridicula o absurda, se había metido? ¿Y cómo hacer para salir con bien de aquello?

Así estaba, sumido en estas inquietantes reflexiones, cuando se descorrieron los cortinones que, en efecto, ocultaban la puerta de entrada a la capilla, y vio a un sacerdote que le miró, que se dirigió después al señor de Malétroit para decirle al oído y en voz muy baja unas palabras.

—¿Está mejor? —preguntó el señor de Malétroit.

—Está más resignada, señor —respondió el sacerdote.

—Pues que Dios la confunda, si es tan difícil de contentar —dijo con un feroz sarcasmo el anciano—. ¿A qué más puede aspirar?

—Es una situación difícil para una doncella de noble cuna, señor —dijo el sacerdote—; no me extraña que alguien como ella se ruborice ante la sola idea…

—Pues que lo hubiera pensado antes —le interrumpió el anciano—. Bien sabe Dios que no he sido precisamente su consejero, pero una vez dado el primer paso, juro por la Virgen santa que lo ha de continuar hasta el fin —y dirigiéndose entonces a Denis, añadió—: Caballero de Beaulieu, ¿me permite que le presente a mi sobrina? Lleva mucho tiempo esperando vuestra entrada en esta casa, y creo que, incluso, con más impaciencia que yo mismo…

Como no le quedaba otra solución que aceptar, trató de mostrar Denis la mejor cara posible; al fin y al cabo, quería saberlo ya todo de aquella casa, para así adivinar cuáles eran las mejores vías de escape, así que se levantó de su asiento, dispuesto a recibir a la dama. El señor de Malétroit se levantó también, ayudado por el sacerdote, y se dirigieron los tres a la capilla.

La capilla era en verdad suntuosa. Seis columnas impresionantes conformaban la nave, que se remataba en una suerte de semicírculo en el que estaba el altar, ricamente adornado con bajorrelieves y piedras talladas; en las ventanas, vitrales carísimos, de exquisita iridiscencia.

Había en el altar unos cincuenta cirios, pero sólo cuatro tenían luz, una luz tremolante y pobre.

Ante el altar estaba arrodillada una joven que lucía un hermoso vestido nupcial.

Trató Denis de luchar contra lo que aquella presencia le sugería. No, no podía ser, no quería que fuese lo que pensaba…

—Blanche —dijo a la joven dama el señor de Malétroit con su tono de voz más melifluo—, aquí viene a saludarte un joven caballero, amigo mío… Date la vuelta, querida sobrina, y ofrécele tu mano… Bien está demostrar modestia, pero no olvides la cortesía debida…

Se levantó la joven y dio unos pasos en dirección a ellos; mostraba una palidez marmórea; la vergüenza y la humillación se percibían en cada una de las líneas de su rostro hermoso y virginal; tenía baja la mirada e inclinada la frente, tanto, que sus ojos vieron de inmediato el excelente calzado de Denis. La joven se detuvo, como si las amarillas botas de piel de Denis poseyeran una corriente magnética, lo que hizo que alzase la vista de golpe para encontrarse con los ojos del joven.

Entonces, la mirada de la dama virginal dejó de mostrar tristeza para aterrorizarse; lanzó un grito de horror, se cubrió la cara con las manos y cayó desmayada sobre las frías losetas de la capilla.

—¡No es él, no es él! —gritó desesperada apenas se hubo repuesto—. Os digo que no es él, mi querido tío…

—Pues claro que no es él —dijo el viejo, sonriendo sarcásticamente—. Ya lo sabía, ¿qué crees? Pero la culpa es tuya por no recordar su nombre…

—¡Juro que jamás he visto a este caballero! —gritó la joven—. ¡Ni deseo conocerle! Señor —dijo entonces dirigiéndose a Denis—, si de verdad merecéis ser llamado señor, decid la verdad… ¿O es que acaso os he visto antes de esta trágica noche?

—No puedo sino decir lo mismo, noble dama —respondió Denis—, pues nunca he tenido el placer de veros antes… Es la primera vez, señor —añadió mirando al viejo—, que veo a vuestra encantadora sobrina…

El viejo se encogió de hombros.

—Pues me da lo mismo —dijo—, ya sé que no os habíais visto antes… Pero creo que podemos decir eso de que más vale tarde que nunca; tampoco yo conocía mucho más a mi difunta esposa cuando nos casamos… Eso nos demuestra —añadió frotándose las manos contento— que a veces los matrimonios hechos rápidamente y por conveniencia son los mejores… Así las cosas, y como para llevarse a cabo una boda ha de tener el contrayente ciertas preeminencias, le concedo, joven, dos horas antes de que se verifique la ceremonia, para que hable cuanto tenga que hablar con mi sobrina.

El señor de Malétroit, sin decir más, se encaminó hacia la puerta, seguido por el sacerdote.

—¡Señor, tío mío! —le gritó la joven, corriendo tras él—. Supongo que no hablaréis en serio, pues juro ante Dios que, antes de casarme con él, me parto el corazón en dos con una daga… Sólo de pensar en un matrimonio como el que se me propone, todo en mí se rebela… ¡Tened piedad de mí, señor! Considerad que Dios no ve con buenos ojos estas violencias, considerad que lo que me proponéis es deshonroso, indigno de un hombre

como vos, que peináis canas y sois merecedor del mayor de los respetos… Cualquier mujer preferiría la muerte antes que matrimoniar de manera tan infame… ¿Es posible —y se echó a llorar con mucho sentimiento mientras lo decía— que penséis que es este el caballero elegido?

—Ya sé que no lo es, pero me da lo mismo —dijo el anciano—. Te diré de una vez por todas, Blanche de Malétroit, qué pienso sobre este asunto… Cuando se te ocurrió deshonrar el nombre que durante más de setenta años he llevado con honor en la paz y en la guerra, perdiste el derecho no sólo de discutir mis decisiones, sino hasta de mirarme a la cara y dirigirme la palabra… Si viviera tu padre, mi digno hermano menor, te hubiera escupido y echado de la casa familiar… Tu padre, fue, no en vano, la mano de hierro de nuestra casa… Así que, damisela melindrosa, bien puedes dar gracias a Dios de que mi mano no sea de hierro, sino de terciopelo… El único deber que me queda por cumplir en esta vida es el de casarte, así que he procurado buscarte marido, y hacerlo, en atención a ti, escogiéndote un joven y digno caballero. Ahora bien, mi querida sobrina Blanche de Malétroit, si no consideras digno de ti a este hombre, no tengo sino que decirte que me trae sin cuidado; muéstrate complaciente con él, sin embargo, pues por mi honor te juro que si no atiendes a lo que ya he dispuesto, te casarás con otro, sí, mas te aseguro que con el primer gañán que encuentre para ti, no con un joven tan respetable como este…

Apenas concluyó estas palabras salieron el señor de Malétroit y el sacerdote, dejándoles solos.

La dama Blanche de Malétroit se dirigió entonces a Denis con los ojos llorosos y afiebrados.

—¿Podríais explicarme qué significa todo esto? —le preguntó.

—Os aseguro que no lo sé —contestó el joven, sombrío—. Me hallo preso en esta casa que parece habitada por orates… Además de no saber qué ocurre, no comprendo nada de lo que oigo y veo…

—¿Y cómo es que habéis llegado hasta aquí? —le preguntó la dama.

No tuvo que hacer uso de muchas palabras para contarle lo sucedido y dar satisfacción a su pregunta.

—Por lo demás —añadió Denis—, si hacéis como yo y me referís vuestra historia sin dejaros nada, quizás pueda explicarme todos los enigmas que me asaltan ahora mismo… Y acaso Dios nos haga ver una solución conveniente para ambos.

Quedó Blanche de Malétroit en silencio unos segundos durante los cuales pudo observar Denis, no sin cierto deleite, la hermosura de sus labios ahora

trémulos, sus bellos ojos ahora brillantes de terror y fiebre.

—¡Oh, me va a estallar la cabeza! —dijo la joven dama tocándose delicadamente las sienes, con la voz embargada por la angustia—. Siento, además, que el corazón se me rompe… Pero tenéis razón, os lo debo contar todo, aun cuando se trate de una falta de tal gravedad que me avergüenza, aun cuando se trate de referiros un comportamiento que nada tiene que ver con el recato con que ha de proceder siempre una joven doncella… Caballero, soy, como sabéis, Blanche de Malétroit, huérfana desde mi más tierna infancia y desgraciada desde el primero de mis días… Hace apenas un mes, un joven caballero, un capitán, comenzó a sentarse a mi lado todos los días en la iglesia… Supe de inmediato que se sentía atraído por mí… Sé que obré mal, pero me agradaba tanto saberme querida… Pocos días después le acepté una carta de amor, que tomé con sumo placer y leí nada más llegar a casa… Me ha escrito más veces, suplicándome que dejara la puerta abierta para poder entrar y hablar conmigo… Mi tío —añadió tras un sollozo ahogado— es un hombre duro e inconmovible, además de un auténtico rufián, aunque sea verdad que en la guerra se ha mostrado siempre como un héroe y que se le deben innumerables hazañas, lo que le valió grandes prebendas en la corte de la reina Isabeau… No sé cómo pudo sospechar algo, pero lo cierto es que nada le resulta ajeno. Esta misma mañana, cuando salíamos de la iglesia, me tomó una mano entre las suyas, me la abrió con fuerza y me quitó la última carta de amor entregada por el capitán. Leyó lo que en ella me decía, mientras caminábamos, aparentemente tranquilo, sin sobresaltarse; sin embargo, como no logró después que le dijera el nombre de mi pretendiente, me tendió esta trampa en la que también habéis caído vos, para castigar así, por la fuerza de un matrimonio no querido, mi pecado… Tampoco sé si el capitán desea casarse conmigo, pues como ni una sola palabra hemos cruzado, nada sobre eso me ha dicho; seguramente su interés por mí habrá sido pasajero, y además es probable que mi comportamiento le haya parecido improcedente… Admito mi gran parte de culpa en lo que ahora me ocurre, por no haber sabido guardar el recato necesario, pero jamás supuse un castigo tan terrible ni una vergüenza como la que ahora tengo que sobrellevar; jamás creí que Dios permitiría que una de sus criaturas tuviera que sufrir como yo sufro ahora, contándole todo esto a un desconocido… Ahora que conocéis mi pecado, seguro que también vos me despreciáis…

—Madame —le dijo Denis haciéndole una respetuosa reverencia—, os agradezco la confianza que me habéis demostrado al hablarme de vuestro

sufrimiento y sus causas… No me queda sino demostraros que soy digno de vuestra confianza… ¿Sabéis dónde está ahora el señor de Malétroit?

—Creo que en la sala contigua —dijo ella.

—¿Puedo llevaros allí? —le preguntó Denis.

Ella, por toda respuesta, le tendió su mano y ambos dejaron atrás la capilla para entrar en la sala. Blanche de Malétroit parecía abatida y avergonzada; Denis, por su parte, serio, convencido de la importante misión que el destino parecía haberle reservado, y seguro en su juvenil presunción de llevarla a cabo con el bien necesario para aliviar los sufrimientos de la joven dama.

Al verlos entrar, el señor de Malétroit se levantó para recibirlos, acentuando su irónica y malévola sonrisa y dedicándoles una reverencia burlona.

—Señor —le dijo de inmediato Denis, tratando de adoptar la mayor dignidad posible—, creo que tengo todo el derecho a decir algo sobre este matrimonio que pretendéis, y no es más que por nada del mundo deseo forzar la voluntad de vuestra sobrina, ni verme obligado a desposarla… Si ella me hubiera escogido libremente, yo habría aceptado su mano como una auténtica gracia que me concediera el cielo, pues he podido comprobar que es tan buena y dulce de carácter como hermosa… Mas, en las presentes y forzadas circunstancias, sólo puedo deciros que, con todo el honor y el respeto debidos, no la acepto por esposa.

Blanche de Malétroit miró al joven caballero con enorme agradecimiento. El señor de Malétroit, sin embargo, seguía sonriendo sarcástico… Aquella sonrisa comenzó a intimidar al joven y bien dispuesto Denis.

—Mucho me temo, señor de Beaulieu —dijo al fin el anciano, sin abandonar su sarcasmo—, que no ha comprendido usted ni una palabra de la lección que le he querido dar… Tenga la bondad de acercarse conmigo a esa ventana… Observe esa argolla, ¿la ve? Pues vea también la gruesa soga que pasa por ella, ¿la ve? Bien, escúcheme ahora con total atención: si la repugnancia que le inspira mi sobrina es tan insuperable como para que la rechace en matrimonio, antes de que salga el sol del nuevo día le haré colgar de esa soga… Puedo asegurarle, caballero y señor de Beaulieu, que me dolerá mucho hacerlo, pues nada tengo contra usted como para decretar que muera colgado… Lo único que quiero es casar de una vez por todas a mi sobrina… Supongo que su familia, caballero y señor de Beaulieu, es de mucho respeto y decencia, pero también le digo que ni descendiendo de Carlomagno le aceptaría a usted que rechazara sin castigo a mi sobrina, una Malétroit… Ni aunque fuese más fea y repugnante que la gárgola que hay a la entrada de mi

casa, ni aunque hubiera sido tan frecuentada por los hombres como los caminos que llevan a París… Mas, dejemos a un lado nuestros sentimientos, que sólo tienen que ver con los aspectos particulares de cada cual… Está en juego el honor de mi casa. Ya sé que no es usted el hombre al que ella esperaba, pero me da la real gana de creer que sí lo es; además, me parece que ya está en el secreto de todo este maldito embrollo, pues mi sobrina le ha referido todas las circunstancias, según me parece, así que nada debe extrañarle mi cortés invitación, honrosa, por lo demás, a que lave la afrenta hecha, pues tampoco puedo consentir que un extraño la haya conocido… Lo siento, joven caballero, mi querido Monsieur, pero pagará usted con su sangre, si me contraviene… Comprendo que no quiera casarse, pero comprenda usted también que ya no puedo correr el riesgo de que vaya por ahí contando lo que ha hecho mi sobrina…

Se hizo, durante unos segundos, un silencio aterrador.

—Creo que dos caballeros pueden dirimir un asunto tan grave como este de otra manera —se atrevió a decir al fin el atribulado Denis—. Lleváis espada, por lo que veo, y según es fama sabéis hacer uso de su hoja perfectamente…

El señor de Malétroit hizo una seña al sacerdote, que corrió el cortinón que cubría la tercera puerta de la sala… Fue una visión fugaz, pero suficiente para que Denis viera un pasillo en el que había varios hombres armados hasta los dientes.

—Si fuera más joven, aceptaría gustoso el honor que me queréis hacer —dijo entonces Sire Alain, señor de Malétroit—, pero ya no tengo edad para combatir en un duelo a espada, mi querido caballero y señor de Beaulieu… Así que no me queda más remedio que sustentar mi poder en mis más fieles vasallos, pues cada uno ha de poder aplicar en todo momento la fuerza de la que disponga, y la mía son esos hombres armados y prestos al acatamiento inmediato de mis órdenes; es, lo admito, uno de los muchos inconvenientes que tiene la vejez, mi querido y joven amigo, pero no es menos cierto que con la ayuda de Dios y un poco de resignación se acostumbra uno pronto… Usted, caballero y señor de Bealieu, y esta damita, acaso prefieran esta sala para intimar lo justo y conveniente en tanto transcurre el plazo de dos horas que he dispuesto, anterior a la boda… Bien, pues como nada más lejos de mis intenciones que molestarles, se la cedo muy contento… ¡Alto, no sea imprudente! —exclamó al observar una amenaza en los ojos del joven Denis —. Si es usted tan altivo que hasta ante la amenaza de la horca es capaz de rebelarse, le puedo ofrecer, para que muera, las espadas y las lanzas de mis

hombres… Pero le recomiendo que use bien las dos horas que le concedo; es tiempo suficiente para que un joven vigoroso y con toda la vida por delante recapacite y sepa velar por sus intereses… Me parece además que mi sobrina, por los gestos que hace, tiene algo importante que decirle a usted… Supongo que no querrá desairar a una dama…

Denis miró a Blanche y vio que ella le hacía una súplica con sus ojos.

Aquello hizo sonreír al anciano, que atisbo un primer signo de acatamiento a sus deseos en la actitud de la joven.

—Si me promete usted, señor de Beaulieu —dijo a Denis, ahora con la voz más amistosa—, aguardar mi regreso sin intentar ningún mal ardid de aquí a que pasen dos horas, mandaré retirar a mis hombres para que pueda hablar con mi sobrina sin que su presencia le moleste.

Denis miró de nuevo a la dama y supo que ella le pedía que aceptara tal condición.

—Le doy mi palabra de honor, señor —dijo.

El caballero le dedicó una inclinación de cabeza, se refrescó la garganta con un trago de vino y tomó unos papeles que tenía en la mesa, antes de salir; después descorrió los cortinones, dio unas órdenes a los hombres armados y se dejó sentir el entrechocar de las armas y sus pasos cuando se retiraban de allí. Dirigió una última sonrisa a los jóvenes y desapareció por la misma puerta por la que llegara a la sala Denis, seguido siempre por el sacerdote, que llevaba una palmatoria en la mano.

Apenas estuvieron solos, Blanche de Malétroit avanzó hacia Denis con las manos extendidas; en su rostro se reflejaba ahora la salud y la vitalidad recobradas; sus ojos eran aún más hermosos pero todavía brillaba en ellos el agua de sus lágrimas.

—No quiero que muera un caballero como vos —le dijo.

—¿Acaso creéis que temo a la muerte, Madame?

—¡Oh, no, no es eso…! Bien sé que sois un valiente —dijo ella—, pero lo digo por mí misma… No podría soportar ver que os cuelgan… Creo que, en vista de que no tenemos escapatoria…

—No sigáis, os lo ruego —dijo el joven—. Soy demasiado orgulloso como para aceptar que os sacrifiquéis por mí… Acaso, por la ofuscación del momento, olvidéis lo que le debéis a otro hombre…

Tuvo el joven Denis la galantería de decir estas últimas palabras mirando al suelo para no turbar a la joven. Ella pareció inmóvil y en silencio unos instantes, mas de pronto se dejó caer en el butacón que antes había ocupado su tío y rompió a llorar con mucho sentimiento. Aquello confundió aún más a

Denis; miró en derredor suyo, como si buscara palabras para decirle, pero no pudo más que sentarse en otra butaca. Allí estuvo, jugueteando con la empuñadura de su espada, deseando haber sido muerto en combate y enterrado a los pies del monte más alto de Francia, antes que vivir esta hora tan terrible.

Recorrían sus ojos la sala, a la búsqueda de algo en lo que detenerse, mientras los sollozos de Blanche parecían señalar el paso del tiempo como si fueran el sonido del mecanismo de un reloj. Denis leyó una vez y otra la divisa del blasón de los Malétroit, hasta que se le cansaron los ojos, que entonces acudieron en busca de reposo a uno de los rincones más oscuros de la sala, sólo para tener la impresión de que allí le acechaba alguna bestia horrible. A cada poco, sin embargo, le asaltaba la idea de que el tiempo transcurría implacablemente, de que pasaban veloces aquellas dos horas, quizás las últimas de su existencia.

Dio entonces en dedicar sus miradas a la atribulada doncella, que tenía el rostro oculto entre las manos y a veces se sacudía convulsa cuando suspiraba o cuando dejaba exhalar un llanto de nuevo dolorido… Así y todo, derrumbada en el asiento, la contempló en toda su hermosura; tenía una larga y muy sana cabellera oscura, que parecía cubrirla por completo, como un manto, no obstante ser ella esbelta y delicada de formas… No pudo por menos que decirse Denis que tenía la mata de pelo más hermosa que jamás había visto en mujer alguna… Eran sus manos muy parecidas a las de su tío, pero más delicadas, lucían mejor en el extremo de sus brazos, que supuso Denis infinitamente suaves al tacto… Recordó ahora sus ojos grandes, negros y muy expresivos; cuanto más la miraba, en fin, más compasión sentía ante su llanto; le pareció imposible que hubiera hombres capaces de dejar esta vida tranquilamente, existiendo criaturas tan hermosas como la que tenía frente a sí… Se dijo que hubiera dado los últimos cuarenta minutos de su vida por no decirle las crueles palabras, tan altivas, que le había dedicado para rehusar el matrimonio con ella.

El canto quebrado y abrupto de un gallo los devolvió de golpe a la realidad, como una luz fuerte que se hace en la oscuridad más completa.

—¡Dios mío! —clamó la doncella—. ¡No puedo hacer nada por vos!

—Madame —dijo Denis inclinando educadamente la cabeza—, os pido perdón por lo que antes dije, pues por nada del mundo querría ofenderos… Si dije aquello, fue más pensando en vuestra salvación que en la mía…

Ella le dedicó una hermosa mirada de gratitud.

—Lamento profundamente vuestro sentir —siguió Denis—, y creo que la vida ha sido muy injusta con vos; vuestro tío es un auténtico monstruo, indigno de formar parte de la humanidad. Por lo que a mí respecta, puedo deciros que no hay en toda Francia un caballero que no envidiara mi situación… Morir por vos, aunque no sea más que para ofreceros una ayuda tan equívoca como transitoria, es un honor.

—Demostráis ser valiente y generoso —dijo ella, muy afligida—, y sólo quiero que me digáis si os puedo ayudar en algo, ahora… o después —añadió estremeciéndose.

—Claro que sí —dijo el joven caballero, sonriente—. Permitidme que me siente a vuestro lado como un amigo, en vez de estar aquí, frente a vos, como un intruso… Olvidad, por favor, la situación extrema en la que nos hallamos y haced agradables mis últimos instantes en esta vida… Será el mejor y más grande favor que pueda recibir de vos…

—Sois un hombre muy gentil y galante —dijo ella, muy triste—. Vuestra galantería y bondad aumenta mi pena… Sí, acercaos a mí, si así lo queréis; y si deseáis contarme algo, hacedlo pues oiré lo que me digáis con el mayor interés… ¡Oh, señor de Beaulieu! —exclamó mientras de nuevo le brotaban las lágrimas—. ¡Jamás podré corresponderos por lo que hacéis por mí!

—Madame —dijo Denis tomándole una mano entre las suyas—, pensad en el poco tiempo que me queda por vivir y en la angustia que me causan vuestras lágrimas… Pero evitadme el dolor de no poderos ayudar al cabo, ni siquiera con la entrega de mi vida.

—Soy una mujer egoísta —dijo la joven Blanche, quitándose delicadamente las lágrimas de los ojos—; procuraré ser valiente, caballero y señor de Beaulieu, aunque no sea más que para no afligiros… ¿No tenéis a nadie de quien despediros, a nadie a quien enviar un último mensaje? Hacedme los encargos que creáis oportunos; cuanto más difíciles de cumplir sean, mejor; así corresponderé debidamente… Demostradme, por favor, que puedo hacer por vos algo más que llorar en vano.

—Madame —dijo Denis—, mi padre murió hace mucho tiempo; mi hermano Guichard heredará a mi muerte el mayorazgo, así que mi pérdida le será más que largamente recompensada… La vida, Madame, es apenas un vapor que se esfuma en cuanto se ha formado; cuando uno es joven y tiene la vida por delante, cree ser lo más importante en el mundo, la medida de todas las cosas; relincha brioso su caballo, se escucha el clamor de los clarines del triunfo y corren las doncellas a tus brazos, o se asoman a las ventanas para verte marchar a caballo seguido de tus hombres… Cuando uno es joven y

triunfa en la batalla, Madame, los hombres le rinden honores y las mujeres le hacen promesas de amor eterno. Por eso nada debe extrañarnos que alguien pierda la cabeza… En cuanto muere un hombre, sin embargo, aunque haya sido tan valiente como Aquiles, o tan sabio como Salomón, pronto cae en el olvido. Apenas hace diez años que mi padre cayó en una dura batalla, con muchos otros nobles caballeros, y estoy seguro de que nadie les recuerda ya… ¡Bah!, la muerte no es más que un rincón oscuro en el que los hombres desaparecen para quedar allí en el olvido, al menos hasta el día del Juicio Final… Madame, si ahora tengo pocos amigos, apenas haya muerto no me quedará ni uno…

—¡Os olvidáis de Blanche de Malétroit! —protestó la joven.

—Sois un ángel, Madame —dijo Denis—, y me pagáis con vuestras palabras mucho más de lo que merezco.

—Os equivocáis al pensar que lo hago porque soy bondadosa —dijo la bella Blanche—. Me duele vuestra desgracia porque he encontrado en vos al ser más noble y generoso que he conocido y porque vuestro valor os distingue como poseedor de un corazón que hubiera latido con la misma vehemencia aunque no hubieseis nacido en una buena cuna.

—Pero voy a morir —dijo Denis— en una auténtica ratonera, sin honor, sin más clamores que ese ruido que hagan mis huesos al troncharse en la cuerda…

Una sombra de angustia y de congoja cruzó el rostro de la bella Blanche, que cayó sumida en un largo silencio. Después, se hizo inopinadamente la luz en sus ojos.

—No me gusta oíros hablar —dijo con una sonrisa radiante— con tan poco aprecio de vos mismo… El que da la vida para salvar la de otro va derecho al Paraíso, donde será recibido por todos los ángeles que gozan de la presencia de Dios, nuestro Señor… Pero, sinceramente, no veo razón alguna para que os cuelguen hasta morir, aunque lo quiera mi tío… Decidme —añadió ruborizándose—, ¿es verdad que os parezco hermosa?

—La más hermosa de las doncellas que pueda haber sobre la faz de la tierra —dijo Denis entusiasmado.

—No os podéis hacer idea de cómo me alegra oíros decir eso —dijo feliz Blanche, aunque con modestia—. Decidme otra cosa… ¿Creéis que pueda haber en Francia muchos caballeros que hayan sido pedidos en matrimonio por una doncella?

—Vuestra generosidad —dijo Denis— me emociona, es ilimitada… Pero no podríais hacerme olvidar, si me pidierais matrimonio, que lo haríais sólo

para salvarme la vida, por pura compasión pero no por amor.

—No lo digáis tan seguro —terció la dama, bajando los ojos—. Escuchadme hasta el final lo que voy a deciros, caballero y señor de Beaulieu… Comprendo que sintáis desprecio por mí, por lo que hice, y os digo que tenéis razón en despreciarme… Soy una criatura plena de vulgaridad e indigna de ocupar un puesto de honor en vuestro corazón, aunque así y todo estéis dispuesto a morir por mí… Bien, sólo os digo que, si os pido que os caséis conmigo, no lo hago por lástima sino porque cuando os vi y escuché conversar con mi maldito tío, cuando tan noblemente os pusisteis de mi parte, aprendí a respetaros y a apreciar cuanto de buen hombre y noble caballero hay en vos… Apenas pronunciaron vuestros labios la última palabra y ya me había enamorado de vos sin remedio y con todo mi corazón… Supe entonces que mis sentimientos hacia el capitán no fueron más que la ilusión pasajera tan propia de mis pocos años y del ansia de cariño que tengo, por haber vivido privada de algo tan necesario desde mis primeros días… Si supierais cuánto os amo, me compadeceríais en vez de despreciarme… Os he dicho todo esto, olvidando el recato necesario, por las circunstancias tan crueles en que nos ha sido dado conocernos, mas no creáis que por ser noble os quiero forzar. Yo también tengo orgullo, y por eso os digo que, si queréis volveros atrás en vuestras anteriores palabras, y decirme que ni me amáis ni os parezco de verdad hermosa, no me casaría con vos como no lo haría con uno de los soldados de mi tío…

—Poco amor es el que no hace un sacrificio del orgullo —dijo Denis, sonriente.

Blanche le miró en silencio…

—Venid conmigo a la ventana —le pidió el joven, suspirando—. Ya empieza a amanecer…

Era cierto. Las últimas sombras de la noche comenzaban a disiparse ante las luces primeras del día. El cielo, aún gris perlado, anunciaba un pronto azul radiante. Reinaba un silencio impresionante, interrumpido aquí y allá por el canto de los gallos; leves rachas de viento batían las copas de los árboles, que contemplados desde la ventana parecían mecerse plácidamente. El día seguía creciendo imparable desde el Este, con ese color incandescente que precede a la salida rutilante del sol.

Denis se estremeció al ver cómo avanzaba el amanecer; casi sin darse cuenta había tomado de la mano a la hermosa Blanche, que no se resistió.

—¡Qué noche tan larga! —dijo ella—. ¿Qué le diremos a mi tío cuando venga?

—Lo que vos queráis que le digamos —respondió Denis casi rozando con sus labios la oreja de la dama, mientras le apretaba suavemente la mano.

Blanche le miró emocionada y guardó silencio.

—Blanche —le dijo entonces el joven apasionadamente, apeándole el tratamiento anterior de respeto—, te he demostrado que en nada temo a la muerte y espero que estés convencida de que antes que poner un dedo en tus labios, sin tu consentimiento, capaz sería de saltar por esta ventana y partirme la crisma… Te amo más que a cualquier cosa que pueda existir en el mundo. Y si es cierto que estaría dispuesto a morir por ti, no lo es menos que la vida a tu lado sería como la que pueda hallarse en el Paraíso, y que prometo consagrarte mi vida, tan larga como sea, para hacer feliz tu existencia de aquí en adelante.

Interrumpieron sus palabras unas campanas que comenzaron a escucharse desde el interior de la casa; el paso de los hombres y el entrechocarse de sus armas les comunicó que había transcurrido el tiempo y que los mesnaderos del señor de Malétroit volvían a su puesto.

—¿A pesar de lo que ya sabes de mí? —le preguntó Blanche, llena de emoción, llorosa.

—¡Pero si no sé nada! —exclamó Denis.

—Fue el capitán Florimond de Champdivers —dijo Blanche escondiendo su rostro en el pecho del amado.

—Me da lo mismo, no me interesa —dijo Denis abrazándola con fuerza.

Una estruendosa carcajada se oyó entonces a sus espaldas, desde la puerta. Al volverse los enamorados vieron cómo el señor de Malétroit, lleno de satisfacción ahora, se frotaba sus bien cuidadas manos y dedicaba a sus queridos sobrinos, entonces sí, una sonrisa sincera.

LA PROVIDENCIA Y LA GUITARRA

CAPÍTULO I

León Berthelini era muy cuidadoso de su aspecto y sabía darse en todo momento una apariencia a tono con las circunstancias. En su porte había, por el tiempo en que lo situamos, un algo de español aventurero y bastante de hombre común, apacible como Rembrandt… Era bajo de estatura y más bien gordo, tenía siempre una sonrisa en los labios y lo que de mayor nobleza había en su rostro eran los ojos negros, en cuya mirada se le reflejaban la bondad de su corazón, una naturaleza sana y un sempiterno buen humor.

De haber vestido como el común de los mortales, se le hubiera podido tomar por una mezcla de barbero, de posadero y de cachazudo mancebo de botica, pero ataviado con su fantástica levita de terciopelo, y tocado con su sombrero de alas anchas y flexibles, con sus calzones cortos y ajustados, con el pañuelo blanco e impoluto anudado como descuidadamente al cuello, y sus bucles negros cayéndole sobre la frente, por no decir de sus zapatos muy finos y limpios, así todo él, llamaba irremediablemente la atención, se le tenía por un hombre original y muchos creían hallarse ante un caballero sin duda de gran rango. Si se ponía sobre la levita un gabán, jamás metía los brazos en las mangas, sujetándoselo al cuello con un solo botón y echándose el vuelo sobre la espalda, como si fuera una capa española, con la gracia de un Almaviva[17] cualquiera. Para mí que el señor Berthelini andaba ya por los cuarenta años, pero era tan joven de corazón, y afrontaba la vida tan a la manera de los niños, que parecía estar siempre representando cualquier pieza en un teatro. En suma, si no se trataba del mismísimo Almaviva, no era porque no tuviera ganas de serlo… Pero cabe decir, en justa correspondencia, que vivía tan felizmente como si lo fuera.

Yo lo he visto, en momentos en los que se creía a solas, sin ser observado, lo he visto adoptar posturas teatrales y caballerescas como si ensayara para desempeñar después su papel ante los demás de la manera más conveniente:

con tanto entusiasmo e ilusión que uno llegaba a creerse que de verdad sus maneras no eran el producto de una afectación estudiada.

Pero, lamentablemente, la vida no es una representación en privado; no se puede vivir de continuo haciendo el papel de Almaviva, ni mucho menos ir así por las calles… El gran Berthelini, después de no pocas intentonas en diversas actividades artísticas, acabó por verse obligado a descender un peldaño en sus afanes, noche a noche, y conformarse al cabo con tocar la guitarra, cantar media docena de cancioncillas burlescas, decir un monólogo más o menos cómico y hasta presidir, anunciándolos, los misterios en forma de premios baratos que escondía cierta tómbola.

Madame Berthelini, que con él compartía todas estas actividades, aunque aún con menos gloria que su marido, ocupaba sin embargo un lugar más elevado en la apreciación social de las gentes, pues la verdad es que demostraba mucha más dignidad y bastante menos afectación… No se puede decir que tuviera un corazón más bondadoso que el de su marido, porque sería imposible decirlo sinceramente, pero había en su rostro un aire de hermosa melancolía que la hacía ser una mujer atractiva y algo distante, sin ese buen humor constante que iluminaba la cara de su marido.

El bueno de Berthelini iba por la vida volando como una cometa con viento a favor, sin detenerse a reparar siquiera un instante en las miserias de las gentes y en las convenciones sociales. Digamos que alguna vez se veía amenazado por una colérica ráfaga cualquiera, pero no por ello llegaba jamás a los dominios de las tempestades de llantinas, pues las lágrimas eran para él una cosa poco menos que desconocida. Cuando lo precisaba, sacudía un buen golpe sobre una mesa, o imitaba la apostura de Méligne o de Frédéric[18], y así se le pasaba el enfado en un abrir y cerrar de ojos. De venírsele el cielo encima, se habría podido dar por contento y feliz sólo con ser capaz de expresar ante los otros la magnitud de la catástrofe.

Su mujer, aunque ya he dicho que era distinta, lo adoraba, no podía sustraerse a la atmósfera que envolvía a tan encantador personaje; aunque a primera vista daba la impresión de que vivían y hasta se desplazaban por mundos diferentes, siempre iban de la mano.

Mas aconteció un día que el señor Berthelini y su esposa se bajaron, con sus dos mundos en paralelo y un estuche en el que guardaban la guitarra, en la estación de la pequeña ciudad de Castel-le-Gâchis[19], donde tomaron un ómnibus que los llevó al Hotel de la Negra Cabeza. Era un edificio de aire conventual, lóbrego y capaz de aguantar tranquilamente un asedio, siempre y cuando se le cerraran las puertas de acceso, claro; un edificio en cuyo interior

olía extrañamente, a fresa, a chocolate, a perfumes corrompidos… Todo, además, en mezcolanza terrible. Allí, Berthelini se paró en la entrada, un tanto extrañado; aquello le produjo la sensación reminiscente de haber olido eso mismo en otro lugar en el que, por cierto, no había sido muy bien tratado.

El posadero era un hombre de aspecto lamentable y tristón; nada más verles se levantó de la mesa pobre sobre la que escribía, bajo un panel lleno de manojos de llaves, y quitándose el sombrero cortésmente, eso sí, se dirigió a los recién llegados para darles la bienvenida y ponerse a su disposición.

—Buenos días, caballero —le dijo Berthelini con mucho ánimo—. ¿Tiene la bondad de decirme cuánto cobra por noche a los artistas?

—¿A los artistas? —dijo el posadero ahora con la sonrisa ida, poniéndose con mal humor de nuevo el sombrero—. ¡Artistas! —se lamentó burlón—. Bueno, son cuatro francos por noche.

Nada más decirles eso volvió la espalda a tan insignificantes huéspedes y regresó a su mesa. A los viajantes de comercio, por ejemplo, se les cobraba también según lo marcado en una tarifa especial, pero eran bien recibidos y hasta podían exigir, para comer, algo más que lo que les correspondía en el menú. Para un artista, sin embargo, las cosas resultaban mucho más difíciles, y hasta desagradables, aunque mostrara las muy buenas maneras de nuestro héroe o la sabiduría y dignidad de Salomón. Un artista era recibido en cualquier posada como un perro, o como una dama sin posibles que viajara sola.

Berthelini, no obstante estar ya muy acostumbrado a trato tan infame, se disgustó muy mucho ante la grosera acogida de aquel patán.

—Elvira —dijo a su mujer—, recuerda bien lo que te digo: Castel-le-Gâchis será un escollo insalvable en nuestro glorioso periplo.

—Espera un poco, a ver qué tal les caemos… Quizás debamos tomar algo —dijo su esposa.

—Caeremos en picado —dijo el artista—; nos llenarán de insultos, no de viandas… Sabes bien, esposa mía, que poseo el don de la adivinación del futuro; este posadero ha sido terriblemente maleducado; pues bien, te digo que si él se ha mostrado así con nosotros, el comisario de la ciudad será aún más bestia, por no hablar del público que acuda a nuestro espectáculo, que será soez y lo considerará caro… Para colmo, me temo que, con este tiempo, acabes agarrándote un fuerte constipado, querida… Creo que ha sido una auténtica tontería venir a este lugar, pero nuestra suerte ya está echada… Padeceremos un segundo Sedán[20]…

Sedán era, para los Berthelini, una ciudad aborrecida y aborrecible, y no sólo por patriotismo (eran ellos franceses y su verdadero nombre, un tanto vulgar, el de los Durand), sino porque tenían de tal ciudad el peor de los recuerdos. Allí habían pasado una vez tres espantosas semanas, detenidos por no poder pagar la cuenta del hotel en el que se hospedaron; lograron salir por un hecho tan inesperado como venturoso, de puro milagro, por así decirlo… Así que, para ellos, nombrarles Sedán era como nombrarles lo peor; para nuestros pobres artistas Sedán equivalía a un cataclismo, a un temblor de tierra, a una inundación devastadora… Así que, nuestro particular señor conde de Almaviva se encajó su sombrero casi hasta las cejas, con un gesto tan brusco como desesperado, y su esposa comenzó a sentir cierta aprensión hacia aquel lugar; también ella se temía ya lo peor.

—¿Y si comemos algo? —dijo Elvira, mujer y por lo tanto ser de mente pragmática.

El comisario de la policía de Castel-le-Gâchis era un tipo sanguíneo, colérico, coloradote, grandón… Un granuja que sudaba sin parar… Insisto en lo de comisario, su cargo, porque lo era mucho más que ser humano; poseído por el espíritu de su cargo, se puede decir que para él la vida no tenía más importancia que en sus aspectos referidos a lo estrictamente policial, el resto le daba de lado… Insultaba a un pacífico ciudadano, por ejemplo, como si tal maldad fuera un acto en defensa de su Gobierno; hombre indigno, pues, un animal, cumplía sus obligaciones con el celo propio de quien sólo es eso, una bestia. La comisaría de la que era jefe no era más que un garito indigno; desde la calle podían escucharse los gritos del comisario cuando con su mal humor habitual trataba de equiparar los mandamientos de la ley con sus propios pareceres.

Hasta seis veces tuvo que ir allí en un día el pobre Berthelini, en solicitud del permiso necesario para hacer su espectáculo nocturno. Las seis veces le dijeron que aquel personaje, el siniestro comisario, no se encontraba en su despacho. León Bertheline comenzó así a hacerse ver por las calles de la ciudad; pronto, pues, se convirtió poco menos que en una celebridad local y las gentes lo señalaron como «ese hombre que anda todo el rato buscando sin éxito al comisario». Niños sin nada que hacer le seguían por la calle en su ir y venir, del hotel a la comisaría, mofándose de sus trazas… Hiciera lo que hiciese el artista, tanto si se paraba a encender un cigarro, tanto si tomaba asiento en un banco, la tropa de chiquillos no se despegaba ni un paso de sus talones, con lo que resulta comprensible que le costara mucho representar

convenientemente, en tales circunstancias, el papel de Almaviva. Mas lo conseguía.

Era la séptima vez que atravesaba la plaza del mercado, camino de la comisaría, cuando precisamente uno de los niños que le pisaban los talones le señaló a un sujeto diciendo que era el tipo al que buscaba. Vio a un hombre grueso y con el chaleco desabrochado, que caminaba con las manos a la espalda vigilando desde su muy pagada dignidad de representante de la ley el buen orden del mercado y el precio y peso de la mantequilla. Raudo, Berthelini encaminó sus pasos hacia el comisario, que a la sazón estaba rodeado de cestas.

—¿Tengo acaso el gran honor de saludar al señor comisario de esta preciosa ciudad? —le dijo Berthelini haciéndole un reverencial saludo, que era toda una exaltación de las artes de la escena.

El comisario pareció impresionado ante tamaño respeto como el que le dedicaba aquel hombre. Tanto que, no menos teatral, le respondió:

—El honor es mío, caballero.

—Señor comisario —prosiguió Berthelini—, soy un artista, y si me permito interrumpirle cuando se dedica usted a velar por la comunidad no es por otra cosa sino porque esta noche pretendo hacer una pequeña velada en el Café del Triunfo de los Destripaterrones[21], permítame que le ofrezca un programa, para lo cual le pido la preceptiva autorización.

Sólo con oírle decir la palabra artista, el comisario se caló violentamente el sombrero, como si quisiera darle a entender que ya le había concedido mucho más del tiempo y de la condescendencia que podía dedicarle, y que ahora le aguardaban asuntos más interesantes y urgentes.

—Déjeme en paz, hombre, que estoy atendiendo al peso de la mantequilla —le dijo.

«¡Maldito judío pagano!», pensó Berthelini, pero lo que en realidad dijo fue lo siguiente:

—Perdone mi insistencia, pero es que he ido ya seis veces…

—Ponga usted por ahí los carteles que le salgan de las narices —le interrumpió el comisario—; de aquí a dos horas examinaré con mucho gusto su documentación, en la comisaría, claro, pero ahora márchese, caramba… ¿No ve que estoy muy ocupado?

«¡El peso de la mantequilla! ¡Pobre Francia! ¡Para eso hicimos la Revolución de 1793!», se dijo Berthelini.

Pronto inició y concluyó los preparativos; colgados los carteles, puestos en las mesas los programas de mano, distribuidos además en los hoteles y

otros centros de la ciudad, levantado el tablado en un rincón del Café del Triunfo de los Destripaterrones… León Berthelini, pues, se dirigió de nuevo, un poco más tranquilo, a la comisaría. Pero el comisario no estaba.

«Este hombre es como Madame Benoîton[22]… ¡Maldito sea el comisario *fichu*!», pensó Berthelini.

Pero justo en ese momento se dio de bruces con él.

—Aquí le traigo los papeles, señor —dijo el artista—. ¿Tendría la bondad de revisarlos?

El comisario, sin embargo, no solía retrasar la hora de su almuerzo, así que le espetó:

—Estoy muy ocupado, caballero, es inútil que insista… Pero quédese tranquilo, que no tengo inconveniente alguno en que monte usted su número —le dijo cuando ya entraba en la comisaría a toda prisa.

«¡Maldito comisario *fichu*[23]!», volvió a pensar León Berthelini.

CAPÍTULO II

El Café del Triunfo de los Destripaterrones estaba de bote en bote, por lo que el dueño hizo un buen negocio, sobre todo sirviendo jarras de cerveza. Los esfuerzos que hicieron los Berthelini para agradar a la concurrencia, sin embargo, fueron en vano.

León estaba en verdad imponente con su traje de levitón en terciopelo; en las pausas entre canción y canción, se fumaba un cigarro con ademanes tan notables, que sólo por verlo merecía la pena de pagar la entrada… Daba tal intención a sus chistes y a sus chanzas, que hasta los cerebros más obtusos de aquella ciudad comprendían su doble sentido y sabían cuándo reírse y cuándo permanecer expectantes. Al tomar la guitarra entre sus brazos, para acompañarse en una de sus cancioncillas, lo hacía de manera realmente única, pausada. Tocaba bien la guitarra; oírle valía era mejor que asistir a un drama romántico. La verdad es que puede decirse que, aun liviano, su espectáculo poseía una fuerte carga poética, de tan florido y caballeresco como resultaba.

Elvira, además, cantó varias canciones, románticas unas, patrióticas las otras, con una expresividad y una vitalidad mayores de lo que en ella era común cuando subía al escenario. Tenía una voz muy bien timbrada y afinaba con enorme delicadeza y buen gusto. Cuando León Berthelini la contemplaba ataviada con un largo vestido púrpura de gran escote, con los hombros y los brazos al aire, con aquella rosa de tela prendida del pecho en actitud harto sugerente, se decía por enésima vez que era una de las mujeres más hermosas que podrían existir.

Lamentablemente, los jóvenes de Castel-le-Gâchis no pensaban ni sentían lo mismo que él, y cuando la artista bajó del tablado con su pandereta, para recoger en ella las monedas que esperaba le cayeran, se volvieron de espaldas despectivamente. Sólo unas monedas de cobre, poca cosa, obtuvo en su paseo por la sala; ninguna era mayor de medio franco… El alcalde, el más generoso, dio un franco… Aquello, naturalmente, llenó de desazón a los artistas; no sabían si actuaban para vagos o para maleantes. El mismísimo Apolo se hubiera sentido triste e insultado ante aquello… Pero los Berthelini, sobreponiéndose a la impresión primera, decidieron luchar, volvieron al

tablado, cantaron aún con más vigor… La guitarra de León parecía cobrar vida por sí misma; el artista, entonces, decidió jugarse el todo por el todo y estrenar su última canción compuesta, la que tenía por una obra maestra, la que había titulado *Y a des honnêtes gens par tout!*[24], una pieza en la que demostraba, acaso como en ninguna otra, su maestría al acompañarse con la guitarra.

Tenía la profunda convicción de que precisamente las gentes de Castel-le-Gâchis eran todo lo contrario de lo que su canción decía, y más aún, que aquel público allí arracimado estaba compuesto por ladrones, rufianes y gentuza de toda laya… Cantar aquello, sin embargo, pensaba que era un reto; tanto es así, que mientras interpretaba su pieza tenía radiante la cara, con una expresión de tal entusiasmo que parecía esperar el artista que hasta las sillas comenzaran a pegar saltos de alegría en cuanto acabase la interpretación.

Así estaba el bueno de Berthelini, con la cabeza hacia atrás, con la boca abierta en el máximo de su capacidad, cuando se abrió ruidosamente la puerta del Café del Triunfo de los Destripaterrones para dar entrada a dos nuevos clientes. Eran el comisario y uno de sus guardias, el que respondía al nombre de Champétre[25].

Inalterable, Berthelini atacó con más fuerza su estribillo, *Y a des honnêtes gens par tout*, pero hacerlo justo cuando acababa de entrar el comisario comenzó a levantar en la sala un murmullo de risas a duras penas reprimidas. El pobre Berthelini no sabía el porqué de aquello, que cabe resumir en un hecho: el guardia Champétre se había visto envuelto, no hacía mucho tiempo, en la desaparición de una importante cantidad de estampillas de correos. El público celebraba así el estribillo del artista justo cuando el guardia deshonesto hacía su entrada en el café. El comisario tomó asiento, con los aires propios de Cromwell en el Parlamento, y dijo algo al oído del guardia, que hubo de agacharse para oírlo, pues se había quedado detrás y de pie, respetuosamente, guardándole las espaldas. Miraban ambos al artista con los ojos muy abiertos, que insistía en su estribillo de tal manera que parecía ensañarse: *Y a des honnêtes gens par tout*… Lo repetía por vigésima vez cuando el comisario se puso de pie y comenzó a increpar al cantante brutalmente mientras blandía su bastón en el aire.

—¿Es a mí? —preguntó entonces León, interrumpiéndose.

—Sí, a usted me dirijo —dijo el comisario.

«¡Maldito sea!», volvió a repetir para sus adentros Berthelini, mientras descendía del tablado para dirigirse al funcionario público.

—¿A qué se debe —le gritó entonces el comisario, con toda la prepotencia que su cargo le otorgaba— que le encuentre ahí subido, en el escenario de un café público, cuando yo no le he concedido el permiso oportuno para hacerlo?

—¿Que no tengo su permiso? —se extrañó el pobre artista—. Señor, me permitiré recordarle a usted que…

—Me trae sin cuidado lo que pretenda recordarme —le dijo el comisario.

—Y a mí me trae sin cuidado lo que pretenda usted —dijo entonces el artista, armándose de valor—. Tengo algo que decirle y lo haré… Caballero, yo soy un artista, y como tal no es usted nadie para juzgarme; tampoco creo que esté en disposición de entenderme, ni de apreciar mi arte… Pero le recuerdo a usted que tengo su permiso verbal para actuar… Por eso estoy aquí.

—¡No creo haberle puesto mi firma en ningún documento! —bramó el comisario—. A ver, enséñeme dónde le he puesto yo mi firma, vamos…

Ahí estaba el problema. ¿Dónde estaba la firma del representante de la autoridad? León Berthelini comprendió de inmediato que estaba pasando por un trance difícil, que podían pillarle, con la ley en la mano, pero no por ello se achantó. Adoptando entonces una actitud de enorme dignidad, a despecho de que fuera un tanto sobreactuada, retirándose los bucles de la frente majestuosamente, apareció como el hombre majestuoso que sabía hacer frente con más que decoro a la actitud brutal e intransigente del comisario. Los asistentes, pues, se dispusieron a cambiar la atención que antes habían prestado a lo que sucedía en el escenario, para presenciar el nuevo espectáculo que se les ofrecía por el mismo precio. Escuchaban la bronca apenas en su inicio con esa actitud de silenciosa expectación que adoptan de común los franceses cuando anda cerca la policía.

Elvira, mientras tanto, había tomado asiento en un rincón… Acostumbrada en buena medida a este tipo de incidentes, su rostro demostraba más melancolía que sorpresa y miedo.

—¡Como diga una palabra más me lo llevo al calabozo! —gritó la mala bestia que era el comisario.

—¿Usted a mí? ¿Que me va a arrestar? —dijo León—. Vamos, le desafío a que lo intente.

—Parece olvidarse usted de que soy el comisario de policía de esta ciudad —dijo el otro mascando con furia las palabras, en un tono de voz más que desagradable.

—El que parece olvidarlo es usted —le replicó el pobre artista, haciendo todo lo posible para que su apostura y su elegancia se impusieran a las trazas feroces del otro.

Su ironía y su finura, empero, eran tan exquisitas que no podían ser apreciadas en un lugar como Castel-le-Gâchis; ni una sonrisa iluminó la cara de los allí presentes.

El comisario, muy soberbio, ordenó al artista que compareciera en su despacho y se dirigió autoritario hasta la puerta. Comprendió el pobre León que no tenía sino que acatar aquella orden, en previsión de males mayores, aunque simuló indiferencia para mejor tragar el amargo cáliz de la humillación.

El alcalde de la ciudad, por su parte, había salido del café antes de que se dijeran aquellas últimas palabras, y aguardaba ya en la puerta de la comisaría.

En Francia, el alcalde es el consuelo y mejor ayuda del oprimido, el intercesor entre el pueblo y los rigores de la policía; es un hombre, pues, a menudo razonable y comprensivo, que no cree que su cargo le conceda derechos especiales sobre los demás hombres, lo cual, además, es muy grato para los viajeros pues encuentran a menudo en su figura una gran ayuda. Cuando alguien está a punto de resignarse a ser víctima de una injusticia aún le queda la figura del alcalde, como a los héroes griegos les quedaba siempre la última flecha en el carcaj. El alcalde, cual pacífico *deus ex machina*, acude entonces a salvar a la incauta víctima.

El alcalde de Chatel-le-Gâchis, aunque no era un hombre de cuya sensibilidad ante las artes musicales pueda uno hacer elogios, no vaciló, sin embargo, ante el atropello que con el pobre artista pretendía cometer el comisario. Abordó al comisario, dispuesto a defender cual era debido a aquel ciudadano, y el jefe de la policía aceptó el reto. Estuvieron argumentando alternativamente según lo que pensaban al respecto, durante largo rato, y tan pronto parecía inclinarse la balanza a favor del comisario, como lo hacía a favor de lo que defendía el alcalde… Al fin, sin embargo, el asunto pareció decidirse en favor de las tesis del comisario. El alcalde no quiso dar su brazo a torcer, sin embargo, pues tenía por seguro que la autoridad republicana recaía en su figura más que en la del comisario, y para dejarlo claro, y también para que resplandeciera su cargo, se volvió hacia el artista y le dijo, con mucha educación y hasta bondad, que él le autorizaba a continuar su actuación.

—Vaya usted, que se le va a hacer tarde —le recomendó.

León no esperó a que se lo dijera una segunda vez y pronto estuvo de regreso en el Café del Triunfo de los Destripaterrones… Mas, en el tiempo que había estado presenciando la disputa entre el comisario y el alcalde, la gente se había largado de la sala… Sólo Elvira, la viva estampa de la desolación, estaba sentada en una silla, con la guitarra entre sus brazos. Nada pudo hacer para evitar que la gente se fuera, y con una pena infinita los vio marcharse uno a uno… No en vano, al irse se llevaban consigo aquellos gañanes, por tacaños que fuesen, sus posibles ganancias, el dinero con que comer y pagar el hotel, el billete del tren… Cosas, en fin, que se esfumaban a medida que la noche se poblaba de sombras.

—¿Qué ha pasado? —preguntó lánguidamente a su marido cuando lo vio llegar.

León, de tan triste, nada pudo responderle. Quedó mirando la sala del café como si fuera un campo de batalla rendido. Los tipos que por allí había, dos o tres viajantes, no parecían tener la menor intención de prestarles atención alguna. Pronto daría el reloj las once horas de la noche.

—Hemos perdido esta batalla —dijo León y contó las monedas que habían caído en la pandereta—. ¡Tres francos con setenta y cinco! —dijo y prosiguió en tono amargo—: Poca cosa, contra los cuatro que hemos de pagar por el hotel, contra los seis del tren… Y encima, mi Elvira amadísima, sin poder montar la tómbola… ¡Esto ha sido nuestro particular Waterloo! —añadió mesándose con desesperación los cabellos—. ¡Maldito comisario *fichu*! ¡Maldito sea mil veces!

—Recojamos nuestro equipaje y marchémonos de aquí —le dijo Elvira—. Si cantáramos otra canción no reuniríamos ni sesenta céntimos…

—¿Sesenta céntimos? —dijo con desprecio el artista—. ¡Sesenta mil demonios, eso reuniríamos aquí! No hay en esta maldita ciudad una sola persona… Los que la habitan son cerdos, perros, burros y comisarios… Bastante habremos logrado si conseguimos ir a dormir en paz y sin mayores sobresaltos…

—Bah, no lo pienses más —le dijo ella con voz triste.

Se pusieron a recoger lo que habían dispuesto para la actuación, además de la caja con los cigarros del cantante, y su pitillera para los cigarrillos, y los pequeños obsequios que habían destinado para rifar en la tómbola, y las partituras… Hicieron un hatillo con todo eso y después metió cuidadosamente León la guitarra en su funda. Elvira se puso un leve chal sobre los hombros y salieron para dirigirse al hotel. Justo cuanto atravesaban la plaza del mercado

daban las campanas de la iglesia el toque de las once de la noche. La noche era oscura, pero algo templada. Las calles estaban vacías.

—Esta calma me da muy mala espina —dijo León—. Tengo un mal presentimiento, me parece que aquí no acaba esta maldita noche para nosotros.

CAPÍTULO III

Cuando llegaron, el hotel estaba totalmente a oscuras y cerrada la puerta de entrada de carruajes.

—Esto es increíble —dijo León—; un hotel que cierra a las once y cinco de la noche… Y eso que por ahí se veían algunos viajantes de comercio, en el café los había… Elvira, aunque siento un mal pálpito en el corazón, llamemos para que nos abran.

La campanilla sonaba nítida, vibrante, fuerte, como si en verdad quisiera reforzar con su sonido la apariencia de convento del edificio. Eso, sin duda, hizo que la infeliz Elvira sintiera que se le encogía el corazón como si escuchase un rumor de rezos, un lamento de mortificaciones. Al cantante, aquello, sin embargo, le sugirió el inicio de un terrible quinto acto del drama que vivía.

—Tú tienes la culpa de todo, por haber llamado a la desgracia durante tanto tiempo con tus adivinaciones del futuro —le reprochó súbitamente Elvira.

León, silencioso y molesto, hizo sonar la campanilla de nuevo, aún con mayor violencia. Acabó, claro, por despertar a todos los que dormían en el hotel; cuando ya se desvanecían los ecos de los últimos campanillazos, una luz se hizo junto a la puerta de la cochera, y una voz irritada y nerviosa increpó al matrimonio en mitad del hondo silencio de la noche.

—¿A qué viene este escándalo? —les gritó el grosero posadero a través de la verja—. ¿Casi las doce de la noche y vosotros haciendo más ruido que los prusianos? ¿Es que no creéis estar en un hotel respetable? ¡Ah!, claro, claro… Es que sois artistas, naturalmente, gente de esa que siempre anda escondiéndose de las autoridades… Y osáis presentaros en mi hotel como si fuerais los amos y señores de todo… ¡Largo de aquí! ¡No quiero ni veros!

—Tengo que recordarle a usted —dijo León sin arredrarse— que somos huéspedes de su hotel, que hemos hecho la inscripción pertinente, y que además hemos depositado en la habitación que nos ha sido asignada un equipaje valorado en cuatrocientos francos…

—No puedo dejarles entrar a estas horas —dijo el otro, aún con mayor aspereza—, mi casa no es una taberna que albergue a ladrones, ni a organilleros rufianescos…

—¡Bruto! —le gritó entonces la comedida Elvira, pues lo de que la llamaran organillera en aquel tono no le gustó nada.

—Muy bien, pues entonces le reclamo el equipaje —dijo León, sin perder sus maneras altivas.

—No sé nada de su equipaje, ¡largo por ahí! —les dijo el posadero.

—¿Se atreve usted a robarnos el equipaje? —dijo el artista, en el mismo tono, mas, si cabe, amenazador ahora.

—¿Quiénes sois? —preguntó entonces el del hotel, como si recapacitara —. Está tan oscuro que no veo bien…

—Responda —le dijo León—. ¿Quiere quedarse con nuestros efectos personales? Pues le aseguro a usted que se arrepentirá; haré que sea perseguido hasta que viva en continua desazón y amargura; yo mismo le arrastraré de tribunal en tribunal, y si no lo hago vive Dios que eso querrá decir que ya no hay justicia en Francia… Le aseguro que haré de usted el hazmerreír de esta maldita ciudad; además, le dedicaré a usted una canción, una canción tan indecente como no puede ni imaginarse, que se hará popular de tal manera que hasta los niños le perseguirán por las calles para cantársela y los borrachos acudirán a esta verja, por la noche, para lo mismo…

El artista había ido subiendo paulatinamente el tono de su voz mientras profería tales amenazas; al tiempo, el posadero se retiraba de la verja, de modo y manera que cuando acabó de decir León, ya no se veía la luz. El artista se volvió entonces hacia su esposa, como esperando recibir parabienes por su actitud heroica.

—Elvira —le dijo—, a partir de este momento tengo un sagrado deber que cumplir, y no es otro que el de acabar con este hombre tal y como Eugéne Sue[26] se cargó al conserje malvado en su novela… Acudamos de inmediato a los gendarmes, que ardo en deseos de iniciar mi venganza contra él.

Recogió el estuche donde guardaba su guitarra, que había apoyado contra la pared, y emprendieron, resignada ella, el camino por las desiertas y empedradas calles, malamente alumbradas, cansados y tristes, arrastrando los pies.

El edificio de la gendarmería estaba a espaldas del edificio de Correos y Telégrafos, al fondo de un gran patio cuadrado que tenía un jardín pequeño a la entrada. En el cuerpo de guardia dormían tan profundamente los encargados de velar por los intereses de los ciudadanos, que costó a los

artistas un buen rato despertar a uno de ellos. Se acercó el gendarme, al fin, a la puerta, le explicaron lo que hasta allí les había llevado, y se limitó a decirles:

—Eso no es de nuestra incumbencia.

León trató de razonar, de explicarse.

—Ella —dijo señalando a Elvira— es Madame Berthelini, en traje de gala, una dama muy delicada y en estado interesante —añadió quizás para impresionar al gendarme.

Sin embargo, recibió la misma respuesta:

—Eso no es de nuestra incumbencia.

—De acuerdo —dijo Berthelini—. Pues me parece que no nos queda más remedio que ir a la comisaría…

Hacia allí salieron… La comisaría estaba completamente a oscuras, y puede que solitaria, se dijo León, pero la residencia estaba muy cerca, por lo que tras comprobar lo primero, que nadie había en las oficinas, hasta allí se fueron, colgándose el artista de la campanilla nada más llegar… Una mujer que parecía una muñequita recortada en papel de seda, la esposa del comisario, se asomó a una ventana y les dijo que su marido aún no había regresado a casa.

—¿Sabe si ha ido a la alcaldía? —preguntó Berthelini.

La esposa del comisario respondió que quizás.

—¿Podría decirnos dónde está la alcaldía?

La esposa del comisario les dio unas indicaciones un tanto imprecisas.

—Aguarda aquí, Elvira —dijo León—, por si acaso me cruzo con él por el camino… Si cuando regrese no estás aquí, iré a buscarte a la puerta del hotel.

Se fue León a la alcaldía. Perdió bastante tiempo dando vueltas y más vueltas por calles que no conocía, así que cuando llegó pasaban de las doce y media. Los blancos muros de un jardín, sobre el que abatían oscuras sombras los árboles, un buzón para la correspondencia y una campanilla, fue cuanto pudo ver de la alcaldía.

Tuvo que alargar mucho el brazo para alcanzar el tirador de la campanilla, que estaba más allá de la verja, pero cuando lo asió la hizo sonar con fuerza. La hizo sonar, en realidad, clamorosamente,

rompiendo de manera indescriptible el silencio de la noche. No tardó en verse una luz en una ventana vecina y en escucharse una voz que, en tono abrupto, preguntaba al artista el porqué de aquel escándalo.

—Quiero ver al alcalde —dijo León Berthelini.

—Está durmiendo, ¿no ve la hora que es? —le dijo aquella voz desabrida.

—¡Pues que se despierte! —gritó León y volvió a hacer sonar con fuerza la campanilla.

—Así no conseguirá que le oiga, hombre —le dijo la voz—. La campanilla da al extremo del jardín y el alcalde y el ama de llaves de la alcaldía están sordos…

—¡Vaya! —exclamó León sorprendido—. O sea, que el alcalde es sordo —dijo el artista un tanto regocijado por aquella noticia, recordándolo en el café durante su actuación—. ¿De verdad que es sordo? ¡Ahora lo comprendo todo! ¿Y esto es el extremo del jardín?

—Llame toda la noche, si quiere, pero lo único que conseguirá es que yo no pueda dormir —le dijo la voz.

—Muchas gracias y perdone, ciudadano —dijo León—. Creo que debo dejarle dormir en paz…

Volvió raudo a encontrarse con Elvira, que paseaba triste y cansadamente ante la comisaría.

—¿No ha llegado? —preguntó Berthelini.

—No, aún no —dijo su esposa.

—De acuerdo —siguió el artista—, tengo la completa seguridad de que este sujeto está ahí metido, entre las sábanas… Dame la guitarra y verás… Elvira, no te oculto que estoy muy enojado, pero por suerte no soy hombre que pierda fácilmente la compostura; me limitaré a dar una buena serenata a ese comisario tan injusto… Ya verás si se entera o no de que estamos aquí…

Abrió el estuche de la guitarra, sacó el instrumento y lo apretó contra su pecho con ademán decidido y un empeño inusitado.

—Ahora —dijo a Elvira—, afina la voz y sígueme, hazme la segunda…

Se dejaron sentir en la noche los primeros acordes y atacaron de inmediato una de las más conocidas canciones del viejo Béranger[27]:

Commiseire! Commiseire!
Colin batsa ménagêre[28]

Retemblaron con aquello hasta las piedras de Castel-le-Gâchis. Nadie podía entregarse, después de tan audaz concierto, al sueño y a su gorro de dormir por más tiempo. Se empezaron a abrir las ventanas aquí y allá, mientras las gentes se preguntaban, no sin terror, más que con desconcierto, a qué demonios se debían semejantes voces… Velas, candiles, lámparas, palmatorias… Una a una fueron encendiéndose las ventanas mientras ante la casa del comisario aquellas dos figuras, la del artista y su esposa, parecían

erguirse majestuosas, con la cabeza hacia atrás y la garganta apuntando al cielo, como si lo imprecaran.

En el silencio de la noche, la guitarra, al margen de las voces de León y de Elvira, cobraba una resonancia tan extraordinaria que parecía una orquesta completa; las voces de los cantantes, para colmo, iban sustituyendo en esta o en aquella estrofa los nombres que cayeran por el del comisario… La verdad es que más parecía una pantomima digna del mismísimo Moliére que una escena propia de la monótona y hasta sórdida ciudad de Castel-le-Gâchis.

No fue el comisario el primero en ceder ante aquel escándalo, pero tampoco el último; arrebatado y furioso, al fin abrió de un golpetazo una de sus ventanas, la de su dormitorio, sin ir más lejos, y pareció más que evidente que estaba fuera de sí, enloquecido, burlado… Semejaba un poseso lanzando golpes al aire desde su ventana, haciendo tales movimientos de furia que parecía ir a caerse de un momento a otro. El pompón de su gorro de dormir tenía vida propia, de tanto como se le agitaba la cabezota; abría además la boca desmesuradamente, pero nada se le oía decir, con el escándalo de los artistas; sólo se percibía, levemente, una vocecita chillona, ahogada e ininteligible… Puede que si aquella serenata llega a extenderse un poco más, al pobre hombre le hubiera atacado una apoplejía…

Renuncio, por decoro, a reproducir lo que decía, sin embargo… Digamos que su discurso abarcó tantos extremos, insultantes, los más, que un modesto y apacible narrador de historias no cuenta con las capacidades expresivas necesarias para ponerlos por escrito.

El comisario, que era hombre famoso por su mala lengua y por su vesania, así como por los muchos insultos y denuestos que tenía en su repertorio habitual, se superó en tal manera aquella noche, que una muy importante damisela a la que tenía por vecina tuvo que cerrar indignada su ventana, para no oírle más, pues aunque dominaba el escándalo de los músicos, por tener próximo al comisario le oyó perfectamente las barbaridades que decía. Lo lamentó, la damisela, pues hubiera deseado escuchar alguna cancioncilla más…

—¡Verá como salga! —amenazaba el comisario ahora.

—¡Baje si se atreve! —le respondió León—. ¡Lo estoy deseando!

—¡Pues no me sale de las narices bajar! —gritó el comisario.

—¡Porque no se atreve, miedica! —le gritó el artista, cada vez más crecido en su desafío.

El comisario cerró violentamente la ventana de su dormitorio.

—¡Bueno, ya está! —exclamó León, exultante—. Aunque —añadió— me parece que nuestra serenata no ha recibido el aplauso que merecía… Los borricos que pueblan esta ciudad no alcanzan a entender ciertas ironías… ¡Andan tan flojos de conocimientos humanísticos…!

—Vámonos cuanto antes —dijo la pobre Elvira, temblorosa—. ¿Ves? Lo único que hace toda esa gente es contemplar nuestro infortunio… ¡Brutos, brutos, malas bestias! —gritó entonces, perdiendo los nervios, al vecindario aún asomado a sus ventanas.

—*Sauve qui peut!*[29] —gritó León—. ¡Ahora sí que la has hecho buena!

Con la guitarra en una mano y el estuche en la otra, encabezó León Berthelini la fuga, a toda prisa, acaso algo precipitadamente, para abandonar cuanto antes la escena de tan absurda aventura.

CAPÍTULO IV

Al este de Castel-le-Gâchis había un bonito paseo con bancos de piedra entre hileras de árboles hermosos y de frondosas copas. Aquella noche no corría ni un soplo de aire; la atmósfera, cargada de perfumes campestres, lo llenaba todo, de manera un tanto pesada, acaso agobiante.

Llamaron a dos o tres posadas, en vano, por lo que los artistas decidieron al fin pasar la noche al sereno, en uno de aquellos bancos de piedra. Tras insistir cortés y denodadamente, consiguió León que Elvira le aceptara su gabán para protegerse de la intemperie. Tomaron asiento en un banco, en absoluto silencio.

León lió pausadamente un cigarrillo, y con idéntica pausa se lo fumó, sin otro esfuerzo mental que el de intentar recordar el nombre de las constelaciones del cielo que veía, al mirar hacia arriba, entre las hojas de los árboles. El campanario de la iglesia, al dar la hora, fue lo que rompió aquel silencio.

—¡La una de la madrugada! —dijo Berthelini—. Bueno, ya sólo quedan cuatro horas para que claree el día… La noche es buena, tibia, muy agradable; tengo tabaco y cerillas… No exageremos las cosas, mi querida Elvira… Acepta que esto es maravilloso… Siento una paz interior tan enorme, que me parece revivir… ¡Esto sí que es vida! ¡Poesía de la existencia! Recuerda, amada mía, las novelas de Cooper[30]…

—León… —le dijo entonces su esposa con enorme fiereza—, ¿cómo eres capaz de decir tantas y tales tonterías? Pasar la noche en la calle… ¡Es una auténtica pesadilla! Acabaremos muriendo…

—No te tortures pensando que podrías estar en otro lugar, querida —dijo León, tratando de tranquilizarla—. Esto no está tan mal, al contrario… ¿Quieres que ensayemos una escena? ¿Empezamos con Alceste y Célimène[31]? ¿No quieres? ¿Y si probamos con *Dos huérfanos*[32]? Venga, vamos, eso te encantará… O dime tú otra cosa que quieras ensayar… Bueno, mejor declamaré para ti sola, como nunca lo he hecho, con el pecho henchido de amor y de inspiración…

—¡Cállate, déjame en paz! —le gritó Elvira—. ¿Es que quieres volverme loca? ¿Es que no eres capaz de ver que nos hallamos en una situación espantosa?

—Esa no es la palabra —dijo León—. ¿Dónde te gustaría estar ahora mismo? *Dites, la jeune belle, où voulez-vous aller*?[33] —dijo alegremente, con fina voz—. Bien, pues tengo otra idea —y abrió el estuche de la guitarra para sacar el instrumento—; canta, Elvira, canta conmigo, que eso te alegrará el corazón… *Dites, la jeune belle*…

Callada Elvira, sin embargo, comenzó León a rasguear las cuerdas de su guitarra mientras cantaba lo antes dicho.

Aquello despertó a un joven que dormía un poco más allá, en otro banco de piedra.

—¡Hola! —les saludó el muchacho, nada más despertarse—. ¿Quiénes sois?

—¿A qué rey servís, bezoniano[34]? —contestó el artista en tono exageradamente declamatorio—. Respondedme o moriréis —siguió en el mismo tono, declamando cosas quizás de alguna antigua tragedia francesa, o algo así.

El muchacho se levantó para acercarse a la pareja de artistas. Era alto y fuerte, de aspecto noble, aunque de rostro un tanto grueso. Vestía un traje gris de lana y se tocaba con sombrero de cazador, del mismo color. Llevaba una bolsa de viaje bajo el brazo.

—¿Acampan ustedes aquí? —les preguntó con un fuerte acento inglés—. Pues les diré que me alegra mucho tener compañía…

León le puso inmediatamente al tanto de sus desventuras; el joven, por su parte, les dijo que era estudiante de Cambridge y que viajaba por el continente, pero que, habiéndose quedado sin dinero, y pues no disponía ni de un penique para pagarse un alojamiento, llevaba tres noche durmiendo en el mismo banco de piedra y suponía tener que hacerlo al menos dos noches más…

—Menos mal que hace un tiempo estupendo… —añadió.

—¿Le has oído, Elvira mía? —dijo Berthelini—. Mi esposa —se dirigió ahora al joven inglés— está muy afectada por un ridículo y trivial incidente que nos obliga a pasar la noche en este banco… Yo, empero, lo encuentro la mar de romántico y nada desagradable, todo lo contrario… Mas, tome usted asiento con nosotros, caballero, por favor se lo pido —añadió con una cortesía más que sobreactuada, haciendo sitio al estudiante.

—Muchas gracias —dijo el joven—. La verdad es que tiene su encanto, esto de pasar la noche al aire libre, claro que hay que acostumbrarse, al principio cuesta un poco… Lo malo es que resulta un poco difícil asearse… Pero me encanta contemplar las estrellas, me encanta el aire puro, todo eso…

—Seguro que es usted un artista —dijo León, vehemente.

—¿Artista? ¿Yo? No, creo que no —respondió el inglés.

—Perdone, pero esas aficiones y gustos que acaba de expresar… —dijo Berthelini.

—Nada, tonterías —lo interrumpió el muchacho—. A uno pueden gustarle las estrellas y ser cualquier cosa…

—No, no —le interrumpió León—; eso quiere decir que tiene usted alma de artista… ¿Me considerará usted indiscreto si le pregunto cómo se llama?

—Stubbs —dijo el estudiante inglés.

—Gracias, caballero —le dijo León—. Aquí, Berthelini, León Berthelini, antiguo actor de teatro en Montrougue-Belleville y en Montmartre… Aunque me vea en esta mi modesta apariencia actual, he protagonizado más de un papel de importancia en las tablas, por lo que en los periódicos se me rindieron unánimes elogios; por ejemplo, cuando interpreté *El Diablo aullador de las montañas*, un gran drama, amigo mío… Yo hacía el papel de diablo… En cuanto a mi esposa, a la que con mucho gusto le presento, diré que también es una artista inconmensurable, una gran creadora… En una ocasión interpretó más de veinte canciones en un *music-hall* estrenado en París y ha cantado en las más importantes salas de la capital… Pero, volvamos a usted, señor Stubbs… Decía yo que tiene usted alma de artista y me concederá capacidad suficiente para juzgar acerca de estos supuestos… Le insto, pues, a que no sacrifique ese maravilloso instinto artístico que alberga en su corazón… Es más, le aconsejo, y hasta le ruego, que haga vida de artista.

—Muchas gracias, pero aspiro a ser banquero —dijo el estudiante inglés, frotándose las manos.

—¡No! —gritó entonces León con toda la energía de que fue capaz—. ¡No diga eso, por el amor de Dios! Un joven con sus condiciones no puede caer tan bajo como para quererse tan mal… ¿Qué importa sufrir alguna que otra privación cuando se trabaja por algo tan elevado y nobilísimo como el arte?

«Este pobre hombre está loco», se dijo el joven Stubbs y siguió penando: «Su mujer, sin embargo, es muy atractiva; bueno, y el pobre tipo puede dar juego, quizás me divierta».

En voz alta, sin embargo, le respondió como sigue:

—Me ha dicho usted que es actor, ¿no? —preguntó el inglés.

—Eso es lo que soy —respondió León, muy teatral—. Aunque, acaso debiera decir que lo he sido…

—Y me ha expresado usted su deseo de que yo mismo me haga actor —siguió el estudiante—. Pero, amigo mío, si apenas he sido capaz hasta ahora de aprenderme una materia de estudio sin esfuerzo… Tengo muy mala memoria… Y me parece que el maullido de un gato resultaría mucho más digno de oírse que una declamación hecha por mí…

—Considere que las tablas no son el único modo de expresión que ofrece el arte —dijo León—. Puede hacerse escultor, o bailarín, o poeta, o novelista… Oiga lo que le dice su corazón y ya verá cómo de aquí a que le llegue su última hora habrá encontrado lo que más le satisfaga.

—¿Y todo eso que ha dicho es arte? —dijo Stubbs.

311

—¡Pues claro! —exclamó brioso Berthelini—. El arte posee distintas ramas…

—Ya… Pero es que siempre he pensado que un artista no es más que un pobre hombre —dijo el joven.

No pudo el artista por menos que mirarlo largo rato con mucha sorpresa.

—Creo que no nos entendemos bien como consecuencia de la diferencia entre nuestros idiomas —dijo al fin León—. ¡Cuántos problemas nos causa esa lingüística Torre de Babel! Seguro que si yo hablara inglés entendería usted lo que quiero decirle…

—No creo, sinceramente —dijo el inglés—. Usted parece pensar mucho en esas cosas, pero yo me limito a mirar las estrellas porque me gusta su brillo, porque me parecen hermosas… Pero que me cuelguen si sé un poco de arte, o si tengo alguna idea medianamente artística… Le aseguro, caballero, que eso no es lo mío… Nada más ajeno a mí… No soy un intelectual, debo reconocerlo, y no puede hacerse un idea de lo mucho que me cuesta sacar adelante mis estudios y aprobar los exámenes… Pero, bueno —añadió ahora al ver tan desencantado al artista—, tampoco es que no tenga humor, al contrario… Me encantan las comedias, la música, el canto y la guitarra, todo eso…

El artista tuvo la impresión de que, en contra de lo que había pensado en un principio, difícilmente llegarían a entenderse. Cambió, pues, de conversación.

—De manera que viaja usted a pie, ¿no? —le preguntó—. Me parece tan romántico y tan valiente… ¿Le gusta mi país? ¿Qué le parecen nuestras altas montañas?

—La verdad es que… —titubeó Stubbs, pues a punto estuvo de decir que apenas le impresionaban las montañas, y no sólo eso, sino que le traían sin cuidado, pero no quiso herir la susceptibilidad patriótica del artista—; decía que la verdad es que todo es muy bonito… Me habían dicho que los paisajes de Francia no valen nada, incluso en una guía de viaje publicada en Inglaterra se dice que no hay nada digno de verse, pero ahora comprendo que no es verdad… Todo esto es maravillosamente hermoso, le doy mi palabra…

Justo en ese momento, de manera tan inesperada como sentida, Elvira se echó a llorar.

—Si sigo mucho más tiempo a la intemperie —dijo la infeliz— perderé la voz, León…

—Pues no seguiremos aquí ni un minuto más —dijo el artista—, aunque me vea obligado a aporrear puertas y más puertas, aunque tenga que pegarle fuego a la ciudad entera… Yo te encontraré un lugar donde puedas pasar la noche.

Resuelto, guardó la guitarra en el estuche, consoló con cariño a su esposa, y tomándola de la mano se dirigió al estudiante:

—Señor Stubbs —dijo mientras se destocaba con la mano libre—, no le puedo ofrecer mi casa, pero sí le ruego que me conceda el placer enorme de su compañía… Me ha dicho usted que pasa por dificultades dinerarias circunstanciales, pero me resultará muy grato prestarle lo que necesite… Y tampoco vamos a despedirnos cuando apenas nos acabamos de conocer en circunstancias tan especiales, ¿verdad?

—Bueno, yo… —comenzó a decir el joven inglés, pero rectificó—: En fin, que no se puede separar uno de cualquier manera de un compañero de viaje como usted, aunque…

—No quisiera tener que amenazarle —le dijo León entre risas—, pero me sentaría muy mal que rehusara acompañarnos…

«¿Qué pretenderá este loco?», se dijo el joven inglés, pero en voz alta expresó lo que sigue:

—Bien, como usted quiera… Es un honor para mí. Y echó a andar detrás de la pareja de artistas, diciéndose apesadumbrado: «Forzar la voluntad de una persona como lo hace este botarate no es de buena educación».

CAPÍTULO V

León encabezaba la marcha, como si supiera adonde se dirigía; nadie decía una palabra; mientras, su mujer sollozaba. Un perro ladró furioso cuando pasaron ante la verja de la casa que cuidaba; las campanas de la iglesia dieron las dos de la madrugada y una serie de campanadas más, en diversos tonos e intensidades. Justo cuando cesaban las campanadas vio Berthelini, un poco más allá, luz en una casa.

Era una pequeña villa de las afueras de la ciudad y hacia allí encaminaron sus pasos.

«A ver si hay suerte», se dijo León.

Era la parte trasera de la casa, sin embargo; más exactamente, el patio de aquella casa, en la que parecían haberse hecho obras recientemente, pues en la fachada posterior se veía una ventana que contrastaba con el resto. León Berthelini se dijo que, a buen seguro, era la ventana del estudio de un artista.

—Quizás sea la casa de un pintor —dijo frotándose las manos con una sonrisilla encantada—. Apuesto lo que sea a que nos recibe como deseamos que lo haga…

—Siempre he creído que los pintores son pobres —observó el joven Stubbs.

—No conoce usted el mundo tan bien como yo, amigo mío —le dijo León con aires de gran señor, o de filósofo—. Si es pobre, mejor; cuanto más lo sea, mejor para nosotros…

Los tres se metieron en el patio trasero de la casa.

La luz se veía a través de una ventana de la planta baja de la casa; como era, empero, una luz pobre, parecía la de esas lámparas que se dejan encendidas por la noche sobre los veladores, aunque un resplandor irregular y difuso daba cuenta de que en aquella habitación, probablemente grande, estaba encendido el fuego de una buena chimenea. Oyeron una voz, cuando más se acercaban, y se pararon en seco. Era una voz fuerte, masculina y bien timbrada, pero que demostraba enfado; no entendieron lo que decía aquella voz, sin embargo, porque hablaba rápido, como si soltara un torrente de palabras que de vez en vez se remansaba, cual si el que hablaba quisiera

demostrar con una inflexión menos violenta que en el fondo era buena persona.

No paró ahí la cosa, pues entonces se dejó sentir otra voz, de mujer ahora… Ya he dicho que la voz del hombre era de enfado; pues bien, la de la mujer era absolutamente furiosa, incolora, antinatural, gutural; una voz propia de una mujer que lo mismo podría estar a punto de cometer un asesinato que de caer en un ataque de nervios; esa voz con que a veces la mujer más dulce y virtuosa dice las palabras más soeces… Y hasta más dolorosas que la misma muerte de un ser querido, para las personas que la escuchan. Creo que si los huesos que yacen en el fondo de las sepulturas tuvieran voz, sería como la de aquella mujer.

León era un hombre valiente, y a pesar de todo, me parece, con una cierta tendencia al escepticismo… Pues bien, al escuchar aquella voz de la mujer, algo llegado desde los más lejanos días de su niñez, una especie de miedo irreprimible, se apoderó de él, e hizo la señal de la cruz con devoción suma. Eran no pocas las mujeres a las que había conocido a lo largo de su vida, pero a ninguna oyó decir jamás palabras tan duras y con semejante violencia a la de aquella mujer, a la que el hombre, lo oyeron bien nuestros tres personajes, pidió calma con desesperación.

El estudiante inglés, que no había alcanzado a entender bien lo que decía la mujer, así y todo se tapó entonces los oídos, asustado…

—Me parece que se van a matar a palos —dijo.

Oyeron de nuevo la voz de la mujer, aún más alterada.

—¿Crees, querida mía, que es una histérica? —preguntó León a su esposa —. Me da la impresión de que esta escena no puede seguir así mucho tiempo más, acabará mal…

—¿Y yo qué sé? —respondió Elvira un poco desabrida.

315

—¡Ah, las mujeres! —dijo León mientras abría con mucha ceremonia el estuche de su guitarra—. No sabe usted cuánto he sufrido a las mujeres a lo largo de mi vida, señor Stubbs… Además, ¿sabe?, siempre se apoyan y defienden las unas a las otras… Seguramente no lo hacen intencionadamente, sino porque así se lo manda su naturaleza, su instinto. Fíjese que hasta mi esposa, la señora Berthelini, que es una gran artista dramática, hace lo mismo…

—No tienes corazón —le dijo entonces Elvira—. Seguro que esa mujer está en peligro…

—¿Y el hombre, ángel mío? —respondió Berthelini sacando de una vez por todas la guitarra—. ¿Y el hombre, vida mía?

—Es sólo un hombre —dijo ella por toda respuesta.

—¿Lo oye? —preguntó León al estudiante—. Aún está usted a tiempo, amigo mío… Recuerde la entonación con que mi esposa ha dicho eso… En fin —añadió—. ¿Qué les podríamos cantar?

—¿Será capaz de ponerse a cantar ahora? —se extrañó el joven Stubbs.

—Soy un trovador y sólo pido hospitalidad a cambio de mis canciones —dijo León, muy digno—. Eso no es cosa de banqueros, ¿eh?

—Si fuera usted banquero no necesitaría pedir —dijo el estudiante.

—¡Pues es verdad! —aceptó León, admirado—. ¿Has oído eso, Elvira querida? ¡Tiene razón!

—Claro que tiene razón —dijo Elvira secamente—, me alegro de que lo admitas.

—Querida —dijo León de nuevo sobreactuado—, pero es que yo sólo puedo pensar y sentir en términos poéticos… Bueno, ¿qué cantamos? Me gustaría cantar algo apropiado para el momento por el que pasan esos dos…

Al joven inglés se le pasó por la cabeza una cosa que cantaban los alumnos de su universidad, aquello que dice *Deja disfrutar a los perros*[35], pero tuvo en cuenta dos aspectos importantes: que era un poema inglés y que no recordaba con qué melodía se cantaba. Así que se quedó callado, prudentemente.

—Canta algo que hable de que no tenemos un hogar donde pasar la noche —dijo Elvira, tristemente.

—¡Ya está! —exclamó León.

Las nuevas noches árabes

Y comenzó a cantar una vieja romanza de Pierre Dupont[36], que decía:

Savez-vous où gite
Mai, ce jolie mois?[37]

Elvira, más animada, arrimó su voz a la del esposo, y el estudiante inglés, con buen oído, pronto hizo lo mismo, repitiendo las palabras, pero con una entonación musical lamentable… El actor cantaba con brío y entusiasmo, con voz potente y clara; cuando alzaba la vista al cielo, para lanzar mejor su voz al aire de la noche, agitando los rizos de su cabellera, tenía la impagable sensación de que las estrellas le aplaudían, no con sus manos, claro, sino con su brillo inconmensurable, y de que el universo todo asistía en respetuoso

silencio, maravillado, al exquisito recital que daba. Un Endymion absoluto, cual lo era León, nada más necesitaba para ser feliz.

Hay que advertir una cosa: León, a pesar de su brío, era el que peor cantaba de los tres; peor, incluso, que el inglés… Pues bien, así y todo, cuanto más lo hacía, más convencido estaba de que su serenata poseía unos muy elevados valores artísticos.

En lo que a Elvira respecta, cabe decir que si bien cantaba con su hermosa voz de siempre, aquello no le sirvió para salir de su estado de honda tristeza, para dejar a un lado, siquiera momentáneamente, sus preocupaciones. El joven Stubbs se lo tomó como una broma, como una cosa propia de una inesperada noche de juerga.

Seguían las tres voces preguntándose por el dichoso mes de mayo.

En cuanto a los que discutían en la casa, digamos que primero, como es lógico, se sobresaltaron con aquel escándalo, mucho más imprevisto que el suyo propio… Después se vio la luz de una lámpara ir de un lado a otro, dejando a oscuras una ventana para de inmediato alumbrar en otra, hasta que al final se abrió la puerta trasera de la casa e hizo su aparición ante el trío un hombre vestido con un largo blusón blanco y con una lámpara en la mano.

Era joven, tenía largos los cabellos y la barba, llevaba el cuello y el pecho al aire, por tener desabotonado el blusón manchado con golpes de pintura de todos los colores, como si vistiera una túnica arlequinada… Había algo rudo en él; acaso, únicamente, la forma en que llevaba los calzones, caídos y sujetos malamente con un grueso cinturón de cuero.

Justo tras él, y asomando su palidez tras los hombros del joven, salió una mujer, muy joven aunque con la expresión cansada, apacible y a la vez agria… Como una de esas drogas que recetan los médicos, buenas para la salud pero amargas… Mas no era fea, ni nada que se le parezca. Con los años, atemperada su amargura y constante su belleza, alcanzaría a buen seguro esa perfecta sazón que la tornaría apacible y de hermosura menos violenta e intrincada.

—¿A qué viene todo esto? —gritó el hombre a los cantores.

CAPÍTULO VI

Ya se había destocado León y avanzó hacia el hombre con su resolución y sus maneras acostumbradas en estos casos. Aquella su escena, aun sin palabras, le hubiera valido una gran ovación en cualquier teatro. Elvira y el joven Stubbs dieron también unos pasos hacia adelante, como la pareja de pastorcillos que siempre acompaña a Apolo en las representaciones escénicas.

—Caballero —dijo León—, la hora es ciertamente intempestiva, por lo que le pido perdón, mas no tome usted, se lo ruego, nuestra serenata por una impertinencia. Le doy mi palabra de honor de que sólo se trata de una llamada, señor, pues por lo que me parece es usted todo un artista… Bien, aquí estamos… También nosotros somos artistas… Tres artistas que sufren esta noche los rigores de la intemperie, y hágase cargo, caballero, de que uno de esos artistas es una mujer, una mujer tan exquisita como delicada, una mujer hermosa, vestida en traje de gala… y en estado interesante, por así decirlo… Tal circunstancia, quiero creerlo así, no habrá de pasar inadvertida al sensible corazón de la dama a la que veo junto a usted, su señor esposo; una dama en cuyo rostro se percibe la nobleza tanto como la hermosura… ¡Ah, mi señora! Le ruego a usted generosidad, le pido que haga felices a estos tres desgraciados perdidos en la oscura noche… Concédanos, señora mía, no más de un par de horas junto a vuestro reparador fuego, lo que os pido en el sagrado nombre del arte y en el no menos sagrado espíritu de la bondad, ese caro valor que germina en los corazones femeninos.

La pareja, como llevados el hombre y la mujer de una suerte de acuerdo tácito, se hizo a un lado, dejando franca la entrada.

—Adelante —dijeron al unísono.

—*Entrez, madame* —añadió la mujer.

Aquella puerta que les franquearon llevaba a la cocina de la casa, la única dependencia, por cierto, de la planta inferior, amueblada con sencillez. De la pared, sin embargo, colgaban varios paisajes lujosamente enmarcados, la más clara evidencia de que aquellos cuadros habían pasado por varias exposiciones, sin mayor éxito.

León, nada más verlos, se fue hacia los cuadros y ante cada uno se plantó con aires de gran experto en pintura, con ese entusiasmo que ponía en la interpretación de los papeles que representaba.

El dueño de la casa, asombrado y feliz ante la pantomima del cómico, acudió presto a su lado, lámpara en mano, para mejor iluminarle sus obras. La mujer llevó a Elvira junto al fuego; tomó asiento agotada mientras el inglés Stubbs se quedaba boquiabierto en medio de la estancia, admirándose de la manera en que León iba haciéndose con el favor del dueño.

—Verá usted mejor mi obra con luz natural —dijo el pintor con modestia.

—No sabe usted cuánto placer tendré con ello —dijo León—. Si me lo permite, le diré que su composición es de las mejores que he visto, toda una lección pictórica. Me recuerda a Ticiano…

—Muy amable —dijo el pintor—. ¿No desea acercarse al fuego?

—Encantado —respondió León.

Poco después estaban sentados a la mesa, ante una cena ligera y un vino, también ligero pero bueno. Ni al inglés ni al matrimonio de artistas gustó en exceso aquella carne y las salchichas servidas, pero nada dijeron, claro; al contrario, dieron buena cuenta de todo ello batiendo bien batidos contra el plato los cubiertos. Era digno de verse a León, por ejemplo, engullendo una salchicha… Aunque estuviera fría, lo hacía con un aire infinito de triunfo. Al cabo, elogió la cena como si hubiera comido el más exquisito y bien cocinado solomillo de buena carne roja, sin olvidarse de decir cualquier cosa acerca de lo muy abundante de la mesa.

Elvira, como es natural, se había sentado junto a su marido; y Stubbs, acaso como es natural, igualmente, junto a Elvira. Los dueños de la casa, por su parte, estaban juntos. Pero no por eso, mientras duró la cena, se dirigieron la palabra, ni se miraron una sola vez… Tenían la cabeza en la bronca anterior y acaso también albergaran la intención de seguirla, una vez volvieran a estar solos, seguramente con bríos renovados tras la tregua.

Hablaban todos sobre esto y lo de más allá, sin decidirse a echar una cabezada, pero aquel hombre y aquella mujer parecían inflexibles en el mantenimiento de sus posturas enfrentadas; Goneril y Regan[38] jamás hubieran podido mostrarse así de rencorosas.

Elvira, sin embargo, olvidó ya avanzada la madrugada sus buenas maneras, su sencillez y su corrección, a causa del cansancio; sin darse cuenta se le cayó la cabeza sobre el hombro del marido, como si deseara también una demostración de cariño; en esa postura, con los ojos entornados, puso su mano derecha sobre la mano izquierda de León, en un estado a medias entre

el sueño y la vigilia… Lo justo como para percatarse de que la mujer del pintor la miraba envidiosa, o acaso con desprecio…

Sintió el artista deseos de fumar, pues además le pareció que era una ocasión en la que merecía la pena hacerlo, y con sumo cuidado, para no alterar la paz de su esposa, apartó la mano de esta, no sin estrechársela antes cariñosamente. La mirada de la mujer del pintor seguía clavada en Elvira; pareció dudar, pero lo hizo: de pronto tomó de una mano al pintor, quien, poco acostumbrado a tales demostraciones de ternura, se quedó atónito, con la boca abierta en mitad de una palabra, como si sus pensamientos cambiaran radicalmente y pugnaran por encontrar otras expresiones. La mujer, empero, interrumpió al momento aquel contacto, como arrepentida de haberlo iniciado, aunque resultó evidente que lo hizo no sin esfuerzo, sonrojándose… Apareció entonces hermosísima.

León y Elvira no fueron ajenos a todo aquello y se miraron como diciendo «¿has visto eso?». Una de las cosas que más les gustaba era poner paz entre los matrimonios mal avenidos.

—Les pido disculpas —dijo León entonces—, pero es inútil que disimulen… Según nos acercábamos a su casa oímos sus voces en disputa, lo que denotaba, si me permiten decirlo, cierta falta de armonía…

—¡Caballero! —dijo el hombre, sorprendido.

—Es verdad —dijo la mujer, sin embargo, interrumpiendo a su marido—, y no veo razones para disimular… Creo que mi marido se está volviendo loco y lucho para salvarle y evitar las consecuencias desastrosas de su locura… Figúrense —dijo mirando a la pareja de artistas, sin preocuparse del joven Stubbs— que este loco, que no vale ni para pintor de brocha gorda, ha recibido esta misma mañana un generoso ofrecimiento de un tío mío, un hermano de mi madre, proponiéndole un puesto de escribiente con ciento cincuenta libras de sueldo al año… ¡Y ha dicho que no! Naturalmente se preguntarán ustedes que por qué… Pues dice el muy imbécil que por amor al arte… ¡Por amor al arte, Dios mío! ¡Miren qué arte! ¿Valen la pena esas mamarrachadas que pinta? ¿Quién demonios querría comprar algo así? Y aquí me tienen, señores, condenada a una existencia miserable, no ya carente de lujos, sino sin la menor comodidad, en los arrabales de una ciudad provinciana… *Non… je ne me tairais pas… c'est plus fort que moi*[39])… La rabia me domina. Pongo a estos señores por testigos… Díganme ustedes si no me falta razón… ¿Esto que llevamos es una vida decente? ¿Creen que la suya es la actitud propia de un hombre? ¿No merezco mejor trato? Les juro que

siempre, desde que nos casamos, he hecho todo lo que me ha sido posible para complacerle… —concluyó bruscamente.

Me parece difícil que pueda juntarse alrededor de una mesa un grupo compuesto por personas tan diferentes pero que experimentaban a un tiempo idéntico sentimiento de vergüenza ajena. Así, contritos y en silencio ellos, parecía el suyo un grupo de idiotas… Y el marido de la joven, el más imbécil de todos.

—Pues a mí me parece —rompió aquel silencio embarazoso Elvira— que al arte de este señor no le faltan cualidades, tiene cierta distinción…

—Sí, es tan distinto que nadie se lo compra —atajó al instante la esposa, con furia.

—Creo que, si fuera un escribiente… —comenzó a decir Stubbs.

—El arte es el arte —terció entonces León—. Yo saludo en este hombre a un artista que con su obra hace más bella la vida… En este mundo que vivimos, un soplo de inspiración… —y se interrumpió Berthelini como si no supiera qué más decir.

—Le haría falta un buen empleo —intentó seguir el inglés.

—Permítanme que les diga una cosa —intervino entonces el pintor—. Yo soy un artista y creo que el arte es todo eso que acaba de decir este caballero —y señaló a León—, pero si por ser fiel a mi arte mi propia mujer pretende hacerme la vida imposible y convertir esta mi casa en un infierno, me ahorco ahora mismo…

—¡Adelante, anda, cuélgate de una vez! —le gritó su esposa—. ¡No sabes cómo me gustaría…!

—Lo que yo pretendía decir —intervino de nuevo Stubbs con calma— es que un hombre puede tener un buen empleo y a la vez dedicarse al arte… Yo conozco a un muchacho que trabaja en un banco y que en sus ratos libres pinta unas acuarelas exquisitas… Una vez, por ejemplo, vendió una en cincuenta libras…

Lo que dijo el inglés pareció a las dos mujeres una tabla de salvación a la que aferrarse. Cada una miró fijamente a su marido, a ver si se decidían a tomar en serio lo que aseguraba el estudiante, y cabe hacer notar que Elvira, muy especialmente, la lánguida y delicada Elvira, miró con enorme súplica a su esposo, aun y cuando ella misma fuese artista (lo que demuestra que el mercantilismo no es necesariamente ajeno, todo lo contrario, a la naturaleza humana). Los dos hombres, los dos artistas, también se miraron, pero no esperanzadamente, sino trágicamente: como dos filósofos que tras largos años de prédica descubrieran que sus pupilos no les habían entendido.

—El arte es el arte —repitió León, ahora con tristeza—. No se trata de una acuarela de más o de una acuarela de menos, ni de una hora de más, o de una hora de menos ante el teclado de un piano… El arte es una forma de vida que merece la pena de ser vivida…

—Sí, claro, pero es que los que viven de esa manera se mueren de hambre —dijo seca y cortante la dueña de la casa—. A mí no me gusta ese tipo de vida.

—Propongo una cosa —dijo León—. Usted, señora, tenga la bondad de pasar a otra habitación, en compañía de mi esposa… Discutan allí las dos sobre este asunto que nos ocupa mientras nosotros continuamos hablando de lo mismo aquí… Luego contrastaremos nuestros pareceres. Puede que no resolvamos nada, pero por probar…

—De acuerdo —dijo la joven esposa del pintor, prendiendo rauda una vela; después llevó a Elvira a su propia habitación, en la planta superior, donde le dijo—: Esto no cambia las cosas. El problema estriba en que mi marido no sabe pintar.

—Pues el mío tampoco sabe actuar —soltó Elvira.

—¡Ah, pues yo creí que era un buen actor! —dijo la otra—. Parece tan listo…

—No, si lo es —señaló Elvira convencida—; y es también un buen hombre, el mejor de todos, seguramente… Pero no es un buen actor.

—Al menos no es un embaucador y un vago, como el mío… Su marido sabe cantar…

—No, no, qué va —siguió Elvira, cada vez más acalorada—. Ni siquiera lo intenta, canta sólo para ir tirando… Créame, los hombres, en realidad, no son embaucadores, ni charlatanes, ni embusteros, ni vagos… Son tan inocentes que muchos se creen que tienen una misión de suma importancia que cumplir… Y fracasan sin remedio.

—Sí, ya veo; gracias a esa misión a punto ha estado usted de pasar la noche al sereno —dijo la mujer del pintor—. Y yo, pues mire, siempre con el temor de morirme de hambre cualquier día. Siempre creí que el primer deber de un hombre no era otro que el de velar por su familia, pero parece que no… Habla usted de una importante misión por cumplir… Pues bien, seguramente no sea otra que la de hacer el ridículo constantemente… ¡Ay! —exclamó llorosa—. ¿No es terrible estar casada con un hombre como el mío? Piénselo y dígame la verdad… Si hiciera de una vez por todas lo que dice, eso de colgarse de una soga, ¿quién saldría perdiendo? ¿Yo? No, creo sinceramente que no… ¿Usted qué opina?

—¿Tienen hijos? —preguntó Elvira incómoda, desviando la conversación.

—No, pero cualquier día…

—Dicen que los hijos cambian mucho las cosas —añadió Elvira con un suspiro.

Se quedaron ambas en silencio y al instante comenzaron a escuchar el rasgueo de la guitarra y la voz de León Berthelini atacando con su habitual brío una nueva romanza… La atribulada esposa del pintor abrió los ojos como si acabara de tener una visión.

Pudo ver Elvira en sus ojos ensoñaciones y recuerdos de otros días felices, evocaciones amorosas despertadas en ella por aquella canción no muy bien cantada, sin embargo, mas emocionante. Era la canción con la que ella y su esposo se habían enamorado, una vieja romanza de Francia que hablaba de los manzanos en flor, de las espigas doradas, de los apacibles ríos en cuyas límpidas aguas se miran los que se adoran…

«León, como siempre, ha estado atento y oportuno», pensó Elvira, también emocionada.

La cosa, sin embargo, había sido sencilla: se limitó León Berthelini a preguntar al pintor cuál era esa canción favorita de ambos, aquella que los había unido, la que mejor podía recordarles los días primeros de su amor… El pintor se lo dijo, hizo memoria León para recordar la melodía, y muy pronto se lanzó con lo que sigue:

O mon amant,
O mon désir,
Sachons cueillir
L'heure charmante![40]

—Perdone que la contradiga, pero su esposo canta maravillosamente —dijo la mujer del pintor.

—Bueno, esto lo canta con mucho sentimiento —admitió Elvira—. Pero no lo interpreta muy bien —añadió también conmovida ella, sin embargo, aunque quisiera seguir siendo crítica con su esposo.

—La vida es tan triste… —dijo la otra—. Y muchas veces nosotros la hacemos aún más triste…

—Yo no creo que sea así —dijo Elvira—. Yo creo, por el contrario, que lo que hay de bueno en la vida es mucho, y que además está en nuestras manos acrecentarlo…

—¿Qué debo hacer? Dígamelo con franqueza…

—Francamente —contestó Elvira—, yo le dejaría seguir su camino… Ya he dicho que, para mí, es un buen pintor; sin embargo, no podemos saber si será o no un buen escribiente… Así que mejor que siga con su arte; si ha de ser el padre de sus hijos, mejor que sea un padre feliz.

—Debo admitir que es un buen hombre —dijo la otra.

No mucho más tarde volvían a juntarse todos en la planta baja.

Estuvieron despiertos la noche entera, cantando, en armonía, en abierta amistad… Castel-le-Gâchis comenzaba a amanecer, lanzando el humo de sus chimeneas al cielo azul del nuevo día, mientras en el campanario de la iglesia sonaban las seis de la mañana y ellos seguían cantando.

—Mi guitarra es un espíritu, como un duende que perteneciera a nuestra familia —dijo León mientras la guardaba, cuando se disponía a tomar a Elvira de la mano para dirigirse ambos a su hotel—. Mi guitarra —prosiguió— ha resucitado a un mal comisario, ha convertido al arte a un viajero inglés y ha reconciliado a un matrimonio mal avenido…

Stubbs, por su parte, no podía sino extraer algunas conclusiones de todo aquello. Así eran sus reflexiones cuando salió de aquella casa:

«Están todos locos, muy locos… Pero son una gente maravillosa».

EL DINAMITERO

NOTA AL TEXTO:

El dinamitero apareció en 1885.

Obra que Stevenson escribió en colaboración con su esposa, Fanny van der Grift Stevenson.

Los capítulos titulados *El Angel de la Destrucción* y *La historia de la encantadora cubana* fueron escritos en su totalidad por ella, si bien sometidos a las correcciones posteriores que Stevenson consideró oportunas.

Según decía Stevenson, el capítulo titulado *El baúl marrón* responde a hechos totalmente verídicos ocurridos en 1884 y referidos a las acciones terroristas que en Londres protagonizaban por aquel tiempo militantes independentistas irlandeses.

Dedicatoria
A los señores Cole y Cox, oficiales de policía

Caballeros:

En el volumen que ahora tienen en sus manos, los autores hemos tratado de quitar los velos que cubren el feo y demoniaco rostro del crimen contra el que tan gloriosamente combaten ustedes. Seguramente habremos malgastado en vano una gran cantidad de tinta, aunque siempre con la mejor y más seria de las intenciones. En cualquier caso, hemos alcanzado a comprender cuán grande es el horror que anida en esos actos deleznables que sin embargo se presentan como nobles, encomiables, aherrojados de razones humanitarias que pueden llamar a la rebelión. El horror, en este caso, es el de Mr. Parnell[1]: él estableció unos principios de los que posteriormente se haría lamentable eco Mr. Forster[2] para llevarlos a través de los años. Un horror, igualmente, que nos concierne a nosotros mismos, por cuanto hemos coqueteado largamente con el crimen político, si bien es verdad que sin responsabilidades directas, sólo considerando que tales crímenes no eran otra cosa que la consecuencia de una situación concreta, lo que nos hacía contemplarlos al menos con cierta simpatía, con un infundado sentimiento de generosidad, como el escolar que aplaude lo que viene escrito en cualquier cuento de un penique tomándolo por algo verdaderamente hermoso y fundamental. Cuando, empero, esos crímenes nos han tocado de cerca —de verdad, crudamente y sin truculencias—, entonces hemos alcanzado a comprender cuán falaces eran nuestras ideas al respecto. Hemos sabido así que el crimen no es menos cruel ni menos espantoso por muy sonoros que sean los nombres bajo los que se esconde, nombres que han caído al fin del altar que habíamos levantado en honor a nuestras falsas deidades.

La seriedad en este asunto se acrecienta cuando hablamos de quienes nos defienden contra ese crimen. Por muy grandes que sean las confusiones derivadas de la guerra de la política, por muchos que sean los elementos codiciosos que hay en ella, por grandes que sean las fechorías que en su

nombre se cometen, y a pesar de cuanta deshonra aparezca entre sus contendientes, lo que ustedes defienden, la parte que les corresponde, está fuera de toda sospecha. Ustedes están del lado de los niños, de las mujeres indefensas, de la compasión de los individuos y de la confianza pública. Si nuestra sociedad no fuera más que el mero imperio de lo diabólico —o si vistiera por lo menos con algunos de sus colores— siempre tendríamos en ustedes la garantía, tan preciosa, de la defensa de los inocentes, que es sin duda la defensa más encomiable. El coraje y la devoción por el servicio público son signos que distinguen la actividad policial, una actividad frecuentemente poco reconocida, escasamente recompensada, a pesar de sus triunfos históricos. Histórico fue el silencio de Mr. Parnell, mientras hablaba por él Mr. Forster; e histórica ha sido la trágica campaña de Gordon[3], pero no por ello podremos olvidar a Mr. Cole llevando en sus manos indefensas la dinamita lista para explotar. Ni a Mr. Cox acudiendo tan presto como sereno en su ayuda.

Robert Louis Stevenson
Fanny Van der Grift Stevenson

PRÓLOGO EN EL SALÓN DE FUMAR

En la ciudad de los encuentros, lo que es como decir la Bagdad de Occidente, o para ser más preciso, en la acera de la cara norte de Leicester Square, dos jóvenes de veinticinco o veintiséis años, que llevaban algunos años sin verse, se encontraron. El primero de ellos, vestido a la última moda, muy elegante, dudó si el otro, con sus ropas raídas y un evidente aspecto de abandono, sería o no su amigo.

—¡Pero bueno! —exclamó—. ¡Si es Paul Somerset!

—Sí, soy Paul Somerset —dijo el otro—, o quizás lo que aún queda de él tras una muy merecida experiencia de pobreza y leyes… Sin embargo no observo cambios en ti, Challoner; no me lo tomes por una hipérbole, pero el tiempo no ha escrito ni una sola de sus líneas en tu frente serena.

—Bueno —dijo Challoner—, no creas que es oro todo lo que reluce… Pero no estamos precisamente en un lugar cómodo para explayarse en confidencias, aquí, interrumpiendo el paso a todas estas damas; vayamos, si quieres, a un lugar más tranquilo.

—Si me lo permites —apuntó Somerset—, te llevaré a un sitio donde se fuman los mejores cigarros de Londres.

Tomando del brazo a su amigo, en silencio y con buen tranco, lo llevó hasta un lugar muy tranquilo en el Soho, en la Rupert Street. A la entrada, formando parte del decorado, había una de esas tallas gigantescas que representan a un escocés, una de esas figuras que pueden tomarse ya por una antigüedad; en el escaparate, pipas, tabaco, cigarros puros; arriba, en letras doradas, el rótulo que anunciaba «*Diván de cigarros Bohemia de T. Godall*».

El interior del establecimiento era pequeño, mas cómodo y acogedor, bien decorado; lo atendía un hombre cordial, sonriente y educado, el dueño del local; los dos jóvenes, no sin antes comenzar a expeler el humo de una regalía selecta, tomaron asiento en un sofá tapizado en un gris de ratón y dieron inicio al relato de sus respectivas historias.

—Ahora mismo —dijo Somerset—, soy abogado; pero la Providencia y los procuradores no me han dado la oportunidad de brillar. Digamos que una

muy selecta sociedad, la de Cheshire Cheese, me enganchó a este salón, como bien podría confirmarlo Mr. Godall, haciéndome pasar en sus divanes muchas y largas tardes; para ello, claro está, adopté la precaución de no levantarme antes de las doce de la mañana a fin de hacer más breves las mañanas. Así, mi pequeño patrimonio se esfumó rápidamente, cosa que no obstante evoco con orgullo pues ocurrió de manera muy gustosa. Desde aquello, un caballero que no es más que mi tío materno, me da cada semana la modesta suma de diez chelines; así que, si me ves alguna noche paseando bajo la luz de las farolas de mi barrio favorito, ten por seguro que me habrá caído una fortuna.

—Nunca me lo hubiera imaginado —dijo Challoner—; al verte creí que ibas a ver a tu sastre…

—Bueno, la verdad es que tengo la intención de seguir aplazando esa visita —sonrió Somerset—. Mi fortuna tiene límites muy claros. Consta, o acaso deba decir que constaba esta mañana, de cien libras.

—Es realmente extraño —dijo Challoner—; sí, es una coincidencia curiosa… Es el mismo margen de gastos al que me veo obligado…

—¿Tú? —se extrañó Somerset—. Vaya, pues mira a Salomón, en pleno apogeo de su gloria…

—Exactamente. Yo, mi querido amigo, puedo decirte que no tengo más que mis piernas y que cada vez les quedan menos pasos —dijo Challoner—. Aparte de la ropa que me ves no tengo más que un par de pantalones decentes en mi armario; tanto es así, que hasta sería capaz de aceptar un trabajo o de dedicarme al comercio… Con cien libras por todo capital a un hombre no le queda más remedio que echarse al mundo.

—Quizás —concedió Somerset—, pero la verdad es que no se me alcanza qué podría hacer con mi dinero, es más de lo que podría esforzarme. Mr. Godall —se dirigió entonces al dueño del local—, usted es un hombre de mundo; dígame, pues, qué puede hacer con cien libras un hombre joven que ha recibido una educación razonable.

—Depende —respondió aquel hombre, quitándose con parsimonia de los labios el puro que fumaba—; el poder del dinero es un artículo de fe ante el que profeso un claro escepticismo. Con cien libras apenas podría mantenerse usted un año, y eso con bastantes esfuerzos, aunque mayores habría de hacerlos aún si quisiera gastárselas en una sola noche; pero podría perderlas en sólo cinco minutos si le diera por jugárselas en la Bolsa de valores. Si es usted, por otra parte, uno de esos hombres afortunados que no dejan de subir y subir, con un penique tendría más que suficiente; pero si es uno de esos hombres que caen y caen sin parar, un penique le resultará tan inútil como sus

cien libras… En lo que a mí respecta, tuve la suerte de atesorar un arte cuando no me quedó más remedio que echarme al mundo: sé lo que es un buen cigarro. ¿Sabe usted de algo, Mr. Somerset?

—Ni siquiera de leyes —respondió.

—Esa respuesta está llena de sapiencia —aceptó Mr. Godall—. Y usted, caballero —dijo entonces Mr. Godall dirigiéndose a Challoner—, como amigo que es de Mr. Somerset, ¿me permite la misma pregunta?

—Bueno —dijo con regodeo Challoner—, juego medianamente bien al *whist*.

—¿Cuántas personas hay en Londres que tengan treinta y dos dientes? —preguntó como si nada Mr. Godall—. Créame, joven; hay muchas más, a buen seguro, que juegan al *whist*. El *whist*, caballero, es tan amplio como el mundo; jugarlo bien es como respirar bien. Conocí una vez a un joven que, según su decir, se preparaba para ser canciller de Inglaterra; un proyecto ambicioso, desde luego; pero no tanto, me parece, como el de quien aspire a hacer del *whist* su forma de vida.

—Mi querido amigo —replicó Challoner—, mucho me temo que al final acabaré siendo no más que un simple trabajador…

—¿Un simple trabajador? —repitió Mr. Godall—. Suponga usted que un deán rural renuncia a su ministerio; ¿cree usted que acabará como alcalde del pueblo? Suponga que un capitán es degradado; ¿llegará según usted a juez de paz? La ignorancia de la clase media a la que pertenece usted me sorprende… Creen ustedes que fuera de su clase en el salón media el mundo entero yace en la ignorancia, hundido en una degradación tan extensa como común; sin embargo, ante los ojos de un buen observador las cosas se constituyen según distintos grados de jerarquía, cada uno de ellos adornado con sus particulares aptitudes y conocimientos. Por los defectos inherentes a su educación, joven, está usted menos capacitado para ser un trabajador que para convertirse en gobernador de un Imperio. Hay entre usted y un trabajador, caballero, un golfo, si no un mar, de distancia; las más puras artes del conocimiento —aquellas de las que quedan excluidos los que de nada saben— son precisamente las que confieren titulación a un artesano.

—Este hombre es un tanto pomposo —sopló Challoner al oído de su compañero.

—Es genial —dijo Somerset.

Justo entonces se abrió la puerta del Diván e hizo su aparición un tercer joven que pidió tabaco con cierta timidez. Era más joven que los otros; según la manera inglesa, un algo indefinida, era lo que se tiene por bien parecido.

Apenas fue servido en lo que pedía, mientras encendía su pipa y tomaba asiento en el sofá, inopinadamente recordó a Challoner cuál era su nombre, Desborough.

—Desborough, claro —dijo Challoner con mucha convicción—. Bueno, Desborough; ¿qué haces ahora?

—La verdad es que no hago nada —aceptó Desborough.

—Eso quiere decir que tendrás una fortuna —dijo el otro.

—No, qué va —replicó Desborough un tanto molesto—. Lo cierto es que estoy esperando que me caiga algo en lo que ocuparme…

—Vaya, o sea que vamos todos en el mismo barco —dijo Somerset—. Quizás tengas tú también cien libras…

—No, ojalá las tuviera —dijo Mr. Desborough.

—Esto sí que es patético, Mr. Godall —señaló Somerset—. Mírenos, somos tres inútiles.

—Un signo de los tiempos, una característica de esta edad masificada que vivimos —dijo el dueño de la tienda.

—Señor —dijo Somerset—, no tengo por menos que negar que vivamos una edad masificada; de hecho sólo puedo admitir que soy un imbécil, que él es un imbécil, que los tres, en definitiva, somos imbéciles, unos inútiles del demonio… ¿Qué soy yo? Sé algo de leyes, un poco de letras, algo de geografía, de matemáticas… Incluso tengo algunos conocimientos prácticos de astrología judicial… Y aquí estoy, más inútil que un recién nacido mientras el todo Londres va calle arriba y calle abajo. Y siento un desprecio infinito por mi tío materno, aunque sin su ayuda, no tengo más remedio que admitirlo, me disolvería sin remedio en todos y cada uno de los elementos materiales que me componen, como una mezcla desastrosa. Empiezo a colegir que es preciso saber de algo, pero hasta el fondo, aunque sólo sea de literatura. Empiezo a comprender, señor, que el hombre de mundo es la gran criatura de este tiempo que vivimos; posee conocimientos tan amplios como variados; es capaz de sentirse en cualquier lugar como en su propia casa; ha visto el discurrir de la vida real en todos sus procesos y fases; resulta imposible, pues, que su experiencia no dé como resultado frutos notables. Me tengo por un hombre de mundo, por un *cap-à-pie*. Y tú, lo mismo, Challoner… ¿Y tú, Desborough?

—¡Oh, claro! —aceptó el más joven de los tres.

—Bien, pues ya ve, Mr. Godall, aquí nos tiene; tres hombres de mundo desamparados, como plantados en el mismísimo centro estratégico del universo —tenga usted a bien aceptar que llame así a la Rupert Street—, entre

la masa bulliciosa, oyendo el que acaso sea más ruidoso tintineo de monedas que se da sobre la faz de la tierra… Señor, como hombres civilizados que somos, ¿qué podemos hacer? Se lo diré. ¿Tiene un periódico?

—Lo tengo —dijo Mr. Godall, solemne—; el mejor periódico del mundo, el *Standard*.

—Bien —siguió Somerset—; aquí está, la voz del mundo, el teléfono que multiplica las llamadas de los hombres. Abro este periódico, dejó caer la vista un poco al azar… y, bueno, no, las pastillas Morrison no me interesan; miro un poco más arriba, y aquí está, justo lo que busco, la grieta en la armadura de la sociedad. He aquí una aspiración, un lamento, un ofrecimiento sustancialmente generoso: «*Doscientas libras de recompensa*». Ofrecen una recompensa de doscientas libras a quienquiera que dé información «*sobre el paradero de un hombre visto ayer en los alrededores de Green Park. Un hombre de unos dos metros de talla, de hombros desmesuradamente anchos, perfectamente afeitado, con negro mostacho, que lleva un abrigo largo de piel de foca*». Aquí, caballeros, tenemos un anuncio que puede ayudarnos mucho a conseguir la fortuna que ansiamos. en el salón

—¿Quieres decir, mi querido amigo, que acaso podamos convertirnos en detectives? —le preguntó Challoner.

—¿Yo propongo eso? —se extrañó Somerset—. No, señor, no es eso… Lo propone la razón, el destino; lo propone abiertamente el mundo… En esto tendrán mucho que ver los méritos de que seamos capaces, las maneras de que hagamos uso, los hábitos sociales, nuestro propio poder de persuasión, el caudal de conocimientos tan variados como profundos que seamos capaces de mostrar; todo aquello, en fin, que pueda constituirnos en detectives de carácter, sin fisuras. En definitiva, quiero decir que la única profesión en la que puede desempeñarse bien un caballero es la de detective.

—Tu propuesta me parece un tanto exagerada —opuso Challoner—; debo confesar que hasta el presente había tenido la de detective por la profesión más sucia, rastrera e infame en que pudiera ocuparse un caballero.

—¿Defender a la sociedad te merece esa opinión? —preguntó Somerset —. ¿Ofrecer tu vida por la de los demás te inspira tales pensamientos? ¿Acabar de raíz con la maldad más diabólica, intangible y oculta, te hace pensar así? Apelo a Mr. Godall. Es, al fin y al cabo, un observador de la vida que posee la agudeza del filósofo, un hombre, pues, con ideas menos cínicas… Mr. Godall sabe perfectamente que un policía, urgido en la mayor parte de las veces por situaciones tan difíciles como extrañas, es en esencia un héroe de encarnadura moral superior a la del soldado, pues a menudo ha de

desarrollar su labor con menores elementos de defensa. No os asiste la razón, amigos míos, si pensáis que un general, en los momentos más decisivos de la batalla, puede pedir a sus soldados una disciplina semejante a la de los agentes de Peckham Rye.

—Nunca imaginé que debiéramos ingresar en ese cuerpo —dijo Challoner.

—No lo haremos. Digamos que esas son las manos, pero aquí, señores, aquí, tenemos la cabeza —clamó excitado Somerset—. Con esto nos basta; así hemos de decretarlo en todo momento y bajo cualquier circunstancia… Por lo tanto, vayamos a buscar al pobre diablo del abrigo de piel de foca.

—Supón que aceptamos —dijo Challoner—; pero no tienes una estrategia, ni un conocimiento del caso; no tienes siquiera un plan para iniciar las pesquisas.

—Challoner —se molestó Somerset—, ¿serías capaz de sostener la doctrina del Libre Albedrío? ¿Tan ayuno andas de filosofía que precisas de tan explotadas como comunes falacias? La Oportunidad, amigo mío, no es más que la Madona ciega de los paganos, la que rige los destinos del mundo; en ella deposito mi fe. La Oportunidad es lo que ha hecho que nos reunamos de manera inopinada. La Oportunidad nos llenará los ojos de pistas valiosas de aquí a muy poco, en cuanto nos hayamos separados para volver cada uno a sus asuntos. Será el momento en que, de cada uno de nosotros, brote el hombre de mundo que llevamos dentro, el detective sagaz capaz de hallar una pista en donde el resto de los hombres no ven nada, para saltar sobre ella ágil cual gato, examinarla con tanto apasionamiento como detalle, y a su través hallar ese mundo lleno de significados maravillosos que yacía en algo tan insignificante en apariencia.

—Muy bien —admitió Challoner—; disfruto mucho viéndote reconocer en ti mismo todas esas virtudes. Pero, en lo que a mí respecta, querido amigo, no puedo más que decirte que me siento incapaz de enrolarme en tus empresas. Ni nací detective ni me he formado para serlo; no soy más que un caballero con sed, además de tranquilo, y de verdad que comienzo a sentir ganas de beber algo, créeme… Todo eso de las pistas a seguir, toda esa aventura, para mí se reduce no más que al infortunado encuentro con cualquiera de mis acreedores.

—Lo que dices es absolutamente falaz —se lamentó Somerset—; advierto en tus palabras la futilidad de tu propia existencia. El mundo bulle excitante a nuestro alrededor ofreciéndonos aventuras de continuo; ahí las tienes, en la calle: manos que se agitan como olas en las ventanas; tramposos y sablistas

que se te acercan para decirte que te conocieron en otro país; gentes, pues, amables las unas y poco recomendables las otras, pero reclamando todas ellas tu atención. Y tú, inmutable: no se la prestas. Caminas aprisa para alejarte de ellos como atado a la rueda de un molino, dando vueltas sobre ti mismo para alimentar tus pensamientos con tu propio aburrimiento. Ahora y aquí te pido que no desprecies la próxima aventura que se te presente, que la abraces de lleno y con fuerza, con tus dos brazos; allá donde quiera que se te aparezca, agárrala, sea romántica o desagradable. Prometo que haré lo mismo. Puede que se trate de algo diabólico, pero no será menos cierto, en cualquier caso, que al menos nos resultará divertido. Después podremos relatarle a nuestro buen amigo del Diván, el gran Mr. Godall, de tan filosófica perspicacia, cómo nos ha ido en el lance. ¿Ves? Ya me escucha con regocijo Mr. Godall… Vamos, pongámonos de acuerdo… ¿Prometes, amigo mío, mejor dicho, prometéis los dos, amigos míos, aceptar con agrado cualquier lance de aventura que se os presente, entregaros a su resolución abiertamente, sin restricciones ni dudas, y manteniendo bien abiertos los ojos y la cabeza en su sitio anotar cada uno de sus aspectos para después explicarlos como debe hacerse? Vamos, prometedlo; permitid que os abra las puertas de la profesión que arroja luz sobre las intrigas.

—Eso no va mucho conmigo —dijo Challoner—, pero ya que tanto insistes, amén.

—No me preocupa hacer esa promesa —contestó Desborough—, pero dudo mucho que me pase algo interesante.

—¡Oh, qué poca fe! —se lamentó Somerset—. Bien, al menos he obtenido vuestras promesas… Creo que Mr. Godall también se alegra.

—Prometo que tendré mucho gusto en oír lo que me cuenten ustedes, caballeros —dijo el dueño del Diván con sus maneras de común educadas y hasta obsequiosas.

—Ahora, caballeros —dijo Somerset—, separémonos. Estoy ansioso de echarme a los caminos que llevan a la gloria. Desde este rincón de la ciudad se escucha el trepidar de Londres, un auténtico campo de batalla en el que se empeñan cuatro millones de almas con sus correspondientes destinos. Presto para la batalla con mi armadura de cien libras me lanzo a esa urdimbre palpitante.

LA AVENTURA DE CHALLONER
Escudero de damas

Mr. Edward Challoner se había instalado en el suburbio de Putney, donde podía disfrutar de un saloncito, un dormitorio y el sincero aprecio de la gente de la casa. Al día siguiente, a hora muy temprana, tuvo que salir de tan remoto lugar. Era un joven grandote, poco dado al ejercicio físico, sedentario, tranquilo, habituado a las demoras y a tomarse las cosas con calma; un asiduo, pues, de los ómnibus. En días más felices hubiera tomado un coche de punto, mas ahora no podía permitirse esos lujos. Así que, armándose de toda la fuerza de voluntad de que fue capaz, se vistió y salió a la calle.

Era un día de verano, tranquilo y caluroso, sin nubes; mientras caminaba por aquellas calles en silencio, de tan vacías, entre las casas cegadas por las persianas y las cortinas, y a medida que se adentraba en la ciudad, fue como esfumándose el frescor de la mañana para que se dejara sentir ese cierto agobio propio de los días de julio.

Iba Mr. Challoner absorto en sus pensamientos, repasando sus jugadas en el *whist* y amargándose al recordar algunas que no le habían sido propicias; pero en tanto comenzó a adentrarse en aquellos laberintos que eran las calles de la ciudad por el sudoeste, el silenció acabó por llenarle los oídos. Unas calles y otras vieron pasar su figura solitaria; en unas y otras casas resonaron sus pasos de fantasma; unas tiendas y otras le mostraron sus cierres echados y los rótulos que les daban nombre. Iba Challoner sólo como un barco en la inmensidad del océano, bajo el día luminoso, entre aquella sucesión de casas habitadas por durmientes diurnos.

La aventura de Challoner. Escudero de damas

«Si yo fuera —se dijo— como mi descerebrado amigo, seguro que aquí podría ponerme a buscar una aventura, aquí, en un día tan luminoso, en estas calles tan secretas como la noche más negra de enero, en el pleno centro del lugar que habitan cuatro millones de seres que duermen, gentes tan solitarias en el fondo como los bosques del Yucatán. Si se me ocurriese alzar la voz

seguro que despertaba a todo un ejército, aun cuando ahora mismo esta gran ciudad, esta ciudad del sueño, parezca un inmenso panteón que acoge a todos sus moradores».

Aún no había dejado de rumiar tan sobrecogedoras impresiones cuando alcanzó una calle en la que se observaban, más que en ninguna otra, llamativos elementos dispares. En un lado, al pie de los altos muros y las verdes copas de los árboles, unas cuantas casas pequeñas, preciosas, discretas; esas residencias como pequeñas joyas que el decoro invita a mirar no sin recelo, más que nada por lo que tienen cerca: casas muy pobres, de ladrillo visto; más allá, una gran vaca de yeso que quizás servía como reclamo al local de una lechería; más abajo, un rótulo que anunciaba un taller de calandrar.

Frente a una de las casas más apartadas, una casa que se alzaba entre unos jardines protegidos por muros, un gato jugueteaba con un poco de paja y Challoner se detuvo un momento para observar a la que parecía ser la única criatura viva en aquel lugar como si fuera un heraldo de paz mundana en el sobrecogedor y combativo silencio del vecindario. En cuanto dejó de echar un paso tras otro el silencio se agigantó; ante sí tenía una casa totalmente cerrada, corridas las cortinas, bajas las persianas, sin humo las chimeneas; Challender creyó que oiría incluso la respiración de sus moradores.

En eso se entretenía cuando lo estremeció, sin embargo, una detonación sorda, que nada bueno presagiaba, que se había producido en el interior de la casa. Siguió a la detonación una suerte de silbido extraño, como una monstruosa exhalación, como si comenzara a hervir el agua de una tetera del tamaño de la iglesia de San Pablo; a la vez, por entre las grietas de la puerta y de las ventanas, por los mínimos resquicios abiertos, se escapaba un vapor nauseabundo. El gato lanzó un grito agudo, de terror, y se esfumó rápidamente. Desde el exterior se oyeron los pasos apresurados de varias personas que corrían escaleras abajo para alcanzar la planta que daba a la calle. Se abrió de golpe la puerta de la casa y brotó una gran nube de humo espeso de la que salían dos hombres y una mujer elegantemente vestida y joven, que huyeron de inmediato calle abajo sin decir palabra. Había cesado aquel silbido extraño, trepidante; comenzaba a deshacerse el humo al contacto con el ambiente de la calle; parecía todo un sueño del que acabara de despertar, pero Challoner seguía donde estaba, sin moverse, atónito. Al cabo, sin embargo, pareció despertar como si la razón y el miedo, a un tiempo, le llamaran a hacerlo, y comenzó a correr calle abajo, también él, animado por una energía realmente extraña en aquel hombre.

Poco a poco, sin embargo, fueron cediendo sus fuerzas y volvió a caminar como antes, pausadamente, respirando hondo, mientras intentaba elaborar a partir de las confusas impresiones de su sensación una teoría convincente merced a la cual explicarse lo sucedido. Pero acabaron por parecerle misterios inexplicables aquella explosión, aquel humo y su olor fétido, la fuga de esos dos hombres y la mujer… Con un temor oscuro, sin forma mas cierto, pensaba en los fugitivos, que evidentemente parecían serlo, mientras seguía pasando por calles y más calles, siempre solo, en la radiante mañana.

En un principio, cuando salió huyendo también él, había ido sin rumbo fijo; ahora, sin embargo, se dirigía hacia el oeste; llegó así a una calle sin nada especial, que tras un trecho se hacía más ancha al punto de albergar en la mitad de su altura una larga hilera de jardines. Un lugar en el que cantaban los pájaros; un punto en el que se agradecía la sombra de los árboles, perfecto lenitivo para sobrellevar el calor de la ciudad abrasada por el verano; un lugar que, por su aire límpido y fresco, parecía campestre y hacía que Challoner se apaciguara, sosegara su paso mirando bien por dónde caminaba, llenándose los ojos de cuanto veía pero a la vez sin olvidarse de aquellas sensaciones encontradas, de las escenas que había contemplado, no por distantes ya menos impresionantes; así, de súbito se topó ante un paredón que le impedía seguir adelante. Esta calle, de cuyo nombre no me acuerdo, moría allí.

No era, sin embargo, el primero en verse en aquel lugar aquella mañana temprana; no hizo más que levantar los ojos para mirar en derredor suyo y reparó con agrado en la presencia de una joven, a la que de inmediato reconoció como aquella que huyera de la casa. Había corrido hasta allí, según parecía, a ciegas, huyendo sin más; el paredón le impedía el paso, y agotada, tras correr sin aliento, se sentó en el suelo para recuperar el resuello, un poco más allí, ante la verja de un jardín, sin sacudirse siquiera el polvo adherido a sus ropas finas, mirando con miedo, desmesuradamente abiertos sus ojos. Nada más percatarse de la presencia de Challoner se puso de nuevo en pie para alejarse de allí.

Challoner se sorprendió de encontrarse de nuevo con la heroína de su aventura y del miedo que esta le demostró al verlo. Tuvo que superar a un tiempo la piedad y la alarma que la presencia allí de la joven le supusieron, cosa que consiguió en parte siguiéndola por donde iba, si bien precavido, para que no aumentaran ni su propio miedo ni el de la muchacha; no obstante, sus pasos restallaban en la calle vacía llenándolo todo. Aquel clamor de sus pasos pareció alentar en la joven una emoción siniestra e incontenible que la llevó a pararse en seco nada más percatarse de que él la seguía. De nuevo intentó

seguir, al poco, mas de nuevo, también, se detuvo casi al momento. Encaró entonces a quien la seguía con expresión tan tímida como hermoso lo era su rostro. El joven, sin embargo, siguió avanzando con la vergüenza pintada en la cara. Al fin, cuando estuvieron a muy corta distancia el uno de la otra, ella, mirándole a los ojos, le ofreció sus manos en actitud franca.

—¿Es usted un caballero inglés?

El pobre Challoner la miró ciertamente consternado. Era la personificación de la cortesía y la finura y no podía por menos, en consecuencia, que observar el comportamiento debido ante una dama, si bien hay que señalar que repudiaba los devaneos amorosos. Miró al este y al oeste, pero, naturalmente, no halló respuesta en las casas que había a uno y a otro lado de la calle; tampoco había ninguna presencia humana a sus puertas. Miró con interés a la joven y bella suplicante. Lo irritó comprobar que se trataba de una muchacha realmente hermosa, guapa de cara y fina de talle, vestida con elegancia, los guantes cubriéndole las manos: toda una dama, desde luego; el más vivo retrato de la angustia y la inocencia; lloriqueante y perdida en la ciudad del sueño diurno.

—Madam —dijo Challoner—, no tiene nada que temer de mí, no me crea un intruso; si ha parecido que la seguía, la culpa la tiene esta calle cortada, que a los dos nos ha engañado.

La joven sonrió entonces con una clara sensación de alivio.

—Suponía algo así —dijo—; mil gracias, en cualquier caso; aunque, debo admitir que a esta hora, en este silencio tan impresionante, con todas esas ventanas de las casas ahí, como si acecharan, me siento perdida en un mar de terrores y angustias; sí, así estoy —dijo realmente pálida, estremeciéndose al hablar—. Le ruego que me ofrezca su brazo —añadió con un tono de voz más que adorable—; me faltan las fuerzas y el valor para seguir sola, he perdido el control de mis nervios… Sí, acabo de sufrir un fuerte impacto emocional… Protéjame, por favor…

—Mi querida Madam —dijo Challoner, educado pero un tanto adusto—, aquí tiene mi brazo, a su entera disposición.

La joven se prendió de su brazo, mientras pugnaba por reprimir las lágrimas y los sollozos, y de inmediato, como con prisa febril, comenzó a llevarlo al centro de la ciudad. Una cosa estaba clara, entre otras muchas oscuras: el miedo que demostraba aquella mujer no era fingido. Mientras andaba no hacía más que mirar a un lado y al otro, atrás y adelante, como si la acecharan mil peligros, estremeciéndose de continuo por escalofríos y aferrándose con pavor al brazo de su acompañante. Para Challoner, sin

embargo, aquel terror que poseía a la joven era algo así como una infección repugnante, algo que comenzaba a impregnarle a su pesar de manera ofensiva; no hacía más que pedir para sus adentros que cesara aquello de una vez.

—Madam —dijo al fin—, tenga por seguro que me siento muy complacido de resultar útil a una dama como usted, pero no puedo por menos que confesarle que iba en dirección opuesta a la que usted lleva, y que una simple palabra que explique…

—¡Calle! Aquí no, por favor, aquí no —le rogó la joven, echándose a llorar de nuevo.

A Challoner se le heló la sangre. Se hubiera dicho que aquella muchacha estaba loca, de no ser porque de inmediato acudieron a su mente recuerdos en verdad estremecedores, tales como la explosión, el humo, la huida de aquel trío, del que ella formaba parte… Todo eso le hacía pensar de nuevo; todo eso, también, les unía en cierto modo, así que siguieron entre aquel laberinto de calles, silenciosos los dos, como si fueran culpables de algo que les hacía escapar aprisa, espoleados por el mismo pánico. Seguramente a causa de la velocidad que imprimían a sus pasos, pronto parecieron recuperados del miedo; la joven ya no miraba a uno y otro lado, como esperando un asalto en cada esquina, y Challoner, animado por el sonoro caminar de un policía al que vio a lo lejos, optó por ser más directo y resuelto.

—Creo —dijo como quien habla en confianza— que la he visto a usted antes en algún lugar; sí, me parece haberla visto abandonando una casa en compañía de dos caballeros…

—¡Oh!, pierda cuidado —respondió la joven—, no tema herirme con lo que es tan evidente… Usted me ha visto, en efecto, huir de una casa de huéspedes de mala muerte; además, quienes me acompañaban no eran precisamente unos caballeros… En este caso, me parece que el mejor cumplido que pueda hacerme es su franqueza…

—Creo —volvió a la carga Challoner, envalentonado por la actitud abierta de la joven, tan sorprendente—, creo que había un cierto olor, bastante desagradable… Y que hubo un gran ruido, que no acierto a comparar con cualquier otro…

—¡Cállese! —alzó la voz la joven—. No sabe cuán peligroso es lo que evoca… Espere, sólo espere… Le prometo que tan pronto como salgamos de aquí, tan pronto como estemos en un lugar en el que nadie pueda oír lo que hablamos, se lo contaré todo. Mientras, no hable de eso, por favor… ¡Qué espantosa me resulta esta ciudad cuando duerme! —exclamó la joven dama, y

acto continuo, con voz quebrada, dijo—: Dios mío, si hasta las casas parecen sumidas en el sueño de su corazón detenido.

—Ya veo, Madam, que es usted aficionada a la buena lectura…

—Soy más que eso —dijo ella exhalando un suspiro—; soy una joven condenada a sostener pensamientos e ideas que no se tienen por los propios de mi edad; tan cruel es mi destino, que ir de su brazo, caballero, aun tratándose usted de un desconocido, me supone un pacífico y grato interludio en mis aflicciones.

A estas alturas de su conversación estaban ya en las proximidades de la Estación Victoria; allí, la joven, más firme, se detuvo en una esquina, soltó el brazo de Challoner y miró de nuevo a uno y otro lado, pero como antes, con el mismo gesto de indecisión y hasta de dolor. Luego, cambiando la expresión de su rostro, que apareció encantador, le tomó de nuevo del brazo con sus manos exquisitamente cubiertas por los guantes.

—Imagino lo que puede estar pensando de mí —dijo— y eso me hace temblar; en cualquier caso, acepte que deba ausentarme; aquí le dejo y aquí le pido que aguarde mi regreso. No intente seguirme ni espiar lo que hago. Y no juzgue precipitadamente, por favor, a una joven tan inocente como podría serlo su propia hermana… Pero no me abandone. No tengo a nadie más que usted, aunque sea un extraño. Aquí me tiene, angustiada, presa del pánico; usted, sin embargo, es un caballero cortés y amable; le ruego sólo que me conceda unos minutos, que sea paciente conmigo; prométame que me esperará.

Challoner, bien que a disgusto, prometió esperarla; la joven, dedicándole una cálida mirada de agradecimiento, desapareció de inmediato al doblar una esquina. Pero la fuerza de su alegato no había sido tal, pues el joven caballero no sólo no tenía hermana alguna, sino que tampoco se contaba entre su parentela más próxima mujer alguna, a excepción de una tía abuela que vivía en Gales. Sólo al fin, se esfumó aquel encantamiento en que a su pesar se vieran envuelto; repasó los últimos acontecimientos fríamente, incluso con sarcasmo en lo que a su actitud se refería, y llamado por un cierto espíritu insolente que le hacía rebelarse contra lo que la muchacha le había sugerido, de inmediato salió tras ella.

El lector, si es que se desempeña en esos asuntos tan fascinantes y propios de los noctívagos, sabrá perfectamente que en los alrededores de las grandes estaciones de tren no son pocas las tabernas que comienzan su actividad a hora temprana. Fue en uno de esos tugurios donde vio Challoner que se metía, tras doblar otra esquina, la joven. No puede decirse que se sorprendiera,

porque ya había agotado el cupo de sorpresas en lo que iba de mañana. Pero sí cabe decir que se sintió desasosegado, disgustado en lo más hondo de su alma; no pudo evitar que un denuesto le viniera a la mente para condenar a la joven. Pero apenas habían pasado unos segundos cuando vio que la puerta de aquel sitio se abría de nuevo, ahora para que saliera de allí la joven, si bien acompañada de un sujeto de aspecto lamentable, muy desastrado. Charlaron a las puertas del local durante cinco o seis minutos, muy animados los dos; el tipo, después, se metió de nuevo en la taberna y ella, aprisa, volvió sobre sus pasos para dirigirse al lugar en donde le había dicho a Challoner que la esperase. Volvió él, a su vez, también sobre sus pasos, para encontrarse con ella donde se habían separado; la vio llegar, plena de gracia; como una iluminación, su tobillo, bajo su falda, aparecía a cada paso ligero de la muchacha animada en su prisa por su juventud espléndida. Pensó en huir, por unos instantes, pero en tanto se le iba acercando ella más incapaz de hacerlo se sentía, como si se sometiese a la miserable sensación de su influjo. Ahí tenía una prueba por superar, resistirse ante aquella hermosura; podía haberlo hecho tranquilamente, no es que fuera cobarde; mas su seguridad de que aquella joven dama era una persona digna, una mujer virtuosa, era lo único que le impedía escapar de ella. Podía haberse defendido de la joven dama, haciendo valer sus derechos, su opinión sobre lo que es y no es decente, de haberle propuesto ella, abiertamente, una aventura; pero no tenía argumentos para convencerse de que no era en efecto una dama; eso fue cuanto lo desarmó ante ella, que llegó al poco a su altura, antes de que alcanzaran ambos la esquina donde se habían despedido, un poco más allá de donde él la espiara mientras mantuvo su charla con aquel sujeto. La vio llegar casi sin resuello.

—¡Vaya! —exclamó ruborizándose—. ¡Qué poco generoso es usted!

La agudeza del ataque, el sobreentendido que usaba la joven, sabedora de que la había seguido, hizo que el Escudero de Damas se pusiera a la defensiva.

—Madam —dijo un tanto engoladamente—, no creo que pueda quejarse de mi generosidad, tomándola por escasa; le he permitido a usted que me lleve a través de una buena parte de la ciudad, por la que yo no tenía la intención de ir, se lo aseguro; eso sí, me veo en la necesidad de pedirle que me libere de mi condición de protector de usted, ya que me parece que tiene amigos como para que lo hagan; sin duda estarán encantados de sustituirme.

Quedó atónita unos instantes.

—De acuerdo —dijo al fin—. ¡Váyase! ¡Vamos, lárguese, y que sea lo que Dios quiera, espero que me ayude…! Usted me ha visto escapar de una catástrofe, a mí, a una muchacha inocente; ha visto cómo me perseguían hombres infames… Pero, ni al menos la curiosidad, ni siquiera un sentimiento piadoso, ni su sentido del honor, hacen que espere mis explicaciones; tampoco quiere prestarse socorro cuando más lo necesito… Muy bien, ¡váyase de una vez! Total, ya estoy perdida…

Con un respingo violento le dio la espalda y echó a correr a lo largo de la calle. Challoner la siguió con la mirada hasta que desapareció, con una pesada sensación de culpa que trataba de sobreponerse a su otra impresión, la de que aquella joven dama mentía y trataba de embaucarlo. Mas apenas hubo desaparecido de su vista cuando la primera sensación pudo a la segunda; se dijo que no había sido precisamente justo con aquella criatura tan educada, que su comportamiento había sido el de un tipo cualquiera, sin la educación ni las maneras mínimamente aceptables, y que era de veras insolente su manera de actuar ante aquella delicada criatura, todo bondad, todo educación, todo elegancia; tan elegante era, se dijo Challoner, que hasta había sabido escoger perfectamente las más medidas palabras para censurar su actitud.

Como llevado a partes iguales por la necesidad de expiar su culpa, y por la cada vez más acuciante curiosidad, Challoner salió al Pin tras ella; la volvió a ver pronto, apenas dobló una esquina. Observó que caminaba lentamente, que iba triste, con todo el aire de un pajarillo herido; vio que de súbito se paraba, que alzaba una mano y trastabillaba como si fuera a sufrir un desmayo que diera con ella en el suelo mientras intentaba apoyarse en un muro. El espectáculo concluyó con Challoner apretando el paso para llegar hasta ella y asirla con fuerza; al tiempo, se quitó el sombrero y en tono conmovido le hizo una solemne declaración de respeto y un ofrecimiento de ayuda en cuanto necesitara de él. Al principio pareció no prestarle atención, como si estuviera ausente, privada de consciencia; después sí dio muestras de que reparaba en las palabras del joven caballero, e irguiéndose al fin, recuperando su dignidad, y como si procediera a concederle una indulgencia absoluta, más que a mostrarle su agradecimiento, la joven dama se volvió hacia él con un gesto en el que había más de reproche que de bienvenida.

—¡Oh, Madam! —dijo Challoner—, haga de mí lo que le plazca.

Con una decidida actitud de entrega ahora, le ofreció su brazo. Ella lo aceptó, aferrándolo mientras exhalaba un suspiro que llegó al corazón del joven. Otra vez caminaban juntos por las calles aún vacías. Ahora, sin embargo, los pasos de la muchacha eran más cortos, lentos, como si las

emociones la hubieran dejado exhausta; iba pesadamente colgada de su brazo, mientras él, como el pájaro que en el nido protege a sus polluelos, se inclinaba sobre ella para ampararla. Aquel su aparente agotamiento físico, sin embargo, no había hecho mella en su espíritu; apenas un poco más allá la oyó expresarse en términos tan graciosos y con una voz tan animada, que Challoner no pudo sino admirar la elástica complejidad de su carácter.

—Permita que me olvide de todo —decía ella— al menos durante media hora.

Ciertamente semejaba, por cada palabra que decía, que se había olvidado de todas sus desgracias.

A veces detenía su paso ante una casa y se ponía a inventar el nombre del propietario y a hacer un retrato sobre su persona. Aquí, decía, vive un general con el que ella misma se casaría el día 5 del próximo mes; aquella era la mansión de una viuda cuyo corazón ardía de amor por Challoner… Aunque seguía colgada del brazo del joven, como si estuviera a punto de desfallecer, no dejaba de contarle fantasías así de graciosas, con las que le regalaba los oídos, y adornándolas con una risa fresca y delicada.

—¡Ah! —suspiraba de vez en vez—. Con la vida tan asaeteada que llevo no puedo dejar pasar un solo momento de felicidad.

Justo cuando llegaron, tras largo rato de caminar como ya se ha explicado, a la parte alta de Grosvenor Place, se abrían las puertas del parque para que la desabrida multitud noctámbula que vagaba por las calles tras salir de los tugurios pudiera solazarse en aquel césped paradisiaco. Challoner y la joven parecían dos más entre aquella gente. Entraron perdidos entre unos cuantos, de andar torpe, como a trompicones, trastabillante; gentes que, agotadas, o consumidas por la noche, se dejaban caer sobre los bancos o se tiraban en el césped, o se perdían por los senderos de los jardines, hasta que el parque pareció tragárselos a todos, hasta el último de aquellos intrusos soñolientos. Ellos, no obstante, siguieron caminando acariciados por la gustosa tranquilidad de la mañana.

Encontraron poco después un banco en un lugar apartado, en una leve colina en la que resplandecía la hierba. Allí la joven dama miró en derredor suyo totalmente liberada de sus temores de antes.

—Aquí —dijo entonces— podemos estar seguros de que no nos oye nadie… Aquí, pues, podré contarle mi caso; usted sabrá juzgarlo… No quiero que, una vez nos hayamos separado, considere que ha perdido el tiempo, y sobre todo, que se ha portado amablemente con quien no era digna de sus atenciones…

Tomó asiento en el banco e invitó a Challoner, con un gesto encantador, a que hiciera lo mismo. Sonriente, aliviada, con un aire no menos encantador, comenzó a referirle la historia de su vida.

LA HISTORIA DEL ÁNGEL DE LA DESTRUCCIÓN

«Mi padre era natural de Inglaterra, hijo del menor de una familia de rancio abolengo que, sin embargo, no poseía títulos nobiliarios; por culpa de ciertos sucesos, acaecidos bien por su culpa, o accidentalmente, o por simple infortunio, se vio forzado a dejar atrás la tierra en la que nació y a abandonar el apellido de sus antepasados. Puso rumbo a Norteamérica; mas en vez de establecerse en cualquier ciudad donde la vida fuera apacible, normal, se enroló en una expedición que se dirigía al Lejano Oeste. No era, desde luego, un viajero común; más bien se trataba de un hombre de carácter impetuoso, bravo y decidido, e instruido, además, en unos cuantos saberes, tales como la botánica, que amaba en particular. Por lo tanto, no tendrían que pasar muchos meses para que el propio Fremont, que lideraba aquella tropa, apreciase y tomara en cuenta sus opiniones.

«Como le he dicho, se dirigieron hacia las regiones del oeste aún sin explorar. Durante un tiempo lo hicieron guiándose por las huellas que dejaban las caravanas de mormones que hacían aquella ruta, y guiándose, igualmente, por las osamentas de hombres y de animales que había diseminadas por todo aquel vasto y sobrecogedor desierto.

»En un punto del camino decidieron variar el rumbo unos grados al norte, alejándose en consecuencia de aquel triste cementerio que era gran parte de la ruta para adentrarse en una zona donde aún reinaban un silencio mayor y unos parajes aún más baldíos. A menudo oí contar a mi padre lo que allí se veía: rocas, pedruscos, barrancos, secarrales, alternándose aquí y allá; apenas había corrientes de agua, muy lejanas entre sí, además; ni un animal, ni un simple pájaro que alterase aquel silencio. Tras cuarenta días de marcha les quedaban pocos víveres, por lo que tomaron la decisión de separarse, a fin de salir a cazar cada uno por su cuenta. Hicieron una gran fogata, para que pudieran guiarse de regreso gracias al humo; cada hombre montó en su caballo y

partieron todos a la aventura, uno por aquí, otro por allá, adentrándose en aquel desierto inabarcable.

»Mi padre cabalgó varias horas cerca de unas montañas que parecían labradas a golpe de pico, muy negras, horribles; al otro lado no había más que un valle sembrado de pedruscos, algunos gigantescos, que parecían a cierta distancia las ruinas de una ciudad devastada. Al fin encontró el rastro de un gran animal; por las huellas de garras con que dio, por los puñados de pelos que halló entre los matojos que por allí había, supuso que iba tras un oso enorme, de capa color canela. Espoleó a su montura y sin apartarse del rastro que seguía llegó a la frontera que parecía poner en aquella región el cauce de un riachuelo; más allá el terreno ofrecía mayores dificultades aún, salpicado de pedruscos por doquier más con unos cuantos pinos que señalaban la proximidad del agua. Aquí se bajó del caballo y echó a caminar por un terreno pedregoso e incierto, confiado en su buena puntería con el rifle.

»En medio de aquel silencio escuchó tras un rato de marcha el rumor del agua a su derecha; se dirigió hacia allí y contempló una escena que reflejaba toda la maravilla que se contiene en la naturaleza y todo el dolor inherente a la condición humana. El riachuelo corría en dirección a una garganta angosta y serpenteante, de paredes tan altas que hubieran resultado imposibles de escalar por hombre alguno a lo largo de varias millas. En la estación de las lluvias aquel cañón debía de llenarse de agua; ahora soplaba un viento feroz, y mi padre, asomándose al precipicio, vio que una partida, compuesta por unos ciento cincuenta hombres, mujeres y niños, yacía entre las rocas. Unos estaban boca arriba, otros boca abajo, pero nadie se movía; sus rostros denotaban una palidez extrema, un rictus de consunción; de tanto en tanto llegaba a oídos de mi padre un lamento ahogado que no obstante se destacaba entre el rumor de la corriente próxima.

«Contemplaba aquella patética escena cuando vio que un anciano se quitaba la manta con que se cubría, y dando con dificultad unos pasos la echaba sobre una mujer joven, apoyada en una roca, para protegerla del frío. Ella estaba tan ausente que no pareció darse ni cuenta; el viejo la miró unos instantes con mucha pena, volvió a donde estaba y se tumbó en el suelo, ahora sin nada con que abrigarse. Aquello, en cualquier caso, no pareció inadvertido entre aquella devastación. Se acercó también a la muchacha un hombre de barbas blancas y muy anciano, que estaba más lejos, pero lo hizo a gatas, para no ser visto; suponga cuán grande fue la indignación de mi padre al comprobar la cobardía de aquel hombre, que despojó a la mujer de sus dos mantas y volvió a donde estaba para echarse a dormir, o para simular que lo

hacía, como supuso mi padre, pues al momento lo vio incorporarse algo, apoyándose sobre sus codos, para mirar a hurtadillas en derredor suyo; luego se echó la mano al pecho, sacó algo de sus ropas, y se volvió a llevar la mano a la boca. Descubrió mi padre, por el movimiento de sus mandíbulas, que estaba comiendo; era evidente que, entre tanta necesidad, él tenía hecho buen acopio de alimentos; era evidente, por su actitud, que mientras sus compañeros de viaje desfallecían y se entregaban resignadamente a una muerte segura, él tenía cuanto necesitaba para mantenerse fuerte.

»Tan grande fue la indignación de mi padre, que un impulso lo llevó a echar mano de su rifle; de no ser por un accidente, según me ha dicho en repetidas ocasiones, hubiera disparado contra aquel indeseable.

»¡Qué distinta sería mi historia, créame! El caso es que cuando ya se disponía a apretar el gatillo de su rifle, que apuntaba a aquel hombre, vio que el oso tras cuyas huellas iba trepaba por un risco que había a sus pies; naturalmente, su instinto de cazador hizo que disparase contra el oso, en vez de hacerlo contra aquel hombre; no podía permitir que se le escapara la ansiada pieza. El oso cayó al río, tras recibir el certero balazo, con gran estrépito; en el cañón resonó el disparo, alertando al campamento; en un instante todos estuvieron en pie. Aquella gente, al momento, lanzando gritos desgarradores, salvajes, que no parecían humanos, corrieron a trompicones, empujándose los unos a los otros, hacia el lugar donde yacía abatido el gran oso, ferozmente hambrientos; antes de que mi padre pudiera llegar hasta allí, ya le hincaban el diente, sin preocuparse de que la carne estuviera cruda, aunque otros, quizás más escrupulosos, comenzaban a preparar el fuego.

»Nadie se percató de la llegada de mi padre, de tan ocupados con la carne del oso como estaban. Mi padre se metió entre aquella gente de ojos desorbitados, que daba gritos enloquecidos, anduvo entre ellos, topándose casi con sus caras, mas nadie reparó en él; parecían haber consagrado su alma a la carne cruda del oso. Los había tan débiles que apenas podían dar un paso, pero llegaron a rastras hasta el oso, se echaron a su costado e intentaron arrancarle a mordiscos algún pedazo de su carne.

«Tuvo mi padre la sensación de que era invisible para toda aquella gente enloquecida; la visión de aquel increíble tumulto le produjo tal espanto que a punto estaba de echarse a llorar, cuando notó que alguien le tomaba de un brazo; no bien se hubo vuelto, sobresaltado para ver quién le asía, se dio de cara con la del viejo al que había estado a punto de abatir de un disparo. No sin sorpresa vio mi padre, de golpe, que no era un anciano, como había supuesto, sino un hombre maduro, fuerte, de rostro sagaz y mirada de listo, si

bien bastante consumido a causa del hambre y de las fatigas. Hizo una seña a mi padre, pidiéndole que le siguiera, y se adelantó unos pasos; mi padre le siguió hasta un lugar más apartado, y allí, aquel hombre, susurrando su ruego, le preguntó si tenía *brandy*. Mi padre lo miró despectivamente.

»—Me recuerda usted —le dijo— que debo hacer algo. Sí, llevo conmigo esta frasca y espero que haya bastante como para reanimar a las mujeres de la partida; y espero, sobre todo, que reanime a esa mujer a la que usted robó sus mantas.

»Y tras soltarle eso se dio la vuelta sin prestarle mayor atención, alejándose de aquel maldito egoísta.

»La joven seguía recostada contra la piedra en donde la había visto antes mi padre; era de los pocos que no habían corrido hasta el oso abatido; próxima a la muerte, ni se había percatado de aquella agitación, de aquel tumulto, de aquellas ansias por comer aunque fuese carne cruda. Mi padre se acercó a ella, le sujetó la cabeza, acercó el gollete de la frasca a su boca y la forzó a beber, o la ayudó a beber, un poco de aquello tan reparador que llevaba; la muchacha abrió los ojos lánguidos y le sonrió agradecida, tras sorber un poco. Seguro que nadie sonrió jamás de manera tan dulce, tan conmovedora; seguro que jamás hubo unos ojos de un violeta tan luminoso y que fueran el reflejo de un alma pura, recatada y elocuente… Hablo con conocimiento de causa, pues lo hago acerca de los primeros ojos que vi cuando estaba en la cuna… Mi padre atendió a la que después sería su mujer, luego hizo lo mismo con las otras mujeres, y repartió lo que le quedaba en su frasca entre los hombres que más lo necesitaban.

»—¿No le queda ni un poco para mí? —le preguntó aquel hombre de barbas blancas.

»—Ni una gota —le contestó mi padre—; si quiere algo, rásquese el bolsillo.

»—Me juzga usted mal —le dijo el hombre—; me toma por uno de esos egoístas que no ven la vida sino según sus conveniencias. Déjeme decirle que si toda la gente de esta caravana muriese, el mundo se vería libre de su peso, nada más… No son más que insectos con apariencia humana; pululan como moscas de mayo en los suburbios de Europa, de donde yo mismo los saqué para librarles de la degradación moral y de la miseria, de las zahúrdas donde vivían y de las malditas tabernas en las que se emborrachaban… Y usted se permite comparar sus vidas con la mía…

»—Así que es usted un misionero mormón, ¿eh? —le dijo mi padre.

»—Un misionero mormón, si usted quiere llamarme así —dijo aquel hombre sonriendo con sarcasmo—. No doy mayor importancia a los títulos… Si sólo fuera por eso habría muerto ya sin emitir un lamento. Pero soy un médico que indaga para desvelar los mayores secretos y arrojar luz sobre el futuro del hombre. En eso me ocupaba cuando perdimos la caravana guía y vinimos a parar, intentando encontrar un atajo, a este maldito lugar; imagine cuán maldito es este lugar, que en sólo cinco días, mi barba, que era negra como el ébano, se ha tornado como la plata.

»—O sea que es usted médico —musitó mi padre mirándole a la cara con gesto de reproche—. Su juramento le obliga a prestar atención al enfermo…

»—Caballero —dijo el mormón—, me llamo Grierson; recuerde mi nombre pues oirá hablar de mí; quizás entonces comprenda que mis obligaciones no lo son sino con la humanidad en su conjunto, no con pobres diablos como los que van en esta caravana.

»Mi padre dio unos pasos en dirección al resto de la partida; aquellas gentes, a base de carne cruda, habían revivido lo suficiente como para poder escuchar lo que les decía, así que les aseguró que partiría en busca de la ayuda de sus compañeros.

»—Si en alguna ocasión vuelven a encontrarse en un estado de tan extrema necesidad —añadió mi padre—, miren en derredor suyo y verán que la tierra les ofrece lo que necesitan para sobrevivir. Aquí, por ejemplo, entre los accidentes del terreno, en este mismo barranco, crece ese musgo amarillo… Créanme, sabe bien y es un alimento excelente.

»—¡Vaya! —exclamó el doctor Grierson—. Así que también sabe usted de botánica.

»—Sí, pero no soy el único —replicó mi padre en voz baja—; veo que alguien ha hecho acopio de ese musgo… ¿Verdad que sí? ¿No se ha provisto usted de musgo a escondidas?

»Los compañeros de mi padre, a los que encontró cuando regresó junto a la hoguera que habían hecho para que les guiara, habían conseguido buena caza. No le resultó difícil, por ello, que aceptaran ayudar a los mormones de la caravana, y al día siguiente las dos partidas, juntas, salieron en dirección a Utah. La distancia que debían cumplir no era exagerada, pero lo pedregoso del terreno, lo accidentado de aquellos caminos y la dificultad para conseguir comida, hizo que el tiempo en recorrer aquellos secarrales se les hiciera eterno en las tres semanas que duró la marcha, tiempo en el que mi padre pudo conocer y amar a aquella muchacha a la que había socorrido. Diré que ella, mi madre, se llamaba Lucy. No puedo decirle su apellido, pues a buen

seguro conocerá usted, al menos de oídas, a su familia. Por una serie de desgracias y calamidades, que no viene ahora a cuento referir, aquella flor espléndida y adorable, aquel ser de educación exquisita y de gustos más que delicados y nobles había ido a dar en tan horrenda caravana de mormones; digamos sólo que al menos, y en tan espantosas circunstancias, encontró un ser de corazón tan bondadoso como el suyo.

»El ardoroso sentir que unió a mi padre y a mi madre fue, sin duda, consecuencia de las desgracias en mitad de las cuales se conocieron; fue un amor para el que no hubo límites, ni humanos ni divinos; por ella mi padre renunció a sus expectativas y abjuró de su fe; no había transcurrido la primera de aquellas tres semanas de viaje cuando mi padre se despidió de sus compañeros de partida, abrazó la fe del mormón y recibió de mi madre la promesa de su mano en cuanto llegaran a Salt Lake.

»Se casaron, en efecto; de esa unión nacería yo, su única descendencia. Mi padre prosperó, tuvo mucho éxito en todas sus empresas y recibió siempre todo el inmenso cariño que le daba mi madre, la única esposa que tomó… Quizás le parezca extraño oírlo, pero puedo asegurarle que no creo que haya tantos hogares felices en el mundo, como aquel en el que vi la luz de mis primeros días y en el que crecí en paz. Teníamos salud, fortuna, una vida plena, pero, a despecho de todo eso, o acaso por eso mismo, muchos eran los mormones que, creyéndose los más píos y virtuosos, se apartaban de nosotros como si fuéramos herejes; decían que no observábamos los preceptos de su fe. El propio Young[4], ese tirano tan grande, observaba con recelo la fortuna de mi padre, aunque de eso, claro está, yo en aquel tiempo no me daba cuenta, pues vivía la religión de los mormones con absoluta e infantil fe. Algunos de nuestros amigos tenían varias esposas, pues tal es la costumbre entre los mormones. ¿Por qué iba a sorprenderme, entonces, de algo como eso, más de lo que podía sorprenderme el hecho mismo del matrimonio? De vez en cuando desaparecía alguno de nuestros prósperos amigos, su familia se rompía y se iba de la comunidad, sus esposas y casas pasaban a manos de los notables de la iglesia, y su recuerdo quedaba reducido a una mención en voz baja y a un movimiento en forma de triste negación con la cabeza. Como yo era pequeña, los mayores no reparaban en mi presencia y en ocasiones hablaban de aquello reunidos ante la chimenea a la caída de la tarde. Lo hacían, sin embargo, en voz baja, mirando a un lado y al otro, como si temieran ser observados; así sabía yo que uno de aquellos hombres tan ricos, un hombre tan honorable, saludable y en la flor de la vida, uno de aquellos que poco antes me habían tenido sentada en sus rodillas, quizás la semana

pasada, se había esfumado en una mala hora, había sido arrancado de su familia; que había desaparecido, en fin, como desaparece nuestra imagen del espejo al movemos. Y sin dejar la menor huella. Era terrible, naturalmente, pero no más que esa ley universal que es la muerte. Si la charla de los mayores conseguía espantarles el miedo e iban más allá, oía hablar entonces, bien que entre silencios angustiados, sobreentendidos y gestos de asentimiento con la cabeza, acerca de los Angeles de la Destrucción. Pero ¿cómo podía una niña comprender aquel misterio? Oí en lo sucesivo hablar del Ángel de la Destrucción como cualquier niña inglesa, más feliz y segura, oye hablar en su casa de un obispo o del deán del pueblo, pero bien que con un cierto temor, sin que se me despertara el deseo de que alguien me explicara de qué hablaban.

»La vida, en cualquier lugar, tanto en la sociedad como en plena naturaleza, se funda sobre principios terribles; se me abrían caminos aparentemente seguros, tenía un jardín con flores que brotaban en pleno desierto, vivía rodeada de gente piadosa que llenaba la iglesia… Tenía, además, toda la ternura y el amor de mis padres, que no hacían más que rodearme de cosas, de bienes que me hacían gozar de la existencia… ¿Por qué, entonces, iba a preocuparme de ver más allá de la superficie apacible de las cosas? ¿Para qué indagar en el misterio?

»Primero vivimos en la ciudad, aunque no pasó mucho tiempo antes de que nos mudáramos a una hermosa casa en un valle inmensamente verde y feraz en el que por doquier se escuchaba la melodía del agua, y eso que lo rodeaba un desierto en el que no había más que piedras. La ciudad quedaba ahora a treinta millas; había un camino que unía la ciudad con la puerta de nuestra propia casa; el resto, caminos abruptos, intransitables en el invierno; vivíamos en un aislamiento inconcebible para un europeo.

«Nuestro único vecino era el doctor Grierson, quien, para mis ojos de niña, y después de los mandatarios con barba y con el cabello grasiento de la ciudad, aquellos hombres que tenían encerradas a sus mujeres en sus harenes, a pesar de sus maneras afables, me daba miedo; sobre todo su mirada; y el hecho de que viviera solo y dedicado a algo que yo entonces no acertaba a comprender del todo. Su casa estaba a una milla o dos de la nuestra, pero en un lugar muy distinto, construida en la falda de una montaña para mejor dominar desde allí los caminos, al pie de un barranco. La naturaleza, podríamos decirlo así, parecía haber imitado el ingenio humano, pues para acceder a la casa había que superar una fuerte pendiente, como la de los accesos a los castillos antiguos; en la parte trasera, los cortes de la montaña

semejaban las murallas de una ciudadela. Ni siquiera la primavera ponía una nota de vida y color en aquella desolación, pues las ventanas de la casa no ofrecían más vista que la de una llanura blanca, no de nieve sino alcalina, detrás de la cual se avistaban los fríos pedruscos de las sierras del norte. Dos o tres veces, por lo que recuerdo, pasé ante aquella casa tan tétrica, siempre con las ventanas cerradas, sin humo en la chimenea, como vacía… Una vez dije a mis padres que cualquier día alguien iría a robar allí…

»—No, aquí no vendrá a robar nadie —me contestó mi padre y noté una extraña convicción, por su tono de voz, en lo que decía.

»Poco antes del golpe del destino que marcó para siempre mi vida, vería al fin aquella casa bajo una luz nueva. Cayó enfermo mi padre; como mi madre no se despegaba de la cabecera de la cama en la que yacía, tuve que ir, acompañada por el cochero, eso sí, a una caseta de postas, a veinte millas de distancia, en la que recibíamos las cartas y los paquetes. Nuestro caballo perdió una herradura, de regreso, y nos cayó la noche cuando estábamos a mitad de camino de nuestra casa; serían ya las tres de la madrugada cuando el cochero y yo, en nuestra carreta, pasábamos ante la casa del doctor. La luna brillaba; los picos de las montañas y las pendientes recibían esa luz, pero en lo alto de la falda de la montaña en la que estaba, aquella casa lucía iluminada a través de todas las ventanas como si allí se celebrara una recepción. La chimenea del lado oeste de la casa expulsaba una larga y espesa columna de humo inalterable, tan voluminosa que se extendía a lo largo de varias millas, favorecida por la ausencia de viento, reflejándose a lo lejos, sobre la tierra alcalina que había detrás de la casa. Según nos aproximábamos a la casa oíamos a intervalos una suerte de extraña agitación, de voces que se alzaban y se extinguían una vez y otra, como si palpitaran o jadeasen, dividiendo el silencio de la noche. Primero tuve la sensación de que escuchaba los latidos de un gran corazón; después se llenó mi cabeza con unas imaginaciones que me sugerían la presencia de un gigante enterrado en las sierras, un gigante que a pesar de eso seguía respirando tan pesada como dificultosamente. Ya había oído hablar del ferrocarril, aunque hasta entonces no lo había visto, e iba a preguntar al cochero si se trataría de eso, pero observé su palidez, sus ojos aterrorizados; la luz de la luna daba a su cara un tono aún más sombrío que el que se debía a su pánico; nada le pregunté… Pasamos al fin ante la casa, o bajo la casa del doctor, cuando de golpe, según comenzábamos a dejarla atrás, se dejó sentir una explosión terrible, súbita, sin un rumor previo que la hiciera temer; unas enormes lenguas de fuego de color naranja salieron por la chimenea y luego cayeron diseminadas en fragmentos innumerables por

doquier, mientras las ventanas de la casa se encendían en un rojo fuerte, propio de los rubíes, para al instante tornarse negras de oscuridad. El cochero, por instinto, tiró de las riendas del caballo para que se frenara; aún resonaban los ecos de la explosión en las montañas, cuando oímos gritos que salían de la casa —no sé aún si de hombre o de mujer— mientras la puerta se abría para que saliera una figura humana vestida de blanco, que bajo el influjo de la luna se puso a bailar, a patalear, a revolcarse por el suelo, todo eso ante la casa, como presa de un dolor agónico. No pude aguantarme el miedo y comencé a gritar, por lo que el cochero azuzó al caballo y nos dirigimos a nuestra casa tan veloces como nos era posible hacerlo, como si viéramos realmente en peligro nuestras vidas, aun con el riesgo que nos suponía ir así por aquellos caminos difíciles y sembrados de pedruscos; sólo refrenó al caballo nuestro cochero cuando avistamos el rancho de mi padre y el bosquecillo próximo, y el jardín de la casa, que parecían dormir tranquilamente bajo la luz de la luna.

»Aquella fue la única aventura digna de mención que tuve en mi vida, hasta que cumplí los diecisiete años. A esa edad seguía siendo como una niña, inocente y feliz, ajena a los avatares del mundo. Cuidaba del jardín o corría por los alrededores, llegando hasta las colinas, despreocupada; nada sabía de lo que es ser coqueta, en nada me ocupaba de las cosas materiales de este mundo; si me miraba en un espejo o en un límpido manantial, no veía en mí misma más que las facciones de mis padres.

»Pero llegó el momento en que también me sobrecogieran los temores y las angustias en que se debatían los otros, eso que habría de poner fin, abruptamente, a mi juventud despreocupada. Fue una tarde de bochorno, calurosa y nublada; estaba en un diván, tumbada junto a una de las ventanas de nuestra casa que daba a la balconada donde mi madre se entretenía haciendo uno de sus bordados, cuando llegó mi padre, subió tras cruzar el jardín y le dijo algo que me dejó atónita, sin capacidad de reacción, sin saber qué pensar; fue algo que escuché con absoluta nitidez.

»—Ya pasó lo que tenía que ocurrir —dijo mi padre.

»Hizo una pausa, en la que sentí que mi madre se revolvía, nerviosa, en su mecedora.

»—Sí —continuó mi padre—; he recibido hoy una lista de todo lo que poseo; de todo, como te digo… Lo que he prestado a hombres que nada han dicho de esto, pues tienen los labios sellados por el miedo, y de lo que he enterrado con mis propias manos en las más lejanas montañas, donde no hay ni un pájaro… ¿Es que el aire se lleva nuestros secretos? ¿Es que las colinas y los montes son de cristal? ¿Acaso las piedras que pisamos preservan las

huellas de nuestros pies para traicionarnos? ¡Oh, Lucy, Lucy! ¡Por qué habremos venido a parar a este país!

»—Pero —comenzó a decir mi madre— nada de eso es nuevo, no hay que temer… Te acusan de ocultar lo que sea… Bueno, pues pagas más tasas en lo sucesivo y ya está… Claro que asusta pensar en que te puedan vigilar cuando les venga en gana, que estén al tanto de lo que haces, incluso de lo más privado… Pero no es nada nuevo… ¿Acaso no ocurre desde hace tiempo? ¿Es que no desconfiamos hasta de la hierba que crece en el jardín?

»—Y de nuestra sombra —dijo mi padre, desesperado—. Pero es que, mira, aquí tengo la lista…

»Pude oír cómo pasaba mi madre aquellas hojas, en silencio.

»—Ya veo —dijo al fin y comenzó a leer—: «Lo que la iglesia espera de un creyente es que se muestre piadoso y generoso, cuando la Providencia le ha concedido tantos bienes terrenales». ¿Esto es lo que te da miedo, verdad?

»—Sí, esas palabras son las que me aterrorizan —asintió mi padre—. Lucy, ¿recuerdas a Priestley? Dos días antes de que desapareciera me hizo acompañarle a una colina desierta desde la que podíamos ver todo en derredor a lo largo de más de diez millas, no hay un lugar en esta tierra donde uno se pueda sentir más libre, más a salvo de los espías. Aquel pobre hombre estaba aterrorizado; había recibido una lista como la que me han enviado a mí y me mostró la carta que había escrito en respuesta, para preguntarme qué me parecía… Renunciaba a una tercera parte de cuanto poseía, Lucy… Le sugerí que, si tenía aprecio por su vida, aumentara su oferta; antes de que nos despidiéramos decidió ofrecerles la mitad de lo que era suyo. Bien, pues dos días después desapareció, se esfumó a plena luz del día, en la calle principal de la ciudad… Desapareció para siempre, Lucy. ¡Dios mío! —clamó mi padre —, ¿de qué malas artes se valdrán para hacer que se esfume un cuerpo humano? ¿Cómo es posible que no dejen ni una huella? ¿Cómo es posible que este cuerpo fuerte, estos brazos robustos, este esqueleto capaz de yacer en una tumba durante siglos, puedan esfumarse en un segundo? Ese enigma me desespera más que la propia idea de la muerte…

»—¿No tienes ninguna esperanza en Grierson? —le preguntó mi madre.

»—Desecha esa idea —dijo mi padre—; ya sabe lo que puedo enseñarle y no moverá un dedo para salvarme. Su poder, además, cada vez es menor; no sé por qué me parece que corre tanto peligro como yo mismo; vive apartado; no se preocupa de sus mujeres, a las que deja al alcance de cualquiera; dicen de él que es poco menos que un hereje… Seguro que, salvo que compre su

seguridad a un precio más que alto… Pero, no, no lo creo capaz; sabes que no siento por él el menor aprecio, pero no quiero creerlo…

»—¿Creer qué? —le preguntó mi madre, mas de inmediato cambió de conversación para decir—: Bueno, qué más da, Abimelech; sólo nos queda una salida, huir.

»—Sería en vano —dijo mi padre—. Serías una víctima de mi desgracia. No tenemos escapatoria, no podemos dejar atrás esta tierra; somos tan presos de ella como los hombres lo son de su existencia; la única salida es la que conduce a la tumba.

»—Pues quizás debamos morir —dijo mi madre—; aunque, al menos, hagámoslo juntos. No permitas que Asenath[0] y yo te sobrevivamos. Piensa en el terrible destino que nos esperaría.

»Mi padre fue incapaz de resistirse a tan dulce violencia; pensé que no tenía ya esperanzas, a pesar de lo cual decidió abandonar sus propiedades llevando consigo no más que unos cientos de dólares para huir al amparo de la oscuridad de aquella misma noche, que fue muy oscura y nubosa. Apenas se hubieron dormido los criados, mi padre, dijo, cargaría con provisiones dos mulas, a otras dos nos subiríamos mi madre y yo, y así partiríamos a través de las sierras, por caminos muy ocultos, en la esperanza de alcanzar la necesaria vida en libertad.

»Una vez mis padres lo hubieran decidido así, me asomé a la ventana que daba a la terraza y les dije que les había escuchado, no sin añadir que podían contar tanto con mi discreción como con mi amor, pues por nada quería ser indigna de la que fue mi cuna. Sabía que la existencia me ponía ante el brete de conducirme por mí misma, de tomar al fin una decisión inapelable, y no sentí miedo. Cuando mi padre se abrazó a mí, entre lágrimas y agradeciendo al cielo el valor de su pequeña, intuí que los peligros de aquella huida eran más que ciertos; pero lo supe con la serenidad orgullosa y alegre con que van los soldados a la guerra, lo que me servía para espantar aquella sensación de peligro que me embargaba.

»Antes de la medianoche, amparados por un cielo negro sin estrellas, dejamos a nuestras espaldas las plantaciones del valle adentrándonos por un camino sembrado de pedruscos, en dirección a las alturas de las sierras a través de un cañón entre las montañas en el que tronaban las aguas de un torrente caudaloso. Cascada tras cascada, retumbaba el agua en su caída como un trueno al que ponía ecos el cañón; el agua de las cascadas colgaba a la noche una suerte de banderas blancas mientras el viento nos llevaba hasta el rostro el agua fría. íbamos por un sendero más que tortuoso, que se

interrumpía de continuo como si quisiera avisarnos del desierto al que nos dirigíamos; la verdad es que se hacía difícil pensar que aquello fuese una ruta; más bien tenías la impresión de que por allí jamás había transitado hombre alguno.

«Juzgue usted cuán grande sería nuestra angustia cuando tras una difícil revuelta del camino vimos una hoguera, junto a una gran peña, y que en lo alto de la peña se veía malamente dibujado con un tizón el gran Ojo Abierto, el símbolo de la fe de los mormones. Nos miramos asustados a la luz de la hoguera; mi madre comenzó a llorar desesperada, pero sin decir una palabra. Hicimos recular a nuestras mulas para volver de inmediato por donde habíamos venido, para alejarnos del gran Ojo Abierto que vigilaba el paso por el cañón. Un poco antes de que rompiera el nuevo día estábamos de regreso en nuestra casa, condenados sin remedio a nuestra triste suerte.

»Nunca supe cuál fue la respuesta que dio mi padre a los requerimientos que se le hacían, mas sí sé que poco antes de la puesta del sol de aquel día, un hombre de luengas barbas, como un patriarca, llegó andando lentamente hasta nuestra casa, polvorientas sus ropas modestas, de alas muy anchas el sombrero de paja con que se cubría. Me tranquilizó tomarlo por un honesto y simple granjero, que era lo que aparentaba, y más o menos eso era: un mormón piadoso y apacible, un hombre atemorizado que desempeñaba la misión encomendada con bastante enojo y desagrado. Ni él, ni nadie en Utah, cabe decirlo así, se hubiera atrevido a desobedecer.

Tímido, aquel hombre se presentó como Mr. Aspinwall e invitado por mis infortunados padres entró en el salón de nuestra casa. Eso sí, pidió sin ninguna consideración que mi madre y yo nos fuéramos, pues quería hablar en privado con mi padre; en cuanto estuvieron solos le extendió una hoja en blanco firmada por el presidente Young y puso a mi padre en el brete de elegir entre dos cosas harto difíciles: una, irse de misionero mormón a predicar entre las tribus costeras del Mar Blanco; la otra, pasar a engrosar al día siguiente, sin más dilaciones, las huestes de una partida de Angeles de la Destrucción, encargada de asesinar a unos sesenta inmigrantes alemanes.

»De la segunda opción, por supuesto, mi padre no quiso ni oír hablar más, aun sabiendo que la primera no era otra cosa que una añagaza; bien sabía que, de aceptar, jamás le sería permitido regresar junto a nosotras, al lado de su esposa y de su hija, por muchos adeptos que ganara para la fe tiránica que así le sometía a su poder. Rehusó hacer cualquiera de las dos cosas. Después nos dijo que Mr. Aspinwall, al oírle, no había podido evitar emocionarse por su valor, de manera a medias religiosa y a medias humana, pues de una parte le

cautivaba el espíritu puro de mi padre y de otra temía seriamente por nuestro destino. Le invitó a meditar mejor la respuesta, sin embargo, pero al ver que mi padre había tomado una decisión irrevocable le comunicó lo siguiente:

»—Entonces no tendrá más remedio que venir conmigo —dijo aquel hombre, dándole de tiempo hasta que saliera la luna para despedirse de nosotras y recoger algunas de sus cosas.

»Aún me estremezco al recordar las horas que siguieron; pasaron muy rápido; en cuanto comenzó a lucir la luna en el cielo, sobre las sierras orientales, mi padre y Mr. Aspinwall partieron. Mi madre, de cuya presencia de ánimo no puedo sino decir que me pareció heroica, corrió entonces a su alcoba, que en lo sucesivo sentiría terriblemente vacía. Yo me quedé a solas en la casa oscura, yendo de un lado a otro sin saber qué hacer, intranquila; al cabo, presa de una espantosa desazón, ensillé mi caballo indio decidida a cabalgar por las colinas próximas para ver al menos de lejos a mi padre mientras se alejaba. Suponía que los vería en breve pues habían partido despacio y era muy de noche, lo que añadía más dificultad al tránsito por aquel camino. Mas en cuanto llegué a la altura en la que creía que los vería, nadie había en el camino. La luna lucía entonces tan hermosa que parecía de día, mas bajo aquel impresionante cielo de la noche, sin embargo, no se veía un árbol, ni unos matojos, ni una plantación de las que sabía próximas, nada que sugiriese la presencia de humanos, a excepción de la casa del doctor, que aún no podía ver desde donde estaba, por ocultármela una sucesión de picos y cumbres, pero que sentía ya pues el viento traía además, desde donde se alzaba, una nube de humo negro y espeso. No hubiera podido suponer entonces cuál era el alimento de las llamas que producían aquel humo que tan lentamente se deshacía en el aire seco de la noche, ni cuál era el horno del que brotaba con extrema lentitud… Sólo sabía que aquel humo salía de la chimenea de la casa del doctor… Y supe que mi padre acababa de desaparecer; al margen de cualquier razonamiento, mi mente estableció la relación que se daba entre la desaparición de mi padre, el protector de mis días, y la morosa ascensión del humo negro que se perdía en las montañas.

Pasaron los días mientras mi madre y yo aguardamos en vano noticias de mi padre; transcurrió una semana entera, y otra más, y yo nada supe de mi padre y ella nada supo de su esposo. Como se disipa el humo o como se pierde la imagen del espejo, aquel hombre vigoroso y entusiasta desapareció de mi vida en los diez o veinte minutos que transcurrieron hasta que decidí ensillar mi caballo. Nuestras pocas esperanzas se desvanecían con el paso de las horas; la peor de las suertes había caído sobre mi padre; la peor de las

desgracias se cernía sobre su familia. Desamparadas, pero sin demostrar que menguaban nuestras fuerzas, la viuda y la hija seguimos en calma, como si esperásemos, aun sabiendo que a mi padre le había sucedido lo peor… Aún me pregunto cómo fuimos capaces de mantener tamaña entereza… Al amanecer el último día de la tercera semana desde que desapareció mi padre, vimos al levantarnos que estábamos solas en la casa y en el rancho; la deserción de nuestros criados, a los que sabíamos nobles y fieles, nos hizo temer lo peor, ser aún más conscientes de nuestra desgracia, pues parecía claro que habían sido amenazados, obligándoles a huir.

»Fue transcurriendo el día sin acontecimientos dignos de mención. A la caída de la tarde, sin embargo, las pisadas de un caballo llamaron nuestra atención, haciendo que saliéramos a la balconada para ver quién llegaba a nuestra casa.

»El doctor, montado en un caballo indio, entraba entonces en el jardín de nuestra casa; se bajó de su montura y nos saludó. Parecía más cargado de hombros que nunca antes; su cabello daba la sensación de haber encanecido aún más, de tan plateado. Grave, aunque pausado, incluso amable, comenzó a hablar.

»—Madam —dijo a mi madre—, he venido para comunicarle algo en verdad muy grave; no obstante, deberá reconocer que nuestro presidente es hombre en verdad muy bondadoso, pues le envía como embajador a su único vecino, al único amigo que tenía su esposo en Utah.

»—Señor —le dijo mi madre antes de que siguiera—, tengo una sola preocupación, un pensamiento… Sabrá a qué me refiero… Limítese a decirme lo que sepa de mi esposo…

»—Madam —repitió el doctor, tomando asiento en una de las sillas de la balconada—, si usted fuera una muchacha ingenua me resultaría más difícil aún cumplir la misión que se me ha encomendado, pero la sé de gran inteligencia y de fortaleza no menor… Han pasado tres semanas para que se haga idea de lo sucedido, tres semanas que le han sido concedidas por mi intersección; creo que en este tiempo habrá sacado usted conclusiones y habrá sabido, también, aceptar lo inevitable. Todo cuanto yo pueda decirle me parece superfluo.

»Pálida como la muerte, mi madre parecía estremecerse como los juncos; le di la mano, que ella me aferró, metiéndola entre las faltriqueras de su vestido; tan fuerte y convulsa me la apretaba que estuve a punto de gritar.

»—Me parece, señor —acertó a decir al fin—, que me habla usted por hablar… ¿De qué me sirven su presencia y sus palabras si ha ocurrido lo más

terrible? ¿Qué otra cosa puedo hacer, sino morir? •

»—Vamos, vamos —dijo el doctor—, no se derrumbe… Le sugiero que se olvide ya de su esposo y piense en su futuro y en el de esta muchacha…

»—¿Usted me sugiere eso? —le replicó mi madre—. ¡Pero si usted sabe perfectamente qué le ha pasado a mi marido!

»—Sí, es verdad —reconoció el doctor.

»—Lo sabe, ¿no? —dijo la pobre mujer, desazonada—. Entonces es usted quien lo ha matado… Si le arrancara su máscara seguro que vería su auténtica faz; es usted quien llena de pesadillas las horas del pobre que teme y huye; es usted quien interrumpe los sueños de los hombres… ¡Es usted el Ángel de la Destrucción!

»—Sí, señora, ¿y qué más da? —dijo el doctor con calma—. ¿Es que mi destino y el suyo no son idénticos? ¿Es que acaso tenemos escapatoria en esta auténtica prisión que es Utah? ¿No trató usted misma de huir de ese gran Ojo Abierto que vigila el paso por el cañón y tuvo que regresar a su cárcel? ¿Quién podría escapar de la mirada terrible de ese Ojo que jamás duerme? Yo no puedo, se lo aseguro… Cumplo órdenes infames, lo acepto; la última que me he visto obligado a cumplir ha sido precisamente la más horrible… Pero ¿cree que de haberme negado a ejecutar la orden recibida hubiera cambiado la suerte de su esposo? Usted sabe muy bien que no… Usted sabe que hubiera perdido la vida, como él… Al menos, se lo aseguro, pude aliviar sus últimos instantes; al menos puedo interponerme ahora entre su familia y la mano de Brigham Young, para protegerlas a usted y a su hija.

»—¡Ah! —grité yo entonces—. ¿Cree que puede comprar vidas y voluntades ajenas haciendo esas graciosas concesiones?

»—Señorita —me dijo el doctor—, le diré que sí puedo y que ya lo he hecho… Y añado que vive usted gracias a ese proceder mío, sin duda infamante… Es usted muy valiente, lo reconozco, Asenath. Pero me parece que estamos perdiendo el tiempo. Cuanto tenía Mr. Fonblanque, supongo que lo sabrán, pasará a pertenecer a nuestra iglesia, aunque hay una parte de esa fortuna que se reservará a quien despose a su viuda o a su hija… Creo que debo decirlo sin más dilaciones: yo soy ese hombre…

»Tan ominosa proposición no pudo sino hacer que mi madre y yo dejáramos escapar un grito de pánico, arrojándonos la una en los brazos de la otra como almas en pena.

»—Justo lo que esperaba —dijo el doctor, siempre cuidando el tono de su voz—. ¿Desprecian ustedes este arreglo que les he expuesto? No esperarán que trate de convencerlas de la conveniencia de aceptar… Saben muy bien

que jamás he compartido la concepción de los mormones sobre las mujeres… Absorto en mis estudios e investigaciones, la verdad es que de común no me ocupo mucho de esas arpías a las que dicen mis esposas; me da igual si se tiran de los pelos o si se matan entre sí… Nada reciben de mí, salvo cuanto necesitan para su manutención; no puedo decir que es el tipo de unión matrimonial que acaso hubiera deseado, de haber dispuesto de tiempo para plantearme estos asuntos… No, querida amiga —aquí hizo un esfuerzo el doctor para mostrarse galante y reverencial con mi madre—; no tema usted que las moleste… Observo en usted, Madam, un espíritu propio de los romanos… Pero, sí, me veo obligado a pedirle a usted y a su hija que me acompañen; no hago más que cumplir lo que se me ha encomendado, le aseguro que no es por mi propio gusto; confío en que, en última instancia, podamos llegar a un acuerdo.

»Diciendo esto, nos urgió para que nos vistiésemos y fue hasta nuestros establos con un candil (comenzaba a caer la noche) para preparar nuestros caballos.

»—¿Qué significa esto? ¿Qué nos va a pasar? —le grité.

—No, no digas eso —me recomendó mi madre, aunque también temerosa, en un susurro—. De momento no podemos dudar de él; creo haber observado, a través de sus palabras, una cierta promesa trágica… Sólo te pido, Asenath, que si muero no te olvides de tus desgraciados padres.

»Rogué a mi madre que me dijera el porqué de aquellas palabras, pero ella hablaba de otra cosa, seguía encareciéndome la amistad del doctor.

»—¡El doctor! —dije—. ¿Quieres que acepte las zalamerías del hombre que asesinó a mi padre?

»—No —me respondió mi madre—, pero debemos ser justas con él; estoy convencida, y lo digo elevando mis ojos al cielo, de que este hombre nos ofrece su amistad sinceramente. Sólo él, Asenath, puede protegerte en esta tierra mortal.

»Regresó el doctor con los caballos prestos para partir; salimos al poco y me pidió que encabezara la marcha, pues quería hablar en privado con Mrs. Fonblanque, según dijo. Iban, tras de mí, muy despacio; me dio la impresión de que, si bien en voz muy baja, conversaban alegremente; poco después, a la luz de la luna, los vi mirarse con pasión. Muy juntas sus monturas, mi madre había tomado del brazo al doctor, que parecía más expresivo de lo que era norma en él; tanto para afirmar como para negar, gesticulaba grandilocuentemente y se reía.

«Cuando llegábamos a la ladera de la montaña desde la que ya se veía su casa en el talud, el doctor hizo trotar a su caballo para acercarse hasta mí.

»—Bien, ya hemos llegado, desmontemos —me dijo—. Tu madre prefiere estar sola, así que dirijámonos a mi casa.

»—¿La volveré a ver? —pregunté.

»—Le doy mi palabra —me dijo, ayudándome a desmontar—. Dejemos aquí los caballos —añadió—; no hay peligro de que se los lleven, no hay cuatreros entre tanta piedra.

»El camino ascendía gradualmente pero no se perdía de vista su casa, en la que, como de costumbre, se veía luz en las ventanas; la chimenea, también como de costumbre, lanzaba un humo espeso con increíble lentitud más de manera incesante. Todo estaba en paz, nada alteraba el silencio; salvo mi madre, que nos seguía a cierta distancia, era evidente que en aquel lugar no había otro ser humano. En eso pensaba cuando miré a la cara al doctor, que iba a mi lado de nuevo cargado de hombros, con rostro sombrío; miré también a la casa y me pareció una fábrica en plena actividad; así que, sin poder reprimir la curiosidad, rompí aquel silencio.

»—¡Por todos los cielos! —grité—. ¿A qué se dedica usted en medio de este desierto inclemente e inhumano?

»El doctor me sonrió de una manera muy especial y dijo evasivamente:

»—Creo que no es la primera vez que pasas por aquí y ves encendidos los hornos de mi casa… Recuerdo haberte visto por aquí hace años, de madrugada; había fracasado uno de mis experimentos y aún lamento el susto que os llevasteis tu cochero y tú…

»—¿Cómo? —recordé entonces aquella figura patética que se revolcaba ante la puerta de la casa—. ¿Era usted…?

»—Sí, era yo, pero no creas que me volví loco; es que las quemaduras me resultaban de verdad insoportables…

»Ya estábamos ante la casa; no era como las de la región, sino que había sido construida en piedra, muy sólida. También eran de pura piedra sus cimientos; y todo, a su alrededor, era piedra; ni una brizna de hierba en los muros, ni una flor que adornara las ventanas. Sobre la puerta, el Ojo de los mormones cincelado de mala manera; aquel símbolo era ya para mí algo siniestro, sobre todo después de la noche de nuestra fuga fallida, a pesar de que lo viera desde mis primeros días. Incesante, el humo salía con extrema lentitud por la chimenea, cuya bocacha parecía incandescente. Por la parte de atrás de la casa, el humo, que caía blanco, incrementaba el pálido reflejo de la luna de manera muy tétrica.

»El doctor abrió al fin la puerta de su casa pero se detuvo en el umbral.

»—Me preguntabas a qué me dedico… Bien, digamos que, fundamentalmente, a dos cosas: la vida y la muerte.

»Me invitó a entrar entonces, con una seña.

»—Prefiero esperar a mi madre —le dije.

»—Niña —me dijo—, mírame; ¿acaso no me ves viejo y cansado? ¿De los dos, quién es más fuerte, la joven o el viejo agotado?

»Di un paso adelante y me vi en una pieza, que no sé si llamar vestíbulo o cocina; había allí una lámpara con su tulipa y un fuego en un fogón, que todo lo iluminaba; también, un aparador, una mesa y unos bancos de madera, muy rudimentarios. Me invitó a que tomara asiento y me dejó sola, yéndose a través de otra puerta. No pasó mucho antes de que comenzara a sentir ruidos, hierros que se entrechocaban; experimenté entonces una sensación extraña, una especie de palpitación, lo mismo que aquella lejana noche en el valle, pero ahora más próxima, más amenazante y temible. Era como si con cada latido de la casa la estructura toda de aquella construcción se estremeciera. Volvió el doctor cuando de veras comenzaba a sentir auténtico miedo; al tiempo, se abrió la casa y entró mi madre.

»Sería incapaz de describir la paz, el encantamiento que mostraba su rostro. Era como si se hubieran esfumado sus años para tornarla de nuevo joven y bellísima; tenía un brillo extraño en los ojos y mostraba una sonrisa que me enterneció; no era una mujer sino un auténtico ángel pleno de hermosura extática. Aterrorizada por lo que había sentido poco antes, fui hacia ella para echarme en sus brazos pero me detuvo llevándose un dedo a los labios y pidiéndome silencio; tuve la sensación de que mi madre ya no era un ser de este mundo. Por el contrario, ofreció su mano al doctor, al tiempo en solicitud de ayuda y en ofrecimiento de su amistad. Era tan raro todo lo que sucedía que no pude sentirme ofendida por su rechazo.

»—Lucy —le dijo el doctor—, todo está dispuesto; ¿irás sola o nos acompañará tu hija?

»—Deja que venga Asenath —respondió mi madre—, mi querida Asenath… Hija mía, en esta hora, cuando ya me he purificado para espantar de mí el miedo y la angustia, cuando me sobrevivo y supero el dolor que me causan mis propios afectos, quiero que seas testigo de mi dicha… Sí, mi buen amigo; que ella lo presencia todo, por el bien de usted mismo más que por el mío… Acaso no será capaz de juzgarle con la bondad que usted se merece si no es testigo de todo.

»—¡Madre! —grité al borde de la desesperación—. ¡Madre! ¿De qué estás hablando?

»Pero mi madre, con una sonrisa radiante, sólo me dijo: «¡Calla, pequeña!», como si fuera una niña acatarrada, abatida por la fiebre; el doctor, por su parte, me pidió que guardara silencio, que no la molestase.

«—Acabas de elegir algo que te resultaba tentador desde hacía mucho tiempo —dijo el doctor a mi madre—. El todo o la nada, un extremo u otro, o jamás o ahora mismo, de inmediato; justo lo que ha sido para mí, desde siempre, un deseo irreprimible: la posesión de aspectos aparentemente irreconciliables, de tan distintos. Aceptar las medias tintas no hace más que consumirlo a uno en la desesperación; eso no basta para satisfacer, siquiera mínimamente, los apetitos más ambiciosos.

»Exhaló un suspiro, tras decir así, y nos hizo pasar a otra habita ción de la casa, mientras miraba a mi madre con mucha admiración y también con algo de envidia.

»Era una habitación grande. De un extremo a otro la llenaban de luz varias lámparas; eran lámparas eléctricas, cosa de la que me percaté en seguida por la variable intensidad de su luz y por el sonido inequívoco que salía de ellas. Al fondo de la habitación había una puerta entreabierta que dejaba ver un cuartucho pintado de un rojo brillante, como las compuertas de los hornos, lo que contrastaba fuertemente con la habitación grande. Había contra las paredes estanterías repletas de libros y varias vitrinas de médico; sobre unas mesas pequeñas, instrumentos propios de un laboratorio químico; la luz brillaba en lámparas de cristal; cerca de la puerta había una apertura arriba, en el techo, por la que caía una correa de transmisión que pasaba entre dos poleas colocadas en alto haciendo un ruido seco y traqueteante, metálico, como debido a un movimiento siempre a punto de cesar, mas continuo… Sobre una silla, a un rincón del cuartucho, se entremezclaban cables de diferentes grosores sujetos entre sí con alambre; aquella silla, curiosamente, tenía las patas de cristal y parecía moverse, como si retemblara.

»—¿Aquí? —preguntó mi madre señalando la silla.

»El doctor asintió sin decir palabra.

»—Asenath —me dijo mi madre—, en este momento tan triste y desgraciado de mi existencia he encontrado, sin embargo, una gran ayuda; mírale, pues esa ayuda no me viene sino del doctor Grierson; te ruego, hija mía, que no seas ingrata con nuestro benefactor.

»Tomó asiento en aquella silla y puso las manos sobre dos globos de cristal que había en los reposabrazos.

»—¿Así? —preguntó al doctor, mirándole con tanto embeleso que temí hubiera perdido el juicio.

»El doctor, sin embargo, no me quitaba los ojos de encima; dijo a mi madre que estaba bien así, mientras se dejaba caer contra la pared para apoyar su espalda. No sé qué resorte tocó, pero mi madre pareció estremecerse, si bien con cierta levedad, para quedar clavada de inmediato, con mucha pesadez pero con el rostro siempre radiante, en la silla, como si se hubiera desvanecido. Me arrodillé ante ella, temerosa de que le hubiera ocurrido algo grave, y sus manos no respondieron a la caricia, primero, ni a los apretones, después, de las mías; su rostro, con una sonrisa beatífica, cayó hacia adelante, la barbilla contra su pecho; su espíritu había salido de su cuerpo para siempre.

»No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que levanté la cara, mientras lloraba sin descanso, y observé que el doctor me miraba con atención; percibí igualmente algo extraño en sus ojos, una mezcla de conmiseración y de interés; tanto fue así que, a pesar del dolor inmenso que sentía, no pude dejar de observarle.

»—Basta ya de lamentos —me dijo—; tu madre ha muerto como una novia que acabara de casarse, con la misma ilusión y entrega; ha muerto, además, donde lo hizo su esposo. Asenath, ha llegado la hora de pensar sólo en los que vivimos; ven, pasemos a la otra habitación.

»Como en un sueño, con una gran sensación de irrealidad, me vi siguiéndole; me hizo sentar junto a la chimenea encendida y me ofreció un poco de vino; después, caminando de un lado a otro de la habitación sobre aquel suelo de piedra laminada y pulida, comenzó a hablarme.

«—Ahora, hija mía, estás sola en el mundo —me dijo—; y además te vigila especialmente Brigham Young. En otras circunstancias tu destino no sería otro que pasar a convertirte en la quincuagésima esposa de cualquier desalmado, o en una de las favoritas a los ojos de nuestro presidente, y eso con un poco de fortuna. Para una niña como tú, mejor sería morir, te lo aseguro; mejor perder la vida con la paz con que exhaló tu madre su último suspiro que hundirte día tras día en la más abyecta degradación moral y física… Ahora bien, ¿cabe la posibilidad de huir? Tu padre intentó hacerlo y ya viste qué decidieron, en venganza y castigo, hacer con él; un simple Ojo pintado en el camino fue suficiente para que no le quedase más remedio que aceptar su destino. ¿Tendrías tú más suerte que tu padre? ¿Serías más astuta que él? ¿O quizás estás tan inerme ante tus enemigos como lo estuvo él mismo?

»Seguía sus palabras con emociones cambiantes, a veces encontradas, pero creí entender al fin.

«—Ya veo lo que me espera —le respondí—; dice usted bien, no me queda otra opción sino la de morir, como mis padres. Bien, pues tal es mi voluntad y mi deseo más firme.

»—No, tú no debes morir —me dijo el doctor—, pues si es cierto que rompemos el jarrón en el que observamos una grieta no lo hacemos jamás con el que resulta perfecto. Tu madre quería para ti otro destino y yo también; veo cómo te has convertido en una mujer y no sería capaz de interrumpir ese maravilloso desarrollo que se da en ti, llena de vida. Tu madre me confió su esperanza de que te desposara —dijo cambiando el tono de su voz, que se enterneció, pero de inmediato rectificó al observar mi expresión de estupor, si no de asco—, pero no te alarmes, Asenath; es verdad que, aunque viejo, no me han abandonado aún las impetuosas exigencias de la juventud ni las fantasías que le son comunes, a pesar de haber consumido gran parte de mi vida en mis laboratorios. La edad provecta le hace a uno tímido, sin embargo, e inseguro; lo deja a uno a merced de cualquier mal, rogando que al menos le sean evitados los dolores; la juventud, por el contrario, tiene la felicidad por un derecho y agarra la fortuna por sus barbas. No me he olvidado de esos impulsos, créeme, pues los sentí acaso con más fuerza que nadie en el mundo; quizás los haya postergado, nada más, hasta que llegara el día más propicio… Pero, escúchame bien… No tienes a nadie; la única persona de fiar que te queda en este mundo soy yo, este viejo investigador que tienes ante ti, viejo en edad, efectivamente, pero joven de sentimientos. Sólo te haré una pregunta, que pido me respondas sinceramente: ¿Aún está libre tu corazón, o quizás tus ojos y tus oídos te han convertido ya en la esclava de alguien?

»No pude contestarle más que con palabras entrecortadas; mi corazón, creo que le dije, sólo sentía amor por mis padres.

»—No hables más de ellos —me dijo—; es cierto que mi destino ha querido que se me encomendaran, con más frecuencia de lo que hubiera deseado, estos servicios a la comunidad de los que ya hemos hablado; pero también es verdad que nadie más idóneo para llevarlos a cabo en Utah, de ahí ese cierto poder, esa cierta influencia de la que gozo en nuestra comunidad, una influencia que pongo a tu servicio pensando siempre en mis queridos amigos muertos, tus padres, pero haciéndolo también por el interés que tengo por ti… He decidido que viajes hasta Inglaterra, que vayas a la gran ciudad de Londres, para que allí aguardes la llegada del pretendiente que yo mismo te escoja. Será uno de mis hijos, un hombre joven tan bien parecido como lo

exija tu edad… Ya que tu corazón está libre de afectos, ofrécemelo en prenda y dame tu palabra de que aguardarás la llegada de tu prometido comportándote con la honesta delicadeza propia de una esposa.

»Estuve un buen rato sin saber qué responderle, muy confusa. Según había oído decir el doctor no tenía hijos con ninguna de sus mujeres, lo que sumaba a mi dolor y a mi desamparo una absoluta perplejidad. Pero, sí, estaba sola en el mundo, como decía él; sola en aquella tierra dura y negra. La idea de huir, aunque fuese merced a una promesa de matrimonio, me abría alguna esperanza; así que, aunque no recuerdo con qué palabras, acepté lo que me proponía.

»Pareció conmovido por mi consentimiento, mucho más de lo que hubiera sido razonable esperar de un hombre como él.

»—Ya verás —me dijo casi en un arrebato— que no te miento, juzgarás tú misma.

»Salió corriendo hacia la habitación contigua para volver casi de inmediato con un retrato hecho al óleo, no precisamente exquisito, en el que aparecía un hombre joven, vestido de manera anticuada, con ropas como de cuarenta años atrás, en el que sin embargo era fácil reconocerle a él mismo.

«—¿Qué te parece? —me preguntó—. Soy yo, de joven… Mi…, mi hijo, será así, pero con un aspecto mucho más noble y mundano, saludable como para que empalidezcan de envidia los ángeles, e inteligente, te lo aseguro, Asenath, como nadie. No encontrarías otro hombre como él aunque buscaras entre diez mil. Un hombre en el que se den la pasión propia de la juventud y el dominio de sí mismo; un hombre con la experiencia y la dignidad propias de la edad adulta, un auténtico epítome para la humanidad. ¿No crees que un hombre así dará cumplida satisfacción a todas las exigencias de una joven ambiciosa como tú? Dímelo.

»Puso el retrato ante mis ojos y observé que le temblaban las manos.

«Asentí, diciéndole que sin duda sería difícil encontrar mejor pretendiente; la verdad es que me sentía conmovida por aquella vehemencia de su emoción filial, aunque a la par me corría por las venas un ansia de rebelión casi insolente. El retrato, su hijo, él mismo, me aterrorizaban; puede que de no haberme quedado más remedio que elegir entre la muerte y el matrimonio con un mormón, hubiera optado por la muerte.

»—Muy bien —dijo el doctor—. Sabía que podía contar contigo. Ahora, come algo, que deberás partir muy pronto.

»Me ofreció un poco de carne; mientras trataba de obedecerle y masticar, salió de nuevo de la habitación para regresar al poco con unas prendas de

vestir francamente lamentables, dobladas sobre uno de sus brazos.

»—Tendrás que ponerte esto —me dijo—; te dejo sola para que te vistas tranquila.

»Aquellas ropas debían de ser las de un chico de quince años más bien rudo; me caían como un saco, me quedaban muy grandes, me colgaban por todos los lados, impedían que me moviera con libertad; sin embargo, lo que más me angustiaba era pensar en la suerte que podía haber corrido aquel a quien pertenecieron. Volvió el doctor a donde estaba apenas me hube vestido con aquello; abrió una ventana de la parte trasera de la casa y me ayudó a salir al pequeño espacio que había entre el fondo de la casa y un precipicio, para llevarme hasta una escalera metálica adosada a la pura roca.

»—Sube rápido —me dijo—; una vez hayas alcanzado la cumbre de la montaña, camina deprisa amparándote en la sombra del humo que lanza la chimenea; en cuanto llegues a un cañón que no está muy lejos de aquí verás que te espera un hombre con dos caballos; él te dirá lo que debes hacer, obedécele en todo… Pero, recuérdalo, guarda el más absoluto silencio, ve como si te deslizaras. No olvides que la estrategia que he puesto en marcha, como un mecanismo precioso, para salvarte, podría volverse contra ti si no observas las debidas precauciones. Vete ya y que el cielo te proteja.

»No me resultó difícil subir por aquella escalera. Llegué a la cumbre y vi una pendiente rocosa por la que eché andar en descenso, rodeada de montañas, bajo la luz de la luna, al amparo del humo de la chimenea. No había un solo lugar en el que pudiera esconderme en caso de necesitarlo, así que, como sabía que podía ser vista por alguno de los espías mormones que montaban guardia en los lugares más insospechados, iba muy pegada a la densa columna de humo que caía por allí, agachada, siguiendo siempre la sombra que el humo dejaba en el suelo; en algún lugar en el que el humo corría rasante con el propio suelo, casi me tumbé para reptar; así fue como aquel humo de los hornos del doctor, que a veces se levantaba con una ráfaga de viento y amenazaba con dejarme al descubierto, sin embargo me dio cobijo. Llegué al fin al cañón sin ver vista por nadie.

»En efecto, allí me esperaba una sombra taciturna, la de un hombre bastante atemorizado con un par de caballos. Caminamos en silencio toda la noche, por senderos tan ocultos como difíciles. Poco antes de que amaneciera llegamos a una gruta húmeda, al fondo de un barranco batido por el viento, donde pasamos las horas de luz diurna escondidos. Cuando de nuevo comenzó a hacerse de noche seguimos viaje con las últimas luces poniéndose por el oeste. Al día siguiente, a la mitad del día, hicimos otro alto junto a un

arroyo, escondidos entre los arbustos; el hombre que me servía de guía me dio entonces un hatillo con ropa y me dijo que tenía que cambiarme. Lo que me dio era mío; ropas tomadas de mi casa, jabón, un peine… Fui a asearme a un punto en el que las aguas del arroyo se remansaban, y me sorprendí sonriéndome en el espejo que me ofrecían al reconocerme de nuevo como siempre fui; pero entonces, de golpe parecieron retemblar las montañas, que semejaban gritar como una garganta humana y aterrada, y al momento una tormenta que sacudía la tierra en derredor mío me hizo caer de bruces y gritando de miedo. Bueno, en realidad no fue más que un tren que discurría por un tramo próximo, entre las montañas; era, en fin, lo que me procuraría la salvación, lo que me llevaría lejos de Utah como si hubiera sido dotada de las más poderosas alas.

»Ya vestida con mis ropas de siempre, mi guía me dio una pequeña maleta que llevaba en su montura, en la que según me dijo había algo de dinero y algunos documentos; luego me anunció que ya estábamos en tierras de Wyoming, y me recomendó que siguiera el curso del arroyo; así llegaría hasta la estación del tren, casi media milla más allá.

»—Aquí tiene el billete hasta Council Bluffs —me dijo—. El expreso del este pasará dentro de unas horas.

»Sin decir una palabra más tomó los dos caballos y se fue por donde habíamos venido, sin volverse siquiera para decirme adiós.

»Tres horas después me hallaba sentada en el último vagón del tren que se dirigía al este cruzando desfiladeros impresionantes y descargando tormentas atronadoras cuando se metía en los túneles de las montañas. El cambio de escenario, la sensación de haber escapado con vida de un gran peligro, aunque aún temía ser perseguida, pero muy especialmente el encantamiento que me produjo verme en un tren, que aún ni había visto de lejos hasta poco antes, me aventaron cualquier tipo de sentimiento melancólico. Apenas dos noches atrás había entrado en la casa del doctor, diciéndome que a buen seguro allí acababan mis días, o acaso para enfrentarme a un destino peor que la propia muerte, mas cuanto había sucedido, con ser cruel, resultaba al cabo mejor que mis trágicas expectativas de poco antes. Metida en aquella suerte de palacio volador pude dormir toda una noche y despertar de mañana con la sensación paradójica, por triste, de una irreparable pérdida de la vida que hasta entonces había llevado y con una gran inquietud al preguntarme por lo que sería mi existencia a partir de aquel instante. Así me encontraba, aliviada y aprensiva a un tiempo, cuando abrí la maleta que me había dado aquel hombre y al hacerlo vi oro y brillantes, además de billetes de banco, en una cantidad más

que generosa; había también un sobre en el que se contenían instrucciones muy concretas acerca de cómo llegar a Liverpool; y una carta del doctor en la que me sugería el uso de un nuevo nombre, y en la que sugería también un pasado a utilizar según mi conveniencia, una historia distinta acerca de lo que había sido mi vida; por supuesto, me llamaba a ser cuidadosa y discreta, y a esperar decentemente, tal y como se lo había prometido, la llegada de su hijo.

»Me di cuenta de inmediato, sin embargo, de que lo había preparado todo concienzudamente, incluida la muerte de mi madre. Eso acrecentó mi horror por él mismo, que sin embargo era la única persona que me ofrecía ayuda, y mi horror por su hijo, mi espanto ante la sola idea de casarme con él a la fuerza… Algo en mi pecho comenzó a rebelarse ante el horrible destino que se me abría, cada vez con más insistencia.

»Allí estaba, sentada en el tren, abatida ahora por el dolor y el desamparo, cuando una dama muy amable comenzó a hablarme. Tan encantadora me resultó que apenas sin darme cuenta me vi refiriéndole mi desgraciada historia familiar, todo cuanto tenía que ver con el doctor, con su hijo, con la carta que acababa de leer… Le dije que era de Nevada City y que me llamaba Miss Gould, así como que me dirigía a Inglaterra para visitar a uno de mis tíos… Pero la verdad es que le hablé de mi familia, le dije cuánto dinero llevaba, mi edad; todo, hasta vaciar de contenido aquellas instrucciones recibidas para que guardase silencio y fuera discreta. La dama, sin embargo, seguía haciéndome preguntas, y sin nada más que referirle me puse a inventar; poco experta que era, sin embargo, pronto caí en contradicciones; notaba ya una sombra de duda en su rostro cuando un caballero se nos acercó y se dirigió a mí con una cortesía exquisita:

»—¿Señorita Gould? —y pidiendo a la dama que nos disculpase, diciéndole que era mi tutor, me hizo salir a la plataforma del vagón—. Señorita Gould —me dijo casi al oído—, la prevengo de que no debe sentirse usted a salvo, lamento desengañarla. Si vuelve a cometer una indiscreción más, le aseguro que la pongo de regreso a Utah de inmediato, usted verá… Si esa señora vuelve a dirigirle la palabra, dígale que no le gusta nada y que menos aún le interesa lo que pueda contarle, que tiene usted la costumbre de elegir sus amistades, ¿de acuerdo?

»No puedo sino admitir que hice lo que me dijo aquel hombre; tuve, pues, que despreciar de mala manera a aquella bondadosa dama, hacia quien sentía ya una franca simpatía; pasé después el día en silencio, mirando a través de la ventanilla la sucesión de paisajes áridos, si no abiertamente desérticos, aguantándome de continuo las ganas de llorar. Así todo el viaje.

»Ya fuera en el tren, en los hoteles donde hube de parar, o a bordo del barco que me trajo a Inglaterra, jamás pude cambiar una sola palabra con cualquiera, so pena de ser de inmediato abordada por alguien que me interrumpía la conversación. Allá donde estuviera, en el lugar que fuese, siempre aparecía alguien, una persona de lo más extraña, unas veces hombres de aspecto noble, ricos; otras, mujeres humildes; surgían de improviso para anunciarse de inmediato como mis tutores ante quien fuera. Atravesé con esa compañía los Estados, así crucé el océano; siempre vigilada por el Ojo de los mormones que seguía cada uno de mis pasos; cuando al fin un coche de punto me dejó ante la pensión de mala muerte de la que me vio usted salir me sentía derrotada, entregada, perdidas todas mis esperanzas.

»La dueña de la pensión, claro está, ya tenía aviso de mi llegada.

Mi cuarto, que daba al jardín, era cómodo, con la chimenea encendida; tenía libros para leer en la mesa y ropa de sobra en el armario. Allí —y lo digo con tanta alegría como resignación— vi pasar varios meses como si volaran sobre mi cabeza. Algunas veces salía de paseo con la patrona, o íbamos de excursión, pero nunca me permitía salir sola. Al comprobar que también a ella alcanzaba la perfidia de los mormones aceptaba sus imposiciones sin rechistar. El niño que nace en una casa de mormones no tiene escapatoria posible, como no la hay para el hombre que acepta las exigencias de una sociedad secreta. Sabedora de este precepto, agradecía en parte la libertad que se me había concedido. Mientras, sin embargo, abandonada a mi suerte, trataba de prepararme para la boda.

»Se acercaba ya el día anunciado para la llegada de quien habría de ser mi esposo, que venía a Londres para visitarme, y ya me había resignado a la idea de casarme con él; el hijo del doctor Grierson, en el peor de los casos, al menos sería joven y a lo mejor incluso apuesto; no quería pensar en más; una vez dado mi consentimiento prefería entregarme a la satisfacción que me producían aquellas expectativas sobre la apariencia física de aquel con el que habría de casarme que considerar otros aspectos, tales como los intelectuales o como los morales. Tenemos un gran poder sobre nuestro espíritu; a medida que pasaba el tiempo iba haciéndose mayor mi aceptación de aquel compromiso, por la fuerza de mis propias convicciones; más aún, acabé sintiendo una gran ansiedad, impaciente porque llegase el momento de conocernos.

»No conciliaba el sueño de noche; absorta en mis ensoñaciones me pasaba las horas muertas ante el fuego del hogar, imaginando cómo sería mi futuro esposo, su rostro, su voz, el tacto de sus manos; tan monótona era mi

existencia, tan sola me sentía que sólo en eso hallaba consuelo; ahí radicaba mi única esperanza, por ahí se me abrían las ventanas que me asomaban al este. Acabaron por resultarme aprensivos otros temores, sin embargo, de tanto como había fantaseado en mi soledad. ¿Y si no me gustaba, qué pasaría? ¿Y si me demostraba no amor sino indiferencia aquel hombre al que con tales ansias esperaba? Pasaba horas y horas ante el espejo de mi cuarto, observándome, sopesando mi atractivo físico, cambiándome de vestido a cada poco, peinándome los cabellos sin descanso…

»Cuando llegó el día tan esperado fue muy largo el tiempo que pasé en mi tocador; al final, no sin una cierta resignación, en cualquier caso esperanzada, me dije que más no podía hacer conmigo misma y que acaso las cosas se produjeran de manera mucho más natural. Terminé de arreglarme para nuestro encuentro pero me sentí presa de mil alarmas, de mi propio sentir enfebrecido; oía con una atención desmesurada los ruidos que me llevaba la calle, escrutaba igualmente los silencios; cualquier cosa me sobresaltaba o hacía que enrojeciera de vergüenza, de una timidez que lindaba con el pánico, cuando creía llegado el momento. La verdad es que resulta muy duro prepararse para una entrega amorosa cuando no se tiene al ser amado, bien lo sé… Al fin oí que se detenía ante la casa un coche de punto y los pasos de quien se dirigía hasta donde me encontraba… Oí también cómo subía las escaleras; fue tan grande mi convulsión, fueron tantas las esperanza que se me agolparon de repente, de tal manera sentí palpitaciones en el pecho, que el propio concepto del amor se hubiera sentido orgulloso de mí. Pero se abrió la puerta y apareció el propio doctor Grierson. Me parece que antes de caer desmayada al suelo lancé un grito ahogado.

»Cuando me recuperé lo vi a mi lado, tomándome las pulsaciones.

»—Ya veo que te he sorprendido —me dijo—; pero digamos que un imprevisto, en realidad la imposibilidad de hacerme con cierta droga de gran pureza, me ha hecho venir a Londres sin estar debidamente presto para ello. Lamento mucho presentarme así, sin esos pobres atractivos físicos que al parecer te resultan tan caros y tan importantes, pero que para mí no son dignos de tener más en cuenta que la lluvia que cae en el mar. La juventud es un estado, ya lo sé, pero tan pasajero como el síncope que has sufrido al verme y del que acabas de despertar; un estado muy fácil de obtener, por otro lado, si es verdad que la ciencia no nos engaña… Asenath, creo que ha llegado el momento de que te tome, al menos, por mi confidente… Desde mis primeros años no me he dedicado sino a una tarea de gran ambición, hora tras hora de mi vida; creo que estoy a punto de alcanzar, al fin, el éxito buscado.

En esas nuevas tierras en las que fijé mi residencia hace tiempo y en las que tan contento estoy, fui del Ángel haciendo paciente recolección de los componentes que necesitaba, no sin endurecer mi carácter, al tiempo, a fin de que la posibilidad de un error en mi búsqueda se convirtiera sin remedio en algo más que una negra expectativa. Lo que durante muchos años no fue más que un sueño ahora se me presenta como una realidad, la pura sustancia de la realidad; cuando te ofrecí como esposo a un hijo mío no lo hice sino en sentido figurado. Ese hijo —ese esposo, Asenath— soy yo mismo; en realidad no soy un hombre joven, como puedes apreciar, pero sí he logrado restablecer en mí la energía y vitalidad propias de la juventud… ¿Crees que me he vuelto loco? Si lo haces no estarías demostrando más que la ignorancia común a las gentes… Pero prefiero no argumentar en contra de tus pensamientos; prefiero que las evidencias sean tan elocuentes como deben serlo. Ya llegará la hora en que pueda reírme a mis anchas de tu incredulidad, cuando me veas realmente joven, fuerte, vigoroso como no podrías ni imaginarte; ya me reiré, ya, cuando compruebes que soy la expresión más perfecta de los poderes que están al alcance de la humanidad, aun siendo tan desconocidos. Todo cuanto puedas imaginar, riqueza, poder, el encantamiento que produce la juventud más la sabiduría que es propia de la experiencia, todo eso podré darte; créeme, soy superior a ti en todo, salvo en un don; pero en cuanto recupere ese don no tendrás más remedio que aceptarme como tu único dueño.

»Consultó entonces su reloj y dijo que tenía que irse, no sin antes recomendarme que fuera razonable y que no me dejara llevar por mis fantasías de joven ilusa. No tuve valor, ni ganas, de moverme de mi cuarto; cayó la noche lentamente y allí seguía, en el mismo lugar en donde había caído inconsciente al verle, con mi cara entre mis manos, con mi alma hundida en las más negras aprensiones. Volvió ya tarde, entró en mi cuarto con una vela encendida; no sin cierta irritación me urgió para que me levantase de una vez por todas y saliera a cenar.

»—¿Será posible —dijo— que me hayas podido hacer creer que eras una mujer valiente? Una muchacha tan cobarde como tú no podrá ser mi esposa…

»No pude evitarlo; me arrodillé ante él rogándole entre una auténtica catarata de lágrimas que me liberase de aquel compromiso matrimonial, no sin reconocerle que, en efecto, mi cobardía era de una abyección inconmensurable y que en todos y cada uno de mis aspectos morales, en todas y cada una de mis capacidades intelectuales, yo era manifiesta e irrisoriamente inferior a él.

»—Claro que lo eres —me respondió—, te conozco mejor que tú misma; tanto sé, además, de la naturaleza humana, que en nada me extraña esta escena que haces… La has montado para ofenderme, a la vista de mi aspecto actual; pero en cuanto me veas definitivamente transformado las cosas serán distintas; verás entonces, mi querida Asenath, que no sólo tú, sino todas las mujeres que hay sobre la faz de la tierra, os convertiréis encantadas en mis más rendidas e incondicionales esclavas.

»Me obligó a levantarme y a cenar; sentado junto a mí en la mesa, se comportó educadamente, conversando como si fuera el anfitrión más elegante; ya tarde, me dio las buenas noches con mucha ceremonia y de nuevo quedé a solas en mi cuarto, con mis pesares.

»De tanto como le oí hablar de aquel elixir que le devolvería a sus años mozos, ya no sabía cuál era la hipótesis más infame de cuantas profería. Si sus esperanzas eran ciertas, susceptibles de ser hechos y no entelequias; si, más aún, merced a un abominable milagro conseguía en efecto librarse del peso de su edad, era claro que ya nada me quedaba, salvo la muerte, para ser libre; sí, prefería morir antes que ceder a un matrimonio monstruoso, contrario a las reglas de la naturaleza. Aun si aquello no era más que la ilusión de un lunático en pleno frenesí de sus excentricidades, tampoco la compasión que podría haber llegado a sentir por él era buena consejera para el matrimonio; lo rechazaba con toda mi alma; cada vez se me hacía más difícil soportarle.

»Así, debatiéndome entre las angustias y una rebeldía que me llamaba a salir de mi estado de postración, odiándole unas veces y compadeciéndole otras, pasé la noche entera; pero no sería hasta la mañana siguiente cuando comprendí que en verdad aquel hombre me había esclavizado. Se presentó ante mí descansado, apacible; mas apenas vio en mi rostro las huellas del insomnio, de mi penar de aquella noche, se le agrió el gesto.

»—Asenath —me dijo muy serio—, tienes razones de sobra para sentirte agradecida y fiel conmigo; ten en cuenta que tu vida pende del hilo que sostengo con un solo dedo de mi mano; quiero —aquí su voz se hizo más imperativa— que siempre que me veas muestres una actitud amable, una sonrisa de felicidad.

»No tendría que repetirme en adelante esa recomendación; en lo sucesivo me mostré ante él como quería, simulando contento; pero aquello no hacía sino que se permitiera confianzas que iban mucho más allá de las que deben tenerse con una simple amiga y confidente. Había montado su laboratorio en la parte de atrás de la casa y se pasaba allí días y noches; sólo de tarde en

tarde iba a verme, casi siempre en el salón; a veces tenía un aire distraído, o ensimismado, más bien, como de preocupación; otras, se me mostraba exultante, seguro del éxito inmediato de sus investigaciones. Por su aspecto, podría haberse dicho que le quedaba muy poco de vida; pero hacía planes de futuro, demostraba un entusiasmo y un vigor propios, en efecto, de la juventud; se expresaba con vehemencia a propósito de sus ambiciones, sobre la urgencia de sus placeres. No sé qué le respondía yo entonces, pero la verdad es que no me quedaba callada, siempre le decía lo que deseaba escuchar, aunque lloraba en silencio, para mis adentros, sabiéndome sin escapatoria posible.

»Hace una semana el doctor entró en mi cuarto, con los ánimos exaltados pero dando muestras de gran decaimiento físico.

»—Asenath —me dijo—, por fin he obtenido el último de los ingredientes que necesitaba; la semana próxima, pues, podré hacer la última de las pruebas, que es por cierto la más peligrosa. En una ocasión, aunque acaso no seas consciente de ello, asististe a un experimento fallido, aquel que provocó esa explosión que tan bien recuerdas; fue por culpa del elixir; no puedo por menos que reconocer que un experimento tan delicado puede resultar peligroso en medio de una gran ciudad con sus millones de almas pululando por ahí a diario, por lo que echo en falta mi desierto, mi casa tan solitaria… Pero me anima saber que he conseguido demostrar al fin que el singular equilibrio del elixir, de común muy inestable, se debe a las impurezas de sus componentes. Al fin he dado con la pureza necesaria de los mismos y no temo al fracaso. En una semana, mi adorada Asenath, habrán concluido definitivamente las pruebas, mis investigaciones —dijo sonriéndome de manera extrañamente paternal.

»Le devolví la sonrisa haciendo un gran esfuerzo por dibujarla en mis labios, aunque mi corazón se vio agitado por temores y premoniciones trágicos. ¿Y si fracasaba? Pero, claro, mucho peor sería que concluyera con éxito sus experimentos… Entonces, ¿qué ser detestable y monstruoso pediría al fin mi mano? Sentí que se me iban poco a poco las fuerzas mientras me debatía en dudas, mientras seguía haciéndome aquellas preguntas… ¿Sería cierto que, como dijo, vencería todas las reticencias que fuera capaz de oponerle? Sabía de su carácter dominante, y no podía olvidarme de que mi vida estaba en sus manos. De tener éxito lo que pretendía, de presentarse ante mí monstruosamente rejuvenecido, como el vampiro legendario, ¿sería capaz de ejercer sobre mí cualquier suerte de fascinación demoniaca? La cabeza me daba vueltas; sentí de golpe que se me iba el miedo, que desaparecían mis

aprensiones; sentí que la muerte me suponía el mejor de los lenitivos para superar aquel trance.

»Sin embargo, de inmediato recuperé la capacidad de decisión. Que el doctor estuviese en Londres respondía a los asuntos que aquí se traían entre manos los mormones. A menudo, en nuestras conversaciones hacía referencia detallada a la gran organización de los mormones, de cuyo poder disponía, aunque no sin miedo a ese mismo poder; por eso me recordaba a menudo el Ojo que no duerme, siempre vigilante, aquel Ojo de Utah que también acechaba en la gran ciudad de Londres, a pesar de todos sus laberintos y calles. Los que le visitaban, gentes de toda condición, un simple y bondadoso misionero hoy, un Ángel de la Destrucción, mañana, me resultaban repugnantes, me llenaban de miedo. Sabía bien, además, que si mi secreto, guardado por el propio doctor, llegaba a ser conocido por lo mandamases de la secta nadie, ni siquiera él, podría salvarme entonces. Ahora bien, a causa de no sé qué paradoja causada por la desesperación, acabé dirigiéndome precisamente a ellos para salvarme… Un día abordé en la escalera de la pensión a uno de aquellos misioneros, un hombre de la clase baja pero de aspecto bondadoso; inventé una historia, sin duda muy alambicada, que apenas recuerdo ya… Pero a su través pude establecer correspondencia con la familia de mi padre. Obtuve de ellos la ayuda que buscaba; precisamente el de hoy fue el día señalado para mi fuga.

»Anoche dormí vestida, o mejor dicho, me acosté vestida porque no pude conciliar el sueño, a la espera de los resultados del experimento último que hacía el doctor, preparada en cualquier caso para lo peor. Las noches en esta latitud norte son muy cortas y pronto me acompañaron las primeras luces del día. Sólo el trajín que se traía el doctor en su laboratorio rompía el silencio de la madrugada; reloj en mano, escuchando aquello, no hacía sino ansiar que llegara el momento de fugarme, aunque sería faltar a la verdad si no dijera que también experimentaba una extraña curiosidad por saber de las conclusiones de su experimento. Es más, ahora que me sentía protegida por quienes amparaban mi fuga, incluso sentía una cierta simpatía por el doctor; llegué a sorprenderme rezando por el buen fin de sus experimentos; así que, hace apenas unas horas, cuando un grito de júbilo se dejó sentir hasta en mi cuarto, no pude dominarme y salí corriendo hacia las escaleras y abrí la puerta del improvisado laboratorio.

»Vi al doctor de pie, como atónito en mitad de aquella habitación; tenía en la mano una redoma de cristal, perfectamente redonda, llena en sus tres

cuartas partes de un líquido ambarino, muy brillante. Tenía el doctor una expresión de felicidad increíble.

»—¡Victoria! —gritaba—. ¡Victoria, Asenath!

»Pero en ese mismo momento —no sabría si decir que porque le temblaban las manos la redoma se le cayó, o si el líquido explotó por sí mismo— una violenta sacudida nos arrojó violentamente de aquella habitación… Fue la explosión que le sorprendió a usted en la calle… Así, en el corto espacio de un instante que apenas se puede retener entre los asideros de la memoria, no quedaron de los experimentos del doctor, en los que trabajó toda una larga vida, más que cristales rotos y esos vapores mefíticos liberados por la explosión, que me persiguieron en mi fuga.

EL ESCUDERO DE DAMAS
(Conclusión)

Challoner no pudo sino seguir con suma atención, más que eso, con genuina emoción, el relato tan vivido como dramático que le hiciera la joven dama. Su capacidad de imaginar, que no era precisamente grande, ni siquiera vivaz, se admiraba de las formas, del estilo tan rico y preciso con que ella le contó todo aquello. Sin embargo, su buen juicio le impedía creerse eso que acababa de oír, por muy bien contado que estuviera. Miss Fonblanque era una damita; y ya se sabe que las damas, sobre todo si son jóvenes, suelen apartarse de la verdad, llevadas de sus fantasías, al referir cualquier sucedido.

Un caballero, en cualquier caso, no podía decirle eso. Así que, en tanto su espíritu, su fervor hacia ella, había ido menguando con el transcurrir de la mañana, acabó por caer hasta un grado cero. Hacía ya un buen rato que la joven permanecía en silencio, pero Challoner continuaba sumido en sus dudas, hurtándole los ojos; en el fondo, buscando las palabras con que demostrarle a Miss Fonblanque su impresión por lo que le acababa de referir, pues por nada del mundo quería ser desconsiderado con ella. No obstante, tenía la mente en blanco, sólo sentía un impulso, o algo parecido, que lo llamaba a salir corriendo de una vez por todas y alejarse de ella. Aquel silencio se le hacía más incómodo por momentos; sólo una carcajada abrupta de la damita le sacó de sus abstracciones. Resentida su vanidad por aquello, Challoner alzó entonces los ojos para mirarla fijamente. Los ojos de la joven se encontraron con los suyos y vio el caballero una luminosidad tan franca en ellos que cesaron de inmediato sus reticencias.

—La verdad es que me admira lo bien que lleva usted tantas calamidades —le dijo.

—¿Verdad que sí? —dijo ella, alegremente, echándose a reír de nuevo deliciosamente—. Todo esto está muy bien —añadió, pero moviendo ahora la cabeza gravemente, en sentido negativo—, pero mi situación no ha mejorado,

la verdad; sigue siendo no ya delicada, sino abiertamente peligrosa, y si no me brinda su ayuda dudo mucho que pueda liberarme.

Aquella solicitud de ayuda volvió a alarmar a Challoner.

—Cuenta usted con la mayor de mis simpatías —dijo, sin embargo—, y no dude de que estaría encantado de prestársela; pero mucho me temo que nuestra situación resulta cuanto menos rara… Como consecuencia de una serie de circunstancias que me resultan incontrolables, no puedo…, me resultaría muy difícil tener el placer… Claro que, sin embargo… —titubeó para hacerle de inmediato, con gran alegría por haber dado con lo que buscaba, una proposición que supuso feliz—: ¿Por qué no vamos a contárselo todo a la policía?

Ella se aferró con las dos manos a su brazo y le miró a los ojos con el espanto dibujado en los suyos. Comprobó entonces el joven caballero que la dama empalidecía mortalmente.

—Escuche bien lo que le digo: si lo hace, sería como si me clavara un cuchillo —le aseguró dramáticamente.

—¡Dios me libre! —exclamó Challoner.

—Ya veo —se lamentó ella— que no se ha creído una sola palabra de cuanto le he contado; ya veo que no le importa el peligro que pueda correr… Pero, ¿quién es usted para juzgarme? La familia de mi padre comparte mis temores, porque los sabe ciertos; por eso me ayudan en secreto, a despecho de los riesgos que corren al hacerlo… Y usted, sin embargo… Usted que ha visto al emisario con el dinero que me hizo llegar para que pudiera escaparme… Pero le digo que, a pesar de todo, reconozco su valentía y su perspicacia; tengo de usted la impresión más favorable; aunque, ¿quién es usted para pretender que sus opiniones sobre este asunto sean mejores que las de mi tío, un ministro del Estado, un consejero de la propia reina, un hombre de gran experiencia política? Puede usted creer que estoy loca, de acuerdo; pero ¿y él? En cualquier caso, creo que tengo en cierto modo derecho a que me preste su ayuda, si me permite decirlo, porque por mucho que mi historia le parezca increíble, ha sido testigo de unos hechos irrefutables.

Usted presenció la explosión, usted vio al mormón en la Estación Victoria… Si no es usted, por todo esto, quien me presta ayuda, ¿a quién podré acudir entonces?

—¿Ese hombre le dio el dinero? —preguntó Challoner, que comenzó a tomar en cuenta ese hecho.

—Empieza a interesarse —dijo la joven, aliviada—. La verdad es que me parece que no le queda más opción que la de ayudarme, créame. Si lo que le

pidiese fuera extraño, o grave, o sospechoso, le aseguro que no insistiría, no quiero ponerle en peligro… ¿De qué se trata, entonces? Nada más que de hacer un viaje de placer (viaje que, como es natural, pagaré yo) para llevar a una dama, en nombre de otra dama, cierta cantidad de dinero… ¿Puede haber algo más simple?

—¿Se trata de una suma considerable? —preguntó Challoner.

Ella sacó de su corpiño un paquetito; le dijo que no había tenido tiempo de contarlo, por lo que rompió de inmediato el papel del envoltorio. Cayeron sobre sus rodillas billetes del Banco de Inglaterra en una más que buena cantidad. Tardó en contarlos, pues los había de todos los valores; al final, dejando al margen unos cuantos soberanos, la suma ascendía a unas 710 libras.

La visión de tal cantidad de dinero provocó una inmediata revolución en la mente de Challoner.

—¿Y cree usted, Madam, que hace bien en confiar esa cantidad de dinero a un extraño? —preguntó con asombro.

—Es que yo no le considero a usted un extraño —dijo ella con una sonrisa deslumbrante.

—Madam —dijo solemnemente Challoner—, creo que debo confesarle una cosa… A pesar de que pertenezco a una buena familia, pues mi madre es descendiente directa del patriota Bruce[5], no es menos cierto, sin embargo, que las cosas no me van nada bien en los últimos tiempos… Tengo innumerables deudas, ando con los bolsillos prácticamente vacíos; o sea, que me hallo en un estado de necesidad tal que cierta cantidad de dinero me resultaría una tentación irresistible, como lo sería para cualquiera en mi situación.

—Me parece que no se da cuenta —le respondió la joven dama— de que sus palabras acaban con mis dudas. Tenga —añadió tras una pausa, poniéndole en las manos el dinero.

El joven caballero estuvo un buen rato con el dinero en sus manos, acunándolo como se sostiene a un bebé sobre la pila bautismal, lo que hizo reír de buena gana a Miss Fonblanque.

—No lo dude, se lo ruego —le dijo—; guárdese el dinero en sus bolsillos, y para que no quepa entre nosotros la más leve duda de sospecha, dígame por qué nombre debo llamarle a usted, mi caballero andante, a fin de no verme obligada por más tiempo a utilizar el pronombre.

La sabiduría heredada por nuestro joven caballero de sus antepasados le hubiera dado presta la respuesta, de haberse tratado de un asunto menos

engorroso; pero ¿con qué pretexto no mostrarse franco con ella ante semejante prueba de su generosidad y de su confianza en él? Nada se le ocurría, para evitar lo que ella le pedía, que no fuera hiriente, maleducado; además, los bellísimos ojos de la damita, como iluminados ahora, abrían poco a poco una brecha irremediable en la armadura con que pretendía protegerse Challoner.

Aquello, no podía evitar pensarlo, bien podría tratarse de una engañifa, de cualquier ardid de ventaja que no acertaba, empero, a entrever siquiera; pero al tiempo calificaba como estúpidas especulaciones sus dudas al respecto. De otra parte, la explosión, la entrevista que había mantenido la joven en aquel tugurio próximo a la estación de trenes, eso sin tener en cuenta el dinero que acababa de depositar en sus manos, parecían ser elementos suficientes como para sugerir la existencia de una trama de veras peligrosa, de manera que, ¿cómo no tener en cuenta la veracidad evidente de sus palabras, cómo iba a abandonarla? No tenía más remedio que decidirse por una de las dos situaciones que se le planteaban, ambas arriesgadas, cierto… O se mostraba descortés con aquella damita o corría el riesgo, en efecto, de ser víctima de alguna broma de esas de las que se suele hacer víctimas a los tontos. Si la historia referida por Miss Fonblanque podía parecer falsa, el dinero que ahora tenía en su poder no lo era, desde luego. Todo aquello era susceptible de ser considerado con cautela, pues se podía tomar, por lo menos, como un asunto oscuro; pero la damita era encantadora; sus maneras, su forma de expresarse, propias de una joven de buena cuna. Mientras seguía viéndose acosado por las dudas, sin embargo, le vino a la mente algo que pareció la verificación de una profecía. ¿No había hecho a Somerset la firme promesa de romper con la rutina, esa especie de costumbre tan arraigada en él, y aceptar de buen grado meterse de lleno en la primera aventura que se le ofreciera? Bien, pues ahí tenía al fin una aventura en la que emplearse.

Guardó aquel dinero en sus bolsillos.

—Me llamo Challoner —se presentó.

—Mr. Challoner —dijo ella—, ha acudido usted en mi ayuda, con la actitud y el desinterés propios de todo un caballero, y cuando todo parecía haberse puesto contra mí. Aunque yo soy una persona humilde, mi familia, sin embargo, goza de una extraordinaria posición y le aseguro que no se arrepentirá usted de hacer esta buena acción que le pido.

Challoner se puso colorado de gusto.

—No sé, quizás un consulado… —dijo ella, con los ojos puestos en el joven, mirándole con admiración—, sí, un consulado en alguna capital, o en

cualquier ciudad importante… Pero no perdamos ahora el tiempo con eso; ocupémonos del asunto que quiero encomendarle.

Se colgó de nuevo de su brazo de manera tan abierta y confiada que el joven no pudo sino percibir cómo le palpitaba el corazón; una vez más, la joven, haciendo gala de su excelente humor, olvidándose de los serios problemas en que parecía verse envuelta, le hizo muy grato aquel paseo moroso con el que atravesaron el parque. Cerca de Marble Arch tomaron un coche que los llevó rápidamente a la estación de Euston Square; desde allí se dirigieron a pie hasta un hotel próximo para disfrutar de un magnífico desayuno. La joven dama pidió después recado de escribir y redactó a mucha velocidad, apoyándose en una esquina de la mesa, una nota; de vez en cuando cesaba en su escritura, alzaba los ojos hacia él y le dedicaba una de sus encantadoras sonrisas.

—Aquí tiene, una carta de presentación ante mi prima —le dijo doblando el papel y entregándoselo—. Sé que mi prima, aunque jamás nos hayamos visto, es una persona adorable, de buen carácter, además de muy bella. Ya le digo que no nos hemos visto, pero sí puedo asegurar que conmigo se ha portado perfectamente; lo mismo puedo decir de su padre, un Lord. Claro que, si de la amabilidad de alguien puedo hablar con largueza, es de la suya, Mr. Challoner… Aún me parece increíble haber dado con alguien como usted.

Se había expresado con una emoción inequívoca; mientras decía aquello cerró el sobre.

—Vaya, he cerrado el sobre —se lamentó—; la verdad es que no es de buen tono hacerlo, pero entre amigos no tiene mayor importancia… Al fin y al cabo, ya le he contado todos mis secretos, incluidos los que conciernen a mi familia; es como si fuéramos viejos camaradas, a pesar del poco tiempo que hace que nos conocemos, pero mi tío aún no sabe nada de usted. Mire, diríjase a esta dirección, en la Richard Street, de Glasgow, y hágalo tan pronto como pueda, por favor se lo pido… Eso sí, entregue en mano esta carta a Miss Fonblanque, que es por quien debe preguntar. Ya me dirá, cuando nos veamos, qué impresión le ha causado —dijo con un toque de coquetería.

—Seguro que es una dama con la que no tendría nada que hacer —dijo Challoner, con cierta melancolía.

—Eso nunca se sabe —dijo la joven, exhalando un suspiro—. Pero, se me olvidaba una cosa; es algo que me da un poco de vergüenza, quizás le parezca a usted una tontería… Bueno, cuando vea a Miss Fonblanque, le pido por favor que haga algo un poco ridículo… No creo que le haga gracia lo que le pido, pero diríjase a ella con las palabras «*negro, negro, nunca muere*»… No,

no se asombre —dijo la joven entre risas—, que mi prima, la hermosa hija del Lord, le dará cumplida respuesta con las palabras que completan esos versos… Veamos, le voy a tomar la lección…

—*Negro, negro, nunca muere* —repitió Challoner, no sin cierta y disgustada reluctancia.

A Miss Fonblanque pareció que le daba un ataque de risa.

—Excelente —dijo—; seguro que resulta una escena de lo más divertida —y volvió a reírse con ganas.

—¿Y qué respuesta debo esperar? —preguntó Challoner como si tal cosa, la mar de digno.

—Me parece usted muy preguntón —le respondió—; no se lo diré hasta el último momento. Terminado el desayuno la damita acompañó al caballero hasta el andén; le compró el *Graphic* y el *Atheneum*, para que se entretuviese leyendo durante el viaje, así como un cortaplumas; subió con él al vagón, y con él estuvo, dándole conversación, hasta que un silbato anunció la inminente salida del tren. Ya en el andén, asomó la cabeza por la ventanilla abierta en donde estaba Challoner y le dijo cuáles eran las palabras que, para responder a su contraseña, le diría la otra Miss Fonblanque: «*Cara negra y ojo alegre*». Y se echó a reír musicalmente, muy contenta, mientras daba unos pasos hacia atrás.

Salió el tren bajo el gran arco de vidrio que cubría los andenes de la estación mientras aún resonaba en los oídos del joven caballero la risa cristalina y fresca de la muchacha.

La situación de Challoner era tan extraña que le resultaba difícil aceptarla tranquilamente. Se veía de repente viajando a través de Inglaterra para cumplir una misión que en ocasiones se le antojaba ridicula, además de rodeada de aspectos poco menos que oscuros; no obstante, ya que se había comprometido con ella, no le quedaba más remedio que perseverar en el empeño. Qué fácil le parecía ahora, sin embargo, haber rechazado aquella propuesta, no haber tomado el dinero, seguir a lo suyo, tranquilamente, como el hombre libre y feliz que era… Pero ya era imposible dar marcha atrás; aquella gentil hechicera, tras someterlo con el solo influjo de su mirada, le había subido a un tren llevándose en prenda su palabra de honor de que cumpliría con el encargo hecho… Y sin dejarle una dirección; sin permitirle, por ello, comunicarle siquiera, en un momento dado, la poco honrosa salvación que podría suponerle la retirada. Hacer uso de aquel cortaplumas para recortar algo, o entregarse a la lectura de los periódicos que le había comprado para que se entretuviese, sólo conseguía tornarle más amargado,

aumentar su cargo de conciencia por su debilidad manifiesta ante ella; además, como viajaba sólo en un compartimiento del vagón, pasó el día entero de viaje mirando el paisaje a través de la ventanilla, en silencio, arrepentido e impotente; ya mucho antes de que el tren llegara a la estación de St. Enoch su espíritu se había sumido en las regiones más bajas y frías del desprecio de sí mismo.

Tenía hambre, sin embargo; como era hombre de costumbres refinadas, hubiera preferido asearse un poco y regalarse con una buena cena nada más arribar a Glasgow, pero su ansiedad, de una parte, y el recuerdo de las recomendaciones que le hiciera la joven dama, de otra, no le permitieron demorarse ni un minuto. Así que echó a caminar, siempre a buen paso, en uno de esos límpidos atardeceres del verano mientras las farolas se iban encendiendo poco a poco en las calles.

La calle a la que debía dirigirse se iniciaba en una sucesión de pequeñas villas, pero hacía ya tiempo que la ciudad, al expandirse, había llevado sus más altas construcciones hasta los suburbios, escondiéndola ahora con varias millas pobladas de casas que la envolvían. En una colina se veía una hilera de altos edificios habitados por las clases más bajas de la ciudad, en cuyas ventanas había ropa tendida; aquellos edificios, en lo alto de la colina, parecían asomarse sobre las villas y sus coquetos jardines como los acantilados se asoman al mar. Todavía, sin embargo, y aunque ennegrecidos a lo largo de los años por los humos de la ciudad, las antiguas casas de pórticos rurales y ventanas con rejas venecianas, daban al lugar un aire melancólico, un encantamiento con todo el sabor del pasado.

La calle, mientras Challoner la recorría, estaba completamente desierta. Hasta allí se dejaba sentir, empero, el sonido de miles de pasos; pero en la Richard Street no había ni una luz, ni un signo que denotara la presencia humana. Aquel lugar impresionó vivamente al joven, o le sobrecogió, realmente, pues le recordaba las calles de Londres que había recorrido aquella mañana. Se encontró al fin ante la casa que buscaba; no sin cierta aprensión hizo sonar la campanilla de la puerta y sintió que le abandonaban no sólo las fuerzas, sino la presencia de ánimo de su propio corazón.

La campanilla era muy vieja, como antigua era la casa; al sonar hacía un ruido francamente desagradable; tuvo que esperar un buen rato antes de que desde el interior de la casa le llegara algún sonido; alguien, al fin, pareció acercarse a la puerta con mucha cautela. Challoner supuso que le invitarían a pasar de inmediato, por lo que echó mano al sobre con la carta de presentación y sonrió todo lo que fue capaz de hacerlo, aunque no sin un gran

esfuerzo. Sin embargo, para su sorpresa no se abrió la puerta y oyó que en el interior los pasos se alejaban. Volvió a hacer sonar la campanilla, con mayor violencia ahora; de nuevo oyó pasos que se acercaban a la puerta, pasos sobre un piso de madera tan antiguo como la propia casa, y ocurrió lo mismo que antes. Impaciente, molesto, el joven caballero dedicó una buena cantidad de denuestos, bien que mentalmente, a toda la familia Fonblanque, se dio media vuelta y bajó los breves escalones que había ante la entrada. Puede que quien estaba en la casa se decidiera al fin a mostrarse, al ver que aquel extraño se iba; quizás, simplemente, la razón pudo más que el miedo. El caso fue que, apenas pisó de nuevo Challoner la calle, oyó el sonido de un cerrojo que se corría a sus espaldas, en la puerta de aquella casa, y otros cuantos cerrojos más, y una llave que giraba en la cerradura, hasta que al fin se abrió la puerta y apareció un hombre fuerte, en mangas de camisa. No tenía ni una presencia reseñable ni maneras refinadas; era un hombre que, en circunstancias normales, hubiera pasado inadvertido; mostraba tanto miedo en su rostro, sin embargo, que Challoner se quedó mirándole acongojado. Así estuvieron, mirándose el uno al otro, casi un minuto. Al fin preguntó aquel hombre al visitante qué deseaba, con una voz temblorosa que le salía de entre sus labios del color de la ceniza. Challoner le contestó, intentando no demostrar su extrañeza, que llevaba una carta para Miss Fonblanque, y al oír aquello el hombre se hizo de inmediato a un lado, invitándole a pasar con un gesto. Apenas hubo traspasado el joven el umbral, la puerta se cerró a sus espaldas cortándole la salida.

Eran un poco más de las ocho de la tarde; si bien en la calle aún se dejaban sentir con cierta intensidad las bondades del largo atardecer septentrional, la casa era muy oscura. Aquel hombre llevó a Challoner a través de un largo pasillo hasta un salón que había en la parte trasera de la casa, una habitación desde la que se accedía a un pequeño patio ajardinado. Parecía evidente que el hombre acababa de cenar, pues aún tenía puesta la mesa; a la luz de una vulgar vela de sebo se veía la servilleta abierta, una botella de cerveza consumida a medias, un pedazo de queso de Gouda… La habitación, por otra parte, estaba amueblada con piezas antiguas pero que denotaban buen gusto; en las paredes había estanterías repletas de libros bien encuadernados. La casa, esa impresión daba, parecía alquilada con muebles y todo; el hombre en mangas de camisa daba la impresión de ser, desde luego, su propietario; tampoco su cena parecía la propia de un hombre refinado… Ante lo que allí veía, apenas se acordaba ya Challoner del Lord, ni de su hija, ni del encargo que llevaba… Le parecieron personajes de un sueño, o de una

historia fantástica, como el propio doctor Grierson, como los propios mormones… Nada le parecía ya real al joven caballero andante; ni una esperanza le quedaba de cumplir con bien el encargo hecho; sólo se le presentaba como lo más recomendable salir cuanto antes de un asunto asaz extraño.

El hombre en mangas de camisa, sin embargo, no quitaba los ojos de encima al joven visitante; sumido en una evidente angustia volvió a preguntarle el motivo de su presencia.

—Estoy aquí —comenzó a responderle Challoner— porque presto un servicio a dos damas; por eso le pido que avise a Miss Fonblan —que, a quien debo entregar en mano una carta.

A su ansiedad añadió el hombre un gesto de estupor.

—Es que… —dijo— yo soy Miss Fonblanque —y comprendiendo que lo dicho no podía sino causar cierta extrañeza en el joven caballero, añadió para reafirmarse—: ¡Por Dios, no me mire así! ¡Le digo que yo soy Miss Fonblanque!

Al ver aquella larga perilla que lucía el hombre, al fijarse en la azulada sombra de barba de sus mejillas, no podía por menos que pensar que, en efecto, era víctima de una broma pesada. Como ya no tenía ante sí a la hermosa damita, sino a un hombre, y como ante estos era capaz de mostrar coraje y hasta violencia, sobre todo si los consideraba de condición inferior a la suya, se expresó de manera bastante desabrida.

—Caballero —comenzó a decir—, han sido muchas las molestias e inconvenientes que he padecido hasta llegar aquí, y todo por ayudar a personas de las que apenas sé algo, de manera que, si no llama de inmediato a Miss Fonblanque, y pues empiezo a estar bastante harto, no tendré más remedio que avisar a la policía…

—¡Pero esto es increíble, horrible! —gritó aquel hombre—. Le aseguro, se lo juro por lo más sagrado, que yo soy la persona que busca… ¿Cómo podría convencerle? Seguro que fue Clara quien le hizo ese encargo… Está loca, créame; le gusta hacer bromas con las cosas más delicadas… El caso es que no nos ponemos de acuerdo, lo que puede acarrear consecuencias gravísimas con tantas dilaciones…

Aquel hombre parecía hablar sinceramente; Challoner se acordó entonces de la ridicula retahila que le había dado la joven dama como contraseña.

—Quizás esto le sirva de ayuda —dijo al hombre, y no sin cierto embarazo soltó lo siguiente—: Negro, negro, nunca muere.

El rostro de aquel hombre se iluminó, aliviado; de golpe se le borraron la ansiedad y la desesperación que hasta entonces mostraba.

—Cara negra y ojo alegre… Deme esa carta, por favor —dijo vehemente.

—De acuerdo —respondió Challoner, aunque aún algo reluctante—. Supongo que debo considerarle el destinatario de esta carta, y aunque tengo alguna que otra queja a propósito del trato que se me ha dispensado, no es menos cierto que al fin me veo liberado de una grave responsabilidad… Aquí tiene la carta.

El hombre tomó la carta como si diera un zarpazo; la verdad es que daba un poco de lástima verlo abrir el sobre con tanta ansiedad… Mientras leía aquello el miedo dibujado en su rostro fue dando paso a una evidente sensación de pánico. Al fin se golpeó la frente con una mano mientras con la otra hacía una bola con el papel de la misiva.

—¡Dios mío! —exclamó, y dirigiéndose a la ventana que daba al patio ajardinado de la parte trasera de la casa, asomó por allí la cabeza y lanzó un silbido extraordinariamente largo y agudo.

Challoner retrocedió hasta un rincón, presto a hacer uso de su bastón si no le quedaba más remedio, dispuesto ya a enfrentarse con lo que fuera necesario. El hombre de la larga perilla, sin embargo, no parecía peligroso. Se apartó de la ventana para regresar junto al joven caballero, del que había parecido olvidarse unos instantes; inopinadamente se puso a dar saltos, como preso de cualquier convulsión, como si ejecutara una danza salvaje.

—Esto es increíble, caballero —decía—; no sé si me estoy volviendo loco, o qué, Dios mío…

Se dio otra gran palmada en la frente, como si recordara algo, y conminó al visitante:

—¡El dinero! ¡Deme usted ese dinero!

—Mi querido amigo —replicó Challoner—, debo decirle que su actitud me parece inadecuada; hasta que no me demuestre que es capaz de comportarse razonablemente, no trataré con usted de ningún negocio.

—Tiene toda la razón —dijo el hombre—; perdóneme, pero es que estoy enfermo de los nervios; sufrí unas fiebres, hace algún tiempo, que me han afectado más de lo imaginable… Pero, sé que tiene usted el dinero; démelo, que sólo eso puede salvarme, por favor… Compadézcase de mí, joven, y no me haga sufrir más.

Challoner se sentía incómodo en aquella situación, pero así y todo no pudo aguantarse la risa más tiempo. No obstante, y como si algo no deseaba era perder más tiempo allí, pues quería largarse cuanto antes, sacó el dinero.

—Si quiere, cuéntelo —le dijo—, verá que está todo… Pero deme un recibo, por favor.

Aquel hombre pareció no atender a más razones. Tomó el dinero y sin preocuparse de que unos cuantos soberanos sueltos se le cayeran al suelo, se guardó los billetes.

—Le he pedido un recibo —insistió Challoner, un poco harto.

—¿Un recibo? —pareció extrañarse—. ¡Ah!, sí, es verdad; ahora mismo se lo doy, espere un poco.

Challoner le pidió por favor que se diera prisa pues no quería perder el tren de regreso a Londres.

—Sí, Dios mío, yo también tengo prisa —le dijo el otro y al poco oyó Challoner que subía las escaleras, acaso de cuatro en cuatro peldaños, para dirigirse a la planta superior de la casa.

«¡Qué extraño me resulta todo este asunto!», se dijo Challoner; «más que extraño, inquietante y enojoso; no me explico cómo me he podido enredar con estos lunáticos, si no malhechores. En fin, espero que mi buena estrella me ayude a salir de esto de una vez por todas, ya queda menos…» Mientras se decía estas cosas, dio unos pasos para dirigirse a la ventana por la que el hombre de la perilla había lanzado aquel silbido; aún había algo de claridad en el jardín y vio las escaleras y las terrazas que habían construido en aquella parte de la casa sus dueños, así como los arbustos y unos pocos árboles, que parecían arruinados, si no definitivamente muertos, que en tiempos debieron acoger a bandadas de pájaros; un poco más al fondo se veía el muro de separación de la otra villa próxima, alto, y detrás otras edificaciones que comenzaban a perderse en la penumbra. Challoner vio algo caído en la hierba; sólo tras mucho mirar aquello se dio cuenta de que era una escalera de madera, o varias pequeñas escaleras de madera unidas con cuerdas; le extrañaba una escalera así de grande, o de alargada a conciencia, en un espacio tan limitado. De inmediato sintió los pasos de aquel hombre, que bajaba por las escaleras de la casa, y se retiró de la ventana; pero no lo sintió dirigirse a donde se encontraba; por el contrario, oyó que los pasos iban hacia la puerta de la calle y que esta, de golpe, se cerraba; oyó unos pasos más, muy apresurados, pero supo que se producían ya en la calle.

Challoner corrió al pasillo, y así recorrió también todas las estancias de la planta baja, y subió a la segunda, para convencerse definitivamente de que estaba sólo en aquella maldita casa. En una de las habitaciones de la planta superior, una de la parte frontal de la casa, vio signos de vida humana: una cama sin hacer, un armario revuelto, como si alguien hubiera enredado allí

buscando cualquier cosa… Y un papel hecho una bola, tirado en el suelo, que recogió de inmediato; como en la planta alta de la casa aún penetraba la luz, vio de inmediato en aquel papel el membrete del hotel de Euston donde había desayunado con la joven dama; no sin forzar un poco la vista leyó lo que decía aquella carta, escrita con una bella e inequívoca letra de mujer:

«Querido M'Guire, pongo en su conocimiento que han descubierto su refugio. Hemos fracasado de nuevo, el mecanismo de relojería se accionó treinta horas antes de lo previsto, con el mismo resultado lamentable de otras veces. Cero se siente desalentado. Tuvimos que retirarnos a toda prisa; no he encontrado a nadie más útil que ese solemnísimo asno que le envío, para hacerle llegar este aviso y el dinero. Me hubiera encantado presenciar el encuentro entre ustedes.

Ojo Iluminado».

Aquello hirió profundamente el corazón de Challoner. Sólo entonces percibió toda su inocencia, su falta de astucia; sólo entonces vio cómo, de tanto temor a quedar en ridículo, no había sido más que obligado a hacer el ridículo por una intrigante; casi a partes iguales repartió sus coléricos pensamientos entre la muchacha, él mismo y su amigo Somerset, por cuyos estúpidos consejos se veía en una situación semejante, de tanto afán como al cabo tuvo por embarcarse en una aventura. Sentía curiosidad, mas también miedo; la reacción del hombre de la perilla, lo que podía colegirse de la carta, la explosión que había presenciado en las primeras horas de aquel día, parecían las piezas de un mecanismo cuando menos oscuro, si no decididamente malvado. Se dijo que algo diabólico había en todo aquello. Algo secreto, criminal, terrorífico, urdido a base de mentiras, como debían serlo las pasiones de quienes estaban en esa trama de la que era víctima a ciegas, tomado por un pelele; y se dijo también que quien es tomado por un pelele acaba convirtiéndose, indefectiblemente, en víctima.

El sonido de la campanilla lo sacó de aquellas sus abstracciones mientras aún contemplaba la carta que tenía en su mano. Miró por una ventana y fue mayúscula su sorpresa cuando vio que un pelotón de policías habían tomado la entrada de la casa, y el jardín, y los escalones que conducían a la puerta. Aquello, sin embargo, lejos de sobresaltarlo le devolvió su coraje, la capacidad de pensar, el control sobre sus reacciones. Escapar fue la orden que se dio. Bajó rápidamente las escaleras, procurando empero no hacer ruido; había alcanzado ya el pasillo de la planta baja cuando de nuevo se dejó sentir,

de manera más aguda e irritante aún, una segunda llamada de la campanilla. Pero no se entretuvo, sino que, con los ecos de aquel agudo tintineo dejándose sentir aún en la planta baja de la villa, saltó al jardín trasero por la ventana desde la que antes lo había contemplado. Sin embargo, el faldón de su chaqueta quedó enganchado a los hierros de uno de los maceteros que había en el poyete de la ventana, y Challoner se vio durante unos segundos que se le hicieron eternos colgando cabeza abajo, hasta oír cómo se rasgaba al fin su chaqueta para de inmediato darse un porrazo contra el suelo, al que cayó rodeado de macetas. También oyó al instante que más allá, en la entrada de la casa, sonaba de nuevo la campanilla, ahora repetidamente. Challoner miró a un lado y otro, preso de la desesperación y la urgencia. Reparó entonces en aquella escalera tirada en la hierba; por más que lo intentó no pudo levantarla, pesaba demasiado. De repente, sin embargo, aquel peso con el que no podía pareció aligerarse en sus manos; como si gozara de vida propia; la escalera pareció levantarse, y Challoner, dando un paso atrás y lanzando un grito de pánico supersticioso, vio que aquello, tan largo como era, se inclinaba poco a poco hasta apoyarse en el muro, al tiempo que dos cabezas asomaban por el muro, del otro lado, y alguien lanzaba un silbido que parecía el eco del que había oído al hombre de la perilla.

¿Sería aquello lo que tenían preparado para una huida apresurada precisamente los mismos desalmados que le habían convertido en mensajero de cualquier cosa y en su víctima propiciatoria? ¿Lo que se le ofrecía era un auténtico camino de salvación, o le supondría nuevas desgracias? No tenía tiempo que perder en reflexiones semejantes. Casi tan pronto como vio la escalera apoyada en el muro saltó sobre ella y comenzó a trepar con la agilidad propia de un mono. Arriba le asieron unos brazos fuertes que de inmediato lo depositaron en el suelo, a salvo, del otro lado del muro; no sin alarma, aunque bastante alarmado estaba ya, se encontró con dos sujetos de aspecto nada recomendable, justo en el patio trasero de uno de aquellos edificios levantados en lo alto de la colina. Mientras, del otro lado del muro, a la entrada de la casa, ya no se dejaban sentir los campanillazos de antes sino unos golpes tremendos en la puerta.

—¿Habéis salido todos? —le preguntó uno de aquellos tipos. Challoner respondió afirmativamente, muy confuso, sin embargo, y de inmediato los dos hombres procedieron a cortar la cuerda con que habían levantado la escalera, que cayó de nuevo al jardín, pesadamente, partiéndose con el golpe. Aquello, curiosamente, levantó gritos de júbilo que parecían producirse en toda Richard Street; de repente vio Challoner que un montón de gente se asomaba

a las ventanas de las casas y a los muros de los jardines, gente que parecía disfrutar del espectáculo que se ofrecía a sus ojos. El mismo hombre que le preguntó si habían salido todos de la casa le tomó de un brazo para conducirle hasta el sótano de una casa próxima, a toda prisa, salir de allí igual de rápido y aparecer en otra calle; pero antes de que pudiera preguntar siquiera qué era todo aquello, el infortunado aventurero, sin tiempo para percatarse siquiera de lo que pasaba, se vio arrojado a otro sótano, muy oscuro.

—Había que darse prisa, ¡mierda! —dijo aquel hombre que parecía haberse convertido en su guía—. ¿M'Guire consiguió largarse? ¿Fue El escudero usted quien silbó?

—Sí, M'Guire se fue —dijo lacónicamente Challoner.

Su guía encendió una luz.

—No puede salir así a la calle, le traeré algo para que se lo ponga, espere —dijo a Challoner.

Salió de allí al punto y Challoner, que parecía recobrarse, como si la manera de hablar de aquel hombre, tan ruda, le ayudara a salir de un mal sueño, comprobó la ruina, los andrajos en que se había convertido su traje. Además había perdido el sombrero; sus pantalones, encima, estaban hechos jirones; de su chaqueta no se puede sino decir que, casi entera, se había quedado colgando de los hierros del macetero. Aún se miraba con tristeza cuando volvió su guía; nada le dijo, pero puso sobre el limpio y fino Challoner un abrigo de piel tan basta e irreconocible como vulgares eran sus hechuras y pésima su confección. Fue ver aquello y se puso enfermo. Con tan infamante prenda, que le parecía un disfraz injurioso, el hombre le dio también un sombrero tirolés que encima le quedaba pequeño. Ni que decir tiene que Challoner se hubiera negado a pisar las calles de tal guisa, en otras circunstancias, pero ahora no podía parar mientes en eso ni mostrarse melindroso con tan ridículo atavío, pues si algo prevalecía en él era el deseo urgente de marcharse de Glasgow cuanto antes. Así que miró con espanto el abrigo, se lo puso con bastante aprensión y preguntó cuánto debía… El otro le respondió que nada, que aún le quedaba dinero suficiente de los fondos recibidos para cubrir gastos y le dijo que se fuera de allí cuanto antes, que no había tiempo que perder, que se alejase a toda velocidad de aquel vecindario.

El joven caballero, por lo demás, no tenía mayor interés en demorarse. Cortés como era su costumbre, dio las gracias a aquel hombre, con bastante ceremonia, aprovechando para felicitarle por su buen gusto en la elección del abrigo, dejándole un tanto sorprendido por esta observación y por sus maneras tan refinadas. Salió a la calle, donde ya imperaba la luz de las

farolas; pero antes de que diera con la estación, y pues se había perdido por unas cuantas calles tratando de llegar allí cuanto antes, ya había partido el último tren hacia Londres.

Vestido de aquella manera, sin embargo, de una manera impropia de su reputación, le daba vergüenza dirigirse a un hotel respetable, pero tampoco consideró la posibilidad de buscar alojamiento en una pensión cualquiera, pues tal como iba, a medio vestir elegantemente, aunque cubierto por aquel abrigo deplorable, su aspecto podría provocar la risa de quienes allí hubiera, si no tomarle por sospechoso de cualquier cosa. Así que se vio condenado a pasar la noche vagando por las calles de Glasgow, sin cenar siquiera y provocando la risa, con su aspecto, de aquellos que se cruzaban con él. Trataba de pasar las horas de la mejor manera posible, aguardando el amanecer del nuevo día, pero no podía más que reprocharse su inconsciencia, su estupidez, su debilidad mental, incluso; y haber sido utilizado de aquella forma artera y despiadada. Cualquiera puede imaginarse perfectamente cuáles eran sus pensamientos para con aquella hermosa cuentista que en Hyde Park le contara lo que le contó… Aún podía oír la carcajada con que le despidió cuando el tren partía, una risa que, en el recuerdo, lo atormentó toda la noche; pero no era menor su desesperación cuando recordaba a quien tenía por principal responsable de su estupidez, que no era sino Somerset, aquel detective aficionado… Ya con las primeras luces del día, consiguió al fin mitigar su hambre en una triste lechería; no obstante, hubo de esperar el paso de unas cuantas horas más hasta que pudo tomar el expreso del sur, horas que pasó vagando hasta la extenuación por las calles y por los callejones más apartados del centro de la ciudad. Ya en la estación se metió en el rincón más oscuro de un vagón de tercera.

Allí viajó prácticamente el día entero, en un asiento de incómodas tablas, con un calor tremendo y despertando a cada poco de las pesadillas que sufría cuando echaba una cabezada. Como al salir de Londres lo hizo con billete de ida y vuelta, podía haber hecho el viaje de regreso en primera clase, cómodamente instalado en uno de los espaciosos compartimentos de esos vagones, con almohadones para recostarse a gusto en el asiento… Mas, su indumentaria, su concepción de la decencia, en suma, le impedía viajar junto a sus iguales; así que prefirió algo tan intolerable como semejante incomodidad; no era más que otra desgracia añadida a las muchas que ya había padecido.

Ya de noche, en su habitación de Putney, se puso a pensar en los gastos, en la ansiedad sufrida, en el desastre que le supusiera aventurarse en aquella

historia… Cuando contempló su único pantalón decente hecho jirones, lo mismo que su única chaqueta digna, pero sobre todo, al echar un vistazo al sombrero tirolés que le diera aquel sujeto, y a tan degradante abrigo como el que se había visto obligado a llevar, sintió que su corazón latía con una amargura indecible. Sólo acudiendo a su bien probada costumbre de tomarse las cosas con filosofía halló al fin la paz necesaria para no creerse del todo indigno.

LA AVENTURA DE SOMERSET
La mansión superflua

Mr. Paul Somerset era un joven caballero de muy vivida imaginación y gran fogosidad, pero con bastante menos entusiasmo por la acción. Era uno de esos que viven soñando, y acaso más en el futuro que en el presente; era el creador de sus propias teorías y el actor principal de las novelas que se montaba. Del Diván salió a darse un paseo; recorrió calles por las que anduvo enardecido por los rescoldos de la elocuencia con que se había manifestado poco antes, ansioso de encontrarse con una aventura exitosa. Entre los muchos ciudadanos con los que se cruzaba, en las fachadas de los edificios, en los avisos puestos aquí y allá, en cada rincón de la ciudad, en suma, en su agitación incesante y populosa, tenía la esperanza de descifrar un jeroglífico misterioso. Pero aunque esos elementos en los que esperaba hallar una aventura pasaban ante sus ojos, tan abundantes como las gotas de agua que lleva el Támesis, en vano concitaba la atención de la gente, la pidiera con una actitud petulante o la suplicara con modestia; en vano también se ponía ante cualquiera en quien creyese ver algo distinto, fuera de lo común, interrumpiéndole el paso; todo lo más, se tropezaban con él y seguían… Para él, todas esas personas con las que se cruzaba guardaban algún secreto inconfesable; a unas las suponía ansiosas de afecto; a otras las creía a punto de fallecer por no haber encontrado el consejo necesario o el socorro imprescindible. Mas, acaso por alguna infortunada contrariedad, lo cierto es que nadie reparaba en aquel joven caballero (¡peor para ellos!, se decía), aunque a lo mejor iban en busca de un amigo, de un buen confidente o hasta de un experto consejero. Se había dirigido quizás a miles de personas, bien que sin pronunciar una palabra, suplicando su atención, pero nadie le había mirado siquiera.

Hizo una cena frugal, en la sola compañía de sus ensoñaciones, interrumpiendo así, al menos durante unos instantes, la serie de intentonas que habrían de darle al fin la ansiada fortuna. Cuando volvió a la carga ya lucían

las farolas en las calles y la multitud abigarrada de antes había dado paso a otra un algo distinta, la que puebla las noches de la ciudad. Frente a cierto restaurante, de nombre bien conocido por todos los estudiosos de esta nuestra particular Babilonia que es Londres, pasaban gentes en grupos tan cerrados como numerosos, lo que hacía difícil transitar por allí. Tranquilamente se detuvo en el bordillo de la acera para observar aquel ir y venir de las gentes, para escrutar sus caras, sobre todo, aunque con sus esperanzas ya un tanto maltrechas. Mas de pronto se sobresaltó al sentir que una mano se posaba en su hombro; se dio la vuelta alarmado y vio un coche pequeño pero muy lujoso, tirado por dos caballos y conducido por un cochero de librea. El coche no lucía escudo de armas; tenía abierta la ventanilla pero la oscuridad impedía saber si había alguien en su interior; observó Somerset que el cochero se tapaba la boca con la mano para reprimir un bostezo y que ni una palabra le decía; creía haber sido víctima de una especie de alucinación, o simplemente, de sus propias fantasías, cuando una mano cubierta por un guante blanco, impoluto, una mano pequeña como la de un niño, salió por la ventanilla y le hizo una seña para que se acercara. Lo hizo echando un vistazo al interior. Lo ocupaba una figura pequeña, muy elegante con aquel tocado blanco de encajes que le caía hasta los hombros. Una voz muy suave y muy clara le habló entonces con estas palabras:

—Abra la puerta y entre.

«Debe de ser», pensó el joven caballero con una emoción que le resultaba difícil reprimir, «una duquesa, por lo menos eso». La verdad es que aunque había soñado con algo así muchas veces, abrió un poco temeroso la portezuela del coche, subió y tomó asiento junto a la dama tocada con los blancos velos de encajes. O bien tocó algún timbre, o bien hizo la dama alguna seña que Somerset no vio, pero apenas hubo cerrado la puerta partió el coche para dar media vuelta y dirigirse en dirección oeste con suave discurrir.

Somerset, como ya he escrito, llevaba mucho tiempo preparándose para algo parecido; mucho tiempo disfrutando al imaginarse en una situación rara; claro está, una de las ensoñaciones que más había ocupado sus pensamientos era esa en la que le sucedía algo como aquello. Por extraño que suene, no obstante, podía en él la sorpresa y no le salía una palabra; la dama, a su vez, tampoco le dijo cosa alguna, así que el coche seguía su curso mientras ellos iban en silencio.

Salvo por la luz que de vez en vez arrojaba sobre el coche alguna farola, iban sumidos en la oscuridad casi de continuo; Somerset, sin embargo, no encontraba en aquello nada sugestivo; sólo sabía que lo llevaban en un coche

lujoso y que aquella dama era muy bajita, además de delgada, y que se cubría, más que tocarse, en realidad, con velos blancos preñados de encajes, de entre los que apenas veía emerger su mano cubierta por un guante blanco. Aquel suspense comenzó a hacérsele insoportable. Como para aclararse la garganta, carraspeó un par de veces con la intención de hablar, pero se quedó en blanco, aniquilada su capacidad de expresión. En otras circunstancias, cuando ensayaba alguna escena en el teatro de sus fantasías, siempre le acudían las palabras, jamás le falló la capacidad de expresarse, al contrario; lo hacía de común con una elocuencia más que notable. Ahora no tuvo más remedio que comprobar cuán distinta era la realidad de las imaginaciones, lo que le hizo comenzar a sentir un pánico ciertamente aprensivo. Ahí estaba, inmerso en una auténtica aventura, mas deslizándose poco a poco hacia el fracaso, por culpa de su propia incapacidad; imaginó que acaso, tras diez, veinte, o sesenta segundos más de silencio, quizás aquella dama se hartara de su presencia, tocara un botón cualquiera y se detuviera el coche para hacerle bajar fuera el que fuese el lugar por donde pasaran. Seguro que miles de personas, se decía, miles de personas sin nada digno de mención en sus mentes, sabrían proceder como es debido y serían capaces de demostrar a la dama que eran los elegidos, poniendo fin a aquel intolerable silencio.

Miró entonces su mano enguantada. Era preferible arriesgarse en un intento desesperado que seguir como hasta entonces; trémulo, tomó de improviso los dedos enguantados de la dama y los llevó hacia sí. Aquel atrevimiento, suponía, le haría más fácil salir de ese no hacer nada en el que se sentía sumido de manera tan enojosa. Fue lo mismo, pues no supo qué decir; se sintió incapaz de soltar cualquier cosa, de ir más allá… Quedó paralizado y mudo con aquella mano entre las suyas. Aún no había llegado lo peor, empero… Aquella figura que iba a su lado empezó a temblequear primero y a estremecerse después; la mano enguantada que Somerset tenía entre las suyas parecía una garra enfebrecida; de golpe, en la oscuridad del coche, se dejó sentir la risa musical de una mujer; una risa al principio contenida y al poco liberada a sus anchas… El joven caballero soltó su presa; de haberle sido posible hacerlo, se hubiera bajado del coche allí mismo. La dama, echándose hacia atrás, sobre los almohadones, pasaba de trino en trino por toda la escala musical de su risa franca, fuerte, clara y también seductora.

—No se sienta ofendido —dijo al fin, aprovechando un descanso que le concedió su propio paroxismo—. Si se ha confundido y manifestado en consecuencia la calidez de sus sentimientos, la culpa es mía, caballero; no crea que su error se debe a que sea usted un presuntuoso; se debe sólo a esta

manera tan excéntrica que tengo de hacer amistades… Pero, créame, soy la última persona en este mundo que se reiría de un joven caballero por mostrarse decidido. Tuve al verle la intención de invitarle a cenar esta noche, así que cenemos juntos… Si me placen sus maneras tanto como su cara, quizás le haga una oferta ventajosa para usted…

Somerset buscó en vano algo que decir, pero de nuevo sin éxito; se sentía perfectamente derrotado.

—Vamos —dijo la dama—, no perdamos el sentido del humor; eso, para mí, es una falta de educación imperdonable. Ya estamos llegando a nuestro destino; baje usted primero, por favor, y ofrézcame su brazo.

De inmediato se detuvo el coche ante una mansión señorial sita en una plaza muy espaciosa, y Somerset, que comenzaba a recuperar el buen tono habitual de su carácter, ayudó a la dama a bajar del coche, tal y como ella se lo había pedido. Una anciana ama de llaves, muy adusta, abrió la puerta para llevarles a un comedor grande pero poco iluminado por el que se paseaban unos cuantos gatos enormes, de raza. Allí, tan pronto estuvieron solos, la dama se quitó el tocado de encajes con el que se cubría y Somerset descubrió entonces que, si bien conservaba todavía evidentes rasgos de una belleza anterior, sobre todo en los ojos brillantes, por aquella mujer habían pasado ya los años largamente, plateándole los cabellos.

—Ya ve, *monpreux*, que mi juventud queda lejos; pero precisamente por eso mismo comprobará usted muy pronto que soy la mejor compañía de que pueda disfrutar —le dijo con mucha y muy graciosa coquetería.

Mientras seguía hablándole hizo su aparición la criada, que llevaba una cena frugal pero exquisita. Apenas se hubieron sentado a la mesa, los gatos les rodearon como prestos a escenificar una pantomima salvaje; Somerset, encantado con aquellas viandas y aliviado por el buen sentido del humor de que hacía gala su anfitriona, comenzó a sentirse realmente a gusto. Ya habían comido y bebido lo suficiente cuando la señora se echó hacia atrás en su asiento, tomó en brazos a uno de sus gatos para ponérselo en el regazo e inició un detenido examen del joven caballero, tan extenso como simpático.

—Me temo, Madam —dijo Somerset—, que mis maneras no son las que esperaba usted…

—Mi querido joven —le contestó—, nunca ha estado usted tan equivocado como ahora… Me parece usted encantador; mire, quizás se haya topado con su hada madrina… No soy de esas que cambian de opinión así por las buenas, por lo que quienes se ganan una vez mi favor continúan disfrutándolo en lo sucesivo. Soy una persona que sabe tomar decisiones

rápidas; me basta una mirada para saber cómo es un hombre, cómo es una mujer. Siempre me he conducido según lo que me dictaban mis primeras impresiones y le aseguro que apenas me he equivocado. Usted, como ya le he dicho, me ha causado la mejor de las impresiones; y si, por lo que me parece, es verdad que no pasa usted por su mejor momento, no me parece improbable que podamos llegar a un trato.

—¡Ah!, Madam —dijo Somerset—, acaba de adivinar perfectamente en qué situación me encuentro. Soy de buena cuna, no se crea; soy un hombre educado y culto, tengo un buen trato, o eso quiero creer, pero digamos que, por una serie de injustos reveses padecidos en los últimos tiempos, la fortuna me ha sido esquiva, no tengo ahora mismo ni ocupación alguna ni dinero. Por tal razón me había echado a la calle esta noche, en busca de una aventura, dispuesto a cualquier cosa que me pudiera procurar un poco de dinero o de simple placer…

Así que sabrá comprender que su solicitud, que sigue sorprendiéndome mucho, esa es la verdad, no pudiera por menos que parecerme justo lo que buscaba… Llámelo insolencia, si quiere, o imprudencia; pero aquí estoy, dispuesto a oír cualquier oferta generosa que pueda hacerme, y dispuesto, sobre todo, a aceptarla.

—Se expresa usted muy bien —le dijo la dama—; veo que es un joven curioso y atractivo, aunque no estaría yo tan segura de su cordura, amigo mío. Pero también es verdad que nunca he conocido a nadie que sea del todo cuerdo, salvo yo misma, quizás… Su locura, sin embargo, me divierte; me veo obligada, por ello, a hacerle un breve relato de mi vida y de mi forma de ser, en justa compensación.

Y tras decir así, la anciana, sin dejar de acariciar al gato que tenía en su regazo, empezó a contar lo que sigue.

Narración de la vieja dama entusiasta

Soy la mayor de las hijas del reverendo Bernard Fanshawe, titular que fue de los ricos beneficios que daban las diócesis de Bath y Wells. Nuestra familia, muy grande, era conocida por el ingenio de que hacían gala sus miembros, muy incisivo, muy vivaz, tanto como por la belleza que heredaban sus descendientes de generación en generación; sin embargo, jamás tuvimos esa morigeración en las costumbres, ni en las maneras, que aporta la gracia de un sentimiento cristiano de la vida. Ya de muy joven me fue dado advertir y lamentar a la vez los defectos de aquellos de entre mi parentela que, tanto por su edad como por la relevante posición de que disfrutaban, tenían, por el

contrario, que haberme servido de ejemplo. Aún era una niña cuando mi padre contrajo segundas nupcias con una mujer en la que, aunque parezca extraño, se daban multiplicados todos esos defectos que yo había observado en los Fanshawe, de manera grotesca de tan exagerada. Se haya dicho lo que fuere de mí, nadie habrá podido asegurar, sin embargo, que no fui una hija cariñosa y ejemplar; pero a pesar de eso de nada me valió someterme a los caprichos y exigencias de mi madrastra; desde la hora en que aquella mujer entró en la casa de mi padre no viví sino su ingratitud, no padecí sino la injusticia del trato que me dispensaba. No era yo, sin embargo, la única persona de mi familia que mostraba un carácter apacible; también mi primo John era bondadoso, ajeno a todo tipo de comportamiento violento. Antes de que cumpliera mis dieciséis años sentía John una sincera pasión, si bien en silencio, hacia mí. Era demasiado tímido, el pobre, por lo que ni por asomo sugería sus sentimientos, aunque no por ello fui ajena a los mismos, que compartí de inmediato; quizás fuera precisamente el hecho de que comenzara a rehuirme, mientras se turbaba por completo al verme, lo que me hizo ser consciente de aquello, por lo que decidí tomar el asunto en mis manos. Un día lo vi en un rincón apartado del jardín de la rectoría encomendada a mi padre y sin más le dije que sabía perfectamente cuál era su secreto, añadiendo que nuestra posible unión, sin embargo, no sería bien vista por nuestros familiares, por lo que estaba resuelta a fugarme con él si fuera preciso. El pobre John quedó anonadado, paralizado por la alegría que le supusieron mis palabras, en realidad; tal era la agitación que lo invadía que ni una sola de las palabras que intentaba decirme le salía por los labios, así que no me quedó más remedio que encargarme yo misma de preparar minuciosamente nuestra fuga y nuestro matrimonio a escondidas con que de inmediato habríamos de rubricarla. John había preparado, para aquellas fechas, un viaje a la capital. Le dije que no era preciso que cambiara sus planes, prometiéndole encontrarme con él al día siguiente, en el Hotel Tavistock.

Cumplí perfectamente lo que habíamos acordado; al día siguiente me levanté incluso antes de que lo hiciera nuestra servidumbre y metí apresuradamente en mi maleta unas cuantas cosas que me serían indispensables; después cogí el poco dinero que tenía ahorrado y salí rápidamente de la rectoría con la intención de no regresar jamás. Caminé rauda y animada hasta un pueblo que había a unas treinta millas de la casa de mi padre; a la mañana siguiente, en fin, conseguía llegar a Londres.

Mientras iba de la parada de coches de postas al hotel no podía sino alegrarme de aquel súbito cambio que experimentaba mi vida; contemplaba

con inocente admiración el bullicio de las calles; me imaginaba feliz el encuentro con mi amado John, que adornaba con el tinte más colorista que tienen las fantasías; pero al llegar al hotel y preguntar por Mr. Fanshawe, el conserje de la recepción me dijo que no había allí caballero alguno que se hubiera registrado con ese nombre. Nunca supe cómo llegó a conocerse nuestro secreto, o cuáles y cuán grandes fueron las presiones de la familia sobre mi primo, tan pusilánime. El caso es que pudo el peso de la familia sobre nuestra decisión; con aquellos mis pocos años me encontraba de golpe en Londres, sola, sin saber qué hacer ni a quién acudir, sufriendo aquella desafección de mi primo y sintiendo a la vez que ni mi orgullo ni el respeto a mí misma me permitían regresar a la casa de mi padre.

A pesar del golpe recibido, supe levantarme. Busqué alojamiento cerca de Euston Road, donde, por primera vez en mi vida, pude disfrutar de los goces de la independencia. Tres días después de mi llegada un aviso inserto en The Times me obligó a acudir a un abogado, del que sólo sabía que trabajaba para mi padre. Aquel hombre me dijo, en tono intimidatorio, que tenía derecho a una muy modesta pensión, haciéndome saber, de paso, que jamás volvería a ser bien recibida en la casa familiar. Tuve una intensa y cruel sensación de abandono, aunque, orgullosa, dije al abogado que tenía tan pocas ganas de volver a ver a mi familia como ellos a mí. Esbozó una sonrisa, que me pareció de admiración por el valor que demostraban mis palabras, me hizo entrega del primer pago de la pensión asignada y me entregó además dos baúles bastante grandes, llenos con mis cosas, que le acaban de hacer llegar para que me los entregase. Busqué quien me los llevara a la habitación que había alquilado, y volví feliz, mucho más de lo que hubiera supuesto que podría serlo apenas una semana antes, y decidida a labrarme el mejor de los futuros.

Todo me sonrió durante varios meses; si allí acabaron las desdichas de mi vida, fue gracias a mi propio esfuerzo, desde luego. Tengo que confesar, sin embargo, un defecto, como lo es que a veces concedo excesivas confianzas a quienes no se las merecen. La dueña de la habitación que tenía alquilada, y que vivía en la misma casa, una mujer a la que dispensaba un trato más que notable, se tomó un día la libertad de hacerme no sé qué observaciones que me molestaron, ya no recuerdo qué fue, y como su actitud me pareció injusta y abusiva le pedí que abandonara mi habitación. «Esta misma noche tendrá usted su cuenta; abandone mañana temprano mi casa», me dijo, y añadió: «Si no me paga hasta el último penique no permitiré que se lleve sus cosas».

Su actitud, tan desagradable, me sorprendió, pero como contaba con aquella renta que me había sido asignada no me preocuparon sus bravatas.

Aquella misma tarde, nada más salir del despacho del abogado con bastante dinero, me ocurrió una de esas cosas que acaban por influir significativamente en el curso de una existencia. Aquel hombre tenía su bufete en una calle que se abría hacia la Strand, de un lado, y del otro al Támesis, cuyo acceso, sin embargo, quedaba interrumpido entonces por una larga y alta verja. Pues allí mismo vi, a cierta distancia, a mi madrastra, y de inmediato me di cuenta de que se dirigía justo al despacho del abogado, que yo acababa de dejar. Se hacía acompañar de una criada a la que no conocía; la sola contemplación del rostro de mi madrastra me hizo sentir indignada, pero no podía huir, por lo que me retiré hacia la verja sobre el Támesis, de espaldas a la calle; hice como que me entretenía mirando las barcas que pasaban por el río y el humo de las chimeneas de la otra orilla de Londres.

Allí estaba, sin conseguir dominar del todo mis turbulentas emociones, cuando a mis espaldas una voz me hizo una pregunta trivial. Era la criada de mi madrastra, a la que con sus habituales malos modos había dejado esperando en la calle mientras ella trataba de lo que fuese con el abogado. La muchacha no sabía, desde luego, quién era yo; no podía, pues, dejar que volara la ocasión que tan francamente se me presentaba, así que con muy poco esfuerzo conocí al instante las últimas novedades de la casa y de la rectoría de mi padre, por no hablar de su parroquia… No me extrañó que odiara su trabajo, según me dijo, y que tuviera una opinión no precisamente feliz sobre sus señores. Así y todo, tuve que hacer un gran esfuerzo por contenerme, pues me parecieron intolerables algunas de las cosas que decía; todo hubiera ido bien, hasta el momento en que tocara despedirnos, pero lamentablemente hizo ciertos comentarios acerca de la hija fugada del rector, refiriéndome su huida, que adornaba con los más escandalosos infundios. Mi carácter, tan noble como irreflexivo a menudo, no pudo soportar aquello. Alcé mi mano en un gesto de protesta, como para pedirle que no siguiera con aquello, pero lo hice tan violentamente que el paquetito en el que llevaba mi dinero salió despedido de mi mano, pasó entre los barrotes de la verja y cayó lentamente al río, tras rodar por la leve pendiente. Me quedé petrificada, pero al instante, y pues me pareció tan ridícula aquella escena, no pude sino echarme a reír a carcajadas. Aún me reía cuando salió del bufete del abogado mi madrastra, y la joven criada, que sin duda me tomó por loca, se fue corriendo para reunirse con su señora… Seguía riéndome, créame, cuando volví al despacho del abogado para contarle lo sucedido y pedirle un anticipo. Pero su respuesta hizo que me pusiera muy seria. Se negó a entregarme lo que le pedía. Descorazonada, no pude evitar las lágrimas, rogándole, hablándole

de lo mucho que necesitaba aquel dinero. Al fin aceptó adelantarme diez libras, de su propio bolsillo. «Soy pobre», me dijo: «No puedo prestarle nada más».

Cuando regresé a la habitación en la que había vivido hasta entonces, allí estaba la dueña de la casa, esperándome.

—Bien, señorita —me dijo con una amabilidad fingida, insolente—, aquí tiene la cuenta… ¿Tendría la bondad de pagarme ahora mismo?

—Se lo pagaré mañana temprano, señora; las cosas, a su debido tiempo —le respondí mientras arrancaba de su mano la cuenta con un grave aire de dignidad ofendida, conteniendo a duras penas la rabia que sentía.

Un simple vistazo a aquella nota bastó para que me echara a temblar, de tan perdida como me vi. Como disponía de dinero, fui despreocupándome de tal manera que superé con mucho los gastos que podía permitirme, con lo que mi deuda alcanzaba la notable cantidad, nunca podré olvidarme de aquello, de doce libras, trece chelines y cuatro peniques y medio… Me pasé toda aquella tarde junto a la chimenea, pensando en esa deuda… que evidentemente no podía pagar. Si no lo hacía, aquella mujer impediría que me llevara mis pertenencias, y sin mis baúles, y sin dinero, ¿cómo encontrar otro alojamiento? Si no se me ocurría algo pronto, estaba abocada a vivir a la intemperie y sin un penique, y además sin ropa para cambiarme durante al menos los tres meses siguientes, hasta que volviera a cobrar mi pensión. Así que, como lo podrá comprender cualquiera, no tuve más remedio que huir de allí. Mas se me presentó un inconveniente, ya que, apenas hube metido todas mis cosas en los baúles, me di cuenta de que no podía cargar con ellos.

No dudé, sin embargo; me puse un chal y un sombrero, me cubrí la cara con un velo muy tupido y salí en dirección al gran bazar de las oportunidades peligrosas pero sonrientes, lo que es decir las calles de la ciudad… Ya era tarde; como la noche estaba húmeda y ventosa había poca gente y unos cuantos policías, a los que consideré entonces, dada la misión que me llevaba por allí, poco menos que mis enemigos; en cuanto veía a lo lejos la linterna de uno de ellos alteraba mi rumbo y me distanciaba de él lo más posible. Unas cuantas pobres mujeres iban calle arriba y calle abajo; aquí y allá se veía algún que otro joven que regresaba borracho a su casa; en la boca de los callejones acechaban los bellacos… Llegué a sentirme al borde de la desesperación cuando comprobé lo difícil que me resultaría encontrar ayuda entre aquella gente.

Finalmente, en una esquina, pegué un traspié que me llevó a los brazos de un hombre; por su aspecto parecía todo un caballero, con su abrigo de piel,

fumando un buen cigarro; en resumen, que parecía un hombre de buena posición. Aún conservo, al menos eso me digo, parte de la belleza que atesoré en mi juventud, aunque el paso del tiempo me haya ajado y por mucho que el tiempo haya arruinado mi figura… Aquella noche, aun tapándome con un velo, gusté a aquel caballero, lo noté al instante, y eso me envalentonó.

—Caballero —le dije mientras sentía latir mi corazón con violencia—, ¿podría una dama confiar en usted?

—Bien, querida —dijo quitándose el cigarro de los labios—, eso depende de las circunstancias… Si tiene la bondad de levantar su velo…

—Caballero —le interrumpí—, no se confunda conmigo; solicito su ayuda pero sin recompensa a cambio.

—Es usted muy directa —dijo—, pero lo que dice no me resulta muy tentador… ¿Para qué servicio me reclama?

Sabía perfectamente que no podía decirle la verdad tras un intercambio de palabras tan breve.

—Si me acompaña —le sugerí— a una casa que no está muy lejos de aquí podrá comprobarlo por sí mismo.

Me miró largamente, dudando; después tiró su cigarro al suelo, aunque apenas lo había fumado en una cuarta parte, y dijo: «Bien, pues vayamos». Muy cortésmente me ofreció su brazo, como hombre bien educado que era. Lo acepté, como era lógico, y apartándome del camino más corto hasta la casa, dándole conversación a fin de que notara inequívocamente cuál era mi posición social, llegamos ante la puerta de la casa. Estaba segura de que todo aquello que le dije había llamado poderosamente su atención, y le pedí, antes de usar la llave, que por favor hablara en voz baja y que no hiciera ruido. Prometió hacer lo que le pedía; ya en el interior, le conduje hasta el comedor y luego al saloncito de estar contiguo a mi cuarto, que por suerte estaba cerca de la puerta.

—Y bien, señorita —me dijo mientras encendía una vela con los dedos temblándome—, ¿qué significa todo esto?

—Le pido por favor que me ayude a sacar de esta casa esos dos baúles —le dije no sin dificultad, me daba una vergüenza horrible pedirle aquello—, sin que nadie nos oiga.

—Antes, quiero verle la cara —dijo alumbrándome con la vela.

Quité de mi rostro el velo con que me cubría, en absoluto silencio, y lo miré francamente, con toda la decisión de que fui capaz. También él me miró fijamente, con la vela en alto.

—De acuerdo —me dijo—; ¿adónde quiere que los llevemos?

Supe que le había convencido, y con una voz en la que no pude disimular cierto temblequeo, le respondí:

—Bueno, quizás podamos llevarlos a la esquina de Euston Road; allí a lo mejor encontramos un coche, todavía los hay en la plaza a esta hora…

—Muy bien, señorita —dijo al tiempo que se echaba sobre los hombros el más pesado de los baúles mientras con una de sus manos levantaba el segundo por el tirador de un extremo, pidiéndome que hiciera lo mismo con el otro. Así abandonamos aquella casa, en absoluto silencio, y llegamos sin mayores problemas hasta la esquina de Euston Road. Allí, aquel caballero se paró ante una casa que aún tenía encendidas las luces.

—Le sugiero, señorita, que dejemos aquí los baúles mientras vamos en busca de un coche en la otra esquina; desde allí podremos vigilarlos y evitaremos a la gente el curioso y llamativo espectáculo que supone ver a una dama joven, acompañada de un caballero, y con un par de baúles a cuestas por las calles de Londres.

Así lo hicimos, felizmente; al poco pasó por allí un policía, que nos alumbró con su linterna y se metió después en un portal, aunque sin dejar de observar nuestros movimientos.

—Parece que no hay coches a la vista, señor agente —le dijo mi acompañante, con un tono de amabilidad bastante forzada.

La respuesta que recibió del policía no fue precisamente cívica; como aquel caballero cometiera además el error de ofrecerle un cigarro, lo rechazó de manera harto desabrida. Me hizo mi acompañante un gesto para que nos apartáramos del agente y allí seguimos, de pie en la acera, ahora bajo la lluvia, mientras el policía seguía mirándonos desde la cubierta que le ofrecía el portal.

Después de mucho rato de espera bajo la lluvia vimos llegar un coche tirado por un caballo que con sus cascos chapoteaba en el barrizal provocado por el agua. Mi acompañante llamó al cochero para que se acercara.

—Espere un momento, que tenemos el equipaje un poco más allá.

Allí estuvo a punto de concluir nuestra aventura; cuando el policía nos vio cargar con aquellos baúles bajo la lluvia albergó algo más que una sospecha sobre nosotros y prácticamente nos tomó por reos de cualquier endemoniada fechoría. En la casa en cuya entrada habíamos dejado los baúles acababan de apagar las luces, por lo que se acentuaba la oscuridad de la calle a aquella altura; no creo que hubiera jamás dos inocentes que pareciesen tan sospechosos como nosotros entonces.

—¿De dónde han sacado eso? —preguntó el policía señalando los baúles y alumbrando con su linterna la cara de mi acompañante.

—De esa casa, por supuesto —dijo el caballero mientras se echaba un baúl a la espalda.

El policía comenzó a silbar, burlón, mientras se giraba para echar un vistazo a las ventanas de aquella casa, en las que ya no se veía una luz. Pareció que iba a llamar a la puerta, lo que creí supondría nuestra ruina, pero al ver que ya nos íbamos, y que lo hacíamos con bastante prisa no obstante el peso que llevábamos, salió detrás de nosotros.

—Dígame adonde vamos, por el amor de Dios —me rogó mi acompañante.

—A donde sea —contesté angustiada—; no tengo ni idea, vayamos a donde le parezca…

Una vez colocados los baúles en el coche, y sentados nosotros en su interior, aquel hombre, mi auténtico salvador, dijo al cochero muy claramente y muy alto la dirección a la que debía poner rumbo, que no era sino esta misma casa en la que estamos. Miré hacia atrás y vi al policía como petrificado en la acera, mudo de asombro al oír aquella dirección; lo último que esperaba, a buen seguro, era que nos dirigiésemos a una zona tan aristocrática. Reaccionó casi al momento, sin embargo; sacó su libreta, anotó el número del coche y dijo algo al oído del cochero.

—¿Qué le habrá dicho? —pregunté a mi acompañante cuando echamos a andar.

—Me lo puedo imaginar perfectamente —me respondió—; estamos condenados, señorita, a ir a esa dirección que he dicho… Si le dijéramos otra ahora, tenga por seguro que el cochero nos llevaría directamente a la comisaría. Pero, permita que la felicite por la templanza de sus nervios; en lo que a mí respecta, no puedo más que jurarle que he pasado un gran susto, el mayor de mi vida, probablemente.

Pero mis nervios, por el contrario, estaban francamente alterados a pesar de lo que a él le parecía… No podía ni hablar; hice todo el trayecto sumida en un profundo silencio. Cuando estuvimos ante la puerta de esta casa, el joven caballero extrajo unas llaves de su bolsillo y abrió tranquilamente, con todo el aire de un digno propietario de semejante mansión. Ordenó entonces al cochero que metiera los baúles en el vestíbulo y después le dio una excelente propina. Luego me hizo pasar a este comedor, que permanece tal cual estaba entonces, si bien se notaba en aquel tiempo que era el comedor de la casa de un soltero; me sirvió después una copa de vino sugiriéndome que lo bebiese

pues me sentaría bien. Tan pronto como di un sorbo noté que me volvía la voz.

—¡Dios mío! ¿Pero dónde estamos? —pregunté admirada.

Me dijo que estábamos en su casa, donde era bienvenida y donde no tenía que ocuparme más que de recuperar el aliento y descansar. Me sirvió otra copa de vino, que realmente necesitaba, pues aún me sentía abandonada de mis fuerzas y en un estado de gran agitación, si no a un paso de la histeria, y sentándose junto al fuego del hogar encendió otro cigarro y comenzó a fumarlo en silencio, mirándome con mucho interés.

—Bien, pues ahora que parece más tranquila —me dijo al fin—, ¿tendría la bondad de contarme en qué delito he sido su cómplice?

¿Es una asesina, una contrabandista, una ladrona, o sólo se ha largado de una casa al amparo de la luna, para no pagar el alquiler?

La verdad es que me había molestado que encendiera un cigarro sin pedirme permiso para hacerlo, ya que no olvidaba su galante gesto de arrojar el que fumaba cuando comenzamos a hablar en la calle; sin embargo, al oírle hablar de manera tan explícita, una manera que me resultó casi insultante, tuve claro que, en vez de enfrentarme a él, haría mejor tratando de ganarme su favor. De forma un tanto peripatética, aunque al poco de empezar a hablar fui recobrando mi vivacidad habitual, mi sentido del humor, empecé por contarle brevemente el ambiente en que vine al mundo, las circunstancias de mi fuga y las desgracias en que me veía envuelta desde hacía unos días… Me escuchó con mucha atención y en silencio, sin interrumpirme, fumando con gran elegancia.

—Miss Fanshawe —me dijo cuando acabé—, me parece usted una criatura tan encantadora como graciosa; bueno, creo que será mejor que vaya mañana a primera hora a pagar su cuenta pendiente.

—No malinterprete mi confianza, caballero —le respondí, molesta—; si me conociera sabría que no puedo aceptar su dinero.

—Me parece que su patrona no será tan escrupulosa con respecto a mi dinero —me dijo—; pero no pierdo la confianza en convencerla, por muy dura y difícil de conquistar que se muestre usted, señorita… Le ruego por favor que considere mi ofrecimiento de manera tan crítica como indulgente para con mis pretensiones… Me llamo Henry Luxmore y soy el segundo hijo de Lord Southwark. Tengo una renta de nueve mil libras al año, esta casa en la que estamos y otras siete residencias en las más distinguidas zonas de esta ciudad… No creo que mi presencia resulte repulsiva a los otros, y en cuanto a mi carácter, creo que puede juzgar por sí misma, usted me ha puesto a

prueba… Me parece usted, Miss Fanshawe, la criatura más original de cuantas personas he conocido hasta ahora; no creo necesario decirle lo que tan bien sabe, que es usted realmente bella, por lo que nada más tengo que añadir, salvo que, aunque le parezca una tontería, acabo de enamorarme de usted.

—Caballero —le dije—, estoy preparada para aguantar que se me juzgue mal, por lo que he hecho, pero creo que el simple hecho de que haya aceptado su generosa hospitalidad debería bastar para librarme de ser insultada.

—Perdóneme —me rogó—, pero le propongo matrimonio.

Se echó hacia atrás en el sillón y sin dejar de mirarme se llevó de nuevo el cigarro a los labios.

Su proposición me dejó la mar de confundida, no sólo por imprevista sino por la forma en que me pidió en matrimonio. Sabía muy bien, sin embargo, cómo lograr cuanto se proponía; era, además de muy bien parecido, atractivamente frío en su comportamiento… En fin, digamos, a fin de no extenderme en demasía, que unos días después de aquello me convertí en la esposa del honorable Henry Luxmore.

Bien puedo decir que durante casi veinte años llevé una vida tranquila y regalada. Mi querido Henry tenía sus defectos, claro; me vi obligada a abandonar en dos ocasiones el amparo que me brindaba su techo, pero no por mucho tiempo; es verdad que a veces tenía raptos de mal humor, pero no es menos cierto que su fondo era bondadoso; era, en suma, un buen hombre, más allá de lo que a veces pudiera parecer por su carácter, y yo le amé con ternura a pesar de todos sus defectos. Al cabo, sin embargo, se me fue; tan grande es el poder de autoengaño que tenemos, tan extraños son los pensamientos de un moribundo, que en su último hálito de vida dijo que me perdonaba, que prefería olvidarse de mi carácter violento.

De nuestro matrimonio nació mi hija Clara, una auténtica joya, que heredó sin embargo las sombras del carácter de su padre; en todo lo demás, no obstante, y no creo que me ciegue el amor de madre, salió a mí; puedo decir que en sus aspectos morales es como yo. Por mi parte, es más que seguro que haya cometido numerosos errores a lo largo de mi vida, pero como madre puedo decir bien alto que no hay nada que echarme en cara. Ante mi hija se abría un futuro espléndido; quise, además, mantener con ella una relación relajada, sin equívocos, que me sirviera de reposo. Pero no pudo ser. Quizás le sorprenda saber que se escapó de casa… Una especie de caprichoso interés por las nacionalidades oprimidas —Irlanda, Polonia, países así, ya sabe— hizo que perdiera su buen juicio; si por casualidad un día se encuentra usted con una joven muy atractiva que se apellida Luxmore, Lake o Fonblanque,

pues según he sabido suele usar esos tres apellidos, y algunos más, dígale en mi nombre que le perdono la crueldad con que trató a su madre; dígale también que aunque jamás la vuelva a ver tengo la mejor disposición para pasarle una generosa renta.

Cuando murió Mr. Luxmore traté de concentrarme en los negocios para liberarme de la pena y de la soledad que sentía. Creo haber aludido a las siete mansiones que, además de esta, formaban parte del patrimonio de mi esposo; pues bien, en realidad descubrí que se trataban de auténticos elefantes blancos, por así decirlo; la verdad es que la codicia de los inquilinos, por una parte, y el deshonesto proceder de unos cuantos abogados, por otra, combinado todo eso con la inutilidad de los tribunales, han hecho de esas casas una auténtica carga para mí, me han supuesto una ruina. Apenas puse manos a la obra de encargarme de todos esos negocios topé con tantas injusticias, abusos y demás, que me vi envuelta en una sucesión de juicios, algunos de los cuales todavía me ocupan en el presente. Seguro que ha oído usted mi nombre por ahí; soy esa Miss Luxmore de la que tanto se habla en las crónicas de tribunales de los periódicos. Curioso destino para alguien como yo que, desde mis primeros días, ansió la paz de una manera casi cobarde. Aunque no es menos cierto que, una vez me decido a llevar a cabo algo, no cejo en mi empeño, y si es preciso muero en ello, antes que ceder un ápice, a pesar de cuantos impedimentos se me pongan por delante, a despecho de todos los obstáculos que me vea obligada a superar. De mis abogados no he recibido más que ingratitud e insolencia; en mis adversarios he comprobado el vicio de la obstinación, algo que se me antoja lo más despreciable de todo; por parte de los jueces he tenido un trato correcto, es cierto, siempre me han demostrado buena educación, pero pocas cosas puedo decir acerca de su independencia de criterio; la verdad es que no he podido ver en ellos pruebas de que conozcan las leyes, ni de esa entrega honesta, esa rectitud que debe prevalecer en quien desempeña el que acaso sea el más augusto de los oficios humanos, como lo es el de juez. Pues bien, como le digo, aún me veo obligada a luchar contra todos estos imposibles; pero le aseguro también que lo hago con una perseverancia indesmayable.

En cierta ocasión, tras haber perdido uno de esos innumerables casos en los que me he visto envuelta (un asunto en el que prefiero no entrar en detalles por ahora), se me ocurrió hacer algo así como un melancólico peregrinaje por todas esas mis casas… Cuatro de ellas estaban cerradas y sin habitar; eran como enormes pilastras de sal que se hubieran alzado para dar testimonio de la corrupción propia de este tiempo nuestro y de la pérdida de

los valores. Otras tres de aquellas casas estaban ocupadas por gentes que me habían traído a mal traer, hasta hacer que me consumiera casi, poniéndome un pleito tras otro, acudiendo a un subterfugio legal tras otro; yo quería largar a esas personas a la calle y me empeñaba en ello removiendo cielo y tierra. Eso era precisamente lo más triste; se me rompía el corazón al verles ocupando esas casas que me pertenecían tanto como la carne de mi cuerpo, mostrándome descaradamente los dientes en su risa.

Aún me quedaba una por visitar, esta en la que estamos. Yo, por aquel entonces, me hospedaba en un hotel, y acaso pueda decir que es donde más me ha gustado vivir siempre, mientras tenía la casa alquilada al coronel Geraldine, un caballero que asistía al príncipe Florizel de Bohemia[6], del que supongo que habrá oído hablar… Bien; yo imaginaba que, dado el rango de la persona a quien tenía alquilada esta casa, podría tratar de negocios sin mayores problemas… Pero mi sorpresa resultó mayúscula cuando me encontré esta casa con las cortinas corridas y al parecer abandonada… No puedo negar que aquello me resultó ofensivo; para mí, una mansión, igual que debe hacerse con un yate, tiene que mantenerse habitada; decidí al instante que tenía que poner el caso en manos de mi abogado. Pero aquella visita, además, hizo que volaran mis recuerdos a otro tiempo; merced a ese influjo tierno con que a menudo se tiñen las evocaciones, me senté enternecida frente a la puerta, en el murete que separa la casa del jardín de la plaza.

Era el mes de agosto y hacía calor aquella tarde. Todo este lugar, como puede comprobarlo, queda bajo el amparo de las ramas de un gran castaño; la plaza estaba desierta aquella tarde y el viento me traía una música lejana; digamos, pues, que me sentía mecida por sensaciones melancólicamente agradables, en ese estado equidistante de la felicidad y de la pena pero que se impregna de ambas. Me sacó de aquellas abstracciones la llegada de una caravana grande, tirada por magníficos caballos, en la que iban varios hombres de aspecto decente. Me fijé en que las puertas de aquella caravana no tenían nombre comercial alguno, sino que lucían un escudo de armas, pequeño, empero, como para que pudiese verlo con claridad desde la distancia en la que estaba. La caravana se detuvo, en fin, ante mi casa; uno de aquellos hombres empujó la puerta mientras sus compañeros, siete en total, porque los conté, empezaron de inmediato a descargar ordenadamente baúles y otros bultos que metían en la casa, así como cestas con damajuanas y cajas de embalar vajillas y mantelerías. Uno de ellos abrió del todo las ventanas, como para que la estancia se airease, y vi entonces que en el salón comedor colocaban una gran mesa. Me pareció evidente que mi inquilino regresaría en

breve acaso de un largo viaje, y aunque estaba resuelta a no permitirle ni siquiera un mínimo menoscabo de mis derechos de propietaria, me tranquilicé al observar el buen orden y la disciplina con que los mozos de cuerda procedían, así como los buenos útiles que empleaban para hacer su trabajo. En eso pensaba cuando vi que, sorprendentemente, cerraban las ventanas y abandonaron la casa para subirse de inmediato a la caravana; el último en salir cerró con llave y se alejaron al instante. La casa seguía abandonada, como si sus ventanas mirasen con tristeza a la plaza; me sentí como si hubiera tenido una visión.

Pero no fue una visión, qué va… Me puse en pie y a través de la cristalera que hay sobre la puerta de entrada vi que habían encendido las lámparas aunque aún se dejaba sentir con bastante intensidad la luz diurna; eso significaba, claro está, que se esperaba la llegada de alguien para aquella misma noche. ¿Quién habría podido disponer semejantes y tan secretos preparativos?, me pregunté con gran indignación. Créame, no soy una persona que guste de melindres, pero no es menos cierto que observo ciertas normas de moralidad y elegancia; si mi casa, la casa que compartí con mi esposo, servía de *petite mansión* de alguien, no tendría más remedio que meterme de nuevo en una denuncia judicial, por muy enojoso que me resultara hacerlo. Me fui a cenar a mi hotel, no sin hacerme el firme propósito de regresar más tarde para comprobar si mis sospechas eran o no infundadas.

Allí estuve, de vuelta a mi puesto de vigilancia, a las diez. La noche era clara y tranquila; lucía muy alta la luna y con más fuerza que las farolas de la calle; el castaño hacía una sombra más negra que la tinta. Aguardé al amparo de aquella sombra, sentada en el murete del jardín y con la espalda contra la verja, bien situada frente a mi casa que resplandecía hermosa bajo la luz de la luna. De nuevo volaron mis mientes a los recuerdos de otro tiempo. Los relojes de la ciudad anunciaron las once horas de la noche y casi al instante vi acercarse a un caballero de aspecto muy distinguido y relajado, que fumaba despreocupadamente y que iba vestido de etiqueta, lo que se notaba a pesar del gabán que llevaba sobre los hombros. Aquel hombre tenía un porte extraordinario; poseía una gracia tal en sus maneras que no pude sino fijarme en él con atención más que interesada… Ya ante la puerta de mi casa, extrajo una llave de su bolsillo, abrió y se metió en el salón comedor, perfectamente iluminado.

Apenas lo perdí de vista cuando vi a otro hombre, bastante más joven, que llegaba hasta mi casa, caminando aprisa, desde el lado opuesto de la plaza. Iba, sin embargo, muy cubierto, casi embozado, lo que no podía por menos

que llamarme la atención, tratándose de una maravillosa noche de verano. Miraba de continuo hacia atrás, como inquieto. Llegó ante la puerta, subió el primer escalón, pero cuando parecía que iba a llamar se dio la vuelta y se fue… A medio camino, cuando creí que lo perdería de vista, se detuvo de nuevo; ahora pareció dudar; dio unos pocos pasos y volvió a pararse; entonces, no sin cierta violencia en sus gestos, se dio media vuelta, llegó a toda prisa hasta la puerta y llamó. El primero en llegar le hizo pasar de inmediato.

Aquello no podía sino despertar aún más mi interés. Busqué el lugar en el que la sombra del castaño era aún más oscura y me puse a esperar, segura de que ocurriría algo más. En efecto, no mucho después apareció otro joven, por el mismo lado de la plaza que el anterior, caminando con pasos rápidos pero silenciosos, tapado hasta la nariz como el otro. Se detuvo ante la puerta y miró también a uno y a otro lado; en aquel silencio y en aquella soledad de la noche dio unos pasos, pegó la oreja a la reja y pareció que escuchaba lo que sucedía en el interior. Desde el comedor se dejaron sentir risas, una botella de champán que se descorchaba… El segundo joven se animó entonces, sacó una llave, pero en vez de abrir la puerta lo hizo para franquearse la entrada a otra que llevaba al sótano de la casa. Vi que, cuando bajaba por la escalera hacia la puerta del sótano, y su cabeza quedaba a la altura del bordillo de la acera, echó un vistazo a la plaza como si quisiera cerciorarse de que nadie lo veía, con el embozo descuidadamente caído sobre el cuello ahora. Me impresionó observar, bajo la luz de la luna, su palidez, la agitación que se dibujaba en su cara.

No podía seguir pasiva. Estaba segura de que algo malo se urdía en mi casa, así que crucé la calle para llegar ante la reja de la entrada. No había nadie en la escalera de acceso al sótano, por lo que aquel segundo hombre tenía que estar ya en el interior de la casa, sabía Dios con qué malvados propósitos, me dije… Nunca me han faltado el valor y la decisión necesarios; como aquel hombre se había olvidado de cerrar la verja, la empujé suavemente y me dirigí escaleras abajo, hacia el sótano. Y en el sótano de la casa, fui hasta la despensa de la cocina, cuya puerta tampoco estaba cerrada; supuse entonces que aquel hombre, al que tomaba ya decididamente por un criminal, había dejado la puerta de la cocina abierta a propósito para facilitar su huida; pensar aquello no hizo sino rearmarme de valor; cerré la puerta con cuidado y entré.

Desde el comedor se dejaban sentir las voces de una conversación relajada. Allí abajo el silencio era absoluto y la oscuridad me pesaba en los

ojos; di entonces en reparar en la situación, acaso peligrosa, en la que me encontraba; sin ser invitada me había aventurado en algo que acaso fuera terrible, sin nada ni nadie que pudiera socorrerme, por lo que, debo decirlo, el miedo comenzó a embargarme… No obstante, al girarme vi que un poco más allá había luz justo en el suelo; cuidando de no hacer ruido me dirigí hacia aquel resplandor, que provenía del cuarto donde se preparaban los postres; la puerta estaba entreabierta y por allí se filtraba aquella luz. Me acerqué con sumo cuidado, extremando las precauciones, y vi a aquel segundo hombre joven sentado en una silla, tratando de escuchar con suma atención las voces que llegaban desde el comedor. En la mesa tenía un reloj, dos relucientes revólveres y una linterna tipo ojo de toro. En un segundo me cruzaron la mente un montón de teorías contradictorias e ideas acerca de qué hacer, pero me limité a cerrar la puerta bruscamente, dejando allí encerrado al que tenía por malhechor. Sorprendida por mi propia decisión me apoyé en la pared, casi sin resuello. No se oía el menor ruido; aquel hombre, fuera quien fuese, parecía aceptar los hechos con resignación y sin lucha, mientras me complacía en imaginármelo donde estaba, helado por el miedo y esperando lo peor por llegarle de un momento a otro. Me prometí que no habría de sentirse decepcionado en tal sentido y me fui escaleras arriba.

La situación, según ascendía por las escaleras hasta la primera planta de la casa, no podía sino hacer que aflorase mi sentido del humor. Allí estaba yo, la propietaria de la casa, que había entrado a hurtadillas; y allí, en el gran salón comedor, estaban aquellos dos caballeros sin saber de mi presencia, cenando ya tranquilamente, salvados precisamente por mi irrupción en la casa. Desde luego que hubiera resultado muy extraño que no me hiciera sonreír todo aquello.

Detrás de este salón comedor hay una pequeña habitación que utilizamos como biblioteca. Bien, pues allí dirigí mis pasos con andar cauteloso; por lo que le referiré de inmediato podrá darse cuenta de que soy una persona a la que asiste la fortuna. Ya he dicho que la temperatura era alta, así que, para que corriera el aire en el salón, y sin duda para que la casa siguiera pareciendo desocupada, habían abierto de par en par la ventana de la biblioteca, y dejado entreabierta la puerta que comunicaba el salón comedor con esa habitación. Tranquilamente, pues, pude mirar desde allí sin ser vista.

Las velas y los velones de cera, en los candelabros de plata puestos sobre los brillantes damascos que cubrían la mesa, me permitieron ver los restos de la exquisita cena fría que habían tomado. Los dos caballeros, satisfechos, degustaban ahora sendos cigarros y un licor de marrasquino, mientras se hacía

el café en un infiernillo de alcohol, labrado en plata, a la manera del Oriente. El mayor de ambos, el que primero había arribado a la casa, estaba sentado justo frente al lugar desde el que les observaba; el otro, a su izquierda. Ambos, como el hombre del sótano antes, parecían ahora, sin embargo, escuchar algo raro, algo que dibujó la preocupación en sus semblantes. Cuando volvieron a hablar, no obstante, quien comenzó a sentir cierta inquietud fui yo.

—Le aseguro —decía el mayor— que no sólo he oído un portazo, sino también los pasos de alguien que tratara de no hacer ruido…

—Su Alteza se habrá confundido —replicó el otro—. Le aseguro que tengo muy buen oído, por lo que puedo jurarle que ni se han dejado sentir los pasos de un ratón en esta casa.

Aunque decía eso, la palidez de su cara y el rictus de inquietud que lo invadía demostraban lo contrario de sus palabras.

Su Alteza (en quien reconocí de inmediato al príncipe Florizel de Bohemia) miró al otro durante una fracción de segundo; aunque no pareció inmutarse, lo cierto es que me di cuenta de que su acompañante no había conseguido tranquilizarlo.

—De acuerdo —dijo el príncipe—; hablemos de otro asunto… Caballero, ya que le he confesado los sentimientos e ideas que me animan, le pido sea conmigo tan directo como yo lo he sido con usted.

—Le he escuchado —dijo el otro— con grandísimo interés.

—Y con singular paciencia —añadió cortésmente el príncipe.

—Su Alteza me reconoce con una simpatía que no esperaba —le devolvió el cumplido el joven—. Aún no puedo explicarme el cambio que experimentan mis sentimientos, pero admito que posee un encanto capaz de rendir hasta a sus más enconados enemigos —dijo mirando el reloj que había en la repisa de la chimenea y añadió—: ¡Ya es muy tarde! Alteza, bien sabe Dios que se lo digo con el corazón en la mano, debe salir cuanto antes de esta casa.

El príncipe se quedó mirando unos segundos a su acompañante y sacudió despaciosa y cuidadosamente la ceniza de su cigarro, que comenzaba a caerse.

—Acaba de hacerme una observación extraña —dijo—; pero, *à propos de bottes*, no me gusta acabar un cigarro cuando se le cae la ceniza; eso hace que desaparezca el encanto que tiene fumar; es como si se esfumara el alma que confiere su sabor al tabaco para dejarnos sólo su cadáver… Cuando ocurre esto, desecho el cigarro que fumo y enciendo otro…

El príncipe pasó de las palabras a la acción.

—Le sugiero que tenga en cuenta mi advertencia —le dijo entonces el joven con voz trémula—; le aseguro que hago esto a costa de mi honor y poniendo en peligro mi vida. ¡Váyase ahora mismo, Alteza! No pierda más tiempo; y si siente alguna simpatía por este joven que le habla, este joven miserablemente engañado, pero que aún conserva buenos sentimientos, no mire hacia atrás al salir de esta casa.

—Caballero —le dijo el príncipe—, si estoy aquí es porque le sé honorable; por eso le prometo que considero que su palabra de honor me es suficiente para sentirme a salvo… Ya está el café; temo tener que molestarle de nuevo…

El príncipe, con un elegante gesto de su mano, pareció invitar al otro a servir el café.

El atribulado joven se levantó del asiento que ocupaba.

—Se lo pido por lo que más quiera —dijo el joven—; compadézcase de mí, ya que no parece hacerlo de sí mismo; váyase de aquí cuanto antes, salga de esta casa antes de que sea tarde.

—Caballero —le dijo el príncipe—, digamos que no soy fácil presa del miedo y que, además, si tengo un defecto, tal es el de la curiosidad extrema. Su insistencia en que me vaya de esta casa, en la que tengo el placer de recibirle, deviene, pues, en una actitud errónea por su parte. Por lo demás, permita que le diga que, si nos amenaza algún peligro, será por su culpa, no por la mía…

—No sabe usted a qué me condena —dijo el otro—; pero yo no quiero tomar parte en esto…

Y tras decir así, sacó una redoma que llevaba guardada en un bolsillo, bebió el contenido de un trago, y casi al momento cayó de espaldas al suelo. El príncipe se levantó para socorrerlo, pero en vano; aquel joven se debatía sobre la alfombra entre convulsiones. «¡Pobre insecto!», pude oír que decía el príncipe, y que seguía: «¿Qué resulta más terrible, la debilidad o la maldad? ¿Cómo es posible que la simpatía que inspiran unas ideas que en sí mismas no resultan innobles, pueda llevar a un hombre a una muerte tan deshonrosa?»

Justo en ese preciso instante empujé la puerta y entré en el salón.

—Alteza —le dije—, no es el momento más adecuado para moralizar, así que, si nos damos la debida prisa, quizás podamos salvarle la vida a esta criatura; del otro no se preocupe, que lo tengo bien encerrado bajo llave y cerrojo.

El príncipe me miraba, no alarmado, sino confuso, estupefacto; tanto es así que a punto estuve de perder el control de mí misma.

—Querida señora —dijo al fin—, ¿podría decirme quién demonios es usted?

Yo estaba ya junto al joven agonizante. No tenía la más remota idea de cuál era el veneno que había ingerido para atentar contra su vida, por lo que no me quedó más remedio que tratar de reanimarlo con diferentes antídotos. Allí había, por ejemplo, aceite y vinagre, ya que el príncipe quiso regalar al joven con una de sus celebradas ensaladas, por lo que le hice beber casi media pinta de cada, pero no reaccionó; le di entonces café caliente en una cantidad próxima al cuarto de pinta.

—¿No tiene leche? —pregunté al príncipe.

—Mucho me temo, Madam, que se me ha olvidado la leche —me respondió.

—Pues entonces deme sal —le pedí—; la sal es un revulsivo, páseme la sal…

—¿Y acaso un poco de mostaza? —me preguntó Su Alteza mientras vaciaba en una bandeja todos los saleros.

—¡Oh, sí! —exclamé—. ¡Muy buena idea! Diluya media pinta de mostaza en otro tanto de agua…

Cualquiera sabe si fue la sal, la mostaza, o la combinación de tantos eméticos repulsivos, pero lo cierto es que apenas pasó por su garganta aquello el joven agonizante comenzó a revivir.

—¡Por fin! —grité con una más que comprensible sensación de triunfo—. ¡He salvado una vida!

—Sin embargo, Madam —comenzó a decir el príncipe—, su compasión puede que no sea sino crueldad; cuando alguien pierde el honor resulta cruel conservarle la vida.

—Eso lo dice Su Alteza porque jamás ha padecido una existencia tan cambiante y sobresaltada como la mía; si no, opinaría precisamente lo contrario —le repliqué—. En lo que a mí respecta, y aun sumida en el colmo de las desgracias, seguiré aguardando ilusionada la llegada de un nuevo día.

—Habla usted como una dama, Madam, y quizás esté en lo cierto —me concedió el príncipe—. Pero creo que, si se da libertad de obrar a los hombres, exigiéndoseles por el contrario tan poco, el fracaso no merece compasión. Mas consienta que le haga la misma pregunta de antes, aunque ahora con mayor elegancia y cortesía: ¿quién es usted y a qué se debe el honor de su presencia?

—Soy la dueña de esta casa en la que estamos —respondí.

—Me parece que aún no logro entender… —dijo el príncipe.

431

La aventura de Somerset. La mansión superflua

Pero en ese momento comenzaron los relojes a dar las doce horas de la noche, y el joven, apoyándose en un codo, lanzó un quejido lastimero; tenía en la cara una expresión de horror y desesperación como nunca antes me había sido dado contemplar en nadie. «Las doce, ¡Dios mío!», gritó.

El príncipe y yo nos quedamos helados, sin decir una palabra. Aún no habían acabado de dar las doce campanadas los relojes de la casa cuando se dejó sentir el estruendo de las campanadas de los relojes de Londres dando la hora. Apenas oímos la segunda campanada del Big Ben cuando sentimos una brutal explosión en la casa. El príncipe corrió hacia la puerta de la biblioteca, mas no obstante lo brusco de sus movimientos logré atajarlo y ponerme ante él.

—¿Va usted armado? —le pregunté.

—No, señora —me dijo—. Pero gracias por recordármelo, cogeré ese atizador de la chimenea…

—El hombre que está encerrado abajo —le dije— tiene dos revólveres. ¿Cree que podrá hacerle frente con eso?

Se detuvo, dudando.

—Pero, Madam, el caso es que no podemos irnos de aquí sin saber qué ha ocurrido —dijo el príncipe.

—No —le interrumpí—, no me refiero a eso. Tengo tanta curiosidad como usted, pero me parece que será mejor avisar a la policía. Claro que, si Su Alteza lo prefiere, a fin de evitar un escándalo, también podemos llamar a sus servidores…

—No, Madam —dijo el príncipe con una sonrisa—; me sorprende que una dama como usted, tan valiente, proponga semejante cosa… ¿Pretende que otros hagan por mí lo que soy capaz de resolver perfectamente?

—Está usted en su derecho —repliqué—; puede que estuviera equivocada… Vamos, pues; yo alumbraré con esta vela…

Bajamos al sótano, él con su atizador en ristre y yo con la vela; fuimos hasta el cuarto en donde había dejado encerrado a aquel joven y abrí la puerta. Para ser breve, le diré que ya me había preparado para el espectáculo que podría ofrecérseme allí abajo, o sea que ya me había hecho a la idea de ver a aquel villano muerto, aunque la verdad es que no pude sustraerme a la impresión que me provocó comprobar que ese hombre se había suicidado de forma tan violenta. El príncipe, sin embargo, pareció inmutable ante aquel horror; me prestó auxilio con su más respetuosa galantería y me condujo de

vuelta al salón comedor. Allí estaba aún, si bien mostrando en el rostro una palidez mortal, nuestro paciente; ya bastante recobrado, había tomado asiento en una silla. Nada más vernos entrar extendió sus manos hacia nosotros como si nos pidiera una explicación de lo que había sucedido, con gesto de anonadamiento.

—Está muerto —se limitó a decir el príncipe.

—Yo era quien tenía que haber muerto —dijo el joven—. ¿Qué hago yo aquí, justo en la casa en la que se ha verificado mi infamia, mientras él, mi mejor camarada, sin duda culpable de tantas cosas pero a la vez fiel como ninguno, ha decidido juzgarse y al tiempo imponerse una fatal condena para expiar una culpa de la que no era responsable? Señor, y usted, Madam, sin cuyo auxilio cruel no habría escapado yo a mi propia conciencia acusadora, aquí se les muestra una víctima tanto de sus propias infamias como de sus virtudes. Vine al mundo odiando ya las injusticias y desde mis más tiernos años mi sangre se rebelaba contra los cielos cuando veía a los enfermos, y contra los hombres cuando veía el sufrimiento de los pobres; las golosinas se me atragantaban cuando veía a un desheredado comer su mendrugo de pan y se me saltaban las lágrimas ante la presencia de un niño impedido. ¿Se pueden tener por innobles estos sentimientos? Pero aquí estoy, víctima de esas abisales ideas… Año tras año fue creciendo en mí la solidaridad con los desheredados. ¿Acaso podía confiar en los reyes? ¿Qué esperanzas podía tener en las clases adineradas? Conozco bien el devenir de la historia. Sé bien que el burgués, el que hoy es dueño de todo, es cobarde y estúpido, además de vil… Es un proceso que se repite a lo largo de la historia; el burgués conspira siempre para derribar a quien es superior y para convertir en su siervo a quien está en un escalón inferior. Creí desde muy joven que su suerte, sin embargo, estaba echada. ¿Para qué seguir esperando más? ¿Cómo iba a desentenderme por más tiempo del pobre niño que tirita bajo la lluvia, sin un techo bajo el que guarecerse? Puede que estuvieran próximos tiempos mejores, pero, mientras llegaban, los niños seguirían muñéndose de frío. Debo decir a Su Alteza, sin embargo, que mi impaciencia, que le aseguro corría parejas con mi generosidad, me llevó a combatir a los auténticos culpables de que esta sociedad sea tan injusta, y que el afán de mantener vivo el fuego de la rebeldía más filantrópica me llevó al compromiso de un juramento irrevocable.

»En ese juramento radica mi historia más cierta. Para dar la libertad a quienes vengan después de nosotros tuve que renunciar a la mía propia. Eso me lleva desde entonces a la obediencia ciega de las órdenes que recibo; mi

padre, que pronto notó en mí un comportamiento extraño, acabó por echarme de casa. Tuve que romper el compromiso matrimonial que me unía a una muchacha de buena posición; de ella no puedo sino decir que era muy inteligente, por lo que no habría podido engañarla durante mucho tiempo con mis pretextos e invenciones a fin de que no supiera en qué andaba metido realmente… Era demasiado buena e inocente como para confesarle la verdad… Pasé a no tener más compañía que la de los conspiradores. Así fueron pasando los años, al tiempo que mis ilusiones primeras se desvanecían poco a poco. Sumido como lo estaba en los afanes revolucionarios, sin embargo cada vez me sentía menos entusiasta, más decepcionado, mientras veía crecer la desesperación en mis camaradas, día a día más exageradamente fervorosos. Yo lo había sacrificado todo a la causa que nos animaba, a la causa en la que cada vez creía menos… A diario crecían mis dudas y no podía por menos que preguntarme de continuo si en verdad con nuestras acciones servíamos a esa causa en la que nos empeñábamos… Era consciente de que combatíamos contra una sociedad horrible, es verdad, pero también comenzaba a pensar que nuestras ideas podían ser no menos horribles.

»No hablaré de mis sufrimientos, sin embargo, ni me extenderé refiriéndoles cómo cuando veía a hombres jóvenes y libres, casados y con hijos, alegres trabajadores, mi corazón me reprochaba amargamente lo vano de mi sacrificio. Tampoco les hablaré de cómo, en mi absoluta pobreza, las pensiones de mala muerte, la comida mala y escasa, sumado a todo ello el cargo de conciencia continuo que tenía, comenzó a deteriorarse mi hasta entonces buena salud. Tampoco les hablaré de esas largas noches en vela, vagando sin rumbo bajo la lluvia, sintiendo en mi cuerpo los más desalmados padecimientos, que no hacían sino aumentar la tortura en que estaban sumidos sin remedio mis pensamientos contradictorios… Al fin y al cabo, no son más que aspectos de mi vida personal, comunes, por lo demás, a todos los infelices que abrazan la misma causa que yo abracé. Resulta muy fácil jurar fidelidad a unas ideas, pero también resulta muy difícil abjurar de esas mismas ideas, por mucho que se trate de un juramento acaso inconsciente, hecho con el fervor entusiasmado de la juventud; un juramento que al cabo te llena el corazón de amargos lamentos mientras van pasando y pasando los años; un juramento que una vez tomaste por la palabra de Dios y que con el tiempo no hizo más que esclavizarte hasta el absurdo, dejándote vacío. Así es el yugo que muchos jóvenes idealistas asumen y que les hace llevar una vida más muerta que la propia muerte.

»Tampoco se puede decir que yo fuera en exceso paciente. Pedí en un momento dado que se me devolviese la libertad, pero mis ruegos fueron en vano. Así que no me quedó más remedio que huir, con fortuna durante un tiempo… Llegué a París… Allí encontré alojamiento en la Rué de St. Jacques, frente al Val de Grâce. Mi cuarto era pobre pero al menos el sol lo llenaba hasta bien caída la tarde y podía contemplar desde allí un jardín pleno de verdor. En una ventana próxima a la mía un pájaro alegraba las mañanas con sus trinos; como me sentía enfermo, solía quedarme en cama hasta bien entrado el día tratando de reponerme. Yo, que me rebelaba entonces contra los principios que había defendido con ardor hasta poco antes, y que ya no estaba sometido a las órdenes del consejo, al menos ya no recibía encargos vergonzosos para cometer acciones que ahora me revolvían las tripas. ¡Qué maravilloso interludio de paz! Aún suelo escuchar en sueños los trinos de aquel pájaro que cantaba en una ventana próxima a la mía…

»Pero se me acababa el dinero que tenía y hube de buscar un empleo. Apenas pisé las calles tres días y tuve la sensación de que era seguido. Me fijé en la cara de un hombre del que sospeché, un perfecto extraño para mí, y una mañana me metí en un pequeño café, donde pasé una hora haciendo como que leía los periódicos, pero muerto de miedo. Al salir no vi a nadie en la calle, lo que me permitió respirar tranquilo. Pero apenas había doblado la esquina cuando de nuevo me encontré con aquel perro de presa con facciones humanas. No podía perder más tiempo; creí que una oportuna sumisión podría salvarme la vida, o salvarme al menos de la deshonra más completa, así que me dirigí a toda velocidad a la agencia que tenía en París la sociedad a la que sirvo.

»Aceptaron mi sumisión. De nuevo acepté, por mi parte, la odiosa carga de su vida, que volvía a ser la mía… De nuevo me puse a las órdenes de hombres a los que despreciaba abiertamente, si no odiaba; unos hombres que, sin embargo, me inspiraban al tiempo una cierta admiración teñida de envidia… Ellos, al menos, sabían muy bien a qué aspiraban; yo, por el contrario, que en tiempos había creído en lo mismo que ellos, había perdido la fe para convertirme, por conveniencia propia, en un simple mercenario para garantizarme, a la manera de un salario, al menos la vida, si bien se trataba de una vida miserable y digna de aborrecimiento… Tal fue mi condena, señores; obedecía para que se me permitiera seguir viviendo y vivía para obedecer órdenes.

»La última acción que se me encomendó es la que acaba de concluir trágicamente. Después de presentarme a Su Alteza como quien soy realmente,

tenía que solicitarle una audiencia privada como representante de la sociedad secreta a la que pertenezco y aprovecharla para asesinarle. Si algo queda aún en mí, de aquellas mis antiguas convicciones, es el odio a los reyes, por lo que acepté esta misión de buen grado, debo decirlo así… Señor, quien salió al fin victorioso, sin embargo, fue usted… Durante la cena supo ganarse mi corazón. Su carácter hizo que me fuera olvidando poco a poco de lo que me habían dicho de usted, de cómo me lo habían presentado, al punto de darme cuenta, perfectamente, de que me habían engañado arteramente; vi pronto que era usted un hombre de gran inteligencia y con buenos planes e intenciones para nuestro país. Comencé a tenerle por un hombre y no por un príncipe. Así, a medida que se acercaba la hora sufrí agónicamente; de ahí esa insistencia en que se marchara usted de esta casa, cuando escuché el portazo que me avisaba de la llegada de mi cómplice. ¿Qué otra cosa podía hacer yo, sino matarme, cuando usted se negó a irse? No podía asesinarle, mi corazón se rebelaba, mis manos se me hubieran negado… No podía consentir que se quedara aquí más tiempo, pues en cuanto dieran las doce aparecería mi camarada para matarlo. No podía consentir que le asesinara, pero tampoco que fuera detenido mi camarada; así que resolví que únicamente la muerte podría librarme de tan trágico momento… Y no es culpa mía el que siga con vida…

»Usted, Madam —prosiguió el joven, encarándose ahora conmigo—, vino a este mundo para salvar al príncipe y confundir nuestros propósitos. Usted ha prolongado mi vida; al encerrar bajo llave a mi camarada me ha convertido, sin embargo, en el autor de su muerte. Sin duda, oyó la hora; sin duda, suponiéndome en peligro, creyendo que sería atacado en breve por quienes se encargan de la custodia del príncipe, prefirió morir, volviendo contra él su revólver, antes que sentirse responsable de mi desgracia…

—Está usted en lo cierto —le dijo el príncipe Florizel—. No puedo sino admitir que su impulso ha sido harto generoso; y no puedo decirle otra cosa que, ante su nobleza, tan trágicamente castigada, no puedo considerarlo culpable; al contrario, me siento terriblemente inquieto por su suerte. Pero, dígame si no resulta extraño, Madam —añadió el príncipe dirigiéndose ahora a mí—, que usted y yo, gentes de esas que se vanaglorian de poner en práctica ciertas virtudes sociales no por todos compartidas, como vemos, y que a la vez debemos aceptar nuestros defectos y faltas, dígame si en verdad podríamos considerar, a los ojos de Dios, que somos limpios de conciencia y de corazón cuando este joven, por una serie de actos erróneos, que sin embargo acaso podría llegar a envidiarle, debe verse hundido, sin esperanzas… Caballero —se volvió el príncipe de nuevo al joven—, yo no

puedo hacer nada para ayudarle; la ayuda que yo pudiera procurarle no serviría más que para desencadenar la tormenta que ya se cierne sobre usted… Lo único que puedo hacer es permitir que se vaya libremente…

—Caballero —intervine entonces—, como esta casa me pertenece, no puedo sino pedirle que tenga al menos la bondad de hacer que se lleven el cadáver de ese pobre hombre; creo que es lo menos que pueden hacer usted y sus camaradas; demuestren un poco de civismo y corrección…

—Así se hará —dijo el joven con su voz más triste.

—¿Puedo ayudarla en algo, mi querida señora? —me preguntó el príncipe entonces—. No puedo olvidar que me ha salvado usted la vida.

—Alteza —comencé a decirle—, para ser sincera le diré que entre todas mis casas esta en la que estamos es mi favorita, no tanto por su valor como por los recuerdos de los días vividos aquí… Por lo general, de los inquilinos no he recibido sino burlas, incomodidades infinitas y agravios múltiples… Cuando un auténtico caballero, como lo es el coronel Geraldine, me alquiló esta casa, me sentí feliz, supuse que al fin estaba en buenas manos, que sabría cuidarla como es debido… Ahora, sin embargo, pienso de otra forma, pero bueno… Tampoco hay que olvidarse de que los dignatarios viven rodeados de peligros… Aunque no quiero que mis propiedades corran esos peligros… Haga que rescindan el contrato de alquiler y le estaré eternamente agradecida.

—Madam, permítame decirle que el coronel Geraldine no hacía sino cumplir mis órdenes; y en lo que a mí respecta, por nada del mundo hubiera querido ser un inquilino detestable…

—Alteza —le dije—, debo confesarle que siento por usted una muy sincera admiración; pero en lo que al alquiler de esta mi casa se refiere, no quiero que se interpongan mis sentimientos. No obstante, y para demostrarle que no hay animadversión contra usted en mi propuesta de rescisión del alquiler, le prometo que jamás volveré a tener inquilinos en esta casa.

—Madam —me dijo el príncipe Florizel—, el encanto con que defiende usted su casa hace imposible cualquier oposición.

Al poco nos marchamos los tres. El joven, con pasos dubitativos, acudió en busca de sus compañeros para llevarse del sótano el cuerpo del conspirador muerto, y el príncipe, haciendo gala de su impar cortesía, me acompañó hasta la puerta del hotel donde me hospedaba. Al día siguiente se rescindió el contrato de alquiler y desde ese preciso instante, aunque confieso que no sin arrepentirme alguna vez de mi compromiso, jamás he vuelto a tener inquilinos en esta casa.

LA MANSION SUPERFLUA
(Continuación)

Tan pronto como la vieja dama concluyó su relato, Somerset le presentó sus cumplidos.

—Señora —le dijo—, su historia no sólo resulta entretenida sino muy instructiva; además me la ha referido usted con una vivacidad infinita… Me ha impresionado especialmente el final, pues sostuve en tiempos opiniones políticas muy liberales, lo que probablemente me hubiera llevado a ingresar en alguna sociedad secreta de haber sabido cómo acceder a ellas… Su relato me ha llegado hondo; creo que soy capaz de comprender cómo se sintió usted, en sus variadas y diversas perplejidades, mientras se desarrollaba esa historia, seguramente porque también yo soy una persona de temperamento inquieto.

—No le entiendo —me dijo Mrs. Luxmore algo molesta—. Me parece que no ha sabido interpretar correctamente lo que le he contado; me da la impresión de que es usted un tanto espeso de entendederas, joven…

Somerset, temiendo que el enfado de la dama no acabara allí, prefirió retirarse.

—Querida Mrs. Luxmore —dijo—, creo que me malinterpreta… Soy hombre de humores encendidos y no puedo por menos que asombrarme ante lo que ha tenido que enfrentarse usted, sintiéndome además próximo a sus vivencias, como lo estaría ante las de cualquiera de carácter tan parecido al mío.

—Bueno, eso está mejor —le concedió la vieja dama—; ha reaccionado usted como debía; tengo que decir que su reacción ante mi historia no ha sido la que de común se da entre los demás.

—Sin embargo, señora —prosiguió el joven caballero—, no he visto nada en lo que pueda sentirme concernido…

—Estaba a punto de referirme a eso —dijo la dama—. Ya sabe usted cuál es la promesa que hice al príncipe Florizel; pues bien, ahí radica uno de los aspectos del problema. Soy mujer de tendencias nómadas, si cabe decirlo así,

y si no me veo inmersa en cualquier proceso judicial, gusto de irme a los balnearios del continente… No es que haya padecido alguna vez enfermedades de consideración, pero es evidente que ya no soy joven y además me gusta tratar con la gente que se reúne en esos lugares… Bien, centrémonos en lo que nos concierne; en breve partiré hacia Evian, y mi mayor preocupación no es otra que la de cuidar de esta casa, que debo dejar desocupada ya que, por mor del cumplimiento de mi promesa, no puedo alquilarla. Así que le hago un trato, caballero: le ofrezco mi casa, con todos sus muebles, con todo lo que de confortable tiene, a cambio de que usted me la cuide durante el tiempo que me halle ausente… Es una idea que se me ocurrió de pronto, y la verdad es que no deja de resultarme divertida, sobre todo si pienso en que, de enterarse mis parientes, rabiarían de envidia… Tome, pues, las llaves; venga mañana mismo, a las dos en punto de la tarde, que ya habré desaparecido con mis gatos; no le molestaremos en su toma de posesión de esta casa.

La vieja dama se levantó de su asiento, como dando por concluida la entrevista, pero Somerset, mirando con recelo las llaves que le acababa de entregar, comenzó a protestar.

—Querida Mrs. Luxmore —dijo—, su propuesta me parece la más extraña de cuantas pudiera hacerme… No me conoce de nada, ni nada sabe de mí, salvo que soy a medias atrevido e inconsciente y a medias tímido; ignora usted si soy un malhechor o un buscavidas capaz de venderle hasta los muebles…

—Por mí, como si vuela usted la casa con dinamita, me da lo mismo —le interrumpió la dama—; pero no se moleste en argumentar sus cuitas, que le aseguro que no son las mías; tal es la fuerza y determinación de mi voluntad, que cuando una idea nace en mi cabeza no reparo en otras consideraciones si no es en la de llevarla a cabo… Haga usted lo que le plazca, de verdad; convierta esta casa en un hotel o alquílela por dependencias, como si fuera un edificio de apartamentos. Por mi parte, me comprometo a avisarle de mi regreso con un mes de antelación; creo que no hace falta que le diga que cumplo religiosamente lo que prometo.

A punto estuvo el joven caballero de continuar protestando, pero desistió ante el significativo cambio de humor que experimentaba la vieja dama.

—¡Si le creyera capaz de faltarme al respeto…! —gritó Mrs. Luxmore.

—Madam —dijo Somerset con gran convicción—, acepto su ofrecimiento y le ruego que crea que lo hago, además, con alegría y mi mayor gratitud hacia usted.

—Bien, bien —se mostró complacida la dama—; si me equivoco o no, dejémoslo. Ahora que hemos llegado a un acuerdo satisfactorio para las dos partes, le deseo buenas noches.

Lo sacó del salón comedor y le puso ante la puerta de la calle antes de que pudiera arrepentirse. Al punto se vio Somerset en la calle y con las llaves de aquella mansión en sus manos.

Al día siguiente, un poco antes de la hora convenida, el joven caballero se dirigió a la plaza en donde se alzaba la mansión, plaza a la que llamaré de ahora en adelante Golden Square, aunque no sea el nombre por el que se la conoce. Nada sabía de cuanto le esperaba; un hombre puede vivir perfectamente con sus sueños, pero malo será que pretenda convertirlos en realidades. A la luz del día aquella casa le pareció inmensa, perfectamente sólida, apabullante, incluso… Giró la llave en la cerradura de la puerta y se abrió sin problemas; Somerset entró sintiéndose una especie de ladrón consentido, y luego, acompañado por el eco de sus pasos en aquella mansión deshabitada, fue habitación tras habitación mirándolo todo. Los gatos, la anciana sirvienta, la dueña de la casa… Nadie, no había allí más que los muebles; habían desaparecido los signos de vida en la mansión como desaparecen las letras en una pizarra una vez se ha pasado el borrador por su superficie. La mansión, mientras recorría sus diferentes niveles y estancias, le pareció inmensa; enormes sus cocinas, en las que ni un utensilio faltaba; espaciosas las habitaciones, que eran incontables; el salón, decorado primorosamente, parecía el propio de un príncipe para sus recepciones. El día era espléndido, muy soleado, y corría una leve y agradable brisa que llegaba de Torquay; en el interior de la mansión, sin embargo, se notaba esa frialdad propia de los lugares en donde, al menos temporalmente, ha cesado la vida, la actividad. Todo parecía lóbrego, incluso ceniciento; sólo se sentía el rumor de los árboles en el jardín, al compás de la brisa, y el mero eco de sus pasos, que se le antojaba ominoso, por las sucesivas estancias de la casa.

Detrás del salón comedor, sobre la cocina, estaba la biblioteca de la que le había hablado la dueña de la casa; ahora, en su segunda visita a la mansión, le pareció que allí sí podría encontrar un ambiente de verdad acogedor; se alegró, pues, y se dijo que al fin y al cabo no estaba nada mal ahorrarse el pago de un alquiler durante cierto tiempo; podría instalar una cama allí mismo, una de hierro que había visto en su recorrido por las habitaciones, en la biblioteca tan acogedora, para pasar allí las noches; durante el día, en el gran salón comedor, tan hermoso y rutilante, bien ventilado, con mucha luz; un lugar idóneo para comer y continuar con sus estudios sobre la pintura, sin

desechar los prácticos, arte al que había decidido entregarse poco tiempo atrás.

No perdió mucho tiempo con la mudanza, pues eran muy pocas y modestas las cosas que tenía que llevarse, así que pronto estuvo de regreso en la mansión. El mismo cochero de la pequeña caravana que alquiló, a cambio de una propina y de su simpatía, le ayudó a instalar en la biblioteca aquella cama de hierro; eran las seis de la tarde cuando decidió salir a cenar; en la calle, Somerset se quedó mirando un rato la casa, orgulloso como si fuera su propietario. Desde donde estaba, apoyado contra el murete del jardín, silbando al tiempo que se pasaba por el labio inferior la llave de la puerta principal, parecía querer convencerse de que aquello era real, si bien al tiempo albergaba un temor recóndito, un leve sinsabor que le avisaba de que aquella su posesión era, en tanto que tal, frágil como un sueño.

No pasaron muchos días antes de que los muy respetables y orgullosos habitantes de las mansiones de la plaza reparasen en los hábitos, curiosos para ellos, de su nuevo vecino. Ver a aquel joven caballero ocioso, fumando su pipa con deleite en uno de los balcones de la casa, sobre las cuatro de la tarde, y sobre todo, verlo en sus más que frecuentes visitas a la taberna próxima, establecimiento de mucho postín del que siempre salía cuidadoso en su caminar, para que no se le derramase el contenido de un bock lleno casi a rebosar, no hizo sino despertar a toda velocidad el interés de los unos cuando no la indignación de los otros; sobre todo, de los mayordomos de las mansiones del vecindario. La actitud de aquellos hombres podría haberse tomado por insultante, de no ser porque Somerset prefería no darse por aludido, y al contrario, según era su costumbre, se mostraba afable y educado con todos; al fin, sin prestar mayor atención a unas cuantas palabras groseras que le fue obligado oír, y tras un par de invitaciones a beber, se ganó al menos el derecho a la tolerancia.

El joven caballero, como ya se ha dicho, había decidido consagrarse al arte de Rafael, en gran medida porque le parecía una actividad muy descansada y en parte también porque no se sentía inclinado hacia cualquier otro oficio. Despreciaba, empero, la disciplina del estudio, el sometimiento a las normas de las escuelas de arte, por lo que, en su afán por progresar en aquellos estudios sobre la pintura que hacía por sí mismo, lejos de toda norma, convirtió el gran salón comedor en un estudio de pintor, al menos en la mitad de su espacio, el lugar idóneo, se dijo, para entregarse con denuedo a la reproducción de naturalezas muertas. Allí, pues, amontonó enseres y cosas diversas, subidas de la cocina y del jardín; también se procuró otros objetos

diversos, tomados del mismo salón en el que trabajaba, pasando así, muy gratamente, no pocos días.

Hay que decir, no obstante, que sentía gravitar sobre sí mismo, y en especial sobre su imaginación, con cierta angustia, la gran masa que era el resto de la mansión vacía. Disponer de tanto y hacer tan poco con ello le sugirió algún defecto, alguna falla en sus energías, lo que le hizo recordar algo que le dijera la propia Mrs. Luxmore; escribió un aviso breve en el que anunciaba el alquiler de habitaciones amuebladas y lo puso con lacre en una de las ventanas del salón comedor. Eran las seis y media de una mañana luminosa de julio y salió a la plaza tras haber puesto aquel anuncio, para comprobar que resultaba perfectamente visible. Volvió luego a la casa, salió al balcón que más le gustaba y encendió su pipa mientras se preguntaba cuánto cobrar por el alquiler de cada habitación.

Aquella preocupación hizo que abandonara paulatinamente su devoción por la pintura; incluso se pasaba más tiempo del acostumbrado en el balcón, a la espera… Para mejor soportar actividad así de tediosa encendía su pipa una y otra vez. En varias ocasiones el cartel pareció despertar la atención de alguien, e incluso se detuvo allí algún coche con damas y caballeros que se bajaban a mirarlo, pero tal parecía que hubiera algo repelente en la casa, pues o seguían su camino o daban orden al cochero para que arreara a sus caballos. Sufría Somerset, así, ese grado de la mortificación que le suponía ser observado por tanta gente en apariencia deseosa de alquilar algo, pero que al final se iba, y eso que en cuanto alguien se detenía a mirar el cartel y la casa se quitaba la pipa de los labios y adoptaba un aire de inequívoca elegancia, una sonrisa con la que pretendía invitarles al menos a visitar la casa. Pero nadie le recompensaba siquiera con una pregunta. «¿Será que les resulto repulsivo?», llegó a preguntarse. Un cumplido examen de sí mismo, sin embargo, que hizo ante uno de los grandes espejos del salón comedor, le sirvió para olvidarse de semejante temor.

Algo fallaba, no obstante. Los cálculos que hacía en las páginas falsas de sus libros o en el dorso de los programas de teatro no daban la impresión de servirle de mucho; en ellos había estimado unos ingresos semanales, desde modestas sumas, digamos que de veinticinco chelines, hasta la más apetecida de cien libras; pero su buena aritmética seguía dándole materialmente nada.

Aquello, que se le antojó incongruente, lo sumió en una cierta angustia y no hacía sino ocupar sus pensamientos durante sus cada vez más largas horas de ocio en el balcón. Al fin creyó dar un día con el error cometido. «Vivimos en una época en la que se hacen auténticos despliegues propagandísticos»,

reflexionó: «vivimos la época del hombre sándwich de Griffiths, del jabón Pears, de la sal de frutas Eno, que con tanta efervescencia vana ha acabado por desterrar las magníficas sales antipiréticas Lamplough, que tanto alivio daban en mi niñez a mis dolores de vientre. Lamplough era una marca comercial discreta; Eno, por el contrario, está en todas partes; Lamplough era simplemente útil; Eno es tan original como lamentablemente vulgar; y aquí estoy yo, que me pretendo un hombre mundano, contentándome con el anuncio de una cuartilla de papel en el que he escrito unas pocas palabras nada brillantes, que nada llaman la atención de nadie, ni despiertan su imaginación, y sin más adorno que el lacre, si a eso se le puede llamar un adorno… ¿Me hundiré como se hundió la marca Lamplough, o ascenderé como lo hace Eno con sus efervescencias? ¿Adoptaré las maneras modestas propias del más decente de los duques, o me apropiaré del encarnizamiento que es propio de la vida, como hacen con tanto ardor los comerciantes y los poetas?»

Como consecuencia de tales meditaciones se procuró unas cuantas cartulinas grandes, de dibujo, volvió a tomar los pinceles y las pinturas y se afanó en la elaboración de un anuncio que resultara atrayente y que a la vez, como decía él mismo, despertara la imaginación de los paseantes. Creía saber perfectamente cómo hacerlo; unos colores vivos, llamativos; pocas y bien elegidas las palabras, muy eufónicas; un dibujo de características realistas en el que se mostraran las comodidades que encontraría el inquilino, de decidirse a alquilar alguna de aquellas habitaciones que se le ofrecían en tan impresionante mansión. Representaría en su anuncio, por una parte, los sobrios e imprescindibles placeres de la vida hogareña, la chimenea al caer la noche, niños rubios jugando en la casa, la tetera con el té a punto; por otra parte, y según se lo dictaban sus musas, tendría que conseguir en su pintura la descripción perfecta de lo que ofrecía: una vida más libre y grata, o sea, el paraíso de un musulmán. Tales fueron las dudas del artista, a propósito de la elección de una de las dos cosas a sugerir, que al cabo tuvo dos obras, una con cada tema, perfectamente concluidas. Después, con la proverbial ternura de un padre de corazón bondadoso, no pudo sacrificar a uno de los hijos nacidos de su unión con las musas y procedió a exponer los dos anuncios, en días alternos. «Bueno», se dijo satisfecho, «así podré dirigirme a todas las clases que pueblan el mundo».

Tiró un penique al aire para decidir sobre lo único que seguía ofreciéndole dudas, y el anuncio más imaginativo de los dos logró la cara de la moneda y fue el primero en exhibirse en la ventana. Era un cuadro compuesto en verdad

con mucha imaginación; poseía además una leyenda elocuente, los colores eran armónicos y llamativos, y de no haber sido por cierta imperfección de la que se resentía el dibujo, podría haber pasado por un auténtico modelo para publicistas. Visto desde cierta distancia, sin embargo, desde el murete del jardín, por ejemplo, aquel lugar que tan caro le era para sus observaciones, se sintió el artista muy orgulloso de su creación. «Me parece que he desperdiciado un motivo artístico de valor incalculable», se dijo; «pero bueno, sea; ya lo trataré de nuevo en un trabajo más académico».

Mas, aquella obra no alcanzó el éxito que según su autor sin duda merecía. Es verdad que a veces se agolpaba ante las verjas de la mansión una pequeña multitud para mirarlas, pero no es menos verdad que lo hacían para reírse y sin el menor interés por preguntar siquiera el precio del alquiler de alguna de las habitaciones de la casa. El que tenía su autor por el más atrevido de los dos anuncios, carecía ciertamente de valor artístico, y si bien concitaba la atención de la gente, que manifestaba a carcajadas su opinión al respecto, no obtuvo el éxito comercial para el que había sido creado. Sin embargo, el día en que exhibiera el otro anuncio, recibió al fin Somerset la visita de un hombre que acaso estuviera interesado en alquilar.

Era un caballero, sin embargo, que parecía agitarse por culpa de una risa a duras penas contenida, con el tono de voz absolutamente descontrolado.

—Le ruego me perdone —comenzó por decir—, pero ¿podría explicarme qué significa su anuncio, tan notable?

—No, perdóneme usted —dijo Somerset, amoscado—, pero me parece que su significado es muy explícito.

Eran ya tantas las crueldades que había padecido a causa de la mofa de las gentes, que se dispuso a cerrar de inmediato la puerta; aquel caballero, sin embargo, lo impidió con su bastón.

—Espere, por favor; si alquila usted habitaciones quizás pueda interesarme… Con mucho gusto veré la casa y hablaremos de las condiciones.

A Somerset le comenzó a palpitar de alegría el corazón, hizo pasar a aquel hombre y le mostró las dependencias de la casa, procediendo a exponer las maravillas de las habitaciones que pretendía alquilar con mucho entusiasmo y con la más persuasiva elocuencia. El caballero se admiró, especialmente, de lo muy grande que era el salón convertido parcialmente en estudio de pintura.

—Esta pieza —dijo— me vendría de maravilla. ¿Podría decirme cuánto me costaría a la semana alquilar el salón y las habitaciones de la planta superior?

—Cien libras —dijo Somerset.

—Me parece muy caro —respondió el caballero.

—Bueno, pues cincuenta libras —ofreció Somerset.

El caballero le echó una divertida mirada de asombro.

—Parece usted un tanto elástico en sus pretensiones —le dijo—. Si yo aplico sus mismos esquemas de división y le ofrezco veinticinco, ¿qué me dice?

—¡De acuerdo! —dijo Somerset, pero súbitamente alterado, disculpándose, prosiguió—: Verá, necesito ese dinero…

—¿De veras? —pareció extrañarse el caballero, que seguía mirándole con enorme curiosidad—. ¿Y en ese dinero se contemplan los extras?

—Yo… Bueno, supongo que sí —tartamudeó el que alquilaba.

—¿También el servicio? —preguntó el caballero.

—¿El servicio? —se extrañó ahora Somerset—. ¿Quiere decir que si le vaciaré yo el orinal?

El caballero le miraba ahora con expresión franca y amistosa.

—Mi querido amigo —le dijo—, le voy a dar un consejo: abandone usted este negocio.

Acto seguido, sin decir más, se puso el sombrero y salió de la casa.

Aquello le supuso a Somerset una decepción harto dolorosa; el cartelista publicitario se sintió humillado mientras notaba que se le iban las ilusiones que tanto había acariciado. Optó al fin por retirar de la ventana lo que tenía por sus magníficas obras, relegándolas al salón como simples cuadros decorativos. Volvió a poner en la ventana el primer anuncio que hiciera, al que añadió, con letras tan grandes como inequívocas, esta leyenda: «Sin servicio incluido».

Somerset cayó entonces en una suerte de tristeza que parecía abatirlo; deprimido por una parte por su fracaso comercial, y por otra porque era consciente de que había hecho el ridículo más completo durante su entrevista con aquel hombre que pretendía alquilar, también se sentía herido por el desprecio de las gentes para con su obra, incapaces de reconocer, tantos como las habían visto, lo que él suponía un enorme valor artístico.

Una semana más tarde, aproximadamente, llamaron de nuevo a su puerta. Un caballero, con algo de extranjero y con aire marcial, bien afeitado, respetable, tocado con un elegante sombrero, le expuso su deseo, de manera sumamente educada, de visitar la mansión pues deseaba alquilar alguna pieza. Le dijo que un amigo, un caballero con problemas de salud, quería retirarse un tiempo en la esperanza de que se obrase su recuperación durante su retiro, pero deseaba hacerlo en un lugar suficientemente confortable y tranquilo,

lejos de los ruidos e incomodidades propios de las casas de hospedaje comunes.

—Esa cláusula de su anuncio, tan poco frecuente, me ha llamado mucho la atención —dijo aquel caballero—. Me dije de inmediato que este era el lugar idóneo para el retiro de Mr. Jones… Supongo que será usted un profesional de este negocio, ¿me equivoco? —añadió el visitante, mirando fijamente a Somerset.

—Bueno, soy artista —respondió el joven, con orgullo.

—Ya veo… Y estas son sus obras, ¿cierto? —dijo aquel hombre echando un vistazo a los cuadros desde la puerta del salón comedor—. Son muy notables —dijo mirando fijamente otra vez al joven.

Somerset no pudo evitar que el arrebol llenara su rostro, pero reaccionó al momento haciéndole subir a la planta superior para enseñarle las habitaciones que alquilaba.

—Excelente, magnífico —decía aquel extranjero mientras se asomaba a una ventana posterior de la casa—. ¿Ahí están las caballerizas? Perfecto… Mire, joven; alquilaré para mi amigo el piso bajo, con su salón comedor; él dormirá en la habitación más pequeña y su enfermera, una muy digna viuda irlandesa, lo atenderá en cuanto necesite pero ocupará de noche una de las buhardillas. Cobrará usted diez dólares semanales, pero tendrá que comprometerse conmigo a no aceptar más huéspedes, ¿le parece bien?

A Somerset no le salían las palabras para expresar su gratitud y su alegría.

—Bien, pues veo que estamos de acuerdo —dijo el caballero—. Para evitarle a usted cualquier molestia, pretende mi amigo traer consigo unos mozos de cuerda que se encarguen de hacer los cambios de mobiliario y todo lo que sea preciso, ¿de acuerdo? Puedo asegurarle que su inquilino es un hombre de probada discreción; apenas recibe visitas y rara vez sale de casa, salvo por las noches.

—Desde que habito esta casa —dijo Somerset— yo también salgo poco de día, salvo para comprar cerveza en la taberna: un hombre necesita divertirse de vez en cuando…

Acordaron una hora para la llegada del inquilino y después vio partir al extranjero. Somerset se dio de inmediato al cálculo en moneda inglesa de la suma convenida; el resultado, sin embargo, le puso de mal humor, pero ya había dado su palabra, no podía volverse atrás; se pasó el resto del día a la espera, mientras repetía una y otra vez sus operaciones aritméticas, en la esperanza de que le saliera un cambio más favorable del dólar. Impaciente, aún de mal humor, a la caída de la tarde salió al balcón, como siempre. Al

poco comenzó a caer la noche, tibia y apacible; lucían las farolas en el justo medio del jardín; a través de los árboles se veían, del otro lado de la gran plaza, ventanas abiertas e iluminadas que mostraban los manteles blancos de las mesas, el vino que había en ellas, dispuesto para la cena; una historia, en fin, de familiaridades y cálida hospitalidad.

Comenzaba a cuajarse el cielo de estrellas cuando vio el joven caballero que se aproximaban a la mansión superflua tres carretas grandes, tiradas por caballos, cargadas con una gran cantidad de bultos y de baúles, en perfecto orden militar, en fila… La lentitud con que avanzaban inspiró a Somerset tristes pensamientos sobre la grave enfermedad que debía de sufrir su inquilino.

Bajó para abrir la puerta cuando comenzaban a trabajar los mozos; de la primera carreta descendieron el extranjero de porte marcial que le había alquilado las habitaciones y dos fornidos mozos de cuerda que de inmediato, rechazando la ayuda que les ofreció Somerset, tomaron posesión de la casa llenándola con los bultos que descargaban, acompañados de otros hombres tan fuertes como ellos. Pusieron en la habitación pequeña la cama donde dormiría el inquilino y procedieron rápidamente con todo lo demás, hasta dejarlo en perfecto orden; al fin, cuando con bastante rapidez concluyeron su trabajo, hizo acto de presencia, saliendo de un coche que se había quedado junto a la acera, tras las carretas de carga, un caballero muy alto y de anchos hombros, que se ayudaba de un bastón y apoyaba su mano libre en el hombro de una mujer de mediana edad, perfectamente enlutada; el caballero lucía un largo abrigo y se embozaba con un pañuelo largo, de colores discretos.

Somerset apenas pudo verlo un momento, cuando hacía su entrada en la casa, pues de inmediato se metió en la habitación. Rápidamente se retiraron los otros y la casa quedó en absoluto silencio, con todo debidamente colocado; a las diez de la noche se le presentó la enfermera para preguntarle, con un fuerte acento irlandés, dónde estaba la taberna más próxima. De no ser por aquello le habría parecido que seguía siendo el único habitante de la mansión superflua.

Transcurrieron unos cuantos días en los que Somerset ni vio ni oyó siquiera a su misterioso inquilino. Las puertas de su habitación permanecían cerradas de continuo, y si bien escuchaba el joven caballero algún ruido en su interior, algún signo de vida, y lo mismo en fas otras dependencias alquiladas, aquel hombre tan alto y ancho de hombros seguía sin dejarse ver. De vez en cuando lo visitaba alguien, sobre todo cuando comenzaba a anochecer, aunque también ya tarde, muy de noche, e incluso en ocasiones a primeras

horas de la mañana… Eran, por lo general, hombres, unos de aspecto miserable y otros muy elegantes; unos que hablan muy alto y otros a los que apenas se les oía una palabra… A Somerset, empero, le parecía que todos sin excepción poseían un aire extraño, si no francamente desagradable; tenía la impresión de que en todos ellos, sin excepción, había un algo de secreto y siniestro; parecían temerosos, además, como si se sintieran vigilados. Incluso los que ostentaban su condición militar, vistos a corta distancia, semejaban cualquier cosa menos caballeros; por lo demás, el médico que acudía a atender a su inquilino enfermo ni por asomo parecía haber cursado una carrera universitaria, tal era su aspecto gárrulo. En lo que a la enfermera irlandesa se refiere, tampoco podía decir el joven caballero que fuera medianamente simpática. Desde su llegada había notado el joven que sus reservas de *whisky*, además, menguaban de continuo; no es que fuese una mujer que no gustara de comunicarse; lo que ocurría es que se tomaba ciertas libertades que a Somerset le parecían intolerables; y si le preguntaba por la salud del inquilino movía negativamente la cabeza, con mucha y aparente tristeza, para limitarse a decirle que aquel caballero estaba en unas condiciones lamentables.

No tardaría Somerset, sin embargo, en considerar que la enfermedad de aquel hombre no era precisamente física. Aquellos pájaros de mal agüero que acudían a visitarle, algunos ruidos extraños que escuchaba en las horas muertas de la noche, en lo que fuera su estudio de pintor, la falta de educación y lo desordenado de la enfermera que lo cuidaba, el hecho de que no recibiera cartas, y sobre todo, la absoluta reclusión de aquel tal Mr. Jones, cuya cara, hasta ese momento, le hubiera sido imposible reconocer de pedirle un tribunal que lo hiciera, eran cosas que no podían sino causar cierta inquietud en el joven caballero. Comenzó a pensar si no estaría ocurriendo algo clandestino y diabólico; esa simple posibilidad lo deprimía, además de alterarle. Una intranquilidad, por lo demás, que no hizo sino agrandarse en él cuando un día pudo ver al fin la cara de su inquilino.

Ocurrió que, sobre las cuatro de la madrugada, un fuerte ruido originado en la puerta de entrada a la casa alertó a Somerset. Rápido, se levantó de la cama, bajó a la planta inferior, y a través de la puerta de la biblioteca, amparado en la oscuridad, vio a aquel hombre alto y ancho de hombros, que hablaba animadamente con el extranjero de porte marcial a través del cual había alquilado las habitaciones. La luz de la vela que sostenía el hombre en su mano les iluminaba las caras; no parecía, por su rostro, precisamente enfermo, todo lo contrario; mostraba un aspecto rozagante, saludable; parecía,

en fin, un hombre enérgico y decidido. Vio Somerset que el visitante se despedía y que quien se decía enfermo, después de acompañarlo a la puerta, subía los escalones de entrada con gran agilidad, sin dar muestras de hallarse impedido.

De nuevo con su almohada, Somerset comenzó a sentir el ataque renovado de un afán febril y detectivesco. Así, a la mañana siguiente, volvió a desempeñarse en eso que creía su arte, la pintura, pero con bastante descuido y sin la necesaria firmeza en la mano; tenía, en el fondo, sus pensamientos en otra parte. El día estaba destinado, sin embargo, a serle pródigo en sorpresas. Apenas llevaba un rato sentado ante el cuadro que pergeñaba, cuando se produjo la primera de aquellas sorpresas. Un coche de punto, cargado hasta los topes con maletas, se detuvo frente a la mansión y apareció la señora Luxmore que subió rápidamente los escalones de la entrada y descargó en la puerta una sucesión de aldabonazos. Somerset no pudo por menos que salir corriendo para franquearle el paso.

—Mi querido amigo —le saludó ella aparentemente alegre—. Pues aquí me tiene, como caída de la luna… Me alegra mucho comprobar que me ha sido usted fiel, y supongo que le agradará mucho saber que le devuelvo su libertad…

Somerset quedó mudo de asombro, por lo que no pudo expresar ni alegría por la presencia de la dama ni una protesta por lo que le decía. Entró la briosa anciana pero se detuvo ante la puerta del salón comedor, asombrada, y un tanto molesta, por lo que vio. Sobre la chimenea había incontables platos amontonados y una buena cantidad de botellas vacías; en el fuego, una parrilla con carne haciéndose; en el suelo, libros por doquier, ropa, bastones, sus útiles de pintor… Pero lo que más pareció llamar la atención de la dama, sin embargo, fue el rincón destinado a servir de almacén de las maravillas de la naturaleza muerta que allí había acumulado, tales como un pedrusco, sobre el que había un repollo para inspirarle cualquier composición, apoyado a su vez en una caldera de cobre, muy vieja, junto a la que se veía una langosta hervida.

—¡Dios mío! —exclamó Mrs. Luxmore, y volviéndose muy enfadada hacia el joven caballero le dijo—: ¿Pero de dónde se ha escapado usted? ¿A qué clase de vida orgánica pertenece? Viéndole, se diría que es usted un caballero, pero después de ser testigo de cuanto se ofrece a mis ojos…, me parece que no es usted más que el chico de los recados de un verdulero… Le ruego que recoja sus verduras y desaparezca de mi vista para siempre.

—Madam —tartamudeó Somerset—, usted prometió avisarme de su regreso con un mes de antelación…

—Fue un error por mi parte hacerlo —replicó la vieja dama—; ahora le prevengo de que será mejor que se vaya cuanto antes.

—Madam —repitió el joven caballero—, de veras que me gustaría hacerlo, pero no puedo… Tengo un inquilino…

—¿Que tiene usted un inquilino? —dijo con asombro la dama.

—Un inquilino, sí, señora… No puedo desatenderlo, lleva aquí sólo una semana.

La vieja dama se sentó en una silla.

—De manera que tiene un inquilino, ¿eh? O sea que tiene usted un inquilino… ¡Usted! ¿Y cómo lo consiguió?

—Puse un anuncio —respondió el joven caballero—. No me tome usted por un indocumentado, señora, he tenido experiencias muy vitales… He seguido —dijo repasando con la vista sus pinturas— un método…

Los ojos de la dama se dirigieron al lugar donde miraba el joven. Por primera vez la vio sacar unos lentes, gracias a los cuales pudo observar bien, entonces, sus pinturas… Al poco comenzó a soltar muy sonoras carcajadas en un tono vibrante de soprano.

—¡Ah!, es usted una delicia de hombre —dijo al fin—. Supongo que puso eso en la ventana… ¡M'Pherson! —llamó entonces a su adusta criada, que esperaba a la entrada del salón con el gesto avinagrado—, almorzaré con Mr. Somerset… Coja la llave de la bodega y tráiganos vino.

Con tan excelente humor se mantuvo durante todo el almuerzo; incluso regaló a Somerset dos docenas de botellas de un vino magnífico, no sin decirle:

—Tómelo como un regalo, si quiere, pero en realidad se lo cambio por sus encantadoras pinturas, que espero deje aquí cuando se vaya…

Sin decir más, salvo que por nada del mundo querría cambiar tan absurda decoración propia de una casa de locos única en Londres, salió de viaje —según anunció vagamente— hacia el continente europeo.

Tan pronto abandonó la dama la casa, Somerset se topó a la entrada del salón comedor con la enfermera irlandesa de su inquilino; aparentemente no había bebido, no obstante lo cual mostraba mucha turbación y desasosiego. Era fácil colegir de sus palabras, tanto por sí mismas como por el modo en que las dijo, que la sorpresiva visita de Mrs. Luxmore había agravado el ya de por sí lamentable estado de salud de Mr. Jones, añadiendo que sólo una

explicación suficientemente clara del porqué de su presencia en la casa haría que el enfermo volviera a sentirse mejor.

Somerset se quedó mirando fijamente a la enfermera y le ofreció una explicación lacónica y evasiva.

—¿Eso es todo? —se extrañó la mujer—. ¿De verdad que eso es todo, por Dios?

—Querida señora —comenzó a decir el joven—, no tengo idea de lo que pretende, pero suponga usted que la dama a la que ha visto es mi hada madrina o la reina de Portugal… ¿De qué manera les afecta a Mr. Jones y a usted quién sea o deje de serlo?

—¡Virgen María! —gritó la enfermera—. Seguro que Mr. Jones se alegra mucho de saberlo…

Y subió aprisa las escaleras que conducían a la planta superior.

Somerset, por su parte, volvió al salón comedor, pensativo, con el ceño fruncido, con la cabeza dándole vueltas a más y más teorías, a tales o a cuales posibilidades… hasta acabar el contenido de una botella. Era de vino de Oporto, y el oporto es el único vino capaz de competir con el sabor del buen tabaco, cosa de la que no son capaces otros vinos igual de excelentes e incluso superiores… Bebiendo, fumando y teorizando, Somerset pasó a considerar una tras otra sus sospechas, y las maneras de resolverlas todas; en tanto iba vaciando la botella notaba que el vino le insuflaba más y mayores ánimos. Era un escéptico y no podía decir que no se enorgulleciera de serlo. No era un hombre que volviese la espalda, horrorizado, ni ante los crímenes ni ante los vicios; por el contrario, contemplaba cualesquiera sucesos con gran tranquilidad, propia de esa especie de insuperable capacidad de aceptación que dan los pocos años y la buena salud. Al mismo tiempo tenía la profunda convicción de que compartía casa con unos malhechores que se escondían tras haber cometido cualquier fechoría; de ahí que su irrenunciable instinto de cazador lo llevara a ser severo. Acabó la botella; el sol del verano se ocultó al fin y sólo la noche y el hambre lo sacaron del sueño.

Salió para cenar en el Criterion; su cena estuvo en perfecta consonancia, si no con sus bolsillos, sí con el excelente vino que había disfrutado por la tarde. Se entretuvo en esto y en aquello, por lo que era ya más de la medianoche cuando regresó a la mansión. Vio que había un coche de punto parado frente a la puerta. Nada más entrar se dio de golpe y porrazo con uno de los sujetos aquellos que más visitaban a Mr. Jones, un tipo fuerte, de rasgos muy duros, con perilla a la moda americana, que cargaba sobre los hombros una maleta negra y al parecer pesada. Lo de toparse con un visitante de la casa, que salía

con una maleta al hombro en mitad de la noche, le hizo recordar aquella historia oída tiempo atrás en la que unos inquilinos se marchaban de las casas que alquilaban llevándose de estas hasta los muebles. Fue recordar aquello y se renovaron sus sospechas. Por eso, mas también porque de repente se sintió con ganas de bromear, simuló estar muy bebido, dio un traspié y fue a chocar voluntariamente con el hombre que salía cargando una maleta. La maleta, naturalmente, se le cayó al suelo con el empellón. Blanco como el papel por la rabia y el susto, el hombre de la perilla soltó una grave blasfemia dedicada al Sumo Hacedor y cayó desmadejado al pie de los escalones de la puerta. Sobre la barandilla de la primera planta, de inmediato, aparecieron las cabezas del inquilino aparentemente enfermo y de la irlandesa que lo cuidaba, semejando un par de conejos; también sus caras mostraban sorpresa y una palidez súbita e indecible.

Somerset se quedó de piedra al comprobar la desazón que había causado en aquellas gentes; el hombre de la perilla a la americana comenzaba a ponerse en pie, no sin dificultad, agarrándose a la barandilla y agradeciendo ahora a Dios no haber sufrido daño alguno.

—¿Qué le ocurre, hombre de Dios? —le preguntó el joven.

—¿Podría darme un poco de *brandy*? —le rogó aquel hombre—. Me siento mal…

Somerset le dio dos copas seguidas; el hombre de la perilla pareció repuesto tras beberías con avidez, le pidió perdón por lo que decía eran sus miserables nervios, consecuencia, añadió, de las fiebres que padecía con relativa frecuencia, y le ofreció una mano temblorosa y mojada en sudor, para despedirse; volvió a cargar la maleta sobre sus hombros y salió a la calle.

Somerset, ya en su lecho, fue incapaz de conciliar el sueño. Se preguntaba qué contendría aquella maleta negra, si objetos robados o el cadáver de un asesinado. ¿Acaso una máquina infernal? La sola formulación de esta idea hizo que se incorporase en su cama. Se propuso acabar con aquellas dudas a la mañana siguiente y así fue; tan pronto se despejó el día buscó acomodo ante la ventana del salón comedor, en alerta tanto sus ojos como sus oídos, como dispuesto a aprovechar la primera oportunidad que se le presentara para progresar en sus pesquisas.

Las horas, sin embargo, pasaban lenta y pesadamente. No se produjo novedad alguna en la mansión, salvo que la enfermera se daba paseos frecuentes hasta la esquina, y que a la par que sus movimientos eran más torpes la lengua se le soltaba. Antes de que cayera la noche, sin embargo, poco después de las seis de la tarde apareció, llegando desde el lado opuesto

de los jardines de la plaza, una joven muy hermosa y vestida con elegancia, que se quedó mirando con cierto encantamiento, incluso suspirando profundamente varias veces, la mansión superflua.

No era, en cualquier caso, la primera vez que aquella hermosura de joven se quedaba contemplando la casa como quizás contemplaran las puertas del Edén nuestros primeros padres… Somerset ya se había fijado en ella antes, admirado de su perfecta silueta, exquisitamente grácil, y hasta alguna que otra flecha lanzada por sus ojos preciosos había sentido que se le clavaba en el corazón. Nada más verla, pues, se puso muy contento y se asomó del todo a la ventana. Mayúscula fue la sorpresa del joven caballero cuando observó cómo la joven, un tanto resignada, se dirigía a la mansión, subía lentamente los escalones de la entrada y llamaba con mucha suavidad en la puerta. Corrió para franquearle el paso antes de que lo hiciera la enfermera irlandesa, que probablemente, se dijo, estaría durmiendo, por lo. que tuvo la enorme satisfacción de recibir en persona a tan graciosa visitante.

Le preguntó la muchacha por Mr. Jones, y luego, sin transición, le preguntó también si era el dueño de la casa (notó Somerset que al decir aquellas palabras sonreía burlona), pues, afirmaba la joven, «si es usted el dueño, me gustaría que por favor me enseñara todas las habitaciones de que dispone».

Somerset tuvo que decirle que se había comprometido a no aceptar más inquilinos, pero ella le espetó con mucha seguridad que a Mr. Jones no le importaría que se hospedara allí, pues eran buenos amigos.

—Empecemos por esta habitación —dijo la joven, decidida, dirigiéndose al salón comedor; Somerset fue incapaz de interrumpirle el paso; en realidad no quiso hacerlo—. ¡Vaya! —se quejó la joven—. ¡Cómo ha cambiado esto!

—Madam —rogó el joven caballero—, desde que ha entrado usted en esta casa, sólo yo podría decir algo así…

Recibió la joven un cumplido tan tonto bajando los ojos en gesto de recato, y abriéndose paso con gracia infinita entre todo lo que por el suelo había, sonriendo evocadora y exhalando más de un suspiro, comenzó a pasar revista detenidamente a los muebles y a cuanto adornaba aquella mansión, con Somerset detrás de ella como si en verdad fuera el dueño. Se le encendieron las mejillas y le chispearon los ojos ante los carteles publicitarios del caballero, que celebró, sin embargo, con voz entrecortada; de igual manera elogió aquella composición del pedrusco y el repollo y la langosta, y en lo que era el dormitorio de Somerset, que trató de defender en vano del asedio de la bella, prorrumpió en un grito de júbilo:

—¡Este cuarto sí que es sencillo y masculino! —dijo—. Nada de afeminamiento, nada de limpieza, esas cosas tan detestables en un hombre.

Después, diciéndole que conocía perfectamente la casa, le dedicó una sonrisa preciosa, que era también de despedida, y subió la escalera antes de que pudiera protestar.

La joven estuvo encerrada con Mr. Jones más de una hora. Al fin, ya de noche cerrada, salieron juntos de la casa. Por vez primera desde la llegada de su inquilino, Somerset quedaba a solas en la mansión con la viuda irlandesa; sin perder más tiempo del que exigía su buena educación, salió al pie de la escalera y la llamó por su nombre. Acudió ella de inmediato, sonriendo un poco estúpidamente y diciendo que sí con la cabeza aunque él no le hubiera preguntado cosa alguna. El joven caballero, siempre cortés, le propuso mostrarle aquellas maravillas nacidas de su arte, y la viuda irlandesa juró que nada le gustaría más, añadiendo que, si bien jamás había osado entrar en sus dependencias, sí había visto, cuando sus puertas quedaban entreabiertas, sus preciosas pinturas. Nada más entrar en el salón comedor y ver una botella de excelente vino y un par de copas, la mujer se sintió predispuesta a una crítica de arte más que benévola. Un vistazo rápido a las pinturas de Somerset y de inmediato aceptó su ofrecimiento de beber una copa de buen vino.

—A su salud —dijo la viuda irlandesa alzando la copa—; me es muy grato encontrar a un caballero como usted en una casa tan fría e inhóspita; usted, por el contrario, es muy educado y simpático… además de un gran pintor, claro…

Después de tan cumplidas palabras aceptó con gusto una segunda copa de vino, que llevó al poco a una tercera; Somerset, una vez conocido el juicio de la viuda sobre su pintura, empezaba a cansarse de su compañía, mas ella le pidió una cuarta copa de vino que le soltó definitivamente la lengua.

—¿Cómo podría vivir, si no fuera por unas gotas de alcohol de vez en cuando, siempre metida entre esos productos químicos, entre esos relojes? Creo que también M’Guire le pidió de beber, ¿no? El mismo Mr. Jones, a pesar de todas las crueles decepciones padecidas, y aunque se cuida como si fuera un niño, también se toma su copa de vez en cuando, no crea… ¿Tendría la bondad de servirme un poquito más?

Se bebió otra copa de vino, y ante la sorpresa de Somerset comenzó a llorar desconsoladamente mientras le refería las últimas disposiciones testamentarias de su difunto esposo, lo muy poco que le dejara al morir… Dijo entonces que la llamaba «su señor», se puso de pie trabajosamente y con no menor dificultad se dirigió a la roca coronada por un repollo; allí,

apoyando la cabeza en la langosta, se quedó dormida, roncando sonoramente al amparo de aquella naturaleza muerta.

Somerset no se olvidó de lo primero que le dijera la mujer antes de referirle lo de su viudedad, y subió rápidamente las escaleras que conducían a la planta superior. Abrió la puerta del salón y vio encendidas las lámparas. Era un salón no tan grande como el de la planta baja, mas suficientemente amplio; tenía tres grandes ventanas que daban a la plaza y dos puertas correderas que lo comunicaban con la habitación contigua, elegante y sobriamente tapizada en un verde muy claro, con sillones tapizados en terciopelo azul y una espléndida y muy señorial chimenea de mármol. Así recordaba Somerset aquel salón; ahora, sin embargo, le pareció otro. Una tela de algodón estampado cubría el mobiliario y sobre el tapizado de las paredes habían puesto pliegos de papel basto; le pareció que estaba en otra casa del vecindario, mas, pasado el asombro primero, comenzó a fijarse en la cantidad de objetos extraños, de raros implementos que había por todas partes, incluido el suelo. Había allí pistolas desmontadas, relojes enteros y otros desarmados en piezas; unos funcionaban perfectamente y otros no eran más que chatarra; había también botellas, jarras, bombonas, una mesa de las que utilizan los carpinteros y otra de laboratorio.

La habitación contigua, a la que accedió Somerset con cierta aprensión, también había experimentado un cambio notable: parecía ahora el inhóspito cuarto de una pensión barata. Había allí una cama oculta parcialmente a la vista por una cortina verde y la ventana había sido clausurada por un tocador de espejo, allí apoyado. Había una puerta más, que daba a un pequeño gabinete; Somerset lo encontró también muy cambiado: en una mesa pequeña se amontonaban pelucas y barbas postizas; de un perchero clavado en la pared pendían prendas de vestir muy distintas, entre las que vio un abrigo de piel de foca; eso le hizo recordar aquel aviso del Standard… Por lo demás, la estatura de su inquilino, la anchura de sus hombros, un tanto exagerada incluso para un hombre de aquella talla, la manera tan rara en que le habían alquilado esas dependencias, todo, en fin, lo llevaba a una conclusión inquietante.

La cerilla que había encendido para ver mejor estaba a punto de quemarle los dedos; Somerset tomó aquel abrigo de piel de foca y se encaminó al salón en el que lucían las lámparas, donde pudo apreciar mejor, con una admiración a la par temerosa, las extraordinarias hechuras de la prenda; sólo ponía un poco de tranquilidad en su espíritu la suavidad de aquella piel inmensa. Se vio en un espejo y aquello le hizo albergar una idea; se puso entonces el abrigo, que le quedaba enorme, y como si fuera un príncipe ruso metió las manos en

los bolsillos para adoptar una postura solemne, de poder. Sin embargo, en uno de aquellos bolsillos había algo, un periódico doblado; lo sacó rápido y vio que era un ejemplar del Standard, justo aquel en el que se ofrecía la recompensa de doscientas libras. Su inquilino ya no podía guardar por más tiempo el misterio sobre su persona; era evidente que se había puesto el abrigo por última vez el día en que salió publicado aquel aviso.

Así estaba, frente al espejo, con el abrigo que tan grande le quedaba y con el ejemplar del periódico en la mano, en aquella actitud que claramente lo delataba, cuando entró su inquilino en el salón. Parecía asombrado pero contenido; cerró muy despacio la puerta; se miraron fijamente y en silencio durante unos segundos, al cabo de los cuales Mr. Jones se acercó lentamente a la mesa, tomó asiento en una de las sillas y sin dejar de mirarle se dirigió al joven caballero.

—Está usted en lo cierto —le dijo—, yo soy ese por el que ofrecen tan sanguinaria recompensa… ¿Qué va usted a hacer ahora?

El otro no tenía nada que responder a esa pregunta. Sorprendido Somerset de aquella manera, con un abrigo que no era suyo sino del que le acababa de descubrir, en todo un arsenal de explosivos y pistolas, fue incapaz de decir una palabra.

—Sí —volvió a decir Mr. Jones—, yo soy ese hombre temeroso e impotente al que siguen acosando de manera miserable de escondite en escondite, de disfraz en disfraz… Sí, caballero; usted, mi patrón en esta casa, ostenta ahora el poder de hacer conmigo lo que le plazca; si es usted pobre, podrá sentar las bases de lo que acaso llegue a ser una fortuna con el dinero que ofrecen por mí; si es usted un simple des conocido, alcanzará notoriedad… Engaña usted a una pobre viuda y se mete en las dependencias que le tengo alquiladas y por las que le pago religiosamente, sin demoras y al contado; aquí me lo encuentro a usted, mirando entre mis cosas, con las manos en mis bolsillos, ¡qué vergüenza, caballero! Pero, en fin, ahora se halla usted en disposición de cometer su última felonía con un acto, el menos peligroso y sin duda más productivo, que le aumente de paso la ignominia a la que ya se ha hecho acreedor.

Hizo el hombre, encendido como todo un orador, una pausa, una especie de mutis para dar mayor énfasis a la segunda parte de su discurso.

—No obstante —prosiguió—, le miro a la cara y creo no confundirme; veo en usted todo un caballero, con el que me honro en hablar… Quítese usted mi abrigo, por favor, que no le sienta nada bien y además le impide moverse cómodamente. Tranquilícese, pues no ha de pesarle en su conciencia,

gracias a Dios, lo que ha hecho… o lo que ha pensado hacer… Todos hemos tenido alguna vez pensamientos culpables; mas si por un instante le cruzó por la cabeza la idea de venderme en carne y sangre para que fuera yo sometido a la angustia del banquillo de los acusados, de someterme, en fin, a una auténtica agonía, no se preocupe; no fue la suya sino eso, una simple idea que por su caballerosidad sería usted incapaz de llevar a la práctica, como incapaz de dudar de su honor lo soy yo.

Tras hablar así, tan magnífico orador tendió su mano a Somerset, mostrándole una sonrisa paternal con la que le daba a entender que estaba perdonado.

El joven caballero no poseía la fuerza de carácter suficiente como para rechazar aquel perdón que el otro le ofrecía, ni para argumentar sobre algo de lo que sospechaba. Tan pronto le tendió Mr. Jones su mano, se la estrechó aliviado.

—Ahora —prosiguió su inquilino—, ahora que estrecho en mi mano la suya tan noble, sé que puedo olvidarme de mis aprensiones, sé que puedo confiar en usted. Es más, haré el esfuerzo necesario, forzaré mi voluntad para olvidarme de lo sucedido; ya me da igual saber para qué ha subido usted a mis aposentos; me basta con tenerle por mi invitado… Siéntese, por favor; si le parece, beberemos un excelente *whisky* juntos para conocernos mejor.

Fue en busca de una botella y dos vasos; brindaron en silencio y bebieron.

—Confiese usted —le dijo Mr. Jones con una amplia sonrisa— que se ha sorprendido del aspecto que ofrecen mis aposentos, no lo niegue…

—Así es —admitió Somerset—; no consigo explicarme el objeto de tantos cambios…

—Esto —dijo el conspirador— se debe a mi afán por seguir con vida… Imagíneme acusado ante uno de sus injustos tribunales; suponga que acuden a declarar unos cuantos testigos, cada uno con su versión… Uno dirá que me ha visto en un salón de tales características, que responden a las originales; otro, que lo habrá hecho en un salón que presenta este aspecto que usted ve… Mañana o pasado, lo cambiaré todo de nuevo… Si ama usted las novelas (como las aman los artistas), reconocerá que pocas vidas hay tan románticas como la mía; soy un hombre modesto pero infernalmente glorioso. Con medios que pueden parecer infames persigo un fin luminoso. Lucho por la libertad y por la paz de un pobre país a menudo explotado hasta la desesperación; pero ahora el futuro comienza a sonreírle. Aún, sin embargo, mi vida es la propia de un animal acosado; debo valerme de artes realmente diabólicas para llevar a cabo mis fines.

Somerset, vaso mano, contemplaba al extraño fanático que tenía ante sí, oía aquella suerte de rapsodia vibrante con asombro reseñable. Miraba a la cara de su interlocutor y veía en él la expresión común en las personas de buena educación, por lo que aún le parecía más extraño.

—Señor —le dijo—, no sé si debería continuar llamándole Mr. Jones…

—Jones, Brietman, Higginbotham, Pumpernickel, Daviot, Henderland… Puede usted llamarme por cualquiera de estos nombres, ya que en distintas ocasiones he tenido que hacer uso de ellos… Debo decirle, no obstante, que de todos esos nombres, por el que más aprecio tengo, por ser el más odiado, el más temido y también el más respetado, no es precisamente un nombre que pueda encontrar usted en cualquier listín; no es un nombre frecuente ni para los bancos ni para el correo; al igual que el clan M'Gregor, puedo decir que durante el día no tengo nombre… Sin embargo —aquí se puso de pie el conspirador para continuar su perorata dando cortos paseos por el salón—, en cuanto llega la noche, para mis desesperados seguidores soy el temible Cero.

A Somerset nada le dijo aquel nombre. Por simple cortesía, sin embargo, expresó su sorpresa ante lo que oía, y una cierta satisfacción…

—Según tengo entendido —dijo adulón—, bajo ese alias ejerce usted como dinamitero…

El conspirador volvió a tomar asiento y llenó los vasos.

—Exactamente —dijo—; en este tiempo de oscuridad que vivimos ha brotado al fin una estrella, la estrella de la dinamita, que guía a los oprimidos; entre los que hacen uso de la dinamita, que tantos peligros supone, tantas decepciones y tantas dificultades, unos perseveran más que otros —hizo aquí una pausa, como detenido por aquella sombra de pudor que pareció teñirle el rostro y continuó—: Pero puedo decir con orgullo que nadie ha tenido tantos éxitos como yo.

—Me lo imagino —apuntó Somerset—; y supongo que su empeño, a la vista de los peligros que conlleva, no carece de interés. Además disfruta usted del divertimento añadido que supone andar ocultándose; sí, es como jugar al escondite, ¿verdad? Pero me parece, aunque le pido que tenga en cuenta que hablo como un lego en el asunto, que nada hay tan fácil ni tan poco arriesgado como colocar una maquinaria diabólica en algún sitio y huir a un país fronterizo a la espera de las dolorosas consecuencias de semejante hecho.

—Habla usted —le dijo el conspirador, que se encendía por momentos— con la más supina ignorancia, en efecto. ¿No le parece que ahora mismo compartimos un riesgo evidente? ¿De verdad no le parece peligroso ocupar una casa como esta en la que nos encontramos, que podemos considerar

minada, amenazada, que puede venirse abajo en cualquier momento, por decirlo de una vez?

—¡Dios mío! —se asustó Somerset.

—Cuando alude usted a la facilidad, a la ausencia de riesgo —prosiguió Cero—, le respondo que en estos tiempos presididos por los más concienzudos estudios científicos se ha demostrado perfectamente que los productos químicos son tan inestables, por su composición, como una mujer; y que los mecanismos de relojería resultan, al cabo, más caprichosos que el mismo demonio. ¿Ve usted las arrugas que me cruzan la frente y las hebras plateadas de mis cabellos?

¿A qué supone que se deben, si no es a la ansiedad que me causan los mecanismos de relojería y los compuestos químicos que uso? Sí, los mecanismos de relojería han hecho que me broten las arrugas en la frente y los productos químicos me han encanecido el cabello antes de tiempo, señor mío… Mr. Somerset —siguió tras una pausa, más en calma pero aún con un tono de voz emocionado—, no crea usted que es oro todo lo que reluce en la vida de un dinamitero… Sería incapaz de imaginarse usted la cantidad de noches en vela que me he pasado, las angustias de una vida como la mía… He trabajado —digámoslo así— durante meses, levantándome temprano y acostándome tarde; tengo siempre la maleta a punto para salir corriendo y el reloj con la cuerda dada; uno de nuestros arriesgados agentes va a poner en algún lado el instrumento mortífero, y lo hace pálido y tembloroso; aguardamos la caída de Inglaterra, la masacre de miles, aullidos de pánico y execración; pero no, lo que oímos es un ruido leve, como el de los pistones que ponen los niños en sus pistolas de juguete, percibimos un olor mefítico; perdemos, en fin, el tiempo y la misma bomba… Si al menos —continuó meditabundo— pudiéramos recuperar las maletas perdidas… Un par de ajustes bastarían, seguramente, para recuperar el mecanismo fallón… Sin embargo, la pérdida de los materiales nos supone la aparición de dificultades de muy difícil superación científica; por eso nuestros camaradas de Francia están a punto de abandonar los medios que hemos elegido para nuestras acciones… Proponen, en su lugar, la destrucción del sistema de desagüe de las ciudades y acabar así con sus poblaciones mediante la expansión de la peste tifoidea. Admito que es un proyecto muy tentador, muy científico… Indiscriminado, además, pero de una simplicidad idílica. Reconozco su elegancia… Pero, caballero, hay algo de poeta en mí; quizás algo, también, de tribuno… Y en lo que a mis pequeños méritos se refiere, no puedo sino decir que persistiré en las acciones más enfáticas, más rutilantes y rompedoras, y —

si me permite decirlo así— más populares, como lo son aquellas que conllevan la explosión de una bomba. Sí —dijo esperanzado—; seguiré como hasta ahora pues siento en lo más hondo de mi corazón que alcanzaré la victoria.

—Me gustaría observar un par de cosas —intervino Somerset—. La primera me deja atónito. ¿Quiere decir que en toda su vida, esa vida descrita de manera tan vivida por usted mismo, jamás ha alcanzado el éxito que buscaba?

—Perdone —dijo Cero—, pero sí he obtenido un triunfo… Está hablando usted con el autor del atentado de Red Lion Court.

—Pero, si mi memoria me es fiel —dijo Somerset—, ese atentado fue un fiasco… Las únicas víctimas, por así decirlo, fueron un carro de la basura y unos pocos ejemplares del *Weekly Budget*…

—De nuevo le pido que me perdone —dijo Cero con aspereza—, pero también resultó herido un niño…

—Sí, a eso pretendía referirme con mi segunda observación —le cortó Somerset—. Antes le he oído decir la palabra indiscriminado… Ahora, dígame si un carro de la basura y un niño (si es que hubo un niño allí) no fueron las víctimas, y le ruego que me disculpe, de la ineficacia intelectual más indiscriminada…

—¿He utilizado yo semejante palabra? —se preguntó Cero—. Bien, pues no la sostengo… Sin embargo, al hablar usted de eficacia alude a un problema más grave… Pero, antes de adentrarnos en un asunto tan complejo, permítame que llene de nuevo nuestros vasos… Las discusiones te dejan seco —dijo en un tono de humor realmente cívico.

Brindaron y bebieron ahora un grog muy bien combinado; Cero, repantigándose en su asiento, muy relajado y cómodo, comenzó a expresarse ampliamente y en detalle.

—Contemplábamos el concepto de lo indiscriminado —dijo—; bien, la guerra, mi querido amigo, es indiscriminada. La guerra no tiene piedad ni con el niño ni con el inofensivo barrendero… Y la guerra no es más piadosa que yo mismo —añadió con el semblante iluminado—. Cualquier cosa que expanda el miedo, cualquier cosa que sirva para confundir y paralizar una nación culpable, se trate de un carro de la basura o de un niño, del Parlamento imperial o de un barco a vapor para excursionistas, puede contarse entre mis planes de acción… ¿Acaso no es usted —preguntó entonces a su interlocutor con simpático interés—, por lo que me parece, creyente?

—Señor, yo no creo en nada —respondió el joven caballero.

—Pues entonces está usted en la disposición perfecta para comprender mejor mis argumentos —replicó Cero—. Estamos de acuerdo en que la humanidad ha de anteponerse a todo, estamos de acuerdo, pues, en el triunfo glorioso de la humanidad, y en trabajar para obtenerlo; bien, pues con tan ingente labor como se nos presenta a fin de alcanzar nuestro fin, ante la oposición que nos ofrecen reyes, parlamentos, iglesias y policías, ¿quién soy yo, quiénes somos nosotros, querido amigo, para mostrarnos escrupulosos con las herramientas a elegir? Podrá pensar usted que acaso sea preferible atentar contra la reina[7], o contra el siniestro Gladstone[8], o contra el rígido Derby[9], o contra el muñidor Granville[10], pero le digo que, si de veras lo piensa, está en un error. Apelamos a la mayoría de la gente, nos dirigimos al pueblo… Dígame, caballero, si ha observado usted a las criadas inglesas…

—Por supuesto que sí —dijo Somerset.— Ya me lo imaginaba, es usted un hombre de probado buen gusto, un devoto del arte —dijo, adulón, el conspirador—. Bien, pensemos en la criada inglesa, en su encantadora presencia, tan ideal para asumir nuestros fines; contemplémosla con su elegante cofia, en su encantadora figura, haciendo gala de exquisitos modales; fijémonos ahora en su posición entre las clases, con sus padres pertenecientes a una y sus amos a otra; consideremos encima la más que segura posibilidad de que tenga un novio: podremos acudir a sus sentimientos. Admito que tengo una cierta predisposición —diga usted, si lo prefiere, que es una debilidad— hacia las criadas, lo que no supone desprecio por mi parte hacia las nurses que se encargan del cuidado de los niños… La del niño, por cierto, es una figura a tener en cuenta; hace mucho tiempo que observo que los niños son el punto débil de nuestra sociedad —echó hacia atrás la cabeza, entonces, con aire meditabundo, con una sonrisa elocuente—. Pero, ya que de los niños hablamos, y siguiendo con los peligros que nos presenta el ejercicio de nuestra actividad, deje que le cuente una anécdota a propósito de una bomba, algo que sucedió hace apenas unas semanas y que contemplé con mis propios ojos. Esto fue lo que ocurrió.

Cero, echándose aún más hacia atrás en su sillón, pasó a referirle esta historia.

La historia de la bomba de Cero

Había cenado con uno de nuestros agentes más fiables y fervorosos en un gabinete privado de St. James Hall. Usted ha visto a ese hombre, es M'Guire, el hombre más educado del mundo, pero no muy experto en el manejo de nuestros artefactos explosivos… Esa era la razón de que nos encontráramos; no creo necesario hablarle de las graves consecuencias que pueden derivarse de un ajuste mal hecho en la preparación de un artefacto explosivo.

Habíamos decidido que nuestro pequeño petardo explotaría media hora más tarde de nuestro encuentro, pues nos hallábamos muy cerca del lugar escogido para el atentado; con el objeto de evitar males, para ese artefacto había usado un mecanismo de mi invención; en caso de que se abriera la maleta en la que iba oculta la bomba, la explosión se produciría al instante. M'Guire, sin embargo, mostraba cierto temor ante ese nuevo mecanismo, pues le era desconocido, y con bastante sentido común observó que en el supuesto de que fuésemos arrestados aquella bomba podría explotar matando a nuestros enemigos, que desconocían ese mecanismo. No hizo mella en mi ánimo su argumento y apelé a su patriotismo, le hice beber un buen vaso de *whisky* y le ordené que fuera a cumplir con su gloriosa misión.

Nuestro objetivo era la efigie de Shakespeare en Leicester Square: un lugar, creo, admirablemente escogido, no sólo por tratarse de ese autor, a quien se tiene estúpidamente por una gloria de la raza inglesa, sin reparar en sus odiosas opiniones políticas, sino porque los bancos de los alrededores de la plaza suelen estar siempre llenos de niños, de chicos de los recados de las tiendas próximas, de infelices muchachas pertenecientes a la clase de los menesterosos y de ancianos enfermos… Gentes, en fin, de clases que despiertan de inmediato la piedad de todos; gentes, pues, idóneas para nuestros fines. Mientras M'Guire se acercaba al punto elegido para la colocación de la bomba, sentía mi corazón henchirse ante las expectativas del triunfo más noble. Nunca había visto tan concurridos los jardines de la plaza. Los niños jugaban por aquí y por allá, se escondían tras el pedestal de la efigie; un viejo militar, pensionista y lisiado, se había sentado en el banco más próximo al monumento, luciendo su medalla en el pecho, con el bastón del que se ayudaba (pues en tiempos había sido herido) descansando sobre las rodillas… La culpable Inglaterra iba a sufrir un golpe en su cuartel más delicado; el momento era el propicio; M'Guire se acercaba alegremente, radiante ante la inminencia de su acción. Pero de golpe reparó en la fornida estampa de un policía, que parecía montar su guardia justo al lado de la efigie, y miraba con ojos vigilantes a un lado y otro… Mi buen camarada se detuvo y echó un vistazo en derredor suyo, para hacerse una idea clara de la situación

en la que se encontraba. Vio que en la plaza había hombres, unos caminando con indolencia, otros sentados, otros de pie, que hacían como que contemplaban los árboles y las plantas, o que simplemente no hacían cosa alguna; o que simulaban conversar en cualquier banco, como si se tomaran un respiro… M'Guire, que no es precisamente un niño en estos asuntos, supo que el maquiavélico Gladstone nos había tendido una de sus emboscadas.

Una de las dificultades con que tenemos que enfrentarnos a menudo es la que supone el nerviosismo de las ramas subalternas de nuestro grupo; así, cuando se acerca la hora de llevar a cabo una acción, siempre aparecen militantes que en realidad tienen alma de gallina; son esos que, en el colmo de su cobardía, se convierten en confidentes de las autoridades y les hacen llegar algún indicio, algún papel anónimo… No es que canten de plano, pero sí hacen la denuncia de hechos más o menos significativos que pueden echarlo todo a rodar… De no darse estos casos, en realidad puramente accidentales, Inglaterra no sería más que un recuerdo histórico hace ya tiempo… En cuanto recibe uno de esos anónimos, el Gobierno rodea el lugar con sus fuerzas policiales para tender una celada a sus enemigos. Me hierve la sangre en las venas ante la sola idea de que haya quien sea capaz de una traición a cambio de un poco de dinero y sirva mercenariamente a su causa. Nosotros, los patriotas, disponemos sin embargo de recursos indecibles gracias a la generosidad y valentía de quienes apoyan nuestras ideas; yo mismo, naturalmente, percibo un salario que me libra de cualquier preocupación mundana y miserable, que me libra de cualquier tentación mercenaria. M'Guire estaba en la más absoluta indigencia antes de ingresar en nuestras filas; ahora, gracias a Dios, tiene un sueldo decente. ¡Así debe ser! Es justo y razonable… El patriota no tiene que distraerse pensando en cómo ha de hallar el sustento necesario; la diferencia entre nosotros y los policías es tan grande que no cabe perder el tiempo pensando en ello.

En definitiva, que parecía evidente que nuestra intención de atentar en Leicester Square era conocida por las autoridades. Así, pues, haciendo gala de su astucia, el Gobierno había llenado la plaza con sus sicarios; quizás el militar retirado y tullido fuera también uno de sus agentes… Nuestro camarada, sin protección alguna, sólo con el pequeño artefacto que llevaba en la maleta, se vio enfrentado a los policías, a su fuerza bruta, diríamos; a la férrea mano de la opresión que se expande a través de los tiempos. Si optaba por la aventura de poner la bomba donde estaba previsto, era más que seguro que fuera descubierto y arrestado de inmediato, con el consiguiente tumulto; es más, acaso no fueran suficientes los policías allí congregados para evitar

que cayese víctima del salvajismo de la gente. Era necesario, así las cosas, suspender la acción. Así estaba, con la maleta en la mano como si tal cosa, como si se limitara a contemplar el Alhambra[11], cuando de pronto tuvo una idea luminosa, suficiente para poner en fuga al más valiente. Puesto que ya estaba en marcha el mecanismo de relojería de la bomba, ¿cómo deshacerse de la maleta en el poco tiempo que faltaba para que se produjese la explosión?

Póngase en el lugar de ese patriota… Allí estaba, sin compañeros ni apoyo. Allí estaba aquel hombre, en la flor de la vida, aún no ha cumplido cuarenta años… Allí estaba aquel hombre, corriendo el peligro de perder para siempre su felicidad de muchos años… Allí estaba, condenado a la muerte horrenda que da la dinamita… La plaza comenzaba a darle vueltas en la cabeza, ofreciéndole sus formas y sus colores como si la contemplara a través de un caleidoscopio; M'Guire tuvo la sensación de que el Alhambra se elevaba en el aire como un globo aerostático y se asió a una de las verjas de los jardines para no caer a tierra. Puede que perdiera el conocimiento…

Cuando volvió en sí, un policía lo tenía agarrado por un brazo.

—¡Dios mío! —exclamó.

—¿Está usted bien, caballero? —le preguntó aquel sicario.

—Sí, ya me siento mejor —le dijo el pobre M'Guire.

Con pasos inseguros, pues le parecía que el piso de la plaza temblaba bajo sus pies, huyó tan rápidamente como le fue posible de la escena escogida para el desastre. ¿He dicho que huyó? ¿De qué iba a huir? ¿Acaso no llevaba consigo aquello de lo que huía? Ni con las alas del águila, ni con la fuerza de los vientos de la mar, ni dirigiéndose al rincón más lejano de la tierra, hubiera podido huir de la catástrofe que portaba. Todos hemos oído la historia del preso que tiene por compañero de cuerda a un muerto; pues bien, eso no es más que un terror sentimental, tan leve como la picadura de un insecto, si se compara con la angustia del pobre M'Guire con su bomba.

Una idea cruzó fugazmente por su cabeza, como dardo que se le clavase en el hígado, cuando llegó a Green Street. Imagine que estaba a punto de ser la hora en que habría de producirse la explosión. Pues se detuvo de golpe y sacó su reloj de bolsillo. Sentían sus oídos el canto brutal y ensordecedor de una ventisca invernal, se le nubló la vista, era incapaz de ver algo; mas, como iluminado por un relámpago, fue capaz de ver hasta los mínimos detalles del mecanismo, hasta un polvillo apenas perceptible en el suelo. Eran tan cortos aquellos espacios en los que le asistía la visión, sin embargo, tanto parecía vibrar el reloj de bolsillo en sus manos, que no pudo ver con claridad los números de la esfera. Cerró los ojos un instante y le pareció que se convertiría

al momento en un hombre de noventa años… Cuando los abrió de nuevo, entonces sí, distinguió perfectamente los números de la esfera de su reloj. Le quedaban veinte minutos. Veinte minutos sólo y aún no había urdido un buen plan. En Green Street apenas había gente a aquella hora; vio, sin embargo, a una niña de unos seis años, que venía hacia donde se encontraba él, dando pataditas a un taco de madera. Aquella niña cantaba una cancioncilla, mientras jugaba, que llevó a M'Guire a otros tiempos; eso le hizo recapacitar; parecía una ocasión propicia que le otorgase el mismo Dios.

—Cariño —dijo a la niña—, ¿quieres que te regale esta bonita maleta?

La niña dio un grito de alegría y extendió sus manos hacia él para recibir el regalo. Primero miró la maleta, como haría cualquier niño, pero al momento, lamentablemente, levantó sus ojos hacia M'Guire, que ya se disponía a entregarle el regalo; pues bien, fue apenas verle la cara y dio un salto hacia atrás, como si tuviera ante sí al mismísimo demonio… En ese preciso momento salió de una tienda cercana una mujer, que llamó a la niña en tono imperativo.

—Ven aquí y deja de molestar a ese pobre señor —dijo y se metió de nuevo en la tienda, mientras la niña iba a reunirse con ella llorando del susto.

Aquello pareció acabar del todo con las esperanzas de M'Guire; fue como si perdiera la noción de dónde estaba. Siguió andando, sin embargo, y cuando la consciencia volvió a asistirle se hallaba ante St. Martin-in-the-Fields, pero haciendo eses como si estuviera bebido. Las gentes que pasaban a su lado podían ver en sus ojos la viva expresión del pánico.

—Me parece que se encuentra usted enfermo, caballero —le dijo una mujer que se detuvo ante él y lo miró fijamente a los ojos—. ¿Necesita ayuda?

—¿Enfermo? —repitió M'Guire—. ¡Dios mío! Sí, señora; padezco una enfermedad crónica, sufro de fiebres que me vienen y me van… Ya que es usted tan amable… Mire, tengo que cumplir un encargo y la verdad es que no puedo: debo llevar esta maleta a… Portman Square… —dijo entrecortadamente—; mi querida señora, ya que se muestra usted tan compasiva, pues seguro que es una buena madre, le pido que, en nombre de los niños que la esperan en su casa, lleve esta maleta a Portman Square… Yo también tengo madre —añadió con voz emocionada—. Lleve la maleta, por favor, al número 19 de Portman Square.

Supongo que se expresó con demasiada vehemencia, pues aquella mujer, tan bien dispuesta en un principio, pareció de pronto aterrada.

—¡Pobre hombre! —dijo—. Si yo fuera usted me iría de inmediato a casa.

Y se dio media vuelta sin atender a sus ruegos.

«¿Irme a casa?», se preguntó entonces M'Guire. Y es que… ¿Qué casa iba a tener él, una auténtica víctima de la filantropía y el desprendimiento? Recordó los días de su juventud feliz, recordó a su madre, ya anciana… Pensó en la más que probable, en la más que terrible explosión… Se imaginó escapando vivo de la explosión, pero quedando espantosamente mutilado… Acaso sordo, ciego, impedido para el resto de sus días… Amigo mío, no se puede hablar con ligereza y desprecio de los peligros que corre un dinamitero… Y no es acaso el más grave el evidente peligro de muerte… ¿Se ha detenido usted a pensar en lo que supone para un hombre de cuarenta años, valiente y sano, quedarse sordo, por ejemplo? ¿Se ha detenido usted a pensar que en esa circunstancia ya no podría escuchar la música que ofrece la vida, las palabras del amor y de la amistad? ¡Qué poco pensamos en los sufrimientos de los otros! Hasta su Gobierno, señor, en el colmo de su mayor brutalidad, aun sin reparar en los mínimos escrúpulos llegado el momento de perseguir a los patriotas, de acosarlos con espías, de corromper a jueces y jurados, de pagar a los verdugos y de levantar patíbulos en los que ahorcar a los patriotas, hasta su Gobierno, caballero, dudaría si tuviese la ocasión de causar a alguno de nuestros hombres una muerte semejante… Aunque no creo que dudara tanto por sus buenos sentimientos como por la indignación que despertaría en todos los ciudadanos de bien.

Pero volvamos a M'Guire, no quiero olvidarme de él… Después de contemplar de manera tan dolorosa su pasado y de prever el futuro, digamos que volvió de golpe al presente. ¿Cómo era que se encontraba allí? Sobre todo, ¿cuánto tiempo, por todos los cielos, había transcurrido? Miró su reloj para ver que no habían pasado más de tres minutos. Le parecía imposible que hubiese transcurrido tan poco tiempo. Pero alzó los ojos para ver el reloj de la iglesia próxima y comprobó que marcaba cuatro minutos más que su reloj.

«¡Sería el colmo!»

Aunque ya había soportado cosas realmente duras de llevar, aquello fue lo que más le impresionó, según dice el propio M'Guire.

Hasta ese momento su reloj era un amigo en el que podía confiar, el mejor consejero… Un consejero que le permitía contar los minutos que, en definitiva, le quedaban de vida… Un amigo de testimonio fiel que le avisaba, pues, de que había llegado la hora de pugnar en una última aventura: tirar la maleta en cualquier parte y salir corriendo. ¿En quién podía confiar ahora? Su reloj, parecía evidente, se atrasaba, lo que no quería decir sino que estaba perdiendo miserablemente el tiempo. ¿Cikánto? ¿De qué manera poner límite

a su error de cálculo? ¿Cuánto tiempo podría hacerle perder aquel reloj en el transcurso de media hora? ¿Cinco minutos? ¿Quizás diez? ¿Quince? La verdad es que tenía la sensación de que habían transcurrido siglos desde que saliera del St. James Hall para cumplir con tan glorioso cometido como el que le había sido encomendado. Ahora sabía, sin embargo, que la explosión podría suceder de un momento a otro.

La angustia hizo que se le cayera el pulso, alterado sin embargo hasta poco antes; un cansancio profundo lo invadió, como si llevara sobre sus espaldas siglos de vida, o como si llevara muerto los mismos siglos. Los edificios, las gentes que pasaban por la calle, se le antojaron increíblemente pequeños; le parecían lejanos, luminosos como chispas… Londres no era para sus oídos más que un leve rumor; el trepidar de un coche que estuvo a punto de arrollarlo le pareció un clamor de las selvas de África. Era consciente, sin embargo, de su abstracción; percibía el eco de sus propios pasos como si fueran los de un anciano muy débil; se compadecía de su propia suerte.

Mientras avanzaba en dirección a la National Gallery, percibió un ambiente más límpido y silencioso que el de otros días. Le vino a la memoria entonces un pasaje que había en la Whitcomb Street, que se le antojó como el lugar idóneo para depositar su carga sin ser visto. Allí se dirigió como flotando sobre el pavimento, pero justo a la entrada del pasaje que comunicaba con la calle se topó con un hombre que en mangas de camisa, con sólo el chaleco puesto, mascaba ociosamente una brizna de paja. Siguió de largo, entonces, y dio un par de vueltas más, a la espera de la ocasión propicia, pero no hizo sino llamar la atención de aquel hombre, que se volvió curioso para mirarle.

Otra esperanza que se le esfumaba. M’Guire se alejó de la entrada al pasaje, seguido en sus pasos por la mirada de aquel hombre del chaleco. Volvió a mirar su reloj y calculó que le quedarían unos catorce minutos. Su cerebro parecía en ebullición; durante uno o dos segundos todo lo vio como teñido por la sangre. Mas de golpe se sintió extrañamente animoso, al punto de comenzar a reír y a canturrear, aunque en el fondo seguía sombrío, acaso cada vez más sombrío, como rendido ya a su trágico destino, sabedor de que lo invadía algo tan negro y pesado como el plomo, algo que le oprimía sin remedio el alma.

«Yo no quiero a nadie, no, no quiero a nadie,
y nadie me quiere a mí».

Eso cantaba mientras reía; la gente que pasaba por la calle se paraba a mirarlo; sentía M'Guire entonces un calor intenso pero grato, genial y reconfortante. «¿Qué es la vida?», se preguntaba. «¿Quién soy yo, M'Guire?» Y sobre todo… «¿Qué es Erín, nuestra verde Erín?» Cualquier cosa le hacía reír, de tan mínima como se le presentaba a la vista desde su altura. Seguro que, de haber podido, hubiera dado años de su vida a cambio de un vaso de licor, pero no tenía tiempo que perder, no podía ser indulgente con el que quizás fuera su último deseo.

En la esquina con Haymarket llamó a un coche de punto y se subió de un salto. Dio al cochero una dirección que caía por los muelles y escondió la maleta, cuanto le fue posible, entre sus piernas, que cubrió con la manta destinada a proteger del frío a los viajeros; miró de nuevo su reloj. No tardaron más de cinco minutos, pero se le hizo larguísimo el trayecto; su corazón le daba un vuelco en el pecho y parecía salírsele por la boca cada vez que el coche traqueteaba en exceso o daba un estrincón. Intentaba por todos los medios no despertar sospechas en el cochero, por lo que no le ordenó un cambio de dirección cuando se encontraban a mitad de camino; quería, además, dar tiempo a que el cochero se olvidase de que había subido con la maleta.

Al fin, ante una de las escaleronas del muelle que bajaban hasta el río pidió al cochero que parase y se apeó —¡con qué alegría de su corazón!—, metiendo la mano en el bolsillo, al instante, para sacar el reloj y comprobar la hora. Todo había acabado, estaba a salvo… Sin ayuda alguna había llevado a buen fin su acto, propio de todo un dinamitero… ¿Qué otra cosa puede haber tan práctica y a la vez tan colorista como la explosión de un coche de punto en pleno Londres? Buscó en un bolsillo, luego en otro… Sintió entonces que la más terrible desesperación le embargaba el alma mientras miraba sin decir nada al cochero. Acababa de descubrir que no llevaba ni un penique.

—Hey —le dijo el cochero—. Parece que no se encuentra usted bien…

—He perdido mi dinero —confesó M'Guire tan lánguidamente que él mismo se extrañó de su voz.

El cochero miró hacia atrás.

—Mire, se olvida la maleta —le dijo.

M'Guire, apenas consciente de lo que hacía, cogió la maleta por el asa; pero cuando la vio tan negra, pendiendo de su mano, se sintió desfallecer; tuvo incluso la sensación de que su rostro comenzaba a mostrar una palidez absolutamente mortal.

—Esta maleta no es mía —acertó a decir al fin—; se la habrá dejado otro pasajero, será mejor que la deposite usted en la estación…

—Vamos, hombre… ¿Es que ha perdido usted la chaveta? —le soltó el cochero—. No querrá decirme que me he vuelto loco…

—Le diré lo que haremos —contestó M'Guire—. Quédesela usted y punto; así se cobra lo que no puedo pagarle…

—Bien, ¿y eso es todo? —protestó el cochero—. ¿Qué hay en la maleta? Al menos, ábrala para mostrármelo…

—No, eso no —se alarmó M'Guire—. Contiene una sorpresa especialmente preparada para los cocheros honestos como usted…

—Venga ya, hombre —dijo el cochero bajándose del pescante y encarándose con el infeliz patriota—. ¿Qué se ha creído usted? O me paga ahora mismo lo que me debe, o se sube de nuevo al coche y vamos a la comisaría…

Fue en esa hora suprema, sin embargo, cuando M'Guire avistó la figura de un tal Mr. Godall, dueño de una tabaquería de Regent Street, que paseaba por los muelles. Se conocían, pues nuestro camarada le había hecho más de una compra de tabaco; además había oído decir de él que era un hombre de trato muy liberal… Como sabía inminente el peligro acudió a su generosidad.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. Mire, ahí viene un buen amigo mío… Le pediré que me preste dinero, aguarde —y corrió a su encuentro, para decirle—: Mr. Godall, alguna vez he comprado tabaco en su tienda, tiene que sonarle mi cara… Mire, soy víctima de una situación totalmente calamitosa, de la que puedo asegurarle, sin embargo, que no tengo la menor culpa. Caballero, conocedor como lo soy de su amor por la inocencia, y acudiendo a la humanidad que le caracteriza, por favor le pido que me haga la caridad de prestarme dos chelines y seis peniques…

—La verdad es que no recuerdo su cara —dijo Mr. Godall—, aunque sí creo reconocer su barba, que, por cierto, me parece impresentable… Bueno, dejémoslo: aquí tiene un soberano, que le presto de mil amores con la sola condición de que se afeite usted, hombre…

M'Guire atrapó aquella moneda sin decir una palabra; se la tiró al cochero, gritándole que se quedara con el cambio, bajó a toda velocidad la escalerona del muelle y arrojó la maleta al río… pero con tan mala fortuna que resbaló al hacerlo y cayó él mismo tras la maleta… Parece evidente que se libró gracias al socorro que le prestó Mr. Godall, pues ya lo estaba sacando del agua, chorreando de la cabeza a los pies el pobre M'Guire, que se había aferrado a las manos de su benefactor, cuando se dejó sentir una sorda explosión que

sacudió la muy sólida construcción del muelle, levantando además, en mitad de la corriente, un chorro como el de una gran fuente, que al poco desapareció.

LA MANSIÓN SUPERFLUA
(Continuación)

Intentó Somerset, en vano, encontrarle un significado a lo que oía, más allá de las propias palabras. Mientras escuchaba aquel relato había prestado una atención más que cumplida a la botella, por lo que el conspirador le parecía ahora haberse dividido en dos y que flotara sobre su asiento… Como si viviera una pesadilla, el joven caballero se puso en pie pesadamente, con las piernas inseguras, y se negó a tomar un grog más; dijo que ya era muy tarde y que mejor haría metiéndose en la cama.

—Amigo mío —observó Cero—, me parece usted hombre de gran templanza, pero no quiero insistir… Me basta saber que ya somos amigos… *Au revoir*, mi querido patrón…

Y tras decir así le estrechó la mano, y con gran cortesía, a la vez que le prestaba esa ayuda que Somerset precisaba para orientarse bien, lo acompañó hasta la escalera.

De qué manera pudo llegar a la cama es cosa que Somerset jamás supo; valga decir que despertó a la mañana siguiente como si en la mente se le hubiera metido un huracán en el que se agitaban el horror y la vergüenza, pues le había faltado el carácter necesario para evitar que entre él y su abominable inquilino se diera tanta confianza e intimidad; eso, bajo la luz del nuevo día, le pareció una de las más preclaras muestras de la debilidad humana, de la que él era, además, un perfecto exponente. Es verdad que la situación en la que se vio sorprendido hubiera puesto en un brete al mismísimo Talleyrand, pero no era excusa suficiente y dudaba incluso que pudiera ser un atenuante… No hallaba disculpa para una capitulación semejante de sus principios, para que se hubiera dado entre ambos una familiaridad que se le antojaba ahora criminal; así que, se dijo, el único remedio que poner ante lo sucedido no era otro que el de cortar de una vez por todas con aquella relación.

Apenas estuvo vestido subió a toda prisa la escalera, resuelto a dejar clara la ruptura. Cero lo recibió con el calor que es propio para con un viejo amigo.

—Adelante, querido Mr. Somerset —le dijo—; tome asiento sin ceremonia y desayunemos juntos.

—Señor —le respondió Somerset—, permita primero que salvaguarde mi honor… Anoche me sorprendió usted, y acaso por sentirme culpable me dejé llevar por cierta apariencia de complicidad con sus propósitos, pero quiero hacerle saber, y de una vez por todas, que ni usted ni sus conspiraciones me inspiran otra cosa que no sea espanto y repulsa, y que no dejaré piedra sin remover con tal de acabar con sus viles acciones.

—Mi querido amigo —le dijo Cero con aire de gran seguridad—, conozco muy bien esa debilidad de la que usted hace gala, tan humana, por otra parte… ¿Habla usted de su repulsa? Bueno, yo también he experimentado alguna vez algo muy parecido a la repugnancia, pero le aseguro que se pasa pronto… No crea que se lo tomo en cuenta… Su gran sinceridad, por el contrario, me parece admirable, dice mucho en su favor; ahora bien, ¿qué podemos hacer? Tengo la impresión de que se halla usted en una situación muy parecida a la de Carlos II (probablemente el menos corrupto de todos los reyes británicos) cuando un ladrón depositó en él su confianza plena. Claro está, denunciarme queda fuera de lugar… ¿Qué hacer, pues? No, mi querido Somerset; tiene usted atadas las manos… Y si no quiere comportarse como un auténtico desalmado, no le quedará más remedio que seguir haciéndolo como el compañero intelectual tan encantador que hasta ahora ha sido, el mismo con el que tuve anoche el placer de conversar largamente.

—Por lo menos —replicó Somerset— sí puedo pedirle que abandone usted esta casa… Puedo hacerlo y lo hago.

—¡Ah! —exclamó el conspirador—, me parece que no puedo atender su ruego… Podrá usted, si así lo prefiere, engrosar las filas de Judas; pero si no es capaz de mostrarse abiertamente abyecto, y creo que no es capaz de hacerlo, me veo incapaz de irme de tan buen alojamiento como el que se me ofrece en esta casa… Además, usted no dispone del poder de echarme a la calle. No y no, mi querido amigo; aquí estoy y aquí me propongo seguir.

—Le repito —alzó la voz Somerset, herido ahora en su amor propio— que debe usted abandonar esta casa. Como dueño se lo comunico formalmente.

—¿Me lo comunica con una semana de antelación? De acuerdo, la semana próxima hablaremos —respondió el conspirador, imperturbable—. Muy bien, hablaremos entonces; ahora, discúlpeme, pero no quiero que se me

enfríe el desayuno. Le recomiendo sin embargo, mi querido Mr. Somerset, que puesto que está condenado a tratar conmigo al menos durante una semana más, y pues confío en que me siga teniendo por un personaje de interés social, le recomiendo que se muestre usted abierto, como antes; dispóngase a indagar en esos aspectos de la vida, tan oscuros, que por fuerza han de llamar la atención de quien posea una sensibilidad artística. Cuélgueme mañana, si así le place, pero al menos hoy olvide sus escrúpulos burgueses y tome asiento conmigo para compartir el desayuno.

—¡Caballero! —gritó Somerset—. ¿Es que no comprende usted mis sentimientos?

—Claro que los comprendo —dijo Cero—; los comprendo y los respeto… Pero sólo le pido que sea al menos tan tolerante como yo lo soy. ¿Prefiere usted mostrarse parcial? ¿Pero es que no es posible que en pleno siglo XIX dos caballeros de buena educación mantengan opiniones políticas diferentes? Vamos, Mr. Somerset; vea que respondo con una sonrisa a sus palabras violentas; dígame quién de los dos se toma las cosas con más filosofía…

Somerset era un joven tolerante y tenía una sensibilidad proclive al sofisma. Levantó las manos en gesto de rendición y aceptó la silla que le ofrecía el conspirador. El desayuno era excelente y su anfitrión se mostraba no sólo afable sino perfectamente informado, incluso acerca de un sinfín de curiosidades. Más aún, daba la impresión de haber sufrido durante largo tiempo la tortura del silencio, de tanto y al parecer tan gustosamente como hablaba revelando además aspectos pocos comunes en una conversación. El interés de cuanto decía, por ello, resultaba enorme; a medida que hablaba se iba manifestando abiertamente su carácter, revelando paso a paso aspectos interesantes de su vida. De tal forma, al poco Somerset comenzó a sentirse cómodo, a tal punto que no le importó tratar al conspirador con una familiaridad próxima al desprecio de toda etiqueta. En cualquier circunstancia, hasta el momento, había observado siempre un. grado de respeto que no le impedía dejar plantado al interlocutor que tuviera delante; ante cualquiera con quien estuviese, fuese quien fuera, incluso si le desagradaba su presencia, no parecía preso e inmóvil como un pájaro atrapado. Aquel día, sin embargo, dejó que transcurrieran las horas; al conspirador no le resultaba difícil hacer que tomara asiento de nuevo cada vez que se levantaba alegando que debía irse, pero cuando comenzaba a caer la tarde Cero lo despidió, no sin disculparse educadamente. Le dijo el dinamitero que sus camaradas no conocían sus virtudes de buen y joven amigo y que podrían alarmarse al ver una cara nueva.

Tan pronto volvió a estar solo, Somerset se tornó malhumorado como por la mañana. Lo enojaba pensar en lo fácilmente que había cedido ante el otro y no hacía más que dar vueltas y vueltas por el salón comedor, mientras trataba de tomar decisiones a poner en práctica de inmediato. Se frotaba y retorcía las manos, que creía deshonradas por habérselas estrechado un asesino; entre tan turbulentos pensamientos le brotaba alguna vez el recuerdo escalofriante de las cosas que aquel hombre almacenaba en su cuarto. Un polvorín hubiera parecido el más apacible salón de fumar comparado con la mansión superflua.

Trató de buscar refugio en la huida, en la actividad, en la botella… En tanto permanecieron abiertos los bares recorrió unos cuantos en busca de luz, de compañía, de seguridad. Cuando también eso se le acabó buscó al último vendedor de patatas que quedaba en las calles; por último no le quedó ya, tan de noche como se le había hecho, sino confraternizar con unos agentes de la policía. ¡Cuán grande era su sentimiento de culpa mientras hablaba con ellos, con los guardianes de la ley! ¡De buena gana se hubiera echado a llorar sobre su hombros robustos, cómo le temblaban los labios por no dejar salir aquel secreto que a duras penas contenían! Pero al fin pudo más la fatiga que sentía que sus remordimientos de conciencia; Somerset llegó a la mansión a una hora propia del más diligente de los lecheros. Allí, aprensivo, se quedó mirando la puerta antes de entrar, como si hubiera olido el humo que lo avisara de la inminencia de un incendio. Sacó al fin la llave de su bolsillo; mas cuando ya pisaba el primer escalón que conducía a la puerta de entrada, sintió que no podía hacerlo, que le faltaba el valor necesario para entrar, y echó a correr en busca de refugio en cualquier café de los que aún seguían abiertos pues tenían posada.

Despertó cerca del mediodía en uno de aquellos cuartuchos. Abatido aún buscó en sus bolsillos pero no encontró más que media corona; una vez pagó lo que le cobraron por pasar la noche en tan mísero alojamiento se vio obligado a dirigir sus pasos hacia la mansión superflua. Ya en el vestíbulo, avanzó sigilosamente hasta el armario donde guardaba el dinero; unos minutos más, se decía, y estaría libre de tan incómodo inquilino como el que tenía, al menos durante unos días; podría así pensar en qué hacer. Aunque el destino parecía tenerle deparadas otras cosas; oyó unos golpecitos en la puerta y al momento vio entrar a Cero.

—¿Dónde se ha metido usted, hombre? —le preguntó alegremente, haciéndose el ingenuo—. Mi querido amigo, empezaba a preocuparme —añadió ahora con aparente afecto dibujado en su cara de común estólida—. Me ha privado usted de su compañía durante mucho tiempo; creí por un

momento que tenía que sentirme celoso —dijo estrechando con fuerza la mano del joven caballero.

Si alguien no podía resistirse a salutación tan cariñosa, no era otro que Somerset. Por nada del mundo podía mostrar mala educación ante palabras como aquellas; limitarse a no corresponder a tanto afecto era ya superior a sus fuerzas. Era un hombre que se sentía muy mal ante situaciones en que se manifiestan sentimientos contrarios, así que farfulló unas palabras de excusa con las que justificarse.

—Muy bien —aceptó Cero lo que le decía—, así debe ser, no me diga más. Temí que hubiera decidido abandonarme, y me inquieté, la verdad… Pero ya veo que mis temores eran infundados, por lo que le ofrezco mis disculpas, que espero me acepte; dudar de su perdón sería incurrir de nuevo en el pecado de la desconfianza… Vamos, amigo mío, que nos espera una buena comida; hágame el favor de su compañía y cuénteme sus aventuras nocturnas…

Tan amable se mostraba el inquilino que Somerset pareció haber sellado sus labios para impedirles que dejaran salir cualquier reproche. Se limitó a tomar asiento a la mesa con aquel criminal de aspecto inocente. De nuevo el conspirador le habló en detalle de sus actividades, sin importarle si comprometía o no su cuello con aquellas confesiones que parecían salir de su boca como por descuido, inopinadamente, ofreciendo ahora el nombre de tal o cual persona, después cierta dirección… Cada una de aquellas palabras apretaba un poco más el cepo en el que tenía atrapado ya al pusilánime Somerset. Al final se deslizó el monólogo de Cero hasta la joven encantadora que había ido a visitarle un par de días antes; aquella que con sus artes indecibles para la coquetería había dejado en el joven caballero la huella imborrable de su encanto, de su vivísima mirada de ojos preciosos, del vuelo grácil de su falda al caminar…

—¿La vio usted? —le preguntó Cero—. Es muy hermosa, ¿verdad? Bien, pues mire, es una de los nuestros; una militante entusiasta, quizás un poco nerviosa y precipitada, no muy diestra en la combinación de los productos químicos que usamos en la preparación de nuestros artefactos, pero hábil como nadie para la intriga y además muy valiente… Lake, Fonblanque, De Marly, Valdevia… Usa esos nombres y muchos más, aunque el verdadero sea…, bueno, dejémoslo, no debo ir tan lejos… Digamos sólo que es a ella a quien debo este mi actual alojamiento y el placer de su amistad, mi querido Mr. Somerset. Esta joven dama, por cierto, me pareció que conocía

perfectamente esta casa… Bueno, ya ve que no le oculto nada; cuanto quiera oír, pregúntemelo, que le daré satisfacción de inmediato.

—¡Por Dios! —exclamó Somerset, muy harto—. Córtese la lengua de una vez, hombre… No puede imaginarse cómo me tortura…

Una sombra de contrariedad cubrió por unos momentos el rostro de Cero.

—En ocasiones —dijo— me parece que no le resulto precisamente simpático… ¿Por qué, mi querido Somerset? ¿A qué se debe que se muestre usted conmigo de manera tan poco cordial? Eso me entristece, debo confesarlo; precisamente ahora, cuando está a punto de producirse el acontecimiento más importante de mi vida; ahora que, si fracaso ante esa mi auténtica piedra de toque… —añadió lúgubre— caeré sin remedio desde la incomparable altura de mis más ambiciosas expectativas para hundirme en el más hondo de los fracasos. Esto, para mí, es muy grave e importante; juzgue usted, mi querido amigo, cuánto necesito entonces de su compañía; una conversación relajada con usted me ayuda a sobrellevar tan bien mis preocupaciones… Pero… —se puso entonces de pie, apartando su plato—, venga conmigo; no aguanto más, necesito respirar aire puro, tengo que ver el campo de batalla…

Subió a la buhardilla de la casa, seguido por Somerset; allí, usando una escalera de mano para acceder a una trampilla, accedieron a un techo falso, entre el tejado y el cielo raso de la buhardilla, que tenía el suelo cubierto con láminas de plomo. De allí salieron directamente al tejado, por el extremo donde estaban las chimeneas de la casa; a ambos lados, sin barandilla a la que asirse, sin protección alguna, caían las alas del tejado; hacia el norte se divisaban los tejidos de otras casas, y a lo lejos, a través del humo de las chimeneas, las agujas de las iglesias de Londres.

—Desde aquí se ve perfectamente la ciudad —dijo Cero—; desde aquí se ve perfectamente la rica Londres, la ciudad populosa que tanto se beneficia y disfruta con lo que esquilma en todos los continentes… Pues bien, esta ciudad quedará totalmente destruida muy pronto. Un día, se lo aseguro, o cualquier noche, podrá contemplar usted desde esta precisa atalaya en la que estamos que ha llegado el juicio final; no crea que oirá el simple aullido de un cañón, su grito agudo pero vacío, sino una explosión muy honda, de tono muy grave, muy solemne… Y al instante verá brotar las llamas, altísimas… Sí, sí y sí —dijo exultante, alzando los brazos al cielo—, habrá llegado entonces el día del gran castigo, el día del juicio final. El policía, preso del pánico, huirá dejando a su albedrío al ladrón que acababa de arrestar… ¡Que caiga el fuego sobre

tus calles, maldita ciudad infame! ¡Húndase para siempre la flatulenta monarquía! ¡Muérete como un dragón!

Mas, apenas hubo concluido su exclamación última, resbaló. Gracias a que Somerset reaccionó a tiempo no se precipitó al vacío. Tan grande fue el susto que se llevara, que empalideció hasta quedar inerte, sin aire, como sin sentido… Somerset pudo arrastrarlo a duras penas hasta la trampilla que daba acceso al tejado y ayudarlo después a bajar por la difícil escalera, aunque en realidad prácticamente se puede decir que tuvo que cargar con él para depositarlo, con gran esfuerzo, en el piso de plomo del falso techo. Allí, pisando firme ya, comenzó a recobrarse el conspirador; enjugó el sudor que le corría por el rostro y tomando una mano de Somerset entre las suyas le mostró su reconocimiento.

—Esto no hace sino confirmar que nuestra amistad está sellada ante la vida y ante la muerte. Me ha arrancado usted de las mandíbulas de la muerte, y si antes apreciaba su carácter, no hace falta que le diga que mi amistad hacia usted, y mi gratitud y mi aprecio, se han multiplicado… Pero, me parece que estoy un poco inquieto… Ofrézcame su brazo, por favor, para que pueda llegar con bien hasta mis aposentos.

Un trago de aguardiente devolvió al conspirador su habitual dominio de la situación y sobre todo de sí mismo. Aún con el vaso en alto, sentado mientras sentía cómo le empezaba a hacer efecto aquel remedio, reparó en el desconsuelo que parecía embargar al joven.

—¡Por Dios Santo, mi querido Somerset! —exclamó—. ¿Qué le ocurre? ¿Puedo ofrecerle un trago?

Somerset, sin embargo, estaba lejos de hallar consuelo material.

—¡Déjeme en paz! —gritó—. Estoy perdido; usted me ha atrapado en su red. Hasta el presente había llevado una vida descuidada pero grata, haciendo lo que me placía, inocentemente… Pero, ahora… ¿Qué soy ahora? ¿Acaso está usted tan ciego y tiene tan poca perspicacia que es incapaz de darse cuenta de la repugnancia que me inspira? ¿Cree usted que puedo vivir más tiempo así? ¿Cómo un hombre como yo, joven y confiado, sin otra culpa que la de mostrarse amable, puede haberse visto envuelto en tan increíble embrollo?

No dijo más. Se tapó el rostro con sus manos y se derrumbó en el sofá.

—Dios mío —dijo Cero—, ¿será posible? Y yo que me siento tan lleno de interés y de ternura por usted… ¿De veras se conduce usted, mi querido Somerset, por prejuicios tales? ¿Es posible que juzgue a un patriota con la

moralidad propia de un fanático religioso? Creí que era usted un buen agnóstico…

—Mr. Jones —dijo entonces Somerset—, me parece que esta discusión es vana… Estoy orgulloso de no ser un creyente, y no sólo en lo que a la religión y sus supuestas revelaciones se refiere, sino incluso en lo que concierne a la ética… Bien, ¿y qué? ¿Qué importa la forma que adopten mis palabras? Lo veo a usted como un reptil al que aplastaría gustosamente de un pisotón. ¿Quiere usted poner bombas por ahí, a cualquiera? Sépalo de una vez por todas: lo que me gustaría es que reventara usted con toda su mortal infamia…

—Somerset, Somerset —decía Cero, lamentándose, pálido—; eso que usted dice no es justo, me duele, me hace usted mucho daño con sus palabras, Somerset….

—¡Deme una cerilla! —gritó Somerset entonces, como enloquecido—. ¡Quiero una cerilla para prender fuego a todo esto, para que muera usted, que es un auténtico monstruo! ¡Y no me importa morir también!

—Tranquilícese, por Dios —dijo Cero intentando sujetar al joven—. Conténgase, hágame el favor, que estamos al borde de un precipicio; considere que estamos rodeados de muerte por todas partes; un hombre, un forastero al que ha llamado usted su amigo, un hombre en esta tierra inhóspita…

—¡Cállese! —le gritó Somerset—. Usted no es mi amigo, me da asco sólo mirarle, es como si viera un sapo, me produce usted una repulsión incluso física y mi alma se rebela contra su sola presencia…

Cero comenzó a llorar con abundantes lágrimas.

—¡Ahora sí que se ha roto el último lazo que me unía a la humanidad! —se lamentó—. Me rechaza un amigo, me insulta… ¡Soy como un apestado!

Somerset quedó atónito ante aquel súbito cambio de quien tenía frente a sí. Sin embargo, casi al momento, desesperado, abandonó el salón y salió al poco de la casa.

Su primer impulso perdió la fuerza que lo animaba, no obstante, apenas le quedaban unos pasos para llegar a la comisaría. Entonces le asaltaron las dudas. ¿Era o no era un verdadero agnóstico? ¿Tenía algún derecho a actuar? ¡Bueno, ya está bien de estupideces, que pague Cero sus culpas de una vez por todas! Mas casi a continuación, ¿no le he dado mi palabra de honor, no le he estrechado la mano y he compartido su pan a pesar de ser quien es? ¿Cómo podría denunciarle y a la vez salvaguardar mi honor? ¡El honor! ¿Qué diablos es el honor? Una entelequia que hay que dejar a un lado cuando se trata de

luchar contra el crimen. Pero ¿qué es el crimen? Otra entelequia que su mente de librepensador descartaba…

Vagó todo el día por los parques de Londres, agitado por mil pensamientos contradictorios. Vagó también la noche entera. Cuando ya amanecía, se sentó en un bordillo de la acera en los alrededores de Peckham y se echó a llorar con desconsuelo… Habían caído sus dioses. Aun habiéndose aventurado por la ancha senda del escepticismo universal se sabía preso de la esclavitud del honor. Él, que había adoptado ese punto de vista sobre la vida merced al cual se la contempla con los ojos del águila, aunque sin afán depredador… Él, que sabía perfectamente cuáles eran los denominadores comunes a la guerra, a la competencia comercial y al delito… Él, que se había sentido siempre dispuesto a prestar auxilio al asesino que escapa y al ladrón impenitente… Ahora, sin embargo, se le arruinaba su lógica y descubría sus objeciones al uso de la dinamita… Fue haciéndose la mañana entre las villas que parecían dormidas, para extenderse por la ciudad que se le antojaba inmensa, y aún limpia del humo del juicio final, sin dejar de llorar lamentando la pérdida, él, un infortunado escéptico, de sus ideas antes consistentes.

Puso por testigo al sol cuando se levantó del bordillo de la acera: «No hay dudas sobre los hechos», se dijo; «lo bueno y lo malo no son más que entelequias, la sombra de dos palabras; y a pesar de todo sé que hay cosas que no puedo hacer y sé bien que hay cosas que no puedo tolerar». Decidió entonces que debía regresar a la mansión y hacer un esfuerzo por persuadir a Cero; si no conseguía que abandonara sus infernales prácticas, entonces sí, olvidaría sus prejuicios, le daría una hora como mucho para que desapareciera y lo denunciaría a la policía… Su decisión le dio alas y pronto estuvo de regreso; ya era muy entrada la mañana cuando llegó ante la mansión superflua y vio en los escalones de la puerta de entrada, saliendo de la casa, a la hermosa joven de los mil nombres… Le sorprendió ver en su rostro aquella expresión de rabia y disgusto que tenía.

—Madam —le salió al paso, cediendo al primer impulso que sintiera, sin saber qué más decirle.

Al oír su voz, sin embargo, la joven dama pareció estremecerse de pánico y dio un paso atrás; bruscamente se quitó el velo que le cubría la cara y huyó a toda prisa sin volver la cabeza para mirarle.

Bien, dejamos aquí, de momento, las aventuras de Somerset. Relataremos ahora el episodio, tan extraño como romántico, del baúl marrón.

LA AVENTURA DE DESBOROUGH
El baúl marrón

Mr. Harry Desborough vivía en la vieja y solemne, además de elegante, zona residencial de Bloomsbury; un lugar al que llega perfectamente el estruendo habitual de las mareas de Londres, a despecho de lo cual se puede disfrutar de un magnífico silencio y de una paz urbana encomiable. Había asentado sus reales en Queen Square, cerca del Hospital infantil, a la izquierda según se avanza en dirección norte. En Queen Square, sí; en ese lugar sagrado para el cultivo de las artes y de las humanidades; ese lugar de hermosas casas en donde tanto aprendieron los pobres; esa plaza en la que menudean los gorriones y en la que a cualquier hora del día se contemplan niños bulliciosos que esperan ante el hospital a que su pobre hermano enfermo se asome por una ventana, para decirle alguna palabra de cariño o besarle las manos.

Desborough tenía alquilada una habitación en el primer piso de una casa que daba a la plaza, pero gozaba también en aquella casa del derecho, del que hacía frecuente uso, de sentarse a fumar tranquilamente en la terraza trasera, asomada a unos jardines magníficos, tan plenos como un bosque. A la terraza daba una habitación vacía de la casa.

Una tarde de un día caluroso salió Desborough a tomar el aire a la terraza, algo contrito pues llevaba varias semanas intentado encontrar un trabajo, pero en vano, lo que le hizo entregarse con deleite a la melancólica degustación del tabaco. Allí estaría solo, al menos; pues al igual que la gran mayoría de los jóvenes caballeros que ni tienen fortuna ni un ingenio especial, eludía la compañía de los demás en vez de buscarla. En eso pensaba, precisamente, cuando miró como sin darse cuenta a la puerta de la habitación vacía que daba a la terraza, una puerta acristalada como una ventana en su mitad superior; se percató entonces de que habían puesto allí una cortina de seda, lo que, se dijo, no hacía sino constatar que le perseguía su sempiterna mala suerte. Ya se le había echado a perder aquel lugar tan ideal para sus retiros; ya no podría en lo

sucesivo sentirse cómodo, ni suspirar tranquilamente y a sus anchas, sin ser visto; ya no podría darse el consuelo de hablar solo o de silbar cualquier cancioncilla sentimental, perdida su privacidad… Tanto lo encorajinó aquello, que golpeó con más fuerza de la debida su pipa contra la balaustrada de la terraza. Era una vieja pipa magnífica, de raíz de brezo, reluciente y negra, con la nobleza y el gusto que dan los muchos años; aquella pipa era, en fin, su favorita. ¿Cómo no iba a ser tan grande su pena al ver que se resquebrajaba y saltaba hecha añicos su cazoleta con el golpe, para perderse entre las lilas del jardín?

Se dejó caer abatido en la silla que ocupaba en la terraza, abrió la revista a la que había pensado echar un vistazo relajadamente, arrancó violentamente la última página, esa en la que se daba contestación a la correspondencia enviada por los lectores, y trató de liarse con tan inapropiado papel un cigarrillo… No era precisamente un maestro en tal arte; una vez y otra, el papel se le rompía entre los dedos, cayéndosele el tabaco. Comenzaba a ser víctima ya de una resignación un tanto colérica, sin embargo, cuando se abrió lentamente la puerta de la habitación, vio cómo se descorría la cortina de seda y una joven llamativamente vestida salió a la terraza.

—Señorito[12] —le dijo con una voz bien timbrada y honda, como las notas de un órgano—, me parece que está usted en dificultades… ¿Permite que le ofrezca mi ayuda?

Casi al mismo tiempo que decía aquellas palabras quitaba de sus manos incapaces el tabaco, y con una destreza que le pareció pura magia hizo un cigarrillo perfecto, que le entregó. Desborough lo tomó sin levantarse de la silla, sin pronunciar palabra, con los ojos puestos en aquella suerte de aparición benéfica. La cara de la muchacha era encantadora, sonrosada, algo angulosa, picara y a la vez inocente, astuta y a la par ingenua; una de esas caras, en fin, nada comunes en nuestro clima del norte; tenía además grandes los ojos y luminosos como las estrellas, unos ojos que cambiaban de color según la luz que les diera; una mantilla[13] de encaje cubría sus cabellos, cayéndole sobre los brazos inmaculadamente blancos y desnudos; la figura suave y levemente redondeada de aquella mujer, exquisitamente femenina, denotaba una gran actividad y mucha vida. Y a la vez, la gracia de algo muy próximo a la divina proporción.

—¿No le gusta mi cigarrito[14], señor[15]? —le preguntó—. Pues me ha quedado mucho mejor que los suyos —y se echó a reír con una carcajada que pareció música deliciosa a Desborough, para ponerse de nuevo seria al momento—: Ya lo veo, ya… Me parece que mis maneras lo repelen… Quizás

sea muy recatada, muy fría… Desde luego —añadió insinuándose, burlona—, no soy la simplona doncella inglesa que parezco…

—¡Oh! —sólo acertó a murmurar Harry, mientras se le llenaba la cabeza de pensamientos inconfesables.

—En mi amada tierra —siguió la joven— todo es distinto; allí, es verdad que las muchachas como yo se ven sometidas a muchas y muy rigurosas restricciones y que muy poco que hacer se les permite, por lo que aprenden a ser distantes, aprenden a ser inalcanzables… Pero aquí, en la libre Inglaterra, ¡oh, qué gloriosa libertad se vive! —exclamó con gracia inimitable, abriendo los brazos francamente—. Aquí no hay restricciones que valgan, una mujer puede ser lo que le venga en gana y los hombres son auténticos caballeros… ¿Acaso no está escrito en su escudo *honi soit*? Pero le confieso que aún me cuesta ser libre, me resulta muy difícil ser quien quiero ser… No me juzgue aún, por favor… Ya seré capaz algún día de vencer esa rigidez, ya aprenderé a ser como las inglesas… ¿Hablo bien su idioma?

—Perfectamente, sí, perfectamente —dijo Harry con una convicción tan fervorosa como digna de un asunto más importante.

La aventura de Desborough. El baúl marrón

—Pues ya ve —siguió la joven— que aprendo pronto y sabré ser como las auténticas inglesas… A mi padre le corría sangre inglesa por las venas, por lo que pude aprender su lengua, tan expresiva. Si hablo inglés sin acento, y si mi aspecto es cada vez más parecido al de una inglesa, sólo me queda cambiar mis modales…

—¡Oh, no! —protestó galantemente Desborough—, no, por favor, no lo haga, Madam…

—Soy —intervino de inmediato la joven— la señorita[16] Teresa Valdevia[17]… Parece que empieza a refrescar… Adiós[18], señorito…

Antes de que Harry, perfectamente atónito, pudiera decir una palabra, la joven se marchó a su habitación.

Quedó allí, inmóvil en su asiento, con el cigarrillo aún sin encender entre sus dedos. El tabaco no era lo que ocupaba entonces sus pensamientos, sino la imagen de aquella hermosura de mujer, su voz que aún escuchaba como un eco prolongado, sus ojos, acerca de cuyo color hubiera sido incapaz de pronunciarse, pero que se le habían clavado en el alma… Era como si al presentarse ella en la terraza se hubiera despejado el cielo para mostrarle un mundo nuevo, recién creado. Aunque no tenía la menor idea de quién era, la adoraba ya. De su edad prefería no decirse cosa alguna, por el temor a que fuera mayor que él; además le parecía un sacrilegio pensar en ella y hacerlo

también sobre algo tan prosaico como son los años con sus mortales cambios… En cuanto a su carácter, valga decir que para un hombre joven como él basta con la belleza de la juventud. Allí estuvo, hasta que se hizo muy tarde, el pobre muchacho; no paraba de mirar de reojo a la puerta con la ventana de seda ahora corrida por dentro, suspirando el aroma de las doradas flores del laburno, como transportado a un país de novela… Cuando al fin se decidió a levantarse de su asiento en la terraza para dirigirse al comedor de la casa, el pedazo de carne fría de cordero que le dieron para cenar, y la cerveza que bebió, le parecieron un festín propio de los dioses.

Al día siguiente, cuando volvió a salir a la terraza, la puerta de la habitación de aquella mujer estaba entreabierta y pudo gozar así en la contemplación de uno de sus desnudos hombros. Ella cosía pacientemente, ajena por completo a la presencia del joven caballero.

Al día siguiente, sin embargo, apenas había salido él a la terraza cuando se abrió la puerta y la señorita se dejó ver a la luz de un sol encantador, vestida o a medio vestir con un cierto desorden mañanero, delicada no obstante aquel aire extraño, remoto, como tropical, que tenía… Llevaba un pequeño paquete en la mano.

—¿Le gustaría probar un poco del tabaco que cultiva mi padre en la amada Cuba? —le preguntó—. Allí, como sabrá usted, lo fuman tanto los hombres como las mujeres, por lo que no tiene que pedirme permiso para fumar, estoy acostumbrada y no me molesta el humo… Al contrario, el aroma me recordará el ambiente de mi casa… Mi casa, señor, está junto al mar —nada más oír esto sintió Desborough, por primera vez en su vida, que en el profundo mar se esconde la poesía—. Despierta o dormida, siempre sueño con mi casa, con mi querida Cuba…

—Pero supongo que algún día —comenzó a decir Harry sintiendo una rara emoción en su pecho—, algún día regresará usted a Cuba…

—¡Nunca! —respondió tajante la mujer—. ¡Jamás, lo juro por Dios!

—¿Entonces se quedará para siempre en Inglaterra? —preguntó animoso, alegre.

—Pregunta usted muchas cosas, más de las que podría responderle —dijo ella con cierta melancolía, pero recobrando de inmediato su buen humor, añadió—: Vamos, pruebe mi tabaco cubano…

—Señorita —dijo Harry tímidamente ante aquella evidente coquetería con que se manifestaba la joven—, cualquier cosa que venga de usted…, o sea, quiero decir que cualquier cosa que quiera darme —se atropello, ruborizándose—, bueno, seguro que ese tabaco es una delicia…

—¡Ah!, señor —dijo ella, de nuevo grave—, parece usted tan sencillo y buena persona… Y a pesar de eso creo que está tratando de decirme un cumplido… Pero —le echó una mirada tan fugaz como picara, acompañada de una sonrisa— lo hace usted tan mal… Un caballero inglés, por lo que he oído, es siempre un buen amigo, respetuoso y educado, capaz de dar consuelo a una mujer, cuando lo necesita, y capaz también de defenderla, si así lo precisa, pero sin imponerse jamás a ella… No trate de hacerme carantoñas, se lo ruego, no se comporte como los hombres de mi tierra… Sea usted mismo, compórtese como lo que realmente es, todo un caballero inglés, bondadoso, honrado y sincero, uno de esos caballeros de los que he oído hablar desde que era niña y a los que tanto deseo tratar.

Harry, bastante confundido, entre otras cosas porque lo ignoraba todo acerca de las maneras comunes entre los caballeros cubanos, procedió a defenderse, con cierta vehemencia, de aquella especie de acusación de plagio que ella le había hecho.

—Esa seriedad de que hace usted gala, señor —le contestó la joven después—, casa perfectamente con el carácter nacional que le es propio. Vea usted —y trazó una raya imaginaria en el suelo con la punta de su delicado pie—, hasta aquí compartiremos este territorio; allí, en mi puerta, empieza sin embargo lo que podríamos llamar una frontera científica… Si así lo prefiere, podrá hacer que me retire a mis cuarteles; pero si vamos a ser amigos de verdad, amigos ingleses, podré seguir reuniéndome con usted cuando me sienta triste y desconsolada; y acaso, si estoy de buen ánimo, puede que le consienta que acerque su silla a mi puerta, para que me enseñe las costumbres inglesas mientras me dedico a la costura… Le aseguro que seré la mejor de las alumnas, que atenderé con todo mi corazón a lo que me cuente —tocó entonces el brazo de Harry, delicadamente, y prosiguió mirándole a los ojos —: ¿Sabe que creo tener ya algo de esa flema inglesa tan característica? ¿No advierte un cambio significativo en mí, señor? ¿Quizás un cambio muy leve, pero importante al fin? ¿Acaso no me desenvuelvo de manera más abierta, más británica que cuando hablamos la primera vez? —y retiró su mano del brazo de Harry con una sonrisa fantástica, increíblemente hermosa; pero antes de que el joven caballero pudiera expresar, siquiera mínimamente, alguna de las dulces emociones que experimentaba, lo dejó a solas tras despedirse—: Adiós, señor; le deseo buenas noches, mi querido amigo inglés.

Al día siguiente, Harry se fumó en vano una onza entera de tabaco en la zona neutral de la terraza. Ni una señal de la joven que le valiera como recompensa por tanto como aguardó su llegada. Allí estuvo, para su mayor

decepción, hasta la hora de la cena. El día siguiente amaneció lluvioso; nada, sin embargo, podía distraer al joven de lo que entonces era su mayor preocupación, ni siquiera el clima, ni su pobreza, ni las privaciones… Así que se protegió con una buena gabardina, levantó el cuello de la prenda, se sentó junto a la balaustrada, como siempre, y aguardó a que se le presentara la fortuna en la persona tan tierna como deliciosa y cálida de aquella mujer encantadora. Al fin se abrió la puerta de la habitación y se dejó ver la hermosa cubana luciendo una sonrisa que le resultaba imposible disimular, aunque lo intentaba.

—Acérquese a mi puerta, que estará más protegido por la galería —dijo ofreciéndole una silla plegable.

Harry tomó asiento, feliz y encendido, y al hacerlo reparó en lo que llevaba guardado en uno de sus bolsillos.

—Me he tomado la libertad —comenzó a decir— de traerle un libro; me acordé de usted nada más verlo en un puesto de la calle, porque está escrito en español. El vendedor me aseguró que su autor es uno de los más grandes escritores en esa lengua, y que no es un libro, por ello, digno de cualquiera… —dijo haciéndole entrega al fin del pequeño volumen, y vio al instante que ella bajaba los ojos y comenzaba a pasar las páginas de aquel libro, ruborizándose—. Me parece que la he importunado, señorita —dijo el joven caballero—; quizás ha sido un abuso de confianza por mi parte…

—No, señor, no se trata de eso —le dijo la joven—. Yo —y volvió a ruborizarse— debo confesarle que me siento avergonzada, porque le he mentido —hizo una pausa y prosiguió—: El español es mi lengua materna, en efecto, por lo que le agradezco su regalo, que tomo por un detalle de gran delicadeza… Pero, ¿de qué me sirve un libro? ¿Cómo podré decirle una verdad tan humillante como la que tanto me apena? Señor, es que no sé leer…

Los ojos de Harry parecieron salírsele, del asombro que le causaron las palabras de la joven.

—¿Leer? ¿Usted? —apenas acertó a decir Harry.

Ella evitó su mirada, se puso de pie y abrió del todo la puerta de su habitación con una actitud tan sincera como digna.

—Pase usted, señor —le pidió—. Creo que ha llegado el momento que tanto espero desde hace tiempo, aunque no sin temor, todo hay que decirlo, ya que con ello puedo perder su amistad… Pero prefiero contarle la historia de mi vida.

Harry entró en la habitación con un sentimiento que se puede calificar como propio de la más honda devoción. Una suerte de bárbara confusión de

formas y colores llenaba aquella habitación, en perfecto y estudiado desorden; había alfombras, telas muy delicadas, pieles de gran calidad, pañuelos de llamativos colores, de seda brillante, objetos extraños pero muy atractivos; sobre la chimenea, por ejemplo, un gran abanico abierto; sobre la repisa, una preciosa lámpara; en mitad de la mesa, un coco abierto, engastado en plata y lleno hasta la mitad de piedras preciosas… La bella cubana, también ella una auténtica joya, la mejor para tan rico y atrayente lugar, invitó a Harry a que tomara asiento, y tras sentarse ella misma a su lado comenzó a narrarle su historia.

Historia de la encantadora cubana

No soy lo que aparento. Mi padre descendía, por rama paterna, de una familia perteneciente a la grandeza de España, y por rama materna, del patriota Bruce**[19]**. También mi madre pertenecía a un linaje de reyes, pero, pobre de mí, de reyes africanos… Mi madre era hermosa como un día radiante, mucho más hermosa y dulce que yo, pues creo haber heredado de mi padre esa lobreguez propia de la sangre que corre por las venas de los europeos; mi madre era una mujer limpia de mente, una mujer de nobles pensamientos que además poseía las maneras propias de una reina; era muy superior a todos los que estaban a su lado, y sin embargo dispensaba a cualquiera un trato respetuoso, lleno de cariño y consideración. No hace falta que diga cuánto la amaba… Cuando le llegó la hora y exhaló su último suspiro a mi lado, lejos estaba yo de saber que había sido, a un tiempo, esclava y manceba de mi padre. Murió cuando apenas tenía yo dieciséis años y mi casa quedó vacía, triste sin su presencia; su muerte tiñó de melancolía mi juventud y fue también la causa de un cambio más que notable y triste en el carácter de mi padre. Fueron pasando los meses y con la presencia de ánimo que es propia de los pocos años volvió a mí, poco a poco, esa alegría que antes había compartido con ella en nuestra casa. Los negocios familiares marchaban bien y las cosechas se sucedían feraces en las plantaciones de mi padre. Los negros que las trabajaban me ofrecían la misma consideración, cariño y respeto que habían mostrado antes por mi madre. A pesar de todo, el señor Valdevia continuaba mostrándose hosco, siempre con el ceño fruncido, como abatido de continuo… Aún viva mi madre, solía ausentarse con frecuencia y largamente de nuestra casa, pues trataba con piedras preciosas en

La Habana, el más próspero de sus negocios; sus ausencias, ahora, eran mucho más continuadas, sin embargo; a veces volvía a casa ya tarde y se limitaba a pasar allí la noche, desapareciendo de inmediato con las primeras luces del día siguiente. Aunque todo le iba bien tenía el aspecto de un hombre terriblemente infortunado.

Nací y pasé aquellos años en una pequeña isla del Caribe, a una media hora de navegación de las costas de Cuba; es una tierra dura, escarpada y muy abrupta, que no hubiera sido fértil si no es por los afanes de mi familia y de quienes trabajaban para nosotros. Vivíamos en una casa grande, de una sola planta, rodeada de amplias galerías, levantada en una loma; una casa orientada a Cuba y acariciada por la brisa marina que tanto alivio nos daba en los días de calor cuando nos mecíamos en nuestras hamacas de seda, y que levantaba un grato arrullo al acariciar las magnolias. Detrás de nuestra casa, a la izquierda, estaban los barracones donde vivían los negros; nuestras plantaciones cubrían casi una octava parte de la isla. A la derecha de nuestra casa, en los confines de nuestros grandes jardines, empezaba la ciénaga enorme y pestilente, cubierta siempre de una muy densa vegetación y amenazando con expandir la fiebre; la ciénaga era en algunas partes muy profunda y criaba ostras venenosas, cangrejos gigantescos capaces de devorar a un hombre, serpientes, caimanes, peces ponzoñosos… Sólo aquellos que tenían sangre africana en las venas se atrevían a acercarse a aquella jungla, donde acechaba invisible, a los europeos, uno de sus más terribles enemigos: el paludismo del aire mortal de la ciénaga.

Una mañana —y fue aquella mañana cuando comenzaron mis desventuras — salí de mi habitación apenas amaneció, pues en los climas cálidos es costumbre levantarse temprano… No vi, sin embargo, a nadie que me atendiera, a ninguno de nuestros criados. Salí de la casa y anduve por sus alrededores llamándoles a gritos, y me alarmé de veras, más que sorprenderme, cuando en un patio interior de uno de los barracones, al que accedí a través de una gran terraza, vi allí amontonados a los negros. Ninguno pareció reparar en mi presencia; los esclavos de la plantación sólo prestaban atención a una mujer que les hablaba dulcemente, una mujer muy elegante, vestida con enorme gusto y riqueza; aunque no era vieja, parecía sin embargo consumida, como si hubiera llevado una vida plena de pasiones, algunas de ellas crueles; vi que tenía en los ojos el brillo de la mirada del diablo. Más que su aspecto en sí, me aterrorizó aquella emanación viciosa de su alma, que me atrapó al instante; así como hay plantas que envenenan y serpientes que te fascinan, aquella mujer me daba miedo y me derrotaba sólo con mirarla. Soy

valiente, no obstante; me rehíce y abriéndome paso entre los negros que tan atentamente, tan fascinados, la escuchaban, y que se hacían a un lado al verme, acaso desconcertados ante la presencia allí de sus dos amas, que sabían rivales, pregunté con tono altivo:

—¿Quién es esta mujer?

Una niña esclava, a la que tenía mucho cariño, me respondió al oído y con temor, diciéndome que tuviese cuidado, pues se trataba de Madam Mendizábal, un nombre que nada me decía.

Aquella mujer se ajustó entonces sus lentes y me echó una larga mirada de pies a cabeza, de manera algo más que insolente.

—Jovencita —me dijo al cabo—, le aseguro que soy experta en apaciguar a servidumbres levantiscas e indolentes, sé muy bien qué hacer para atemperarlos… Así que no me provoques, porque si no tuviera cosas más importantes que hacer, te compraría ahora mismo a tu padre para meterte en cintura.

—Madam… —empecé a decir, pero se me ahogó la voz.

—¿Será posible que aún no sepas cuál es el lugar que te corresponde, jovencita? —me dijo aquella mujer con una risilla sarcástica e hiriente—. ¡Qué graciosa eres, muchacha! Sí, creo que no tendré más remedio que comprarte, para que sepas lo que es bueno… ¿Sabéis si esta jovencita está sana? —preguntó a los negros.

Varios le respondieron que yo, su joven ama, estaba perfectamente sana y había sido criada como toda una dama.

—Puede que sirva para atender mi tienda de La Habana —dijo Madam Mendizábal, ajustándose de nuevo sus lentes para verme mejor—. Me gustaría —me dijo— hacerte probar mi látigo, jovencita insolente —y una sonrisa de cruel satisfacción le llenó la cara.

Entonces sí me salieron las palabras. Llamé por su nombre a los que componían la servidumbre de nuestra casa y les ordené que echaran a aquella mujer de nuestras tierras; o mejor, que la llevaran al barco en el que había llegado, para que se la llevase a donde quisiera… Me respondieron, sin embargo, que no podían obedecerme y me pidieron con temor, rodeándome suplicantes todos, que fuera por favor más discreta, sumisa y prudente, que no me enfrentara a la señora. Como insistí en mi orden, sin embargo, y como lo hice además enfadada, llamando a aquella mujer de todo, pues la tenía por una malvada intrusa, se apartaron de mí con la cerviz humillada y muertos de miedo, como si hubiese proferido yo la más terrible de las blasfemias. Parecía nimbada aquella mujer, pues, de un áurea de supersticiosa reverencia que a

todos ellos impresionaba; me resultaba tan extraño como evidente, sólo con observar el pánico de nuestra servidumbre, incluso aquella palidez que parecía imponerse a su tono oscuro natural… Admito que comenzaron a contagiarme su miedo. Miré a Madam Mendizábal y la vi impertérrita, segura de sí misma, muy severa; me miró a su vez con una sonrisa despectiva en los labios. Al observarla así, tan pagada de sí misma, tan despectiva hacia mí, a pesar de todo lo que le había dicho, no pude sino dejar escapar un grito de espanto y salir de allí corriendo.

No sabía qué hacer ni hacia dónde ir, pero recuerdo que acabé en la playa. Nunca antes me habían dirigido palabras tan insultantes como las que me dijera esa mujer, palabras que aún resonaban en mi cabeza, aturdida… ¿Quién era? ¿Qué poder tenía, en nombre del cielo, para aterrorizar de aquella manera a nuestros obedientes negros? ¿Por qué me había tratado como si fuese una esclava? ¿Por qué había hablado de comprarme a mi padre? No encontraba respuesta para tantas y tan tortuosas preguntas; en mi angustia no veía más que su cara repugnante.

Seguí corriendo, enloquecida de miedo, cuando vi a mi padre que venía del embarcadero; entre sollozos me arrojé en sus brazos buscando el amparo de su pecho. Me llevó bajo una palmera e hizo que me sentara a la sombra; trató de darme el consuelo que podía, aunque había algo raro en su voz, un tono sombrío que me hizo comprender que eran muchas, y acaso muy graves, sus preocupaciones; logré controlar mis nervios y mi llanto; mi padre me preguntó qué era lo que me tenía así de contrita… Recobré la calma, y con voz firme, si bien un poco quejumbrosa aún, le hablé de la llegada a la isla de una extraña… Vi que empalidecía al momento y que se sobresaltaba. Le dije que los criados ya no me obedecían y que aquella extraña se llamaba Madam Mendizábal; oír aquel nombre y echarse a temblar fue todo uno, aunque noté que hacía esfuerzos más que notables por tranquilizarse. Le dije además que aquella mujer me había insultado y amenazado, tratándome como si fuera una esclava (esto ensombreció aún más el semblante de mi padre), y que había hablado de comprarme, además de preguntar a nuestros sirvientes si estaba sana y qué educación había recibido. Por eso, le dije, había salido corriendo de allí; por eso lloraba de miedo, de indignación y de rabia.

—Teresa —me dijo mi padre haciendo un gran esfuerzo para que le saliera la voz—, no me queda más remedio que recurrir a tu coraje… Tengo mucho que decirte; tanto como necesito tu ayuda. Tienes que demostrarme que ya eres una mujer, necesito de tu entereza. En cuanto a esa Mendizábal… ¿Qué puedo decirte? ¿Cómo explicarte quién es? Bien, hace veinte años era

una esclava adorable; ahora, ya la has visto, es una mujer prematuramente envejecida, una mujer degradada por sus propios vicios y por sus negocios inmundos… Pero obtuvo la libertad y ha conseguido hacerse rica; he oído decir que incluso se casó con un hombre de muy buena posición… Que Dios le proteja, al pobre; creo, por lo que me han contado, que esta mujer ejerce un influjo terrible sobre los esclavos de Cuba, un influjo misterioso. He oído decir, también, que sostiene su imperio en ritos horribles, en los ritos del vudú… Pero olvídate de esa maldita bruja, cariño, que yo te protejo de ella. No es ella de quien debamos temer ahora mismo ninguna amenaza; te prometo que nunca caerás…

—¡Padre! —le dije—, ¿que nunca caeré en qué? ¿Hay algo de verdad, entonces, en lo que dijo de comprarme? ¡Oh, padre! Cuéntamelo todo, por favor; lo prefiero a seguir con esta angustia…

—Te lo contaré… —me dijo—, aunque me resulte muy triste hacerlo… Tu madre fue una esclava; yo había pensado que nos marcháramos a la Gran Bretaña, un país libre, en cuanto lograra hacer algo de fortuna en esta tierra, pues allí las leyes me permitirían desposarla; sin embargo, fue pasando el tiempo de tal manera, que al cabo le llegó la muerte a tu madre, frustrando definitivamente mis planes… Quizás comprendas ahora por qué el recuerdo de tu madre me duele tanto…

Tan grande fue la pena que me invadió, al pensar en la desgracia de mis padres, que sollocé olvidándome de mis propias angustias mientras trataba de dar consuelo al que aún me vivía.

—No importa —siguió mi padre—, lo que no se hizo cuando se debía ya no tiene remedio; no me queda sino soportar el peso de mi propia conciencia y vivir con mis remordimientos… Pero sí quiero que sepas, Teresa, que el recuerdo de tu madre es lo que me ha dado fuerzas para ocuparme de algo que aún resulta tan posible como inaplazable: tu propia libertad.

Hablé para expresarle mi agradecimiento, pero me interrumpió tajante.

—La enfermedad de tu madre —me dijo—, fue tan larga que empleé mucho tiempo en cuidarla, desatendiendo así mis negocios… Dejé mis asuntos en La Habana en manos de empleados ignorantes que no tenían ni mi cabeza, ni mi buen gusto, ni mis conocimientos de las piedras preciosas y de cómo se negocia con ellas; ninguno de ellos sabía, como sí lo sé yo, por el contrario, distinguir incluso en noche oscura un zafiro de un rubí, ni decir con certeza, con sólo una mirada, de qué parte de mundo viene una gema… Mi negocio en la ciudad, repito, quedó prácticamente abandonado. Ahora, Teresa, he tenido que declararme insolvente.

—¿Y qué más da? —le dije—. ¿Qué importa ahora que seamos pobres si nos queremos y nos une el sagrado recuerdo de mi madre?

—No lo entiendes —me respondió apesadumbrado—. Eres una esclava y además joven, casi una niña, ¡Dios mío! Eres de una hermosura incomparable y tan pura e inocente como un ángel… Tienes, en fin, las cualidades precisas para rendir a los lobos y a los caimanes; esas cualidades que, según mis acreedores, pueden ponerse en venta. Eres para ellos una simple mercancía, un objeto que vale —¡santo Dios!, me parece mentira oírme decir esto— mucho dinero… ¿Lo comprendes ahora? Si consiguiera tu libertad estaría defraudando a mis acreedores y la manumisión quedaría anulada al momento; ante las leyes tú seguirías siendo una esclava y yo me convertiría en un criminal.

Tomé sus manos entre las mías y se las besé; no podía dejar de llorar de lástima por él y de miedo ante lo que podía depararme el destino.

—El cielo es testigo— dijo mi padre— de todo lo que he hecho, de tantos esfuerzos por recuperar lo que he perdido; pero o bien me ha negado el cielo sus bendiciones, o quizás se las guarde, prefiero pensar esto, para ti, hija mía… Pero la verdad es que ya he perdido toda esperanza; arruinado y sin ver un resquicio por donde se filtre la luz, llegó el día en que ante una deuda importante que saldar al siguiente, tuve que declararme en quiebra y poner en venta todo lo que tenía, mis esclavos que fueron tan felices en nuestra casa, mis plantaciones, mis piedras preciosas, y lo peor de todo, a ti misma, mi hija tan querida… Todo, para que vaya a parar a manos de traficantes ignorantes y sin escrúpulos. Me di cuenta, al hacerlo, de que durante mucho tiempo había aceptado los beneficios que rinde ese crimen que es la esclavitud, y no pude sino preguntarme si tú, hija mía, tan inocente, tenías que pagar semejante precio por mis desventuras. Y grité que no y que no, y puse al cielo por testigo de mis pesares, y eché mano de esta bolsa que traigo conmigo, y me fui… Naturalmente, mis acreedores me persiguen; mañana como muy tarde, y acaso esta misma noche, lleguen a nuestra pequeña isla, tan sagrada para nosotros por el recuerdo que de tu madre en ella tenemos. Cuando lo hagan, no habrá para mí más que una celda ignominiosa de presidio y para ti la esclavitud y la deshonra… Pero aún nos quedan unas pocas horas. Por ventura, hay un yate inglés atracado en la costa norte de la isla, lleva allí unos días; es el yate de Sir George Greville, un hombre con el que no se puede decir que tenga amistad, pero sí que me debe varios e importantes favores, y estoy seguro de que nos prestará su ayuda. Además, si se mostrara desagradecido conmigo, con todo lo que he hecho por él, da lo mismo; tengo

medios de sobra para comprar su auxilio… ¿Por qué crees que este inglés se pasa meses enteros en las costas de Cuba y vuelve después a su país cargado de piedras preciosas?

—A lo mejor ha descubierto una mina —aventuré, inocente.

—Bueno, eso es lo que dice él —me respondió mi padre—, pero yo sé cuál es tan extraño favor que parece rendirle la naturaleza. A mí me ofreció en una ocasión diamantes, que le compré tranquilamente, sin preocuparme de más. Después, sin embargo, al examinarlos con detenimiento me di cuenta de algo sorprendente; aquellas piedras, hija mía, eran unas de África y otras de Brasil; algunas, además, por la calidad peculiar de sus aguas y por la rudeza con que habían sido tratadas, estaba claro que habían sido arrancadas de templos antiguos. Hice algunas averiguaciones, claro, pues me parecía bastante sospechoso todo aquello. Sir George Greville es un hombre astuto, pero te aseguro que yo lo soy mucho más y también que conozco las piedras preciosas mejor que él. Supe que había visitado a todos los joyeros de la ciudad; a uno le ofrecía rubíes, esmeraldas al otro, aguamarinas al de más allá…, y a todos contaba el mismo cuento de la mina… Pero, ¿en qué mina, en qué rico epítome de la tierra, incluso, se dan juntos los rubíes de Ispahán, las perlas de Coromandel y los diamantes de Golconda? No, hija mía; ese hombre, con su yate y con su título nobiliario, no tendrá más remedio que atender a mi petición; en cuanto anochezca atravesaremos la ciénaga por un sendero que me sé y por la parte más alta de la isla iremos luego por un camino que conozco, hasta la ensenada del norte… Allí está anclado el yate; si mis acreedores llegan antes de lo que supongo, así y todo estaremos a salvo, pues un hombre de mi entera confianza los aguarda para despistarles. Si llegan de noche, veremos una hoguera en la oscuridad; si vienen de día, veremos ascender una columna de humo… En cualquier caso tendremos tiempo de sobra para cruzar la ciénaga… Pero debo esconder esta bolsa… Será mejor que llegue a casa sin ella, pues cualquier esclavo podría irse de la lengua y arruinar nuestros planes. Mira —entonces, vaciando la bolsa sobre mi regazo, dejó caer una auténtica lluvia de piedras preciosas; eran de todos los tamaños y de todos los colores, más brillantes que las flores, increíblemente iridiscentes bajo los rayos del sol.

No pude evitar un grito de admiración.

—Sí, resultan imponentes incluso a tus ojos que nada saben de ellas —dijo mi padre—. Aunque, ¿qué otra cosa son más que chinitas inanimadas ante las herramientas del lapidario, frías como la muerte? Son ingratas, estas piedras… Pero cada una de ellas es, a la vez, un milagro de la paciente

naturaleza, nacida del polvo de la tierra y crecida hasta hacerse luminosa a lo largo de siglos de actividad microscópica; cada una de estas piedras supone para nosotros un año de vida, de libertad y de mutuo afecto… ¡Cuánto, por ello, debemos apreciarlas! Pero, vamos, Teresa, que tengo que ponerlas a buen recaudo. Nos pusimos de pie para ir hasta donde comenzaba a hacerse más espesa la jungla, allá donde se alzaba la ponzoñosa muralla de follaje denso, en la pendiente de la loma sobre la que se alzaba nuestra casa. Seguí a mi padre, que calibraba cada paso con ojos atentos, evitando cuidadosamente las zonas en donde la vegetación salvaje podría resultar peligrosa. Vi al cabo que reconocía una señal hecha allí con anterioridad y supe por su expresión que se sentía aliviado; se detuvo entonces y me dijo:

—Aquí comienza el sendero del que te hablé; aquí será donde me esperes, ¿de acuerdo? Yo me adentraré unos cientos de yardas en la ciénaga para ocultar mi pobre tesoro; volveré tan pronto lo haya dejado en lugar seguro.

Fue en vano que le dijera que aquello que pretendía era muy peligroso; fue en vano que le rogase que me dejara seguirle, lo que hice invocando la sangre negra que, al fin lo había sabido, corría por mis venas… No me hizo caso; vi que apartaba unos arbustos y que desaparecía al momento entre ellos para dejarme sumida en el silencio pestilente de la ciénaga.

Pasó una hora entera y vi al fin que aquellos arbustos se agitaban para que al momento apareciera mi padre. Hizo un alto para tomar aire y a punto estuvo de abatirlo a tierra la luz cegadora del sol. Traía el rostro congestionado, muy rojo, pero a pesar del calor de aquella hora, pleno mediodía tropical, no tenía una gota de sudor.

—Pareces agotado —le dije saliendo a su paso—. ¿Te encuentras mal?

—Estoy muy cansado —me dijo—; el aire ahí es sofocante, te agota; además, se te hacen los ojos a la penumbra, ahí adentro, y cuando sales los rayos del sol se te clavan en ellos como cuchillos. Espera un poco, Teresa, que respire hondo… En seguida me pondré bien… He enterrado la bolsa bajo un ciprés que crece pasando la laguna, a la izquierda del sendero. Encontrarás las joyas hundidas en el lodo… Pero démonos prisa, es hora de regresar. Nos espera un largo camino y hemos de comer algo antes de emprenderlo, y debemos dormir algo, también… Sí, tenemos que dormir un poco, mi pobre Teresa… —dijo mirándome con ojos sanguinolentos, moviendo la cabeza a los lados, compasivamente.

Salimos de allí a toda prisa, pues no dejaba de murmurar que había perdido mucho tiempo y que la servidumbre podría sospechar algo… Al llegar a nuestra casa atravesamos las galerías y al fin estuvimos al fresco, con

las persianas bajas, con las cortinas corridas, en la más agradable sombra. Ya teníamos servida la mesa, pues los criados, sabiendo que mi padre estaba a punto de llegar, habían vuelto a sus ocupaciones; noté, al mirarles a la cara, que me rehuían como si esperasen que los reprendiera por su actitud anterior, cuando se habían negado a obedecerme. Mi padre no paraba de decir muy bajo, casi en un susurro, que teníamos que darnos prisa; parecía consumirlo por momentos la fiebre. Fui a tomar asiento en el sitio que me correspondía en la mesa, pero apenas solté su brazo vi que con un gesto extraño abría y extendía hacia adelante sus dos manos, para quejarse: «¿Qué me ocurre?», dijo con una voz aguda, casi inhumana; «¿es que me estoy quedando ciego?» Traté de que se sentara pero me fue imposible; allí estaba, de pie, abriendo y cerrado la boca patéticamente, como si se ahogara entre dolores espantosos. Se llevó las manos a las sienes, gritó «¡mi cabeza, mi cabeza!», dio unos pasos tambaleantes y cayó junto a la pared.

Sabía, claro, qué le pasaba. Llamé a nuestros criados y les pedí que le auxiliaran; al poco me dijeron que no había esperanzas; su amo había osado adentrarse en la ciénaga y eso le costaría la vida. No hace falta que le refiera cómo sufría… Hice que lo llevaran a su cama y me senté a su lado; permanecía inmóvil, le castañeteaban los dientes, deliraba o decía palabras ininteligibles; sólo en ocasiones le entendía con claridad «rápido, rápido, rápido», como si en su tortuosa agonía temiera aún por los peligros que me acechaban, a mí, su hija, y quisiera avisarme de la necesidad de huir cuanto antes. Se puso el sol y quedó en penumbra la habitación cuando supe que mi padre acababa de abandonar este mundo tan triste… ¿Cómo pensar, tan abatida como estaba, en huir, en ponerme a salvo, en los más que ciertos peligros que acechaban mi inocencia? Allí, junto al cuerpo sin vida de mi padre y a la vez mi único amigo en este mundo, me olvidé absolutamente de todo, no tenía más que un profundo sentimiento de pena y dolor.

Ya con el nuevo día, cuatro horas después de que saliera el sol, cobré conciencia de nuevo de mi situación, cuando entró en donde velaba yo a mi padre la niña esclava a la que ya he aludido. Aquella pobre y limpia alma me había mostrado siempre mucho cariño y lloraba compadeciéndose de mi dolor; pero tuvo la fuerza necesaria para decirme que habían desembarcado en nuestra pequeña isla, hasta entonces tan plácida, unos alguaciles dispuestos a cumplir la orden de llevarse preso a mi padre; y añadió que un hombre muy gordo y malencarado, que había arribado con ellos, decía ser el nuevo dueño de la isla y de cuanto había en ella, esclavos, casas, plantaciones…

—Me parece que es un político muy importante o un brujo muy poderoso —me dijo la pequeña esclava—, porque Madam Mendizábal se fue al monte para esconderse en cuanto lo vio llegar.

—Tonta —le dije—, no tiene miedo de ese hombre sino de los alguaciles… Pero, en cualquier caso, ¿por qué esa mujer tan infame sigue apestando nuestra isla con su presencia? ¡Ah!, pequeña Cora —añadí dolida —, ¿pero qué le importa todo esto a una huérfana como yo?

—Amita —me respondió—, tengo que recomendarle dos cosas: una, no hable así de la señora Mendizábal, por lo menos no hable así de ella ante ningún negro, porque es la mujer más poderosa del mundo, y su solo nombre, si alguien se atreviera a pronunciar su nombre verdadero, haría que se levantaran los muertos de sus tumbas… No hable así de ella en mi presencia, pues yo, la pobre Cora, sé bien que es capaz de oír todas las cosas que se digan de ella, allá donde esté, aunque ahora se haya escondido para que no la vean los alguaciles… Esa mujer me tiene mucha rabia, se lo aseguro, mi amita; cuando la señora me mira a los ojos se me hiela la sangre… Eso es lo primero que quería decirle… Lo segundo, que tenga usted en cuenta, se lo pido por el cielo, que ya no es la hija del amo, sino una esclava como yo; su padre ya está muerto, mi amita… Ya la llama su amo, vaya con él, mi amita… Es usted muy guapa y joven y seguro que el nuevo amo le da una vida regalada si se muestra usted amable y obediente con él… Hágalo y verá que la vida le resulta más fácil.

La miré por unos momentos con una indignación tal que no podría usted imaginarse… Pero me calmé de inmediato, pues sabía que aquella pobre esclava hablaba por instinto, como canta el pájaro o brama el ganado…

—Vete, Cora, vete —le dije—; te agradezco tus buenas intenciones, pero déjame sola con mi pobre padre… Y dile a ese hombre que en seguida iré a verle… Se fue Cora, y volviéndome hacia mi padre muerto le dije al oído, aunque no pudiera oírme ya, que haría todo lo que él me había recomendado que hiciera para salvaguardar mi honra, mi inocencia en peligro. «Padre», le dije, «a pesar de verte al borde de la muerte me dijiste, preocupándote sólo por mí, que escapara de la desgracia; ahora, teniéndote de cuerpo presente, juro que así lo haré; no sé cómo, incluso matando si es necesario, pero haré lo que me dijiste… Y que Dios me asista en mi debilidad». Nada más oírme decir aquellas palabras cobré fuerza, como si hubiera descansado larga y plácidamente; allí mismo, ante el espejo de la habitación en donde yacía sin vida mi pobre padre, me arreglé el peinado, me refresqué el rostro, alivié mis

ojos enrojecidos por el llanto, di mi último adiós a mi padre y forzando una sonrisa salí a conocer a quien se decía mi amo.

Estaba rabioso, enardecido, buscando por toda la casa, revolviéndolo todo, demostrando que era el amo… Era un hombre muy gordo y ya mayor, sanguíneo, vulgar, sensual y colérico, pero a la vez con algo que denotaba un buen humor y una buena disposición, si una sabía cómo tratarle… Y eso que, por la manera en que le brillaron los ojos cuando me miró, sentí que debía prepararme para lo peor.

—¿Esta es vuestra antigua ama? —preguntó a los esclavos, que le respondieron que sí; entonces les ordenó salir de la casa para quedarse a solas conmigo—. Querida —me dijo—, yo soy un hombre de gustos sencillos, no como esos malditos españoles; soy un inglés de pura cepa, acostumbrado a trabajar duro… Me llamo Caulder.

—Encantada de conocerle, señor —le dije dedicándole una graciosa reverencia, como las que había visto hacer a nuestros esclavos.

—Bien —dijo—, esto es mucho más de lo que esperaba… Si cumples con lo que pide Dios de tu condición, tendrás en mí al mejor de tus amigos… Me gustas mucho —añadió diciendo entonces mi nombre, que pronunciaba endiabladamente mal—. ¿Ese pelo es tuyo? —me preguntó, y acercándose a mí como si fuera una yegua, me tiró de los cabellos para cerciorarse de que en efecto el pelo era mío; no obstante la rabia que sentí mostré sumisión—. Bien, muy bien —siguió acariciándome la cara con familiaridad—; ya verás cómo no te arrepientes de haber conocido al viejo Caulder… Hay, sin embargo, algo que me interesa más ahora mismo… Tu amo era un ladrón y se escapó con unas cuantas cosas que me pertenecen… Supongo que, por la estrecha relación que os unía, sabrás dónde las guardó… Te trataré según la honradez que me demuestres, tenlo en cuenta antes de responderme; ya te he dicho que soy un hombre honrado, por lo que espero la misma honestidad en mis esclavos.

—¿Se refiere usted a las joyas? —le dije en un susurro.

—Sí, precisamente a eso me refiero —respondió con una risita de contento.

—¡Cállese! —le pedí.

—¿Que me calle? —dijo extrañado—. ¿Y por qué habría de hacerlo? Estoy en mi casa, rodeado de mis esclavos…

—¿Ya se han ido los alguaciles? —le pregunté ansiosa, pues de su respuesta dependía mi plan.

—Sí, ya se han ido —respondió un tanto sorprendido por mi pregunta—. ¿Por qué?

—Hubiera preferido que no les dejara marchar —le dije como si lo lamentara, aunque el corazón brincaba de alegría en mi pecho—. No debo ocultarle la verdad, ya que es usted mi amo… Pero debe saber que los esclavos de esta plantación son muy díscolos, muy peligrosos… Llevan tiempo preparando un motín.

—¿Un motín? —dijo—. Pero si jamás he visto negros tan mansos como los de esta casa…

Comenzaba a ponerse pálido ante lo que oía.

—¿Le han dicho que está en la isla Madam Mendizábal? ¿Le han contado que desde su llegada no obedecen a nadie más que a ella? Si le han recibido a usted civilizada y apaciblemente es sólo porque ella les ha ordenado que lo hagan así… Pero no se fíe; piense un poco y comprenderá por qué…

—¿Te refieres a Madam Jezabel? —me dijo—. Sí, es un maldito demonio, ya sé que los alguaciles la buscan por varios crímenes. Pero ¿qué más me da? Ya sé que tiene un gran influjo entre tus amigos negros… Aunque, bien pensado, ¿qué demonios hace en esta isla?

—Las joyas —le dije—. ¡Ah!, señor, si hubiera visto ese tesoro… Zafiros, esmeraldas, ópalos, topacios dorados, rubíes tan rojos como el sol cuando se pone… ¡Qué incalculable riqueza, señor, qué belleza para la vista! Si hubiera visto esas joyas como las he visto yo, y como las ha visto ella, se lo aseguro, se echaría usted a temblar de miedo al saberla aquí, escondida en la isla…

—¿Quieres decir que ha visto las joyas? —me preguntó y supe por su expresión que mi treta daba resultado.

—Mi amo —le dije tomando sus manos entre las mías—, ahora le pertenezco y por eso tengo el deber de defender sus intereses y su vida, lo que hago además encantada… Escuche lo que le digo y tome en cuenta mi consejo… Hay que proceder con gran cautela, así que deberá seguirme sin que nadie nos vea, que yo le conduciré hasta el lugar en donde está enterrado el tesoro. Cuando lo tenga en su poder, corra hacia su barco, huya y no vuelva a esta maldita isla si no lo hace protegido por un batallón de soldados.

¿Qué hombre libre, en una tierra libre, se hubiera creído devoción tan repentina? Pero aquel opresor, rendido por las artes y sofismas que él mismo utilizaba para consumar sus abusos, o para acallar su mala conciencia tratando de convencerse de que la esclavitud era algo natural y justo, cayó en mi trampa como un niño… Me dio las gracias muy sinceramente; me dijo que contemplaba en mí las cualidades más dignas de aprecio en un siervo. Cuando

volvió a preguntarme sobre el valor de aquel tesoro le dije sin demora lo que necesitaba oír para aumentar su avaricia; no tardó mucho en pedirme que pusiera en marcha mi plan.

De un cobertizo del jardín tomé un pico y una pala; luego, por senderos bastante ocultos entre las magnolias, guié a mi amo hasta donde comenzaba la ciénaga. Me adentré yo primero, con el pico y la pala al hombro, a lo que me obligaba mi condición de esclava, pero mirando continuamente hacia atrás, temerosa de que alguien nos hubiera descubierto y seguido. Cuando llegamos a donde se iniciaba el camino, recordé que no llevaba nada de comer, así que se lo dije a Mr. Caulder, lo dejé allí, a la sombra de un árbol, luego de pedirle que me esperase, y me encaminé de nuevo hacia la casa con la idea de hacerme con una cesta de provisiones. ¿Para él?, me pregunté. Una voz en mi interior me respondió que no… Mientras siguiéramos cara a cara él y yo, mientras viera en él al hombre al que pertenecía como esclava, mi ánimo rebelde me daría la fuerza de indignación necesaria como para sostenerme con valor y resistir. Pero en mi soledad, de vuelta a la casa en busca de alimentos, hubiera deseado decirle la verdad y arrojarme sus pies pidiéndole perdón por la trampa que le había tendido, rescatándole de la muerte segura a que lo arrojaba en la ciénaga ponzoñosa. Sin embargo, me liberaba de tal peso en la conciencia aquel juramento que hice a mi padre ya muerto y la obligación de defender a toda costa mi inocente juventud. Eso bastó para que me desaparecieran semejantes escrúpulos; la palidez en mi rostro reflejaba, sin duda, el espanto en que se debatía mi alma en aquella situación en la que me veía, pero mi paso era seguro; cuando me hice con la cesta de alimentos volví hasta donde me aguardaba, en el inicio de la ciénaga, y con una sonrisa en mis labios lo invité a seguirme.

El sendero por el que nos adentramos parecía cortado como un túnel entre aquella masa vegetal que nos circundaba y que apenas dejaba pasar la luz del día; la humedad del ambiente era espesa; el aire que se respiraba, sofocante y caliente como el vapor; los olores pestilentes parecían llenarte los pulmones y el cerebro. Se hundían nuestros pies pesadamente en el légamo; noté que a mi paso, las mimosas, tan altas como un hombre, se apartaban con un leve murmullo como para no rozarme, pero al margen de estas plantas tan sensibles todo resultaba inmóvil y silencioso en aquel magma de corrupción y pestilencia.

Apenas habíamos avanzado, pero al poco Mr. Caulder comenzó a sentir náuseas y tuvo que sentarse para tomar aliento. La verdad es que me dio pena verlo así, al pobre, condenado ya a su mala suerte, y con mis mejores deseos

le pedí por favor que volviera sobre sus pasos. ¿Qué valían unas cuantas joyas si se las comparaba con la vida? Pero me dijo que no; aseguró que por nada del mundo permitiría que aquella bruja, Madam Jezabel, se hiciera con ellas; era un hombre honesto, me dijo, y no podía permitir por ello que lo engañaran… Hablaba sin resuello, jadeando como un perro enfermo… Se puso en pie tras descansar un rato, me dijo que ya se le había pasado la fatiga, que estaba mejor, pero apenas habíamos caminado un trecho más y advertí en él los primeros signos de la muerte.

—Amo —le dije—, le veo muy pálido, mortalmente pálido; me asusta verle así; tiene los ojos sanguinolentos, rojos como los rubíes que buscamos…

—¡Bah!, mira dónde pisas —me replicó—; si te vuelvo a ver mirar atrás, vas a enterarte de una vez por todas de que tu posición ha cambiado por completo, te lo aseguro… Un poco después vi un gusano en la tierra y le dije con voz muy suave que tuviera cuidado de no tocarlo, pues le causaría la muerte al instante; más adelante, una serpiente muy verde y enorme, verde como la hierba en primavera, atravesó el sendero por donde íbamos, a poca distancia de nosotros. No pude evitar un sobresalto, que me paró en seco y me hizo decirle con voz de espanto y con ojos horrorizados:

—Es la serpiente del ataúd, la serpiente que persigue a sus víctimas como si fuera un perro de presa —le dije.

Pero no conseguí disuadirle.

—Soy un viajero con muchos años —me respondió—; sé que esta selva es terrible pero pronto la habremos salvado hasta el fin.

—Ya —dije notando que se me abría una extraña sonrisa—. ¿A qué fin?

Empezó a reírse sin parar, aunque no parecía que aquello le hiciera gracia… Un poco más allá de donde nos encontrábamos el camino iniciaba una leve subida para ensancharse.

—¡Mira, allí! —me dijo exultante—. ¿Lo ves? Ya hemos atravesado lo peor.

Estábamos ya en la pequeña laguna, que tras un recodo se estrechaba; un árbol caído tendía un puente para atravesarla, pero después, bajo una vegetación impresionante, entre enredaderas y ramas, se abría la otra laguna, la pantanosa, la corrompida, la de los olores mefíticos y ponzoñosos; no se veían sino las grandes cabezas acechantes de los caimanes; en las riberas, cientos de cangrejos escarlata.

—Si nos caemos de este puente tan precario —le dije mientras cruzábamos sobre el tronco—, nos comerán sin remedio los caimanes, mire

cómo nos esperan… Y si nos apartamos después un solo paso del sendero, nos atrapará el barro, mire, fíjese en esas malditas alimañas tan rojas, que también esperan vernos inermes para devorarnos… ¿Quién podría defendernos de esos miles de asaltantes que parecen protegidos por una coraza? ¡Qué muerte tan horrible, caer vivos para que nos despedacen con sus pinzas!

—¿Es que te has vuelto loca, niña? —me gritó—. Cállate, por favor, y sigue caminando…

De nuevo estuve a punto de apiadarme de él, pero entonces alzó su bastón y me golpeó en la cara, con mucha crueldad.

—¡Vamos, camina! —me gritó—. ¿Es que tengo que quedarme aquí, esperando la muerte en este sitio repugnante, y todo por una tonta esclava que no para de hablar?

Había aguantado el bastonazo en silencio, incluso con una sonrisa, pero la sangre me inflamó de nuevo el corazón. Sentí entonces el ruido que hacía algo, no sé qué, al caer al infecto pantano, pero me dije que a buen seguro era mi propia conmiseración.

Pasamos al fin, no sin agobios, al otro lado; al menos allí el bosque no era tan denso, la vegetación permitía algunos claros; podían contemplarse incluso los rayos de sol en algún punto, podía verse, aun a través de grandes nubes de mosquitos, algún árbol… Allí estaba el ciprés, a la izquierda del sendero, en uno de aquellos leves claros del bosque. El camino se ensanchaba bastante en aquella altura, aunque parecía sembrado de hormigueros temibles. Apoyé el pico y la pala en el ciprés y de inmediato parecieron negros por la cantidad de hormigas que invadieron las herramientas. Alcé los ojos para ver la cara de quien no se sabía mi víctima, pero apenas la distinguí porque había entre nosotros una auténtica nube de mosquitos, de moscas y de otros insectos, que llenaban el aire de un murmullo semejante al de una rueda que girase.

—Aquí está el tesoro —le dije—. No puedo cavar porque no sé usar el pico y la pala; hágalo usted, pero por su propio bien le recomiendo que lo haga rápido.

Otra vez se había sentado para descansar y boqueaba como un pez recién pescado. Observé en su rostro la misma congestión que vi en mi padre.

—Me siento enfermo —apenas susurró—, terriblemente enfermo; todo me da vueltas, el vuelo y el zumbido de estas moscas carroñeras me confunde… ¿No has traído un poco de vino?

Le di un vaso de vino, que bebió ávidamente.

—Decida usted si seguimos adelante o no —le dije—; todo el mundo sabe que esta ciénaga es muy peligrosa.

—Dame ese pico —me ordenó—. ¿Dónde están enterradas las joyas?

Se lo indiqué vagamente y comenzó a cavar con toda la fuerza de que era capaz en aquel calor asfixiante y denso de la ciénaga, como un hombre sano y decidido. Veía en su rostro cómo el sudor comenzaba a bañárselo apenas con los primeros golpes de pico que daba; las gotas de sudor parecían despertar aún más la voracidad de los insectos.

—No es bueno sudar aquí, la fiebre entra en el cuerpo por los poros abiertos de la piel, mi amo —le dije.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó dejando el pico momentáneamente clavado en el suelo—. ¿Es que me quieres volver loco? ¿Acaso crees que no sé el riesgo que corro?

—Todo lo que le pido —le repliqué— es que acabe pronto, nada más.

Mi mente voló entonces al recuerdo de mi pobre padre en su lecho de muerte y me puse a repetir, en voz baja, sus mismas palabras enfebrecidas: «Rápido, rápido, rápido».

Me sorprendió ver que el afanoso buscador de tesoros pareció convertirse en el eco de mi voz; seguía descargando golpes con el pico, cada vez más lentos e imprecisos, sin embargo, mientras repetía como una cantinela lo mismo que yo había susurrado: «Rápido, rápido, rápido», y también «no perdamos tiempo, la ciénaga es peligrosa, peligrosa, peligrosa…». Y otra vez «rápido, rápido, rápido». Lo decía mecánica, fatigosamente, como un enfermo que se agitara en su lecho de dolor… Ya no sudaba; seguía, sin embargo, muy congestionado, rojo como un ladrillo. Al fin descubrió la bolsa que contenía las joyas, pero no la vio, siguió cavando.

—¡Amo! —grité—. Ahí está el tesoro.

Pareció que despertaba de un sueño.

—¿Dónde? —me preguntó, aunque lo tenía ante sus ojos—. ¿Será posible…? Debo de estar perdiendo la cabeza… ¡Niña! —me gritó como si fuera a reprenderme—. ¿Qué ocurre? Algo va mal, esta asquerosa ciénaga…

—Es una tumba —le dije—. No conseguirá salir con vida de aquí… Mi vida también está en manos de Dios…

Cayó a tierra como derribado por un fuerte golpe, aunque no sé si sería por el efecto que causaron en él mis palabras o por un espasmo repentino debido a la enfermedad que había hecho presa en él… En el suelo se llevó las manos a la cabeza.

—Me has hecho venir hasta aquí para matarme —me dijo—, ¿por qué me has llevado a la muerte, aun a riesgo de tu propia vida?

—Para salvar mi honor —le dije—. No podrá negar que se lo advertí… Le mata a usted la avaricia, no yo… Le mata a usted el deseo de hacerse con esas piedras…

Sacó su revólver y me lo dio.

—Ya ves —me dijo— que hubiera podido matarte… Pero me estoy muriendo, como bien dices. Nada puede salvarme, ya he sacado mi billete para la otra vida, ya sólo me queda expiar mis culpas… ¡Oh!, Dios mío, Dios mío —dijo mirándome con una expresión de sinceridad y patetismo indecibles, como un escolar que no fuera capaz de entender la lección recibida —, son tantas las cosas por las que debo rendir cuentas…

No pude evitar echarme a llorar con mucho sentimiento. Me arrojé a sus pies, besé sus manos rogándole perdón… Incluso le di su revólver para que se vengara disparándome… Le aseguro que en aquel momento no hubiera dudado en ofrecer mi vida a cambio de salvar la suya… Pero aquel pobre hombre había decidido ya que ningún castigo mejor, para mí, que el remordimiento de mi conciencia por mis actos.

—No tengo nada que perdonarte —me dijo—. ¡Nada tan triste como un viejo idiota! Hubiera sido capaz de jurar que me tenías cariño…

Le sobrevino otro espasmo y se aferró a mí como un niño necesitado de amparo, mientras repetía el nombre de su esposa. Dejó de agitarse y de temblar, al cabo, y a través de la cortina de mis lágrimas le observé recuperarse.

—Tengo que escribir mis últimas voluntades —me dijo—. Saca el cuaderno que llevo en mi bolsillo.

Lo hice y escribió en una hoja con su lápiz.

—No permitas que lo sepa mi hijo Philip, que no sepa que he muerto, es un auténtico perro, que no se entere de que tú me has llevado a la muerte —dijo, mas de inmediato se quejó dolorosamente—: ¡Dios, estoy ciego! —gritó llevándose las manos a los ojos y añadió sollozando—: ¡Por favor, no me abandones a los cangrejos!

Le prometí que no me separaría de él mientras siguiera con vida y lo cumplí. Estuve a su lado, velándole como lo había hecho con mi padre aunque eran otros mis pensamientos, mucho más terribles que sentimentales. Su agonía duró toda la tarde, fue muy larga. Y toda la tarde me las vi y deseé para luchar denodadamente contra las hormigas y contra los mosquitos, para lavar así la mala conciencia que tenía, sabedora de mi culpa por su suerte.

Cuando al fin se hizo la noche el zumbido de los insectos se incrementó por todos los confines de la ciénaga; no estuve segura de su muerte hasta que sentí helada su mano, que se había aferrado con fuerza a las mías. Otra vez era libre.

Tomé su cuaderno, su cartera y su revólver, resuelta a defender mi vida, a matar antes que ser capturada; con la bolsa que contenía las piedras preciosas y la cesta llena de alimentos emprendí el camino hacia el norte. En la ciénaga entonaban su aterrador canto nocturno los animales de toda clase, al acecho de mi vida; avanzaba entre aquel espesor oscuro como si llevara puesta una venda en los ojos; el suelo, leguminoso, se hundía bajo mis pies a cada paso que daba; tenía la sensación de pisar de continuo sapos; me guiaba sólo por el contacto con aquellas auténticas empalizadas de vegetación que se alzaban a cada lado del sendero; sentía su roce en mi cuerpo como si fuese el de las serpientes; la humedad y la oscuridad parecían quitarme el resuello; jamás he sentido en mi vida tal sensación de pánico como la que experimenté aquella noche, en aquel sendero; jamás sentí tanta sensación de alivio, sin embargo, cuando noté que el sendero ascendía a partir de un punto, que el piso era más firme y seco, cuando distinguí al fin la plateada luz de la luna.

Atrás quedaba la jungla para adentrarme en una región de bosques desde luego más nobles y abiertos que la jungla espesa, una región en la que había piedras peladas, en la que la tierra era seca e igualmente limpia; me reconforté con aquel silencio maravilloso de la noche y con el delicioso aroma de la vegetación de montaña sobre la que se había derramado generosamente el sol durante todo el día. Gracias a la sangre negra que corre por mis venas había logrado salir indemne de la ciénaga y sus venenos; además, la fortuna me había librado de ser víctima propiciatoria de las alimañas repugnantes que allí viven. Lo que me quedaba por hacer para ponerme definitivamente a salvo era mucho más sencillo: cruzar la isla, llegar a la bahía y obtener el favor de que me permitieran embarcar en el yate inglés que allí fondeaba. Sin embargo, con la noche ya cerrada se me hacía difícil seguir el camino que me había indicado mi padre; consultaba las estrellas, en busca de orientación, cuando me llegó desde lejos el canto de una multitud que parecía enfervorizada.

Nunca he sabido decirme por qué lo hice, pero lo cierto es que comencé a dirigir mis pasos hacia aquel lugar del que me llegaba aquel canto; no tardé más de un cuarto de hora y los vi, desde la cubierta que me ofrecían las márgenes de un claro del bosque, donde estaban reunidos bajo la luz de la luna, alrededor de una gran hoguera. Frente a una capilla parcialmente derruida, y de la que había oído decir alguna vez que era lugar de cita para los

devotos del vudú, se agitaba una masa negra sobre los escalones de entrada; parecía animada aquella masa por una vida inconsciente, inarticulada. Muy pronto supe lo que era: habían atado brutalmente, los unos contra los otros, a un montón de animales: perros, gallinas, gallos, conejos, pájaros… Un cinturón de hombres y mujeres africanos rodeaban la capilla y la hoguera; estaban de rodillas, alzaban al cielo los brazos, como implorando, bajaban a continuación la cabeza, se echaban de bruces sobre la tierra… Parecían seguir el ritmo de una marea, el vaivén de las olas, mientras entonaban su canto acompasadamente. El asombro, más que el miedo, me dejó paralizada, pues supe de inmediato que contemplaba un ritual vudú; y supe también que mi vida dependía de que no se percataran de mi presencia, pues pendía de un pelo.

Se abrió entonces la puerta de la capilla y salió un negro muy alto, totalmente desnudo, que alzaba en su mano un cuchillo de sacrificios. Tras él iba una figura todavía más espeluznante: era Madam Mendizábal, completamente desnuda igualmente, que ante su cara sostenía con las dos manos una cesta de mimbre llena de serpientes que se agitaban rabiosas; varias salían de la cesta y se le enroscaban en los brazos, lo que aumentaba el fervor de sus seguidores, lo que hacía que cantasen con más entrega fanática, de manera menos rítmica que antes. De pronto, aquel negro altísimo y desnudo, hizo una señal, cesó el canto y dio comienzo la segunda parte del ritual bárbaro y sanguinario. Desde diferentes partes del círculo en torno a la hoguera salieron corriendo, uno tras otro, varios hombres y mujeres, para prosternarse ante la sacerdotisa y las serpientes; una vez a sus pies, alzaban la cabeza y proferían los deseos más perversos que les dictaba su corazón.

La muerte o la enfermedad para alguien era lo que más pedían; había quienes pedían la muerte o la enfermedad para gentes de su propia familia; llegué a oír cómo una esclava, a la que puedo jurar que siempre traté bien, pidió para mí la muerte… A cada petición, el negro alto sonreía, cogía a uno de los animales amarrados tan brutalmente, lo mataba con su cuchillo de ritual y tiraba el cuerpo sin vida al suelo.

Llegó el turno de la gran sacerdotisa, que dejó la cesta llena de serpientes sobre los escalones de la capilla, fue hasta el centro del círculo formado por sus devotos, junto a la hoguera, se revolcó por el suelo, entre sus serpientes, y aún postrada, como en trance, comenzó a entonar un cántico monocorde, como una declamación, a tal punto y con semejante furia que parecía una auténtica posesa. El horror hizo que sintiera paralizarse la sangre en mis venas.

—¡Poder! —invocó—. No pronunciamos tu nombre. Poder. No eres ni el bien ni el mal porque estás al margen del bien y del mal. Eres más fuerte que el bien y más grande que el mal. Poder al que toda mi vida he servido y adorado. ¿Quién derramó la sangre en los altares de tu culto? ¿A quién se le rompió la voz mientras te cantaba? ¿Quién perdió su juventud lozana bailando en las orgías a ti dedicadas? ¿Quién dio muerte al hijo de su propio cuerpo para ofrecértelo? ¡Yo, fui yo, Metamnbogu! Y te me ofrezco con mi propio nombre. Y desgarro los velos que me ocultan. Concédeme lo que te pido o mátame… Escúchame, ciénaga del pantano, oscuridad del trueno, veneno del colmillo de la serpiente. ¡Dame lo que te pido o quítame la vida! Concédeme dos cosas, Poder que no necesitas de la forma para hacerte presente, horror del vacío… Quiero la sangre de mi marido de cara blanca, concédeme lo que te pido, él odia el vudú… ¡Haz que se derrame su sangre! La otra cosa que quiero pedirte, a ti, señor que guías los vientos ciegos, semilla de las ruinas de la muerte, raíz de vida y raíz de podredumbre, es que deje yo este mi cuerpo ajado. Ya soy vieja y fea, todos me conocen y todos me persiguen, todos quieren matarme… Permite que tu sacerdotisa amante recupere la belleza de sus mejores días… Haz de mí una muchacha a la que cortejen los hombres como en otro tiempo me cortejaban. A ti, mi señor y mi amo, te pido una maravilla jamás vista desde que nos sacaron de nuestra vieja tierra; a ti, mi amo y señor, ofrezco en sacrificio esta cabritilla, para dar placer a tu alma; mírala, señor, aún no le han florecido los cuernos…

Voces de júbilo acompañaban cada una de sus invocaciones; los súbditos de la sacerdotisa se levantaban, volvían a ponerse de rodillas, se tiraban de bruces al suelo, se revolcaban… El clamor alcanzó lo inenarrable cuando el negro altísimo, que se había vuelto a meter en la capilla mientras tanto, salió al poco con su víctima propiciatoria, con la cabritilla de la que había hablado la sacerdotisa: era Cora, la pequeña esclava… No sé si perdí el sentido, por la impresión que me causó aquello, pero no sé lo que siguió; cuando me recuperé vi a Cora al pie de los escalones, atada, amenazada por las serpientes, aquel negro altísimo a su lado sosteniendo en alto su cuchillo. Cuando vi que iba a hundirlo en la niña, no pude soportarlo; lancé un grito de horror y pedí a voces, en el nombre de Dios, que no lo hiciera.

Un gran silencio se hizo entre la masa de caníbales. Hubiera estado perdida sin remedio de no ser porque el cielo quiso apiadarse de mí, para salvarme de su furia. Aún seguía en silencio aquella multitud malvada, cuando, en la quietud de la noche, comenzó a levantarse un fragor más fuerte que el de cualquiera de las tormentas que puedan padecer en Europa; un

fragor, incluso, más violento que el de los vientos del Oriente. Una lluvia de rayos y relámpagos pareció llenar el mundo a partir de aquel momento, desgarrando las tinieblas y el silencio de la noche. Apenas un segundo después llegaba con toda su voracidad el tornado hasta el mismo centro de aquella tétrica escena… Oí un chasquido muy agudo, de algo que se rompía, y perdí las luces del sentido.

Ya había amanecido cuando recuperé la consciencia y estaba ilesa; los árboles entre los que me hallaba seguían incólumes, no habían perdido ni una de sus ramas; era todo tan apacible que podría haber pensado que el tornado no fue más que un mal sueño, pero no era así; en cuanto miré a mi alrededor comprendí que me había librado de la muerte por muy poco. El tornado había abierto una especie de sendero, de tantos estragos como causó, entre el valle y el monte; los árboles seguían meciéndose a los lados, acariciados por la dulce brisa de la mañana, pero nada había quedado a salvo por donde pasó la tormenta. En su cólera, el poder de los vientos arrasó cuanto se interpuso en su camino, hombres, árboles, animales, las ruinas de la capilla que aún seguían en pie poco antes, a los devotos del vudú… Allí, entre tanta desolación, no quedaban en pie más que unos árboles, manojos de florecillas silvestres y una pobre muchacha virgen y vulnerable, yo misma, que se puso de rodillas para dar las gracias al cielo en medio de la pura, apacible y transparente mañana.

Caminar a través de aquella senda hecha por el tornado en el bosque resultaba imposible, sin embargo, pues era grande la devastación causada. Pude pasar un trecho no sin gran esfuerzo y mucha paciencia, sorteando obstáculos y resbalando y cayendo al suelo más de una vez. Cuando logré salir de allí estaba agotada y casi vencida, así que me senté un buen rato en tierra para recuperarme. Comía un poco de lo que llevaba en mi cesta mientras contemplaba las altas copas de los árboles que permanecían incólumes, cuando de repente me di cuenta de que en uno de ellos había una marca a hierro que señalaba el camino. ¿Cómo podría dar gracias al cielo por aquella nueva demostración de bondad que me hacía? Comprendí entonces que la Providencia, de su propia mano, me había conducido al lugar exacto para indicarme allí el camino necesario. Llena de entusiasmo proseguí mi marcha, con el corazón iluminado por aquella gracia, con pasos más ágiles, y atravesé al fin la isla por su zona más montañosa.

Muy cansada por la caminata y con las ropas que vestía hechas jirones, llegué pasado el mediodía hasta la pendiente que bajaba hasta el mar. Las olas levantadas por el tornado de la noche anterior aún golpeaban con alguna

violencia la costa; la espuma de las olas parecía poner una fugaz nevada en la tierra que alcanzaban. Abajo, a mis pies, se abría una pequeña bahía protegida por altos paredones de roca viva; en sus cotas más altas crecían palmeras en algunos puntos. Vi la embarcación, mecida por la marea hasta cabecear de proa a popa sobre el eje de su ancla. Era un buen yate, bien pintado y en perfecto estado de conservación; su arboladura, larga y hermosa, daba sensación de seguridad; admirada vi ondear la bandera de Inglaterra y la madera brillante y el bronce pulido del mobiliario de la cubierta. Aquel era el barco destinado a mi refugio; pero tenía que salvar aún una dificultad: subir a bordo.

Media hora más tarde dejé atrás el bosque, definitivamente, para alcanzar una cala pequeña contra la que se estrellaban las olas con bastante violencia y con un fragor tremendo. No veía entonces el yate, oculto tras un leve promontorio coronado de árboles; eché a caminar entonces por la playa en una soledad absoluta, cuando me topé al poco con una barcaza amarrada en una especie de embarcadero natural que ofrecían las rocas. Miré a mi alrededor, suponiendo que estarían cerca los tripulantes, y en efecto, hacia el bosque, vi restos de una hoguera que aún humeaba y a su alrededor varios marinos que dormían, negros la mayor parte de ellos… Iban perfectamente uniformados, tal y como debe estarlo la tripulación de un buen yate como aquel que fondeaba en la bahía. Por su gorra diferente, de pico, y por los brillantes botones de su guerrera, supe que uno de aquellos hombres era un oficial.

Me acerqué a él y le toqué en un hombro. Despertó de golpe, sobresaltado, haciendo que se despertaran también los demás. Me miraban todos aquellos hombres con gran sorpresa.

—¿Qué quieres? —me preguntó el oficial.

—Quiero subir a vuestro yate —le respondí.

Los vi desconcertados ante mi petición; el oficial, tras un silencio, me preguntó con no muy buenos modos quién era. Pero yo quería mantener mi nombre en secreto hasta que me viera ante el mismísimo Sir George; no sé por qué, pero el primer nombre que me vino entonces a la cabeza fue el de Madam Mendizábal… Al oír aquello la tripulación pareció impresionada; los negros, sobre todo, me miraban con un miedo expectante, pero no es menos cierto que los blancos también parecían asustados. Sigo sin saber por qué lo hice, pero la verdad es que sentí como si me poseyera entonces un espíritu burlón que me obligó a añadir:

—Si mi nombre les suena extraño, pueden llamarme Metamnbogu.

Nunca he visto nada parecido, un efecto tan extraordinario de palabra alguna… Los negros alzaron sus manos al cielo, como los negros de la noche anterior al amparo de la hoguera del ritual vudú, y uno tras otro se prosternaron ante mí para besarme el vestido hecho harapos… Aquello enfadó sobremanera al oficial blanco, que comenzó a lanzarles imprecaciones sin cuento, preguntándoles si se habían vuelto locos o qué… Los negros, sin embargo, lo apartaron con violencia hasta un lugar en donde ni los veía ni me llegaban sus voces, pero vi que lo rodeaban y parecían explicarle algo gesticulantes, exagerados, como si estuvieran poniendo en escena cualquier pantomima extravagante. El oficial, sin embargo, no parecía atender a sus razones; vi que se reía, que hacía gestos en los que negaba las razones de sus negros, que protestaba y les exigía disciplina. Al rato, sin embargo, acaso agotado por la imposible conversación, o quizás porque comprendió que las de sus negros eran buenas razones, quién sabe, se acercó hasta mí y con muy buenos modales, que no le ocultaban del todo, sin embargo, un cierto aire despectivo para conmigo, se llevó la mano a su gorra en gesto de saludo y me dijo:

—My Lady, si es usted quien dice ser, nuestra barcaza está a su entera disposición.

Fui recibida a bordo del yate *Nemorosa*, tal era su nombre, de manera igual de obsequiosa. Ya cuando nos acercábamos a la impresionante embarcación montones de marinos negros se agolpaban en la borda, y también tripulantes amarillos, y blancos; los marinos que remaban en la barcaza que me llevaba iniciaban un diálogo a voces con los negros del yate en una *lingua franca* que me resultaba incomprensible. Todos los ojos de aquellos hombres se clavaron en mí; cuando ya estábamos a punto de alcanzar el yate los negros alzaron sus brazos al cielo con una expresión en sus rostros de tanto apasionamiento y fervor como de sorpresa.

Fui recibida a bordo por otro oficial, un caballero de grandes mostachos rubios, al que pedí me llevara ante Sir George.

—Pero no es… —comenzó a decir y se calló de golpe.

—Sí, lo sé —le respondió el otro oficial, el de la playa—. ¿Pero qué podemos hacer, por todos los demonios? Mire a todos estos negros…

Yo también miré a los negros. Al hacerlo vi que todos aquellos pobres e ignorantes africanos me hacían reverencias y no cesaban de alzar sus brazos al cielo tratándome como se hace con una divinidad. El oficial de los grandes mostachos rubios tomó buena cuenta de la opinión del otro oficial y me dirigió la palabra con gran respeto.

—Sir George está en la isla, My Lady —me dijo—. Pero partiremos ahora mismo, los camarotes están preparados… Camarero —ordenó a un miembro de la tripulación—, lleve usted a Lady Greville a su camarote.

Bajo tal nombre, tan sorprendida yo que no acertaba a decir palabra, fui conducida a un gran camarote, muy regio, con armas de adorno en sus paredes de madera reluciente, con una sala de estar en la que había varias butacas y divanes. El camarero se puso de inmediato a mi entera disposición; estaba tan agotada, sin embargo, y también tan asombrada e inquieta por el alcance que podría tener todo aquello que me había inventado, que le hice sólo una seña para que me dejara sola y me tiré sobre la cama llena de magníficos almohadones. Poco después noté que el barco cabeceaba y supe que partíamos… Me sentí aún más confundida, la verdad es que no sabía ya ni qué hacer ni qué pensar… Los sueños se mezclaban con mis pensamientos pero acabé sumiéndome en un sueño profundo.

Cuando desperté habían pasado aquel día y la noche siguiente. El día en el que abrí mis ojos aquella mañana me parecía realmente extraño. Seguían mis joyas en la bolsa, el reloj y el barómetro del camarote oscilaban como péndulos, oía los cánticos de la tripulación en la cubierta y los golpes propios de su actividad diaria. Pasó un buen rato hasta que supe dónde me hallaba; pasó otro buen rato hasta que pude recordar perfectamente los trágicos acontecimientos anteriores, los hechos misteriosos e inexplicables que me habían obligado a buscar refugio en aquel yate.

No pude dejar de sorprenderme porque las joyas seguían conmigo, no me las habían robado. Las guardé rápidamente entre mis ropas, en cualquier caso, e hice sonar la campanilla de plata que tenía a mano, en la mesilla, para llamar al camarero que habían puesto a mi servicio. Acudió de inmediato, le pedí que me llevara algo de comer, dispuso perfectamente la mesa en un instante, y como no dejaba de observarme con ojos escrutadores le pregunté, para disimular mi incomodo y mostrarme con naturalidad, si era común que los yates llevaran a bordo tanta tripulación como aquel.

—Madam —me dijo—, no sé quién es usted ni por qué comete la locura de atribuirse un nombre y un destino terribles que no le pertenecen… Se lo digo con toda mi alma; tan pronto arribemos a la isla…

Pero en ese preciso momento lo interrumpió el oficial de los grandes mostachos, que había entrado de improviso en mi camarote, poniéndole una mano en el hombro… Me fijé en la palidez súbita del camarero, en su turbación, en un gesto de pánico cerval que le ensombreció el rostro poniendo un dramático punto final a sus palabras.

—¡Parker! —le dijo el oficial, señalándole la puerta para que se fuera.

—Sí, Mr. Kentish —dijo el camarero—. ¡Por el amor de Dios, Mr. Kentish! —exclamó cuando salía del camarote.

El oficial me invitó a tomar asiento en una butaca, ofreciéndome su mano; luego se sentó a mi lado.

—My Lady, voy a llenarle el vaso —dijo y me sirvió ron.

—Señor —protesté—, ¿cree usted que me voy a beber todo eso?

—Es que ha cambiado tanto, mi querida señora —dijo echándose a reír—, que ya no sé ni qué pensar de usted…

Entró uno de los marinos blancos de la tripulación, y tras mostrarme sus respetos y saludar a Mr. Kentish anunció que habían avistado una embarcación que venía en dirección a la nuestra, pero que Mr. Harland no estaba seguro del pabellón a mostrar.

—¿Una embarcación, tan cerca de la costa de la isla? —preguntó Mr. Kentish.

—Eso dijo Mr. Harland, señor —dijo el marino, un tanto dubitativo.

—Me parece que no —dijo Mr. Kentish—. Presente mis respetos a Mr. Harland en mi nombre, pero si parece un barco rápido, será mejor izar el pabellón de las barras y estrellas; y si es un barco lento, como podemos dejarlo atrás sin mayores problemas, izaremos la bandera pirata, de la que todo el mundo se cuida; así podremos no responder a sus saludos, ni prestar ayuda en caso de que nos soliciten auxilio, ni llamar la atención más de lo debido.

Apenas hubo salido de mi camarote el marino, me dirigí al oficial sin disimular mi asombro.

—Mr. Kentish, si es que se llama usted así de verdad —le dije—, ¿acaso se avergüenza de su propia bandera?

—¿Se refiere usted, My Lady, a la *Jolly Rogers*, la bandera pirata? —me replicó con una seriedad absoluta para estallar al momento en una carcajada —. Perdóneme, My Lady, pero es que acabo de reconocer ahora en usted, por primera vez desde que llegó, su habitual impetuosidad…

No pude obtener de él más explicaciones que me arrojaran alguna luz sobre aquel misterio; a mis preguntas siguió contestando con evasivas, risas, tonterías y carantoñas.

Los movimientos del *Nemorosa*, mientras tanto, eran de nuevo suaves y más lentos; un poco después sentí el sonido de la caída del ancla al agua… Mr. Kenish se puso en pie, me ofreció su brazo y salimos a la cubierta, donde vi que estábamos en rada, rodeados de islotes rocosos y bajos, en un lugar en

el que nos sobrevolaban infinidad de aves marinas. Había un islote más grande que los otros, preñado de árboles; una cuantas casas de poca altura se alzaban cerca del agua, junto a un atracadero de construcción precaria. Allí había atracado un pequeño bajel.

De inmediato, cuando aún no me había hecho una idea de dónde nos hallábamos, tiraron una barca al agua. Me ayudaron a bajar, y ya a bordo de la pequeña embarcación Mr. Kentish se sentó a mi lado; apenas tardamos en llegar al muelle, donde una multitud de villanos en la que se mezclaban negros y blancos, armados todos, observó cómo pisábamos tierra. Corrió de nuevo la voz entre los negros y otra vez me recibieron con la misma exageración de antes, alzando los brazos, arrodillándose… La sola visión de aquella multitud, el puerto lamentable en el que estaba, todo aquello, me desanimó al momento; me prendí entonces del brazo de Mr. Kentish y le pedí por favor que me dijera cuál era el significado de todo aquello.

—Yo no lo sé, My Lady —me replicó—. Es usted quien tiene que decirme qué pasa.

Sin perder tiempo me llevó del brazo entre aquella muchedumbre, que luego nos siguió como en éxtasis a cierta y respetuosa distancia. Cruzamos un patio y nos vimos ante una de aquellas casas bajas. Mr. Kentish, que me dio la impresión de que miraba con temor a aquella turba, abrió la puerta y me invitó a pasar.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunté—. Yo sólo quiero ver a Sir George.

—My Lady —comenzó a decirme el oficial, que me pareció entonces tan sombrío como el trueno—, me parece que ha ido usted muy lejos; no sé ni quién es ni qué pretende, pero sí sé que no es quien dice ser; me da igual, sea usted quien sea, sea una espía o un fantasma, sea un diablo o una simple guasona, pero si no entra ahora mismo en esta casa juro que la mato —dijo mirando con bastante temor ahora a la multitud de negros que nos había seguido.

Obedecí, temerosa de que volviera a amenazarme; el corazón me palpitaba desbocado; apenas me di cuenta de que cerraba la puerta a mis espaldas, quedándose afuera, y que giraba la llave en la cerradura. Me vi en el interior de una casa baja y pequeña, más alargada que amplia y totalmente desprovista de muebles. No había más que caña de azúcar amontonada, barriles con brea, sogas y maromas, cordajes embreados y varias herramientas y distintos utensilios aquí y allá…

Todo aquello era altamente inflamable; la puerta tenía echada la llave y la única ventana que había en la casa estaba cerrada por una reja de hierro.

Me sentía extremadamente nerviosa, me sabía en peligro; en aquellos momentos hubiera sido capaz de regalar varios años de mi vida si me los hubieran pedido a cambio de someterme como esclava al pobre Mr. Caulder. Clamando con las manos juntas y en actitud de orar, creo que era la verísima imagen de la desesperación, cuando apareció ante la ventana la cara de un negro, que me hizo una seña para que me acercase. Lo hice y el negro, mostrándose fervoroso y entregado, comenzó a hablarme en una lengua bárbara que naturalmente no entendí.

—No entiendo nada de lo que me dices —le solté poniéndome las manos en la frente—. No te entiendo ni una sílaba…

—¿No me entiendes? —me preguntó en español—. ¡Grandes, grandes son los poderes del vudú! ¡Hasta su mente le han cambiado los poderes del vudú! Oh, mi gran sacerdotisa… ¿Por qué permites que te encierren los blancos? ¿Por qué no llamas a tus esclavos negros para que te rescaten, te venguen y te salven? ¿Es que no ves, mi ama, que están dispuestos a matarte? Una sola chispa arrojada en esta casa hará que arda todo… ¿Y qué será entonces de ti, mi gran sacerdotisa? No te salvará de morir ni un milagro…

—¡Por todos los santos! —grité—. ¿Por qué no puedo ver a Sir George? Tengo que hablar con él como sea… ¡Llévame ante Sir George, por favor!

Pudo más el miedo en mí y me dejé caer de rodillas, suplicante, mientras comenzaba a rezar a todos los santos del cielo.

—¡Divinidad! —me gritó el negro—. Aquí vienen ya —dijo para desaparecer al momento.

—Jamás había oído tantas tonterías —decía una voz.

—Eso decimos nosotros, Sir George —contestaba a aquella voz la de Mr. Kentish—, pero hágase cargo; los negros nos doblan en número… Le aseguro, señor, que este error, en el fondo, nos ha beneficiado, ha sido una suerte.

—No es cosa de la fortuna —respondió Sir George—, sino de cumplir las órdenes que he dado… Les juro que usted, o usted mismo, Harland, e incluso usted, Parker, o los tres juntos, por todos los diablos, pueden acabar en la horca como consecuencia de este lamentable asunto… Estoy seguro de lo que digo… Bien, a ver esa llave y desaparezcan de aquí, rápido…

Casi al momento oí que giraba la llave en la cerradura de la puerta para franquear la entrada a aquel hombre, muy alto y fornido, que debería andar entre los cuarenta y los cincuenta años. Tenía una expresión amistosa y tranquilizadora en el rostro.

—Mi querida señorita —me dijo—, ¿quién demonios es usted?

Vehementemente solté un torrente de palabras para contarle mi historia… Imagínese usted el asombro con que me escuchaba… Cuando al fin hablé de la muerte de Madam Mendizábal, víctima del tornado, dio un salto de alegría.

—¡Mi querida niña! —exclamó abrazándome—. Perdóneme, perdone a este hombre, puesto que podría ser su padre… Hace mucho, mucho tiempo que no oía una noticia tan grata; en realidad creo que jamás, desde que vine a este mundo, había oído algo tan bueno como lo que me ha contado usted… Esa maldita bruja mulata era mi mujer, como lo oye —tomó resuello sentándose sobre un barril de brea y añadió—: ¡Dios mío! Si hasta estoy a punto de creer en los benditos designios de la Providencia… Dígame, señorita, ¿qué puedo hacer por usted? —me dijo.

—Sir George —comencé a decirle—, yo soy rica, todo lo que le pido es protección.

—Bien, dejemos clara una cosa —me dijo exultante—. Jamás volveré a casarme…

—No me hubiera atrevido a proponerle eso —le repliqué sin poder aguantarme la risa—. Sólo le pido que me lleve a Inglaterra, ese auténtico hogar para los esclavos que huyen.

—Bien —respondió Sir George—, la verdad es que me siento en deuda con usted, que me ha dado tan buenas nuevas… Además no puedo por menos que reconocer que su padre siempre se portó muy bien conmigo… Me ha ido bastante bien en los negocios —una mina de gemas, una compañía de transporte naval, etcétera—, por lo que estoy a punto de liquidar mis asuntos comerciales y retirarme de una vez por todas a Devonshire para gozar de mi plácido retiro… sin mi mujer… A un buen favor sólo se corresponde con otro, así que, si me da usted su palabra de que jamás dirá cosa alguna a propósito de esta isla, ni sobre la historia de aquella hoguera, ni sobre mi infausto matrimonio, vendrá usted conmigo a Inglaterra en el *Nemorosa*.

Acepté rápidamente sus condiciones.

—Una cosa más —dijo—. La que fue mi esposa era una especie de sacerdotisa para estos negros, que por otra parte están convencidos de que ha resucitado a través de usted… Por favor, no los desengañe; júreles que, por la inmensa autoridad que le confiere el vudú, o por lo que le venga a usted en gana, yo soy para ellos una persona revestida de un carácter sagrado.

—Se lo juro por la memoria de mi padre —le dije—; tenga por seguro que no romperé mi juramento.

—Bueno, eso puedo garantizármelo con cosas que tienen más poder que cualquier juramento —me dijo Sir George dejando escapar una sonrisa

malvada—. Además de una esclava fugada lleva usted, según propia confesión, un montón de joyas robadas…

Aquello, realmente, me dejó atónita, pues decía la verdad; tuve que reconocer que las piedras no eran mías y decidí que lo mejor sería devolvérselas a sus propietarios, aunque ello me supusiera la pérdida de la libertad que acababa de conquistar. Sin tener en cuenta siquiera la mirada de Sir George, que parecía contemplarme con harta curiosidad y una sonrisa complacida en los labios, saqué el cuaderno de Mr. Caulder y busqué la hoja en la que había dispuesto sus últimas voluntades. Pero ¿cómo podría explicar la alegría que me llevé al leer lo que allí estaba escrito? Aquel pobre hombre que fue mi víctima, además de concederme la libertad me dejaba en herencia la bolsa con las piedras preciosas.

Así toca a su fin mi historia. Sir George y yo, que me hice pasar por su reencarnada esposa, salimos de la casa hasta el embarcadero mostrándonos del brazo ante los negros, que no cesaban en sus vítores mientras nos daban escolta. Allí, Sir George pronunció unas solemnes palabras de despedida, en las que expresaba su agradecimiento a todos los presentes, aunque de manera un tanto peculiar, digamos… Aún recuerdo bien varias de las cosas que dijo: «Si alguien pierde su dinero, que no venga a verme pues trataré de matarlo, y si no lo consigo lo entregaré a la policía. No admito chantajes y quienes me conocen saben que me la juego siempre y no permito que nadie intente socavar mi autoridad. Antes que entregarle a ustedes un penique prefiero que me condenen y me lleven a la horca».

Partimos aquella misma noche hacia Nueva Orleans, desde donde hice llegar la cartera y el cuaderno de Mr. Caulder a su hijo, en cumplimiento de mi promesa. Una semana después, Sir George despidió en otro puerto a la tripulación, reclutó una nueva y el Nemorosa partió al cabo hacia la vieja Inglaterra.

Es difícil imaginar una travesía más grata. Sir George, por supuesto, no era precisamente un hombre perfectamente respetable, pero no puedo negar que tenía un carácter bastante abierto y jovial, ideal para hacer compañía a una joven. Era muy divertido oírle contar anécdotas y explicar los proyectos en los que trabajaba para cuando resultara elegido como miembro del Parlamento, en la intención de ofrecer a la nación su experiencia en asuntos marítimos. Le pregunté si su dedicación a la piratería en un yate privado era una originalidad suya, y me respondió que no.

—Un yate, Miss Valdevia —me respondió—, no se ve sometido a determinados controles. ¿Quién se dedica al contrabando? ¿Quién esquilma

los ríos plenos de salmones del oeste de Escocia? ¿Quién machaca cruelmente a palos a los guardias que intentan poner coto a estas actividades? Pues es muy fácil, los dueños y los tripulantes de los yates… Yo me he limitado a ensanchar un poco las fronteras de este negocio; francamente, si le tengo que dar mi opinión al respecto, me veré obligado a decir que no creo ser el único.

En resumen, que éramos ya excelentes amigos; mejor aún, nos tratábamos como padre e hija, aunque no sintiera yo por él ese respeto que se debe a las personas de moralidad intachable.

Nos quedaban aún varias jornadas de travesía para arribar a Inglaterra cuando recibió Sir George, de un barco que venía de Inglaterra, un paquete con periódicos. A partir de ese momento digamos que se reiniciaron mis desgracias, que aún persisten… Aquella misma noche, sentado en su camarote, Sir George se puso a leer las noticias y a comentar con mucha agudeza la situación de decadencia en la que se encontraba Inglaterra y la no menos decadente situación de la Marina inglesa… Pero, de pronto, pareció alterarse y le cambió el semblante.

—¡Vaya! —exclamó contrariado—. Una mala noticia, Miss Valdevia, una muy mala noticia… Se negó usted a aceptar los buenos consejos que le di, se empeñó usted en hacerle llegar al hijo de Mr. Caulder sus pertenencias…

—Sir George —le dije—, tenía que cumplir lo prometido.

—Sí, pues mire qué bien se lo pagan —me respondió—; lo siento mucho pero no quiero tener más tratos con usted… Ese tal Caulder pide su extradición.

—Pero una esclava estará a salvo en Inglaterra —protesté.

—Sí, ¡por el rey Jorge que sí! —exclamó—. Pero no pide la extradición de una esclava, Miss Valdevia, sino la extradición de una ladrona. Ha destruido lo que se disponía en las últimas voluntades de su padre y la acusa a usted de haberle robado la herencia… ¡Cien mil libras en piedras preciosas!

Tan hundida me quedé al oír aquellas noticias, y a la vez tan indignada me sentía, que Sir George, haciendo gala de su buen saber, y con toda la elegancia de quien ostenta el título de barón, trató de que me tomara aquello con calma.

—No se venga abajo —me dijo—; claro que no me queda más remedio que lavarme las manos en lo que a usted respecta, pues una persona de mi posición, un baronet de una de las más distinguidas familias y todo eso, debe saber elegir bien a sus amistades y compañías… Pero también es verdad que mi espíritu y mi carácter me hacen ser más tolerante; así que, sépalo usted, podrá contar con mi ayuda, hasta cierto punto… Le prestaré algo de dinero y

le daré también la dirección de un buen abogado de Londres, al que le recomiendo se dirija en cuanto pise tierra… Ya nos las arreglaremos para que pueda desembarcar sin levantar sospechas.

Cumplió lo que me había prometido. Cuatro jornadas más de travesía y el Nemorosa arribó al amparo de la noche a una bahía de la costa inglesa, sin atracar en puerto alguno; una barca echada rápidamente al agua me llevó a tierra en un punto del que estaba más que próxima una estación de tren. Claro está, seguí al pie de la letra las instrucciones de Sir George, di un rodeo amplio antes de meterme en la estación y después me senté en un banco del andén, esperando la llegada del tren, que era como decir esperando el amanecer, abrigada con un chaquetón marinero de hombre. Pero aún no había salido el sol por el Oriente cuando un empleado alumbró mi rostro, el rostro de la desventurada Teresa, con su candil. Miró hacia el mar, pero nada vio pues el yate ya había partido.

—¿Quién es usted? —me preguntó.

—Soy una viajera —le respondí.

—¿De dónde viene? —volvió a preguntarme.

—Quiero tomar el primer tren que se dirija a Londres —le dije.

Así, como el fantasma de una nueva creación, apareció en las costas de Inglaterra Teresa, con su bolsa repleta de gemas. Lo hizo en silencio, sin historia y sin nombre, para confundirse con los millones de almas de su nuevo país.

Desde entonces puedo vivir gracias a los expedientes y recursos que interpone mi abogado, pero escondiéndome en anodinos hospedajes, perseguida por los espías de Cuba, sin saber siquiera en qué hora perderé mi libertad y mi honor.

EL BAÚL MARRÓN
(Conclusión)

El efecto en Harry Desborough de un relato tan convincente fue instantáneo. La encantadora cubana se convirtió en la más adorable, la más romántica, la más inocente, la más infeliz de las de su sexo. No encontraba palabras para manifestar lo que sentía el joven caballero. Sentía su pecho lleno de piedad, de admiración, de sana y juvenil envidia ante la fuerza de carácter de aquella joven dama, de experiencia tan vivida y aventurera.

—¡Oh, madam! —exclamó Harry, pero no halló más palabras que siguieran a su apostrofe, por lo que la tomó de las manos y se limitó a decirle con gran fervor—: ¡Cuente usted conmigo!

Salió después, pero no sabía cómo, del hechizo que sobre él ejercía la bella cubana; salió incluso de la casa en donde moraba y se vio caminando por unas calles que le resultaban extrañas, rodeado por doquier de casas tristes y de gentes igualmente mediocres; él mismo se sentía ahora como un ángel caído, lejos del influjo de la joven. Ella le había sonreído maravillosamente cuando se despidieron. Le acompañaba el recuerdo de aquella sonrisa tan intencionada como hermosa, lo llevaba clavado en el corazón, cuando llegó a cierto restaurante en el que animaba las veladas una orquestina; cenó mecido por aquella música, que le pareció propia del Paraíso; las flautas y las cuerdas de la orquestina parecían reproducir la belleza de aquella sonrisa que le dedicara la encantadora cubana; más aún, la parafraseaban y la glosaban obedientes a la necesidad de sus deseos. Era la primera vez en toda su vida, de común gris, que apreciaba y disfrutaba de la música.

Al día siguiente, y al otro, sus pensamientos no hacían más que flotar en el aire delicioso de aquellas melodías que escuchara. Se encontraba en la terraza con la joven y sentía cierta deferencia por parte de ella; pero si no la veía, se creía rechazado. Era cruzarse con ella en las escaleras de la casa y al momento quedaba encantado. No paró de buscar libros sobre Cuba, que leía con entusiasmo; era como si aquellos libros le contaran cosas de la joven de

una u otra manera. Fue precisamente en la pequeña biblioteca del cuarto de estar de la casa donde encontró uno, sorprendentemente, en el que se detallaban los efectos de los huracanes; halló ahí la confirmación, si es que precisaba de confirmación alguna, de cuanto le había referido la encantadora cubana, abocándole a ese estar de tanta y tan deliciosa disposición de ánimo en el que se sumen los jóvenes enamorados; una disposición de ánimo, sin embargo, en la que el enamorado, temeroso de no contar con los favores de su dama, se reprocha su petulancia por aspirar a una mujer única. ¿Cómo iba a pretenderla él, un don nadie, sin trabajo, sin rentas, sin una vida de aventuras tras de sí, un tipo vulgar, impuro y hasta mentiroso, si aquella adorable criatura parecía nacida del fuego y del aire y había vivido una vida incomparable? ¿Cómo resultarle medianamente atractivo? ¿Cómo hacer que pudiera fijarse en él, un simple mortal?

En eso pensaba cuando llegó a la plaza, en la que, lejos de hallar la soledad que pretendía, se encontró con unos cuantos hombres igualmente solitarios y meditabundos, a cuya compañía no podía sustraerlo su buen corazón, como tampoco lo hacía de los gatos medio asilvestrados del vecindario, o de los niños que esperaban ante las ventanas del hospital para ver a sus hermanos. Dio vueltas y más vueltas alrededor de la plaza, hundido en sus meditaciones que no hacían más que hablarle de tamaña ausencia de méritos como la suya para hacerse con los favores de aquella mujer a la que amaba. A veces parecía poner de nuevo los pies en la tierra y decía una palabra cariñosa al hermano de algún pequeño inválido. Pero al instante exhalaba un hondo suspiro de resignación y volvían sus pensamientos a aquella reina de las mujeres que se los tenía presos, al sol de su vida.

¿Qué otra cosa podía hacer? Teresa, tal y como lo había observado, tenía la costumbre de salir de la casa a primeras horas de la tarde; quizás corría el peligro de ser acechada por algún emisario cubano y en esa situación era evidente, para él, que la presencia e inmediata ayuda de un amigo podría resultarle benéfica. ¿Por qué no seguirla, pues? No podía, sin embargo, ofrecerle su compañía pues eso parecería una intrusión en su vida, una impertinencia intolerable, pero se imaginó siguiéndola a distancia y se dijo que aunque aquello no era propio de un caballero, quizás ella no se percatase pues sería capaz de hacerlo con la perspicacia y habilidad de todo un detective.

Al día siguiente lo hizo, según lo establecido por el plan que trazó. En la esquina de Tottenham Court Road, sin embargo, la señorita se dio la vuelta de

golpe para encontrárselo cara a cara y mostrarle su alegría y sorpresa por aquel encuentro.

—¡Ah!, señor, qué suerte —le dijo—; estaba buscando un mensajero —añadió con la más luminosa de sus sonrisas y de inmediato le puso rumbo al East End, a una dirección que Harry fue incapaz de encontrar.

Aquello le supuso una decepción enorme a nuestro caballero andante; cuando volvió a la casa ya de noche, cansado de tantas vueltas como dio en su afán de cumplir el encargo, lamentando aquel fiasco, la bella cubana lo recibió amistosamente y le dijo que no se preocupase, que había sido mejor que no encontrara aquella dirección, pues tras hacerle el encargado cambió de idea y se dijo que era mejor no dar aquel mensaje.

No obstante, al día siguiente Harry reanudó su actividad detectivesca, impulsado por un ardoroso sentimiento de piedad y valor; era absoluta su determinación de prestarle a Teresa la protección necesaria, aun a riesgo de su vida… Pero una muy dolorosa y lamentable desilusión lo esperaba… En la estrecha y silenciosa Hanway Street, la bella cubana volvió a pararse en seco y a girar sobre sus talones para encontrárselo de nuevo cara a cara; su actitud y sus ojos, entonces, no fueron lo dulces que Harry esperaba, todo lo contrario.

—¿Debo entender que me sigue usted, señor? —le dijo muy molesta—. ¿Son estas las maneras propias de un caballero inglés?

Confundido, Harry comenzó a presentarle sus excusas en el tono más sincero y encendido que halló, rogándole que olvidara aquel lamentable incidente y prometiéndole que no la ofendería de semejante manera en lo sucesivo, lo que decía de todo corazón. Era evidente que había fracasado, por lo que se dio media vuelta con la cabeza gacha y enfiló sus pasos, una vez más, hacia la plaza. Anduvo triste por allí un rato e igualmente triste marchó después hacia la casa en donde se hospedaba y salió a la terraza, lleno de tanto amor como de remordimientos, llamándose imbécil, dolido por el desprecio con que ella lo había tratado, pero diciéndose al tiempo que se lo merecía por estúpido, por no haber sabido proceder como lo haría un hombre experimentado. Allí, en la terraza de la casa, tan ocioso como abatido, aguardaba al menos la ocasión de verla de nuevo, siquiera en la distancia, aunque ella prefiriese no dirigirle la palabra.

Tuvo, al menos, la oportunidad de comprobar durante unos días cuáles eran las actividades de los otros moradores de la casa; en lo que a la señorita Valdevia se refiere, comprobó que tenía un único visitante, un hombre muy alto en el que llamaba la atención, sobre todo, la larga perilla que lucía, propia

de los diáconos norteamericanos. Había en su aspecto, sin embargo, algo que molestaba profundamente a Harry y que hizo crecer su repulsión ante la presencia de aquel hombre en días sucesivos… Se armó de valor al fin, y una tarde en la que se topó con la bella cubana se decidió a preguntarle quién era. La respuesta que recibió de la joven, sin embargo, no hizo más que aumentar su desazón.

—Ese caballero —le dijo con una sonrisa ahora burlona—, ese caballero, y no se lo quiero ocultar por más tiempo, me ha pedido en matrimonio e insiste, con tanto ardor como respeto, en que me case cuanto antes con él… ¿Qué puedo hacer? Yo, la triste y sola Teresa, ¿debo rechazar su petición, o aceptarla?

Harry temía decir cualquier cosa inconveniente y guardó silencio. El aguijón de los celos se había clavado en él; no pudo más que despedirse dignamente de ella; luego, en la soledad de su cuarto, se hundió por completo en el más cruel desamparo, pues amaba con apasionada entrega a la bella y encantadora señorita.

No era sólo la desafección de la joven, su posible matrimonio con aquel hombre, lo que atormentaba su alma, sino también su completa seguridad de que un sujeto como el que había visto no era merecedor de Teresa. Quizás con amarga alegría, pero comprendiendo su elección, hubiera aceptado resignadamente que se prometiese en matrimonio con un duque, con un obispo, con un general victorioso en la batalla, con cualquier hombre adornado de las más preclaras cualidades… Se veía, en tal caso, asistiendo a la boda, siguiendo al séquito de nobles que acudirían a la ceremonia y regresando después sólo a la casa de huéspedes para llorar allí la pérdida de aquella joya de mujer… Pero no parecían tales las circunstancias. Aquel hombre no tenía las menores trazas de ser un caballero; todo lo contrario… Había podido observar en él una actitud culpable, de hombre que se esconde, desconfiado; y además no era precisamente limpio, pues tenía las uñas negras y la mirada huidiza. Seguramente, se decía Harry, su amor no fuera sincero; seguramente, seguía diciéndose, era un emisario de Cuba que pretendía tender una trampa a Teresa. Al cabo, se juró Harry que saldría de dudas como fuera. A la tarde siguiente, a la hora en que solía acudir aquel hombre a visitarla, lo observaría desde un lugar en el que sus ojos dominaban las tres entradas de la plaza.

Así lo hizo. No mucho después de que comenzara su vigilancia llegó un coche del que se bajó el de la perilla, que pagó al cochero y pareció dudar unos instantes, o eso creyó Harry, antes de entrar a la casa; lo hizo cargando

sobre sus hombros un baúl marrón y estuvo allí media hora, aproximadamente; cuando se fue no llevaba consigo aquel baúl; libre del peso, sin duda, caminó a toda prisa en dirección este. Mr. Desborough, cauteloso, quizás más aún que cuando había seguido los pasos de Teresa, se aprestó a seguir a quien tenía por el rendido admirador de la joven. El hombre se detuvo a menudo, ahora ante una frutería, cuyo productos parecía contemplar con interés, ahora ante el escaparate de una tabaquería; por dos veces se dio la vuelta y deshizo el camino andado, para al cabo, con ánimo y un andar decidido, tomar la dirección del Lincoln' Inn. No obstante, cuando comenzaba a adentrarse en una calleja en la que no había un alma, se dio de súbito la vuelta; Harry vio que se le acercaba aquella su vieja y cenicienta cara; Harry oyó que le preguntaba, en un tono algo más que desabrido, si acaso había tenido el placer de ser presentados.

—Así ha sido, caballero —le respondió Harry, haciendo disimulo de su turbación—. No le niego que sigo sus pasos —dijo, y como para él era incomprensible que alguien no pensara en Teresa, añadió—: Supongo que sabrá por qué le sigo…

El hombre de la perilla le escuchó decir aquello y comenzó a temblar de miedo. Pareció durante unos segundos que deseaba decirle algo a aquel hombre que lo seguía, pero el pánico le impidió articular una palabra. Optó por salir corriendo a toda velocidad.

Harry quedó desconcertado a tal punto que ni se movió, ni siquiera hizo una intentona de seguirle. Se recuperó al poco, sin embargo, pero sólo para ver a lo lejos que el de la perilla paraba un coche de punto y se subía para perderse entre la multitud y los muchos coches que discurrían por Holborn.

Sorprendido por aquel proceder tan extraño, Harry volvió a la casa de Queen Square y se aventuró, por primera vez desde que la conocía, a llamar a la puerta de la habitación que ocupaba la encantadora cubana. Le hizo pasar y se la encontró de rodillas, con muestras de gran aflicción, junto al baúl marrón.

—Señorita —dijo Harry—, me parece que ese hombre no es lo que quiere que usted se crea… Cuando se dio cuenta de que le seguía, o mejor dicho, cuando le dije que lo seguía, no se portó precisamente como lo haría un hombre honrado…

—¡Oh! —exclamó ella alzando los brazos en un gesto de desesperación —. ¡Un Quijote, es usted Don Quijote! De manera que de nuevo se ha lanzado usted contra los molinos de viento —dijo riéndose para proseguir—: ¡Pobrecillo! Seguro que lo ha matado usted del susto… Pues bien, le hago

saber, caballero, que las autoridades cubanas han mandado espías a Londres y que en cualquier momento pueden raptar a la indefensa Teresa… Ese modesto empleado del bufete de mi abogado, al que usted ha dado un susto cruel, también puede ser víctima de los espías cubanos, que además van armados, no hace falta que se lo diga…

—¿Es un simple escribiente? —dijo Harry, arrepentido—. ¿Y por qué me dijo entonces que pretendía desposarla?

—Supuse que usted, como buen inglés, sabría captar una broma —dijo con absoluta tranquilidad—. Pero lo cierto es que no se trata sino de un empleado del bufete que lleva mis intereses; y más cierto es, aún, que esta tarde ha venido para traerme muy malas noticias, lamentablemente… Tengo muchos y muy graves problemas, señor Harry… ¿Estaría dispuesto a ayudarme?

Aquel ruego no podía sino ser bienvenido por el joven caballero, cuyo corazón le dio un vuelco de alegría en el pecho. Recuperaba de nuevo su orgullo antes herido, su autoestima. La sola idea de resultar útil a la dama de sus sueños bastaba para que se le borraran de golpe todos los sinsabores de antes, para que se olvidara de los desplantes que le había hecho, incluso de lo que según ella no había sido más que una broma.

—No tiene ni que preguntármelo —le respondió Harry con mucha vehemencia—. Dígame nada más en qué puedo ayudarla…

La encantadora cubana pareció emocionada de verdad, sin fingimientos; puso las manos sobre aquel baúl:

—En este baúl —le dijo— están mis joyas, documentos, ropas… Todo, en definitiva, lo que aún me mantiene vinculada a Cuba, todo lo que aún me ata a mi triste pasado. Tengo que sacarlo fuera de Inglaterra, pero nadie debe tener noticia de que lo hago, pues como dice mi abogado estaría perdida sin remedio. Mañana, a bordo de un paquebote irlandés, unas manos de toda confianza podrán hacerse cargo del baúl; el único problema que se me presenta es cómo encontrar quien lo lleve hasta Holyhead para subirlo a la embarcación y regresar de inmediato a la ciudad. ¿Podría hacerme usted ese favor? ¿Podría usted salir mañana, a hora temprana, para tomar el primer tren y dirigirse a donde atracará el paquebote, haciendo caso de mis instrucciones al pie de la letra y sin olvidarse de que pueden acecharle un montón de espías cubanos, por lo que deberá proceder con la mayor cautela, sin mirar atrás, sin demostrar mayor interés en si le siguen o no? Dígamelo, por favor: ¿salvará usted a su amiga?

—No sé si lo he entendido bien… —comenzó a decir Harry.

—No hay nada que entender —le cortó ella—, sólo cumplir a rajatabla las órdenes de mi abogado.

—Señorita —dijo entonces Harry con gran solemnidad—, creo que lo que me pide es poca cosa en comparación con todo lo que usted se merece. Cuente conmigo, que haré por usted lo que sea… Pero me gustaría, si me lo permite, añadir algo más: creo que si Londres no es un lugar perfectamente seguro para que estén a salvo sus tesoros y pertenencias, tampoco lo es para usted; es más, si he logrado entender la estrategia de su abogado, supongo que cuando haya cumplido el encargo que me hace y regrese a esta casa ya no la encontraré, pues habrá desaparecido. La verdad es que no me tengo por un hombre muy inteligente, debo admitir, más bien, que todo lo contrario, pero sí soy un hombre sincero… Por eso sólo deseo decirle con todo mi corazón que la amo y que por ello se me hace difícil soportar la idea de no volver a saber de usted… Pero sólo espero servirla con bien; a cambio no le pido más que se mantenga en contacto conmigo, que me haga saber de su vida… Prométamelo por favor, con eso me basta.

—Sabrá usted de mí —le dijo tras un corto silencio—; le prometo que recibirá noticias mías.

Se expresó la encantadora cubana con gran sinceridad, aunque en su cara se reflejaban los temores, las emociones contradictorias, la enorme confusión en que se debatía.

—Me gustaría decirle algo más —intervino de nuevo Mr. Desborough—. En el caso de que ocurriera un accidente…

—¡Un accidente! —exclamó ella—. ¿Por qué dice eso?

—No lo sé —le respondió—. Puede usted irse antes de que yo esté de vuelta y acaso tardemos un tiempo en vernos… Pero quiero decirle que desde aquel día en que me lió usted el cigarrillo la he tenido presente en mis pensamientos constantemente. Me ofrezco a usted para lo que necesite; por mí, como si quiere hacer conmigo una bola, como si fuera un pedazo de papel, y arrojarme al fuego… Moriría encantado por usted.

—Venga, váyase —dijo ella—. Váyase de inmediato, que me da vueltas la cabeza; ni usted ni yo sabemos bien lo que decimos… Váyase y buenas noches… ¡Ojalá vuelva usted sano y salvo!

Ya en su cuarto, sintió el joven caballero que lo poseía una alegría no exenta de miedo; recordaba la cara de angustia con que ella le había dicho aquellas sus últimas palabras y su corazón le latía en el pecho exultante de gozo pero a la vez intranquilo. El amor parecía haber reparado en él, al fin, aunque mirándole con el rostro cubierto por una máscara propia de las

tragedias. Mas ¿para qué reparar en aquella máscara si al fin y al cabo bajo ella se escondía el rostro puro y verdadero del amor, si era más que evidente que ella también lamentaba que se tuvieran que separar, al menos durante un tiempo? Se fue a la cama con tan encontradas sensaciones, y con tan no menos encontrados pensamientos, para pasar la noche entera en una suerte de duermevela en la que ahora veía el rostro radiante de la encantadora cubana, y después su palidez, su angustia, su miedo… Con la aún dudosa claridad del nuevo día se arrojó rápidamente del lecho, no sin albergar fúnebres expectativas, a las que sin embargo no acertaban a dar forma sus pensamientos. Se levantó, tomó los alimentos ya fríos que no había cenado y se dirigió al cuarto de su amada para recoger el baúl. La puerta estaba abierta pero al entrar lo vio todo en desorden, a un lado de la habitación los muebles, vacía en el centro como si alguien, urgido por una inquietud indescriptible, hubiera estado dando vueltas y más vueltas por allí. El baúl, sin embargo, seguía donde antes; vio que había encima una nota en el que Teresa había escrito lo siguiente: «Harry, espero estar de regreso antes de que se vaya. Teresa».

Sacó entonces su reloj y lo puso en la mesa, para mirar el paso de los minutos mientras aguardaba. El hecho de que lo llamara por su nombre en la nota, Harry, le bastaba para sentir ya iluminado el día, aunque seguía ensombreciendo sus sensaciones aquel desorden de la habitación; estaba abierta la puerta del dormitorio, y aunque volvió rápidamente los ojos hacia otro lado, como temeroso de cometer un sacrilegio, pudo observar por ello que la cama estaba perfectamente hecha, que Teresa no se había acostado para dormir. Estaba aún pensando en eso e intentando infundirse tranquilidad, cuando el reloj marcó la hora señalada para salir de la casa. Como por encima de todo era un hombre que cumplía sus compromisos, salió hacia Southampton Row para buscar un coche de punto; ya de vuelta, bajó el baúl, lo puso en el asiento de enfrente y ordenó al cochero que lo llevara a la estación.

Comenzaba el bullicio en las calles, lentamente, por lo que apenas había algo digno de atención en lo que detener la mirada; así que el joven se entretuvo en contemplar el baúl. Llevaba una etiqueta en la que se leía: «Miss Doolan, destino Dublín. Cristal. Frágil». Un tanto sentimental pensó que la gentil y encantadora cubana, dueña de su corazón, había adoptado el nombre de Miss Doolan para pasar inadvertida; después, sin quitar los ojos de la etiqueta, fue sintiendo que lo embargaba poco a poco un desánimo mayúsculo. Trató de resistirse en vano a aquella marejada de sus negros

pensamientos; intentó silbar alguna cancioncilla, incluso, para alejar de sí el presentimiento terrible de que estaba a punto de suceder una desgracia… Miró hacia atrás para ver que el coche de punto en el que iba recorría unas calles largas y aún semidesiertas por las que podía seguirlo cualquiera. Aguzó el oído al sentir algo extraño, y percibió por encima del traqueteo del coche y por encima del sonido de los cascos de los caballos un ruido ahogado pero regular que provenía del baúl; pegó entonces la oreja y le pareció sentir un tictac muy suave, muy amortiguado, que desapareció casi al momento por mucho que siguió intentando oírlo… Se rió entonces de sus aprensiones… Ya en la estación se bajó del coche muy aliviado e infinitamente más tranquilo.

Seguramente, Teresa, con toda intención, le dio una hora en la que cabían como poco treinta minutos de espera; Harry entregó el baúl a un maletero de la estación, que lo subió a su carretilla, y se puso a pasear por el andén. Poco después se abría el kiosco y se acercó para echar un vistazo a los libros; sintió entonces que lo tomaban de un brazo; al darse la vuelta reconoció a la encantadora cubana, a pesar de que llevaba el rostro cubierto por un velo.

—¿Dónde está? —le preguntó en un tono de voz que, por nervioso, le sorprendió.

—¿Qué? —respondió—. ¿A qué se refiere?

—El baúl… Llévelo de inmediato a mi coche, no hay tiempo que perder…

Se aprestó a obedecer, maravillado ante tantos cambios repentinos, sin embargo, pues por nada del mundo quería llevarle la contraria, ni mucho menos hacerle preguntas enojosas… Recuperó el baúl, lo llevó al coche que tenía alquilado la encantadora cubana, lo subió, y atendiendo a la seña que le hizo se acercó a ella para oír que le ordenaba lo siguiente:

—Ahora vaya usted a Holyhead —le dijo en voz baja y con un tono de voz áspero, el que tanto le había sorprendido poco antes—; una vez allí, suba al paquebote y cuando vea a un hombre que lleva pantalones de tartán y un pañuelo rosa al cuello, dígale que marcha atrás, sin más… Si no lo encuentra —dijo tras exhalar un suspiro que más pareció un lamento—, no se preocupe… Adiós.

—Teresa —dijo Harry—, subiré al coche con usted, la veo preocupada, quizás esté en peligro… No me separaré de usted hasta que me lo haya contado todo, por mucho que me lo pida. Temo que le ocurra algo malo.

—Hágame caso, Harry, será mejor que atienda a lo que le he dicho…

—¡No! —respondió el joven, con determinación.

Lo miró unos segundos a través de la urdimbre de su velo y le tomó la mano bruscamente, con más miedo que amor; echó a caminar hacia el coche que la esperaba.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Harry.

—A casa, rápido —contestó ella—; le pagaremos el doble —dijo al cochero, y nada más acomodarse ambos en el interior salieron los caballos a toda prisa, alejándose de la estación.

Teresa se abatió en un rincón del coche. Pudo observar Harry que lloraba en silencio, sin explicarle cosa alguna. Se apearon ante la puerta de la casa en Queen Square y el cochero ayudó a Harry a echarse el baúl sobre los hombros, que pareció contento de poder hacerle a su amada aquella demostración de fuerza.

—Deje que lo cargue el cochero —le sugirió ella.

—No haré tal cosa —replicó Harry contento y siguió a Teresa.

La encantadora cubana abrió con su llave y entraron. La dueña de la casa y su criada estaban fuera, dedicadas a la compra diaria, por lo que en la casa el silencio era completo, toda vez que no había más huéspedes; cuando se perdió en dirección a Gloucester Street el sonido de los cascos de los caballos y del traqueteo del coche, Harry, que subía las escaleras hacia la planta superior, donde estaban las habitaciones de los huéspedes, volvió a sentir el tictac en el baúl. La encantadora cubana iba delante y abrió la puerta de su cuarto, ayudándole entonces, con mucho cuidado, a poner el baúl en el suelo, en un rincón junto a la ventana.

—¿Y eso? —preguntó Harry al verla contrita—. ¿Qué le ocurre?

—¿De verdad que no quiere irse? —le dijo desesperada, con la voz quebrándosele, impaciente, retorciéndose los dedos de las manos—. ¡Oh, Harry, por favor, váyase! Déjeme sola ante mi destino fatal.

—¿Qué destino fatal? ¿Qué quiere decir?

—Nada, déjelo, no sé lo que me digo —le contestó—. Me gustaría estar sola, nada más… Puede venir a verme esta noche, si quiere, Harry… Bueno, venga cuando le parezca, pero ahora déjeme sola, por favor, es todo lo que le pido… Pero… Bueno, tengo un encargo que hacerle, espero que no le parezca mal —añadió.

—No —dije Harry—, usted no tiene ningún encargo que hacerme; en realidad sufre usted porque tiene miedo de algo, porque teme El baúl marrón algún peligro… Quítese el velo y cuéntemelo, se lo ruego.

—Entonces —le respondió la joven con grande y súbita compostura, levantándose el velo mientras hablaba, para mostrarle un rostro perfectamente

blanco, sin huella alguna de su anterior morenez, y los ojos enrojecidos por el llanto—, entonces, Harry, no puedo sino decirte que no soy quien te he hecho creer que era…

—Eso ya me lo has dicho varias veces —le respondió Harry.

—¡Oh, Harry, Harry…! ¡Me da tanta vergüenza…! —dijo ella—. Pero no puedo hacer otra cosa que contártelo todo… Soy una mujer peligrosa y malvada… Me llamo en realidad Clara Luxmore y lo más cerca que he estado de Cuba ha sido en Penzance… No he hecho otra cosa que mentirte desde que nos conocimos, me he burlado de ti… Ahora me resulta tan difícil decirte lo que en verdad soy… Pero la verdad es que hasta hoy mismo, hasta anoche, cuando no pude pegar ojo, jamás había tenido consciencia de mi culpa tan grande ni de la maldad de mis actos.

El joven la miraba atónito y aterrado, pero al poco sintió en las venas que la sangre le corría henchida de generosidad.

—Bueno, si eso es todo… Si de verdad eres todo eso que me acabas de confesar, seguramente necesitarás mi ayuda más que antes —le respondió.

—¿Será posible —exclamó ella— que ni por esas te largues de aquí? ¿Es que no puedo hacer que te vayas corriendo de esta maldita casa llena de muerte?

—¿De muerte? —repitió él como un eco.

—¡Sí, de muerte! —gritó ella—. ¡Muerte y sólo muerte! En ese maldito baúl con el que has recorrido medio Londres, en ese baúl que tan tranquilamente te has echado a los hombros, hay una bomba de dinamita que duerme a la espera de su detonación.

—¡Dios mío! —exclamó Harry.

—¡Vaya! —dijo ella rabiosa—. ¿Te largarás ahora de una vez? Hazlo, o de lo contrario en cualquier momento oirás un leve ruido que anuncie la destrucción inmediata de toda esta casa… Creí que M’Guire se equivocaba, pero esta mañana, antes de que amaneciera, corrí para ver a Cero y no hizo sino confirmar lo que ya me temía… Tú, Harry, el hombre al que amo, serías por ello la víctima de mi maldad; cuando te hice el encargo ya estaba enamorada de ti… Vete, por favor… Evita al menos que sea la maldita culpable de tu muerte.

Harry no decía una palabra, se limitaba a mirar el baúl. Al fin recobró la capacidad de reacción.

—¿De verdad que hay en ese baúl una maquinaria infernal? —dijo con la voz entrecortada.

Los labios de la muchacha no pudieron más que decir «sí», aunque no le salió la voz.

El joven caballero se aproximó entonces al baúl, con una curiosidad no exenta de cautela; en el silencio de la habitación, al aproximarse al baúl, oyó perfectamente el tictac. Entonces la sangre le agitó las palpitaciones de su corazón.

—¿A quién iba dirigida la bomba? —preguntó.

—¿Y qué importa eso ahora? —le respondió molesta la joven, tomándole de un brazo para apartarlo del baúl—. Si aún estás a tiempo de salvarte, ¿para qué hacer preguntas?

—¡Pero, Dios mío! —gritó Harry—. ¿Y los niños del hospital? Hay que inutilizar esa maquinaria infernal como sea…

—No es posible —dijo ella—. Ningún hombre podría detener su poder mortífero… Harry, tú, amor mío, tú aún puedes…

Entonces se escuchó un leve chasquido, que venía del rincón donde habían depositado el baúl; un sonido semejante al de los relojes de pared cuando van a dar la hora. Ambos se miraron con los ojos como de piedra durante un segundo; Harry, de inmediato, se cubrió la cara con un brazo mientras con el otro atraía hacia sí a la joven, para estrecharla en un abrazo protector; fueron a parar a la pared más alejada de donde estaba el baúl.

Una explosión sorda sacudió el cuarto; a medio cerrar sus ojos, como si temieran otro horror mayor a punto de manifestarse, abrazados y sintiendo que les faltaba el aire para respirar, cayeron al suelo para desde allí escuchar una especie de silbido agudo, prolongado, como el de una protesta generalizada; un olor nauseabundo se les agarró a la garganta, apenas podían ver algo más que un humo muy denso.

En cuanto el humo comenzó a disiparse, sin embargo, ambos se levantaron temblando, bañados en sudor. Vieron entonces que el baúl seguía allí, en el rincón, sin haber sufrido el menor daño; sólo salía un poco de humo por sus rendijas.

—¡Oh, pobre Cero! —dijo entonces la joven, con una risa tan súbita como extraña—. ¡Sí, pobre Cero! ¡Cuando se entere de esto se le partirá el corazón!

LA MANSIÓN SUPERFLUA
(Conclusión)

Somerset corrió escaleras arriba; la puerta del salón, en contra de lo que era costumbre, estaba abierta; vio al entrar a Cero, sentado en un sofá y sumido en un estado de profunda depresión. Cerca tenía un grog, intacto; eso demostraba lo muy grande que era su abatimiento. El salón estaba en completo desorden, con cajas tiradas aquí y allá, herramientas diversas y llaves por todo el suelo… Y un guante de mujer entre todo aquello.

—He venido —anunció Somerset— a poner fin de una vez por todas a esto… O abandona usted sus planes, o le denunciaré a la policía, por mucho que me cueste hacerlo.

—¡Ah! —exclamó Cero moviendo lentamente la cabeza en sentido negativo—, llega usted demasiado tarde, mi querido amigo, ya se han ido todas mis esperanzas, no soy más que un hombre vencido, sometido a la befa de los demás… La verdad es que no puedo decir que sea un buen lector de novelas —prosiguió con un elegante desaliento—, pero recuerdo una en la que se describe perfectamente mi estado… Sí, aquí estoy, como «un tambor roto».

—¿Y qué es lo que ha hecho que esté usted así? —le preguntó Somerset.

—Mi última bomba —dijo con resignación el conspirador— ha sido un fracaso, como las anteriores; he hecho el más completo de los ridículos; combino en vano los materiales, los compuestos químicos, ajusto las piezas con cuidado, pero nada… Es usted el único, querido amigo, que ahora no se burla de mí ni me falta al respeto… Ya no superflua podré mirar a la cara a mis camaradas. Incluso los que estaban a mis órdenes recelan de mí o se me sublevan… No sabe usted las barbaridades que he tenido que oírles decir, las expresiones de tanta violencia que me han dedicado hoy mismo, los bajos sentimientos que manifestaban… Incluso esa joven a la que usted ha visto aquí… Podría haberla perdonado, pues comprendí que estuviera asustada; pero regresó después para comunicarme el último golpe, el último sinsabor

padecido…, y lo hizo de tal manera, Somerset, que no podría usted ni imaginarse… El lenguaje que usan a veces las mujeres es… es…, bueno, qué más da ya… Denúncieme si cree que debe hacerlo; total, no estará denunciando más que a un muerto, estoy acabado. Me resulta extraño comprobar cómo ahora, en este nefasto momento de mi existencia, acuden a mi mente cosas leídas en libros poco dignos de tener en cuenta por sus pobres descripciones o por su fantasía… Ahora recuerdo aquello que dice «Otelo ya no tiene en qué ocuparse». Sí, mi querido Somerset, todo se ha acabado para mí… Ya no soy un dinamitero… Dígame, ¿cree que podré soportar una vida menos gloriosa, después de tantas satisfacciones como recibí de mi actividad anterior?

—Sería incapaz de expresarle cuánto me alegra oírle hablar así —le respondió Somerset sentándose en una de las cajas que había en el suelo—. Confieso que me inspiraba usted un sentimiento de sensiblería que me inclinaba a la tolerancia hacia sus actividades; eso, unido a mi aversión a todo lo que suponga cumplir con un deber, hacía que no le denunciara… Pero lo que acaba de decirme me hace sentir profundamente aliviado… Me parece que oigo una especie de tictac en esta caja…

—Sí —dijo Cero con voz de cansancio—, he puesto en marcha varias…

—¡Dios mío! —gritó Somerset poniéndose en pie de golpe—. ¿Varias qué? ¿Varias bombas?

—Sí, eso es, bombas —dijo el conspirador con un deje de amargura—. Bueno, bombas, por llamarlas de alguna manera; me avergüenzo de haberlas creado… ¡Quién me hubiera dicho que llegaría a pensar esto de mis bombas! —se lamentó llevándose las manos a la cara para disimular su llanto.

—¡Maldito loco! —le gritó Somerset sacudiéndole de un brazo—. ¿Pero qué me está diciendo? ¿Debo entender que ha puesto en marcha varios de sus diabólicos artefactos y estamos aquí, a punto de volar destrozados?

—¿Y no es justo que muera yo con uno de mis petardos? —dijo tristemente el conspirador—. Vaya, de nuevo cito a otros… Creo que ya me falla la cabeza… Sí, mi querido y joven amigo, sí; he puesto en marcha mis maquinitas… Esa sobre la que estaba sentado usted está preparada para explotar dentro de media hora; aquella…

—¡Media hora! —exclamó Somerset muy agitado, sin parar de moverse, sin saber qué hacer—. ¡Media hora, por todos los cielos!

—¿A qué viene ese estado de excitación, mi querido amigo? —le preguntó Cero—. Mi dinamita no es más peligrosa que un caramelo de café con leche… Le aseguro que si tuviera un hijo se la daría para jugar… Mire,

¿ve usted esta masa? —y le mostró una especie de pan hecho con sus compuestos infernales, que tomó de su mesa de laboratorio—. Con sólo esta cantidad podría quedar hecha añicos toda la plaza, de tanta y mortal energía como liberaría… Pero, véalo con sus propios ojos, la tiro al suelo…

Somerset saltó espantado para quitarle aquello de las manos antes de que lo dejara caer.

—¡Dios mío! —gritó quitándose de la frente después el sudor frío que comenzaba a correrle; luego, más cuidadoso que una madre primeriza con su hijo, llevó la dinamita hacia un extremo del salón mientras el conspirador lo miraba con un desaliento infinito.

—Eso es totalmente inofensivo —dijo suspirando—. Me han dicho que se quema como el tabaco…

—¡Por Dios! —gritó Somerset—. ¿Qué le he hecho yo a usted, qué se ha hecho a usted mismo, para que se comporte como un loco? Si no le importa su vida, piense al menos en la mía; larguémonos pronto de esta maldita casa, en la que, tengo que confesárselo, no quiero dejarle solo; después, si tiene a bien seguir mi consejo, y si su determinación es sincera, abandone de inmediato esta ciudad en la que, desde luego, no podrá encontrar ya una ocupación honesta en la que emplearse.

—Eso había pensado hacer, mi querido amigo —dijo el conspirador—, pues como bien dice usted nada de qué ocuparme me queda en esta ciudad. Permita que haga mi pequeña maleta, compartamos juntos un frugal almuerzo y acompáñeme luego, por favor, a la estación… Allí verá partir usted a un hombre con el corazón destrozado. Pero —continuó mientras dejaba caer una mirada de tristeza sobre sus cajas—, no puedo dejar de pensar en que seguramente mis camaradas han cometido graves errores… Admito que puedo estar equivocado, pero eso es lo que creo… Es la mía, claro, la sospecha propia de un científico —y añadió levantando la voz, enérgico y convencido ahora—: ¡Nunca podré estar seguro de que supieron manejar como es debido mi pobre dinamita!

—¡Cinco minutos! —dijo Somerset mirando con espanto el reloj—. No le doy más tiempo, haga de una vez su maleta o yo me largo de aquí al instante.

—Sí, sólo meteré en la maleta lo más indispensable y nos iremos —dijo Cero.

Entró en lo que era su dormitorio y tras un rato que le pareció toda una eternidad a su acongojado patrón, salió de allí con una pequeña maleta abierta. Sus movimientos parecían deliberadamente lentos, sus ojos parecían deleitarse en la contemplación morosa de cualquier objeto, sobre todo en la

contemplación de sus tan queridas cajas, mientras iba de un lado a otro del salón, metiendo en su maleta una cosa ahora, después otra… Al final tomó un buen bloque de dinamita.

—¡Póngalo en el suelo! —le ordenó Somerset—. Si lo que me ha dicho es verdad no necesita llevarse eso como si fuera un objeto de contrabando.

—Es por simple curiosidad, mi querido muchacho —dijo amable, persuasivamente, metiendo aquello en su maleta—; no es más que un recuerdo de mi pasado, de mi más feliz y brillante pasado… ¿No le apetece tomar una copa de licor? ¿De verdad que no? Vaya, lo encuentro muy abstemio hoy… Bien —añadió—; si no tiene la menor curiosidad por los acontecimientos venideros…

—¡Vamos! —gritó Somerset—. Me hierve la sangre de las ganas que tengo de salir de aquí de una vez…

—Bueno, pues entonces —dijo Cero—, vámonos, ya estoy preparado… Me gustaría decir que me voy de esta casa en buena hora, pero la verdad es que me siento muy mal dejando este escenario de mis últimos y tan sublimes empeños…

Sin decir más Somerset le tomó de un brazo y tiró de él por las escaleras. Cerró de un portazo al salir y la mansión quedó en abandono mientras arrastraba con fuerza a su lento compañero. Así cruzaron la plaza en dirección a Oxford Street; aún no habían llegado a la calle cuando oyeron una explosión grande pero ahogada seguida de una suerte de traca muy aguda y violenta. Alcanzó a ver Somerset, cuando se volvía, que la mansión semejaba partirse en dos para hundirse de inmediato en su propio sótano; apenas un segundo después la onda expansiva le tiraba al suelo. Desde allí vio a Cero, aferrándose a la verja del jardín mientras apretaba con la mano libre su maleta contra su pecho. Parecía aliviado, con la expresión ahora límpida, entusiasta en su agradecimiento. Repetía en voz alta, como una jaculatoria: «*Nunc dimittis, nunc dimittis*!»

La consternación de las gentes que por allí caminaban, del vecindario entero, era absoluta; la Golden Square pareció al punto un hervidero de hombres, de mujeres y de niños que corrían presos del pánico de un lado a otro, sin saber dónde meterse; la gente salía de las casas y se volvía a meter en ellas, como conejos en sus madrigueras; Somerset se llevó al conspirador de allí, no sin esfuerzo, aprovechando aquella confusión enorme.

—Ha sido genial, maravillosamente genial —decía Cero con emoción—. ¡Ah, la verde Erín, qué día de gloria para la verde Erín! ¡Y qué gran triunfo de mi calumniada dinamita!

De repente, sin embargo, una sombra de preocupación cruzó su cara, hizo que se parase en seco y que consultara su reloj.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Qué mortificación más insoportable! ¡Ha estallado siete minutos antes de lo previsto! La dinamita ha superado mis mejores expectativas de éxito, pero la maquinaria de relojería de mi ingenio ha vuelto a traicionarme… ¿Por qué jamás el éxito es completo? ¿Por qué hasta en el día más excepcional se extienden las sombras del fracaso?

—¡Es usted un asno incomparable! —le gritó con desesperación Somerset —. ¿Pero no ve lo que ha hecho? Ha volado usted la casa de una pobre anciana que a nadie hacía mal… Ha volado usted todo lo poco que tenía yo, este idiota que le ofreció su amistad…

—Usted no puede entender lo que ha pasado —le dijo Cero, con aire de gran dignidad—. Esto que acaba de presenciar sacudirá los cimientos de Inglaterra; Gladstone, ese viejo canalla, sentirá ahora que le señala directamente el dedo de la venganza… ¡Y además mi dinamita ha demostrado que está en disposición de ser usada sin problemas!

—¡Por todos los cielos, ahora que recuerdo…! —dijo Somerset—. Hay que deshacerse de ese bloque de dinamita que lleva en su maleta… ¿Pero cómo? ¿Y si lo arrojáramos al río?

—¡Un torpedo! —dijo Cero muy contento—. ¡Sí, un torpedo en el Támesis! ¡Buena idea, mi querido amigo! La verdad es que veo en usted los rasgos distintivos de todo un anarquista.

—Es verdad —dijo Somerset—. No podemos hacerlo… La única solución es que se lleve usted eso. Venga, le acompaño a la estación para que tome el primer tren que salga.

—No, no, querido joven —protestó Cero—. Ya no tengo por qué huir, pues he conseguido recuperar el prestigio perdido; vuelve a resplandecer mi buen nombre y aumentará de inmediato mi fama… Lo que acabamos de contemplar no ha sido otra cosa que mi acción más brillante; ya escucho los aplausos dedicados al autor de lo que llamarán la atrocidad de Golden Square.

—Querido amigo —le repitió Somerset—, le doy a elegir: o se marcha usted de inmediato en un tren, a salvo, o entra en la cárcel, también a salvo.

—Somerset, eso que dice es impropio de usted —dijo el dinamitero—. Me sorprende, Somerset, la verdad…

—Pues mucho más se sorprenderá usted cuando le conduzca a la comisaría de policía más próxima —le dijo el joven caballero con un tono de voz más colérico que otra cosa—. Mi decisión es irrevocable, quizás por primera vez; o se sube usted a un tren cuanto antes, con su dinamita y todo, si

quiere, y me cercioro de que después toma un barco en dirección a América, o cenará esta noche en la cárcel.

—Me parece que se olvida usted de una cosa —le dijo Cero, sin ofenderse por lo que oía—. Olvida usted que tiene ante sí a un filósofo; no sé, pues, de qué fuerza se valdría para cumplir sus amenazas y obligarme a que le obedezca… La voluntad, mi querido amigo…

—Mire, escúcheme —le interrumpió Somerset—. Es usted un ignorante en todo, salvo acaso en lo que a su particular ciencia se refiere, si es que a eso se le puede llamar un conocimiento digno… Yo, mi querido amigo, soy por el contrario un estudioso de la vida; por eso me veo capacitado para informarle de que me bastaría alzar una mano y denunciarle aquí, en plena calle, para que la gente…

—¡Por todos los santos, Somerset! —gritó Cero, deteniendo sus pasos y empalideciendo—. ¿Qué palabras son esas, por Dios? No diga eso ni en broma, por favor… ¡Oh!, no; la turba infame, sus pasiones desatadas, violentas… Entremos en una taberna, por el amor de Dios…

Somerset lo contempló unos momentos con curiosidad renovada.

—De manera que le da miedo esa muerte… ¡Qué interesante!

—¿Y a quién no? —dijo el conspirador.

—¿Y volarse con dinamita no le da miedo? —le preguntó el joven caballero—. ¿Le parece a usted eso, acaso, una forma de aplicar la eutanasia?

—Perdóneme —dijo Cero—, pero he corrido semejante peligro en todos los días de mi ejercicio profesional y además con mucho orgullo, aunque comprendo que esa muerte pueda parecer desagradable al común de los mortales…

—Una pregunta más: se opone usted a la aplicación de la ley de Lynch. ¿Por qué? —preguntó Somerset.

—Porque es un crimen —dijo el dinamitero cargado de razones, arqueando un poco las cejas, como si le sorprendiera la pregunta del joven.

—Estrechemos nuestras manos, pues —dijo el joven—. Ya no puedo mostrar ni resentimiento ni animadversión hacia usted; aunque no se imagina cuánto me gustaría verlo en la horca, le despediré contento si se larga…

—Creo que no le he entendido bien —dijo Cero—, pero en cualquier caso supongo que alberga usted buenas intenciones… En lo que a mi partida de la ciudad se refiere, me parece que deberíamos contemplar un aspecto más… No tengo dinero; el poco que me quedaba se ha hecho humo en lo que se conocerá como el atroz atentado de Golden Square. Y sin eso que

vulgarmente llamamos estampitas, créame si le digo que me será más que difícil atravesar el océano…

—Para mí —le dijo Somerset— usted ya no es un hombre, por lo que no me siento más obligado con usted que con el aldabón de esa puerta, por ejemplo… Pero también es verdad que su confusión mental me impide adoptar una actitud extremista. Hasta el día de hoy sus estupideces me parecían incluso simpáticas; pero he cambiado de opinión, las contemplo bajo otro aspecto; si le miro ahora a la cara, me hace reír la idiotez que en ella se refleja, casi mortalmente, mire; hasta se me enrojecen los ojos de la risa, como si los tuviera enfermos, como si llorasen sangre… ¿Qué supone eso? Pues que empiezo a dudar del escepticismo en el que siempre he vivido. ¿Es admisible que al fin crea en la existencia del bien y del mal? —se preguntó el joven caballero, como asustado de sus propias palabras—. Ahora sé, aunque me cueste aceptarlo, que he sido víctima del prejuicio del honor. ¿Quiero eso decir que habré de cambiar mis actitudes en adelante? ¿Supone eso que me ha robado usted mi juventud despreocupada? ¿A mi aún corta edad debo abrazar ya algunas convicciones? Pero ¿por qué pierdo el tiempo hablando con usted, que tiene la cabeza llena de corcho? Sí le digo, sin embargo, que no permitiré que continúe viviendo un tipo como usted entre las mujeres y los niños; y que si bien me falta el valor necesario para denunciarle, se lo repito, haré todo cuanto esté en mi mano para evitar que ponga usted en peligro sus vidas. Dice que no le queda dinero; bien, tenga, tome mi dinero y lárguese de una maldita vez… Le prometo que si alguna vez vuelvo a encontrármelo cara a cara, habrá llegado para usted el último día de su vida.

—Vistas así las cosas, me parece que no voy a tener más remedio que aceptar lo que me ofrece —dijo Cero—. Sus palabras me hacen daño pero la verdad es que no me sorprenden. Me parece que sus criterios aún están en bruto, que precisan de un cierto grado de formación, acaso de una higiene moral, por así decirlo, pero no es menos cierto que siempre he admirado su carácter franco y su absoluta sinceridad… En lo que a este dinero que me presta, bien, lo recibirá usted en devolución más adelante, desde Filadelfia.

—No hace falta —dijo Somerset.

—Creo que no me entiende, mi querido amigo —dijo el conspirador—. A partir de ahora mis superiores me tendrán mayor estima y confianza; mis experimentos no se verán lamentablemente condicionados por un dinero escaso…

—Lo que hago es un crimen —dijo Somerset—; aunque perteneciera usted a la familia de los Vanderbilt[20] jamás le aceptaría la devolución de ese

dinero, me sentiría escandalosamente avergonzado si lo hiciera. Quédeselo y no se preocupe. Por el rey Jorge le juro que tratar con usted durante los tres últimos días ha bastado para hacer de mí un romano de la Antigüedad.

Hizo Somerset una seña a un coche de punto, nada más decir estas palabras, montaron y partieron hacia la estación de trenes. Allí le entregó el joven caballero el dinero prometido al conspirador e hizo una suerte de juramento.

—Acabo de comprar mi honor gastándome para ello hasta el último penique que tenía —dijo Somerset—. Gracias a Dios, y aunque eso pueda suponerme la muerte por inanición, ya no tendré que ver con usted, Mr. Cero Pumpernickel Jones.

—¿Morirse de inanición? —se extrañó Cero—. ¡Mi querido amigo, no puedo consentirlo!

—Vamos, tome el billete, aquí lo tiene —le dijo Somerset.

—Noto en su ánimo cierta falta de templanza —dijo Cero.

—Tome su billete —repitió el joven caballero.

—Bien —dijo el conspirador, aceptando el billete de tren que le daba el joven—; su actitud me extraña y duele a tal punto, que no sé si pedirle que nos demos la mano…

—Como hombre, no —replicó Somerset—, pero le daré la mano como si agarrara la bomba de un pozo del que no sale agua sino fuego y veneno.

—Esta despedida me resulta un poco fría —dijo el dinamitero, que seguido de cerca por Somerset se dirigió al andén. Había una gran cantidad de pasajeros aguardando la salida del tren hacia Liverpool, que estaba a punto de producirse, toda vez que acababa de llegar el que cubría el trayecto en sentido contrario; tanta gente, tantos viajeros que arribaban a Londres, y tantos otros como se disponían a tomar el tren de Liverpool, hacía difícil caminar por el andén. Junto al kiosco de la estación había espacio, sin embargo, y Cero se detuvo a contemplar el titular de la primera plana del *Standard*, que decía: «*Segunda edición. Explosión en Golden Square*». Al conspirador se le iluminaron los ojos; hurgó en sus bolsillos en busca de una moneda, se dirigió rápido al vendedor —golpeó entonces su maleta contra una esquina del kiosco — y la dinamita que llevaba allí escondida explotó causando un formidable estrépito. Se disipó el humo al poco y pudo comprobarse entonces que el kiosco estaba destrozado; el vendedor que lo atendía salió corriendo despavorido, pero por ningún sitio se veía al patriota irlandés con su maleta destinada a vengarse de Gladstone.

Somerset aprovechó la enorme confusión que produjo la deflagración para escapar de allí aprisa, saliendo de la estación y enfilando Euston Road; sentía que todo le daba vueltas, que le dolía la cabeza, que tenía además hambre… Y encima no llevaba un maldito penique en el bolsillo. Poco después, sin embargo, a medida que caminaba con mayor tranquilidad, sintió que el corazón le latía tranquilo, que experimentaba una formidable sensación de alegría, la seguridad de que la fortuna había decidido tocarle al fin con su mano. Es más, hasta admitió con estoicismo la posibilidad de morirse de hambre, pues al menos Cero ya no existía.

A últimas horas de la tarde se vio casi sin pretenderlo ante el establecimiento de Mr. Godall; agotado y hambriento, apenas sin darse cuenta de lo que hacía, empujó la puerta de cristal de la tienda y entró.

—¡Hola, Mr. Somerset! —le saludó Mr. Godall—. ¿Ya encontró una aventura en la que emplearse? Bien, pues sólo espero que cumpla su promesa y me la refiera sin dejarse nada… Tome asiento, hágame el favor; permita que le invite a un cigarro de los que me reservo a cambio de su historia, que sin duda sabrá narrarme con gran estilo.

—No debo aceptarle ese cigarro —dijo Somerset.

—¿Por qué? —se extrañó Mr. Godall—. Aunque, ahora que lo veo bien, me parece que ha cambiado usted mucho en poco tiempo, ¡pobre muchacho! Espero que no sea nada grave…

Somerset no pudo evitar las lágrimas.

EPÍLOGO: EN EL SALÓN DE FUMAR

Cierto día lluvioso de diciembre, del año pasado, entre las nueve y las diez de la mañana, Mr. Edward Challoner llegó al Diván de la Rupert Street protegiéndose con su paraguas. Sólo había visitado aquel lugar una vez y el recuerdo de cuanto le había sucedido después, así como el miedo a encontrarse con Somerset allí, habían sido suficientes para que no volviera a poner los pies en el salón. Miró antes de decidirse a entrar, pues, a través de los cristales. No había clientes a esa hora.

Vio al entrar que tras el mostrador había un joven atareado en escribir en un cuaderno, sin levantar la cabeza ni un segundo. Challoner lo miró un par de veces y creyó reconocerlo.

—¡Bien! ¡Pero si es Somerset!

Aunque lo había evitado, como ya se ha dicho, al verle allí, en una circunstancia difícil de explicar, desde luego, pues parecía estar empleado en el Diván, no pudo sino experimentar gran curiosidad por conocer los pormenores.

«La rotunda opulenta toca el cielo», musitaba mientras escribía el dependiente, como si buscara la conclusión de un soneto. «Quizás sea excesivo decir “rotunda”, aunque suene tan bien, tan noble, esta palabra… La rotunda opulencia toca el cielo… No, vaya; eso es lo malo que tiene el arte, ahí radica la amargura que nos dispensa; ves un buen efecto poético pero no tienes más remedio que dejarlo a un lado porque carece de sentido…»

—Somerset, mi querido amigo —le dijo entonces Challoner—. ¿Qué es esto? ¿Una mascarada?

—¿Cómo? ¡Challoner! —dijo el dependiente—. No sabes cómo me alegro de verte… Un momento, que acabo en nada los cuartetos de mi soneto, sólo un momento… —le pidió con un gesto amigable para dedicarse de nuevo a sus tratos con las Musas; al cabo alzó los ojos hacia el otro—: Tienes muy buen aspecto —le dijo Somerset—. ¿Y tus cien libras?

—Recibí una pequeña herencia de una tía abuela de Gales —le contestó Challoner, con modestia.

—¡Ah! —dijo Somerset—, la verdad es que dudo mucho de la legitimidad de las herencias. El Estado, desde mi punto de vista, debería ser el único heredero… Bueno, digamos que atravieso ahora mismo una fase en la que se mezclan en mí la poesía y el socialismo —añadió en tono apologético, como si se expresara acerca de la bondad de unas aguas medicinales.

—¿Eres el dueño del… establecimiento? —dudó Challoner para no pronunciar la palabra «tienda».

—Un simple dependiente, caballero, sólo un dependiente —le respondió el otro mientras se guardaba el soneto en un bolsillo—. Te saludo muy cordialmente, mi feliz y glorioso amigo… ¿Puedo ofrecerte un buen cigarro?

—Bueno, la verdad es que preferiría… —comenzó a decir Challoner.

—Nada, nada —lo interrumpió el dependiente—. Estamos muy orgullosos de nuestro negocio; permíteme informarte de que el viejo Mr. Godall, además de ser un hombre íntegro, desde un punto de vista ético, tiene sangre real, literalmente hablando… «*De Godall je suis le fervent*», pero, dime —le preguntó mientras Challoner encendía el cigarro—, ¿qué tal te fue como detective?

—La verdad es que ni lo intenté —le respondió.

—Yo sí —confesó Somerset—, y no tengo ni que decirte que me fue realmente mal, perdí todo lo que tenía, hice el más grande de los ridículos… El de detective, Challoner, es un negocio en el que hay muchas más cosas ocultas que a la vista, más que en cualquier otro negocio… Hay que creer en lo que uno hace, o hacer como que se cree en ello… De ahí, quizás, que un fontanero, comparado su oficio con cualquier otro, sea considerado inferior, pues ni él ni nadie puede creer en lo que hace.

—*A propos* —le preguntó a su vez Challoner—, ¿sigues pintando?

—No, ya no pinto —le dijo Paul Somerset—; pienso dedicarme al violín…

Los ojos de Challoner, que comenzaron a mirar inquietos a un lado y otro nada más pronunció el otro la palabra «detective», repararon de golpe en los titulares del periódico de la mañana, que estaba sobre el mostrador.

—¡Vaya, qué raro!

—¿Qué te parece raro? —le preguntó Paul.

—Nada, nada —dijo el otro—; es que conocí a un hombre que se llamaba M’Guire…

—¡Yo también! —exclamó Somerset—. ¿Dicen ahí algo de él?

Challoner tomó el periódico y comenzó a leer entonces, en voz alta, lo siguiente: «*Misteriosa muerte en Stepney. Ayer concluyeron las*

investigaciones iniciadas tras la aparición del cuerpo sin vida de Patrick M'Guire, carpintero de profesión. El doctor Dovering declaró que había tratado en su consulta al ahora difunto, aquejado de insomnio, pérdida del apetito y depresión nerviosa. No ha sido posible establecer la causa de su muerte. El médico señala que el ahora difunto se sintió repentinamente indispuesto y que el hecho de que no se tratase precisamente de una persona de costumbres moderadas aceleró su fallecimiento. Elabora difunto aseguraba padecer de fiebres intermitentes, pero el testigo afirma, en su calidad de médico, no haber encontrado jamás síntomas de enfermedad alguna en él. También dice que desconocía si tenía o no familiares, y que lo tenía por una persona intelectualmente desequilibrada, pues se creía a un tiempo perteneciente a una sociedad secreta y a la vez víctima de la misma. Afirma el doctor que si tuviera que aventurar una causa de su muerte, hablaría simplemente del miedo como tal causa».

—Si lo hiciera, acertaría ese médico —dijo Somerset—. Querido Challoner, no sabes cuánto me alivia la noticia de esa muerte… Aunque —añadió—, pobre diablo, la verdad es que recibió lo que se merecía.

Justo entonces se abrió la puerta del Diván y entró Desborough. Se protegía de la lluvia con un impermeable que le quedaba grande y cuyos botones no eran los propios de la prenda; tenía las botas caladas de agua y el sombrero brillante pero de suciedad, por el mucho uso. Eso sí, mostraba un semblante alegre, lo propio de quien disfruta del simple hecho de vivir. Sus dos amigos lo recibieron entre grandes exclamaciones de júbilo para darle la bienvenida.

—Bueno, ¿y tú intentaste hacer algo como detective? —le preguntó de fumar Paul.— No —dijo Harry—. Bueno, la verdad es que sí, un par de veces, pero salí escaldado… Lo único bueno es que conocí… a mi mujer —dijo con una mezcla de timidez y orgullo.

—¿Cómo? ¿Que te has casado? —dijo Somerset.

—Sí —respondió Harry—, hace ya algún tiempo, más o menos un mes…

—¿Tiene dinero? —preguntó Challoner.

—No, eso es lo peor de todo —admitió Desborough—. Lo estamos pasando bastante mal… Aunque, el prín…, quiero decir, Mr. Godall, ha dicho que podrá ayudarnos un poco, por eso hemos venido…

—¿Qué nombre tenía de soltera Mrs. Desborough? —preguntó entonces Challoner, con un tono y una elegancia propios de la más alta sociedad.

—Miss Luxmore —respondió Harry—. Mis queridos amigos, seguro que mi mujer os parece encantadora, es mucho más inteligente que yo… Sabe

narrar, además, unas historias más fantásticas que las de cualquier libro…

En ese momento se abrió la puerta del Diván e hizo acto de presencia Mrs. Desborough… Somerset no pudo reprimir una exclamación de sorpresa al reconocer en ella a la joven dama que había visto en la mansión superflua; Challoner, por su parte, dio varios pasos atrás y se le cayó el cigarro de los labios al reconocer en ella a la maga de Chelsea.

—¿Cómo? —se extrañó Harry—. ¿Conocíais a mi esposa?

—Creo haberla visto antes —dijo Somerset, nervioso.

—Me parece que conozco a este caballero —intervino entonces Mrs. Desborough, con gran suavidad y elegancia—, pero no recuerdo de qué ni dónde…

—No, la verdad es que no tengo la menor idea de dónde nos hemos podido ver —dijo Somerset tratando de aparentar una convicción suma—. Es más —añadió—, lo más probable es que me haya confundido…

—Tú, Challoner —preguntó Harry—, también pareces haberla reconocido, o confundido…

—¿Estos caballeros son amigos tuyos, Harry? —preguntó la dama—. Pues encantada de conocerles, caballeros… Pero creo que jamás he visto a Mr. Challoner… Challoner se arreboló por completo, aunque acaso no fuera más que por el esfuerzo que hizo para recoger del suelo el cigarro caído.

—No, la verdad es que no recuerdo haber tenido el placer de conocerla —dijo forzadamente.

—Bien, ¿dónde está Mr. Godall? —preguntó entonces Mrs. Desborough.

—¿Es usted la dama que tiene cita con el viejo…? —comenzó a decir Somerset, pero se detuvo avergonzado y rectificó—: Lo pregunto para anunciarle su llegada ahora mismo…

Corrió una cortina, abrió una puerta y pasó a la trastienda. Golpeaba rítmicamente la lluvia en el tejado. Las paredes de aquella pequeña estancia estaban llenas de mapas y grabados; había también estanterías con obras de consulta. Sobre la mesa, mapas de Egipto, de Sudán y de Tonkín; varias chinchetas de distintos colores señalaban el curso de diferentes guerras. Había en el aire un aroma exquisito, de buen tabaco, y en la chimenea un fuego, no de carbón maloliente sino de leños resinosos, que templaba el ambiente.

En aquel pequeño pero acogedor cuarto Mr. Godall pasaba largos ratos de la mañana, sin hacer otra cosa que sentarse plácidamente ante la chimenea y oír el repiqueteo melódico de la lluvia sobre el tejado.

—Mi querido Mr. Somerset —dijo—, ¿tiene usted un nuevo principio político, acaso uno que adoptara anoche?

—Ha venido una dama —dijo ruborizándose.

—Supongo que la ha visto —dijo Mr. Godall, y cuando Somerset le respondió que sí, prosiguió—: Discúlpeme, se lo ruego, pero permita que le haga una insinuación… Es más que probable que esta dama desee olvidar su pasado… Así que, y se lo digo de caballero a caballero, ni una palabra más de las necesarias, por favor…

Poco después recibía Mr. Godall a Mrs. Desborough con esa su elegancia sobria, respetuosa y conveniente.

—Es un placer para mí, Madam, recibirla en estos mis modestos dominios —le dijo—, pero más placentero me resultará que eso que no es más que un placer personal para mí, resulte en verdad útil a Mr. Desborough y a usted.

—Alteza —dijo Clara—, primero quiero agradecerle su recibimiento; por lo que sé de usted creo que puedo esperar su ayuda, ya que es bien sabido que gusta prestársela a quien más la necesita… Le aseguro que mi esposo, Harry, sabrá hacerse merecedor de aquello en cuanto pueda ayudarle usted —dijo, aunque pareció que se arrepentía de continuar.

—Bien, ¿y qué me dice de usted? —dijo Mr. Godall—. Me pareció que iba a decirme algo…

—Hace usted que salgan las palabras de mi boca —dijo la dama—. Mi caso es distinto…

—No juzgo a los hombres, y mucho menos a las damas —dijo el príncipe —, pero ahora no soy más que una persona particular, como usted misma, como millones de seres; una persona, Madam, que sólo quiere vivir en paz y que los demás hagan lo mismo… Usted sabe mucho mejor que yo, Madam, y Dios lo sabe aún mejor que usted, lo que ha hecho en el pasado contra la humanidad; en lo que a mí respecta, no perderé el tiempo tratando de averiguar los pormenores de ese su pasado, pues sólo me importa el futuro, el porvenir; jamás, por ello, pondría un arma en las manos de un hombre desleal, por muy buen combatiente que demostrara ser; tampoco creo que se le deba devolver su riqueza perdida a quien haya participado en una guerra brutal, bárbara… Quizás me esté expresando con extrema severidad, pero le aseguro, Madam, que mido y elijo perfectamente mis palabras… Si bien es cierto que una voz interior me dice de continuo que es usted una mujer, toda una dama, no lo es menos que otra voz interior me recuerda de continuo las vidas de los niños que puso usted en peligro… Una mujer —repitió con gran solemnidad — y unos niños… Posiblemente, Madam, sólo cuando sea usted madre comprenderá en toda su trágica profundidad la antítesis en que se desarrollaron sus antiguas actividades… Seguramente, cuando llegue la noche

en que se vea usted inclinada ante una cuna, sentirá una sacudida de pánico más fuerte y cruel que cualquier sentimiento de vergüenza; cuando vea usted a su hijo llorar por un dolor, enfermo, entonces le asaltará la duda de si tiene o no que caer de rodillas e implorar al Sumo Hacedor.

—Creo que observa usted sólo mis culpas —dijo la dama— pero no sus justificaciones… ¿Jamás le ha dado un vuelco de lástima el corazón al contemplar una injusticia, al saber de cualesquiera abusos y opresiones? Pero…, no, claro… Usted nació al amparo de un trono…

—Nací de mujer —dijo el príncipe—; nací del dolor de mi madre, indefenso como un pichón, como todos los que vienen al mundo… Eso, que parece olvidar usted, es algo que siempre he procurado tener presente. ¿Acaso no fue uno de sus grandes poetas ingleses el que miró la tierra para contemplar sus vastísimas circunvalaciones, las multitudinarias tropas en maniobra de combate, los barcos de guerra en el mar, el fragor y el polvo levantado por las batallas en la tierra, para volver expectante la mirada en derredor suyo y preguntarse por la causa de todo aquello, de tan dolorosos como arduos preparativos, y no ver más que a una madre con su pequeño hijo en los brazos? Esos versos de Coventry Patmore[21] se tradujeron a la lengua bohemia por indicación mía, pues contienen en sí mismos los principios por los que se guía mi acción política, que no son otros que los de cambiar aquello que podamos cambiar, hacer las cosas lo mejor que podamos hacerlas, pero sin olvidarnos de que el hombre es un ser demoniaco apenas capaz de mantener vivas unas pocas convicciones generosas. Creo que no se debe ceder en el mantenimiento de esos conceptos a cambio de una palabra vacía, por muy noble que pueda sonar, o de una causa, por justa y piadosa que parezca.

Se hizo un silencio.

—Mucho me temo, Madam, que la estoy aburriendo —continuó el príncipe—. Comprendo que mis pareceres son quizás tan severos como yo mismo, y que acaso empiezan a quedar anticuados, también como yo mismo… No obstante, y perdone si le resulto enojoso, le ruego me responda…

—Sólo puedo decirle una cosa —respondió Mrs. Desborough—. Amo a mi esposo…

—Es una buena respuesta —le concedió el príncipe—; cita usted una buena influencia, pero hay que considerar la posibilidad de que ni su amor ni sus buenas intenciones le duren toda una vida.

—No sacaré a relucir mi orgullo ante un hombre como usted —dijo la dama—, pero, dígame, ¿qué quiere de mí? Me parece que no espera una gran declaración de principios, estoy segura… ¿Qué tendría que decirle? He hecho cosas que jamás haría de nuevo y que no puedo justificar en todos sus extremos, de acuerdo… ¿Qué más puedo decir? Bueno, sí, quizás que jamás me dejé seducir por los estúpidos cuentos de hadas en que a menudo deviene la política y que al menos afrontaba con determinación las posibles responsabilidades derivadas de mis actos… Mientras hice la guerra —o mientras cometí crímenes, como prefiera— nunca acusé a mis adversarios de asesinos, y tampoco sentí esa especie de horror ritual cuando esos a los que combatía pusieron precio a mi vida… Nunca llamé mercenarios a los policías… En resumidas cuentas, quiero decirle que es posible que mis actuaciones lindaran con el crimen, pero nunca fui una idiota.

—Ya es suficiente, Madam —dijo el príncipe—; sí, es más que suficiente… Sus palabras me resultan no sólo convincentes sino revitalizadoras, pues en estos tiempos nuestros, en los que incluso hay criminales románticos y sentimentales, no hay para mí nada tan relevante como la claridad intelectual, una auténtica virtud… Tengo que pedirle por favor que se retire, pues el sonido de esa campanilla que escuchamos me avisa de la llegada de su madre, una vieja amiga mía… Le prometo a usted que haré todo cuanto esté en mi mano.

Apenas hubo regresado Mrs. Desborough al Diván, el príncipe abrió la puerta de atrás del establecimiento, la que comunicaba directamente con su habitación privada, e invitó a pasar a Mrs. Luxmore.

—Mi querida amiga —le dijo—, ¿acaso ha cambiado tanto mi cara que ya no la reconoce como la del príncipe Florizel, ahora Mr. Godall?

—¡Claro que le reconozco! —exclamó la dama, mirándole ahora a través de sus lentes—. Siempre me ha parecido Su Alteza el más correcto de los hombres; no tengo sino que decirle, por lo demás, que en su nueva situación, de la que con tanto pesar he recibido noticias, le sigo teniendo el mismo respeto y admiración, si no mayor…

—Por suerte —dijo el príncipe— así me pasa con todas las personas que conozco… Pero, Madam, siéntese, por favor; tengo que hablar con usted de un asunto delicado, un asunto relacionado con su hija…

—Bien, en ese caso —dijo Mrs. Luxmore— creo que puede eludir tan enojoso asunto, pues en lo que a mí respecta no quiero ni oír hablar de ella, no quiero escuchar una sola palabra que la justifique… No obstante, y pues amo la justicia ante todas las cosas, me parece necesario expresarle lo que siento.

Mi hija me abandonó, a mí que le presté amparo y protección siempre, como es propio en una madre. Sé bien que no ha hecho más que relacionarse con gentes infames y de la peor calaña a lo largo de todos estos años; sé también que no hace mucho ha contraído matrimonio. Pero me niego a recibirla, me niego también a conocer a su esposo… Ya le ofrecí hace años una asignación anual de ciento veinte libras y le reitero ese ofrecimiento, pero nada más… Eso mismo fue lo que recibí yo cuando tenía sus años…

—Pues bien, Madam —dijo el príncipe—, ¡que así sea! Pero, permita que me refiera ahora a otro asunto… ¿Qué renta tenía el reverendo Bernard Fanshawe?

—¿Mi padre? —se extrañó la muy digna Mrs. Luxmore—. Creo que ganaba unas setecientas libras al año…

—Era usted, si no estoy mal informado, la menor de varias hijas, ¿me equivoco? —preguntó el príncipe.

—Es verdad; yo era la menor de cuatro hijas —dijo la vieja dama—, aunque permítame decirle, por mucho que me duela hacerlo, que sería difícil encontrar en toda Inglaterra una familia tan despreciable como la mía…

—¡Mi querida amiga! —exclamó el príncipe—. ¿No es verdad que tiene usted unas rentas anuales que suman un total de ocho mil libras?

—No, sólo cinco mil —dijo la vieja dama—; ¿pero adónde quiere llevarme?

—A una pensión de mil libras al año —dijo el príncipe Florizel, con una amplia sonrisa—. No es usted como su padre, mi querida amiga; él era un hombre sin mayores recursos, y usted, por el contrario, es rica; su padre fue un hombre atareado en mil ocupaciones, y usted, sin embargo, no tiene ninguna, sólo su inmensa fortuna. Si me permite una observación, acaso indiscreta, pero en cualquier caso de una venial indiscreción, sólo tiene usted en común con su padre, me parece, una cosa: tanto él como usted han tenido hijas que destacan más por su vitalidad que por su disposición a obedecer…

—Me siento acorralada en esta casa —protestó la dama, levantándose—. Pero conmigo le ha salido el tiro por la culata; le aseguro que aunque se unieran todos los dueños de salones de fumar de Europa…

—¡Ah!, Madam, por favor —dijo el príncipe—; antes de lo que suele conocerse como mi caída en desgracia, no se atrevía usted a hablarme en semejante tono; si de verdad le parece indigno que me gane la vida con este negocio, permítame que con la mayor de las consideraciones que tengo hacia usted, y en nombre de la vieja amistad que nos une, le diga una sola cosa: si no quiere usted conceder una renta anual a su hija, me veré obligado a

emplearla como dependienta en mi establecimiento; seguro, por lo demás, que concita toda la atención de mi distinguida clientela masculina… Y el marido de su hija, Madam, vestirá de librea para repartir los encargos… Seguro que con el trabajo de ambos mi negocio doblará al menos lo que me produce ahora mismo; eso, y pues soy un hombre agradecido, me obligará a asociarme con ellos y a poner en el rótulo de mi establecimiento, junto al de Godall, el nombre de Luxmore.

—Su Alteza —dijo la vehemente anciana—, admito mi descortesía para con usted y le reconozco de paso su astucia… Bien, no sé por qué, pero me parece que esa sinvergüenza anda por aquí… Hágala pasar, por favor…

—Si quiere, podemos observarles sin que nos vean —le sugirió el príncipe; después corrió con mucho cuidado la cortina.

Mrs. Desborough estaba sentada a espalda de ellos; Somerset y Harry parecían muy interesados en lo que les contaba; Challoner, sin embargo, tras excusarse so pretexto de un compromiso previo, se había alejado ya de la hechicera, hacia la que experimentaba una cierta repulsión.

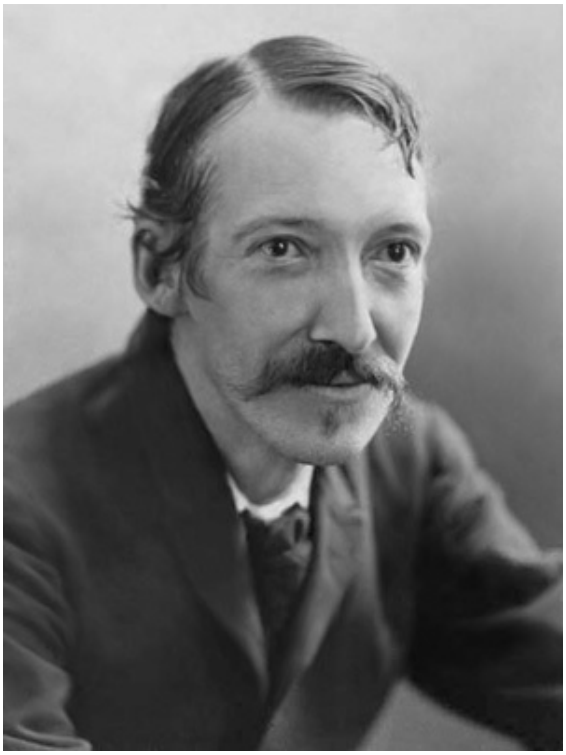
—Justo en ese preciso momento —decía entonces Mrs. Desborough—. Mr. Gladstone reconoció el rostro de su cobarde agresor… De sus labios salió un grito, una exclamación de triunfo…

—¡Pero si es Mr. Somerset! —no pudo reprimir su exclamación la vieja dama, al verle, y salió de su escondite—: Mr. Somerset, ¿qué ha hecho usted con mi casa?

—Madam —dijo el príncipe—, permita que sea yo quien le ofrezca después las explicaciones pertinentes… Ahora, por favor, diga a su hija que es bienvenida…

—Bien, Clara, ¿qué tal estás? —dijo Mrs. Luxmore, cortante—. Parece que tengo que asignarte una pensión… Mejor para ti… En cuanto a Mr. Somerset, bueno, atenderé a sus explicaciones; la verdad es que su fechoría me ha salido muy cara, pero no deja de ser divertida… De todas formas —añadió acercándose a él—, es usted un caballero por el que tengo cierta estima… Además pinta unos cuadros muy simpáticos, los más graciosos que he visto jamás…

—He ordenado que traigan un pequeño *lunch* —anunció el príncipe—. Mr. Somerset, ya que está en tan buena compañía, le sugiero que coman ustedes juntos… Yo me ocuparé de la tienda.



ROBERT LOUIS BALFOUR STEVENSON (Edimburgo, Escocia, 13 de noviembre de 1850 - Vailima, cerca de Apia, Samoa, 3 de diciembre de 1894) fue un novelista, poeta y ensayista escocés. Su legado es una vasta obra que incluye crónicas de viajes, novelas de aventuras, históricas, de intriga y de misterio, así como poesía y ensayos. Se le conoce principalmente por ser el autor de algunas de las historias fantásticas y de aventuras más clásicas de la literatura juvenil, como *La isla del tesoro*, la novela histórica *La flecha negra* y la popular novela de horror *El extraño caso del doctor Jekyll y míster Hyde*, dedicada al tema de los fenómenos de la personalidad escindida y que puede ser leída como una novela psicológica pionera. Varias de sus novelas continúan siendo muy famosas y algunas de ellas han sido varias veces llevadas al cine XX, en parte como adaptaciones para niños. Fue importante también su obra ensayística, breve pero decisiva en lo que se refiere a la estructura de la moderna novela de peripecias. Fue muy apreciado en su tiempo y siguió siéndolo tras su muerte. Tuvo continuidad en autores como Joseph Conrad, Graham Greene, G. K. Chesterton, H. G. Wells, y en los argentinos Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges.

Notas

[1] Probablemente, un hijo de María Teresa y de José II de Bohemia, que reinaron de 1780 a 1790. Tras los sucesos de 1848, cuyo final supuso la ocupación alemana de Bohemia, uno de los príncipes, efectivamente, se exilió en Inglaterra, después de haberse desempeñado como hombre de negocios a lo largo y ancho de Europa. Por las pocas noticias que se tienen al respecto, parece que dirigió desde Londres alguna trama revolucionaria nacionalista contra los alemanes. Puede que Stevenson lo conociera; en cualquier caso, su homenaje literario hunde sus raíces en los libros de caballerías: el *Florisel de Niquea* es uno de los libros de Feliciano de Silva (siglo XVI), de la serie de los Amadís, y lleva por título completo el de *Crónica de los muy valientes y esforzados e invencibles caballeros don Florisel de Niquea y el fuerte Anaxartes, hijos del muy excelente príncipe Amadís de Grecia*. (N. del T.) <<

[2] Se escribe correctamente Trenck. Militar austríaco de vida novelesca, nacido en 1711. Tras ser expulsado del ejército Imperial por dar muerte a un intendente de su padre, ingresó en el ruso, pero abofeteó a uno de sus coroneles y fue condenado a muerte. Se suicidó en la cárcel de Spielberg, cerca de Brunn, en 1749, donde cumplía cadena a perpetuidad tras haberle sido conmutada la pena capital. (N. del T.) <<

[3] Broma de Stevenson al poner un nombre a su personaje, a propósito de la tesis de Malthus que preconiza la restricción del número de nacimientos. (N. del T. <<

[4] En Australia, a 150 kilómetros de Melbourne. (N. del T.) <<

[5] Ciudad portuaria de Ceilán (Sri Lanka), uno de los puertos naturales más hermosos del mundo. (N. del T.) <<

[6] El autor de La feria de las vanidades. (N. del T.) <<

[7] Emile Gaboriau (1833-1873), escritor francés tenido por uno de los creadores de la literatura de intriga y misterio, junto a Edgar Allan Poe, aunque más próximo al folletín que el norteamericano. El héroe de sus narraciones, Lecoq, es uno de los primeros detectives de la literatura universal. (N. del T.) <<

[8] William Paley (1743-1805), pastor anglicano y filósofo utilitarista, autor de obras sobre moral cristiana y ética política. Además de la citada por Stevenson, *A View of the Evidence of Christianity* (1794), su obra más destacable es *The Principies of Moral and Political Philosophy*, de 1785. Curiosamente, influyó de manera decisiva en Charles Darwin, que tenía una de sus obras, *Natural Theology* (1802), como libro de cabecera. (N. del T.) <<

[9] Miembros de una célula Carbonaria, sociedad secreta inspirada en la Francmasonería, que invocaba las ideas liberales y patrióticas en contra de las conservadoras impuestas por los aliados tras la derrota de Napoleón en 1815. De su influjo surgió el Risorgimento, movimiento del que resultaría la unificación de Italia en 1861. (N. del T.) <<

[10] Natural de la región de Mongolia del mismo nombre, posteriormente denominada República de los calmucos. (N. del T.) <<

[11] Quizás hubiera que hablar de *curtirse el corazón*, en una traducción más aproximada al castellano de uso común, pero los ingleses no aluden en estas ocasiones de pasión visceral al corazón, sino al hígado. (N. del T.) <<

[12] En el original. (N. del T.) <<

[13] *Huddlestone* significa piedra vulgar, común; *Oddlestone* significa piedra rara. (N. del T.). <<

[14] Al norte de Francia, región cuya capital es Amiens. (N. del T.) <<

[15] Bien escrito sería *Omnibus impossibilis*: imposible para todos. (N. del T.) <<

[16] *Whites*, blancas: monedas de plata. (N. del T.) <<

[17] El conde Almaviva, personaje de *El barbero de Sevilla* y *Las bodas de Fígaro*, de Beaumarchais. (N. del T.) <<

[18] Stéphane M. Méligne (1808-1875), escultor además de actor, que triunfó clamorosamente en los teatros de París. Frédéric Lemaïtre (Antoine-Louis Prosper, 1800— 1876), es considerado uno de los grandes de la escena francesa del XIX (N. del T.) <<

[19] Broma de Stevenson, pues el nombre de esta ciudad inventada, en castellano, sería Castillo de los follones, o de las broncas, o de los líos. (N. del T.) <<

[20] Distrito del departamento de las Ardenas que comprende cinco cantones, siendo la ciudad de su mismo nombre la capital del distrito. En 1870 fue tomada militarmente por los prusianos. (N. del T.) <<

[21] En el original, *Cafe of the Triumphs of the Plough: Café de los Triunfos de los Arados*. Dado el tipo de clientela que en el relato lo frecuenta, nos hemos tomado la libertad de aludir a los destripaterrones por ser así como se llamó siempre en castellano, más o menos despectivamente, a quienes manejaban el arado. Destripaterrones, además, es sinónimo de hombre bruto, taimado y rural. (N. del T.) <<

[22] Personaje de la comedia *La Famille Benoîton*, de Victorien Sardou, estrenada en París en 1865. En la obra, Madame Benoîton, a pesar de su edad respetable y de sus muchas obligaciones familiares, no desaprovecha la menor oportunidad para correr el tacón por ahí y dejar a un lado sus responsabilidades. (N. del T.) <<

[23] Corrupto, *trincón*. (N. del T.) <<

[24] *Hay gente honrada por doquier*. (N. del T.) <<

[25] Campestre, literalmente, pero vale traducirlo como Gárrulo, o como Destripaterrones, pues tal es la intención sarcástica con que Stevenson pone nombre al personaje. (N. del T.) <<

[26] Autor de *Los misterios de París* y otros folletines. (N. del T.) <<

[27] Pierre-Jean Béranger (1780-1857), vate popular y autor de canciones satíricas, arrestado en innumerables ocasiones a causa de sus sátiras. (N. del T.) <<

[28] *Comisario, comisario / Colin está sacudiendo / a su ama*. (N. del T.) <<

[29] *¡Sálvese quien pueda!* (N. del T.) <<

[30] Se refiere al norteamericano James Fenimore Cooper (1789-1851), en cuyas novelas (*El último mohicano*, por ejemplo) se da una exaltación continua de la naturaleza salvaje. (N. del T.) <<

[31] Personajes de *El misántropo*, de Moliere. Alceste, un hombre de probada sobriedad, quiere obtener el amor de Célimére, mujer joven, bella y amante de la vida, que no acepta, sin embargo, la renuncia a los placeres y la misantropía del que la pretende. (N. del T.) <<

[32] Dramón de Adolphe Philippe d’Ennery y Eugene Cormon, estrenado en París en 1874. (N. del T.) <<

[33] Cita de Théophile Gautier (1811-1872):*Dime, hermosa joven, ¿adónde te gustaría ir?* (N. del T.) <<

[34] Natural de Bezons, en el cantón de Argenteuil y en el distrito de Versalles, a orillas del Sena. (N. del T.) <<

[35] Del poema *En contra de la pelea y de la lucha*, del libro *Canciones morales*, de Isaac Watts (1674-1748), que comienza así: *Deja disfrutar a los perros ladrando y mordiendo*. (N. del T.) <<

[36] Pierre Dupont (1821-1870), poeta muy popular en vida, socialista militante convencido y autor de canciones revolucionarias muy apreciadas entre los huelguistas de su tiempo. (N. del T.) <<

[37] *¿Sabe usted dónde se esconde / mayo, ese mes encantador?* (N. del T.) <<

[38] Las malvadas hermanas de la bella y piadosa Cordelia, en El rey Lear, de Shakespeare. (N. del T.) <<

[39] *No, no puedo callar por más tiempo… es más fuerte que yo…* (N. del T.) <<

[40] (*¡Oh, amante mía / Oh, mi deseo, / sepamos atrapar la hora encantadora!* (N. del T.) <<

[1] Charles Stewart Parnell (1846-1891), nacionalista irlandés e impulsor de la Irish Home Rule, o autonomía irlandesa, a partir de 1870. Se le consideró el responsable ideológico de los atentados terroristas en Londres; posteriormente resultaría electo al Parlamento Británico, del que fue diputado por Irlanda de 1875 a 1891, año de su muerte. Incluso cuando fue parlamentario se le acusaba de las acciones terroristas que seguían sacudiendo Londres. La jerarquía católica irlandesa le consideró indigno de liderar la causa independentista, sin embargo, cuando pocos meses antes de morir contrajo matrimonio con su amante desde hacía muchos años, Katherine O'Shea, que se divorció para ello de su esposo, el también líder independentista irlandés William O'Shea. (N. del T.) <<

[2] William Edward Forster (1818-1886), líder del Partido Liberal en la Cámara de los Comunes tras la retirada temporal de Cladstone en 1871. En 1880 recibió el nombramiento de Secretario Ceneral para Irlanda, cargo en el que permaneció hasta 1882. Su manera de afrontar el conflicto irlandés desde unas posiciones liberales, y sus intentos de pactar con Parnell y otros dirigentes irlandeses una salida a la crisis, le valieron las iras de no pocos, tanto en la prensa de su tiempo como en las filas de su propio partido, iras de las que parece fue partícipe también Stevenson. Cuatro días después de su renuncia al cargo, fue asesinado en el Phoenix Park de Dublín Lord Frederick Cavendish, su sucesor, por militantes irlandeses autonomistas. Parnell y otros dirigentes fueron encarcelados en la prisión de Kilmainham, pero salieron pronto en libertad al no poder probar las autoridades su responsabilidad en el crimen. (N. del T.) <<

[3] Se refiere al general Charles George Gordon (1833-1885), el héroe de Jartum, donde murió en 1885, el año de la aparición de *El dinamitero*. (N. del T.) <<

[4] Brigham Young (1801-1877), colono y segundo presidente de la iglesia mormona. Carpintero de profesión y colono en Utah, al poco de su ingreso en la iglesia mormona comenzó a cobrar importancia en dicha comunidad. En 1839 hizo una gira por Inglaterra, para la captación de adeptos, con gran éxito; muchos de ellos se trasladarían a los Estados Unidos. En 1850 llegó al cargo de gobernador de Utah, pero en 1854, a causa de una serie de denuncias judiciales contra la secta y su presidente, James Buchanan, presidente de los Estados Unidos, le obligó a dimitir. Los hechos que refiere Stevenson, sobre corruptelas económicas de la secta, diversos asesinatos, el régimen tiránico impuesto por los mormones en Utah y Salt Lake City, son rigurosamente ciertos. (N. del T.) <<

[0] En este nombre el acento cae sobre la *e*; la *s* es sibilante. <<

[5] Se refiere al normando Robert de Bruce (muerto hacia 1094), que llegó a Inglaterra sirviendo a Guillermo I El Conquistador y que posteriormente se estableció en Escocia como primero de una saga de guerreros y nobles, de la que es mayor representante el segundo Robert de Bruce, nombrado Lord de Annandale por el rey David I de Escocia. (N. del T.) <<

[6] Ver nota 1, de *Las nuevas noches árabes*. (N. del T.) <<

[7] La reina Victoria. (N. del T.) <<

[8] William Ewart Gladstone (1809-1898), cuatro veces Primer ministro británico (1868-74, 1880-85, 1886, 1892-94). Pasó del conservadurismo al liberalismo. Se manifestó vehementemente contra las brutalidades cometidas por los turcos en los Balcanes (1875—76) reprochando al gobierno conservador de Disraeli su indiferencia ante aquellos sucesos. Se manifestó también contra el extremismo irlandés, aunque favoreciendo la aparición de instituciones autónomas. En 1896, ya retirado, volvió a la escena pública para denunciar con brío las atrocidades turcas en Armenia. (N. del T.) <<

[9] Edward Derby (1799-1869), líder del Partido Conservador de 1846 a 1868, fue Primer ministro británico en tres ocasiones y Secretario para Irlanda en 1831. Luchó denodadamente, hasta conseguirlo, para imponer a Disraeli como su sucesor, en contra de los antisemitas de su partido. (N. del T.) <<

[10] George Granville (1815-1891), Secretario para Asuntos Exteriores con Gladstone, al que sucedió como líder del Partido Liberal. Medió en innumerables ocasiones entre la reina Victoria y el Primer ministro Gladstone, duramente enfrentados. Como Gladstone, luchó denodadamente por Grecia en su conflicto con Turquía. (N. del T.) <<

[11] Famoso teatro de variedades, entre el St. James Hall y Leicester Square. (N. del T.) En el original. (N. del T.) <<

[12] En el original. (N. del T.) <<

[13] En el original. (N. del T.) <<

[14] En el original. (N. del T.) <<

[15] En el original. (N. del T.) <<

[16] En el original, aunque sin acento. (N. del T.) <<

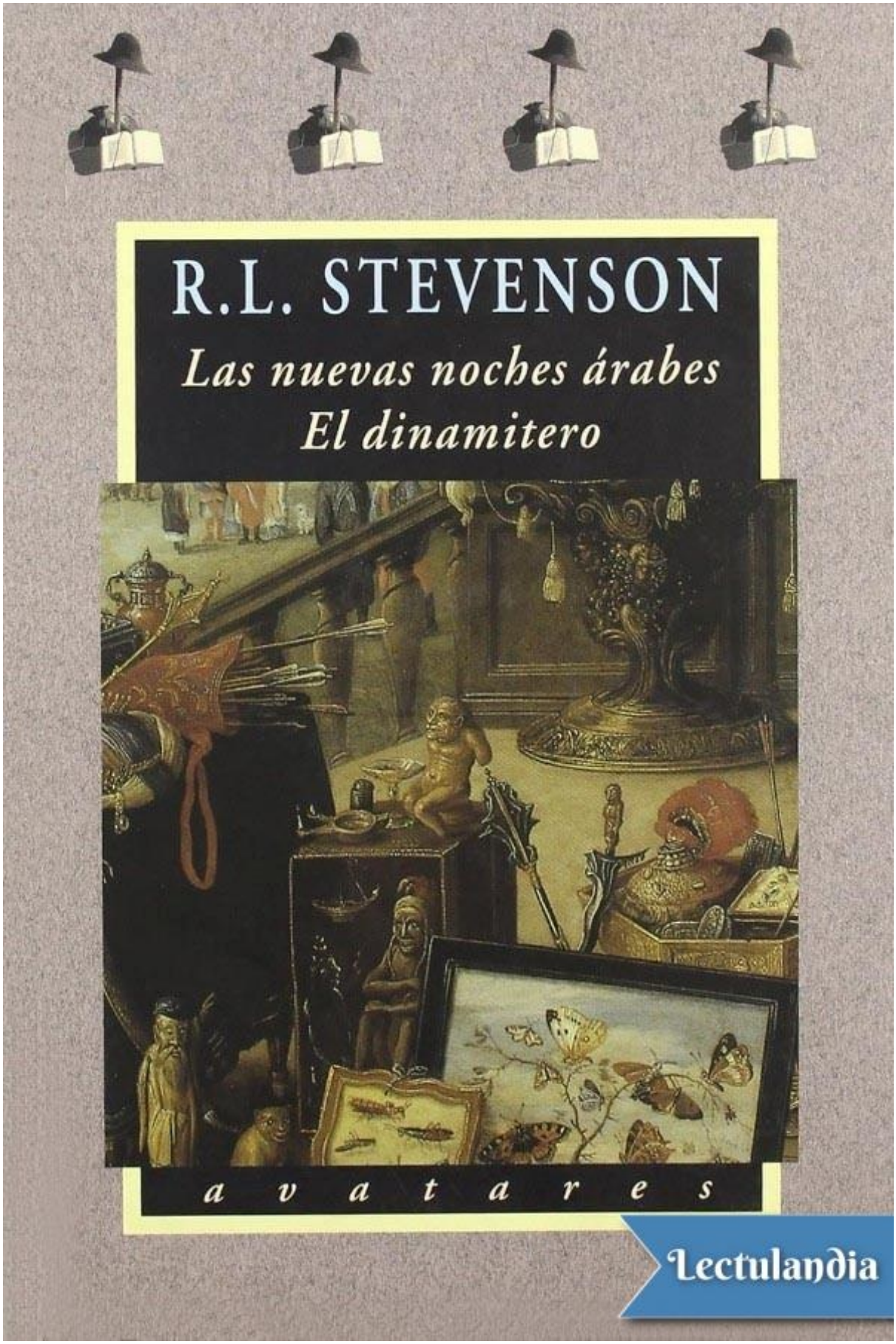
[17] En el original, Stevenson seguramente quiso escribir Valdivia, más común como apellido español. (N. del T.) <<

[18] En el original, aunque sin acento. (N. del T.) <<

[19] Véase la nota 5, de la página 391. (N. del T.) <<

[20] La familia Vanderbilt, de banqueros e inversores, fue una de las más ricas de los Estados Unidos. De su tercera generación cabe destacar a los más renombrados miembros de la misma, tales como Cornelius Vanderbilt (1843-1899), William Kissan Vanderbilt (1849-1920) y George Washington Vanderbilt (1862-1914). Durante los años en que vivió Stevenson, el más conocido de la familia, por su gran cantidad de empresas a uno y otro lado del océano, fue Henry Vanderbilt. (N. del T.) <<

[21] Kersey Dighton (Coventry) Patmore (1823-1896), autor de *The Unknow Eros and Other Odes* (1877), conjunto de odas dedicadas al amor divino y a la exaltación del matrimonio, no exenta sin embargo de cierta intención carnal, en busca siempre de un parangón con el amor de Cristo por los hombres. Fue durante muchos años director de la Biblioteca del Museo Británico, y entre sus obras es digna de mención, igualmente, la novela en verso titulada *Angelin the House* (1854). Su obra, sin embargo, causaba hilaridad a las gentes de letras de su tiempo; a pesar de su privilegiada posición como director de la Biblioteca del Museo Británico, sólo Stevenson y Gerard Manley Hopkins fueron amigos sinceros de Patmore. (N. del T.) <<


R.L. STEVENSON
Las nuevas noches árabes
El dinamitero
avatares
Lectulandia